

A historical black and white photograph of a busy city street. The street is filled with a large crowd of people, including men in suits and hats, women in long dresses, and children. The buildings are multi-story with classical architectural features like arches and columns. A vertical sign on the right side of the street reads "L'ARTISTE". The overall scene depicts a bustling urban environment from the early 20th century.

**ANTONIO J.
SÁNCHEZ**

**EL
RASTRO
DE SU
VOZ**

Edición Digital

Antonio J. Sánchez

El RASTRO de su VOZ

Edición Digital

EL RASTRO DE SU VOZ

© Antonio J. Sánchez, 2016

Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin el previo permiso escrito de su autor y titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

www.antoniojsanchez.com

[Facebook](#) & [Twitter](#)

Índice

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos especiales:](#)

[Cita](#)

[El COLECCIONISTA de OBJETOS ÚNICOS](#)

[HUELVA, 1945 – 1947: POLVO de LUZ](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[CHRISTIAN SAMPER: Una SINFONÍA del HORROR](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[INTERLUDIO: La PLAYA del VIGÍA](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[HUELVA, 1954: *Los RETORNADOS*](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[NUEVA YORK, 1954: *El ALIENTO del DIABLO*](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[HUELVA, 1954: *El RASTRO de su VOZ*](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

*A mis padres,
que se atrevieron a leerme antes que nadie*

Agradecimientos especiales:

A Alfonso Merelo, por las correcciones y por hacer de abogado del diablo.

A Domingo Martín, por su *Callecedario* y el paseo por la cárcel vieja.

A Diego Lopa, por las fotos del ayer y las tardes en la tele.

A Antonio José Martínez Navarro, por su *Historia Menuda de Huelva*.

A José María Segovia, por alguna llamada intempestiva.

A Ernesto Lazo, Santiago Hierro y Camilo Gómez por la Huelva que vivieron.

A Paco Grajal y Manolo López Capelo, por aguantarme encantados.

A Cesar López, por hablarme de la historia de los discos.

A mis suegros, Manuela y Mariano, porque siempre estuvieron ahí.

A mis abuelos, Paca y Rafael, por su memoria y por algún recuerdo prestado.

Y no por ello la última, sino todo lo contrario, la más importante, Vanessa, mi mujer y mi confidente, que me aguantó todo este tiempo y en los peores momentos nunca permitió que me viniera abajo. Especialmente, gracias a ti.

Te quiero.

*El que busca la verdad
corre el riesgo de encontrarla*

MANUEL VICENT

El COLECCIONISTA *de* OBJETOS ÚNICOS

El mundo es un lugar extraño lleno de gente a la que antes de conocer es mejor olvidar para siempre. Dicho así resulta sencillo, pero no lo es, pues eso mismo debí pensar la primera vez que leí en una carta dirigida a mi madre el nombre de Sebastián Morell, un nombre que ni el viento recuerda ya. No eran muchos los que habían oído hablar de él y menos aún lo poco que se sabía al respecto. Tan solo los rumores parecían ciertos. Uno de ellos, que siempre estaba dispuesto a pagar una fortuna por un objeto que fuera único. El otro, que nadie se lo había encontrado jamás .

O casi nadie...

—¿Eres quién creo que eres?

Su voz se encendió en la oscuridad como una herida abierta. Ni me atreví a despegar los labios. Estaba muerto de miedo y no era para menos. La carta emplazaba a mi madre al filo de la medianoche en una iglesia en ruinas. En su lugar aparecí yo, con un corazón de trece años bombeando bajo el pecho y una pistola oculta en el pantalón, tan fría como la muerte que respiraba por ella.

—¿Sigues ahí?

Sus palabras se arrastraban entre las sombras con una extraña cadencia metálica, distorsionadas y remotas como el campanario que resoplaba a lo lejos. Las doce de la noche. A esa hora La Milagrosa anegaba su nido de cenizas y hornacinas vacías en una penumbra azulada que cortaba la respiración. Cortesía del fuego de la guerra. Los únicos supervivientes de sus muros formaban una hueste derrotada de ángeles y santos amputados que agonizaban en el suelo, devorados por la humedad; más adelante, el altar quedaba débilmente iluminado. Proyectiles de luz se paseaban entre los escombros con el eco fantasmal de una luna mortecina. Unos pasos más allá, la

oscuridad ahogaba de nuevo la cabecera. De allí procedía la voz.

—Adelántate, chico. Muéstrate.

Obedecí con docilidad y me abrí paso a través de la niebla que barría la capilla como espuma de mar. Una hilera de bancos, donde la carcoma llevaba años dándose una orgía de astillas, llevaba hasta su voz. Caminé con cuidado, apoyándome en la pútrida madera de cada travesaño, arrastrando en los dedos la mugre que los tapizaba. A mitad de camino tuve la suerte de tropezar con una losa rota y aterricé sobre uno de los respaldos. Dos destellos blancos relampaguearon en la oscuridad y se abalanzaron sobre mí. Enseguida me cubrí con los brazos, hecho un ovillo, y algo incomprensible se me escapó de entre los dientes. Segundos después, ya fuera de peligro, distinguí dos palomas alejarse, blasfemando entre arrullos a través del laberinto de bóvedas que coronaba el templo. Me miré las manos y vi unos cuantos arañazos.

—No te preocupes por eso. Lo peor de las palomas siempre está al caer —se burló—. Continúa.

Un rosario de arcos afilados como puñales me escoltó hasta la claridad que tiritaba cerca del altar. Para entonces la capilla ya se erguía en una gigantesca araña de nervadura, oscura y silenciosa, de largos tentáculos de pilastra que trenzaban la noche por mil resquicios. Luciérnagas de vapor tejían una telaraña de luz que atrapaba sombras en su abrazo de polvo de luna.

—Sé quién eres, pero no tu nombre —dijo la voz metálica.

—Martín... —me atreví a decir, casi en un susurro—. Martín Vázquez.

Estaba ahí mismo, invisible tras la pantalla de luz que empolvaba mis ojos, arropado en su cálido anonimato de tinieblas.

—He recibido la noticia hace poco, Martín. Siento tu pérdida. De veras.

Sus palabras, aparentemente sinceras, se perdían en las alturas, allá arriba donde docenas de palomas hacían noche igual que una familia de gárgolas.

—Muy amable —le agradecí con recelo.

—No se merecen. Pero ya sabes lo que dicen: cuando algo termina, algo

nuevo empieza.

Las palabras de mi anfitrión se me atragantaron en la boca del estómago.

—Si sabía que ella no iba a aparecer, ¿por qué se ha presentado?

—Llámalo una corazonada —contestó—. Tengo la costumbre de creer que cuando la vida te da la espalda, la muerte siempre te regala una segunda oportunidad. Y de esas no hay muchas en este mundo. Recuérdalo, Martín: siempre hay que tener fe en las segundas oportunidades.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Porque en eso consiste la gran mentira de que nunca hay que perder la esperanza.

—No me diga. A eso lo llamo yo ser un romántico.

Un sonido entrecortado se abrió paso en la noche, una carcajada polvorienta que me puso los pelos de punta.

—No me lo tengas en cuenta, Martín. Además, tú y yo vamos a ser buenos amigos, ¿verdad?

—A estas horas de la noche no acostumbro a hacer amigos. Duermo, como la gente normal. Aunque últimamente me ha dado por contar ovejitas.

—¿Problemas de conciencia?

—Más bien gente que me quita el sueño —le lance—. Tengo una hoja entera llena de nombres.

—Entonces será gente importante. Me tomaría como un insulto no aparecer en tu lista negra.

—Descuide, las mejores vistas son para usted.

Su risa volvió a espantarme.

—Me gustas, Martín. Pero es una lástima que alguien a quien no conoces de nada te robe el sueño tan fácilmente. Es importante dormir por las noches, sabes. De todas formas te diré que no debes temerme. He venido a hacerte un favor.

Dinero. Se refería a dinero. Y mucho. Pero ya estaba prevenido.

—¿Quién es usted? —pregunté aun temiendo la consabida respuesta.

—Hoy has sido muy valiente presentándote aquí, muchacho. Yo en tu pellejo nunca habría cometido semejante estupidez —sentenció—. Preguntar algo tan evidente no te deja en mejor lugar. Ya sabes quién soy; ahora lo que quiero saber es si lo has traído —y esperó una respuesta.

—Si he traído *qué* —me hice el loco.

—Lo sabes muy bien: el *disco*.

Vacilé por un momento tentado de decirle no solo que lo tenía, sino que nunca se lo entregaría. Pero no tenía tanto valor.

—No sé a qué se refiere —disimulé al final.

La voz se quejó con un chasquido.

—Lo que yo pensaba, la estupidez de un niño es tan imprevisible como una paloma colgando de una cornisa —lamentó—. Vamos, muchacho, no he venido desde tan lejos para jugar a las adivinanzas contigo. ¿Dónde *está*?

Empiné los hombros y di la callada por respuesta. A eso le siguió un suspiro arenoso. «Martín, Martín, Martín...», susurró mi nombre pegado a sus labios de metal. Sentí un repulsivo hormigueo en los dedos que me apremiaba a gritos agarrar la pistola y acabar con todo aquello de una vez.

—Es evidente que nos hemos subestimado mutuamente. Veo que no me vas a facilitar las cosas, no sé para qué has venido entonces.

Una pizca de orgullo me calentó el pecho.

—Para decirle que ella nunca habría venido.

—¿Tan seguro estás?

—¿Tanto está dispuesto a pagar por un trozo de plástico?

—¡Vaya!, no hace ni un minuto asegurabas no saber a qué me refería —rió con la estridencia metálica de su voz—. Pero te diré una cosa: *El rastro de su voz* es mucho más que un trozo de plástico. Solo quienes saben valorar la exclusividad de un objeto único pueden entenderlo. Pero eso no es asunto tuyo, sino mío. No obstante, soy un hombre de negocios y estoy dispuesto a doblar mi oferta: ¿qué te parecen cien duros? Es el sueldo de todo un mes. No tienes más que entregármelo y yo te daré tu parte. *Quid pro quo...* Y te prometo que

no volverás a saber de mí nunca más.

—¿Cómo sé que no me engaña?

—Los muertos nunca mienten, Martín.

Sentí la piel erizarse bajo la ropa.

—Yo no sé nada de ningún disco —comencé a improvisar, titubeante—. Ni siquiera sabía que mi madre había grabado uno. No lo supe hasta que me encontré con su carta por casualidad. Me imagino que acabaría perdiéndose en alguna mudanza. Solo recuerdo una cancioncilla que ella canturreaba por casa, un aguajira de esas antiguas. Pero nada más. Siento no poder serle de gran ayuda.

—Más lo siento yo.

Un golpe de viento azotó de repente la capilla. Los tablones de las ventanas crujieron, la iglesia entera retumbó entre estertores y yo casi me quedé sin aire. Luego hubo un silencio y por un momento me vi solo.

—¿Sigue ahí? —pregunté a la oscuridad—. ¿Morell...? ¿Dónde está?

El coleccionista no daba señales de vida. No supe si alegrarme o no. Agarré la pistola, nervioso, sin saber qué hacer con ella. Tenía el pecho a punto de reventar. Más allá de la bruma que me envolvía solo estaba el murmullo de las palomas. Y entonces, una corriente de frío me agarró del hombro.

—Estoy aquí.

Un grito me arañó la garganta y un revuelo de alas aterrorizadas sacudió el silencio de la iglesia. Me aparté de su lado como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Quería asustarme y lo había conseguido. Luego resbalé y caí al suelo.

—¿Dónde está el disco, Martín? —insistió con su voz deformada.

—Le juro que no lo tengo —le mentí.

—Muchacho, estamos en una iglesia. Y aunque es evidente que hace años Dios abandonó este lugar, jurar sigue siendo un acto de sacrilegio.

Busqué su rostro sin éxito. Lo tenía delante, allí mismo, pero invisible

tras el rayo de luna. Solo distinguí la mano que tendía para ayudarme a levantar.

—¿Qué quiere de mí? Déjeme en paz.

—Eres tú quien ha venido a mí, no lo olvides. La pregunta es: ¿qué quieres tú?

—¡Que se olvide de mí! —le grité—. ¡Y del disco de mi madre! ¡Para siempre!

—Sí, te dejaré en paz. ¡De momento! Pero esto me lo quedo —apuntilló mientras me enseñaba la pistola que aún creía en mi poder—. No es mala pieza. La tomaré de fianza para cuando te decidas.

Luego se dio la vuelta y caminó a la salida guardándose en el interior de la chaqueta la pistola, deslizando en su mano un bastón en el que no le vi apoyarse.

—Por cierto —se giró en la misma entrada, señalando con el bastón uno de los primeros bancos—, la próxima vez que traigas escolta, asegúrate de que sea tan valiente como tú... O tan estúpido, claro —se relamió.

Un bulto que reconocí enseguida echó a correr hasta mí. Era Carlines. Me había olvidado de él por complete. Cuando llegó a mi lado, jadeante, observé que estaba tan asustado como yo. Antes de desaparecer, Sebastián Morell volvió a hablar.

—Ha sido un placer, Martín Vázquez. Ya nos veremos por ahí —amenazó.

El eco de aquella risa polvorienta lo siguió hasta la calle y su sombra se fundió en la noche con el alivio envenenado que siempre arrastran consigo las maldiciones en tregua.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó mi amigo Carlines.

—No tengo ni idea —contesté mientras me recomponía pieza por pieza—. ¿Dónde estabas?

—Escondido, como me dijiste. Por cierto, casi me cago en los pantalones —me sermoneó—. Bueno, ¿vas a contarme de una vez que está pasando aquí?

—Sinceramente, no sabría por dónde empezar.

—Si no te parece mal, puedes hacerlo por el principio.

Le sonreí agradecido como solo se merecen los buenos amigos, los que siempre están en los peores momentos. Y mientras lo hacía, le conté que la culpa de todo la tenía una promesa. La primera que recuerdo haber hecho en toda mi vida.

HUELVA, 1945 – 1947

—

POLVO *de* LUZ

Capítulo 1

Si por cada promesa que he escuchado en todos estos años alguien me diese una moneda, quizás no estaría contando esta historia. Promesas... Son muchas las que se hacen a lo largo de la vida, demasiadas para una sola. La mayoría acaba pasando frío en una esquina del tiempo donde el olvido sopla con fuerza; sin embargo, hay otras que te persiguen hasta el último de tus días como el chantaje de un mal sueño, tanto que todavía recuerdo la primera vez que hice una.

Mucho ha llovido desde entonces y curiosamente también lo hizo aquella tarde lejana de 1945 cuando a mi madre le dio por nombrarme albacea del que con el tiempo se convertiría en el mayor de mis tesoros: *El rastro de su voz*, un pequeño disco de pizarra en el que, años antes de yo nacer, ella ya había burlado la maldición del tiempo para siempre. Parece que fue ayer. Recuerdo que una navidad calurosa como ninguna acababa de hacer las maletas y que de repente tocaba abrir el paraguas. Por fin el invierno se aventuraba a salir a la calle a pecho descubierto; pese a ello, el sol se resistía a marcharse, alumbrando una cascada de lágrimas de luz entre cornisas oropel. Eran días en los que la lluvia sabía a lluvia y no a veneno, días en los que el mar aún quedaba lejos de agonizar a los pies de una ciudad amortajada por gusanos de vapor que todavía hoy cavan entre las nubes una tumba para sus calles.

Y mientras enero se esforzaba en pegarse a los cristales de casa, al otro lado de la ventana, el mundo continuaba cuesta abajo y sin frenos. Los bombardeos dejaban Europa como un colador, demasiados agujeros por los que se les escapaba la guerra a los alemanes. A esas alturas sus gerifaltes no

eran más que vulgares rateros que formalizaban su plan de pensiones casa por casa, rapiñando, y sus ciudades, huecos nichos de hormigón y cristal que poco desmerecían a las ruinas de una civilización largo tiempo olvidada. Su fin estaba próximo y una nueva era a punto de deslumbrarles con ojos de ceniza.

Por supuesto, en nuestra esquina del mundo ya teníamos de qué preocuparnos. Por aquel entonces la vieja Onuba no era más que un arrecife de fachadas blancas y palacios de azulejo y cristal que naufragaba entre dos ríos bajo balcones de arcilla. Debían ser las siete de aquella lluviosa tarde de sábado cuando por el Telefunken de casa el hombre del parte informaba que, sin duda, aquel era el día más frío del año, que los termómetros registrarían una bajada de hasta tres grados bajo cero y que lo mejor para ese momento era *Chocolate La Juncosa*. Después de eso, de ponernos los pelos de punta y los dientes largos, el aire se contagió al son de las nostalgias maternas de Machín. Menuda coincidencia. A esa hora yo ayudaba a mi madre, a regañadientes, a preparar la maleta que me acompañaría a San Nicolás, un hogar para niños huérfanos con trazas de mansión embrujada en el que trabajaba mi tía Isabela. Un destierro que duraría lo que ella tardase en curarse de la tos que se la estaba comiendo por dentro.

—Te prometo que no estarás más tiempo del necesario —me aseguraba.

—Aún no entiendo por qué no puedo quedarme aquí, en casa —repuse enfadado.

—Porque nadie puede hacerse cargo de ti, Martín. Julián está todo el día fuera, trabajando en el taller. Estarías siempre solo y eso no es bueno. Me niego.

—Puedo arreglármelas por mí mismo. Julián no me hace falta para nada.

—No digas eso —me recriminó—. Se ha portado muy bien contigo todos estos años. Ha sido como un padre para ti.

—Él no es mi padre, ¿te lo recuerdo?

No hacía falta ninguna. Sus pupilas siempre conservaban aquel brillo ausente que vigilaba de reojo el pasado, un tiempo tan difícil de despegarse de

los talones como la sombra que la seguía allá donde fuera. Con los años había aprendido a fingir las noches, y yo a demostrarle que a mí no me podía engañar.

—Anda, ayúdame a terminar esta maleta. Por favor.

En aquel equipaje cabía de todo: ropa, tebeos, algún cachivache de Casa Baltasar y una revista a color de animales salvajes que hacía furor entre los chicos de mi calle.

—Qué poca gracia me hace esta revista que te regaló tu padre, ¿no te da miedo? —preguntaba mientras le echaba un último vistazo—. Aquí solo hay encías inflamadas, ¡qué mal gusto!

—Dicho así parece que hables de un libro de dentistas —le contesté—. Pues a mí me encanta. Además, fue un regalo de papa. ¡Y punto! Es mi mayor tesoro.

Le arrebaté la revista de las manos y la incluí en mi equipaje. La maleta ya estaba hecha, pero aún quedaba lo mejor.

—Conque tu mayor tesoro, eh —sonrió—. Yo te hablaré de tesoros.

Mi madre puso sobre la maleta un pequeño encarte de cartón algo rozado y arrugado con la sonrisa de quien todavía sabea sacar conejos de una chistera.

—¿Y esto? —pregunté no sin cierta condescendencia.

—Quiero que te lo lleves —dijo metiendo un pequeño disco en mi maleta y parafraseándome—: «es mi mayor tesoro», y quiero que lo tengas tú. ¡Y punto!

El disco llevaba por título *El rastro de su voz*, muy apropiado. Casi lo había olvidado. Hubo un tiempo en que no paraba de sonar en casa, en *nuestra* casa. A mi padre le encantaba escucharlo una y otra vez hasta que ella misma se cansaba de oírse. Hacía años que no sabía de ese disco, tantos como mi padre llevaba muerto. Al igual que él, lo creí perdido para siempre.

—Sabes —sopesé—, nunca me has contado la historia de este disco.

—Eso fue hace mucho, antes de que ni siquiera tú fueras un simple

pensamiento —añoró con nostalgia.

Y en ese preciso instante, la voz de Norma Estrada prendió el aire que respirábamos. Norma Estrada, una de las grandes artistas que había dado nuestra ciudad. Mi madre se quedó escuchándola absorta, con aparente morriña, como si fuera ella la que cantaba. Entonces una tos violenta se le subió a la garganta y rápidamente tomó un pañuelo para limpiarse la sangre de la boca. Era el segundo que manchaba en el día. Y estaba débil, muy débil, lo suficiente para no querer seguir escuchando la radio.

—¿Por qué la apagas? —pregunté.

—No me apetece escuchar ahora a Norma Estrada —respondió con una mueca.

—Pues a mí me gusta.

Mi madre me miró estirando una ceja hasta el infinito.

—¿Desde cuándo te gustan a ti las canciones antiguas?

—Desde que me recuerdan a ti —contesté—. Además, su forma de cantar es muy parecida a la tuya.

—No me digas —sonrió escéptica.

—Sabes, a veces cuando la escucho cantar te imagino a ti en el escenario.

—Ojalá —suspiró con aparente melancolía— Ojalá.

Mientras la observaba, una insoportable angustia me embargó de inmediato. Su imagen actual no se acercaba ni por asomo a la portada de ese disco que ahora me legaba, nada que ver con aquella muchacha que una vez deslumbró escenarios. Hasta entonces no me di cuenta de lo poco que la conocía. Solo sabía lo que ella había querido contarme, la historia de una joven promesa de la canción que en eso se quedó porque enseguida yo me asomé al mundo. Todo cuanto quedaba de ella estaba en ese disco que ahora tenía entre mis manos.

—¿No te da miedo que se me pueda perder o romper? —la tenté.

—Confío plenamente en ti, no me queda otra. Eres mi único heredero.

—Tonterías. Aquí en casa seguro que ni se perdería ni se rompería.

—Aquí en casa estaría tan solo como tú —me corrigió—. Y un disco si no tiene quién lo escuche no sirve de nada.

—Y yo que pensé que por fin me iba a librar de escucharte.

Sus labios dibujaron una sonrisa de verdad. Menos mal.

—Eres igual de diablo que tu padre. Desde luego...

—Desde luego todo sería muy distinto de estar él aquí —lamenté.

—Sí, pero ahora tenemos a Julián. Tiene sus faltas, como todo el mundo, pero prometió que cuidaría de nosotros y así ha sido. Nunca nos ha fallado.

—Nunca será lo mismo —añadí en un susurro agarrado a la garganta.

Julián era mecánico y socio del taller de reparaciones de mi padre. Cuando este cayó en el frente de Barcelona en el 38, Julián se hizo cargo de nosotros y del negocio. Pero antes de eso hubo una última carta. Yo apenas levantaba seis años por entonces y, a pesar de ello, mi madre ya me hacía partícipe de las vivencias de mi progenitor en tierras catalanas: de lo poco que comía, de lo mucho que le llovía y de lo mal que hablaba la gente de allí. Y cómo de alguna manera compensaba los malos ratos viendo las palizas que el Barcelona le propinaba a equipos como el Júpiter o el Europa. Y es que en tiempos de guerra cada cual se consolaba como podía.

Nunca olvidaré sus últimas palabras. Llegaban al final de una carta escrita un atardecer de finales de enero:

«Esta noche el cielo está distinto. Son casi las once y un látigo de fuego rojo quema el cielo de Barcelona. En la radio no se ponen de acuerdo, pero aseguran que se ve en toda España, aunque seguro que no tanto como aquí. Abajo la gente corre como loca de un lado para otro, asustada. Creen que han comenzado los bombardeos. Pobrecillos. Nosotros sabemos que no es así. Los muchachos están tranquilos, la gran mayoría. Otros no tanto. Uno de mis brigadas, Castillo, va para cura y dice que esto de la noche roja ya lo predijeron los niños de Fátima. Dice que es el Apocalipsis y da gracias a Dios porque todo acabará por fin. Tonterías. Yo sé lo que es: una aurora

boreal. Ojalá podáis verla como yo.

Ya me despido de vosotros. Besos para ti y para Martín. Os quiere y os echa mucho de menos,

Salvador».

El joven mosén no estaba equivocado del todo. No era el Apocalipsis, tan solo su anunciación. Las bombas llegarían cuatro días después. Aunque, claro, para contarnos eso nunca llegaría una nueva carta.

—¿En qué piensas? —me despertó mi madre de aquellos recuerdos.

—Cosas mías —disimulé de inmediato—; bueno, ¿qué pasa con el disco?

—¿El disco? —sonrió casi agradecida porque mostrase un mínimo de interés al respecto—, pues te diré que puede que ahora no sea tan importante como tus tebeos o tus chapas, pero algún día sabrás lo especial que es —y estaba dispuesta a convencerme de ello—. Es más valioso de lo que puedas pensar. Por eso tienes que prometerme que nunca lo perderás.

Aquel trozo de plástico parecía llegar a mis manos bajo la condición obligada de una firme promesa, la que solo podría hacer un niño como garante de un corazón aún a salvo de las miserias de este mundo.

—¿Y tan importante es este disco?

—Lo es —sentenció—. Solo somos lo que se recuerda de nosotros, Martín.

Aún mantengo grabado a fuego en mi retina aquel momento. El misterio comenzaba a hacerme cosquillas en la cabeza, pero no tanto como cuando me previno de la existencia de un extraño coleccionista, uno con una lucrativa oferta bajo el brazo, de esas que le corrompen el alma a cualquiera. Y lo hizo en voz baja, como si temiese que alguien pudiera escucharla.

—¿Sebastián Morell? —repetí, susurrando su nombre.

—Shhh... —me mandó callar—. Según cuentan es el mismo Diablo que se divierte atesorando los objetos más curiosos que puedan existir por el mundo. Objetos únicos, Martín. Y a cambio, suele ofrece lo que le pidas.

Sobre todo dinero, mucho dinero. Más del que puedas imaginar —dijo—. Pero no debes aceptarlo, Martín. Nunca.

El Diablo en persona. Tragué saliva.

—¿Te lo llegó a ofrecer a ti? —pregunté intrigado.

Asintió con una risa floja y me susurró una cantidad escandalosa al oído.

—¿Estás loca? Con ese dinero podríamos vivir como marajás. Acto seguido me dio una colleja que me resultó hasta tierna.

—Hijo, el dinero solo sirve para comprar lo que no se tiene —repuso—. Además, el mundo es un lugar extraño lleno de gente a la que antes de conocer es mejor olvidar para siempre.

La miré como quien mira a alguien que no sabe lo que dice.

—Bueno, ¿y por qué razón estaría dispuesto a gastar tanto dinero por un trozo de plástico?

—Muchas cosas se dicen de ese hombre, aunque no creo que ninguna de ellas sea cierta, la verdad —y antes de acabar, me cogió de la mano—. Prométeme que vayas donde vayas este disco irá contigo, prométeme que no lo perderás, y prométeme que nunca se lo darás a nadie. Porque si lo haces mi voz se perderá para siempre y ya entonces no seré más que un espejismo en tu cabeza.

Por primera vez vi tiritar en sus ojos un temor que le fue imposible esconderme. Algo para lo que no había vuelta atrás. De seguida me lancé a decirle lo que quería escuchar, a convertirme en el guardián de su memoria.

—Te lo prometo.

Un golpe de aire abrió la ventana de par en par para acariciarme la nuca con dedos de navaja y, de repente, sentí cómo toda mi infancia se escapaba a través de ella al igual que un globo sin cordel.

—Aún no me has dicho qué puede interesarle a ese hombre de este disco.

—Quizás sea porque no existen más copias de él. Este disco es único.

Puse cara de no comprender muy bien.

—Un incendio en un almacén —me explicó—. Todos los discos se

quemaron. La compañía quebró y nunca más volvió a grabar una sola canción. Solo esta copia que se salvó —se quedó pensativa acariciando la portada—. Pero yo sé que fue provocado. El incendio, claro.

—¿Cómo lo sabes?

Suspiró con una de esas sonrisas que lo perdonan todo con el tiempo.

—Esa es otra historia. Ya la conocerás a su debido tiempo.

Después de eso, un chasquido mecánico giró en la cerradura. Era *él*. Cada vez que escuchaba ese *click* se me llenaba el estómago de cristales. Aquel ruido antecedió cada día la llegada de Julián a casa. A *su* casa.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó bajo el marco de la puerta—. ¿Aún no estás listo, Martín?

Llegaba empapado de arriba abajo, enfundado en un chubasquero que dejaba entrever su ropa de trabajo manchada de grasa y aceite.

—Ya estamos terminando —se adelantó mi madre, casi disculpándose.

Una nube de sudor, tabaco y alcohol le tomó la delantera en cuanto cerró la puerta de golpe. Aquel olor lo acompañaba a todas partes. Cuesta creer que a nadie se le haya ocurrido aún embotellar un aroma con una clientela tan fiel.

Ella se levantó para darle un beso. Julián la ignoró por completo.

—¿Lo tienes ya todo, muchacho? —volvió a preguntarme.

Asentí sin ganas de mirarlo a la cara, casi nunca lo hacía. Cada vez que le miraba me hacía sentir que le debía la vida entera.

—¿No quieres cambiarte antes? —le propuso mi madre.

—Prefiero aprovechar ahora que la lluvia está aflojando. Además, las despedidas cuanto más largas, peor —sentenció sin dejar de mirarme—. ¿Tú qué dices?

Me levanté a disgusto y no hice por disimularlo. Entre Julián y yo las apariencias eran lo de menos. Ni yo era el hijo que él deseaba tener, ni él el padre que yo había pedido. Nunca lo hice. Uno nunca escoge a sus padres, menos aún si te caen de rebote. Y Julián, con tal de estar junto a mi madre, había consentido en llevarme de lastre todos esos años. Hasta hoy.

—Pues en marcha —resolvió.

—¡Un momento! —interfirió mi madre.

Fue hasta el armario y trajo una trenca de paño que me puso encima como si aún tuviera tres años. Sus ojos eran dos peceras a punto de reventar. La abracé con fuerza, ayudándola a secárselas en mi abrigo. Luego me dio un beso que casi se me lleva la cara.

—¿Listo? —volvió a preguntarme Julián.

Agarré la maleta y le miré a los ojos, sin titubeos.

—Cuando quieras —le dije.

* * *

Fuera, la lluvia se había encargado de borrar las últimas luces del día y la calle entera parecía haberle robado el color a las nubes. Una turbia niebla de polvo serpenteaba cuesta arriba en dirección a San Pedro, camino del Barrio Viejo, mientras la tarde se desangraba sobre los tejados bajo una estela de cicatrices purpúreas que se encendían a cada paso. Y antes de desaparecer, antes siquiera de darme tiempo a volverme y despedirme de aquella maldita calle, quizás para siempre, escuché a mi madre llamarme desde la ventana.

—¡Martín!

Eché la vista atrás y corrí hasta el portal, dejando a Julián clavado en la esquina, impaciente. No había prisas.

—¡No puedes estar ni un minuto sin mí, eh! —le sonreí desde abajo.

—¡Escúchame bien! En el sitio al que vas hay niños pequeños: no se te ocurra enseñarles esa revista de monstruos, que te conozco.

—Nooooo, señora...

—Y haz todo lo que te digan.

—Siiiiiií, señora...

—Y no le des mucha guerra a tu tía Isabela.

—Nooooo...

—Y dale muchos besos.

—Siiiiiií....

Isabela. Casi me había olvidado de Isabela. Era el único consuelo que me quedaba.

—No te preocupes. No le haré sufrir mucho.

—Por cierto, me has hecho una promesa. Espero que la cumplas.

—Por supuesto —le aseguré—. ¿Se le ofrece algo más a la señora?

—Sí...

Quiso continuar pero se quedó sin palabras, palabras que de repente algo en su interior hizo prisioneras del silencio. En su lugar encontró otras, apretando la mejor sonrisa que podía ofrecerme

—Anda, abrígate bien.

Entonces algo salpicó mis labios. Por encima de ella el cielo vestía de negro, a punto de caramelo. Pero solo en apariencia. Lo que mojó mis labios era otra cosa. Era salado. Al final su mirada se rompió, derramando palabras que solo tenían sentido en el lenguaje secreto de las despedidas. Aquella tarde sábado, el último brillo de los ojos de Malena Quintero se perdió bajo la ventana, dejándome en la boca la amarga sospecha de que nunca más volvería a verla.

Capítulo 2

El silencio es el atajo más rápido para separar a dos personas. Julián y yo nunca fuimos una excepción. Esa tarde volvió a quedar patente camino de mi exilio a San Nicolás, arrastrando el aliento bajo estrellas congeladas y un cielo que me mordía las manos y las ganas de vivir.

Julián jamás me gustó y yo tampoco hice mucho por disimularlo. A veces, cuando íbamos de visita al taller a ver a mi padre, él ya estaba allí. Era el primero en recibirnos, en hacer estropajos con mi pelo y en besar a mi madre. Se mostraba atento y servicial, especialmente con ella. Era como si siempre quisiera parecer la segunda mejor opción y además bromeaba con ello. Por supuesto, una mujer como mi madre siempre sabía esconderse con educación tras una sonrisa de gratitud. Pero por desgracia, con cinco años, yo ya me daba cuenta de todo eso. Y es que antes de ser niño ya había nacido hombre.

Ahora que lo pienso, quizás fuera por eso que a mi padre no le hacía mucha gracia que fuéramos a verlo al trabajo.

—No tendrías que haberte molestado en venir. Sé llegar yo solito —dije.

—Eso no lo dudo, pero me fío tanto de ti como de un mono con dos cuchillos —bromeó no sin cierta desidia.

—Crees que sería capaz de darme la vuelta, ¿verdad?

Julián se paró y me puso una mano en el hombro. Le brillaban los ojos.

—Eso solo pueden hacerlo quienes tienen dónde ir, muchacho —contestó dejando a las claras muchas cosas, entre ellas que su casa ya no era la mía.

¿Y acaso no era aquello lo que yo siempre había deseado? De repente no lo tuve tan claro.

—No me gusta que mi madre se quede sola estando como está —titubeé.

—Tranquilo, ella es mucho más fuerte que nosotros —dijo al fin.

Era hablar por hablar. Mi madre siempre estaría infinitamente mejor sola que junto a un tipo que nunca tuvo reparos en menospreciarla. Julián se había encaprichado con ella desde hacía años, y después de haber conseguido todo cuanto pudo de ella, la olvidó como a un juguete roto. Y eso era en lo que se había convertido mi madre, en una muñeca rota que solo tosía y escupía sangre y que, por supuesto, no podía darle hijos. De manera que, condenado a tener que conformarse con el hijo de otro, aprendió a repudiarla en silencio y a regresar cada día más tarde del trabajo, a salir de casa sin dar explicaciones y a meterse en la cama con ganas de seguir la fiesta al amanecer. Con el tiempo mi madre aprendió a mirar a otro lado creyendo a pies juntillas que aquel era el último vagón de una vida en continuo peligro de descarrilamiento. Y siguió agarrada a él como a un clavo ardiendo, tanto que al final todos nos habíamos quemado las manos.

Por todo ello le despreciaba, pero más que nada porque me tenía desconcertado. Tan pronto me resultaba el tipo más detestable del mundo como el más lastimoso de todos. Su mayor deseo era desembarazarse de nosotros, no lo podía ocultar. Para él no éramos más que una pesada carga, los tres lo sabíamos, y sin embargo, al mismo tiempo, la conciencia no le dejaba vivir. En cierta ocasión le escuché rezando en la cocina, borracho como una cuba, llorando y pidiendo a un dios en el que no creía que le diera fuerzas para poder seguir junto a nosotros. Eso o que pasara algo que nos alejase de su vida para siempre.

Camino del internado comprendí que sus plegarias habían sido escuchadas. Para que luego digan que no existe un Dios.

—¿Qué vas a hacer mientras mi madre esté en el hospital?

—Lo único que se puede hacer en esta vida: trabajar —contestó con reproche—. Trabajar para que los vagos como tú podáis tener un mundo mejor que el que a otros nos ha tocado vivir. ¿Lo entiendes, muchacho?

—Sí, señor. Lo entiendo.

—Muy bien. Y ahora cierra la boca que te vas a resfriar, cojones. Hablas más que tu madre.

Un par de nubes después vislumbré la terrible simetría de mi nuevo hogar. Oculto del mundo, tras el bosque de sombras que conducía a las terrazas de arcilla del Conquero, se erguía San Nicolás, un palacete de estilo regionalista que languidecía entre pinares bajo una acuarela de tormenta y mercurio. Sus muros varicosos y su lánguido torreón estrangulados por la hiedra se abrían paso a través de la espesura que apuñalaba el susurro del viento.

—No te dejes engañar por las apariencias —sugirió—. He oído que hay más chicos allí dentro. Te lo pasarás bien, seguro.

—Bendito consuelo.

Al poco vislumbré el sendero que serpenteaba hasta la entrada de la casa. Del otro lado de la verja, bajo un paraguas, nos aguardaba una silueta espectral a la luz de un candil, como un cancerbero fiel velando las puertas del inframundo.

—Bueno, yo me quedo aquí —anunció Julián—. Ahí te están esperando. Te dejo en buenas manos.

Entonces, a traición, me ofreció su diestra y me vi obligado a aceptarla.

—En cuanto tu madre se recupere te lo haré saber. Te lo prometo. Lo miré con recelo.

—¿Y si no se recupera?

La pregunta se desinfló sin respuesta.

—Julián, dime la verdad —le insistí.

Como pudo levantó la mirada del suelo y la clavó en mí, perdido, como si no estuviera allí, sin una respuesta que ofrecerme. Entonces una lechuza chilló entre los árboles y pareció volver en sí. Y poco más.

—Buena suerte, Martín —se despidió, apenas sin voz.

Julián se dio la vuelta y regresó a la ciudad conocida deseoso de no volver a verme la cara nunca más. El resto del camino lo hice solo.

Fue entonces cuando me di cuenta del frío que realmente hacía, demasiado frío, tanto como había predicho el hombre del parte, suficiente para que de repente el cielo se volviera de escarcha. Miré hacia arriba y sonreí a pesar de las dificultades: estaba nevando. Poco a poco el cielo se fue llenando de pequeños coágulos blancos. Era la primera vez que veía la nieve en mi vida y sin embargo no llegaba a cuajar del todo. En cuanto tocaba el suelo se deshacía en agua. A pesar de ello, con los primeros copos, la visión de la casa se me antojó espectral, como robada de una de esas esferas de agua y cristal que ahogaban castillos encantados bajo una albina pantomima de papel.

De estos pensamientos me sacó al instante el chirrido de la verja, invitándome a pasar al otro lado. Tras la cancela, mi tía Isabela, la única referencia que me quedaba.

—Vamos, pasa. Aquí no nos comemos a nadie —fue su bienvenida.

—No es eso lo que me preocupa, sino lo que se come ahí dentro.

—Pues espero que te gusten las acelgas y las lentejas.

—¿Es lo mejor que hay en esa casa? —pregunté.

—Es lo que más hierro tiene. Y punto —respondió con severidad.

—Y seguro que también lo más barato.

Isabela, al igual que mi madre, era otra viuda más que la Guerra había fabricado en serie y desde hacía años su vida entera pasaba por el aquel lugar, por San Nicolás. Allí era la mano derecha de doña Ana Abreu, la propietaria, una sexagenaria que a la muerte de su marido, un potentado de la marina mercante, decidió convertir su casa en un hogar de niños pobres para matar la soledad que la acompañaba de por vida.

Un aroma dulzón a flores muertas y fango me golpeó de frente. Sentí un leve vahído y de seguida caí en sus brazos.

—¡Vaya, no pensé que te alegrarías tanto de verme! —se burló al verme anudado a su cintura.

—Ese olor es insoportable.

—Lo sé. Ya te acostumbrarás. No eres el único.

—He de serte franco, Isabela: hoy eras la última persona del mundo a la que quería ver —le confesé.

Entretanto, con la mano que le quedaba libre, me apretaba en su regazo con anhelo. Era la sangre de su sangre que por fin regresaba a ella.

—No te sientas culpable. Si te sirve de consuelo, yo tampoco lo deseaba. Un estómago vacío aulló hambriento en la lejanía.

—Con respecto a la comida —reanudé la conversación—, te diré que conmigo puedes ahorrarte las acelgas.

—Tú comerás lo que todo el mundo. Además, ya te he dicho que las acelgas tienen mucho hierro. Como las lentejas.

—Las acelgas es forraje para las vacas y las lentejas, más que hierro, es plomo a discreción. Tú me entiendes.

—Ya sabía yo que no ibas a poner mucho de tu parte —lamentó—. Anda, coge el candil y alumbra bien el camino.

Isabela cerró la cancela y bajo su paraguas cruzamos el sendero de cristal fundido que llevaba a San Nicolás, dos sombras furtivas tras el látigo de fuego que desgarraba a su paso la noche blanca de 1945.

Capítulo 3

Para cuando me acostumbré a la rutina de mi nuevo hogar ya habían pasado dos años. Y lo habían hecho casi a rastras. En pocos días tuve que aceptar una rutina que se impartía a base de madrugones y tirones de patilla. Nos despertaban con el primer canto del gallo, cuando aún era de noche. De ello se encargaban Virtudes y Fuensanta, dos solteronas con cara de amargadas que ya no cumplirían los cincuenta. Durante una hora nos ponían a rezar, y pobre del que se quedara dormido. En mi caso fue solo una vez y no hubo que volver a recordármelo. Con el tiempo aprendí que aprovechar aquellos minutos para rogar por un buen desayuno era una pérdida de tiempo. La leche era agria y el pan, con suerte, del día anterior. Luego, hasta la hora del almuerzo, estudiábamos. Después, si no habías hecho alguna trastada en la comida, tocaba siesta. Más tarde volvíamos a estudiar, un rato para jugar, otro para el rosario, la cena y a la cama. Y así durante dos años.

Para entonces mi madre se había ido apagando hasta no ser más que voz renqueante al otro lado del hilo telefónico. Y eso solo ocurría en sus mejores días, cuando le permitían hacer el esfuerzo de una llamada. La última vez que hablé con ella me sorprendió con una grata noticia: se estaba recuperando.

—Mamá, ¿y cuándo podrás salir de allí?

—Pronto, los médicos son optimistas. Dicen que para la primavera, finales de marzo. ¿No estás contento?

—¡Claro que sí! Pero... ¿estás segura?

—¡Y tanto! Ya queda un día menos —repetía constantemente, no sé si para engañarme o para consolarse ella misma—. Bueno, ¿y tú qué tal por ahí?

Seguro que te lo estás pasando muy bien, ¿verdad? Anda, cuéntame algo.

Quería saberlo todo, conocer al detalle mi día a día en San Nicolás, y puesto que yo no era nadie para negárselo, se lo dulcificaba a mi manera guardándome pequeños detalles que ninguno de aquellos niños debió llevarse nunca a la cama, ocultando recuerdos que eran mejor mantener a oscuras y bajo llave en el sótano del alma, intentando borrar escenas de una edad en la que haber perdido un padre o una madre eran delito suficiente para dar con los huesos en una de esas cárceles del Auxilio Social. Un tiempo en el que perder los dientes era tan fácil como quedarse traspuesto en el ángelus. Un tiempo en el que un mendrugo de pan duro cotizaba al alza en un mercado de valores presidido por el hambre. Y el hambre en San Nicolás vestía pantalón corto y tirantes.

—Y eso es todo —finalizaba tras cada mentira piadosa— Aquí poco más, mamá.

—¿Has hecho muchos amigos?

—Unos cuantos.

Bastantes, más bien. Y es que en San Nicolás se hacían amigos de los de verdad, tantos como se pasaba hambre. Gracias a un estómago curtido en mil y un ayunos voluntarios gané unos cuantos camaradas con la misma facilidad con que les guardaba la comida que no me tragaba. Enseguida me convertí en un pescador de vientres ruidosos, los mismos que me rogaban antes de dormir contemplar una vez más aquella terrorífica revista a color de leones y tiburones asesinos, los mismos que correteaban por los pasillos de San Nicolás y por su corrupta extensión de barro y flores marchitas.

—Oye, espero que no le estés enseñando a ningún niño pequeño ese horrible libro que te trajo tu padre.

—Noooo, señora —disimulé.

—A mi no me engañes. Deberías tirarlo.

—Siiii, señora... —le seguía la corriente.

—Y eso espero —decretó—. Bueno, ya te tengo que dejar. Debo volver a

la cama.

—¡Mamá, espera!

—Dime, cariño.

—Entonces... para primavera, ¿verdad?, finales de marzo —pregunté.

Casi que tenía más ganas que ella de divisar el final del túnel.

—De verdad —me aseguró.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿De verdad que me lo prometes?

—Claro que sí.

—¿En serio que me lo prometes? —insistí una vez más.

—¡Martín, basta ya! —exclamó riendo—. Ya te he dicho que sí, ¡pesado!

—¡Pues espero que no lo olvides!: lo has prometido tres veces.

—Anda, dales un beso a tu tía y a doña Ana de mi parte. Y no les des mucho trabajo, cielo.

—Noooo, señora.

—¿Me lo prometes?

—Siiiií, señora.

—¿Me lo prometes de verdad?

—¡Venga ya!

—Así me gusta —intuí una sonrisa desde el otro auricular—. Adiós, Martín.

—Adiós, mamá.

Y colgué.

Lo cierto era que de no ser por doña Ana nunca hubiese podido hablar con mi madre. En la casa no había teléfono y solo puso uno por la única razón que me retenía allí. Por aquel entonces no existían muchos debido al alto coste de su mantenimiento, pero daba la casualidad de que doña Ana Abreu era de las pocas personas que se lo podían permitir. Su difunto marido la había dejado en una situación que era mucho más que acomodada. Don Nicolás

Abreu fue en tiempos un reputado armador que se conoció al dedillo los siete mares mejor de lo que nunca llegó a orientarse en su propia. La suya era la única embarcación propia de toda la ciudad dedicada a la marina mercante. Gracias a los contratos y acuerdos que firmó durante la Primera Guerra Mundial llegó a tener atraque en los puertos más importantes del mundo, amasando una verdadera fortuna. A su muerte todo el dinero pasó a su mujer, y doña Ana, como no sabía qué hacer con tanto, decidió darle un buen uso: reconvirtió el palacete en el que vivían en el Hogar San Nicolás, una casa para niños pobres y huérfanos. Para niños como los que nunca tuvieron. De esa manera honró la memoria de su esposo y de paso dejó desamparada a la camada de buitres del banco donde le hacían la ola a la entrada y la despellejaban a la salida.

—Mi Nicolás solía decir que en esta vida, si no compartes lo que tienes, eres un desgraciado. Y al final todo se paga.

De pagarlo todo se encargaba mi tía Isabela, quien además de ser la administradora del palacete, y mano derecha de doña Ana, era su ahijada. Íntima de la abuela Dolores, doña Ana fue novia durante años de un tío abuelo al que nunca conocí, un peón del puerto que al parecer se embarcó de polizón en un barco rumbo a las Américas después de conocer en las Fiestas Colombinas a una argentina que servía en un buque de Guerra. Y nunca más se supo de él. Aún así, y a pesar de haberla dejado plantada, ambas siguieron la Amistad. Y cuando Isabela nació, doña Ana se ofreció para a ser su madrina. Muchos años después, en cuanto supo de la situación de viudedad de la hija de su difunta amiga, doña Ana tentó a Isabela de trasladarse junto a ella al hogar con la excusa de ofrecerle un buen trabajo a su lado.

—La soledad es una carga mejor soportada por dos mujeres —aseguraba doña Ana—. De toda la vida, igual que el santo sacramento del matrimonio.

—Diga usted que sí —le seguía el juego Isabela.

Ambas eran uña y carne, se pasaban gran parte del día fuera de la casa moviendo papeles y peleando tanto con gobierno civil como con proveedores

para que no nos faltara de nada. San Nicolás exigía de un mantenimiento constante y ellas dos velaban por nuestros intereses. Luego, cuando caía la noche, se las podía encontrar en una salita, sentadas en torno a una mesa camilla con las manos ocupadas, pasando lo que les quedaba del día entre remiendos y costuras.

—Por cierto —comenzó a decirme—, sé que tienes una revista de animales salvajes en el dormitorio. Si algún renacuajo me viene llorando en mitad de la noche por culpa de tus tiburones, te la confisco.

—Siiií, señora...

—Espero que no se las enseñes.

—Noooo, señora...

* * *

La casa de doña Ana constaba levantaba dos plantas y un mirador. La primera estaba reservada para las aulas de estudio, el comedor, los dormitorios de las cuidadoras, una enfermería y la cocina, ¡esa gran desconocida! Este último lugar era territorio de la Carmen, una mujerona de tez bronceada que hacía lo que podía con la materia prima que le llegaba. La llamaban *la portuguesa*, porque aunque sus padres eran de toda la vida de la Calle de Enmedio, la genética le había dejado en herencia por labio un bigote que cantaba a *fado* desde el Guadiana. En la cocina le ayudaba una sobrina suya, la Mari, una veinteañera sin oficio ni beneficio a la que la Carmen consiguió meter en la casa.

—Señora, a ve si entre las dos metemo a la niña esta en vereas y la hasemo una mujé de pobrecho aquí endentro —argumentaba la cocinera, que aparte de gorda y santa a partes iguales, era especialista en dar patadas al diccionario cada vez que abría la boca—. Ya verá usted como me va trabajá bien.

—En esta casa todo el mundo tiene la puerta abierta, Carmen. ¿Tú qué

dices, Isabela? —consultaba a mi tía, acostumbrada a no dar un paso sin ella.

—Aquí la que manda es usted, madrina. Así que a partir de mañana habrá que seguir engañando a las matemáticas un poco más para otro plato de comida al día.

—¡Ay, Dios me se lo pague a las dos! Si es que desde chiquetita la probe niña tiene un retroceso que la hace ir por detrás del resto, pero na más.

Un pequeño «retardo» era lo que quería decir la Carmen aunque, según los rumores, en tareas de cintura para abajo la Mari era matrícula de honor.

—¿La Mari?, ¡esa sabe latín! Lo que más le gusta, las declinaciones y las inclinaciones —daban fe entre risas los internos más viejos de la casa.

Estos ya tenían dieciocho años, era unos cuatro o cinco, y dormían en la misma habitación que nosotros. Cumplida la mayoría de edad, aprendían un oficio o estudiaban para conseguir una beca en la escuela superior porque en poco tiempo debían abandonar el hogar. Uno de ellos era Sergio, el cual se preparaba para ser abogado. Durante el día trabajaba de pasante en un pequeño bufete de La Placeta, ganando unas perras al tiempo que aprendía el oficio; luego, de noche, se empapaba de libros hasta que Morfeo venía a cantarle una nana. Sin duda era el más inteligente de toda la casa. A veces pasaba consulta en el mismo dormitorio para resolver dudas de álgebra, literatura o ciencias. Menos de geografía, para lo cual se consideraba un manta; eso sí, si el tema versaba sobre pantorrillas y pechugas ya era otro cantar, porque en las intrigas amorosas Sergio era un erudito. En resumidas cuentas, menos de mapas, lo que fuera.

—Vosotros echadme cuenta que de esto sé un rato: la única geografía que vale de verdad en esta vida es saber elegir el lado de la cama más cercano a la salida. En cuanto acabéis, ¡puerta! —decía—. ¡Y no más de quince minutos, eh!, que después se te acostumbran. Que uno va a pasarlo bien, hombre, no a echar una peonada.

—¡Sí, Sergio! —respondían unos.

—¡Por supuesto, Sergio! —decían otros.

—¡Lo que tú digas, Sergio! —resumíamos todos, a pies juntillas.

—¡Pues eso! —concluía él—. ¡Ea!, se acabó la lección por hoy.

Lejos de conocer esos pequeños detalles, Doña Ana tenía a Sergio en un pedestal, un ejemplo a seguir, alguien de quien aprenderlo todo, un hermano mayor para grandes y pequeños; precisamente estos últimos dormían al otro lado del pasillo, junto a los servicios donde nos aseábamos cada mañana al despertar y cada noche antes de ir a clavar el espinazo en las incómodas literas que atestaban el dormitorio. Nunca me acostumbré a ellas. Ni a sus muelles, que eran una auténtica tortura china, ni a los oscuros pasillos que poblaban la casa, fríos y lóbregos, de largas sombras que se te enganchaban a los talones. Y silenciosos. Tanto, que me ponía los pelos de punta el oírme perseguido por el eco de mis propias pisadas.

Pero si había algo que realmente daba miedo de verdad en San Nicolás eran las dos espanta solteros a las que me referí al principio: Virtudes y Fuensanta, dos beatonas con ADN de cuervo sobre las que pesaba la autoría de una interminable lista de rapados de cabeza y abluciones con aceite de ricino durante la guerra. Años después, el Auxilio Social las consideraría aptas para su santa obra: formar una juventud pura, católica y libre de los demonios del comunismo, tarea que asumieron con agrado junto a las matemáticas, la geografía y la historia de España según San Paco.

—Y a quien vea cogiendo el pizarrín con la mano izquierda, ¡que se prepare! —amenazaba la Virtudes, con un frasco de líquido espeso y Amarillo en la mano.

—¡Eso o un corte de pelo que se os van a ver las ideas! Así sabremos en cada momento las depravaciones que andáis pensando, desgraciados —rugía la otra.

Las llamaban las Cianuro porque el aliento les olía a almendra amarga y porque eran un veneno. De hecho se contaba que años atrás las habían echado del Centro de Lactantes porque lo que se les subía a la teta no era leche sino bilis. Pululaban por la casa con total impunidad y más valía no encontrárselas

por un pasillo.

—Ayer me-me-me las crucé o-tra-tra vez y me-me-me dieron un *cosqui*. Así, por-por-por las buenas —se quejaba Emilio, uno de mis compinches de alcoba.

El pobre muchacho había venido al mundo con una escopeta de perdigones por lengua que se le encasquillaba cada dos o tres palabras. Estaba allí porque su madre había muerto de leucemia, y su padre, que era representante de electrodomésticos, no podía hacerse cargo de él. Era un hombre muy ocupado y nunca estaba en la ciudad. Aunque también era un secreto a voces que ya había formado otra familia y que se había olvidado de él, excepto por Reyes cuando la conciencia lo atacaba y se dejaba caer por allí con algún regalo para el chico. Mala suerte para Emilio, quien además era uno de los blancos preferidos de Las Cianuro.

—Un ca-ca-ca-riño de abuela, di-di-di-dicen.

—No, si al final nos quieren y todo —protestó otro de los muchachos

En resumen, que Las Cianuro nos apreciaban. A su manera, pero nos apreciaban, aunque fuere de una manera un tanto espinosa, como las enredaderas de agujones, rosas y mandrágoras que se enroscaban por todo el palacete. De su cuidado se encargaba cada día el señor Rivas, un jardinero nada convencional. A veces, durante las clases, los ojos se me escapaban a través de la ventana para verle trabajar con aquellas manos de violinista, con su bata blanca y unas enormes lupas de empollón tras las que parecía esconderse del mundo. Aquel hombre de pelo y bigote canos tenía más trazas de Premio Nobel de Medicina que de jardinero. Había aterrizado en la casa hacía unas semanas y apenas hablaba con nadie. Siempre parecía tener trabajo. Cuando no podaba, pasaba largas horas dentro del botiquín haciendo Dios sabía qué. Pero a fin de cuentas, podar, fumigar y fortalecer aquel dragón de fantasía que guardaba con celo los muros de San Nicolás parecía ser toda su vida. Y se le veía encantado con ello. A menudo seleccionaba y cortaba los mejores trozos para replantarlos después en macetas y tiestos de distinto color,

lo que no sabíamos para qué.

—¿El jardinero es mudo o qué? —preguntaba uno.

—Ese solo le *habla* a doña Ana, a ver si os enteráis ya —respondía otro riendo, no sin cierta maldad.

—La vieja se habrá encaprichado de él —dijo otro más.

—¿Ah, sí? —saltaba yo molesto, a la defensiva—. Mucho sabéis vosotros.

—De eso nada, el que sabe es él, que ha sabido arrimarse bien para comer caliente —reía uno de ellos—. Un tipo listo, ¿no crees?

Listo y habilidoso, pues a falta de concretar si aquel rumor de Rivas con mi benefactora era cierto o no, el jardinero tocaba cada domingo el órgano de la capilla acompañando las homilias del padrecito Casto, un curita con trazas de galán que el séptimo día de la semana se subía hasta allí para mantener en el buen camino a aquel rebaño de niños perdidos. Sus oficios eran un auténtico espectáculo, tanto que, en más de una ocasión, los vecinos más cercanos se acercaban a San Nicolás para escucharle decir misa. El ritual iba tomando cuerpo a ritmo de clásicos populares como Paquito Chokolatero; a veces, incluso, con tiempo, el evangelio lo teatralizaban los más pequeños de la casa y la guinda la ponía un número de magia donde el mosén multiplicaba el cáliz de vino en tres copones para asombro y regocijo de los más sibaritas.

—¡Eso sí que es un cura como Dios manda! —festejaban los curiosos desde la ventana, agolpados entre sí como rosarios de jabuguitos —. ¡Viva el Padre Casto!

Huelga decir que aquel escándalo ya le había supuesto alguna colleja por parte de la curia, una excentricidad más sumada a otras tantas como transitar por la vía pública sin el correspondiente permiso de circulación bajo la barbilla. Nadie lo entendía, ni doña Ana.

—¡Qué manía que tiene usted con vestirse de calle, Don Casto! —le recriminaba al acabar la misa— Un día de estos me lo van a mandar bien lejos y me voy a quedar sin cura. Al Pirineo, a una torre de vigilancia se me lo van a

llevar.

—¡No exagere, mujer! Voy siempre de paisano porque a mí todo el mundo me conoce aquí, patrona. Imposible dar gato por liebre; es más, la última vez que me puse el alzacuello fue para entrar gratis en los museos de Roma — confesaba.

A veces don Casto se quedaba a almorzar en la casa y nos contaba las historias más inverosímiles, como la vez en que, a nuestra edad, él y un grupo de seminaristas se fueron a la playa con un mono tití colgado del brazo. El pequeño primate era la mascota del director del seminario, un enamorado de la zoología y de aquel ejemplar al cual, por diversas razones, consideraba una entidad superior a los componentes de la diócesis. El caso es que un fin de semana tuvo que ausentarse y dejó el mono a cargo de los muchachos. No fue hasta la mañana siguiente en que regresó cuando todos cayeron en la cuenta de que se habían dejado al mono en la playa, atado a una estaca y a pleno sol. Cuando fueron a por él se lo encontraron en tal estado de deshidratación y mengua que para officiar su sepelio no hizo más falta que una caja de cerillas.

—Pues ya se lo podrían haber comido al menos —consideré riendo.

—Pues sí, porque visto lo visto por aquí...

Al padre Casto no le faltaba razón. En San Nicolás la hora de comer podía llegar a ser el momento más temido del día, sobre todo a la noche. Normalmente, cuando la oscuridad se pegaba a los cristales, nos veíamos obligados a tragarnos la misma comida del mediodía a menos que la Carmen hubiese tenido tiempo de improvisar alguna alternativa por la tarde.

—¡Pues espero que tengáis apetito! Esta tarde he sorprendido a la Carmen cazando moscardones como croquetas. Al que le toque, si se las come, le regalo un tebeo. *¡Bon appetit!* —deseaba el espécimen que tenía enfrente.

A este ya lo conocía de antes. Era Carlines, hijo del peluquero gitano que oficiaba en *Casa Barba*, a la espalda del Mercado del Carmen. Lo veía allí cada dos por tres, cuando mi padre me llevaba a esquilar, y siempre barriendo de pelambreras el suelo que pisaba en recompensa por sus pecados. Y no era

pequeño el que le había llevado ese año hasta San Nicolás. Su última tropelía había sido sobornar a un par de policías la noche que fue con un amigo a robar sacos de patatas en un tinglado del puerto para después venderlos de estraperlo en el Barrio del Molino. La cosa es que no solo los trincaron en el acto, sino que además Carlines los convenció para que les ayudaran a saltar la reja.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté.

—Les dije lo primero que se me pasó por la cabeza: «Si les parece bien, señores polizontes, amigos todos, y tal que paladines de la justicia y de los más débiles que son, nos repartimos la carga como buenos hermanos y aquí paz y después gloria».

Y los convenció. Carlines tenía un ingenio tan afilado como la boca que lo escupía, hecha para desarmar a cualquiera. Lo malo vino días después cuando uno de los guripas fue a cortarse el pelo al negocio del padre. Desde la silla giratoria el policía reconoció a Carlines. Al deducir que era hijo del peluquero, le recomendó a este poner al chico al frente del negocio pues malgastaba su talento escoba en mano, ya que por un saco de papas era capaz de convencer hasta a un cardenal. En cuanto el polizonte soltó un poco más la lengua, la cosa acabó aquella mañana en carrera y salto olímpico: Carlines salió pitando por un lado y el policía por otro, con el peinador colgándole del cuello aún y medio flequillo esquilado, mientras el peluquero corría tras él por el Mercado del Carmen con las tijeras en las manos.

—¡Qué vergüenza! Un gitano detrás de un policía, ¡dónde vamos a parar!

Y es que el buen peluquero, Don Ramiro, no era un gitano cualquiera, sino uno de esos que, por raro que parezca, no quieren saber nada de los gitanos. La suya era una larga estirpe consagrada al bandolerismo cuya razón de ser se perdía en la noche de los tiempos y, sin embargo, quizás el azar, quizás un fallo genético, o incluso la misma contaminación, hicieron que Ramiro se convirtiera en la oveja negra del clan y en esteta de la navaja y la tijera. Pero el pasado es lo que tiene, que renunciar a él es como escupir al

viento.

—Es lo que los budistas llaman el *karma* —se burlaba Carlines, trascendental—, porque al final el pasado siempre regresa para restablecer el orden lógico de las cosas. Ninguna acción, por buena que sea, queda sin castigo, y por mucho que mi viejo quisiera mezclar su sangre con la de mi madre, la cual es una santa, dicho sea de paso, el muy canalla debió ser un tunante bueno en una vida anterior.

Medio payo, medio Gitano. Ese era Carlines Suárez, eones de sapiencia zíngara cabalgaban por sus venas. Y así fue como sus padres le llevaron a San Nicolás, para ver si le arreglaban al niño o, con suerte, le devolvían el hijo de otro para verano.

De seguida, una sombra nos cortó la risa.

—Veo que estáis muy animados.

Tenía el rostro serio y la mirada vacía, de esas que ya lo han visto todo en la vida... y en la muerte. Era Víctor Durán, el nuevo instructor de la casa, uno de los últimos divisionarios que acababan de regresar a Huelva, de aquellos que dos años atrás prefirieron quedarse en Rusia con los alemanes a cambio de un sueldo pagado a precio de oro. Un mercenario de Guerra. Nadie sabía qué hacía allí.

—Seguid, por favor. No os cortéis —continuó—. Es buena la plática en el almuerzo, abre el apetito. Pero habláis mucho y coméis poco, así que quiero ver ahora mismo esas bocas llenas o sabré que esta noche tendré una cuadrilla entera para limpiar de jaramagos el patio entero.

Nadie chistó. Todos hundimos la cuchara en las acelgas a pesar de que hacía un buen rato habían dejado de humear en el plato.

—Muchacho, acábate el plato —me dijo—. Me he fijado que no comes mucho y tienes mala cara. Todos la tenéis. Las acelgas son buenas para el estreñimiento, recordadlo: un cuerpo taponado envenena el espíritu.

Luego dio media vuelta y continuó su patrulla por otras mesas.

—Ya te daré yo a ti espíritu —bufó por lo bajini Carlines—. Desde que

el hijoputa ese ha llegado no nos quita el ojo de encima.

—Ese te-te-te-te tiene fichado, Ca-ca-ca-carlines. Te lo-lo-lo digo yo.

—Pues como me toque mucho los huevos se va a enterar. Le lleno el uniforme de pulgas, que de eso vamos sobrados aquí.

Víctor Durán... Su semblante era inexpresivo, como el de un maniquí, carente de cualquier signo de vida, vacío, y al mismo tiempo fiero, de facciones prominentes, de pómulos afilados, de ojos oscuros, fríos, y malditos. Un rostro impenetrable, como el de un tiburón, silencioso, vigilante, siempre al acecho, merodeando a través del arrecife de mesas del comedor, paciente, diríase que esperando su oportunidad. Eso es lo que era Durán.

—Oye, ¿me de-de-dejarás ver la re-re-re-vista de los tiburones?

—preguntó Emilio, quien parecía haberme leído el pensamiento.

—Claro que sí —le aseguré— pero después no digas que tienes pesadillas.

—Mejor soñar con uno de esos bichos que no con ese —dijo Carlines.

Durán casi nunca comía. Siempre estaba de ronda, asegurándose de que nadie metía la pata a la hora de comer. Cuando se sentaba lo hacía en la mesa de los adultos y tomaba algo de fruta. Entonces sacaba de su chaqueta una navaja automática que hacía furor entre nosotros. Atraía cualquier chispa de luz como un imán y cuando localizaba en la distancia algún pequeño conato de rebelión, no tenía más que proyectar el reflejo de aquella hoja que cortaba el aire y las ganas de seguir haciendo jaleo. Durán era un tipo duro. Consecuencia de ello era el efecto que había causado en las Cianuro, las tenía revolucionadas. Virtudes y Fuensanta se mostraban encantadas con tener tan cerca a su soldadito, se arrimaban a él durante el almuerzo y le pedían que les contase batallitas del frente ruso mientras él las ignoraba pelando su pieza de fruta.

Pero no todo era malo en aquella mesa; cerca de las Cianuro se sentaba lo mejor de la casa, Violeta, otra recién llegada. Aquel año de 1947 estaba siendo de grandes incorporaciones, no había más que verla. Yo apenas podía

dejar de mirarla. Violeta era la cuidadora infantil, venía de un pueblo del Andévalo y tenía diecisiete años recién cumplidos. A esa edad Violeta ya era poseedora de todo cuanto gusta a un hombre. Violeta era lo que podía decirse un sueño de mujer, la mujer en la que se estaba convirtiendo.

En una de estas, la chica sorprendió a mis ojos balanceándose sobre ella. Bastó una simple sonrisa para hacerme encoger en la silla.

—Está buena, ¿eh? —convino Carlines al verme los colores.

—De-de-de-de toma pan y mo-mo-mo-moja.

—No te me embales, Emilio —le advirtió Carlines—, no vayas a estrangularte con la lengua y las acelgas. Sería una muerte muy vulgar.

—Es preciosa —dije casi lamentándolo.

—Pues no te hagas muchas ilusiones. Eres un crío para ella. Además, seguro que esa ya está de vuelta.

—¿Tú crees?

Carlines empujó los hombros y el silencio dio por sentada la respuesta.

—Ya me imagino yo un harén con al menos diez chicas como esa —saltó uno de los muchachos—. Si es que los moros, digan lo que digan, nos llevan años luz de adelanto.

—¡Craso error! —arguyó Carlines y de inmediato nos preparamos para un mitin de órdago—. Morolandia jamás será una civilización más avanzada que la nuestra, lo de la poligamia es la mayor demostración de todas pues claramente manifiesta que se quedaron atrás en la *escalada* evolutiva. En tanto, yo os digo que si bien es cierto el hombre no puede estar solo en este mundo, como así rezan las sagradas escrituras, lo que no excluye que su mayor problema sea que las mujeres son muchas y que no se puede abarcar tanto, sus ansias animales se ven compensadas con una sola neurona, la suficiente para echar el día, no estando por tanto capacitado para aguantar tanta feromona y verborrea. Si apenas se puede con una, ¿cómo es posible que metas en tu casa a un puñado? Elemental, mis infames criaturas: con una bajo el mismo techo, sobra. Y como vayamos por la vida con otros pensamientos, siempre

estaremos al norte de África.

—Creo que-que-que me has convencido, Ca-ca-ca-carlines.

—Intenta no tartamudear mi nombre por el bien de nuestra amistad, Emilio. Cuando lo haces, suena a mierda.

Me evadí de aquella conversación que no conducía a ninguna parte y por última vez me escurrí de espíritu hasta la mesa de Violeta. Memoriqué cada centímetro de su rostro, su sonrisa, sus manos... un patrón perfecto que abrazar en mi cabeza. Para cuando me di cuenta, su mirada me atrapaba nuevamente como a una mosca. Ni siquiera tuve tiempo de disimular. Puse mi mejor cara de idiota y continué con mi plato.

Violeta... Su nombre envenenaría mis sueños durante noches.

Capítulo 4

No supe lo que era el frío hasta que llegué a San Nicolás. Conforme me acostumbré a ser un prisionero más de sus pasillos, comprendí que lo que ganaban en inmensidad lo compensaban con crueldad en invierno. Día tras día, el frío se me pegaba más y más a los huesos hasta que dejaba de sentir que mi cuerpo me pertenecía. Para entrar en calor no nos quedaba otra que apretujarnos, pues en lo más crudo del crudo invierno continuábamos en pantalón corto. Gentileza de Víctor Durán, quien había convencido a la señora de la casa de que el sufrimiento fabricaba hombres de verdad.

—Hay que tener capacidad de sufrimiento, muchachos —nos arengaba durante su hora diaria de educación física—. El dolor fortalece el cuerpo y purifica el alma. Ya me lo agradeceréis en unos años.

—Se-se-se-señor Durán, es-to-to-to-estoy helado —le interrumpió Emilio, llenando el aire de escarcha con su aliento.

Tan pronto como el chico le puso el seguro a su lengua supo que había cometido un error. El vigilante se volvió hacia él y lo tomó por la barbilla. El resto apretamos los machos.

—Criatura, ¿qué sabrás tú lo que es estar helado?

Era uno de esos momentos en los que podía pasar cualquier cosa. Con Durán la vida siempre parecía balancearse en la cuerda floja. Una semana antes uno de esos niños le interrumpió la clase por algo similar. Tenía sed. El vigilante lo llevó hasta la manguera y lo tuvo chupando de ella hasta que no pudo ni moverse. Estuvo tres días guardando cama con fiebre y dolor de estómago. Pronto tomamos nota de quién era Víctor Durán Y aquella mañana

en que Emilio tenía frío lo volvió a demostrar.

—¡Todo el mundo a formar en fila! —ordenó Durán que mantenía a su lado al chico, bajo su brazo—. Vuestro compañero tiene frío, pero lo que no sabéis es que la mayoría de las veces el frío no es más que una ilusión generada por el propio cerebro. ¡De manera que vamos a echarle una mano! Abrid bien vuestras manos y hacedle entrar en calor. Ya sabéis cómo se hace.

La fila entera caminó hasta Emilio. El primero se cuadró frente a él, levantó la mano y el eco de su bofetada retumbó por todo el patio. Fue realmente duro. Aquella primera bofetada resonó todo el día en mi cabeza. Uno a uno fuimos despachando a Emilio a mano abierta. Golpe tras golpe, su rostro se iba encendiendo, sin lágrimas que pudieran sofocarlo. Su cara se fue hinchando más y más, así, un guantazo después de otro. Y otro más. Y otro, y otro... Y mientras tanto, el pelotón que parecía interminable. Nunca antes se había humillado a nadie en San Nicolás y nunca antes nos habían obligado a hacerlo. Aquella mañana algo murió dentro de mí, de Carlines, y de todos. Ninguno estábamos preparados para ello. Aquella mañana descubrí que lo peor de San Nicolás no era el frío que amortajaba sus paredes, ni siquiera las Cianuro que vigilaban sus pasillos. No. Lo peor de San Nicolás era Víctor Durán. Y aquella mañana nos hizo comprender que todos allí estábamos encerrados con él.

Cuando el espectáculo acabó, Durán escrutó un rostro rojo y agrietado por el dolor y la vergüenza, en ese mismo orden.

—En Leningrado sí que estábamos congelados, Emilio —continuó hablándole, en voz alta para todos—. Día tras día esperábamos con paciencia, escondidos en un bosque que se había vuelto de color blanco, abrigados bajo la nieve. Aguardábamos a que los rusos salieran de su madriguera para caer sobre ellos. Pero no tenían prisa. Allí dentro estaban bien calentitos. Eso sí que era tener frío, Emilio. Ninguno de vosotros sabe lo que es el frío.

Nadie dijo nada, ni siquiera el viento se atrevió a hacerlo. Durán dio un paso hacia el muchacho y volvió a agarrarlo por la cara.

—No vuelvas a dirigirte a mí hasta que aprendas a hablar, tartamudo. A partir de ahora conmigo será «sí» o «no» de esta manera —le explicó cogiéndolo por la barbilla, de arriba abajo y de izquierda a derecha. Así era cómo debía hacerlo en adelante—. ¿Lo has entendido?

Emilio asintió entre lágrimas de fuego.

—Bien, ahora ponte a correr alrededor de la parcela hasta que termine la hora. Ya verás como el resto de tu cuerpo entra en calor.

El muchacho acató la orden y empezó a correr. A nadie se le ocurrió seguirle con la mirada. Un insoportable remordimiento nos devoraba por dentro. Su castigo se había convertido en el nuestro. Ese era el estilo de Durán, sin mancharse las manos, haciéndonos cómplices del mismo crimen. Ese era Víctor Durán. Y así nos trató desde el primer día, como un martillo trata a un clavo.

—¿Alguno más tiene frío? —preguntó a una audiencia silenciosa—. ¡Bien!, coged el balón y haced dos equipos. Los que pierdan limpiarán la cocina hoy. Espero que el espectáculo sea bueno.

Tan pronto como se dio la vuelta, Carlines abrió por lo bajini su caja de pandora.

—Hijo de puta... —susurró—. Leningrado... Ya me gustaría ver al *bocachancla* este en Leningrado y en pantalón corto.

—¡Cállate, que te va a oír! —le ordené.

Carlines tenía la boca ideal para meternos en un lío a todos.

—¿Que me calle?, si estoy por romperme la pierna para no tener que verle la geta al *abombao* este. Además, así de paso me cuida la buenorra de Violeta.

—Ya quisieras tú, enterao —respondí encelado—. Además, Violeta está con los enanos.

—Sí, pero ella es la encargada del botiquín, de modo que dichoso del que se haga una torcedura porque de él será el reino de las pechugas—suspiró en pareado.

—Eres un poeta.

—Qué le voy a hacer si soy así de tierno —repuso el chico—. El problema es tuyo, chaval, que te estás enamorando. Y voy a decirte una cosa, espécimen calientabundo: encoñarte es la última de las enfermedades que deberías coger aquí dentro. Enamorarse de una chica así es como pillar la lepra. Al final se te caerá el corazón a cachos y si no al tiempo. Por suerte, tengo la solución. Conozco a una coja de la pescadería que por dos pesetas te deja como nuevo. Eso sí, tiene truco: cuando estés a puntito, a puntito, le quitas de un puntapié el taco que se pone bajo la pata chula y, cuando empiece a trastabillar, verás el gustito que da. No falla, macho.

Carlines era todo un especialista en provocar incendios y apagarlos con gasolina, pero también lo era en el arte de aliviar tensiones con su particular forma de ver la vida y sus partes más impúdicas.

—¡Qué te gustan las cochinas!

—¡De eso nada, calavera!, que el amor de vello púbico es deporte y, por tanto, salud y tónico espiritual. Anda, vamos a repartir unas cuantas patadas.

Y de esa manera nos lanzamos a un partido sin tregua donde las piernas y los puños volaban. Era lo que tenían las nubes de polvo que se formaban en el patio de recreo, tan propicias para ajustar cuentas y viejas rencillas de pasillo, más aún si estaba en juego quitarse de fregar la cocina. Y sin embargo el rival no era lo difícil. Lo complicado era sortear aquel terreno embarrado y plantado de árboles y raíces como estacas. La victoria siempre estaba tan cercana como la propia enfermería. El balón rodaba a duras penas entre piernas, brazos y alguna cabeza desdichada. En una de estas me hice con la pelota, entre la muchedumbre, a empujones, con la portería delante, y justo cuando estaba a punto de dejar la portería y la grada temblando de un testarazo, di un paso en falso. En cuanto levanté la barbilla todo se volvió oscuro y estrellado.

* * *

—Martín...Martín... —escuché una voz lejana.

El universo entero parpadeaba frente a mí, hundido en un pozo de alquitrán en el que me pareció flotar toda una eternidad. De repente sentí un pinchazo en la mejilla ardiente y helado al mismo tiempo. Un cierto sabor metálico me mojaba los labios.

Abrí los ojos y allí estaba Carlina como la virgen María sosteniéndome la cabeza, piedad en ristre.

—Macho, ¿estás bien?

Ni siquiera podía levantar la cabeza.

—En un minuto te lo digo —contesté—. ¿Ha sido gol?

—Por toda la escuadra.

—¿Entonces no fregamos?

—De eso nada: nos han matado en el descuento.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Suficiente para entrar en el paraíso de las tetas.

Su barbilla señaló a un lado y enseguida un ligero olor a azahar se abrió paso entre todos. El aroma de su piel era tan difícil de olvidar como el pañuelo perfumado de almidón con el que me presionó la herida.

—¡Aguántatelo ahí! —exclamó Violeta—. Y ni se te ocurra tocarte con las manos.

El beso del pañuelo quemó todo a su paso, abrasador. Sin embargo, ni dos segundos tardó en quedar en segundo plano.

—No se preocupe por mí... Doña Violeta... Estoy bien, creo.

Las palabras se atropellaban en mis labios. Fue nuestra primera vez.

—Nada de «doña» ni «usted». No soy ninguna vieja —quiso dejar claro.

—Lo que «digas», doña Violeta.

La muchacha esbozó una sonrisa al ver que aún me quedaban fuerzas para intentar tomar el pelo.

—Por Dios, ¿tú has visto lo que te has hecho? —negaba con la cara.

—No creo que ahora mismo pueda sacarme el ojo para comprobarlo.

Entre las cabezas se abrió paso otro olor, uno a vainilla quemada que siempre acompañaba a Durán como su perro fiel. El vigilante me sonreía desde las alturas con su cigarrillo entre los labios.

—Se ha cortado el pómulo, señor Durán. Habrá que llamar al médico.

Durán le negó con la cabeza. Luego me sonrió.

—Anda, ven conmigo. Yo te *arreglaré* esa cara.

Capítulo 5

Una viruta de luz resplandeció en la punta de acero y yo me eché a temblar. Hilo y aguja era cuanto necesitaba. Nada más. Con ello Víctor Durán cerraría aquella brecha que un árbol me había regalado bajo el ojo. Antes se lavó las manos con excesivo escrúpulo bajo un chorro de agua que trazaba jirones de vapor al chocar contra la pila.

—¿A qué sabía ese pino? —bromeó el vigilante, siempre con aquella sonrisa con la que nos estudiaba al milímetro.

—Supongo que a madera. No me ha dado tiempo a rebañar —contesté. Durán me enseñó las encías, en silencio.

Estaba riendo, sin carcajada, apenas un hilillo de aire que se tragaba entre los dientes, como un tiburón que se alegrara de ver a su presa antes de asestar su dentellada. Sentí un escalofrío. Al menos no estaba solo. Violeta también estaba allí, preparándole los avíos y unas cuantas gasas limpias. Era agradable tenerla cerca. Y por supuesto Carlines, que se había colado en el botiquín. Ese no se perdía una.

—Macho, estás enfermo —me susurraba al oído mientras Durán y Violeta preparaban el instrumental—. No hacía falta partirse la cara contra un árbol para estar cerca de Violeta.

—¿No eras tú el que se iba a romper una pierna?

—Majadero.

—Gallina.

Con gran habilidad, el vigilante enhebró la aguja y se preparó a remendar mi mejilla derecha.

—¿Nervioso? —me preguntó enseñándome los dientes, divertido.

—¿Debería? —disimulé, sin apenas saliva.

—Muchacho, esto te va a doler.

Sin previo aviso, Durán ensartó mi cara a traición con aquella aguja que era fuego puro. A duras penas conseguí mantener a raya mi lengua y dos lagrimones mejilla abajo. Noté la quemazón del hilo morder el pómulo, acariciando el hueso que dormía debajo, perforando y cerrando la herida hacia la otra orilla de carne. Y mientras tanto, Durán sonriente. Lo estaba pasando en grande. Podía verlo en sus ojos, aquellos ojos negros, apenas iris, solo pupila, ojos sin vida, de muñeca. Dos imanes de los que no pude despegarme. Ninguno de los dos nos perdimos de vista a través del zurcido, como fuego cruzado.

—Ya queda menos —me consolaba Violeta.

Gracias a Dios que ella estaba allí. Me sonreía con una dulzura como nunca antes una chica me había profesado. Ni siquiera Esther Ruiz, a la que había besado al menos tres veranos antes en la Playa de la Gilda. Todavía la recordaba, cómo no. El suyo, además de ser el único beso de mi corta existencia, me había costado todos los ahorros. Menuda broma. Los chicos hacían cola para besarla a la espalda del balneario, donde Esther pedía una *perra* chica a cambio, diez céntimos que le manchaban a uno las uñas y los bolsillos. Deshacerte de ella te daba derecho a un beso de tornillo y un buen pellizco en el culo. Por entonces ya sabía lucir una perfecta sonrisa de plástico, la misma a la que le había aclimatado un bolsillo lleno de monedas. ¿Acaso la costumbre no hace el hábito? Aunque, que yo recordara, esa de monja no tenía nada.

Y ahora que miraba a Violeta, la Ruiz estaba a punto de pasar a la historia, justo en el mismo momento en que Durán me daba la última puntada llevándose consigo, y de un tirón, el hilo que sobraba y parte de mi dignidad.

—¡Ahhhhhhhhh! —chillé como una niña.

—¡Ya estás! —rió Durán—. Y no grites, hombre, que no es para tanto.

—De acuerdo, ¡pero la próxima vez le opero yo a usted! —repuse.

El vigilante me ofreció un pequeño espejo de mano que había por allí. Lo cogí con miedo a encontrarme algún estropicio. En lugar de eso, una grotesca mueca ensartada en hilo y jirones de sangre me sonreía bajo el ojo.

—Ocho puntos —dijo Durán.

—Estás hecho un asco —puso de su parte Carlines.

—Isabela me va a matar —lamenté de inmediato.

—No será para tanto —intervino Durán.

—Estás hecho un asco —insistió.

—¡De eso nada! —salió al rescate Violeta, tomándome por la barbilla para mirarme en conjunto y le aclaró a mi amigo—: ya quisieras tú tener una de estas. A las chicas nos encantan las cicatrices. Las vas a volver locas a partir de ahora, Martín.

—Sí, de momento a mi tía. A ella le va a encantar.

Violeta impregnó una gasa en yodo y empapó la herida.

—En cuestión de días bajaré la hinchazón —dijo Durán—. Cuida que no te de el sol y evita si puedes el patio de recreo.

—¿Eso significa que tampoco hará falta que vaya a su clase de gimnasia?

—Buen intento, pero eso no te será tan fácil —aclaró—; Violeta, cariño, esta herida debe secarse. Por favor, haz los honores.

Durán me guiñó un ojo, entre hombres sobraban las palabras. Acto seguido Violeta se inclinó, colocando su boca a un palmo de mi ojo, y a Carlines se le salieron las cejas del mapa. Violeta sopló con ternura a través del beso que dibujaban sus labios y enseguida entré en éxtasis. Debí poner la cara más estúpida del mundo porque al minuto Durán me cortó el rollo.

—Ya es suficiente, Violeta, no se le vaya a salir un punto a nuestro amigo.

—Qué cosas dice usted, señor Durán —dijo casi abrumada—. Bueno, si no me necesita, me marcho a la cocina a echar una mano.

—Puedes marcharte. Y tú también —señaló a Carlines la salida—. Vamos, ¡largo!

A mí en cambio me invitó a quedarme hasta que se secara la herida. Violeta salió de la enfermería y tras ella Carlines. Me quedé a solas con Durán. Solos, él y yo. Lo primero que hizo fue sacar su paquete de Bisonte.

—¿Un cigarrito? Nunca viene mal después del combate.

—Gracias, pero no me gusta. No lo he probado nunca ni creo que lo haga.

—Eso es absurdo. ¿Cómo puedes decir que no te gusta si nunca lo has probado?

—Por la misma razón por la que sé que no me gustaría tirarme de un puente.

—No hay muchos puentes por aquí cerca, muchacho.

Durán encendió un cigarrillo y las primeras gotas de lluvia golpearon los cristales. Sentí el agua penetrar San Nicolás como si estuviera hueca, recorriendo cada fisura, arrastrándose por cada recoveco, al igual que haría a través de las viejas galerías de una caverna sin fondo. Mientras tanto, Durán no me quitaba el ojo de encima. Me miraba de arriba abajo como si acabara de salir del suelo. Y lo hacía de tal manera que le hacía a uno sentirse igual que si no fuera nada en este mundo, como se mira un montón de basura.

—Me he enterado que tu madre no anda muy bien de salud y que por esa razón estás tú aquí.

—Ha oído bien.

—Me enteré hace poco, un día que fui a llevar el coche al taller. No sabía que tu padre fuera Salvador.

—Pues sí, lo era.

—Tu padre era un patriota, chico. Murió sirviendo a la causa nacional contra esos rojos de mierda. Y era un buen mecánico, y también buena persona, demasiado como para darse cuenta de los buitres que le rondaban en el negocio. Me refiero a ese tal Julián, un tipo listo. Demasiado. Se quedó con el taller y con su mujer. Se quedó con *tu* madre —puntualizó—. Una lástima que acabara en brazos de ese tipejo porque, aparte de un poco fullero, también es algo putero, ¿lo sabías? Esperemos que no le haya pegado nada a tu madre.

—La tuberculosis se transmite por el aire, señor Durán —me atreví a meterle en cintura. Había cosas que no estaba dispuesto a tolerar.

—Ya, claro —asintió—. Por lo que sé tu madre cantaba muy bien de joven pero desconozco si grabó algo que se pudiera escuchar. ¿Lo hizo?

—Que yo sepa no —le mentí sin importarme si lo sabía o no.

No tenía ganas de entrar en detalles sobre mi madre y menos con un tipo que se divertía acorralando a la gente. Durán no le dio mayor importancia y sacó del botiquín una tiritita.

—Ahora voy a ponerte esto. Dentro de tres días vienes y te la quito.

—¿Puede quitármela Violeta? —me aventuré.

—¿Qué te ocurre, yo no te gusto?

—¿Tengo que contestar?

Durán hizo un chasquido con la lengua.

—Puedes quitártela tú mismo, no necesitas niñera.

—¿Pero puede quitármela ella o no?

—Haz lo que quieras, pero a mí me parece un poco mayor para ti. Tú sabrás.

El vigilante se acercó a mí para ponerme la tiritita. Antes de seguir, se lo impidieron.

—Yo no lo haría —recomendó una voz desde la puerta.

Era Rivas, el jardinero. Durán se volvió hacia él, enarcando una ceja, un tanto extrañado quizás porque, como ya sabíamos, él era alguien a quien no se le debía interrumpir, ya lo había demostrado, aunque posiblemente el jardinero aún no se había enterado. Aún así devolvió al jardinero su habitual mueca, templada y fría. Rivas vino hasta nosotros seguido por aquel par de ojos negros que nunca pestañeaban. Cuando llegó a nuestra altura se caló las gafas y se inclinó sobre mí.

—Ha hecho usted un buen trabajo —le premió mientras contemplaba su obra en mi cara—. Ponerle una tiritita encima sería echarlo a perder. Podría infectarse o traerse los puntos cuando la retire. Deje que el frío haga el resto.

Rivas tomó un frasco de aspirinas del botiquín y me puso una en la mano.

—Tómate una como esta con las comidas. Te aliviará.

—¿Y si no me sirve?

—Servirá, descuida —me reconfortó el jardinero.

—¿Y si no es así?

—¡Pues te aguantas! —zanjó Durán.

Rivas dejó el frasco en la mesa y volvió a echarle un vistazo a mi herida.

—Tiene buena mano, Durán. La ha cerrado tan bien que apenas le dejará marca alguna. Seguro que no es la primera vez que lo hace.

—La guerra le enseña a uno a ser polivalente, señor Rivas. En el campo de batalla se es soldado, cocinero, enterrador... Incluso médico. De eso sabe usted algo.

—Lamento decirle que nunca fui a la guerra —sonrió el jardinero.

—Yo no me refería a la guerra —fue expeditivo—, sino a lo de ser médico.

Rivas carraspeó.

—Bueno, sin duda me confunde con otra persona, señor Durán.

—Me parece que aquí el que se confunde es usted.

Un fogonazo de luz hizo temblar el cielo a los pocos segundos. En ese tiempo el silencio enturbió el ambiente.

—Me sobrevalora usted en exceso, señor Durán. Yo solo soy un simple jardinero, nadie más que merezca la pena —quiso aclarar Rivas, casi defendiéndose de una acusación hecha por alguien acostumbrado a montar consejos de guerra cada dos por tres.

—Un simple jardinero no monta un invernadero en una enfermería —apreció el vigilante, sin dar un centavo por sus palabras.

Y no le faltaba razón. Aquel botiquín parecía cualquier otra cosa menos un botiquín. Había plantas y macetas por todos lados, aquí y allá, y, junto a la camilla, en una mesa, descansaba la más cercana en un tiesto de color amarillo, igualita a la que le había visto replantar una semana antes. Siete días

después el rosal continuaba allí en su plenitud, vivo y hermoso como entonces. Pero no era la única maceta de color. Otras tantas más ocupaban el resto de la sala, macetas con distinta numeración, secciones de enredadera etiquetadas y en cubetas de aluminio, así como una colección de pinzas, bisturíes, y una colección de ensayos y tubos con anotaciones muy diversas.

—Para ser solo un simple jardinero, utiliza un material muy poco convencional, ¿no le parece? Esto más que un botiquín parece un estudio de algo sobre algo: *quince... treinta... doscientos...* —leyó cada acotación mientras se paseaba de maceta en maceta—. ¿Está investigando algo, *doc*?

—Ya le he dicho que no soy doctor. Debe confundirme con otra persona —insistió.

—Rivas, puedo equivocarme con las personas, pero nunca las confundo. Conteste ahora: ¿qué es todo este alboroto?

El jardinero resopló.

—Solo estudio la textura de las plantas —dijo cansado—, qué microorganismos afectan más a unas que a otras, qué tratamientos van mejor con unos que con otros... Proteger y realzar la belleza de las plantas forma parte de mi trabajo.

—Por supuesto, un gran trabajo el suyo —dijo sin discusión—; por cierto, ¿cómo están sus amigos los americanos, señor Rivas? Ya sabe a quiénes me refiero, así que no se haga el interesante, por favor. Dígame, ¿por dónde andan?

Rivas tragó saliva de tal manera que un chino podría haberlo escuchado escondido en su bol de arroz al otro lado del mundo.

—Le repito que ha debido confundirme con otra persona.

—¿De verdad? —suspiró ahora cansado el vigilante.

Su juego del ratón y el gato era desconcertante. Sabía cómo hacerlo, sabía cómo apretar y cuándo soltar. Y por mucho que Rivas evitara seguirle, con Durán enfrente, daba la sensación de que todo se iría al traste en cualquier momento.

—Bueno, ¿y qué me dice de esto?

Durán sacó de un cajón de la mesa de ensayos una carpeta y se la mostró sonriente. Había un nombre escrito en la cubierta, en mayúsculas: «WERNER». Luego abrió la carpeta y comenzó a enumerar su contenido.

—Es usted un tipo bastante curioso, Rivas. Esta carpeta está llena de hojas de periódicos, recortes, informes... En todos aparece el nombre de Werner, o bien subrayado o garabateado, ¿qué significa? ¿Qué es toda esta documentación?

El jardinero guardó silencio.

—Y eso no es todo —continuó—. También están las fotografías.

Durán le enseñó un puñado de imágenes de tal manera que pude verlas yo también. Todas eran iguales: ancianos, eran retratos de ancianos.

—No sabía que le gustaran tanto los abuelos, señor Rivas.

—Ni yo que a usted le gustara fisgar en los asuntos de los demás, señor Durán —se mostró entonces irritado el jardinero—. No debió haberlo hecho.

—Sí, sí, sí... —le siguió Durán, haciendo caso omiso al tono que acababa de emplear con él—. Pero no me quedó más remedio, sabe, sobre todo cuando me encuentro con esto otro.

Durán sacó del fondo del mismo cajón un revólver. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Qué hace esto aquí, *doc*? —preguntó alzando con escrúpulo la pistola por la culata, como quien recoge por la cola el cadáver de una rata.

—No me llame «*doc*», ya le he dicho que...

—Lo que usted diga, *doc*, lo que usted diga... —resolvió cansino—. Cuénteme, ¿por qué guarda una pistola? Es un tanto peligroso, ¿no cree? Aquí hay muchos niños, Martín, por ejemplo, algunos incluso más pequeños que él. Podrían encontrarla y hacerse daño con ella.

—Sabe de más que está descargada.

—¿Y siempre lo está?

—Esa pistola hace años que no funciona, señor Durán —dijo—. De otra

manera nunca la tendría. No estaría tranquilo.

—Si no se siente cómodo con una pistola de verdad, quizás le venga mejor.

Durán sacó del interior de la chaqueta su navaja automática, esa que sacaba a pasear a la hora de comer. Cuando abrió la hoja, la mañana entera relampagueó sobre aquella afilada hoja que servía para algo más que para cortar fruta.

—En las distancias cortas las navajas son más efectivas que las pistolas, señor Rivas. Si le gusta se la regalo —le tentó.

—No me serviría de nada —confesó el jardinero.

—¿Y sin embargo tener una pistola estropeada sí?

El jardinero tenía moradas las ventanas de la nariz. Todo tenía un límite.

—Me sirve para espantar a las hienas.

Durán sonrió y fue hacia él haciendo la ruleta con la pistola.

—¿Ha visto alguna por aquí últimamente, Rivas? —preguntó a un palmo de su rostro.

El jardinero se pensó mejor la respuesta y prefirió callar.

—Eso está mucho mejor —observó Durán.

Luego le agarró por la muñeca y depositó el revólver en su mano. Y sin dejar de mirarle a los ojos se dirigió a mí..

—Será mejor que vayas a cambiarte, Martín, enseguida cenaremos; usted, Rivas, continúe con su trabajo. Y recuerde: puedo equivocarme con las personas, pero nunca confundirlas. Espero que le quede claro porque las soplapolleces me aburren soberanamente. Es más, me hacen perder mi tiempo y eso no me divierte. Ya hablaremos con más calma.

Durán abrió la puerta y me invitó a salir, pero antes de desaparecer le recordó nuevamente a Rivas algo más.

—Y por favor, dele recuerdos a sus amigos los americanos. Ya sabe, a los dos, no se olvide. Buenas tardes, señor Rivas.

Durán dejó la enfermería abierta y se marchó con parte del desprecio que

había dejado dentro. Fuera, una helada galería de sombras me devolvió al mundo real de San Nicolás. El cielo retumbó una vez más a través de la cristalera y vi a Rivas contemplar la tormenta frente a la ventana, perdido en el páramo, derrumbado como si cargara con el peso del mundo sobre sus hombros. Y a pesar de ello, aún tuvo fuerzas de decir una última cosa.

—Mierda...

Capítulo 6

Esa misma noche no pegué ojo. La imaginaria me duró lo que tardé en acabarme todo el parque de ovejas de la ciudad, y sin terminar de atar una en corto. Entrada la madrugada la tormenta no paraba de golpear la casa como si arrojara sobre sus muros y cristales toneladas de puntillas. Debían ser las tantas cuando la brecha de mi mejilla hacía ya un buen rato que había echado a patadas de mi cama el poco sueño que me quedaba. La mayoría de las veces el insomnio se debía al bombo que no paraba de centrifugar bajo mi ombligo, intentando digerir lo que no podía ni trinchar el tenedor. Sin embargo, aquella noche no solo era la herida lo que me estaba quemando por dentro: a ratos era mi madre, de la que no sabía nada; otras veces Violeta, de quien quería saberlo todo. Pero más que ninguna, Durán. Él y su navaja me habían robado el sueño.

Salí de la cama y bajé en busca de otra aspirina con la que apaciguar el dolor de mi pómulo, cuidando de no cruzarme con ninguna de las Cianuro. Solían desvelarse con bastante frecuencia, pues la maldad apenas las dejaba dormir, y cuando eso ocurría, para aprovechar el tiempo, montaban guardia en el pasillo. A veces se las veía salir corriendo de nuestro dormitorio en mitad de la noche mientras dormíamos, después de repartir algún soplamocos por prescripción episcopal a quienes no tenían las manos a la vista. Por si las moscas; para cuando llegué al botiquín, la puerta no abría. Estaba cerrada con llave y no me quedaba otra que despertar a Isabela.

Una corriente de aire llegó entonces hasta mí de puntillas. Venía del otro lado del pasillo con el aroma de una sinfonía lejana y perdida en las tinieblas.

Al final del corredor, desde la capilla, una melodía mortecina se arrastraba con agonía. Alguien estaba tocando el órgano de la casa. Rivas, supuse. Quizás lamiéndose las heridas de aquella tarde con un poco de música. Supuse que llevaría encima una copia de la llave del botiquín, allí donde había improvisado su pequeño invernadero, y que, por tanto, no tendría inconveniente en administrarme un analgésico.

Me aventuré por el corredor sin más luz que las láminas de ceniza que filtraban las ventanas. La puerta de la capilla estaba entreabierta, un lánguido soplo de claridad aguijoneaba el suelo. No me había equivocado: al otro lado, de espaldas, Rivas tocaba con manos de seda el órgano, con cuidado de no despertar a nadie, pero casi con torpeza, como si sus dedos no estuvieran bien engrasados. Debía ser la primera vez que se atrevía con aquella taciturna melodía. Normalmente lo que le habíamos escuchado era música sacra y, sin embargo, ahora una minúscula sinfonía rayaba la atmósfera con una tristeza inusitada entre sus manos. El hechizo fue instantáneo. La melancolía de las notas removi6 en mí un misterio de soledad como nunca antes había sentido, la capilla entera se contagiaba de su veneno. Era la música del silencio, el mismo silencio que se respiraba bajo la tormenta, el mismo que embrujaba una casa cerrada y poblada de recuerdos olvidados. Había decadencia en aquellas notas. Y dolor. Un dolor extrañamente delicioso que se arrastraba por la casa como el viento que se colaba por una ventana de la capilla.

Al poco, la música se apagó en la oscuridad con su eco de ultratumba palpitando entre las paredes. Justo cuando el jardinero se levantaba para marcharse, una carcajada polvorienta y aún más siniestra reptó como cascabel a través de la tormenta.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Rivas sobresaltado.

Una estridencia metálica arañó la oscuridad a golpes. El intruso estaba aplaudiendo.

—Le falta un poco más de práctica pero no lo hace del todo mal, doctor.

—¡Dios santo! —exclamó entre susurros el jardinero—, ¿qué estás

haciendo aquí, muchacho? ¿Estás loco?

—Yo también me alegro de verle —respondió risueño el forastero.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Sabe, alguien debería echar un vistazo a esas ventanas. Nunca se sabe lo que puede haber ahí fuera en el páramo.

—Has sido un inconsciente, podrían haberte visto. ¿Cuánto hace que has llegado?

—Poco —contestó—. No parece usted muy contento de verme.

—La verdad es que no; es más, lo lamento. Ahora dime qué haces aquí y qué te traes entre manos.

—Bueno, no son *manos* lo que precisamente usted me dejó, «Rivas» —pronunció burlón—. Por cierto me gusta eso de Rivas, no es original pero me gusta.

—¡Muchacho, déjate de juegos y márchate enseguida! Creo que las cosas van a ponerse feas por aquí.

—No se preocupe por mí, solo estoy de paso. Me ha salido un negocio con unos alemanes que quieren cruzar a Portugal. Pagan bien y yo necesito el dinero.

—Eso es muy peligroso. Si te cogieran...

—Si me cogieran ya sabría cómo escapar. De peores he salido. Usted lo sabe.

—Me alegra saber que lo tienes todo tan bien pensado. Pero más me alegraré si desapareces enseguida —le advirtió de nuevo—. ¿Cómo me has localizado?

—Fácil: «el otro» me lo dijo —respondió—. Le hice una visita, no fue difícil dar con él. Ya no se esconde de nadie. Creo que ha perdido el juicio. Y usted también —le censuró—. Ayudándolo solo conseguirá que le cojan a usted también. Debería marcharse de aquí y dejar que se las avie él solo. Al fin y al cabo no es más que un perro perdido.

—Eso ya no es asunto tuyo. Hace mucho que decidiste darle la espalda,

pero yo no lo haré —se lamentó Rivas—. Y ahora lárgate. Alguien está haciendo preguntas, creo que es un policía. No sé cómo me ha relacionado con vosotros dos, pero lo ha hecho. Ha preguntado por ambos y no tiene pinta de andarse con chiquitas.

—Descuide, no me quedaré más tiempo del necesario, solo me he pasado a saludarle. Bueno, a eso y a ver también... ¿Cómo se llama...? Ah, sí, San Nicolás —mencionó, abriendo los brazos y dando varias vueltas en derredor—. Es una buena casa, muy grande. Pero no se ve muy acogedora. Debe hacer mucho frío aquí dentro, espero que se haya buscado buena compañía para las noches de invierno. En soledad suelen ser muy largas, se lo digo yo.

Rivas avanzó unos pasos más y le agarró por los brazos con firmeza.

—¡Muchacho, ahora en serio! Esto no es América. Estás muy lejos de los tuyos y aquí no tienes protección. Márchate cuanto antes y olvídate de todo esto, tu vida no está aquí. No lo echés todo a perder.

El extraño carraspeó una risa apagada y luego le puso las manos a su alcance.

—Sabe, nunca le di las gracias por lo de las manos.

—No tienes por qué. Era mi obligación —dijo Rivas.

—Hizo un buen trabajo, doctor —añadió con gratitud.

Por un momento Rivas bajó la guardia.

—¿Te siguen doliendo?

—De vez en cuando. Puedo controlarlo.

—¿Cómo soportas el dolor?

—Me aguanto —respondió el intruso— Hicimos grandes cosas juntos, ¿verdad, doctor?

Se produjo un largo silencio entre los dos. Tan solo la respiración profunda de Rivas tomó la palabra. El jardinero cabizbajo parecía absorto en otra época, un pasado en común. Y el pasado era lo que tenía, siempre regresaba para echarle un puñado de tierra a los ojos.

—Vete, por favor.

El extraño asintió sin mayor problema y se despidió.

—Cúidese, doctor.

La sombra abrió una de las ventanas y desapareció en la noche. Cuando Rivas se decidió a abandonar la capilla ya ya subía las escaleras.

Capítulo 7

—Esto tiene muy buena pinta —dijo Violeta con mi cara entre sus manos—. Al menos a mí me lo parece. Voy a limpiártela de todos modos, así que no te muevas mucho.

—Gracias, Violeta.

Era sábado. Apenas habían pasado tres días desde el misterioso encuentro en mitad de la madrugada entre Rivas y su enigmático amigo, y aprovechando que Durán no andaba de patrulla por la casa, le fui a Violeta con el cuento de que tenía que curarme la herida.

—De todas formas, será mejor que los puntos te los quite él si no se te caen antes por sí solos.

—Lo que tú digas, Violeta —me tenía ensimismado.

Una vez más, el algodón borracho de yodo empapó la herida y luego ella sopló con aquellos labios hechos para quitarle la vida a uno. Menudo idiota. Estar enamorado era como tener una constante brecha abierta en el pecho por donde se me escurría el corazón para que ella volviera a ponerlo en su sitio.

—¿Escuece?

—Más de lo que piensas.

Carlina tenía razón. De seguir así, el corazón se me caería a cachos.

—Lo siento, pero esto si queremos hacerlo bien, nos llevará un rato.

Cuéntame algo, ¿por qué estás aquí?

—Básicamente porque no tengo quien cargue conmigo. Mi madre está enferma en el hospital y mi padre murió en la guerra. Solo me quedaba mi tía Isabela.

—Vaya, cuánto lo siento, Martín —lamentó—. ¿Y qué le pasa a tu madre?

—Los médicos dicen que es neumonía —contesté—. Mi madre no paraba de toser y la cosa fue a peor cuando empezó a manchar pañuelos de sangre. No era muy conveniente que estuviera a su lado.

—¿Y se pondrá bien?

—Eso parece. Lo último que me dijo por teléfono es que estaba mucho mejor. Y espero que así sea. Ella es lo único que tengo en el mundo. De momento me tengo que conformar con su voz.

—¿Su voz?

—Sí, mi madre era una artista famosa —me tiré el pegote—. Malena Quintero.

—¿Malena Quintero has dicho? —preguntó—. Lo siento, pero no me suena mucho su nombre.

Prácticamente eso era lo peor que se podía decir de una cantante.

—Bueno, no importa. Fue bastante famosa de joven, antes de la guerra. Grabó incluso un disco, sabes.

Violeta puso cara de sorpresa.

—Pues cualquiera no graba un disco. ¡Vaya, eso sí que no me lo esperaba! Háblame de ella —me pidió.

—No hay mucho que contar. Solo sé que antes de yo nacer estaba bien considerada en el mundo de la farándula. Viajaba mucho y ganaba concursos.

—¿Y qué pasó después?

Levanté la mano. *Mea culpa*. Yo era la respuesta.

—Pero podría haber seguido cantando, ¿no?

—Después de morir mi padre perdió hasta las ganas de seguir respirando.

—¡Vaya!, es una triste historia —lamentó—. Ojalá se cure rápido y pronto podáis estar juntos.

—Bueno, aquí tampoco estoy tan mal.

Un par de hoyuelos aparecieron en su rostro, justo debajo de aquel lunar que sonreía a unos cuantos privilegiados. Entonces se levantó y puso la

bandeja con los algodones y el yodo en su sitio. Luego me miró de soslayo, aún hoy creo que con coquetería. Y creo que fue con ese «creo» como realmente empezó lo malo.

—Sabes, me encantaría escuchar ese disco. Tengo un gramófono arriba en el cuarto. Si quieres...

—No se hable más —dije con el corazón dándome tumbos en el pecho.

En menos de cinco minutos ya estábamos sentados a los pies de su cama como si nos conociéramos de toda la vida. Violeta tenía su alcoba en el dormitorio infantil, con los más pequeños. Una gruesa mampara separaba su espacio del resto de camas, no necesitaba más, pues entre pañales y baberos su intimidad estaba más que asegurada. Un catre, un pupitre y un armario eran cuanto tenía por dormitorio, justo en el otro extremo de la entrada. Del otro lado de la puerta corría una escalera hacia el punto más alto de la casa, el mirador. Desde allá arriba se podía contemplar la ciudad que habíamos conocido una vez, un laberinto de calles y edificios en el que valía la pena perderse. Y allí mismo los mayores tenían su fumadero, curiosamente donde también se decía que la sobrina de la cocinera se dejaba los bajos con algunos de ellos, si no con todos.

—Si te pillan aquí, te puede caer una gorda. Y a mí también.

—Descuida, será nuestro secreto —le prometí.

Violeta agarró el gramófono y lo puso sobre la cama. Luego tomó el disco.

—Vaya, vaya, vaya: «Malena Quintero... *El rastro de su voz...*» Me gusta —leyó entusiasmada—. ¿Es ella?

El encarte reproducía una actuación de mi madre cantando de joven, envuelta en un vestido luminoso.

—Sí, lo es.

—Es muy guapa. Ahora ya sé a quién sales.

—Bueno, mi padre también hizo lo que pudo.

Ella sonrió y yo me gané un pellizco en la mejilla buena. No supe cómo

interpretar su arrebato.

—¿Y este de aquí? —preguntó la chica señalando una parte de la portada.

Tras la angulosa silueta de Malena Quintero, se alargaba en el escenario un oscuro piano de cola frente al que se sentaba un hombre con traje negro, con la cabeza ladeada pero imposible de identificar, menos aún bajo los arañosos del cartón.

—¿Quién, el pianista? Ni idea —contesté sin importarme. Violeta sacó el disco con delicadeza y lo posó sobre el aparato.

—Bueno, allá va.

El plato comenzó a girar y la aguja fue surcando con suavidad las primeras pistas de vacío y pelusa. Ambos nos sentamos de rodillas en el suelo como dos colegiales nerviosos, yo más que ella. Y así estuvimos hasta que la pizarra dejó de chisporrotear en el silencio.

El trémulo rumor de un piano comenzó a desenredarse en una inquietante obertura llena de misterio y un enjambre de teclas que crecía y crecía hasta desgranar una cadencia más estable y reconocible que marcaba elegante el tempo de una guajira. Tras casi un minuto de preludio, un quejido se deslizó suavemente a través de las notas que trazaba el pianista entre dedos de terciopelo y enseguida el corazón de mi madre se le subía a la garganta para no abandonarla hasta el final de la canción.

Su voz hablaba del secreto que custodiaba una vida respirada a orillas del mar, de una playa llena de barcos bajo nubes de vainilla y de un arrecife de fachadas blancas y palacios de azulejo y cristal. El sustento de aquel paraíso era la voz de su protagonista, una doncella que se había negado a entregar su alma a un hombre sin sombra cuyo recuerdo el mundo había sepultado largo tiempo atrás, y el cual, en represalia, había encontrado la manera de encerrar su canto en un pequeño disco como aquel que giraba en el gramófono. Y mientras la tierra se anegaba en sombras, él aguardaba con paciencia a que antes de acabar la balada ella le entregase su cuerpo y su alma para nunca separarse de su lado a cambio de devolverle al mundo la voz y la

luz que necesitaba.

Cuando se acabó vi a Violeta disimulando que se enjugaba unas cuantas lágrimas.

—Es una canción preciosa pero también muy triste —dijo—. Aún así, su voz, creo haberla escuchado antes. No me hagas mucho caso, pero ahora creo que no me resulta del todo desconocida. Dime, ¿grabó alguna canción más?

—Al parecer no —contesté—. Según ella, no existen más copias de este disco.

—¿Cómo puede ser eso?

—Ella me habló de un almacén lleno de discos que se quemó. Pero no sé más.

—Me gustaría volver a escucharla otra vez, pero no ahora —aclaró.

De repente tuve la peor ocurrencia del mundo y al instante la conciencia se encargó de apuñalarme.

—Si quieres te lo presto —dije de inmediato, no queriendo romper la magia del momento—. Ya lo he escuchado muchas veces.

—No me gustaría que se perdiera, Martín.

Estaba rompiendo mi promesa de nunca desprenderme del disco pero aquello no contaba, estaba seguro. Se trataba de Violeta, y su cuarto estaba a dos pasos del mío.

—Confío en ti —añadí, pensando que eso mismo era lo que me había dicho mi madre—. Mi madre me dijo que un disco si no se escucha, no sirve para nada. Y yo no tengo donde escucharlo, pero tú sí.

—¡De acuerdo! Lo guardaré entre mis discos. Y siempre que quieras, podrás venir a escucharlo, ¿te parece?

—Me parece.

—Trato hecho entonces, y ahora, si no tienes inconveniente, vamos a escuchar algo más alegre —me anunció. Violeta sacó el disco de mi madre del gramófono y metió otro que tenía guardado. En la carpeta aparecía un tipo con gafas y una trompeta en la mano—. Dime, Martín, ¿te gusta el swing?

—¿El *suin*? No he escuchado esa palabra en mi vida.

—Pues presta atención. Es lo que está arrasando.

De repente una estampida de sonidos comenzó a salir de la bocina del gramófono dispuesta a atropellar a cualquiera que se le pusiera por delante.

—Vamos, ¡a bailar!

Violeta me llevó de la mano corriendo al centro del dormitorio y al instante comenzó a sacudirme de tal manera que a punto estuve de perder el cuello, los puntos y la razón. Prácticamente era un trompo entre sus brazos. Aquello era una locura, una locura contagiosa, deliciosa, sin pies ni cabeza. Las piernas a un lado, los brazos a otro, y las manos donde te apeteciera ponerlas, con unas inclinaciones al frente que a punto estuvieron de dejarme sin sentido.

—¡Déjate llevar! —me gritaba entre risas.

—¡Como lo haga no respondo de mí! —confesé.

Poco a poco fui cogiéndole el punto, dos taconazos atrás, uno a un lado y todas las vueltas que se nos ocurrieran, doblando el espinazo al compás de aquella trompeta que te taladraba a bocinazos. Fue increíble. Allí estaba yo bailando con la chica que me quitaba el sueño, cogido de su mano y deseando que alguien nos sorprendiera y convertirme en la envidia de toda la casa. Y así fue. Cuando la canción terminó se nos cortó la risa.

Al otro lado del dormitorio, junto a la puerta, mi tía Isabela nos observaba.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Isabela caminando en nuestra dirección.

Violeta bajó la cabeza y apretó los labios, sonrojada.

—Violeta, ¿por qué está Martín contigo en tu dormitorio? —quiso saber —. Dime, ¿por qué estáis a solas?

—Yo tengo la culpa, quería aprender a bailar —contesté por ella.

—Los dormitorios son para dormir, Martín, no para montar guateques —dijo.

—Pero eso ha sido después, solo hemos subido para escuchar el disco de mamá.

—Tampoco me parece bien que te tomes esas libertades por tu parte. No sabes en qué situación me dejas frente a los demás —me recriminó—. Sabía de más que tener una chica en la misma planta que vosotros iba a ser un problema. No ha sido una buena idea desde luego traerte a esta casa, Violeta. Me lo temía desde el principio, sabía que algo así acabaría ocurriendo, si no esto algo peor. Afortunadamente no ha sido así.

Violeta dio un paso al frente y levantó la cabeza.

—Le prometo que no volverá a pasar, señora Vázquez —musitó—. Pero, por favor, no me echen de San Nicolás. Necesito el trabajo.

Isabela cogió aire y suspiró.

—Está bien, pase por esta vez, pero que no vuelva a ocurrir. No quiero que nadie esté solo con nadie en las habitaciones. Hay muchos ojos y lenguas que no puedo controlar y no me gustaría que nos cerrasen la casa por una chiquillada. O algo peor.

—Descuide, doña Isabela, no volverá a pasar.

Isabela me miró con la boca torcida.

—Vamos para abajo, hoy vas a ayudar en la cocina a Carmen. ¡Y sin rechistar!, que ya nos conocemos.

Resoplé como una ballena y salí de allí arrastrando los pies.

—Hasta luego, Violeta.

Isabela tiró de mí hasta la puerta. Antes de cerrarla eché un vistazo atrás y le lancé a Violeta una sonrisa furtiva. Al menos había merecido la pena. Salí de allí junto a Isabela dejando el disco de mi madre atrás y haciendo oídos sordos a su sermón, detrás de un corazón que se desparramaba escaleras abajo y con una promesa rota bajo el brazo.

Capítulo 8

Cuando después del almuerzo le conté a Sergio que la maldición de Violeta no había hecho más que comenzar, él se limitó a sonreírme con la misma lástima que sentiría cualquiera por un hermano pequeño empachado de mariposas.

—¿Y estuviste todo el rato bailando con ella? —preguntó Sergio.

—Todo el rato —contesté con una amplia sonrisa.

—¿Y hubo beso?

—Casi, casi.

—¿Y no te parece un poco mayor para ti?

Parecía que a todo el mundo se había puesto de acuerdo en decirme lo mismo.

—¿Tú también vas a venirme con esas? —le recliné.

—Es que no sé qué decirte, la verdad.

Lo dijo con sinceridad, jaloneando un cigarrillo en el mirador, perdido en aquella ciudad encalada que una vez también fue mía. Jamás pensé que algún día envidiaría aquella misma estampa.

—Ya se lo he dicho yo, Sergio —se entrometió Carlines, que de vez en cuando aprovechaba para robarle unas caladas—. Una buena aliviadilla ayuda a descargar una mente primaria de pensamientos tan complicados para el alma.

—Eres un filósofo, Carlines —bromeó Sergio arrebatándole el cigarrillo.

—¿Qué le voy a hacer? No todos tienen mi misma sensibilidad.

—Un trovador de la palabra es lo que eres tú —dije yo—. ¡Y no fumes más que te vas a quedar para limpiar zapatos!

—¡Bah!

Mi amigo refunfuñó algo incomprensible y siguió echando humo.

—Bueno, ¿no vas a decirme nada? —pregunté a Sergio.

—Pues sí, que nunca confundas la cortesía de una chica guapa con otra cosa.

—¿Y cómo puedo conseguir otra cosa?

—Haciéndole regalos desde luego que no.

Eso me dolió.

—No se puede malacostumbrar a una mujer. El día que les falte —y chasqueó con los dedos—, ¡a paseo! Te lo digo yo, hombre. Lo sé de buena tinta.

—¿Y tú por qué no tienes novia?

—La verdad es que no sabría qué hacer con una —rió.

—Pues lo mismo que haces con las demás, digo yo.

—Eso sería renunciar al resto, Martín —especificó—. Una sola mujer trae más problemas que muchas. Además, que no te puedes fiar de ninguna, hombre. De la única, la que te ha parido. Fíate de lo que yo te diga.

Miré al suelo más perdido que turco en la neblina.

—Es guapa, ¿verdad? —le dije.

—¿Violeta?, claro que sí. Mucho, demasiado. Algo así hubiese querido mi madre para mí.

—No me la irás a quitar, ¿verdad?

El aprendiz de abogado esbozó una mueca que me desorientó, de esas que se aprenden frente a un juez. Por un segundo no supe quién sonreía, el letrado o el amigo.

—Esas cosas ni se preguntan —zanjó.

Carlines me dio una palmada en el hombro, era hora de irse.

—Macho, vámonos, que se nos va a hacer tarde al final.

—¿Os han soltado la correa hoy?

—Solo un rato, el tiempo de echar una meada y agarrar un buen hueso

—respondió Carlines.

—Yo creo que me voy a quedar al final —dije.

—¿Y eso? —preguntó Carlines.

—Voy a buscar a Violeta —contesté.

—¿Lo estás escuchando, Sergio? Está encoñado.

—¡Cállate, idiota!

—¡No, cállate tú! —me riñó el aprendiz de abogado—. Ahora mismo te estás yendo con tus amigos a dar un paseo.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque lo poquito gusta y lo mucho empalaga. Si vas detrás de una chica como un perro faldero al final te verá como eso mismo. Y los perros son babosos y están comidos de chinches.

—Pero...

—*Pero* nada, tú hazme caso a mí que de esto entiendo un rato.

—Está bien —dije a regañadientes.

—¡Venga, vamos! —tiró de mí Carlines— ¡Hasta luego, gringo!

—Nos vemos, Sergio... —susurré cabizbajo.

—¡Oye, tú, espera! —me cogió del brazo—. No me gusta verte así y menos por una chica, ya tendrás tiempo de amargarte con esas cosas. Cuanto antes te la quites de la cabeza, mejor. Si no es esta, será otra, confía en mí. El mundo está lleno de chicas y todas tienen la raja en medio, ¿lo pillas o no? Cuando te hagas mayor te darás cuenta de que el problema de las mujeres es que son muchas. Y no le des más importancia a lo que te he dicho hoy. Anda, toma.

Un par de monedas cayó entre mis dedos como agua de mayo.

—Muchas gracias.

—Pásalo bien —me guiñó el ojo.

—Sabes, si pudiera elegir un hermano mayor serías tú.

—Eso lo dices porque no tienes a mano otro mejor —sonrió—. Ahora, lárgate con tus amigos.

Contra todo pronóstico, la presidencia decretó aquel sábado de «tarde

libre» para todos. Quienes contábamos con más años que dedos en las manos podíamos salir a dar una vuelta y sin vigilancia, que era lo mejor, con la condición de que regresáramos antes de anoecer y que lo hiciéramos todos juntos. Esas eran las normas y doña Ana sabía que las cumpliríamos de sobra. Ninguno de nosotros tenía un sitio mejor al que ir, por lo que, cada cierto tiempo, nos aflojaba la correa como bien había dicho Sergio. Cortesías de una liberal redomada que a su edad tenía a la vista de todos, amén del cuadro de su difunto Don Nicolás, un retrato del galán de moda Alfredo Mayo, lo mejor que había parido la factoría del nacional-catolicismo, aseguraba ella.

Carlines, otros tantos y yo decidimos hacer una batida por el centro. Todos menos Emilio. El pobre no había pegado ojo en toda la noche, algo que comió que no le debió sentar muy bien que digamos. Y es que Emilio, que se zampaba todo lo que pillaba, era capaz de tragarse un tonto lleno de mocos. ¡Dolor de cabeza decía él! Para nada. No había más que estar un rato a su lado para ver que andaba con los muelles flojos. Así que como no podía moverse sin despeinar a nadie se quedó guardando reposo, a la espera de que le contáramos alguna nueva batalla a la vuelta.

Pronto dejamos atrás el espectro de un palacio hechizado por el eco de sus propios pasillos. Abrigados hasta las orejas, rodamos cuesta abajo por el Paseo de los Naranjos hasta el Barrio Viejo. A la punta del atardecer, la vieja Onuba se balanceaba en una confusa acuarela de fuego y mercurio que se derretía a nuestro paso. Poco a poco noté los pulmones llenarse de nostalgia, algo mucho mejor que la atmósfera de pinos que atrincheraba nuestro hogar. Olía a petróleo, a asfalto, a chimenea. Casi sentía que el corazón me daba un vuelco en el pecho. Nunca imaginé que algún día aquel olor pudiera ser tan dulce.

Al poco de reconciliarme con la libertad llegamos al corazón de la ciudad: la Plaza de las Monjas, punto de encuentro para niños y parejitas, anidado por un ejército de palomas con las que convenía llevarse bien y, desde hacía poco también, frecuentado por dos tritones sonrientes, los de la

Fuente Magna, un plomizo mausoleo de piedra y agua que a alguien se le había ocurrido levantar allí mismo. Envuelto en ese halo de aplastante melancolía, había acabado por ensombrecer toda la plaza. Era tétrico, lúgubre, como aquel par de engendros que lo adornaban. Cada vez que pasaba por allí me los quedaba mirando, buscando en la expresión de su mirada aquello que tanta gracia les hacía. Nunca perdían su diabólica sonrisa, ni aunque diluviara. No mientras tuviesen enfrente el Banco de España y gente que aún pensara que se le había perdido algo allí dentro.

Con los primeros compases del bullicio apretamos la marcha. A la vuelta de la esquina quedaba el sueño de una metrópolis prometida: Calle Concepción. Ante nosotros se desparramaba una abarrotada retícula de luminosos y adoquines de color que vibraba al son de los *Topolino*, el último grito para fámulas modernas. Aquella era una travesía de lanceros de chaqueta blanca y pajarita negra con bandeja de plata, de grupos de jóvenes que se robaban sonrisas al atardecer, de bigotes bañados en espuma de bar y cafeterías sembradas al abrigo de un pequeño atlas de gasógeno y tartana. Sí, pasear por Huelva era como viajar constantemente en el tiempo, pasado y presente fundidos bajo el crisol de sus cornisas, atrapados en el reflejo de un laberinto de escaparates.

Y si había uno que se llevara la palma, ese era el de Confitería Jorva. Tras su cristal, un edén de dulces disparaba los niveles de glucosa de solo mirarlo. Las cabezas se amontonaban ante su expositor, conforme se iban marchando otras iban llegando, aplastando sus narices contra el cristal hasta empañarlos de emoción.

Enseguida Carlines formó un corro a su alrededor y fue pasando la mano esperando reunir un pequeño fondo con el que entrar en la pastelería.

—A ver, ¿quién no ha puesto? Aquí falta uno —pasó lista Carlines, y cuando dio con el interfecto, se arremangó—. Joselito...

—Yo no tengo nada —respondía este con las manos en los pantalones.

—A ver si me comprendes, Joselito. No me seas agarrado que aquí todo

quisqui va a poner de sus ahorros. Y tú todavía tienes que tener dinero hasta de la comunión. ¡Así que saca las manos!

—¡Que no, que tengo frío!

—Anda que también ibas a durar tú mucho en una película del Oeste con las manos ahí metidas —le recriminó, a punto de darle un pescozón.

—¡Anda ya! —bufó Joselito.

Como pudo, Carlines reunió diez reales, capital suficiente para entrar a por una bandeja de milhojas a repartir a partes iguales, menos Joselito, de quien quedó demostrado que era fiel devoto de la Virgen del Puño.

Viendo que la cola iba para largo, me entretuve en pasar revista a la calle entera. Y entonces le vi pasar.

Rivas ni siquiera se percató de aquel grupo de chavales a los que veía a diario. O quizás ni le importó. Estaba más pendiente de mirar hacia atrás que de tropezar con quien se le venía por delante. Una vez más, la escenita de la enfermería entre Rivas y Durán volvió a revolotear en mi cabeza, y eso sin olvidar la del visitante nocturno. A simple vista la de Rivas no era precisamente la imagen perfecta que suele ofrecer un sospechoso habitual. Aún así sentí el misterio salivar en mi boca.

Ahora o nunca, me dije. No tuve que pensármelo mucho. De inmediato me lancé tras él sin esperar a que me echaran en falta. Con una boca menos a repartir el botín de milhojas a nadie le importaría.

* * *

Desempolvé mis viejas nociones de cine de detectives y por primera vez me vi hecho un Bogart de pega, dispuesto a meterme donde no me llamaban. Seguí al pie de la letra el manual del perfecto sabueso: guardar una buena distancia con respecto al sospechoso, tener siempre a mano un portal en el que esconderme, un escaparate en el que disimular, y por supuesto, ofrecer la mejor cara de tonto en caso de ser descubierto. Por suerte encontré una buena

espalda tras la que parapetarme, un tipo enorme que parecía salido de una jaula de circo y al que hubieran preparado para el siguiente número con traje a rayas y sombrero negro. Llevaba tanta prisa como yo, abriéndose camino con sus manazas a través de la marea de sombreros a contracorriente.

Se notaba que era el primer sábado sin lluvias. No cabía un solo alfiler. Tanta gente a la vez y sonriendo era casi un milagro. A fecha de 1947, Huelva no había conseguido despertar del todo de la pesadilla de plomo y pólvora que aún condenaba sus calles. El maleficio de brazaletes negros seguía tan de moda como las cartillas de racionamiento. Había heridas de bala por todos lados. Muros y fachadas daban fe de ello, despellejados en su mayoría por viejos carteles de antes de la guerra que aún anunciaban bajo los jirones de otros nuevos el estreno de alguna película o la venta de un nuevo disco. El nombre agrietado de Norma Estrada, aquella actriz pelirroja que cuando cantaba por la radio me recordaba a mi madre, sobrevivía a través de las grietas, quizás en recuerdo de un tiempo en que se vivió mejor, cuando se miraba al futuro con la añorada ingenuidad de quien todavía no había aprendido a atarse los cordones.

El buen jardinero me tuvo sorteando de un lado a otro toda la carrera de la Concepción, a mí y al gorila trajeado que me servía de pantalla. Y así nos tuvo hasta llegar al templo que daba nombre a toda la calle. Para entonces mi socio, el armario empotrado, se desvió a un escaparate que poco casaba con perchas como la suya. *El lector audaz*, rezaba su rótulo. Tomos de narrativa, poesía y otros desmanes de la naturaleza humana se espachurraban tras el cristal. Más que un amante de los libros mi compinche tenía trazas de ser alérgico al polvo de librería, pero aún así mantuvo su nariz pegada al cristal durante un buen rato.

Rivas cruzó el dintel de la Concepción y como sombra que espoleaba sus talones me arrastré tras él. Una agradable penumbra revoloteaba en silencio por todo el edificio. Poca gente, no más que un par de beatas que le daban tarea al crucificado que tenían delante. Cada vez que veía uno se me caía el

alma, me entraban ganas de ayudarlo a soltarse, a sabiendas de que podría cargarme toda la industria del misal. No me importaba. La cosa iba para dos mil años y, después de tanto, nadie le dejaba bajarse de allí.

El jardinero se sentó en uno de los bancos anteriores a las feligresas. Sin previo aviso, echó la vista atrás, temeroso. Me apreté contra una columna y poco faltó para llevarme por delante la pila de agua bendita. Por suerte, nadie le dio importancia al susto. Ni él ni las beatas, que no podían permitirse perder el ritmo del rosario mientras hacían punto. Ni dos minutos duró su examen de conciencia. Rivas echó una última ojeada atrás y rápidamente se escurrió por la salida lateral del templo. Parecía haber visto un fantasma. Fui tras él, pero no más allá del pórtico que había dejado atrás. Le vi callejear cuesta abajo, apretando el paso, en dirección a la turba. Dejé crecer la distancia antes de ir en su busca otra vez. ¿Qué era aquello que lo tenía tan excitado?

La respuesta llegó con un susurro masticado.

—Corre, corre, que ya te agarraré otro día, hijoputa.

Me di la vuelta y descubrí que el dueño de aquella voz vestía traje a rayas y sombrero de paño negro. Era aquel mismo armario empotrado que había dejado aparcado fuera, en un escaparate lleno de libros en el que jamás podría pasar desapercibido. Tenía las manos enormes y rocosas, el rostro apergaminado, los ojos pequeños como botones y lo que quedaba de su nariz, chata y escalonada, parecían los restos recogidos de un cuadrilátero. Lo que venía siendo un tipo duro. Torcía la boca jugando con un palillo entre sus labios y daba la sensación de estar a punto de reventar el traje en el que lo habían encajado.

Cuando se cansó de despellejar la espalda de Rivas a los lejos reparó en mí.

—¿Qué miras, lagartija? —me escupió con insidia.

—Nada, señor —balbucí.

Luego se inclinó hasta que su aliento de búfalo me dejó frito el estómago.

—¿Quieres pasar la noche en un calabozo lleno de meados? Negué con la cabeza.

—¡Pues aire!

En cuanto reulé hacia la calle, el mamotreto dio media vuelta y rehízo el camino andado. Ya no parecía tener ganas de venderle nada a Rivas, el jardinero había sido más rápido. Aún así la cosa pintaba mal. Aquel bicharraco le seguía por algún motivo, eso estaba claro, lo que añadía un plus de peligrosidad al asunto, y como no tenía nada mejor que hacer, me dejé llevar por la curiosidad y salí de allí a uña de caballo detrás del jardinero.

Capítulo 9

La pista de Rivas me arrastró hasta el Cinema Saltés, un pequeño palacete de sueños en celuloide que empalidecía en un callejón de gatos cercano al desaparecido Arco de la Estrella. Antaño fue toda una referencia para culturitas y mariposones de tertulia, un ateneo que alternaba las últimas proyecciones de éxito con recitales de poesía, magia y cante. La vanidad de sus rótulos de neón y de su patio de butacas forrado en escarlata era un poderoso reclamo para todos los públicos, y a una hora prudente, el Saltés ofrecía a los picos más refinados otras variedades que escapaban al certificado de lo estrictamente magro .

Conocía bien el sitio, al menos de la última vez que recordaba haberlo pisado. Fue en enero de 1938, semanas antes de que mi padre se marchara a morir al extranjero, como él solía llamar a Barcelona. Con seis años me llevó a ver una doble sesión de *Currito de la Cruz* y *El lobo humano*. Aquella tarde, escondido en la esquina de la calle, aún podía verme llegar junto a mi padre al cine lloviendo a mares y parapetados en un raquíptico paraguas bajo el que me libré de una tarde de arresto domiciliario. *El lobo humano* era mi primera película de monstruos y la taquillera le dijo a mi padre que yo era demasiado pequeño para verla, por lo que la empresa no se hacía responsable si empezaba a echar espuma por la boca.

De repente sentí una mano agarrarme por detrás.

—Macho, ¿qué haces aquí?

La voz de Carlines desbarató el espejismo de aquella tarde sobre una elegía de muros despellejados por la salmuera. Quedaba una marquesina algo

descolorida y una cartelera hambrienta de novedades.

—Aquí fue la última vez que vine al cine con mi padre.

—No me digas que te ha entrado la morriña.

—Algo así.

Siete años habían pasado desde entonces y ahora daba pena mirarlo. El Saltés era carne de piqueta: sus paredes se descamaban a pedazos, su rótulo de neón llevaba años sin abrir los ojos y los barrenderos parecían haberlo borrado a escobazos de su ruta. Aún así, y descalabros al margen, el cine parecía continuar en la brecha. Reposiciones de antiguas películas, de vaqueros para chavalines, y otras de amoríos para parejitas que no podían costearse un sitio mejor donde hacer manitas, lo ayudaban a mantener la cabeza fuera del agua.

En cuanto Rivas entró en el cine me acerqué a la ventanilla seguido por Carlines.

—Espero que no estés pensando en entrar —dijo.

—Por supuesto que sí.

—¡Por supuesto que no! —repuso—. Te recuerdo que para cenar hoy tenemos acelgas.

—¿Desde cuándo te gustan a ti las acelgas?

—Desde que el hijoputa ese de Durán llegó a la casa —resolvió—. Está deseando echarme el guante y, aunque no vuelve hasta el lunes, seguro que le ha pasado el expediente a las Cianuro. Así que hoy las acelgas me las como aunque me salgan por la orejas.

—Eres un gallina.

—Claro que sí, ¿te enseño los huevos?

En la taquilla esperaba la misma señorona gorda que recordaba de años atrás. Había cosas que no cambiaban con los años. Allí estaba ella, con cara de estar oliendo a vinagre, armada con una lima de uñas y una verruga en el labio que parecía llevar toda la vida amargándose.

—Disculpe, señora, mi tío acaba de entrar ahora mismito. Tengo que

darle un recado muy importante.

La mujer me observó impasible desde su tabernáculo, con una mirada capaz de desarmar a un cardenal.

—Claro que sí, encanto. Una peseta —rechistó.

—¿Qué tío tuyo ha entrado al cine? —preguntó Carlines levantando la liebre.

Le lancé a mi amigo una mirada de perdonavidas que me dolió hasta a mí. No había hecho más que llegar y ya empezaba a fastidiarme.

—Señora, por favor, se lo ruego —volví a la taquillera—, no tardo ni un minuto, es muy urgente, ¡es urgentísimo, nos va la vida en ello! Si me deja entrar, prometo rezarle todas las noches un *Jesusito de mi vida*.

—No me digas más, ¡qué buen muchacho! —ironizó más seca que un esparto.

—Sí, señora, estudio para ser cura —dije con frescura.

—Mira, niño, con espantaputas o sin él tendrás que abonar una peseta.

Con lo que tenía en el bolsillo no me alcanzaba ni para la primera media hora.

—Al menos dígame a cuál de estas ha entrado —señalé los carteles del gran logro nacional *¡A mí la legión!*, y la sempiterna *Currito de la Cruz*.

—A ninguna. Hoy toca cine mudo.

—¿Cine mudo?

—¿Qué pasa, también eres sordo? —ladró—. Los seminaristas con déficit de audición no tienen mucho futuro en un confesionario, muchacho. Y sí, cine mudo. Tenemos docenas de películas. ¿Algo más?

—Ves, una película para mariposones —saltó Carlines.

—Eso mismo pienso yo —dijo la taquillera—. Pero mi marido es un esteta de todo lo que huele a apollado. Él es quien decide lo que se pone. Y aparte de fósil y mandón, maricón.

Carlines la miró de arriba abajo con la risa floja en los labios.

—Claro, mi *leidi*, visto lo visto, cruzar a la otra acera es lo mejor que

podía hacer el hombre. Estas películas solo les sirven a los misóginos de oído —respondió Carlines, siempre dispuesto a inventar una nueva palabreja.

—¿Qué dices niño, *miso-qué?*

—¡Misóginos de oído, señora!, dícese del que está hasta los huevos de escuchar a la parienta en casa.

Carlines me estaba poniendo de los nervios.

—Tienes un amigo muy rarito.

—Lo sé, pero me dan una paguita por darle cariño —contesté—; dígame, ¿viene mucha gente a ver esas películas? ¿No se aburren?

—Aquí siempre hay un músico que ameniza la proyección, el maestro Samper. No es la excelencia pero nos da el avío.

—¿El maestro Samper?

—Sí, niño, Christian Samper, un pianista, ¡a ver si voy a tener que explicártelo todo! —protestó.

Samper... Ese nombre me sonaba de algo, alguien que seguramente me lo había referido en algún momento. Samper...

—Bueno, ¿me deja entrar o no? —le insistí una vez más.

—Ya te he dicho que si tienes una peseta por supuesto, si no, ¡puerta! —gruñó.

Refunfuñé y busqué en mis bolsillos el par de monedas que me había soltado Sergio. Si no fuera por él ni telarañas tendría y aún así no era suficiente.

—Anda déjame algo de dinero —le pedí a Carlines.

—Otro día, compadre.

—¡Vamos, no seas rata! —le eché en cara.

—¡Mira, compadre, no puedes entrar ahí porque si lo haces vamos a cobrar todos por tu culpa y la verdad es que no me apetece que las Cianuro me inflen a collejas durante la noche! —argumentó—. Así que ya lo sabes, ni de noche ni por separado. O volvemos juntos o nos la cargamos.

Esas eran las normas y había que respetarlas. Y cuando Carlines tenía

razón, la tenía.

—¡Bueno, entráis o no! —dijo desesperada la taquillera.

—¡No se me altere, señora paquidermo, no se le vaya a salir el respunte ese del labio! —le gritó Carlines.

—¡Canalla, te voy a sacar los ojos! ¡Sinvergüenza!

Sin previo aviso, un par de manos pesadas como plomo cayó sobre nosotros.

—A ver, ¿qué pasa aquí? —gruñó una voz tosca.

Al volverme me di de bruces con otro mamotreto similar al que había dejado atrás en la iglesia. Era clavado al anterior.

—¡Estos mocosos, señor Ortiz, que quieren entrar sin pagar! El tipo nos miró como si fuéramos chinches.

—Eso es muy grave, muchachos, colarse sin pagar es como robar. Y con los ladrones no nos andamos con chiquitas, y menos con los gitanillos.

Eso último iba por Carlines, quien para entonces ya había perdido la voz.

—Señor, solo quería entrar para darle un recado a un tío mío. Solo eso. El tipo se inclinó sobre mí.

—¿Quieres que vuelva a repetírtelo, medio cuerpo?

—No, señor.

Decidí dejarlo ahí y no intentarlo más.

—Ya nos vamos, descuide.

El gigante se olvidó de nosotros y volvió a lo suyo. Le escuché preguntar cuánta gente había entrado en el cine y si había visto pasar un hombre de pelo y barba blanca. Esa era la descripción de Rivas. La mujer le contestó que así era y luego entró sin pagar.

Cuando el tipo desapareció dentro fui directo a la taquillera, hecho una furia.

—Ese hombre no ha pagado su entrada y le ha dejado pasar, ¿por qué?

—El señor Ortiz es policía, guapo, de la secreta para más señas.

—¿De la secreta?, ¡tst!, será de los peores. Se le ve a kilómetros —

arguyó Carlines.

—Y ese maestro Samper, ¿toca a menudo? —insistí.

—Creo que le vamos a tener una buena temporada por aquí, por lo menos hasta que mi marido quiera.

—Pobre panista —se apiadó Carlines—, va a aburrirse mucho a partir de ahora.

—Lo dudo —sonrió la mujer—. Las imágenes son lo de menos para él.

—¿Y eso por qué, guapa?

—El día que paguéis la entrada, lo comprenderéis. Ahora, ¡viento!

La taquillera echó el cierre a la ventanilla y me dejó en mitad de la calle con la compañía de mi irreverente colega.

—Bueno, ¿vas a decirme qué se te ha perdido a ti aquí?

Lo miré con la cara apretada.

—Vete a la mierda.

El resto del camino lo hice intentando no olvidar el nombre de Christian Samper.

Capítulo 10

El recuerdo de aquella tarde a las puertas del Cinema Saltés nunca llegó a evaporarse del todo en mi cabeza. Sí que lo hicieron las lluvias, calendario abajo hacia la primavera. Con el paso de los días el sol fue espantando las nubes hasta enterrar en su polvo de luz las cornisas de nuestra prisión, ese laberinto de sombras que hurgaban en nuestros sueños. Con el tiempo, mi peregrinaje al lugar donde descansaba Violeta se convirtió en un espectro más de la tétrica galería de corredores que poblaban la casa. Eso y el frasco de Varón Dandy que me empujaba cada noche para estar más presentable. No hubiera sido difícil seguirle la pista a aquel fugitivo nocturno que se escabullía unos metros más allá al nido de esperanzas que había trenzado en su cabeza, lo que me tenía las hormonas alborotadas.

—Macho, vaya bartolo que tienes en la frente. Últimamente te estás dando bien el lote tú solo —bromeaba Carlines con su habitual crueldad de patio de recreo.

Era su manera de intentar congraciarse conmigo. La escenita con la taquillera del Saltés nos había distanciado un tanto. Carlines era un bocazas y esa era mi manera de hacerle ver cuánto me había molestado. Aún así no le retiré la palabra.

—Yo no hago nada de eso, peor eres tú —me defendí al segundo—. Tus sábanas son ya de cartón piedra.

—Di lo que quieras, pero como sigas así va a parecer que tienes la peste. Violeta empezará a saludarte a distancia y un día te devolverá el disco de tu madre por debajo de la puerta. Si es que te lo devuelve, claro.

—¿Qué quieres decir? —pregunté fastidiado.

—Martín, en esta vida hay dos clases de gilipollas: los que dejan las cosas y los que las devuelven. Y tú ya has dado el primer paso —sentenció—. A ver si me comprendes.

Perfectamente. Sin embargo yo mismo insistía en esconderme como un caracol en mi laberinto de ilusiones. Me engañaba a mí mismo alegando que los constantes reproches de mi amigo no eran más que producto de los celos.

—¡Tú lo que tienes es envidia!

—Sí, y tú un barrillo en la frente tan grande como ese ombligo que tienes —finalizó haciéndose invisible bajo la sábana—. Haznos un favor a todos, no hagas ruido al volver.

Una buena dosis de realidad nunca venía mal. Pero me dolía que fuese mi amigo el encargado de suministrármela. Sin embargo no era el único. Una de las veces fue la propia Doña Ana quien me sacó los colores.

—¿Por qué rondas últimamente el cuarto de los pequeños, Martín? No creo que se te haya perdido nada por allí —me soltó, dejándome claro que a su edad no se le escapaba una y que aún era lo suficientemente habilidosa para que nadie más supiese de asuntos que no eran de su incumbencia—. Si tu tía Isabela se enterase otra vez, a ti te iba a caer una buena y a esa pobre chica la tendría que echar de aquí.

—Usted me guardará el secreto, ¿verdad? —le rogué avergonzado.

—Por supuesto, pero no sé durante cuánto tiempo más podré ocultárselo —me sonrió con lástima.

—Doña Ana... —le supliqué.

—Está bien, está bien, solo déjame darte un consejo, y el mejor que alguien puede darte sobre una mujer, es otra: olvídate de Violeta —recomendó—. Ella no te mira de la misma manera que lo haces tú. Lo sabes de sobra, deja de engañarte, hijo. Si te empeñas en ver lo que no hay, solo conseguirás hacerte daño a ti mismo.

—Aún así lo intentaré —insistí.

—Haz lo que quieras, pero hazlo con otra colonia —dijo negando con la cabeza—. Apesta a Varón Dandy.

A pesar de todo continué en mis trece y bien perfumado. Tras aquella primera excusa de escuchar el disco de mi madre en su gramófono, mi *affaire* con Violeta había dado paso con los días a un pequeño confesionario de medianoche para corazones solitarios en el punto más alto de la casa. En nuestras largas e inmaculadas noches bajo las estrellas fui conociendo más a aquella chica que había pasado toda su vida entre monjas y que no conocía más carne que aquella que se compraba al peso. Aún así destilaba sensualidad por todos los poros de su piel.

—Sabes, solo he besado a un chico en mi vida —me reconoció. Casi me atraganto con mi propia saliva. No supe qué contestar.

—Bueno, a dos —rebuscó en su cabeza timorata y coqueta—. ¿Y tú?

—Si te digo la verdad, no entiendo de hombres.

—Ya sabes a qué me refiero, tonto —sonrió.

Solo había besado a un par. No eran muchos, pero quizás sí lo suficiente como para haberla marcado. Y ahora la tenía tan cerca que podía soñarla despierto únicamente para mí. Solo yo me veía con derecho a besarla. Nadie más.

—Si quieres puedo darte unas clases prácticas —me arriesgué.

Ella se volvió sorprendida, con la boca entreabierta.

—Podrías ser mi hermano pequeño —me ridiculizó.

Demasiada carnaza para tan poco anzuelo, pensé. Entonces ella resopló.

—Ya me advirtió de esto el otro día Sergio.

—¿Sergio? —dije extrañado— ¿Qué te dijo Sergio? ¿Cuándo?

—El día que os dejaron salir Sergio vino a buscarme enfadado —comenzó a relatar—. Dijo que para él los chicos de San Nicolás eran como sus hermanos y que no permitiría que le hiciera daño a ninguno, que fuera comedida en el trato con todos vosotros y que no le creara falsas expectativas a ninguno. Ahora sé que se refería a ti.

El bueno de Sergio, valía su peso en oro.

—No sé de qué me hablas —disimulé.

—Por supuesto —consintió—. También vino a decirme que los mayores de la casa se habían apostado entre sí a ver con cuál de ellos caía primero.

Que el grupo de mayores la rondara no me sorprendía, pero que Sergio les hubiera delatado... Eso ya era otro cantar.

—Es todo un caballero, ¿no crees?

—¿Sergio? —pregunté extrañado, el único Sergio que conocía era ese mismo que nos narraba sus devaneos sexuales con secretarias, funcionarias y esposas aburridas.

—¿Quién si no? —dijo—. Después de eso me invitó a tomar un refresco, para aliviar tensiones, y no a un refresco cualquiera sino una Coca-Cola. Estuvimos un buen rato charlando, contándome lo mucho que os quería, especialmente a ti. Me dijo que te tiene mucho cariño, y que le partiría el corazón verte mal si era por mi culpa. Sabes, yo pensaba que era un chulo, pero desde el otro día, no sé. Sergio es un encanto.

Sentí la espalda fría como si me hubieran apuñalado por detrás. Vaya, vaya con Sergio. Ahora lo veía claro. Tipo listo mi querido aprendiz de abogado. El muy canalla me hizo hasta sonreír. Se había quitado de un manotazo a sus compinches de alcoba y ahora me estaba usando de ariete para poder meterse en las bragas de Violeta. Demasiado listo para mí.

—Mira, Martín, yo solo quiero ser tu amiga, pero está visto que tú has entendido otra cosa —dijo—. Debí haber cortado por lo sano cuando empezaste a echarte esa colonia encima. Siento haberte confundido. Creo que lo mejor será que no volvamos a vernos de noche. Además, ya sabes que a tu tía no le haría mucha gracia y a mí podría costarme mi trabajo. Lo entiendes, ¿verdad?

Mi estómago comenzaba a llenarse de cristales rotos.

—Pero, Violeta, yo...

Un bostezo de plástico me interrumpió.

—Tengo sueño, Martín. Yo me voy a la cama ya, tanto Varón Dandy me ha dejado aplastada —sonrió.

—Pero...

—Hasta mañana, Martín —se despidió.

Violeta me dio la espalda y bajó los escalones para meterse en la cama. Ni siquiera me había dado un beso de buenas noches como ya era costumbre entre nosotros. No dije ni pío, estaba demasiado arrugado para hacerlo. ¡Maldito Sergio! Al menos mientras ella tuviera el disco de mi madre y un gramófono donde escucharlo siempre habría una puerta abierta, al menos una vez más. Me fui del minarete arrastrando los pies y mi orgullo sintiendo que podría llevarme el suelo bajo las uñas, y con ganas de dar un portazo que únicamente sonó en mi cabeza.

Capítulo 11

Una semana después de mi desengaño con Violeta se reveló la auténtica naturaleza de la bestia. Ocurrió durante la cena. Aquella noche la cocinera no tuvo otra salida que servir lo mismo que comimos en el almuerzo: lentejas. Una cuestión que iba más allá del ahorro en tiempos de escasez tenía toda la culpa. «Solidaridad entre los españoles en virtud de un reparto equitativo de víveres», decía ella, según había leído en los bandos municipales camino del Mercado del Carmen. En cristiano, que había que aguantarse, lo que por supuesto nos obligaba, en aras de la confraternidad, a no dejar ni migaja. Isabela y doña Ana nunca lo habrían permitido, pero su presencia fuera del hogar por causa de fuerza mayor no había dado lugar a improvisaciones por parte de la Carmen, quien a finales de mes exprimía la despensa como podía. Y sin más remedio, aquellos platos humeantes y caldosos a mediodía se convirtieron horas después en un barrizal pastoso que mareaba de solo mirarlo incluso a los barquitos de pan duro.

—Vamos, chicos, comed. Cuanto menos miréis el plato mejor —nos ordenaba Durán, que no nos dejaba respirar ni a la hora de comer—. Ya sabéis lo que se dice: ojos que no ven...

Lengua que no siente. Así debía acabar su dicho, el que paseaba junto a nuestra mesa, su favorita.

—Anda que si se lo tuviera que tragar él... —musitó Carlines.

—No-no-no creo que pueda co-co-co-comérmelo —asumió Emilio, pálido como las paredes del comedor.

—Emilio, tienes que hacerlo, macho —dijo Carlines—. O eso o te la

ganas.

No quisiera saber cómo se las gasta el tipo este.

—No-no-no me... encuentro muy bien —se lamentó en un suspiro, casi sollozando—. Me han debido se-se-se-sentar mal las del almuerzo.

La tragedia empezaba a mascarse. Se respiraba en el aire, lo notaba en la boca. Estaba allí mismo, a mi lado, en su plato, en la cuchara que le temblaba entre los dedos. Pobre Emilio. Y Durán... Durán estaba encantado con Emilio.

—No te preocupes. Martín y yo te vamos a ayudar a vaciar ese plato —dijo Carlines, mirándome—, ¿verdad, Martín?

Guante difícil de recoger el que me lanzaba ahora. No me hacía pizca de gracia tragarme mi plato cuanto menos el de otro. Y no sabía si lo hacía para fastidiarme o para ayudar realmente a Emilio.

—Por supuesto, para eso estamos los amigos, ¿no?

—Ves —le dijo a Emilio, a quien desde el principio había tomado bajo su protección—, ya te dije que Martín era de los nuestros. Siempre podremos contar con él.

Un frío abrasador me atravesó por dentro y supe enseguida que acababa de meter la pata. Como siempre, una vez más. Pero ahora era distinto. Se trataba de Carlines, mi amigo. Me había equivocado con él y mi recompensa era estar decepcionado conmigo mismo, como si la conciencia me hubiese apuñalado por la espalda. Así que por ellos valía la pena tragarse una vajilla entera llena de pegamento de lentejas.

—¿Preparado? —preguntó Carlines, con la cuchara lista en su mano.

—Preparado —contesté.

Hicimos de tripas corazón y comenzamos a dar sendas cucharadas furtivas al plato de Emilio, una al suyo, otra al nuestro y para dentro. Y así sucesivamente. Lo pasé francamente mal, estaban asquerosas. Como pude ahogué la fatiga, empujándola hacía bajo junto con las mismas lentejas que tragaba, sintiendo algún ligero atasco por momentos. Sin embargo la tranquilidad que ahora reflejaba el chico tartamudo bien lo merecía. Aunque

no duró mucho.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Durán nos había sorprendido metiendo la cuchara en el plato de Emilio. Y como era habitual, Carlines salió al rescate.

—Es que estamos muertos de hambre y como este no tiene apenas apetito, pues...

—¡No te he preguntado a ti, gitano bocazas! —le cortó Durán—. ¿Por qué no comes tu plato, Emilio?

Las cucharas dejaron de sonar y el comedor entero enmudeció.

—No-no-no me-me-me encuentro bien, señor Durán. Además, no-no-no están... Buenas —consiguió decir.

—Muchacho, me da igual que no te encuentres bien o que no te guste la comida, hay mucha gente ahí fuera que no tiene qué llevarse a la boca y tú tienes suerte de poder comer cada día. Un plato de comida no se desprecia así por las buenas. Empieza a comer, ¡ya!

El niño levantó la barbilla del plato y le miró con ojos vidriosos.

—Por-por-por favor, no me encuentro bien...

Durán se inclinó entre Emilio y yo y le habló al oído.

—Empieza ya. Quiero ver cómo lo haces.

El rostro del chico se hizo jirones sobre el mantel, con la cuchara temblando entre sus dedos. No se podía hacer más, tan solo esperar, a ver qué pasaba. Todo el comedor estaba esperando.

Tan pronto como Emilio llenó la cuchara y se la llevó a la boca, me quedé sin aire. En cuanto se la metió dentro y la tragó, sentí un inmenso alivio. El cuerpo entero se me relajó e incluso el resto del comedor volvió a lo suyo. Todo parecía volver a estar en orden. Pero solo parecía: inmediatamente, la primera cucharada subió de su estómago tan pronto como había bajado y Emilio llenó de lentejas la mesa entera. Durán sabía que ocurriría y por eso no se movió de su lado. El chico vomitó lo que acababa de tragar y lo que aún guardaba en su estómago desde el mediodía. Las sillas cayeron en derredor, a

su lado, nadie quería mancharse, pero aún así ninguno quería perderse el espectáculo. Y el olor era insoportable. Un golpe de fatiga me cruzó la garganta y me eché las manos a la boca para retenerlo.

Cuando pareció que Emilio no tenía más reservas en su estómago, Durán lo agarró de la coronilla con el mismo entusiasmo que habría mostrado en el campo de batalla.

—¡Muy bien, muchacho, ahora quiero que lo recojas todo!

Emilio, muerto de la vergüenza, hizo por levantarse en busca de algo con que limpiar aquel desastre. Durán se lo impidió.

—Creo que no me has entendido bien, Emilio, quiero que lo recojas con lo mismo con lo que lo has manchado todo.

Emilio le miró asustado. Aquello ya era demasiado. Durán asintió con la cabeza.

—Sí, Emilio, con la boca —confirmó—. Voy a quitarte las ganas de tartamudear para siempre. Vamos, ¡al suelo!

Emilio recogió la cuchara y se agachó sobre el charco.

—Por cierto —Durán giró en redondo y nos agarró a Carlines y a mí—, ¿no queríais las lentejas de vuestro amigo? Pues ahí las tenéis, ¡venga, a tragar las putas lentejas! No tengo toda la noche para vosotros.

El hedor ácido del estómago de Emilio me golpeó la nariz. Para cuando agarré la cuchara, presto a obedecer, el chico ya se había tragado la suya.

—Dios... —susurré asqueado.

Antes de seguir el ejemplo de Emilio eché un último vistazo a la grada. Vi a las Cianuro en primera fila disfrutando, restregándose las manos, a los chicos del dormitorio, observando como siempre el mundo desde la barrera, y a los mayores rehuyendo nuestras miradas. Ninguno de ellos dijo nada. Nadie iba a enemistarse con Durán por tres mocosos como nosotros, ni siquiera Sergio, quien me esquivaba desde hacía días, ni por supuesto Violeta. A ella fue la última persona que vi antes de hundir la cara en el vómito de Emilio mientras se llevaba los niños con prisa para arriba. Aquel no era un

espectáculo apto para todos los públicos. Antes de salir de allí me miró lo suficiente para sentirme aún más humillado.

—¡Vamos, muchachos! —nos animaba Durán—. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero lo que nadie dice es que, cuando las cosas se ponen feas, la dignidad es la primera que te deja tirado.

Me observé en las pupilas de Carlines, con la cuchara llena de vómito, a punto de llevármelo a la boca.

—¡Venga, abrid bien la boca! Decid: «¡ahhhh...!»

Un par de tacones hizo temblar toda la casa por el pasillo. Jamás me había alegrado tanto de escucharlos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —aulló furiosa Isabela al entrar en el comedor.

Durán la miró tensando en silencio entre sus dientes una sonrisa que se podía romper en cualquier momento.

—Les estaba haciendo comprender la importancia de no despreciar un plato de comida, señora Vázquez.

—¡Creí que a esta hora usted ya había terminado su jornada!

—Yo nunca descanso, Isabela.

Isabela nos miró, desencajada.

—¡Vamos, niños, en pie! —nos ordenó, ignorando su comentario—. Id a los servicios a limpiaros enseguida. Y de ahí a la cama.

—Estos chicos necesitan disciplina. No saben agradecer lo que se hace por ellos. Ninguno de ustedes —concretó—. Nadie en esta puta ciudad puede imaginarse las penurias que hemos pasado muchos hombres para que ustedes puedan seguir con sus ridículas vidas.

Isabela giró sobre sus tacones y se plantó a dos palmos de Durán.

—¡Esto es una casa de niños huérfanos, señor Durán, no es el ejército!

—¿Acaso quiere decirme algo, señora mía?

—Lo que quiero decirle es que ya me he cansado de sus métodos. No es esta precisamente la idea que tengo yo de formar a los ciudadanos del futuro

—le espetó señalando la estampa que formábamos los tres—. Le recuerdo que la guerra se acabó hace mucho, y usted es de los que la ganó. ¿No se contenta con eso?

Durán dio un paso hacia adelante y el rostro de Isabela se ablandó.

—Isabela... —le susurró sibilino al igual que un gato que disfrutara con un pajarillo entre sus garras— las guerras se ganan o se pierden, pero nunca se acaban.

—Voy a hacer todo lo posible porque salga usted de esta casa. Puede estar seguro.

—Nadie puede hacer eso, querida —dijo Durán—. No hasta que acabe lo que he venido a hacer. Y hasta entonces, no abandonaré San Nicolás.

—¿De qué está hablando, Durán?

—Lo sabrá cuando llegue el momento. Ahora, si me permite...

Isabela dio un paso atrás y el vigilante salió del comedor. Su pecho subía y bajaba con estrépito, como si su corazón apenas le diese tiempo a bombear la furia y la impotencia que la embargaban. Jamás antes la vi así. Ni tan siquiera después.

—¡Quiero a todo el mundo en sus camas! —chilló a los que aún quedaban allí—. ¡Ya!

Los muchachos obedecieron y abandonaron el lugar entre murmullos, cabizbajos; después, Isabela pareció tranquilizarse. Le llevó unos cuantos segundos, y tras estos se acercó a nuestro lado sacándose algo del bolsillo. Era un pañuelo que olía a colonia. Bendito olor. Con él nos limpió la cara, la boca y nuestro orgullo.

—Vamos, niños, id a limpiaros —nos musitó, ya no le quedaban fuerzas después de aquello—. Mañana será otro día.

* * *

Fuera del comedor, la casa entera había enmudecido. En cuestión de

segundos cualquier rastro de vida ya se había evaporado escaleras arriba y ahora los pasillos eran presa del silencio.

—Martín —me llamó Isabela—, ve a lavarte y baja enseguida a verme. Tenemos que hablar.

Su semblante era lívido, severo.

—¿Pasa algo?

Isabela asintió tragando saliva.

—No tardes, Martín —insistió.

—Sí, señora.

Obedecí la orden y seguí a Carlines y Emilio escaleras arriba. Pero antes de pisar el primer escalón una voz a mi espalda tiró de mí.

—¡Martín!

No hizo falta volverme para saber quién era. Llevaba dos años sin escucharle, dos años en los que le pedí a Dios, día tras día, que ella se recuperara y que él desapareciera de nuestra vida para siempre. Y sin embargo fue la muerte quien volvió a ponerlo en mi camino.

Cuando me giré, Julián aún jadeaba.

—Te dije que volvería cuando tuviera noticias de tu madre —y tragó saliva—. Bien, aquí estoy.

No dijo más. Tampoco Isabela, cabizbaja, ni doña Ana a su lado, llorando. Sentí las rodillas blandas y los tobillos fríos, y un intenso hormigueo despertarse en la punta de cada dedo. Me senté en el primer escalón, devorado por el vértigo, muerto de frío. Cerré los ojos y me hundí en un oscuro pozo con el deseo de no volver a ver más la luz del día. En el momento en que los abriera ya sabría que todo estaba perdido.

Capítulo 12

Malena Quintero fue enterrada una resplandeciente mañana de primavera que a ella le hubiera gustado ver. De alguna manera lo había predicho. Me dijo que saldría del hospital por esa fecha y así había sido. Ocurrió a finales de marzo. El sol barría la niebla del Cementerio de la Soledad entre trincheras de lápidas perdidas en dorada fuga. Los pájaros rondaban las tumbas en busca de las últimas gotas de rocío y el resto del cementerio, enterrado en vida, reposaba en un silencio sepulcral que olía a hierba recién cortada. Doña Ana, la Carmen, Carlines, Emilio, y un par de mecánicos bien perfumados de aguardiente, nos acompañaron a Julián, Isabela y a mí en el último adiós a mi madre. El padre Casto se prestó a velar sus exequias.

—... polvo eres, y en polvo te convertirás, dijo el Señor...

El rumor de la primavera se tragaba sus palabras tierra adentro, a través de calles de túmulos y cipreses que velaban el sueño de los muertos. Aquí se acababa todo y esa era la única verdad. Mi madre lo sabía, estaba seguro de ello, y durante meses me lo ocultó, rehén de un cuerpo que tenía fecha de caducidad. Ahora le tocaba descansar.

—... y quien crea en mí, no morirá. Amén —concluyó el cura.

—Amén —repetimos aliviados.

Los primeros en marcharse fueron los dos mecánicos, con una mano trasladándome sus condolencias y con la otra agarrando la botella que luego fueron chupeteando camino de la salida. Don Casto me dio un abrazo y luego les anunció a mis amigos, a quienes se había traído en coche por caridad cristiana junto a la Carmen, que ya era hora de marcharse y que de clase de

matemáticas, por mucho que él lo siéntese, no se iban a librar.

—Ya sabía yo que no caería esa breva —añadió Carlines—. En fin, vámonos, que aquí se está muy bien pero algo me dice que el que entra repite.

Los mejores amigos siempre estaban en los peores momentos para hacerte sonreír. Carlines era la prueba fehaciente de ello.

—Gracias por venir —le dije, agradeciéndole un abrazo.

—Las gracias se las das a los frailes, para lo demás estamos los amigos.

Tras él se acercó Emilio, callado, con miedo a no saber qué decir, o quizás a decirlo mal. El pobre ni siquiera había tenido la oportunidad de recomponerse de la noche anterior y allí estaba acompañándome en el lugar más inhóspito del planeta. Su mirada de repente me pareció sabia, la de quien había conocido demasiado pronto el valor de la ausencia. «Tiempo», me decía con los ojos, «tiempo». Esa era la cura al dolor que me embargaba, a sabiendas de que si algo no tenía aquel mecanismo invisible que giraba sin tregua hacia adelante era prisa por arreglar las cosas.

—Nos vemos en la casa —se despidió Carlines tomando del hombro a Emilio.

Doña Ana e Isabela hicieron lo propio y se marcharon con ellos en el coche del mosén.

—No tardes —me dijo Isabela, con una sonrisa lastimosa que le arrugaba la boca y los ojos.

—Descuida —contesté.

Cuando se marcharon solo quedamos Julián, el enterrador y yo. Julián había permanecido impassible todo el ofertorio como si no fuera con él la cosa. No me sorprendió. Y mucho menos me interesó. Hacía años que había dejado de ser el hombre que perseguía a mi madre en presencia de mi padre y luego, hasta ayer, quien había decidido despreciarla por los pasillos de casa. Aquella mañana tan solo era uno más presentando sus respetos a la difunta. Pero nadie más.

—Pueden hacer una última ofrenda —dijo el sepulturero—, pero

rapidito, que no tengo todo el día para ustedes.

Arrojé las flores sobre el ataúd que había costeado doña Ana y, con la tristeza de no poder ofrecerles algo más, contemplé el trabajo del enterrador. Un viento helado me agarró a traición y me susurró al oído que aquel no era lugar para los vivos.

En cuanto el sepulturero acabó con su cometido abandonamos la tumba de mi madre y el Cementerio de la Soledad volvió a encontrarle la gracia a su nombre.

* * *

Antes de regresar a San Nicolás, rehíce el camino que tantas veces había tomado a la vuelta del colegio. A las once de la mañana el Paseo de Santa Fe se dejaba salpicar del polvo de luz que resbalaba de los tejados, fundiendo entre cornisas el nuevo día sobre sus baldosas de onza de chocolate. Una mujer embarazada y un niño pequeño jugueteaban en un banco bajo el baño de sol. Pensé en mi madre y en mí, jugando en casa, en otra casa, la nuestra, esperando a que, de un momento a otro, un día de aquellos, mi padre regresara. Ahora sé que solo me entretenía, que mi padre nunca más volvería a entrar por aquella puerta, la que meses después dejaríamos atrás para marcharnos con Julián. Deseé que aquel niño nunca tuviera que vivir lo que yo. No podía dejar de mirarlos, ensimismado. En cuanto su madre levantó la vista y me vio observándolos, tomó al niño y se alejaron de allí.

Antes de subir a su casa, decidí que aquella sería la última vez que la pisaría. Nunca fue un hogar, tan solo un refugio, un lugar en el que sobrevivir.

—Esto es todo —dijo con desinterés—. No hay más.

Había almacenado en una caja de cartón los restos de mi madre. Cuanto me quedaba de ella estaba ahí mismo. Irónico, ¿verdad? Al final de la vida todo cabía en una caja, ya fuera pino o cartón. Menudo invento. Y a eso había quedado reducida ella, a una caja llena de trastos de la que quería deshacerse

ahora. La estaba echando de su casa, a mi madre. Y a mí. A los dos. Quise odiarle, pero por más que rebusqué en mi interior no encontré a qué agarrarme.

—Gracias —fue lo único que me salió.

Aquella caja era el resumen de toda una vida, y aunque no era ni muy grande ni muy pesada, su ausencia era lo que más difícil la hacía cargar con ella.

—He hablado con tu tía. Seguirás con ella en el hogar. Yo no puedo ofrecerte otra cosa, ya lo sabes.

—Tranquilo, era lo único para lo que estaba preparado.

No hice siquiera por mirarlo. Me limité a sentarme en el suelo y a hurgar sin prisas en el pequeño botín que ahora tenía entre mis manos. Para mí sus palabras no eran más que garabatos en el aire que se escapaban por la ventana.

Dentro de la caja había casi de todo: un encendedor Omega de mi padre, un frasco de colonia, fotos viejas, un ejemplar de *Lo que el viento se llevó* y un fajo de cartas agrietadas. Era la correspondencia que Malena Quintero había mantenido con Salvador Vázquez, su marido. Mi padre. Y las había guardado allí durante todos estos años, en secreto.

Alcé la vista y miré a Julián.

—No las he mirado, si es lo que quieres saber. Tu madre preparó esa caja días antes de ingresar en el hospital. Nunca me interesó husmear en un pasado que ya conocía.

Un pasado que solo nos pertenecía a nosotros. Nadie tenía derecho a meter las manos ahí, él menos que nadie.

—No quiero meterte prisa, Martín, pero le prometí a tu tía que estarías de vuelta para el almuerzo.

—Dame un minuto, ¿quieres? Allí hay demasiada gente para tener un poco de intimidad.

Julián salió de allí y me dejó a solas sentado en el suelo, manoseando recuerdos en silencio. La mayoría eran fotos de mis padres junto a un niño

pequeño, un niño que en cada foto se iba pareciendo un poco más al muchacho que ahora las ojeaba; luego, había otro puñado en el que mi madre posaba junto a otras dos muchachas. Reconocí a una de ellas al instante, una pelirroja por la que cualquier hombre habría perdido la razón y, si hubiese hecho falta, un brazo: Norma Estrada. Curioso... Había varias fotos de ambas y, en casi todas, la vedette le pasaba el brazo por encima a una joven Malena Quintero, como quien amadrina un talento en alza. Mi madre aún era una chiquilla y ella toda una estrella. Ignoraba el alcance de aquella amistad de la que nunca me había hablado. La gran Norma Estrada. Y parecían muy amigas; la tercera chica tampoco era del montón, una belleza rubia de las que no tenían su cepa aquí, de mirada angulosa y rasgos afilados, del este, guapísima, de esas que solo se veían en las películas gánsteres.

Dejé las fotos y abrí el frasco de perfume. Enseguida el olor a verano ahogó mis pulmones: azahar. Era la esencia que respiraba la piel de mi madre, la que impregnaba toda la casa a su paso, la misma que habíamos saboreado tres hombres entre sus brazos y que suavemente me tensaba un nudo en la garganta. Inmediatamente cerré el frasco. Su dulce recuerdo era como una bendición envuelta en veneno, tan mortífera como el propio láudano que no convenía administrarlo en grandes dosis; al fondo, un fajo de cartas atadas a un cordel. El matasellos era muy variado: Sevilla, Toledo, Zaragoza, Barcelona... Todas ellas firmadas de puño y letra de Salvador Vázquez, mi padre. Las fui repasando una a una, con curiosidad, por saber hasta qué rincones de este maldito país lo habrían arrastrado los vientos de aquella guerra mientras él redactaba la crónica de su propia muerte.

El último sobre era distinto al resto. Estaba datado de ese mismo año, de febrero de 1947. Se trataba de un sobre mayor a los anteriores, de distinto gramaje y porte, y remachado al dorso con un lacre rojo. El sello encerraba en su interior unas formas que no me eran del todo desconocidas, algo muy similar a lo que ya había visto en alguna parte de la ciudad, posiblemente en una fuente. Un tritón. Sí, eso debía ser, tenía la forma de una de aquellas

gárgolas llamadas tritones que habitaban en la noria de agua de los ingleses, aquí en rojo lacre, como un diablo sonriente y burlón. Aparte de ello, y para mi sorpresa, el sello de pasta había sido despegado del sobre sin causar rotura alguna y, por tanto, su contenido al descubierto. Eso me sonaba a inspección postal. Atravesé el tabique que me separaba de Julián con una mirada que lo habría pulverizado. Furioso, quebranté la intimidad de mi madre.

Querida amiga,

Espero que para cuando lea esta carta ya se encuentre plenamente recuperada y en casa. He sabido en estos días que su estado de salud ha mejorado bastante. Nunca me fue desconocido su pensamiento de ingresar en un sanatorio para curarse de la terrible enfermedad que la ha estado devorando en estos últimos dos años. Ya sabe que soy un hombre de recursos. Tengo mis contactos y gracias a estos he sido puntualmente informado de su situación.

Si he entendido bien, y no surge ningún contratiempo, su alta se ha programado para la primavera, una fecha conveniente para la plena recuperación de sus facultades vitales, según los médicos, con lo que será una satisfacción reencontrarme con usted y reanudar nuestras conversaciones. Ahora unos asuntos fuera de la ciudad reclaman mi atención y durante una buena temporada estaré ausente. No obstante, espero retomar en breve con usted los pormenores para la adquisición de El rastro de su voz.

Si usted está dispuesta a cerrar un trato conmigo, la esperaré en La Milagrosa durante la vigilia de la Pascua de Resurrección. Si mis cálculos son correctos, el próximo 4 de abril del presente. Estará de acuerdo conmigo en que allí nadie nos podrá molestar.

Confío en su mejoría y en que el destino nos reúna con prontitud.

Atentamente, su más ferviente admirador,

La Pascua de Resurrección estaba al caer y ella ya no acudiría a la cita. Posiblemente aquel tipo posiblemente no supiera nada, alguien de quien ella misma me había prevenido: Sebastián Morell. El misterioso Sebastián Morell.

—Según cuentan, el mismo Diablo... —recordé en un susurro las palabras de mi madre— Objetos únicos...

De repente la sombra de Julián me mordió los pies.

—¡Ya he terminado! —exclamé como si me hubieran pillado haciendo algo malo, guardándome de inmediato a la espalda aquella carta que él también había leído.

Él me miró incrédulo.

—Oye, he perdido un disco de vista, el disco de tu madre. ¿Sabes dónde puede estar? Me gustaría tanto volver a escucharlo...

El disco de mi madre, mi disco, al que se refería aquella carta que estrujaba furiosa mi mano, la que ya había sido abierta. Canalla.

—¿Te ha entrado morriña, Julián?

—Muchacho, es la última vez que empleas conmigo ese tono.

Justo cuando se abalanza sobre mí con el puño en alto, la cerradura de la entrada crujió a mi espalda y enseguida sentí la puñalada. Hubiese preferido un puñetazo. Una mujer embarazada y un niño se recortaban bajo la puerta.

—¡Os dije que esperarais fuera a que se marchase! —les recriminó Julián a los recién llegados.

—Lo siento —se disculpó la mujer—, pero es que me dolía tanto la espalda...

Eran la misma mujer y el mismo niño que minutos antes habían salido espantados del banco de abajo al vernos llegar. Era la estocada que me faltaba. Sin mediar palabra, lo volví a meter todo en la caja y me levanté aprovechando que la puerta seguía abierta.

—¿Quién eres? —preguntó el niño.

—Uno que se va —respondí abriéndome paso entre ellos.

Vi el reproche a la mujer en el rostro de Julián, y al mismo tiempo la vergüenza en sus ojos al verse descubierto por un niño de trece años.

—Martín, espera. Deja que... —se ofreció de repente, delante de ella, a ayudarme.

Me zafé de su intento de amabilidad con tanta violencia que apunto estuve de perder el contacto con la caja. Luego me volví, la nariz arrugada y apretando una mirada con la que se podría reducir a cualquiera a una simple partícula de polvo.

—Nunca me has hecho falta.

Crucé el umbral y sentí su mano en mi hombro. Me deshice de ella con rapidez, asqueado.

—Oye, Martín, ese disco... ¿Sabes dónde puede estar? —insistió una vez más.

Giré sobre mis talones y me encontré a un hombre amargado, el mismo hombre que se había enamorado de mi madre y luego la había repudiado por no poder darle hijos como el que llevaba aquella otra mujer en su vientre. Ahora sabía que él no había perdido el tiempo. Se lo había hecho perder a mi madre, y encima ahora quería cobrárselo. Jamás se lo perdonaría. A pesar de ello no fui cruel, no más de lo que se merecía.

—Julián, vete a la mierda.

El portazo cerró con él una etapa que sabía a poco menos que nada. Para cuando salí al mundo no reconocí en sus calles a la ciudad que me había visto nacer. Tan solo el camino que me llevaba de vuelta al único lugar al que podía regresar.

Capítulo 13

Durante días conté como siglos las horas que restaban a mi encuentro con Sebastián Morell, ese cabo suelto que de repente desbarataba el tapiz de mi vida y me dejaba con los pies al aire. Un personaje igual de misterioso que el disco que deseaba poseer. Si había una razón convincente para ello, dudo que mi madre no la supiera. Que no me lo contara era harina de otro costal. Ahora tocaba buscar respuestas y llegado el día acudí a la única persona que podría ayudarme.

—Necesito un favor, Carlines.

—¿Qué se le ofrece a *vuestas* mercedes?

—Que bajes conmigo esta noche al centro.

Tardó unos segundos en repasar su apretada agenda antes de contestar.

—Eso está hecho.

—Ahora no puedo decirte más, pero pase lo que pase esta noche, eres el único en quien puedo confiar.

—Cuenta conmigo, conozco a alguien que puede ayudarnos.

Ese alguien era Abundio, pelota y chivato oficial de la casa. Era el chico de los recados, el encargado de llamar a filas, de dar instrucciones cuando Durán lo ordenaba, de abrir y cerrar las aulas cada día, y el primero en comer en cada turno. Según las malas lenguas, mantenía un idilio de índole escatológica con unos cromos de la liga que un hermano mayor le había traído de Madrid por reyes. Y los guardaba con tanto celo como la copia de la llave de la misma enfermería donde Rivas había improvisado su pequeño laboratorio de botánica.

Cuando llegó la hora de dormir nos escurrimos hasta su litera con un

Carlines fingiendo, como salvoconducto, sulfúricos dolores de barriga.

—¡Abundi, estoy fatal de lo mío! Necesito entrar en el botiquín, macho.

—¡Pues te aguantas! Yo no voy a acompañarte, que tengo sueño.

—Si pudiera aguantar no vendría a molestarte. ¡Además, aún me debes medio bollo de crema desde hace dos semanas! Anda, porfa, no seas de tu pueblo.

—¡Te he dicho que no! La última vez hiciste una buena limpia de aspirinas que vendiste luego en la Calle Enmedio. Y encima me llevé la bronca de la tía de este —eso iba por mí—. Así que no insistas o me chivo.

—Abundi, no me obligues a utilizar armamento pesado que ya sabes cómo me las gasto después de las acelgas.

—Menos lobos que eso fue ayer.

—Como quiera. ¡Que conste que he querido ser bueno! —amenazó.

Si el infierno olía a eso, yo no quería formar parte de él por mucho que mi amigo dijera que no había mejor sitio donde uno pudiera dar con sus huesos por toda la eternidad. Y es que Carlines se había tomado muy en serio aquellos que Don Casto dijo una vez en misa, que en el infierno solo había sitio para los músicos, los borrachos y las cabareteras.

—¡Qué asco! —se quejó Abundio.

—Pues esa solo era la obertura. Prepárate ahora —amenazó.

—¡Tú ganas, me rindo! Toma la llave.

En menos de cinco minutos nos plantamos delante de la puerta de la enfermería. Con la maestría de un gato, Carlines abrió la cerradura sin hacer el menor ruido. Verle trabajar con guante blanco hacía que mereciera la pena que te cogieran con las manos en la masa. Sin pillada no había reconocimiento. Carlines a esa edad ya tenía galones de sobra, en eso y en la fama que le perseguía de que se le quedaban las cosas pegadas a las manos, como una nueva cajita de aspirinas que le vi trincar.

—El cine está muy caro últimamente, macho —argumentó sin mi aprobación.

Antes de escaparnos, y sin haberlo previsto en un principio, mi mente elucubró una insensatez de última hora. Fui directo al cajón de la mesa de Rivas, allí donde guardaba su pistola, la misma que no necesitaba de munición para espantar hienas. Abrí el cajón y la agarré.

—Por si acaso —me aventuré a decir, escondiéndola por dentro del pantalón.

—Cuidado con eso no te vayas a desgraciar para toda la vida.

Junto a la pistola estaba aquella carpeta llena de papeles y fotografías que Durán había descubierto semanas atrás.

—«Werner» —leí en la penumbra.

—¿Qué estás haciendo?

—Un momento.

Saqué las fotografías y los recortes de prensa de su interior y una vez más, ahora de cerca, contemplé aquellos retratos de ancianos que miraban a la cámara. Lo hacían con una tristeza inusitada, con una expresión tan sombría que le partiría el alma a cualquiera. No pude seguir mirando. Aparté las fotografías y me concentré en los extractos de periódico. El nombre de Werner estaba subrayado por todas partes. Durán tenía razón, así era; no obstante, por más que forzase la vista no entendía absolutamente nada de lo que ponía allí. Nada. Lo que no había dicho el vigilante era que aquellos textos estaban escritos en inglés. ¿Qué significaba todo eso?

—¡Venga, vamos! —me apremió Carlines.

Volví a meterlo todo en su sitio y, en un tris, la noche nos engulló en su vórtice azul.

Caminamos de puntillas sin arrastrar los pies en ningún momento, saltamos la tapia dejándonos parte de las rodillas en ella y echamos a rodar cuesta abajo hasta San Pedro. La plaza entera olía a incienso. Era viernes santo y de las fauces del templo emergía una siniestra canina armada con una guadaña y una sonrisa triunfante. Tan solo cuatro gatos habían ido a presentar sus respetos a La Muerte a la puerta de su casa. Y poco más, quizás porque a

nadie le gustaba que le recordasen que la vida solo es cuestión de tiempo; más abajo, ni un alma asomaba por doquier. De vez en cuando la figura de un sereno se recortaba tiritante al contraluz de las farolas como una gárgola en la noche de jazmín, perfume que nos empujó bajo una diadema de estrellas hasta la afilada fachada de La Milagrosa.

Cuando llegué a su puerta ya no tenía tanta prisa por entrar. Estaba muerto de miedo. Lo que me esperaba al otro lado de aquel arrecife de geometría imposible era todo un misterio. La Milagrosa era un delirio catedralicio abandonado a su suerte tras la barbarie de la guerra y ahora solo servía para dar sermón a las sombras.

—Bueno, pues ya estamos. ¿Cómo lo hacemos? —preguntó ávido de acción mi amigo.

—Creo que lo mejor es que me esperes escondido en los primeros bancos —dije—. Primero entro yo, y en cuanto escuches a alguien más, te cueles. Pero no te dejes ver.

—Como un gato.

—Eso es —corroboré—. Bueno, hasta dentro de un rato.

—Suerte.

Empujé el portón hacia dentro junto con un puñado de años de abandono y soledad gritando desde el interior de sus bisagras. Dejé la puerta entreabierta para que después entrara mi amigo y me escurrí entre tinieblas hacia un lugar que no existía para el tiempo. Una turbia penumbra teñía de azul toda la capilla. Una lengua de espumosa niebla relamía un suelo poblado de ángeles en ruina. Y agujereando su silencio, una voz polvorienta que me hizo temblar de la cabeza a los pies.

—¿Eres quién creo que eres?

Y entonces los fantasmas vinieron a mi encuentro.

* * *

Tras mi primera toma de contacto con el coleccionista de objetos únicos, lo siguiente era recuperar el disco. Visto lo visto con Violeta, que me devolviera aquella valiosa pertenencia no iba a empeorar las cosas. Tampoco podía permitir que el disco cayera en manos de cualquiera. Aún tenía una promesa que cumplir.

De modo que, mientras Carlines buscaba consuelo en la almohada tras toparse de bruces con el coleccionista de objetos únicos, yo crucé el pasillo hasta la puerta del dormitorio infantil, allí donde tenía su pequeño apartado Violeta. Llamé con suavidad pero con decisión. Nadie contestó. En su lugar, el viento me trajo unos murmullos procedentes del minarete. Allá arriba había alguien. Más de una persona. Insistí en la puerta del dormitorio sin más respuesta que el silencio que respiraba tras la hoja de madera. Abrí con cuidado y entré.

Atravesé de puntillas el pasillo de camas como un ladrón en la noche. Todos dormían como troncos, todos excepto Violeta. Su cama estaba vacía. Aún así había dejado la lámpara encendida como buena samaritana. Aquello tenía un nombre clínico: miedo a la oscuridad. Acostumbraba a hacerlo desde el primer día para que ningún niño se asustara ni la despertara en mitad de la noche. Cuando llegué a su cama toqué las sábanas. Estaban frías.

—¿Dónde estás, Violeta? —susurré.

Donde fuera ya no era de mi incumbencia, pero la falta de aire me decía lo contrario. Decidí centrarme y busqué mi disco en el cajón que guardaba junto al tocata. Allí estaba. Lo tomé en mis manos y sentí un inmenso alivio como quien abraza un rostro amigo después de un mal sueño. Antes de salir le eché una ojeada a la portada y de repente un recuerdo cercano me estalló en la cara, el recuerdo de una tarde persiguiendo a Rivas por las calles, el recuerdo de un nombre, el mismo nombre que ahora y desde siempre había estado allí impreso junto al de mi madre: Christian Samper, el pianista que también ponía música a viejas películas mudas en el Cinema Saltés. ¡Qué torpe había sido!, por eso me sonaba su nombre. Nadie me lo había mencionado antes. Lo había

leído en la portada del disco de mi madre.

—Christian Samper... —me oí susurrar al abrigo de la pequeña lumbre de la mesita de noche de Violeta.

Y allí estaba Samper, misterioso y sombrío, sin rostro, tras la figura de mi madre en primer término, joven y viva para siempre. Tomé el disco y salí de allí tan sigilosamente como había entrado.

Fuera, en el pasillo, los murmullos que llegaban del mirador se arrastraban más intensos y continuados que un par de minutos antes. Pero ya no eran murmullos, sino jadeos. Una sospecha comenzó a quemarme el estómago, el temor que acompaña a una evidencia difícil de aceptar: Violeta. Su cama desecha y sus sábanas frías se cruzaron en mi cabeza. Recordé entonces las palabras de doña Ana, sabia, advirtiéndome de que, al final, solo conseguiría hacerme daño a mí mismo. Y precisamente eso fue lo que me impulsó a subir hacia el punto más alto de la casa. Quería la verdad, aún a riesgo de saber que la encontraría. Y así fue.

Agarrada a una de las columnas del minarete, rozando su cara contra la piedra, Violeta soportaba trémula las acometidas de Sergio. Ella, a quien tantas veces había imaginado solo para mí, idealizada hasta lo enfermizo, gemía entre estertores como si el mundo fuera acabarse de inmediato. Y mientras tanto, Sergio agarraba triunfante con fuerza aquellas nalgas voluptuosas que yo solo había conseguido dibujar en mi duermevela, deslizándose con suciedad sus manos sudorosas por aquella delicada porcelana en apariencia, por sus caderas, por sus pechos, retorciéndolos con frenesí a sabiendas de que no era dolor sino placer lo que ella mordía con la punta de sus dientes. Me sentí de repente el ser más insignificante de todo el planeta. Un auténtico idiota, eso es lo que era. Violeta volvió la cara y miró en mi dirección como si me hubiese presentado. Por un momento me creí descubierto, pero al instante volvió el rostro hacia la columna y siguió gozando de aquello que me había confesado no conocer. No podía seguir mirando. Con eso era suficiente.

Retrocedí con la misma suavidad con la que había subido y me marché de vuelta al mundo que me pertenecía. Bajé cada escalón con un nudo en la garganta, agarrando contra mi pecho el pequeño disco de música, culpable y traidor por haberme desprendido de su alma y su voz, la de la única mujer que me había amado en toda mi vida. Y esa de arriba era la propina, la que me merecía.

Al final de la escalera encontré a quien menos esperaba, Durán. Me aguardaba con un cigarro entre sus dedos y una sonrisa en la boca, la de quien nunca pierde.

—¿Un cigarrito? —me ofreció—. Es buen momento para empezar. Nunca viene mal para un disgusto.

Negué en silencio. Durán miró aquello que aferraban mis manos con tanto celo. Tendió una mano, esperando a que se lo entregara. No opuse resistencia. El vigilante tomó el disco y escrutó su portada en la penumbra de arriba abajo. Luego vio algo que le desbarató la boca. Entonces sonrió como si de repente ese algo que había encontrado en la portada le hiciera tanta gracia, con un «vaya, vaya, vaya...» que dejó escapar.

—No hace mucho me dijiste que tu madre nunca había grabado un disco.

—Lo encontré entre sus cosas el mismo día que la enterramos —se me ocurrió.

—Es cierto —pareció recordar—. Siento lo de tu madre, Martín, he sido un poco... insensible. Lo siento de veras. Mis condolencias.

—Gracias.

Había cierta sinceridad en sus palabras que no supe cómo calibrar. Después de eso volvió a echar un último vistazo al disco y me lo devolvió.

—Por cierto, espero que no me tengas en cuenta lo de la otra noche. ¿Volvemos a ser amigos?

Asentí mudo, no tenía otra salida.

—Buen chico —dijo—. Ahora, si me disculpas...

Durán se perdió escalera arriba con ganas de dar un buen escarmiento. Se

lo pedía el cuerpo. Después de meses bajo su atenta mirada había aprendido a leer en ella. Durán... Incluso la sombra de su nombre me ponía los pelos de punta. Aferré una vez más el disco de mi madre y le di la espalda a aquellos escalones con la conciencia tranquila de quien sabe lavarse las manos sin reproche. El primer grito de Sergio me hizo apretar el paso. Abrí la puerta del dormitorio con el corazón en la boca y un regusto a sangre bajo la lengua. Las súplicas de Sergio y los golpes de Durán se colaron enseguida entre las camas levantando un puñado de cabezas de la almohada, alertadas por aquellos lamentos que venían del torreón. Fuera, una espantosa jauría de aullidos despertó en la oscuridad del páramo. Y entre todos despedazaron el silencio de la noche en mil pedazos.

Me metí con el disco en la cama faltándome el aire, unas pocas lágrimas de arrepentimiento y un nuevo nombre a las puertas del sueño, el de Christian Samper.

Después de aquella noche comprendí que el mundo es un lugar extraño lleno de gente a la que antes de conocer es mejor olvidar para siempre.

CHRISTIAN SAMPER

—

Una SINFONÍA del HORROR

Capítulo 1

Nunca olvidaré la primera vez que conocí a Christian Samper. Sí, la primera vez. Habría una segunda, pero eso no ocurriría hasta mucho tiempo después. Ocurrió una noche aciaga y quejumbrosa, sombría. Los árboles se retorcían con frenesí a merced del viento que se enredaba sibilino entre las ramas con la voz astillosa de una maldición. Las tinieblas revoloteaban con alas de mercurio, a punto de emborronar las calles bajo una acuarela triste y gris. Y en lo más alto, una luna creciente que se asomaba a la ciudad con una sonrisa de guadaña.

Bajo su terrible simetría llegué envenenado de malos recuerdos al Cinema Saltés. Lo que fuera de Sergio y Violeta ya no me importaba, o al menos eso quería creer. Al primero tuvieron que llevarse al hospital y nunca más volvió a poner un pie en San Nicolás; en cuanto a Violeta, las Cianuro se encargaron de que el escándalo llegase a oídos del gobernador que no tardaría en ponerla de patitas en la calle.

Violeta... Su nombre me flagelaba a todas horas, incluso camino del Saltés al igual que la tradición paterna de ir bien oloroso al cine. Un frasco de Varón Dandy de mi padre tenía la culpa de todo. «Nunca se sabe a quién puedes conocer a oscuras», decía. Ni del apuro del que te podía sacar. Aún recordaba la vez en que el armario de casa se empeñó en no abrirse, bastó con un par de gotas de aquella loción para que dejara de oponer resistencia. «Ves, pues con las mujeres es igual, hijo», me dijo mi padre. Entonces no lo entendí muy bien, pero mi madre sí debió hacerlo por la colleja que le soltó.

Y así fue cómo una vez más escapé a la ciudad, dejando a mi paso una

estela de efluvios varoniles que me apolillaban bajo la camisa. Mi piel nunca volvería a ser la misma. Y por supuesto, una vez más, mi fiel Carlines me ayudó a salir del hogar. Sin embargo, ahora, la aventura corría de mi parte.

—Si vienes más tarde de las doce, iré en tu busca —amenazó con ímpetu.

—No sé qué haría sin ti. Anda, dame un abrazo —le sonreí fraternalmente.

—Quita, mofeta —se zafó enseguida—. Apesta a Varón Dandy.

Un rato después me sumergía en el oscuro embrujo del Saltés. Llegaba tarde. Las luces llevaban un buen rato apagadas y una extraña historia titilando en la pantalla. Entré como quien está a punto de perder un tren, con el corazón en la boca, y aún así tuve tiempo de paladear la decrepitud que reinaba en todo el recinto, un enmoquetado aullante bajo mis pies y el fantasma metálico de lo que en otro tiempo fue una araña de lágrimas de cristal pendiendo aún del techo.

Una mortecina sinfonía se deslizaba entre las butacas. Procedía de la misma pantalla. Bajo esta, una figura sentada a un piano, con la espalda salpicada en celuloide, sorteaba una nota tras otra el curso de las imágenes. La melodía que impregnaba la atmósfera, suave y liviana, acariciaba en la pantalla el semblante de un palacete modernista envuelto en la bruma. Su simetría me recordó de inmediato a la de un fabuloso edificio de torreones y mansardas del centro de la ciudad. Curioso.

Me acomodé sin despegar los ojos de la película. Se llamaba *El ángel de medianoche* y en ella, un grupo de caballeros se apeaba de un carruaje y llamaba a la puerta del edificio. Al poco, un mayordomo les abría paso al interior, guiándoles a través de una estrecha galería de paredes pobladas de terroríficos retratos que desafiaban la mirada. Tras una puerta, una oscura cámara rodeada de cirios les daba la bienvenida. La sinuosa forma de una mujer surgió de las tinieblas envuelta en un faraónico vestido de luz, llena de alhajas y coronada con una extraña tiara de cuernos. Una especie de sacerdotisa, intuí. Cuando el plano estuvo lo suficientemente cerca, descubrí

que el rostro de aquel personaje era el de la archiconocida Norma Estrada, la pelirroja más importante de nuestra ciudad. La cosa se ponía interesante.

Noté entonces que la melodía cambiaba sutilmente hacia una cadencia más misteriosa y hermética; el personaje que interpretaba la gran Norma Estrada invitaba a los recién llegados, incluido su mayordomo, a sentarse en torno a una mesa. Sobre la tabla, y ante la mirada de una bola resplandeciente, los presentes se cogían de la mano formando un círculo. La mujer comenzaba entonces a recitar —sin voz, por supuesto— pasajes de un extraño libro encuadernado en lo que parecía piel humana. El toque del pianista se volvía tan inquietante como juguetero, como un asesino que desfilara de puntillas en mitad de la noche. De repente, en la pantalla, la bola de luz comenzó a temblar. Fuera, los árboles se agitaban con violencia y los ventanales parecían a punto de abrirse. Uno a uno, los invitados visiblemente asustados se interrogaban con los ojos. En cambio, Norma Estrada sonreía, disfrutaba. Uno de ellos hizo entonces el intento de levantarse, pero ella le negó con la cabeza. Un rótulo invadió la pantalla:

«Nunca se debe romper el círculo. Son las reglas. Ya vienen»

La advertencia sentó a su invitado y la fámula continuó con el conjuro, moviendo los labios, recitando cada línea del libro. El nivel de tensión iba creciendo entre los asistentes. A excepción del mayordomo, que permanecía impasible como un perro fiel, todos estaban atemorizados bajo el yugo de aquella mujer que no les permitía abandonar la sesión. De repente, la sacerdotisa entraba en estado de catarsis y sin soltarse de las manos, se alzaba con los ojos tornados en blanco. Un carrusel de miradas inyectadas en horror y dientes rechinantes se sucedía sin cesar en la pantalla. Sin esperarlo, la bola de luz revienta en mil pedazos y Norma Estrada se desploma sobre la mesa, acabando ahí su intervención durante el resto de la película. En ese momento, un golpe de aire irrumpe en la sala dejándoles sin luz. Y sin previo aviso, la

oscuridad también se tragó la música del pianista del Saltés.

De repente sentí los oídos taponados, un silencio absoluto acompañaba las imágenes; el fiel mayordomo, a la luz de la luna, intentaba reanimar sin éxito a su ama mientras el resto de invitados formaban un corro alrededor, curiosos. Uno de ellos alzó entonces la cabeza, señalando asustado al centro de la sala donde una extraña nube comenzaba a materializarse ante ellos. Los hombres, aterrorizados, la observaron impávidos retorcerse burbujeante como una protuberancia de vapor que se penetraba con repulsión en sí misma. Casi al unísono, todos se llevaron la mano a la nariz como si un fuerte olor les invadiese. El mayordomo entonces alza la voz y habla con una sonrisa:

«Azufre... El Amo ha llegado»

Un nuevo arpegio del pianista, siniestro y apático a la vez, comenzó a disolver la masa de vapor en la pantalla hasta que todo quedó a oscuras. De súbito un lamento sin consuelo comenzó a desperezarse con insoportable melancolía por toda la sala. Y entonces recordé. Aquella sinfonía era sin duda la misma que había salido de las manos de Rivas frente al órgano de San Nicolás. No había lugar a confusión, la conexión entre el jardinero y el pianista estaba ahí, delante mía; mientras tanto, en la pantalla, las velas se encendieron una a una con las primeras notas hasta revelar una nueva presencia entre los hombres, una sombra, un espectro fundido en negro, encorvado y escuálido, de largos miembros plegados al costado y manos recogidas al pecho como un murciélago que caminara sonámbulo. Su aspecto era espeluznante, cadavérico, de largas orejas puntiagudas y de ojos profundamente cavernosos que parecían a punto de echar a volar batiendo sus peludas cejas. Los hombres gritaban aterrorizados.

«¡Dios mío, es Él! ¡Es Él! ¡Huyamos!»

Rápidamente echaron a correr despavoridos, en busca de una salida, para pronto descubrir que, una puerta tras otra, la entrada principal había desaparecido, atrapándolos en un laberinto. La mansión se había convertido en un enorme caleidoscopio en el que uno a uno iba cayendo todo el grupo. Y mientras, el piano que continuaba flotando como réquiem entre las butacas, con la misma agonía con la que Christian Samper me horrorizó hasta el final de la película.

* * *

Una hora después, una tímida ráfaga de bombillas comenzó a mordisquear las tinieblas entre bufidos y bostezos. Aquello parecía una sala de despertares de hospital. Al poco de vaciarse, aproveché para acercarme hasta el pianista. De espaldas, el hombre se pertrechaba con torpeza bajo un gastado abrigo de paño. Estaba a pocos pasos de él pero no parecía haber reparado en mí. Carraspeé y entonces giró sobre sus talones. Una fría decepción me asoló por dentro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó sobresaltado.

Aquel no era el hombre que esperaba encontrar. Me había hecho la idea, quizás equivocada —ahora lo sabía—, de un pianista joven y apuesto como el que se intuía tras la silueta de mi madre en la portada del disco. Como el que imaginé. En lugar de ello, un rostro decadente y agrietado por el peso de la edad me observaba. No me dio tiempo a responder cuando volvió a hablar.

—Soy viejo y ciego, amigo, pero no estúpido —dijo, escrutando la sala con sus ojos sin vida—. ¡Vamos!, la sesión ha concluido y ya toca irse a casa.

Ante mí tenía a un anciano de cabellos ralos y encanecidos, de ojos marchitos que vacilaban en la oscuridad, sin rumbo. Ojos gastados, vacíos, quizás de tanto usarlos frente a la pantalla. Ojos ciegos de luz.

Empecé a reconsiderar sus palabras cuando volvió a hablar.

—¿Todavía sigues ahí? —lanzó al aire mientras buscaba el bastón que

había junto al piano—. Al menos ayúdame a bajar de aquí.

Salí de mi frustración y ayudé al viejo rapsoda a bajar al patio de butacas.

—¿Es usted Christian Samper? —me atreví a decir.

—¡Vaya, pero si solo eres un niño! —intuyó por mi voz varonil de trece años—. ¡Y sabes hablar!, una pena. Había apostado conmigo mismo a que eras mudo o sordo. Menuda pareja habríamos hecho.

—En cambio yo jamás habría adivinado que los ciegos eran tan chistosos —ofrecí a cambio.

El pianista rió casi con gratitud.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Yo pregunté primero.

—De acuerdo, acuerdo —suspiró—. En efecto, soy Christian Samper.

—¿Christian Samper, el pianista?

El hombre llevó su mirada vacía al piano y luego regresó con ella a mí, burlón. Muy agudo, Martín. Lo de ahí atrás no era una morsa con la que se ganara la vida haciéndole cosquillas.

—La verdad es que a veces las apariencias engañan. No te culpo —rió—. Si te sirve de consuelo, hace muchos años, cuando contaba con menos de la mitad de mi edad, una parisina de entrepierna abultada estuvo a punto de darme el mayor sofocón de mi vida. El tacto es importante, recuérdalo. Pero no se lo cuentes a nadie.

—Descuide, me llevaré su secreto a la tumba.

—Bueno, mi joven amigo, ¿por qué buscas al viejo Samper?

—Tengo una duda existencial.

—¡Pues sí que estamos bien!

—Verá, según tengo entendido, usted grabó un disco hace mucho tiempo con Malena Quintero: *El rastro de su voz* —me aventuré—, una preciosa guajira a piano. Un disco del que solo existe una copia en el mundo.

El hombre apoyó la barbilla sobre su pecho, pensativo. Un profundo

suspiro se le escapó por la nariz como si se hubiera vaciado por dentro.

—Lo siento, muchacho, no puedo ayudarte —masculló—. Yo nunca he grabado un disco y nunca he tocado una guajira. Es más, ni siquiera sé quien es Malena Quintero. Es la primera vez que escucho ese nombre.

Me estaba mintiendo. Lo hacía bien, pero no podía engañarme. A mí no, y menos con su nombre impreso en el disco.

—Pero me dijeron que había sido usted —probé suerte—, que usted era quien tocaba el piano en la canción de Malena Quintero.

—¿Te dijeron? —se mostró algo escéptico—. Se habrán confundido de pianista. Dime, ¿qué más tonterías te dijeron?

—Pues que el Christian Samper que buscaba era alguien más...

—¿Joven? —sugirió.

Lo dijo como si aquello le pesara como una enorme losa.

—¿Entonces? —insistí.

—Entonces nada —sentenció—. Por cierto, aún no me has dicho tu nombre.

—Me llamo Martín Vázquez, señor.

El viejo paladeó mi nombre durante unos segundos.

—Martín Vázquez, eh. Y algo me dice que Quintero de segundo apellido.

—Puede ser. ¿Cómo lo ha sabido?

—Una corazonada. Alguien tan joven haciendo preguntas sobre un viejo disco... —dejó en el aire—. De todas maneras siento no poder ayudarte, Martín Vázquez, no sé nada del disco de tu madre, de veras —se quedó pensativo un momento—. ¡Tocar una guajira a piano...! —chistó—. ¿Y quién dices que me acusa de tamaño ultraje?

—Un trozo de cartón en el que aparece su nombre.

El pianista volvió a sonreír. Sabía que lo había descubierto y parecía disfrutar con ello. Al fin y al cabo, sin reconocimiento no había crimen perfecto.

—No me lo digas: la portada del disco —determinó.

—¿Va a seguir mintiéndome?

El hombre se irguió, reflexivo. Luego resopló. Le estaba incómodo.

—Le prometo que después de esta noche no volveré a molestarle —aseguré, viendo que de un momento a otro me podría mandar al cuerno—. Pero no hasta después de que me de las respuestas que busco.

—La respuesta de por qué solo hay un disco, ¿no es así? ¿Y cómo sabes tú que es único?

—Ella me lo dijo. Mi madre, Malena Quintero.

—Sabes, eso que cuentas es algo realmente insólito —consideró—. Los discos se hacen en cadena, no tiene sentido grabar uno solo, es un proceso sumamente costoso. Para que solo exista una copia como la que me hablas, el resto debió perderse... o destruirse —acertó a decir—. Algo feo ocurriría a fin de cuentas.

—Eso es lo que quiero saber. Por eso le buscaba a usted.

—Vuelvo a decírtelo, chico, te has equivocado. Te sería más fácil preguntárselo a ella misma, ¿no crees? Aunque, claro, eso si quieres que ella se entere que vas haciendo preguntas sobre su vida a sus espaldas. Nunca se sabe lo que una mujer puede esconder. Jamás subestimes el pasado de una madre, muchacho.

—Mi madre murió hace dos semanas, señor Samper —le informé—. Y si tenía algo que esconder, se lo llevó todo con ella.

El pianista torció la boca silencioso y cabizbajo.

—Lo siento muchacho, debe ser duro perder a una madre —lamentó—. No puedo ni imaginármelo porque de hecho yo nunca la tuve.

El viejo pianista levantó la cabeza y luego me regaló una palmada en el hombro.

—¡Ha sido un placer conocerte, Martín Vázquez! Ahora si me disculpas, este viejo necesita llegar a casa —se despidió—. Si vuelves a pasar por aquí o me ves por la calle, saludame. Recuerda que yo no podré hacerlo.

A tientas, el viejo pianista bordeó el patio de butacas hacia donde sabía

que estaba la salida. Luego buscó la puerta y la abrió. No iba a dejarle marchar tan fácilmente.

—¡Aún no me ha dicho por qué su nombre está en el disco de mi madre!
—le grité desde lejos.

El pianista volvió sus ojos sin vida en mi dirección.

—¡No es el mío! —contestó—. ¡Posiblemente sea el de mi hijo!

Un escalofrío me invadió de inmediato.

—¿Su hijo? —pregunté—. ¿Por qué no lo dijo antes?

—Porque estoy cansado de contar siempre la misma historia. Hace unas semanas vino un policía preguntándome por él.

Posiblemente se refiriese al tal Ortiz, ese orangután de la secreta al que aquella taquillera verrugosa había dejado pasar en busca de Rivas aquella tarde de sábado.

—¿Y dónde está su hijo?

—Seguramente muerto. Al menos eso creo yo. Hace años que lo busco. Posiblemente murió durante la guerra. No he vuelto a saber de él desde entonces.

Todas las esperanzas que había puesto en aquella visita se desvanecían definitivamente como polvo de luz en la oscuridad. Me sentí abatido.

—Pero, entonces...

—¡Escúchame bien, Martín Vázquez!, voy a darte un consejo: date la vuelta y regresa de donde hayas salido. Olvídate de mí, de mi hijo, y olvida también ese disco bajo llave en el algún cajón de casa que no vuelvas abrir hasta dentro de mucho tiempo. No vale la pena escarbar en el pasado. Con el paso de los años descubrirás que la única escapatoria posible a esta vida es la muerte y, a veces, los recuerdos son tan amargos que lo único que consiguen es retrasar con dolor ese momento.

Capítulo 2

El viejo Samper arrastró su bastón por las calles sin saber que le había salido una sombra de más. No estaba dispuesto a aceptar sus lapidarias advertencias, no así por las buenas. De manera que, bajo una oscura telaraña de nubes que escupían balas de alquitrán, me dejé llevar hasta el *Brasil Grande*, un decimonónico corral de vecinos donde se hacinaba la gente más humilde de la zona, sin letrina particular y con la inestimable intimidad de sus tabiques de papel. Conocía bien el lugar, allí vivían algunos de mis viejos compañeros de colegio. En alguna ocasión jugué al fútbol en su patio, siempre engalanado de los paños menores de cada casa, ondeantes al sol como las banderolas que se desplegaban cada domingo en el Velódromo. Todo el mundo conocía el *Brasil*, sobre todo los fines de semana y en diversas efemérides del año en que el corral era una fiesta.

Ahora la algarabía de aquella leonera de tendedores y jilgueros se marchitaba bajo la lluvia. El patio de vecinos era un pozo de sombras cuando el pianista entró en él. Dudo que le importara. Después de cruzar medio centro, al abrigo de la noche más oscura, sin una sola farola encendida en todo el recorrido, la falta luz era la menor de sus preocupaciones. Samper llevaba una vida a oscuras.

Cruzó el patio sin tropezar y luego tomó la escalera norte hasta su guarida. Entré seguido por un puñado de ojos luminosos, felinos, acurrucados entre macetas. Subí y esperé. El viejo se paró frente a una puerta tan gastada como sus ojos. Un leve resplandor tintineó entre sus dedos y antes de apagarlo en la boca de la cerradura, el viento le arrebató el sombrero.

—Ni siquiera el aire que respiras te respeta, Samper —se lamentó burlescamente.

El anciano rehízo entonces el camino andado, golpeando a tientas el suelo con su bastón, tras el sombrero. Venía directo a mí. Los dos venían directos a mí. Su sombrero ya andaba cerca, pero el viento seguía jugueteando con él. Y unos cuantos metros después quedaba aparcado a mis pies. Para cuando levanté la cabeza ya tenía al viejo encima. Ni respiré. Al menor movimiento, el suelo me delataría. No podía hacer otra cosa.

—¡Te pillé! —exclamó atrapando con el bastón su sombrero entre mis zapatos.

Lo había cazado y a mí con él, con aquella sonrisa de lobo que me gustaba tan poco como sus dueños. Lo hacía a un palmo de mí, como si pudiera verme.

—Bueno, Martín Vázquez, no irás a consentir que un viejo ciego se agache para recoger su sombrero, ¿verdad?

No dije nada. Simplemente me incliné, lo recogí y se lo entregué.

—*Merci, cher!*

Samper dio media vuelta y se fue para su casa. Solo entonces volví a respirar, incluso sonreí. El viejo se las traía.

—Anda pasa, salvo que quieras coger un resfriado —me invitó Samper desde el umbral, con la naturalidad de un tótem mesiánico—. ¿Te gusta el chocolate?

—Claro, ¿a quién no?

—Esta mañana quise hacer un poco pero se me fue la mano. Ahora tengo un cazo casi lleno y si hay algo que detesto es no tener dónde echar lo que me sobra.

—¿Cómo ha sabido que era yo? —pregunté mientras me acercaba. El viejo volvió a enseñarme los dientes.

—Antes en el cine no he querido decirte nada, no quería herir tus sentimientos.

—No le entiendo.

—¿Bromeas? Apesta a Varón Dandy.

* * *

La soledad del viejo pianista se le pegaba al cuerpo tanto como la humedad y los desconchones a su casa. Como piel quemada, el revestimiento de sus paredes había mudado a una especie de pellejo de reptil que florecía entre las grietas como cicatriz; bajo un alto techo, la pieza daba sitio para poco más que un recibidor donde encanecían una butaca destripada y una vitrina en la que hacían noche un par de telarañas abandonadas. A un lado, un par de esqueléticas sillas velaban una vieja y deslucida mesa; más adelante, seguía un pasillo oscuro al fondo del cual un pequeño infiernillo operaba las delicias de los restos del chocolate caliente. Por último, en mitad del pasillo, a la izquierda, se abría una puerta tras la que imaginé una cama hecha andrajos como era de esperar de un hombre que languidecía en soledad. Siempre había oído decir que los ciegos eran un desastre y desde luego el viejo Samper apuntaba maneras de ser de los que se habían acostumbrado a vivir en el alambre.

—Disculpa el desorden, la asistenta libraba hoy —ironizó.

—Descuide. No se lo tendré en cuenta.

El viejo sacó un par de tazas de un pequeño mueblecito de cajoneras y sirvió el chocolate cuando creyó estar en su punto.

—Con esto entrarás en calor.

Sabía a rayos, pero con aquel frío cualquier cosa humeante valía su peso en oro.

—Está muy bueno —disimulé.

—Mentiroso...

Pronto nos hundimos en un incómodo silencio sin llegar a estar solos del todo. La vida de sus vecinos traspasaba las paredes como si estas fueran papel

de fumar, al igual que la noche fría y despacible al otro lado de la ventana. Al menos allí dentro no se notaba tanto al abrigo del pequeño lorito de petróleo que colgaba bajo la mesa. Toda la casa olía a él. Escruté cada rincón con los labios en aquel lodazal que lejanamente sabía a chocolate, en busca de un puntal por el que empezar a hablar.

—¿Sigues ahí? —preguntó el pianista.

—Estaba pensando que mi madre hacía un chocolate tan bueno como este —le hurgué—. Mi madre, ya sabe, la del disco.

—En vez de seguir por ahí, ¿por qué no me cuentas de donde sales tú?

—Es una historia triste.

—¿Hacemos apuestas?

—Vengo de San Nicolás, ¿lo conoce?

—He oído hablar de él y de su dueña, una tal doña Ana. Buena mujer, tengo entendido. Convirtió su casa en hogar para niños huérfanos, ¿lo eres tú también?

—En efecto.

—Vaya...

Fuera el viento se agitaba entre estertores, golpeando con rabia los cristales de aquel crisol que era el *Brasil*; dentro, el hogar del viejo Samper era una penumbra bajo la que naufragaban a la deriva sus pupilas, revoloteando nerviosamente como insectos a rebufo de una luz que nunca llegarían a alcanzar.

—Si quieres un poco de claridad, ahí a la izquierda tienes el interruptor —pareció leer mis pensamientos—. Pero no puedo asegurarte que funcione. Por razones obvias nunca lo he probado.

—¿Por qué no quiere hablarme de su hijo, señor Samper?

—Muchacho... —me rogó.

—Si lo hace, no le molestaré más. De verdad, se lo prometo —insistí—. Le aseguro que no volverá a verme nunca más.

—Eso no lo pongo en duda —sonrió tristemente.

—Ya sabe lo que quería decir.

El viejo se hundió entre sus hombros, meditabundo, quizás sopesando la conveniencia de contarle su vida a un niño desconocido. Al fin y al cabo no era más que un niño. Mientras se lo pensaba hice una nueva batida a mi alrededor. Mis ojos se pararon en un pequeño artilugio que reposaba en la vitrina. Era una pequeña cajita de metal, algo más pequeño que el puño de un bebé.

—Lo que tiene en la vitrina... ¿Puedo verlo?

—Tú mismo —dijo sin inmutarse.

Aquel minúsculo artefacto era básicamente un cilindro de muescas y dientes pegado a una serie de finísimas lengüetas. Era el chasis de una cajita de música. Miré de soslayo al viejo, perdido en su mundo de oscuridad y silencio, y dudé si ponerlo en marcha. Sin mediar palabra le di cuerda. El rulo comenzó a rodar y una pequeña escobilla a rozar cada uno de los remaches del pequeño bastidor. Sus primeros compases de latón me llevaron a dos lugares distintos en dos momentos diferentes: uno era San Nicolás, aquella noche en la que Rivas y un desconocido tuvieron unas palabras, el otro había tenido lugar un rato antes en el cine. La misma música, nostálgica y solitaria, capaz de tambalear los cimientos de un alma incluso en su pequeña versión de hojalata. Aquel lamento de metal ahogó el silencio del piso en su triste melancolía. Apenas duraba un minuto. Y después, vuelta a empezar. Tan fácil y sutil como la primera vez.

Cuando el cilindro paró de girar y la melodía enmudeció a mitad del bucle, miré al viejo Samper. En aquella claridad a medio gas distinguí una lágrima brillando sobre la línea de su perfil. Aún quedaba algo de vida en aquellos ojos.

—Me gusta esta canción. Es hermosa.

—Lo es —admitió con una amarga sonrisa—. Terrible pero hermosa.

Recogí la cajita de metal y volví a observarla nuevamente como si no pudiera hacer otra cosa. En la base del aparato figuraban las iniciales

«C.S.». Christian Samper, supuse.

—Lleva su nombre. ¿La hizo usted?

—No, yo no —sonrió—. Fue el joven Christian Samper, ese al que buscas. La hizo él, al igual que la canción.

—Todas las canciones que usted ha tocado durante la película se parecían mucho. ¿Todas son de él?

El viejo asintió mientras se enjugaba el rostro con la manga de su camisa. Luego respiró hondo y tomó impulso antes de volver a hablar no sin algún que otro titubeo.

—Yo... mi hijo, quiero decir, Christian, el que buscas, siempre fue un muchacho sumamente sensible, desde pequeño. Ya entonces daba muestras de ser un chico muy diferente al resto, como ocurre con tantos otros niños. A una temprana edad poseía cualidades propias de un artista o incluso de un genio. De la misma forma que era capaz de crear pequeños artefactos que hacía andar con la simpleza de un mecanismo de relojería, podía recomponer de oído sobre el piano alguna de las canciones que me escuchaba tocar por los diferentes antros en los que conseguía algo de trabajo con que acallar nuestros estómagos. Christian... —se quedó pensándolo un momento—. Era un encanto de criatura.

—¿Y qué ocurrió, señor Samper?

—El mundo se lo comió.

El hombre volvió a meter los labios en el chocolate caliente, más amargo aún con el recuerdo de aquel hijo perdido que lo perseguía. Sin que yo se lo pidiera, prosiguió.

—A medida que fue creciendo, una extraña melancolía comenzó a arrastrarle a esporádicos momentos de retraimiento y soledad. *Misantrópía* es su término científico, un estado que lo acercaba a contemplar con frecuencia ese oscuro abismo al que estamos abocados al final de nuestras vidas. Constantemente pensaba en ello. Se sentía profundamente atraído por la muerte y por aquellos que ya la dormían. En eso, no cabe duda, debió salir a su

madre, Edeline, una mujer tan emocionalmente inestable que acababa los largos períodos de delirio en que se sumía en brazos del alcohol, de las drogas, y por qué no decirlo, de otros hombres. A Edeline la conocí durante mi estancia en París, adonde llegué después de abandonar esta ciudad hecha de barro y polvo de luz y dejando atrás la oportunidad de triunfar al frente del emporio de embutidos que regentaban mis padres en el Centro —río en este punto, al menos aún le quedaban fuerzas para mofarse de su propia sombra—. Yo entonces no era más que un veinteañero con más paja que cerebro en la cabeza, una muda de más a la espalda y una carpeta bajo el brazo cargada de partituras y sueños por cumplir...

Y fue entonces cuando aquel viejo pianista recompuso para mí la insólita sinfonía de su vida.

Capítulo 3

La carrera musical de Christian Samper comenzó vistiendo de monaguillo frente a un órgano de parroquia. Su tío Prudencio, vicario de La Concepción, le brindó durante años la oportunidad de practicar desde la primera a la última campanada del día en contraprestación por sus delitos y faltas. Desde muy joven Samper desarrolló una precoz sensibilidad a la hora de orquestar bromas de carácter macabro en la casa de Dios. Una medianoche de cuaresma, él y su hermano Miguel tuvieron la feliz ocurrencia de colarse en la capilla para escanciar las bondades del sagrario. Después de dar buena cuenta de la sangre de Cristo, aún sin consagrar, y tras agenciarse en la sacristía de una sábana de cubrir santos, Samper se sentó por primera vez frente al galimatías de teclas y tubos que trepaban del órgano del altar. Y de esa manera, con nocturnidad, alevosía, y la reciente lectura de *Maese Pérez, el organista* por montera, dio rienda suelta a un estruendoso recital de ultratumba que puso en pie a medio centro y casi mata del susto al pobre mosén.

—¡Este niño es un demonio! —le decía convencido a su madre—. O hace propósito de enmienda, ¡o yo mismo le practico un exorcismo!

Y así fue como entró de cabeza en el equipo titular de la Concepción. Cada tarde después del colegio y cada fin de semana, de la primera a la última campanada, el joven Samper se dejaba los dedos en oficios que se le hacían interminables.

Su padre Saturnino, un ateo de tomo y lomo, no veía con buenos ojos que uno de sus hijos se convirtiese en un holgazán de capilla como su cuñado, al cual, sostenía, daba de comer todos los días. El único valor que don Saturnino

conocía en esta vida era trabajar, trabajar y trabajar. Le cabreaba alimentar a alguien que no hacía más que estar todo el día de cháchara con el Altísimo. De hecho el padre del joven Samper consideraba que aquello de la iglesia no era más que un cuento para desviados y gente que sorbía con pajita, mentalidad que su esposa nunca le pudo cambiar por mucho que reservase una copia del evangelio como lectura de evasión junto al retrete. De hecho, página a página, el librito fue encogiéndose hasta desaparecer y a nadie se le ocurrió preguntar cómo. Cada vez que veía a su cuñado se ponía negro. Imaginaba mil fechorías que el curita podía perpetrar bajo una sotana tan larga en la que escondía las manos, la misma que abandonaba cada mediodía para entregarse con esmero, y a su costa, a los placeres de la gula.

Fue ahí donde entró la madre de Samper en juego. Mientras su esposo Saturnino llevara el negocio que les daba de comer a todos, ella decidiría la educación de los niños. Y así hizo. Doña Esperanza, de manos privilegiadas para la cocina, se ganó un día el estómago de su marido y le convenció de tirar de Miguel siempre que necesitase ayuda en el negocio. Para el pequeño Christian tenía otros planes. Y es que doña Esperanza, que era de misas de domingo y fiestas de guardar, tenía por objetivo hacer de uno de sus hijos todo un ministro de Dios, lo que a ella le aseguraría una parcelita en el reino de los cielos. Era lo único que le pedía a la vida.

Así las cosas, el joven Samper fue elegido para tamaña empresa por sus pecados. Al tiempo que su hermano Miguel se manchaba las manos de pringue en la trastienda del negocio familiar, él pasaba de ser un fantasma de la ópera en prácticas a una promesa de pianista de verdad. En un radio de diez kilómetros, los templos con órgano se lo rifaban para bautizos, bodas y comuniones. Pronto su popularidad alcanzó cotas inusitadas en toda la ciudad hasta el punto en que una de las feligresas propuso una semana santa sacarlo en parihuelas junto al Señor de San Francisco. Pero todos ellos cometieron un error. Nunca contaron con que finalmente sería el demonio de la música el que tomase ventaja en la batalla por su alma.

Cuando la niñez no fue más que el recuerdo de una envoltura que ya había mudado, el joven Christian, ya un muchacho, marchó a Barcelona para perfeccionar sus habilidades en el Liceo, desoyendo las súplicas de su madre y despreciando los consejos de don Saturnino.

—¡Un muerto de hambre es lo que vas a ser tú, desgraciado! Ya volverás.

El único que lo animaba a seguir adelante era Miguel. En lugar de un hermano envidioso y muerto de celos por verle partir en pos de fama y fortuna, su compañero de alcoba durante años se desvivía por ayudarlo pasándole de extranjis todos sus ahorros. Aún así, el joven Christian nunca quiso cogerle un solo céntimo.

—No te preocupes, ya me lo devolverás —le decía Miguel—. Considéralo una inversión de futuro que hago. Cuando seas un tipo famoso tendré donde caerme muerto lejos del negrero de papá.

—Nunca me olvidaré de ti, Miguel —le prometió Christian.

Sin embargo fue lo primero que hizo en cuanto llegó a Barcelona, olvidarse de él y de todos. Barcelona por entonces era una ciudad patas arribas y al hombro, ideal para hacer de todo menos estudiar. En lugar de ello, Samper dedicó su tiempo a fundirse el dinero que tenía en amistades y amores de usar y tirar que desaparecían al tiempo que las telarañas le crecían en los bolsillos. Para cuando se quedó sin blanca, la crisis ya había llegado. Las puertas del conservatorio se le cerraron para siempre y el dueño de la pensión donde se hospedaba lo puso de patitas en la calle.

Durante noches Samper durmió a la intemperie forrado de periódicos hasta las cejas. Cada mañana despertaba manchado de tinta, muerto de frío y sin nada con que callarle la boca al estómago. Lo único que comía era el bocadillo que se ganaba tocando el piano en una cafetería de mala muerte. Con el orgullo devorado por el hambre, decidió que el juego de ser pianista había llegado a su fin. Regresaría a casa con el rabo entre las piernas, imaginándose a don Saturnino esperándole sonriente en la puerta del negocio familiar con un delantal en la mano para el hijo pródigo.

Sin esperarlo, una noche, un rayo de luz asomó la nariz para deslumbrarlo: Helene, una estudiante belga de arquitectura que a mitad de carrera había decidido colgar escuadra y cartabón y conformarse con retratar las locuras modernistas de Gaudí a pincelada suelta. Después del genio de Reus nadie echaría en falta un arquitecto menos en el mundo. Se conocieron una noche en que Samper pudo encontrar un banco para él solo. Al poco apareció Helene con un bocadillo en la mano. Lo había reconocido de la cafetería y sintió tanta pena que le llevaba algo de comida. Samper, muerto de hambre y de vergüenza, no se atrevía ni a sostenerle la mirada mientras deglutía aquella maravilla de pimientos y atún.

—Me gusta oírte tocar. Lo haces muy bien —le dijo ella.

—Gracias —conseguía decir Samper entre perdigones de comida.

—Sabes, en dos días me subo a París. Esta ciudad se está muriendo. Demasiada pólvora. El día menos pensado una bala se despista y se acabó todo para mí. Además, ya estoy harta de pintar palacios y mansiones en Barcelona, son demasiado decadentes para mi gusto. Quiero pintar a orillas del Sena. Es lo que hacen los pintores de caché. Pintar nenúfares y turistas está de moda.

—¡Qué suerte! Yo en cambio me volveré a casa. Para mí sí que se ha acabado todo y del todo. Ya he despertado del sueño de la música.

—¿Por qué dices eso?

—Nadie quiere contratarme.

—Quizás estés buscando trabajo en el sitio equivocado —dijo la muchacha.

—Puede que sea así —contestó con el ánimo por los suelos.

Y entonces Helene apostó fuerte.

—¿Te gustaría acompañarme?

—¿A París?

—¡Sí, a París! Allí seguro que tendrás mucho más éxito que aquí. Las cafeterías están siempre abarrotadas. Piénsalo. Eres un buen pianista. Mi

abuelo lo era. Se pasaba el día entero tocando su viejo piano de pared y organizaba conciertos en casa. Por eso sé reconocer a un buen pianista enseguida.

—¿Tú crees?

Ella asintió.

—Además, me vendría bien tener un buen amigo, alto y fuerte como tú. Piénsalo.

—Me encantaría hacerlo, Helene, pero últimamente no voy bien de divisas. No tengo un penaco.

—Yo tengo el dinero justo para hacer el viaje y alquilar una habitación para vivir. Pero puedo darte un poco, ya me lo devolverás. En cuanto lleguemos seguro que encuentras trabajo.

—Pero si no fuera así, estarías pasando frío en la calle como yo. Y créeme no es muy edificante.

Después de un suspiro y un «¡en fin!» Helene le deseó suerte y, sin venir a cuento, le soltó un beso y le pidió que no dejara de luchar por sus sueños. Y así, se evaporó en bajo las estrellas. Esa misma noche, Samper se prometió a sí mismo que seguiría sus pasos. Algo le decía que era lo correcto. La dulzura personificada de aquella criatura era suficiente razón para no resistirse.

Dos semanas después el joven Christian reunió el dinero suficiente para cruzar los Pirineos hasta la Ville de la Lumière, aunque no fue mucha luz la que encontró al bajar del tren. Cuando llegó a París, la Gare d'Austerlitz bostezaba en gris y vapor, tan triste como la maleta que llevaba consigo llena de ropa sucia. Pero aún así tenía un as en la manga. En su caso, una carpeta bajo el brazo llena de partituras e ilusiones, las de labrarse un porvenir como músico fracasado, lo que se llevaba entonces. Y por supuesto, la esperanza de reencontrarse con Helene, quien a estas alturas estaría llenándose los bolsillos retratando paseantes al aire libre; la suya, en cambio, era una vocación cuyos mejores honorarios en París giraban en torno al tiovivo de apariencias y vanidades de la industria del cabaret. Un fabuloso y colorista mundo de

felicidad ingeniado para alegrar y calentar corazones, pero tan irreal como las ilusiones de quienes lo alimentaban cada noche, juventud en vías de extinción, sedienta de promesas que, más tarde o más temprano, se descubrían rotas frente al espejo al precio de una jeringuilla o de cualquier enfermedad cabalgando por sus venas.

Y fue bajo los focos de uno de esos palacios de cartón piedra donde Samper vio a Edeline por primera vez, cantando y bailando, dejando tras de sí una colección de pupilas dilatadas que devoraban las partes más turgentes de su anatomía. Fantasías que en ocasiones podían hacerse realidad, privilegio que solo correspondía al mejor postor. Edeline Somier era una de las grandes estrellas del *Folies de Soie*, un gran salón de espectáculos de moda que mantenía un duro pugilato con otros prodigios babilónicos del momento tales como el *Moulin Rouge* o el *Le Chat Noire*.

Edeline Somier era una artista de variedades que se vanagloriaba de varias apariciones secundarias en el cine, incluyendo en su currículum alguna que otra ensoñación del mago Méliès. Aseguraba que su carrera se había visto truncada por la envidia de fámulas que calentaban cada noche la cama a directores y productores, ansiosas de arrebatárles su estrella. Pero lo cierto es que sus aptitudes para la actuación se basaban más en el histrionismo que en el buen gusto. Así quedaba demostrado en el escenario. Por si fuera poco, a esto se sumaba la estela de sospechas que pesaba sobre sus comienzos en el séptimo arte pues, según aseguraban no pocos caballeros respetables, Edeline había protagonizado un indefinido número de cintas de carácter privativo, y dudosa moralidad, en las que sí que cargaba con todo el peso de la tensión dramática.

Picardías al margen, mucho antes de todo eso, ya se había obrado el milagro. Ocurrió una tarde de lluvia. Samper había encontrado trabajo en el *Café du Soleil* nada más llegar. Helene no se había equivocado. París era la tierra de las oportunidades para los artistas fracasados, lo que ya era un arte en sí mismo. Aquella tarde los primeros truenos le llevaron a contemplar

desde dentro a una joven pintora que se resguardaba bajo la entrada del café, cargada con su caballete, sus pinceles y el sueldo de toda una tarde pasados por agua. La pobre era en sí un lienzo emborronado. Samper sintió un palpito enseguida. Llamó nervioso al camarero y le mandó llevar una taza de chocolate a la chica que acababa de entrar. Luego tranquilizó sus manos como pudo y comenzó a desgranar una pieza que había aprendido en el Liceo, una de esas que aquella chica ya le había escuchado tocar antes. Se volvió loca. Helene tiró el chocolate por los aires y corrió hacia él. Esa tarde Samper no cobró y pagó algo más que un chocolate: la taza que lo contenía y la bandeja entera que cargaba el joven camarero cuando Helene chocó contra él camino de los brazos del pianista.

Esa misma tarde se enamoraron. En una pensión no muy lejos de sus lugares de trabajo encontraron un pequeño rincón en el que al final del día se refugiaban del mundo bajo las sábanas. Fueron días dorados, amaneceres de acordeones callejeros, de noches que se bebían las estrellas. Enseguida comenzaron a trazar grandes planes para viajar juntos por todo el mundo en busca de aventuras que los llevarían de ciudad en ciudad, de un río a otro y de teatro en teatro, y así hasta sentar la cabeza y quizás formar una familia. La vida de Samper había cambiado.

Enseguida quiso hablarle de todo ello a Miguel, el hermano que había olvidado, contarle las penalidades que había vivido durmiendo en bancos y comiendo bocadillos, que casi había tocado fondo, decirle que junto a Helene había recuperado la esperanza y también las ganas de saber de su familia. A pesar de ello, Samper no recibió respuesta de Miguel sino de su madre, Doña Esperanza, la cual estaba muy apenada. Miguel había tomado la decisión de buscar fortuna en el extranjero y al parecer, ese mismo verano, se había embarcado a Nueva York. Su madre le hizo llegar sus señas y enseguida comenzó una inagotable correspondencia en larguísimas páginas que cruzaban el Atlántico.

Carta tras carta, su hermano Miguel le narraba sus aventuras en tierras

americanas. Pronto había pasado de ser mozo de carga en los muelles de Chelsea, en Manhattan, a tener planes con un importador de aceite español. La idea era montar un negocio de comestibles como nunca antes habían visto en aquella jungla de rascacielos. En cada nueva misiva le revelaba sus maquiavélicos planes de expansión por todo el territorio, basados en una cuidada estrategia viral de ibéricos al por menor. A Samper todo eso le sonaba a cuento chino. Lo único que le importaba era recibir más y más cartas de su puño y letra; en una, contaba incluso que se había casado con una puertorriqueña que estaba como un queso y con la que ya tenía dos retoños. El muy bribón. Por supuesto le pedía perdón por no haberlo invitado a la boda, pero las circunstancias habían sido determinantes. Finalizaba todas sus cartas de la misma manera, recordando aquellos años de niñez y animándole a reunirse con él.

En ese tiempo el joven pianista fue descubriendo que Helene era la razón de todo. Se prometió a sí mismo devolverle aquello que le ofrecía cada día, y aunque ni era mujer de grandes dispendios ni exigía capricho alguno, Samper se insistía en hacer cuantos sacrificios fueran necesarios porque nunca le faltara de nada. Con el paso del tiempo, en aquellos planes de futuro en común comenzaba a dibujarse esa megalópolis con la que su hermano le agasajaba en cada carta. Incluso a Helene le entusiasmaba la idea de visitar aquella ciudad esculpida entre las nubes que solo había visto en libros y postales. No había más que hablar. Samper se puso manos a la obra en busca de nuevas fuentes de ingreso, dispuesto a prolongar su horario hasta la hora que hiciese falta con tal de hacer realidad sus fantasías.

Pronto llegó a sus oídos que en el *Folies de Soie*, el mismo cabaret en el que la famosa Edeline enturbiaba la razón a docenas de hombres, había una vacante. Al parecer, el pianista titular, y al que todos apodaban *Doctor Amor* por su propensión a hacer visitas a domicilio, había tropezado con un marido muy celoso, un estibador del Puerto de París que le ahucó la almohada para unas cuantas semanas. De esa manera Samper se vio hasta altas horas de la

madrugada alargando jornadas en las que llegaba a perder la sensibilidad de sus manos. En algunas ocasiones Helene le acompañaba al cabaret y esperaba siempre hasta el final del espectáculo para que no hiciera solo el camino de vuelta a casa. Entre bambalinas se divertía viéndole cabalgar con histrionismo a través del teclado del cabaret mientras un puñado de nalgas y pechugas se meneaban con entusiasmo ante la cohorte de babosos que allí se apretujaban.

Helene admiraba el talento de aquellas mujeres, capaces de doblegar la voluntad del más pintado varón que hasta allí se arrastraba con tan solo mostrar un pedazo de sí mismas. Para ella no era ninguna novedad, la anatomía de la mujer guardaba tantos misterios como pintar un bodegón. Camino de casa se divertía apretándole las tuercas al joven pianista. ¿Cómo era posible que los hombres fueran tan propensos a la diarrea cerebral por un trozo de carne? En su defensa, Samper argumentaba que él nada más que tenía ojos para ella, que aquel solo era un trabajo temporal. Solo duraría lo suficiente para juntar un buen puñado de francos con los que hacer realidad el sueño de cruzar el charco. Y era entonces, en las postrimerías de aquellas largas jornadas, cuando le prometía que nada ni nadie se interpondrían jamás entre ellos. Ella asentía con una sonrisa, siguiéndole el juego, ocultando tras sus pupilas la alarma que había despertado en su interior. Una preocupación con nombre de mujer: Edeline Somier, la reina de la fiesta.

Y no se equivocó. Una sola palabra de Edeline bastó para que todo se fuera al traste. Una noche en el cabaret, tras cerrar su último número, se deslizó hasta Samper para envenenarle el oído con promesas que solo conocen el lenguaje de los susurros. Al principio solo fueron pequeños escarceos que Helene se limitó a ignorar en su infinita bondad, pero pronto aquellos oscuros coqueteos encontraron regocijo en las carnes que se apretaban entre bastidores con el reconfortante deleite del engaño y la traición. Pronto las habladurías le llenaron los oídos a Helene al tiempo que Samper se quedaba sin excusas y mentiras con que contrarrestarlas, «embustes» que ella se tragaba por amor, albergando aún en su corazón la esperanza de que pronto se alejaran de allí

para siempre.

Pero el poco dinero que llegaba a sus manos no daba tiempo a mantenerlo en los bolsillos, ni siquiera los ahorros que tenían guardados que se esfumaron con cada carcajada de Edeline. Y así fue cómo Samper cayó en una espiral de perdición en la que poco a poco la luz de Helene se fue difuminando hasta no ser más que un punto perdido en el infinito. Para cuando los empleos del café y la sala de fiesta no daban para mantener una doble vida, ya era demasiado tarde. Helene descubrió que Samper había dejado embarazada a Edeline y que su pluriempleo se extendía a los oscuros callejones del bulevar de Clichy donde robaba a los turistas que se extraviaban.

—No te reconozco —le decía—, tus ojos se han vuelto tan sucios como tus acciones. Ya no puedo mirarte a la cara.

Esa tarde no solo quedó vacía una parte del armario de Samper. Algo en su interior quedó hueco para siempre. En su despedida, Helene le dejó como castigo el doloroso recuerdo del candor que impregnaban sus últimas palabras, llevándose con ellas la única oportunidad que tuvo en su vida de ser feliz.

Con Helene se esfumó la ilusión y con Edeline regresó el fracaso y el desencanto por la vida. Edeline era una mujer emocionalmente inestable. Durante largas temporadas evitaba salir a la calle cuando las críticas no le eran favorables. Sus delirios eran continuos, encontrando en el joven Samper la cabeza de turco ideal con que despacharse a gusto. Se desahogaba culpándole de todas sus desdichas, a él y al monstruo que se retorcía en su vientre. Después de una homilía de barbaridades y de estrellar jarrones, Edeline parecía entrar en razón, se arrepentía y Samper la perdonaba. Al tiempo, cuando se recuperaba de su abandono, desaparecía durante días. En ocasiones regresaba a casa radiante y con una nueva promesa de triunfar colgando del brazo, invitaciones y amistades que, previo paso por taquilla, dejaba sudar sus sábanas sin que él pudiera hacer nada por impedirlo.

En esa vorágine de pasos perdidos, las cartas que Miguel le seguía

mandando dejaron de encontrar respuesta. Semanas atrás se había atrevido a mentirle, a decirle que todo iba viento en popa, que Helene seguía a su lado, y que ya quedaba poco para embarcar como él en la aventura americana. Sin embargo, ya no encontraba más ficciones piadosas con las que seguir engañándole y menos aún fuerzas para ocultar las tinieblas que le llevaban a la deriva. El triunfo de Miguel era la cara y su derrota la cruz de la misma moneda. Le envidiaba y en una ocasión descubrió en lo más profundo de su ser que le odiaba por ello. La sola presencia de Edeline lo estaba envenenando.

Cada mañana se contemplaba en el espejo maldiciéndose por no encontrar la malicia suficiente para alejarse de ella, de abandonarla a su autodestrucción, a ella y al bebé; sin embargo, aquel espacio que había quedado huérfano en su corazón se lo impedía. Tan solo le quedaba el consuelo de saber con seguridad que en sus entrañas se desperezaba una pequeña vida que llevaba su simiente, aunque fuera la misma que lo había separado de Helene. Y cuando el pequeño Christian nació, Samper creyó ver en aquella sonrisa que nadie le había enseñado a esbozar un resquicio de esa luz que lo había abandonado meses atrás.

—Aún puede que queden esperanzas para ti —se descubría susurrándole al bebé en sus brazos—. Para los dos.

Era imposible no sentir compasión por una criatura tan pequeña, hubiese salido de donde hubiese salido. A la compasión le siguió el cariño y a este el amor; al contrario, su madre ni siquiera podía mirarlo. Lo rechazaba hasta el punto de que Samper la creyó incluso capaz de odiar a ese bebé que lloraba y se retorció por un poco de alimento.

—¡Maldito niño! —gritaba desesperada—. ¡Haz que tu hijo se calle, o lo haré yo!

Pronto, el joven pianista urdió la posibilidad de abandonar a Edeline y de escapar con el bebé para comenzar de cero. Y quizás también de encontrar a Helene. Sospechaba dónde podría hacerlo, quizás no hubiese cambiado su lugar de trabajo, esperando a que un día él volviese a aparecer en su vida. A

menudo fantaseaba con ese ansiado reencuentro, como la primera vez. Era el cartucho que le quedaba.

Una tarde fue en su busca. Allí estaba, al borde del Sena, retratando turistas bajo un atardecer de pólvora roja. En cuanto recogiese sus cosas, Samper se armaría de valor para ir a su encuentro, valor para hablarle, para pedirle que le perdonara, a los dos, al monstruo que la había traicionado y a la criatura cuyo único pecado no era ni suyo. No iba a ser tarea fácil, nadie había dicho que lo fuera. Entonces apareció otro hombre para ayudarla a recoger los bártulos. Helene se levantó de su silla y Samper descubrió el cambio que se había operado en su cuerpo: estaba embarazada. Había transcurrido poco más de un año y ya esperaba el hijo que podría haber sido el suyo. Se la veía feliz, radiante como de costumbre. No podía culparla. Allí solo había un culpable. Aquella fue la última vez que la vio. Nunca más volvió a saber de ella.

Samper se resignó a convertirse en un prisionero de su conciencia, a extinguir sus días enjaulado tras los barrotes de aquella telaraña que le tenía atrapado de por vida; por su parte, en sus momentos de lucidez, Edeline le prometía cambiar, ser una buena madre para su hijo y en ocasiones veía posible el milagro, cercano. Pero tan pronto como parecía retomar las riendas de su vida, volvía a desentenderse de ellos y a sumirse en la apatía y la desconsideración. Vivir a su lado era como desafiar constantemente a la gravedad, caminar sobre la cuerda floja.

Fue entonces cuando el joven pianista comenzó a recordar a ese dios en el que nunca había creído, ese mismo que le había abierto las puertas del infierno. Cada noche, cada mañana, le rogaba una nueva oportunidad de ser feliz, o mejor aún, de despertar para descubrir que todo no había sido más que una pesadilla y que la mujer que dormía a su lado era Helene. Pero Samper sabía de sobra que el cielo no escucha a los ateos.

Día tras día su estancia a pensión completa en el infierno de Edeline se alargaba junto al pequeño Christian y algunos visitantes nocturnos que ella desplumaba entre sus nalgas. Uno de ellos se hizo asiduo con el tiempo hasta

tal punto que una fría mañana de abril, antes de que el pequeño cumpliera un año, Samper descubrió que Edeline les había abandonado. Sus plegarias habían encontrado recompensa. El aire era distinto y al otro lado de la ventana el cielo era azul. Hacía más de un año que Samper no respiraba aire fresco y puro. Y solo entonces comprendió que por una vez la insidia y el egoísmo de Edeline le habían devuelto la luz.

Capítulo 4

El pianista silenció los labios en el chocolate que quedaba en la taza. Había sido una larga confesión. Una que su conciencia había condenado durante años a la mazmorra de huesos bajo la que todavía palpitaba un corazón lleno de arrepentimiento. Después de un rato callado, el viejo volvió a abrir la boca.

—Le encantaban los fantasmas —dijo de repente.

—¿Cómo dice? —pregunté de improviso.

—El joven Christian, me refiero. Siempre iba en busca de fantasmas. Organizaba batidas en busca de espíritus y duendes junto a otros niños que se dejaban embaucar por sus historias de espectros. Desde pequeño me pedía cada noche que le contara un nuevo cuento de fantasmas. Su favorito era *Maese Pérez, el organista*, no podía ser otro —sonrió—. Muertos y aparecidos eran su predilección. Le fascinaba el mundo de misterios que se oculta a la sombra del nuestro, algo que lo embaucaría de por vida.

* * *

A Samper lo que más le sorprendía del pequeño Christian, como así se refería a él, era la alegría con la que había venido al mundo. Aquel niño no parecía haber compartido vientre con la locura de su madre. Ni el egoísmo y la envidia que se arremolinaban en el interior de Edeline habían podido con él. Christian era un niño como otro cualquiera, juguetón, preguntón, un poco nervioso... Se entretenía con cualquier cosa que cayera en sus manos. Pero además, era capaz de dar forma y utilidad a los despojos más insignificantes.

Durante años el pianista hizo para él de padre y madre. Por fortuna, la ausencia de esta última parte del contrato se vio suplida la mayoría de las veces con la ayuda que prestaban algunas de las señoras que los acogían bajo su techo, previo pago por adelantado. La suya era una vida de caracol, toda ella cabía en una sola maleta, y su hogar siempre estaba allí donde podían deshacerla. Cada vez que cambiaba de trabajo, siempre en busca de un sueldo mejor, Samper se aseguraba de dar con una pensión o casa de huéspedes regentada por alguna viuda. De esa manera, al pequeño Christian nunca le faltaba ese referente que cuidara de él mientras el pianista estaba trabajando. Y así, al anochecer, cuando regresaba, no solo el pequeño ya estaba alimentado y dormido, sino que incluso él, a veces, tras la cena, encontraba para sí también un poco de la generosidad de la dueña de la casa con que calentarse la piel al final del día.

Ciertamente casi ni se veían durante la semana. Padre e hijo eran semejantes a un matrimonio perfecto. A diario, el poco tiempo que tenían el uno para el otro se limitaba al camino de cada mañana a la escuela y a la sobremesa de la cena si aún estaba despierto. El pequeño Christian siempre preguntaba a la señora de la casa dónde estaba su padre y la respuesta siempre era la misma:

—Trabajando —contestaba la mujer que tocara en suerte.

—¿Y para qué tanto trabajar si apenas tiene tiempo para jugar? —razonaba él.

La semana se hacía cuesta arriba, kilométrica, hasta llegar el domingo. Ese día era sagrado. Era el único momento que Samper tenía para descansar, pero en lugar de ello aprovechaba para ir a volar cometas al Campo de Marte, a la sombra de la aguja de hierro con la que Eiffel ensartaba los atardeceres parisinos desde hacía más de medio siglo. Allí se confundían entre el gentío junto a familias enteras; en varias ocasiones, el pequeño Christian le sorprendía con preguntas que no eran fáciles de responder, como que por qué él no tenía una madre o por qué todas esas señoras con las que vivían se

comportaban como si lo fueran. Samper eludía sus palabras con juegos pues todavía era demasiado pequeño para comprender cómo se movía el mundo. No estaba preparado para darle una respuesta conveniente.

Una tarde, por primera vez, se atrevió a darle una madre. Se llamaba Helene. Aquella mujer que lo había asomado al mundo había muerto aquejada de un extraño virus para el que los médicos no habían encontrado una cura a tiempo. Le detalló al milímetro lo maravillosa que era, una mujer preciosa como nunca volvería a encontrar, una pintora sensacional, que retrataba turistas a la orilla del río y de la que sin duda alguna él era su obra maestra. Aquella explicación le valió al pequeño Christian y al pianista también. Y gracias a su inocencia, Samper, se dejó arropar por la calidez de aquel engaño piadoso que llegó a creer a pies juntillas.

Christian y él eran inseparables, como aquella madre que había inventado para él. El pequeño seguía a su padre allá donde fuera. A veces sus ojillos lo sorprendían entre el público, atento a las fantasías sonoras que sus manos podían ofrecerle al mundo. Al principio se escondía para que no se enfadase pues al pianista no le gustaba que el pequeño fuera solo por las calles. Con el tiempo se convirtió en un espectador más en primera fila, interés que colmaba al pianista de orgullo, ya que más pronto que tarde descubrió que el pequeño le había convertido en lo que todo hombre ansía ser para su hijo: su héroe.

Sin embargo, no tardó mucho en despertar en él esa natural y mórbida curiosidad por lo desconocido, por aquellos enigmas sin respuesta que nos infunden la más angustiada de las sensaciones: el miedo. Con el poco dinero que su padre podía ofrecerle, en lugar de gastarlo en chucherías, Christian compraba cuentos de misterio y terror con los que se empapaba la imaginación hasta recibir orden de apagar la bombilla. Esas mismas historias se las contaba después a los demás niños en el colegio, dejándolos boquiabiertos. No eran cuentos muy recomendados a esa edad, pero lo prohibido siempre se vuelve tentador, más en un niño. Y ellos hacían cola solo por escucharle. Para cuando se le acabaron las historias, se le ocurrió organizar batidas por

callejones y ruinas, seguido de un ejército de niños armados con linternas que lo seguían por toda la ciudad en busca de fantasmas.

Al principio Samper no le dio mayor importancia, lo consideró un juego más, pero no tardó mucho en darse cuenta de que aquello obsesionaba a su hijo de verás. Demasiado. A medida que fue creciendo el pianista observó que el pequeño Christian desarrollaba una fascinación insana que trascendía los meros límites de la imaginación. Él no era un crío de mirar el miedo a través de los dedos. Nada de eso. Le gustaba hacerlo de frente, comprenderlo, entenderlo. Esto derivó en un entusiasmo desmedido por algo tan natural como la propia vida: la muerte. Con diez años las cacerías de fantasmas ya no le interesaban, y aunque Samper se alegrara de ello, el mayor susto estaba por llegar.

Una tarde marcada a fuego por la lluvia regresó a casa antes de tiempo. En lugar de encontrárselo como siempre trasteando con algún nuevo cacharro de su invención, el pianista tropezó con una mesa y un par de sillas vacías. La ausencia del pequeño Christian le sobrecogió de inmediato. A pesar de ello intentó mantener la calma. Se tranquilizó suponiendo que estaría con algún amigo y que solo se estaba retrasando un poco más de la cuenta. El solo pensamiento de mandarlo a su cuarto con un par de azotes en el culo era lo único que le tranquilizaba. Mientras tanto, Samper se entretuvo en preparar algo para comer; para cuando la cena se hubo enfriado, comenzó a buscarlo con la ayuda de un par de vecinos. Fueron momentos de angustia bajo la tormenta, de pánico. Samper creyó que realmente había pasado algo, que no volvería a verlo nunca más, que había desaparecido para siempre. Notaba que le faltaba el aire, que la angustia le retorció la garganta. Tenía el corazón en un puño. Del pequeño Samper ni rastro quedaba.

Escortado por los vecinos subió a casa presa de un nerviosismo que rozaba la histeria. No habían pasado ni cinco minutos cuando llamaron a la puerta. Un par de policías traían a Christian en brazos. Según los oficiales, el guarda del Cementerio de *Père Lachaise* se lo había encontrado dormido,

resguardado de la lluvia en el mausoleo medieval de Abelardo y Eloísa, los amantes más famosos de París. En sus manos aún sostenía los poemas mojados que les había dedicado a ambos. El hijo del pianista se dedicaba ahora a vagar entre los muertos. Samper lo miró a los ojos y de repente creyó contemplar con estupor una sombra en su mirada, una sombra del pasado. Creyó ver aquella misma locura que tiempo atrás le había observado tras los ojos de su madre.

—¡Márchate! —gritó con furia, tomándolo por los brazos, zarandeándolo, como si tuviere frente a él ese monstruo que parecía haber regresado— ¡Olvidanos para siempre!

Para cuando recobró la cordura, el chico lloraba desconsoladamente. Estaba asustado. Samper se había dejado llevar por el terrible recuerdo del pasado. Abrazó al muchacho con fuerza, con una necesidad como nunca antes había sentido por otro ser humano. Ni siquiera por Helene. Aquello era diferente. Esa noche mientras lo buscaba bajo la lluvia había visualizado un futuro sin él. Era oscuro, sin esperanza. Ahora comprendía cuánto quería a su hijo y cuánto le necesitaba, porque al final un padre acaba enamorándose de sus hijos, víctima para siempre de la obsesión por su pérdida.

Samper tomó la decisión de abandonar definitivamente aquella soledad que les acompañaba allá donde iban. Una familia, eso era lo que necesitaba Christian. Recordó entonces aquella correspondencia que largo tiempo atrás había llegado desde el otro lado del Atlántico y enseguida se puso a escribir la carta que su hermano Miguel llevaría años esperando. Avergonzado, apenas lograba enderezar el arrepentimiento que lo embargaba línea tras línea, rogándole que perdonara a aquel descastado que le había relegado al olvido. Samper fue totalmente sincero con su hermano: estaba desesperado, le necesitaba, y al mismo tiempo le aseguraba que, una vez estuviesen juntos, cuantas explicaciones fueran necesarias le daría.

Durante semanas Samper aguardó con impaciencia una respuesta que nunca llegó. Fueron las peores semanas de su vida, dolorosas como una muerte

sin prisas. Transcurrido un mes de aquella primera carta en diez años, se inquietó de verdad y por primera vez temió lo peor. No era normal que aún no hubiese recibido noticia alguna de su hermano entre la correspondencia de la casera. Tan solo le consolaba suponer que el tiempo había puesto tierra de por medio y que finalmente Miguel había decidido olvidar aquel hermano bohemio y desconsiderado que en una década no le había devuelto señales de vida. Aún así el pianista continuó esperando. Los días trascurrían con la velocidad de un gotero y las noches le asfixiaban en oscuros sueños que le decían que algo no marchaba bien. De modo que esperó y esperó hasta que, dos meses después, apremiado por la imperiosa necesidad de alejar al joven Christian de la París de los fantasmas, ambos se embarcaron en la gran aventura de su vida.

Una fría mañana de marzo, París despertó en mitad de una espesa bruma que les persiguió hasta la Estación del Norte. Desde allí subieron en tren hasta Le Havre, en la Alta Normandía, a orillas del Canal de La Mancha, donde horas después zarparon al Nuevo Mundo en el *SS Francia*. Junto a cientos de almas a bordo, se alejaron de puerto con la compañía de una sonrisa en el rostro de su hijo y un corazón palpitando aterrado bajo su pecho. Ya no había vuelta atrás. Ahora surcaban el océano rumbo a una ciudad esculpida entre las nubes. En los primeros días, el continuo vaivén les confinó al camarote gran parte del tiempo sin que pudieran hacer otra cosa que permanecer tumbados; luego, al atardecer, cuando parecían haber recuperado el control de sus estómagos, aprovechaban para dar un paseo por la cubierta y contemplar la puesta de sol. En esos ratos Samper descubría una extraña niebla rodeando el barco, ese mismo fantasma de vapor que creyó haberse traído encima aquella mañana cuando huyeron de París, al igual que el recuerdo de un mal sueño del que no pudieran despertar jamás.

Una semana después el pequeño Christian avistó entre la niebla un reflejo dorado. En mitad de la nada, entre bancos de bruma que reptaban sobre las olas, fue tomando forma la desafiante simetría de una colosa esmeralda, la portadora del fuego fatuo, de las tablas de la libertad y de una corona de siete

rayos que despuntaban al ocaso bajo un cielo a punto de estallar. La travesía llegaba a su fin y al poco desembarcaban sin invitación en la Ciudad que Nunca Duerme.

En cuestión de minutos se adentraron en un maremágnum de infinitas y luminosas avenidas, ahogadas en el enjambre ruidoso de sus caminantes. Sobre el vibrante asfalto, una manada de diablos de metal aullaba entre tranvías y diligencias, rumbo hacia el último suspiro del día. «Coches modernos», había dicho Miguel en sus cartas. Se había quedado corto; la cosa no quedaba ahí. Mientras caminaban, podían sentir el suelo temblar bajo sus pies al paso de un monstruo mecánico que se revolvía veloz por su infierno de raíles, escupiendo columnas de azufre que taladraban la calle hasta perderse en el cielo, allá arriba entre catedrales de acero y cristal, donde quedaba la obra del hombre en su intento de tocar el cielo con las manos y mirar a Dios a los ojos.

—¡Mira, papa...! ¿Has visto, papá...? —se volvía loco Christian, señalando aquí y allá donde la vista se perdía entre las nubes—. ¡Mira... mira!

—Tómatelo con calma o habrá que ponerte un collarín —bromeaba el pianista.

En realidad estaba aterrado. Manhattan era una ciudad de otro planeta, una babilonia forjada en fuego y hormigón, con alma de espejo y corazón de metal. En esencia, Nueva York era producto del único pecado que Dios había cometido en su infinita sabiduría: hacer creer a los hombres que estaban hechos a su imagen y semejanza.

Despavorido, Samper agarraba con fuerza la única brújula que tenía a mano, una carta de hacía más de diez años. En ella su hermano había escrito la última dirección conocida. «Diez años... ¿qué locura estás cometiendo, Samper?», se decía así mismo.

Tanto tiempo daba para mucho, suficiente para haber cambiado de dirección, de ciudad y de vida. Aún así, el pianista no le dio a Christian

muestras de flaqueza y siguieron adelante. Aquel trozo de papel les llevó hasta una zona a la que Miguel se refería como Hell's Kitchen. Y al cruzar la esquina el alma se le cayó a los pies: allí no había rascacielos, ni luminosos, ni ingenios del hombre capaces de romper la barrera del sonido. Allí se acababa la ciudad de las nubes. En su lugar tropezaron con un plumizo laberinto de ventanas y escaleras de incendio que se tragaban calle adentro las vidas que colgaban de sus tendederos. Una colmena de ladrillo apuñalaba la atmósfera entre sucios depósitos de agua y oscuros sótanos que custodiaban desde antaño el alma perdida de otra ciudad que vivía espaldas de los tiempos modernos. Un suburbio. Debía ser una broma. Miguel nunca le había dicho que vivía en un suburbio.

—¿Dónde me has metido, Miguel? —rumiaba sin que Christian pudiera oírle.

A medida que las agujas de su reloj correteaban hacia la noche, un oscuro silencio embrujaba las calles de la Cocina del Infierno, una paz que le inquietaba tanto como el traqueteo constante de algún telar clandestino, perdido en la rabiosa calma de la noche de ladrillo, amartillando los oídos sin fin. De vez en cuando, de los oscuros subterráneos que poblaban las aceras, surgía algún rostro amable que les animaba a visitar las entrañas del barrio con sonrisa luciferina. Era entonces cuando apretaban el paso sin valor para echar la vista atrás. Sin duda, Hell's Kitchen era una zona muy hospitalaria.

Un rugido metálico se elevó de repente entre la ropa tendida. Otro engendro mecanoide que cruzaba el cielo sobre una temblorosa montaña rusa que parecía a punto de derrumbarse. El chico se le echó encima asustado. Samper notaba el corazón en la boca, a la espera de la siguiente sorpresa. Un minuto después la calle volvía a ser pasto del silencio y de la bruma que reptaba de las cloacas, ese inframundo supuestamente habitado por enormes cocodrilos que se alimentaban de vagabundos, refugiados allí abajo del invierno del mundo.

Pasada una media hora, la extraña pareja llegó por fin al sitio donde

debía estar el negocio de Miguel Samper. No hubo sorpresas. El pianista lo había estado temiendo desde el principio, ya estaba preparado: un escaparate gris y el hueco de un letrero ausente eran cuanto quedaba de aquello que había esperado encontrar. El pianista estaba abatido y ahora sí que no podía hacer nada por disimular delante del muchacho. Miró al chico a los ojos y descubrió un mar de lágrimas arrinconado en sus retinas. Estaba tan desmoralizado como él. Derrotado, lo acomodó contra su pecho, ocultándole la congoja que también a él le embargaba, ¿qué podía hacer ahora? Padre e hijo se dejaron caer a los pies de un portal. Sin dinero en el bolsillo, sin nada que llevarse a la boca, la única opción era rehacer el camino andado y arribar el primer barco a París, aún a riesgo de ser lanzados por la borda como vulgares polizones.

Y entonces se hizo la luz se hizo al otro lado de la calle. Al otro lado de la calle Samper creyó ver un espejismo, un resplandor proveniente de un escaparate mucho más grande que el anterior, atiborrado de formas que le retrotrajeron a tiempos mejores. Se levantó y fue hasta allí. Un suculento atrezo de chorizos, morcillas y jamones colgaban de garfios sobre un amplio muestrario de aceite. Luego alzó la mirada al rótulo que coronaba la fachada:

Samper & Co.
Oil, Iberics and Others Delicatessens

Habían llegado. Estaban ante el negocio de su hermano Miguel, el «emporio de bondades ibéricas» que le había descrito en sus cartas. Nadie lo hubiera creído. Ni siquiera él mismo. Hasta ese momento todo lo que contaba Miguel no le parecían más que majaderías agolpadas entre renglones. Pero lo había conseguido, era una realidad.

Antes de tocar a la puerta, una sombra se deslizó tras el escaparate.

¿Acaso sería Miguel a punto de marcharse a casa? Estaba nervioso por abrazar a su hermano. Sin embargo fue una mujer de color con un pañuelo en la cabeza quien les abrió la puerta.

—*Guat japen? Its clous* —dijo con cierto deje tumbado.

—*Sorri* —comenzó a chapurrear Samper— *Aim lukin'... Mai broder Miguel... Miguel Samper. Aim Christian Samper. Du yu understan mi?*

La mujer nos examinó de arriba abajo y luego mostró una sonrisa de caballo.

—¡Pué claro! ¡Claro como el agua, señó Sampé! —certificó con acento latino mientras abría la puerta—. ¡Pasen, pasen!, eso sí... el señó Migué no va podé atendele a ustedede.

—¿Se encuentra de viaje de negocios mi hermano?

—Pué... —se lo pensó un momento antes de responder— má o meno, según se mire. Un viaje bieeen lalgo, eso sí.

—Verá usted, señora, acabamos de desembarcar. Hemos hecho un largo viaje desde...

—¡Desde París, sí señó! —le interrumpió para sorpresa de ambos—. Ya nos lo avisó Mamá Patrís.

—¿Mamá Patrís? ¿Quién es Mamá Patrís?

—Una mujé mu sabia. Pasen, no se queden ahí. Le esperan arriba.

El interior de la tienda olía a gloria pura. Jamás antes el colesterol hubo sido una bendición para el alma. El primer estómago en rugir fue el del pequeño.

—Ya habrá tiempo pa comé, no se me estresen. Síganme.

La mujer les llevó hasta el primer piso. Allí mismo tenía su hogar Miguel Samper. Un silencioso pasillo rasgado en sombras por un ejército de velas recorría todo el inmueble. Era una casa grande; en la cocina, sentados a la mesa, encontraron a un hombre mayor y un par de mujeres. La más joven, algo menor que el pianista, se adelantó para darles la bienvenida, con una leve inclinación semejante a una reverencia.

—Soy Marianne, la mujé de Migué. Mamá Patrice supo hace dos días que vuestra llegada era inminente.

—Lamento de veras no haber avisado antes de nuestra partida exacta —le aseguró Samper no sin cierto escepticismo, deseando conocer a aquella pitonisa que todo lo sabía—. ¿Dónde se encuentra mi hermano?

—Está en la habitación... Descansando.

El pianista se volvió y miró extrañado a la mujer que les había abierto la puerta.

—Discúlpeme, Marianne, pero no entiendo nada. Esta mujer acaba de decirme que Miguel estaba de viaje. «Un largo viaje», ¿no es así?

—Usté no ma entendió bien —dijo la otra mujer—. Pero ahora comprenderá, señó Sampé.

—Seguidme —invitó Marianne.

Un camino de fuego serpenteaba hasta la otra punta de la casa. Las paredes estaban pobladas de escenas costumbristas africanas y un olor desconocido, similar al incienso, recorría los pasillos. Cuando llegaron a una puerta, Marianne les advirtió.

—No os asustéis.

Aquella advertencia le aceleró el corazón al pianista; al otro lado de la hoja de madera, entre tinieblas, el pianista descubrió el cuerpo de un hombre sobre una cama. Era su hermano Miguel.

—¡Miguel, Miguel! —gritó el pianista—. ¡Hermano!

Samper quiso abalanzarse sobre él y abrazarlo, pero Marianne le detuvo.

—Tómatelo con calma. Tu hermano no está bien.

El pianista observó a su hermano rígido como una tabla. Miguel Samper no respondía ante estímulo alguno de sus palabras. Mantenía los ojos abiertos, clavados en el techo, avistando un infinito que se les escapaba al resto.

—¿Qué le pasa a mi hermano?

—¿No lo ves? Migué está enfermo.

El pianista se acercó a la cabecera de la cama y comprobó de primera

mano el lamentable estado en que se encontraba su hermano. Montañas de arrugas y canas lo habían sepultado. Miguel estaba consumido, decrepito. Su piel varicosa y agrietada y sus labios tibios y acartonados eran muestra evidente de la extraña enfermedad que anidaba, como una maldición sobre aquella almohada para velar sus días y sus noches; a un lado de la cama, un niño y una niña algo menores que el joven Christian guardaban silencio. Debían ser sus hijos.

—Migué, mi vida, mira quienes han venío desde tan lejo pa verte —le susurraba con dulzura Marianne al oído entre arrumacos, como si a pesar de su aspecto lo amara igual que el primer día—. Míralos, están ahí mismo.

La mujer le ayudó a mover la cara y entonces les vio. Como pudo, Miguel esbozó una sonrisa. Había reconocido a su hermano. Samper le echó las manos encima con suavidad, entre lágrimas, abrazándole, cubriéndole de besos, pidiéndole perdón por tantos años de silencio. Pero Miguel seguía sin responder. Estaba muy lejos de allí. Lo que Samper tenía entre sus brazos no era más que un vegetal, un cuerpo inerte y gélido como un bloque de hielo. Un escalofrío le obligó de inmediato a soltarlo como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Fue repulsivo. Y solo entonces, un murmullo, acaso voz, se abrió paso a través de su lengua de piedra, sin vida, como un rumor cavernoso llegado del abismo.

—Creo que quiere decirte algo —dijo Marianne.

Samper se arrimó a la cabecera y escuchó palabras procedentes de algún remoto lugar.

—... *Frío... Frío...* —decía su voz, fantasmal—... *La serpiente...*

De repente empezó a temblar. Las sábanas cayeron dejando al descubierto las correas que aprisionaban a Miguel en aquella cama. Tenía los brazos llenos de cortes. ¿Qué era lo que le había pasado a su hermano?

—Hemos tenido que ponerle correas pa evitá que se haga daño —explicaba Marianne, tranquilizándolo—. Shhh... Ya está, Migué, ya está.

—Dios Santo... —murmuró Samper en un hilillo de voz. Marianne lo

miró con lástima.

—Es largo de explicá.

Las imágenes que se agolpaban en la retina de Samper eran las últimas que deseaba que viera el joven Christian. Cuando quiso echar mano de él, ya no estaba a su lado. Lo encontró en la otra esquina de la cama junto a una anciana de piel oscura y ojos brillantes como reflectores. Samper sintió el estómago subírsele a la boca y como pudo volvió a empujarlo a su sitio. En su lengua ondeaba el amargo sabor de la derrota. Habían dejado París para nada y Nueva York no era más que un simple espejismo atropellado en el asfalto a manzanas de allí. Estaban en la Cocina del Infierno, y de allí no se salía tan fácilmente. El precio sería muy alto y el pequeño Christian ya había comenzado a pagarlo mientras se ahogaba en las radiantes pupilas de Mamá Patrice.

Capítulo 5

El viejo pianista acabó de apurar su chocolate en este punto de la historia. Se levantó de la butaca y con paso trémulo fue hacia el final del pasillo con la taza vacía en la mano, absorto en pensamientos que aún le atormentaban. Al poco regresó y se desplomó sobre su asiento, cansado y silencioso.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté de seguida, ansioso por conocer el —. ¿Quién era esa mujer, Mamá Patrice?

—Por lo que pude saber entonces, Mamá Patrice era la última descendiente de una larga dinastía de esclavos africanos que llegaron al Caribe en el siglo XVI para trabajar en plantaciones de caña de azúcar. Y al parecer, también fue una de las primeras mujeres que vivieron la abolición de la servidumbre; luego, con la llegada de tiempos más modernos, desembarcó en Nueva York junto a una pequeña comunidad de criollos para quedarse allí definitivamente.

* * *

Mamá Patrice, como tanta gente de su tiempo, se crió en la fe de una nueva religión, crisol donde fundieron sus creencias africanas y el cristianismo de los países caribeños. Países como Haití, donde en plena adolescencia ya había comenzado a labrarse una reputación como *mambo*, una mujer a través de la cual, aseguran los creyentes, hablan los espíritus. Desde los callejones de Hell's Kitchen, Mamá Patrice supo cómo atraer con facilidad a las mujeres americanas, ricas y ávidas de una sabiduría ancestral que era el

último grito. Un conocimiento tan primitivo como las necesidades cosmopolitas de quienes se atrevían a adentrarse por aquellos lares en busca de aventuras y otros remedios caseros de ultratumba. El rumor de su fama pronto corrió como la pólvora entre las clases pudientes y no tardaron en acercarse hasta ella grandes potentados en busca de consejo y protección. Por supuesto todos esos chismes en torno a Mamá Patrice no dejaban de ser un cuento para el pianista y para la gran mayoría de la gente. Sin embargo, las historias que la precedían eran tan fascinantes que pronto calaron en el joven Christian.

A falta de una suite en el Waldorf Astoria, Samper y su muchacho aceptaron una cama a pensión completa en casa de su hermano. Las primeras noches fueron un auténtico suplicio, apretados el uno contra el otro, al oído de calles que apenas pestañeaban. La cocina del infierno era una ciudad aparte, una que no conocía el sueño. Su canción de cuna se reducía al runrún de telares clandestinos, de camiones procedentes de los muelles, al rugido de las navajas. En ocasiones el silencio nos apuñalaba en mitad de la madrugada con una ventana que se hacía añicos o el grito de mujer que se rompía en mil pedazos.

En cuestión de días, el joven Christian y los hijos de Miguel se hicieron uña y carne. Iban siempre juntos, de un lado para otro, como si se conocieran de toda la vida. Pronto, el hijo del pianista aprendió el idioma oyendo hablar a sus primos, como así había decidido llamarlos, leyendo hasta altas horas las macabras obsesiones de Edgar Allan Poe que tanto le fascinaban. Para él había sido todo un descubrimiento, tanto que, en ocasiones, junto a otros muchachos del barrio, y a falta de gorilas asesinos que dar caza en calles con nombre de depósito de cadáveres, se retaban y bajaban hasta las alcantarillas en busca de alguna prueba que acreditase la existencia de aquellos legendarios cocodrilos *dinosáuricos* que poblaban las cloacas. Luego, al anochecer regresaban con la moral por los suelos y con una peste encima que no se les iba en días. Lo único bueno que Samper sacaba de todo aquello era que el

muchacho había encontrado una familia; sin embargo, sospechaba que su estancia no podría durar mucho. Con su hermano en fuera de juego y sumido en aquella aparente apoplejía, no había razón por la que permanecer en un mundo al que no pertenecían.

Solo Miguel le retenía allí, no podía abandonarlo a su suerte. Parecía confinado a una cama de por vida y a los remedios naturales de una mujer de la que nada sabía. Según Marianne, su marido había sido víctima de un mal que no era ni físico ni mental, como aseguraban los médicos, sino espiritual. Su voluntad estaba en garras de un parásito, un ente maligno que había logrado someterlo. Cada día, Mamá Patrice se encerraba en aquella habitación, cargada de potingues y olores que daban ardor de estómago, rezando a dioses y espíritus desconocidos para evitar que a Miguel y su alma se lo tragarán las tinieblas. Para Samper todo aquello no eran más que majaderías. Quería decirlo, acabar con ese circo, pero no se atrevía a hacerlo. Toda la familia creía firmemente en ello a pies juntillas, hubiera sido un insulto para quienes habían tenido la gentileza de acogerlos.

Una tarde el pianista sugirió a Marianne hacerse cargo de él, sacarle a pasear, a tomar el aire que tan bien le haría. Esa vez supo del poder y la influencia que sobre ellos tenía Mamá Patrice. Con un simple movimiento de cabeza denegó la petición sin más explicaciones. No le hizo falta hablar, de hecho Samper no recordaba haberla escuchado nunca. Y a partir de ahí, en el silencio de aquella habitación, ambos aprendieron a ser enemigos íntimos.

Samper tuvo que cortar por lo sano. En cuanto pudo sacó a Christian de aquella casa y se instalaron en la buhardilla de un edificio de ladrillera roja en cuyos bajos operaba un laboratorio de ortopedia. De esa manera mantendría al joven Christian lejos de la influencia cada vez más palpable de aquella mujer. Las cosas no le iban mal del todo. Samper había conseguido trabajo como pianista en un pequeño cine de barrio donde se proyectaban viejas películas de Charlot en sesiones dobles que se completaban con el pase de una copia cada vez más deslucida de *El fantasma de la ópera*, donde un horripilante Lon

Chaney aterrorizaba la Ópera de París.

París... la había amado tanto... la había odiado tanto... Y ahora la deseaba más que nunca.

Por entonces el joven Christian había trabado amistad con el hijo de un relojero italiano. Se pasaban el día metidos en su taller diseccionando piezas que habían quedado inservibles; un día, el relojero agarró a Samper en mitad de la calle y se lo llevó dentro de su almacén para que viera algunas de las invenciones de su propio hijo. Christian se las había ingeniado para crear una serie de minúsculos y metálicos humanoides que andaban y se movían mediante un simple mecanismo de relojería para dedos pequeños.

—*¡Signore Samper, el suo bambino es un Paganini de la meccánica y la relojería!*—apreció el hombre ante su asombro—. *¡Che no se le oxide!*

Poco después de aquello Samper hizo un gran descubrimiento para el que no estaba preparado. Era bastante tarde. Acababa de llegar del club de jazz, uno en el que había encontrado otro apañío para después del cine. Christian ya llevaba dormido un buen rato. Lo hacía sobre la mesa del apartamento. Junto a él reposaba una miniatura cuadrada de latón que se componía básicamente de un pequeño tambor dentado y un cepillo que lo rozaba. Enseguida supo de qué se trataba. Le dio cuerda y al instante una metálica melodía cargada de soledad le atrapó. Tan sencilla como enigmática, tan hermosa como tormentosa. Un lamento gélido que aleteaba en la oscuridad como ave perdida, vacía y sin esperanza.

—Aún no está acabada —le sorprendió soñoliento el muchacho.

—¿La caja o la canción?

—Las dos cosas.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Samper intrigado—. ¿Cómo has aprendido a hacer música? Nunca te he visto tocar.

—Pero yo a ti sí. Cientos de veces.

—Enséñamelo —dijo el pianista.

Como dos fugitivos en mitad de la noche, padre e hijo corrieron hasta el

piano más próximo, en el cine. Media hora después el pequeño Christian desplegaba una colección de soledades y misterios como nunca antes había escuchado. Con asombro Samper descubrió que todas eran de creación propia. Funcionaban a modo de bucle, hilando el final de cada pieza con el principio de la siguiente. Sencillamente asombroso. Pequeñas piezas de corta duración, apenas un par de minutos, y muy marcadas por una profunda huella de nostalgia y abandono.

—¿Cómo lo has hecho?

«Observándote», le contestó. acompañándole cada tarde por aquellos antros de París en los que le pagaban una miseria a cambio de su música. La manera de tocar, qué teclas pulsar, cuándo pisar el pedal, las claves para crear un equilibrio, una armonía... Todo lo había memorizado en su cabeza y, de alguna manera, había hallado la manera de darle la vuelta y transformarlo en algo diferente. Había aprendido a componer por sí mismo. Era un genio, un privilegiado. A sus dedos le faltaban aún la ligereza de la rutina, pero Samper no dudó que con dedicación podría convertirse en un pianista de verdad. Como su padre.

Se sentó a su lado en el banco y le abrazó con gratitud, la que sentía que le debía por haberle convertido en su referente. Enseguida se puso a tocar a la par que él sus melodías. Eran fáciles de aprender, sin orquestación ni efectismo, muy apropiadas para aquellas imágenes terroríficas que veía cada noche sobre la pantalla. ¿Cómo demonios no se le habría ocurrido antes a él algo así?

—No está mal para ser la primera vez que tocas —quiso tomarle el pelo.

—No es la primera vez.

—¿Ah, sí? ¿Dónde has estado practicando?

—Prométeme que no te enfadarás si te lo digo.

—Creo que no podré. Estoy demasiado entusiasmado para hacerlo.

—He estado tocando el piano en casa de Mamá Patrice.

Su respuesta les cortó la respiración, al piano y a él.

—Sabía que te enfadarías —lamentó el muchacho.

—No, no lo estoy —disimuló Samper, esperando a que acabara y así saber más.

—¿Sabes lo que dice? Dice que toco igual que su difunto marido, un tal Luis Degó, y que desde que este murió nadie había vuelto a poner un dedo sobre el piano de su casa. Dice que la música que hago es exactamente la misma que tocaba él.

—Creía que esa mujer no sabía hablar —dijo Samper con aspereza—. De todas formas no quiero que vuelvas allí. No me gusta esa mujer.

—¿Por qué le tienes miedo? —su pregunta le turbó.

—¿Miedo? Bobadas. Pero he visto la forma en que te mira y no me gusta nada. Ni tampoco cómo la miras tú a ella.

—Mamá Patrice dice que no debemos tenerle miedo, que a su lado nada malo nos pasará. Dice que ya iremos comprendiendo.

—¿«Comprendiendo» qué?

Samper notó las manos frías y sudorosas, así como la sensación de que la vida de su hijo, el control y la custodia que debía tener de ella, se le escurría entre los dedos.

—¡Escúchame, Christian! Escúchame con atención: quiero que me prometas que no volverás a entrar en su casa. ¡Prométemelo, por favor! Es muy importante. ¿Lo harás?

Aquello no era una petición, sino una orden. Ambos lo sabían.

—¿Por qué?

—¿Lo harás, sí o no?

—¿Solo porque tú lo digas?

—Exacto, solo porque yo lo diga.

—¿Y por qué?

—Porque soy tu padre, ¿estamos?

El joven Christian le miró enfadado.

—Christian... —repuso el pianista en tono de advertencia.

—Te lo prometo —lamentó.

—Espero que así sea.

Y nunca más volvieron a hablar del tema.

Mucho después de aquella noche, Samper certificó en una barbería de la zona la fama que Mamá Patrice tenía en el barrio. El local lo regentaba un famoso cubano que gozaba del crédito de sus incondicionales parroquianos, un grupo de hispanos que nada más importante tenía que hacer en todo el día que estar allí. Al otro lado del cristal charlaban animosamente entre ellos. En cuanto el pianista puso un pie allí dentro, enmudecieron. Sabían quién era y sin duda también quién era su hermano porque enseguida el nombre de Mamá Patrice se convirtió en el tema de conversación. Hablaban de esa mujer como si él no estuviera delante. Si hay algo peor que una portera chismosa, es un grupo de hombres chismorreando como porteras en una peluquería; según el cubano, un buen amigo de toda la vida aseguraba que al conocido de un pariente suyo que vivía al otro lado de Central Park, y al cual le habían llegado los hechos de muy buena tinta, Mamá Patrice tenía embrujado a un español que regentaba una tienda de comestibles de la Calle 39, entre la Novena y la Décima Avenida, en Hell's Kitchen.

Aquello le puso los pelos de punta; el cubano continuó. La historia era muy simple: al parecer el español se había encaprichado de una fámula de buen ver y estaba decidido a abandonar a su mujer y a sus hijos. Había perdido completamente la cabeza. La esposa, despechada, una hermosa puertorriqueña, había recurrido al auxilio de Mamá Patrice y esta, a cambio de una fuerte suma de dinero, había sometido la voluntad del marido sumiéndolo en un trance que ni era vida ni muerte. Y así continuaría hasta que ella quisiera. El único final posible era la muerte, un regalo dadas las circunstancias.

—De toas forma, yo no me creo ni una sola palabra, chico —sonreía el barbero ante su parroquia de hienas—, ¿usté qué dise? Está mu callao, broder.

—Disculpe, jefe, me estaba imaginando con melena y barbas. Ahora se

lleva mucho —contestó Samper poniendo pies en polvorosa.

—Usted mismo, broder —rió el cubano al verlo marchar.

Después de aquel episodio Samper comenzó a tener pesadillas. La mayoría de las veces soñaba que vagaba perdido sin rumbo por las calles de Nueva York bajo una telaraña de nubes de alquitrán. Una oscura arácnida de rostro confuso atrapaba entre sus redes la isla de Manhattan y bajaba desde el más alto de los rascacielos para engancharlo en sus peludas patas. Antes de devorarlo, su rostro se volvía nítido y sus ojos tan radiantes como los de Mamá Patrice. Entonces despertaba envuelto en sudor y corría a abrazar al muchacho para saber que el mundo seguía tal cual; otras veces, cuando la noche le vencía, su mente le sorprendía conspirando a las puertas del sueño. Se llevaría de allí a su hermano y a su hijo, a un lugar seguro en el que jamás los encontrarían. Pero en el momento en que abría los ojos, cualquier intento de complot se esfumaba en la penumbra, se intentaba convencer a sí mismo, sin éxito, de que aquella anciana no era más que una inofensiva curandera, demasiado metida en su papel. El resto no eran más que fantasmas.

De lo que estaba totalmente convencido era que tenía que salir de allí. Quedarse sería la perdición para ambos, no solo para el niño, también para él pues cada vez notaba más cercana y palpable la proximidad que Marianne había cobrado al mes de llegar. En sus conversaciones, cuando acudía a la casa de su hermano para verlo, Marianne había comenzado a insinuarle lo maravilloso que sería que se quedaran con ellos durante una larga temporada. Había aprendido a mirarle de otra manera, con atrevimiento. Marianne era una mujer tremendamente atractiva, una belleza salvaje, bendecida con un porte generoso y una prosa a la que cualquiera podría sucumbir. Marianne era mucho más que una mujer hermosa, era una mujer hermosa que sabía lo que decía.

Una noche, cuando Christian dormía, Marianne se presentó entre sollozos en su buhardilla de ladrillera roja. Era finales de febrero y en esos días el viento aún arrastraba consigo el sabor de los tejados de Nueva York. Llegó

temblando bajo una gabardina, muy nerviosa, casi histérica. Decía que Miguel estaba ya en las últimas y que el futuro se presentaba incierto. Temía por lo que fuera de ella y de sus hijos, y no podía dejar de llorar. Por otro lado sabía de las intenciones del pianista de embarcar y lamentaba que dichos planes no tuvieran vuelta atrás. Se veía sola. A pesar de todo, había venido a despedirse y a desearles suerte. Pero también había ido buscando el único consuelo que un hombre solitario como Samper podía brindarle a una mujer desnuda bajo su abrigo. Y para cuando el pianista descubrió la locura que estaba cometiendo, sus piernas ya lo habían atrapado dentro de ella mientras sus labios le susurraban al oído la importancia de que sus niños tuvieran un padre y que su hijo ganara una madre.

Al día siguiente Miguel había muerto. Lo había hecho mientras sus cuerpos sellaban en el calor de la traición un desesperado pacto para olvidarle. Aquella madrugada fue la última que Christian y él pasaron en aquella fría mansarda de ladrillera roja calada de humedades. Después de eso sus intenciones de marcharse de Nueva York se quedaron en un rincón de aquella buhardilla para siempre.

Capítulo 6

Samper se sumió en un placentero trance del que no parecía querer que le despertaran. Fuera, la noche continuaba anegada en el silencio, apenas ya azotado por el viento y la lluvia. El patio del *Brasil* era un pozo de sombras sin vida cuando, lejanas, las campanas de la Concepción tocaron las once de la noche.

—¿No se te hace tarde? —preguntó de repente el viejo.

Asentí como si pudiera verme.

—No tengo prisa —mentí—. Puedo esperar a que acabe su historia.

—Ya no me queda más que contarte, muchacho. Solo miserias. Y esas no son buena compañía, hazme caso —se lamentó con tono de advertencia.

—No lo dirá en serio —repuse, escéptico—. No puede terminar así.

—Por supuesto que no. Hay más —espantó con una mano—. Christian creció y cuando cumplió la mayoría de edad se embarcó de nuevo. Llegó a esta ciudad a la que mi juventud y mis sueños dieron la espalda. Vino siguiendo a alguien, una mujer, y decidió establecerse aquí por un tiempo. De vez en cuando recibía noticias tuyas. Poco después dejaron de llegar. Fue entonces cuando le perdí la pista; en cuanto a mí, al poco de marcharse Christian, Marianne decidió que ya no necesitaba ningún padre para sus hijos. Me dediqué a vagar de un lado a otro, sin rumbo hasta que decidí regresar yo también. Para cuando lo hice, Christian ya había desaparecido. El resto es silencio.

No podía creer que después de todo su historia terminase de aquella

manera. Demasiados cabos aún por atar. Por supuesto, el más importante el disco de mi madre.

—¿Y del disco que grabó con mi madre? ¿Qué es lo que sabe?

—Nada. No sabía nada de ello hasta que apareciste hoy. Ya te lo dije. Ignoro si el joven Christian tuviese que ver con ello.

—Una cosa más, señor Samper: ¿qué fue de Mamá Patrice?

El pianista pensó la respuesta, demasiada niebla en sus recuerdos.

—Desapareció un buen día después de la muerte de mi hermano —salió al paso—. Sí, creo que fue así. No volvimos a saber de ella.

—¿Qué le pasó? ¿Se la tragó la tierra de repente?

—Eso parece.

—¿Nunca preguntaron?

—Desde luego nunca la eché en falta.

—¿Y su hijo? ¿Qué pasó entre ellos? —insistí—. Me deja a dos velas, señor Samper.

El hombre resopló con paciencia. Un niño demasiado preguntón no entraba en sus planes de una noche entre semana.

—No lo sé, muchacho, no lo sé. Estoy cansado. Demasiados recuerdos por un día, pero quién sabe —observó mientras se levantaba, renqueante como un motor estropeado—. De todas formas creo que deberías marcharte, este viejo tiene sueño y a ti te espera la cena.

—Con suerte no cenaré, debería ver lo que nos ponen de comer.

—¿Eso de «ver» es un chiste?

—Usted ya me entiende —dije—. ¿Me contará el resto?

—Otro día, quizás mañana... —respondió meditabundo, con ganas de librarse de mí de una vez.

El pianista, ceñudo, abrió la puerta invitándome a tomar el fresco.

—No ha estado mal recordar viejos tiempos. De vez en cuando viene bien ejercitar la memoria, pero creo que no deberías volver. Mejor así —recoló.

—Acaba de decirme que quizás mañana...

—¡Sí, lo he dicho! —me interrumpió exasperado—, pero ahora te digo que será mejor dejarlo ahí. Yo no puedo ayudarte en lo que buscas, hijo. Lo siento.

—Señor Samper, me gustaría saber el final de la historia.

—Mírame bien, muchacho: yo soy el final de la historia.

Bajo el alfeizar de la puerta respiramos un incómodo silencio, y de pronto el pianista no me pareció tan viejo como al principio. Tras aquella piel llena de úlceras, bajo aquel cabello canoso, ya transparente, había algo más. Posiblemente no fueran más que imaginaciones mías, pero en ese momento lo que tenía delante era un rostro más fatigado que viejo. Era como si la misma maldición que tiempo atrás hubo asolado a su hermano Miguel, lo hubiese enterrado también a él bajo capas de arrugas y aquella cabellera tan blanca. Blanca como la de Rivas.

¡Rivas...! Casi le había olvidado.

—¿Y Rivas? ¿Qué pasa con Rivas? —pregunté.

—Eso digo yo, «¿qué pasa con Rivas?» —repitió él.

—¿Qué tiene que ver con usted?

—Rivas es... un buen amigo. Un buen amigo de la infancia.

—¿Llegó Rivas a encontrarse con su hijo?

—Rivas no conocía a Christian.

—De modo que no se conocían, eh —recelé sin ganas de querer disimular.

El pianista lo convino así, en silencio. Eso sí que no estaba dispuesto a tragármelo. Alguien debía decirle a ese anciano que cuando uno intenta tapar una mentira con otra, normalmente, a las palabras les pasa lo mismo que a los cadáveres que se esconden bajo las alfombras: se pudren. Y el olor las delata.

—¿Entonces por qué Rivas sabía tocar perfectamente la misma canción de esa cajita de música que guarda ahí? Usted dijo que la había hecho su hijo.

Estaba loco por decírselo. Había cosas que no se sostenían.

—¿Ah sí...? —sonrió cansado.

—Sí, y le diré más: creo que su hijo está vivo. Vivito y coleando. Y al parecer se gana la vida ayudando a los alemanes a cruzar la frontera, esos mismos que han destruido medio mundo, lo cual no dice mucho en su defensa, ¿no le parece? Por eso fue Rivas al cine a darle el encuentro a usted, para decírselo.

El viejo se quedó callado, pendiente de cuanto tenía que contarle. Era el momento de hacerlo.

—No lo supe hasta hoy, pero ha sido cuestión de atar cabos. No ha sido muy difícil. Ahora sé que fue su hijo Christian el que se presentó una noche en San Nicolás. Rivas se asustó y le recriminó el que hubiese aparecido por allí. Su hijo le dijo que solo quería saludarle, pero, claro, nadie se expone a que lo cojan solo para decirle «¡hola!» a alguien. Solo quería que usted supiese que sigue vivo. Y eso no es todo. Lamento decirle que a su hijo lo está buscando alguien: Víctor Durán, ¿le conoce? Él mismo se lo dejó caer a Rivas mientras jugaban al ratón y al gato delante de mí. Durán es el vigilante de San Nicolás, la casa donde vivo, ¿se lo he dicho ya? No he pasado mucho tiempo a su lado, pero sí el suficiente para saber que es alguien realmente peligroso.

Después de la parrafada tomé aire.

—Y bien, ¿no tiene nada que decirme?

—La verdad es que no —contestó—. Ahora vete.

—Una cosa más: su hijo se refirió a alguien como «el otro». Es lo único que no me queda claro, aunque viendo que no tienen mucho *contacto* entre ustedes puede que se refiriera así a su propio padre.

—Interesante deducción —sostuvo Samper—. Ahora largo de aquí, muchacho.

—¿Sabe lo que pienso, Señor Samper? Pienso que me oculta algo.

—Piensa lo que quieras, hijo, pero piénsalo en tu casa.

—Señor Samper...

El hombre volvió a resoplar. Agarraba la puerta como si fuera a

destriparla.

—Volveré a por el resto —le adelanté—. Buenas noches.

Me marché dejándole clavado en la puerta, pensativo y con sus ojos sin rumbo clavados en mí, agujereándome la espalda como si de pronto pudiera hacerlo. Cuando llegué abajo aún estaba rumiando mi amenaza de regresar.

En el portal una silueta abrigada en la noche esperaba. En cuanto me vio aparecer, se volvió de espaldas, casi espantado. No tenía tiempo de averiguar por qué, ya era tarde. Salí del *Brasil* y abandoné la Calle de Enmedio rumbo a la única casa que conocía.

* * *

Para cuando llegué a San Nicolás dos coches de policía adornaban la entrada. En el interior se había organizado un buen revuelo. Los chicos se amontonaban fuera y dentro del palacete. Algo pasaba allí dentro y ninguno quería perderselo. Por supuesto, Carlines tenía el mejor palco.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó.

—He tardado algo más de la cuenta. ¿Qué ocurre aquí?

Mi amigo me mezcló entre ellos como si llevara allí desde el principio.

—No veas la que se está liando. Han venido a por Rivas.

—¿La policía?

—¡No, la Gestapo!

—Déjate de bromas, ¿qué quiere la policía de él?

—Ni idea. Lo único que sé es que parece una redada. Se están llevando todo lo que tenía en la enfermería, sus herramientas, sus macetas, todo. ¿Y sabes quién dirige la operación?

—¿Quién?

Carlines señaló con la barbilla hacia dentro. En mitad del pasillo, Víctor Durán presidía un séquito de cuatro policías que arrastraban dos enormes sacos, dejando atrás un rastro de tierra negra que les manchaba el suelo y los

zapatos a Isabela y doña Ana.

—¡Señor Durán! —doña Ana estaba furiosa—. ¿Qué se ha propuesto hacer con nosotros? ¡Responda!

—¡Señora Abreu, quite esa cara de cordero degollado y alégrese de no ser más que una vieja chocha a la que no me llevaré a comisaría! Podría acusarla de ser cómplice de ese asesino —respondió Durán—. Y ahora, señoras, escúchenme bien, las dos: hoy podrán dormir aquí, pero mañana los niños serán llevados a otro hogar y ustedes tendrán que buscarse nueva casa. San Nicolás queda precintado indefinidamente. Ese será su castigo.

Durán no dio más explicaciones. Doña Ana, derrotada, se colgaba de Isabela como una niña pequeña y desvalida. Mi tía era harina de otro costal.

—¿Se piensa que los niños se pueden llevar de un sitio a otro así por la buenas, como se cambia un jarrón de mesa, Durán? —le espetó furiosa—. ¿No cree que esto ya es demasiado?

—¡La práctica del aborto es un delito, señora Vázquez! —contestó—. Han dado cobijo entre sus muros a un criminal. Si lo han hecho con conocimiento de causa o no, y si han tenido constancia de que pudiera haber hecho un apaño de los suyos dentro de estos muros, eso nunca lo sabré. Por suerte lo he descubierto a tiempo antes de que cometa otra atrocidad.

De modo que era eso de lo que se le acusaba a Rivas, de practicar abortos, no de amontonar plantas, etiquetarlas y hacer extrañas anotaciones sin sentido en sus cuadernos. Abortos. Desde luego era tan inverosímil como convincente, sobre todo cuando se llevaba placa. Por supuesto, las Cianuro, como siempre, estaban encantadas.

—¡Yo nunca me fié de él! —aseguraba Virtudes, una de las cianuro—. Nunca hablaba con nadie, siempre callado. Y ya saben lo que se dice de los callados, son peores que un cura con las manos en los bolsillos. ¡Algo tramaba ese mal nacido! ¡Sabrá Dios de lo que ha sido capaz de hacer mientras dormíamos, inspector Durán!

Conque *inspector*... Así que era eso. Un policía de la secreta. Cualquiera

lo habría dicho.

—¡Gracias a Dios que estaba usted aquí! —aplaudió la otra, Fuensanta—. Es usted el hombre que estábamos esperando.

Durán ignoró a las dos súcubos que tenía por fieles seguidoras y tomó la radio para contactar con centralita. Antes de que pudiera hacerlo, Isabela le agarró del brazo.

—Durán, ¿qué le hemos hecho nosotras? ¿Qué le han hecho estos niños? —preguntó impotente—. ¿Por qué hace todo esto?

Durán la miró con expresión vacía y condescendiente.

—Porque puedo —contestó con su sonrisa de escualo.

Durán la apartó de su lado y accionó el transmisor.

—Centralita, aquí el inspector Durán. Cambio.

—*Aquí centralita, inspector Durán. Cambio* —respondieron al otro lado de la frecuencia.

—¡Dícales a López y Ortiz que vayan inmediatamente al Brasil! El sujeto responde al nombre de Samper, Christian Samper. Ortiz sabe quién es. Los esperaré en la comisaria. ¡Y que salgan inmediatamente!

En cuanto oí el nombre del pianista salí pitando de allí. Debía regresar a su casa, avisarle de que iban a por él, no podía abandonarlo a su suerte. La cosa pintaba fea.

Llegué tan pronto como pude con el cielo gruñendo sobre mí, a punto de echar los pulmones por la boca. Pero ya era tarde. Un tumultuoso corro de vecinos se concentraba en el patio entre murmullos, muy atentos a lo que ocurría en la última planta. Allá arriba, la puerta del viejo Samper estaba abierta de par en par. Dos sombras alargadas como fantasmas se movían con nerviosismo a través de la ventana. Estaban montando un buen jaleo, lo estaban revolviendo todo. Eran los supuestos policías a los que Durán había mandado llamar, López y Ortiz. Desde abajo uno podía imaginarse la casa del pianista deshaciéndose en sus manos, los muebles escupiendo astillas a patadas, y sus trastos aterrizando contra la pared. La estaban derribando desde

dentro.

—Qué hijos de puta... —susurró alguien amparado en la oscuridad.

El punto y final llegó con el estruendo de una silla que atravesó la ventana principal. Una afilada lluvia de estacas de cristal nos bañó por entero, y al poco, la ley y el orden emergieron con cuerpos de gigante. Nadie se atrevió a abrir la boca. Con suma tranquilidad desfilaron por la pasarela como si allí no hubiera ocurrido nada. Una vez abajo me llevé una amarga sorpresa: aquel par de gorilas de gabardina y sombrero eran los mismos que semanas antes habían seguido a Rivas hasta el Cinema Saltés. Su tez ruda, sus manos rocosas y sus mandíbulas hechas para triturar acero ya me eran más que familiares. Ambos eran un calco el uno del otro, como si hubiesen salido del mismo molde de una fábrica de matones en serie.

—Ese hombre que vivía entre vosotros es un tipo bastante peligroso —nos anunció el primero—. Si volvéis a verlo, hacédnoslo saber.

—Nosotros velamos por vuestra seguridad —continuó el otro—; pero, si nos enteramos de que tenéis trato de favor con él, correréis su misma suerte, ¿entendido?

Todo el mundo asintió con la cabeza.

—Conforme. ¡Ahora recoged esto un poco, cojones! Los niños podrían cortarse.

De súbito, la marea de cabezas abrió un pasillo como si fueran un par de moiseses camino de la calle. Cuando desaparecieron de allí, el patio entero dejó de apretar los dientes. Las mujeres se concentraron en cuclillas para recoger los cristales del suelo. Otro grupo de curiosos subió a la casa del viejo. Fui tras ellos y comprobé que de su casa solo quedaban las tripas. Había astillas y cristales por todas partes. El viento se entretenía arrastrando las vísceras de espuma de la butaca y un olor a herrumbre envenenaba el aire.

—Se han meado en las paredes —dijo uno.

—Puercos...

—A un pobre ciego...

Un brillo metálico me llamó a gritos entre los escombros. Era la cajita de música que el panista atesoraba en lo que un rato antes había sido una vitrina. La recogí y me la guardé en el bolsillo. Era el único rastro que había dejado tras de sí, no había más. Samper se había esfumado por completo y con él la única posibilidad de desentrañar el misterio que me embargaba. De repente me encontraba como al principio, solo y sin rumbo. A pesar de ello, salí de allí con una sonrisa en los labios.

Samper se había ido con su música a otra parte.

Capítulo 7

Cuando la mañana regresó a San Nicolás sus pasillos enmudecieron para siempre. Uno a uno los niños fueron saliendo de sus camas y en fila india se les llevó fuera. Un par de asmáticos autobuses les esperaba. Nadie preguntó qué pasaba ni por qué, ni siquiera los más pequeños. Hasta ellos lo sabían. Con cinco años ya tenían arrugas en la mirada. A pesar de ello, ninguno derramó una sola lágrima. Eso sí, pequeños y no tan pequeños, todos, estaban muertos de miedo.

La noche que precedió al cierre de San Nicolás la pasaron en vela, algunos rezando a un dios al que habían aprendido a adorar a base de collejas y tirones de patilla porque no llegara el alba, unos cuantos jugando, quizás por última vez juntos, otros tantos leyendo tebeos en grupo. Y muy pocos disimulando que dormían. Pero en conjunto, nadie se atrevió a abrir la boca cuando el amanecer rozó las ventanas. Con él llegaron las primeras luces de una nueva era, una que no había pedido nadie. Al fin y al cabo los niños de San Nicolás no vivían tan mal allí, al igual que un viejo pajarillo enjaulado a pensión completa durante años que ya no se atrevía a abandonar su prisión cuando le abrían la portezuela. Ya estaba institucionalizado. Todos lo estaban en San Nicolás.

Poco a poco los autobuses se fueron llenando de niños. Uno de ellos era Emilio, a quien su padre no había venido a buscar. Nunca lo haría. Carlines se quedó roto al verle marchar, pegado al último cristal sobre la trasera del autobús, despidiéndonos con la mano. Fue la única vez que vi llorar a Carlines. Luego, el peluquero del Mercado del Carmen le abrazó y se lo llevó

de vuelta a casa. Aquella mañana fue tan triste como la del cementerio y al igual que entonces, al final, solo quedamos los tres de siempre: Isabela, Doña Ana y yo. Bajo un paraguas, y velando unas cuantas maletas, parecíamos esperar a que alguien a quien no habíamos llamado viniese a buscarnos.

—De alguna manera lo estaba deseando —nos sorprendió Doña Ana con un hilillo de voz a punto de romperse por la mitad—. Abrí este hogar en memoria de Nicolás... Solo quería dar techo, comida y tiempo a esos niños a los que la calle llamaba a gritos, tiempo para que se labraran un porvenir, darles lo que el destino de sus padres les había arrebatado. Y sin quererlo, el mal fue adueñándose de este lugar. Empezó a venir gente como Virtudes y Fuensanta, siempre dispuesta a dar un bofetón de manera gratuita, a raparles la cabeza o a invitarles a un trago de aceite de ricino —lamentó— ¡Por Dios, solo son niños! Pero nunca pude hacer nada contra ello. Daba igual que las echara para atrás, que le dijese al gobernador que ya tenía mis propias cuidadoras. Siempre mandaban a alguien.

—Nunca me había contado usted eso, Doña Ana. ¿Quiénes eran?

—preguntó Isabela.

—Daba igual quienes fueran, Isabela. En San Nicolás siempre hubo una Virtudes o una Fuensanta... —y su tono de voz se volvió lóbrego—. Siempre hubo un señor Durán. Y con ellos llegaron cada vez más niños, no solo aquellos que se encargaron de reclutar en la misma calle, sino también los que habían raptado durante la guerra, arrancado de las manos de sus madres, niños que, por la gracia de Dios, ellos mismos se iban a encargar de convertir en buenos patriotas mientras sus padres se pudrían en alguna mazmorra esperando su última hora.

El cielo tembló sobre nosotros. Doña Ana sacó la cabeza fuera del paraguas y se dejó salpicar por la lluvia. Ahora sonreía. Por fin, se sentía liberada.

—Hoy he tomado una decisión, Isabela: San Nicolás nunca volverá a abrir sus puertas como tal. Es lo menos que puedo hacer para no seguir

manchando la memoria de mi marido. Ahora la lluvia se lo llevará todo consigo y puede que algún día yo también deje de recordar para siempre.

Y fue en ese momento cuando doña Ana comenzó a envejecer de verdad.

—Ahora, vámonos. Nos queda un largo camino.

—¿Adónde vamos? —les pregunté.

—A uno de mis escondites. No creerías que iba a dejarte a ti también en la calle, ¿no? —Doña Ana siempre tenía un as en la manga—. Más me vale si no quiero perder a tu tía Isabela.

Y así, bajo una cortina de lluvia gris, atravesamos la arboleda silenciosa y desnuda a la que dos años antes me había desterrado la noche blanca de 1945. Sin que sirviese de precedente, antes de enterrar su memoria en el fondo del páramo, me permití echar un último vistazo a San Nicolás. Un perverso enjambre de nubes se asomaba ahora sobre su torreón como una bandada de cuervos, amortajando sus restos entre las sombras. A medida que la tormenta cerraba sus garras sobre la mansión, la naturaleza del lugar, oscura y decrepita, recuperaba el sendero que un día fue suyo, arrastrándose retorcida y tortuosa hacia sus muros quebrados. Atrás quedaban las ruinas de un palacio embrujado de malos recuerdos, de días extraños, un espantapájaros engendrado y alimentado de la misma materia con la que se fabrican las pesadillas, la herencia de toda una generación de niños perdidos, atrapados para siempre en el olvido silencioso de sus pasillos.

INTERLUDIO

—

La PLAYA del VIGÍA

Capítulo 1

El mundo lo mueve la fe en las segundas oportunidades. Básicamente, en eso consiste la esperanza y en la gran mentira de que nunca hay perderla. Yo nunca lo supe hasta que me vi dentro y fuera de San Nicolás. Segundas oportunidades. La vida me brindaba una ahora a medida que el verano iba ganando terreno en el almanaque desde una cocina de la Calle Rico. Fue precisamente allí, entre vapores de puchero y la mirada inquisitiva de un San Pancracio armado hasta los dientes de perejil, donde Isabela y Doña Ana conjuraban un nuevo plan maestro para conquistar el mundo: montar una mercería.

No sé a cuál de las dos se le ocurrió primero pero desde luego la ocurrencia me pareció tan nefasta como llovida del cielo. De esa manera, al menos, no estarían tan encima de mí y yo recuperaría mi tan ansiada carta de libertad.

—Tienes que comer más, nene. Estás muy delgado.

—Siiiií, señora.

—Y tienes que estudiar más, hijo. Queremos que seas abogado.

—Siiiií, señora.

—Para que engañes a todos los que nos han engañado a nosotras.

—Siiiií, señora.

—Y tienes que hacer más deporte, para que podamos presumir de sobrino.

—Siiiií, señora.

—Tienes mala cara, ¿te estás tomando tus vitaminas?

—Siiiiii, señora.

—Tienes que comer más, nene.

Gracias a Dios que se les encendió la bombilla con eso de la mercería porque ya doña Ana se estaba especializando incluso en el noble arte de cazar moscas paleta en mano a la par que Isabela preparaba la comida. Los días iban cayendo como estas y alguna que otra lo hacía sobre la misma olla.

—¡Le tengo dicho que no ande por aquí con eso, doña Ana! —le reprendía Isabela.

—Hija, pero si es que es aquí donde hay más. Todas se vienen para la comida, huele tan bien... Y yo me aburro tanto...

—¡Usted no se desanime, Doña Ana! —la arengaba yo—. Siga así que en el próximo safari me la llevo de tapado.

—¡Eso, tú ánimala! —me regañaba Isabela.

Y a eso se dedicaban gran parte del día mientras un servidor se ganaba el almuerzo estudiando lo que quedaba de curso en el colegio de Ferroviarios. Cuando acababan las clases me acercaba por las inmediaciones del Mercado del Carmen para darle la vueltecita de rigor a mi Carlines, a quien también la vida le había dado una segunda oportunidad y una escoba. Toda vez que llegaba a Casa Barba, una alfombra de pelos barría el piso. Nunca paraba de crecer y, por más que mi amigo se esmerase en hacerla desaparecer, siempre regresaba. Aquello iba camino de convertirse en un sempiterno castigo de titanes digno de narrar por arpistas y rapsodas.

—¡Hombre, pero si es el *jigoló* de la Calle Rico! —anunció Don Ramiro a mi llegada—. Mira, aquí está tu amigo. Va a estar encadenado a esa escoba hasta el día del juicio. ¡Anda niño, a ver si se te pega algo de Martín!

—¿Qué es lo que me ha llamado, *jigo qué?* —le pregunté a mi compinche.

—¡Ni caso, tú! Desde que viene por aquí un inglés de la Casa Colón ha abandonado sus estudios de lengua vernácula.

A mi amigo se le veía ciertamente cansado. Su cara era un poema. Ahora

entendía tanta insistencia porque me dejara caer por allí a diario. De alguna manera yo era su conexión con el mundo real, el suyo se limitaba a mantener a raya aquella marabunta de barbas y pelambreras. Se le veía molido, siempre agarrándose donde el lumbago le mordía. Sin embargo, más le preocupaban las manos.

—Me van a salir callos antes de la plena pubertad, mira.

—Eso te pasa por ser tan emprendedor —le decía su abuelo, Gervasio Barba, acurrucado en un sillón—. Todavía nos estamos acordando de tu última gracia: allanamiento, robo, soborno...

—Abuelo, tú ibas para fiscal —le reprochaba Carlines—. ¡Anda, échate otra siestita!, que cada vez que te desvelas es para aportar un cargo nuevo o un pedo de más.

Gervasio Barba era el propietario del local y durante años rapabarbas oficial del Mercado del Carmen. Ahora se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en una esquina del local, velando por los intereses del negocio entre ronquidos y a moco tendido. Pero antaño, al maestro Gervasio todo el mundo le conocía como «*el nervios*», seudónimo que se había ganado a pulso pues cada día, después de entrar en calor con un par de aguardientazos, su tijera cogía auténtica velocidad de crucero y prácticamente tenía atemorizada a su clientela. Cuando se le iba la mano con uno siempre tenía a mano su argumento de que el pelo siempre crecía. La excusa le fue útil hasta que un día, a sus sesenta y pocos le cortó la oreja a un chiquillo. Aquello era una señal. Fue entonces cuando apareció en escena Don Ramiro, padre del Carlines, un gitanillo que se sacaba unas perras rapando las cabras que su familia robaba al otro lado de las marismas. El maestro no vaciló en ofrecerle al muchacho la oportunidad de aprender un noble oficio que ya había sido inmortalizado retratistas y escritores de la talla de Don Miguel de Cervantes; por su parte, el padre de Carlines vio el cielo abierto. Empero, en cuanto se vio armado con tijera y peine frente a una cabeza humana, se arrugó.

—Hijo, si algo tenemos en común los hombres y las cabras, aparte de los

cuernos, es que somos igual de borregos —le había dicho su suegro el primer día de curro—. ¡Al lío!

Y así fue cómo el padre de Carlines aprendió un oficio con el que ganarse la vida y la confianza de sus clientes, amén del favor de la hija del barbero, la cual enseguida quedó prendada de los encantos del figaro caló, dando como resultado el espécimen que ahora sostenía una escoba.

En estas la campanilla del local sonó y un nuevo individuo asomó la nariz.

—¿Se puede o ya es hora de cierre?

—Mire que se lo tengo dicho, Ginés, que venga antes —abroncó don Ramiro al recién llegado.

—¡Eh! No te me pongas flamenco o te monto una rueda de reconocimiento, Ramirín.

Ese era Ginés, cliente fiel de *Casa Barba* y guardia civil a punto de retirarse que alegaba ser más facha que el propio Caudillo. A Ginés le precedía una notable y conocidísima fama de aficionado a la odontología, la cual a menudo gustaba de recordar con nostalgia. Famosos eran sus interrogatorios y sus alicates, capaces de arrancar confesiones limpias de raíz. Y quienes mejor conocían al *sacamuélas* eran los gitanos. Para ellos siempre había consulta gratis. Aún estaba en activo pero ahora se dedicaba a pasearse por los pasillos de la cárcel provincial a la espera de su jubilación. Mientras tanto, alternaba el fusil de pasillo con la bolsa de la compra cuando no tenía turno de mañana, lo que aprovechaba para dejarse caer por allí cada dos por tres.

—Muchacho, con esto de los turnos, me va a salir joroba. Mi señora me tiene de mandadero todo el santo día.

—Algo está cambiando en este país cuando los guardias civiles hacen la compra a sus señoras —reía Carlines—. Está hecho usted un hombre muy mujer de su casa, Ginés.

—¡Niño, cuidaíto! —le advirtió el facha—. Anda que si te llevo a coger

yo la noche esa de los sacos de papas, ¡la revisión anual de los dientes te sale gratis!

—No eche cuenta al terrorista este, Ginés. Pase, pase, mientras acabo aquí al amigo Arcadi.

Ginés giró la cabeza y miró al espejo con ojos sibilinos y boca apretada.

—¡Bueeenooooo...! —exclamó al ver al susodicho Arcadi sentado bajo la tijera de don Ramiro— ¿Desde cuándo se le da preferencia en este santo local a los extranjeros?

—¡Vaya, hombre! —repuso el tal Arcadi desde el patíbulo—. *Estàvem pocs* y parió Franco.

Arcadi era un sesentón catalán que llevaba lustros afincado en Huelva cual retirado *empresari* —pronunciaba él— de la industria del espectáculo. Nada que ver con ello, su familia pertenecía a esa legendaria estirpe de pequeñas dinastías que se habían forjado verdaderos imperios con el surgimiento de las eléctricas. Sin embargo él, que era un bala perdida, en lugar de continuar la línea de sucesión y aprender el negocio, decidió subirse a París a gastarse su parte. Después de una temporada puliéndoselo todo tuvieron que traérselo de la oreja ante la avalancha de rumores que llegaban vía Estación de Francia, habladurías que contaban que lo habían visto disfrazado de mujer bailando en los cabarets de moda. Una vergüenza para la familia. Todo esto nos lo contaba don Ramiro que, a la vez que cortaba el pelo, pasaba confesión a sus clientes. Y es que el padre de Carlines se sabía de pe a pa la vida y obra del centro de Huelva. Solo sus memorias nos habrían sacado de la ruina. Una pena; total, que al final el tal Arcadi, después de heredar, se vino huyendo del clima londinense de Barcelona a exportar todos sus conocimientos de la industria del espectáculo. Montó diversos clubes y cabarets en el Barrio Chino y comenzó a vivir la vida bajo un sol de verdad. Prueba de ello era el excelente bronceado que lucía, excepto en las manos, cosa natural, siempre metidas en los bolsillos, aguantando las divisas como buen catalán.

Y por supuesto hacía años que Ginés y Arcadi se habían declarado la guerra esperando su turno en la peluquería.

—Pero a ver, Arcadi, que me entere yo, ¿usted por qué no se corta el pelo donde las señoras?

—*Escolti* tú, sin perder el *respec*, ¿eh? —respondió el hombre—. Usted se creó *mu* hombre, eh, pero de tanto apretar los machos al final se caga encima con su parienta, ¡que ya nos conocemos!

La clientela de *Casa Barba* era muy selecta aunque a veces pareciera a punto de llegar la sangre al río. Antes de que pasara, por fortuna, la campanilla volvía a sonar.

—Buenas tardes —saludó Don Casto, nuestro padre espiritual en San Nicolás, otro habitual en la parroquia del nervios.

—¡El que faltaba! —exclamó Ginés—, el especialista en feligresas.

—Dichosos los ojos, Ginés. Veo que sigue vivo —le asestó el mosén de golpe—. Ya sabe que puede contar conmigo para cuando llegue el momento, le ayudaré a morir como Dios manda.

—Sí, sí, pero usted siga por ahí paseando sin el espantaputas en el cuello, ¡que ya verá el puro que le meten en la curia los puristas!

—En eso estoy de acuerdo, Ginés. Puristas son los que fuman puros.

Últimamente corría el rumor de que el sanedrín onubense no andaba muy contento con Don Casto. Llenaba iglesias como solo el Velódromo en mañanas de domingo con el Recre. Pero claro, con esas trazas de guapo dandy el nivel de feligresas se había disparado hasta no quedar sitio para varón alguno a la hora de la santa comunión. De modo que los pesos pesados decidieron ponerlo en cuarentena antes de dar un nuevo escándalo que sobrepasara su fama de multiplicador de vino. A sus treinta y pocos había tenido que regresar a casa de su madre hasta nuevo aviso y ahora mismo era considerado por las casaderas de la zona como el blanco más cercano a batir.

—Y eso que ya en su momento renuncié a todas las mujeres menos a una, al igual que ustedes, que es esa santa con la que vivo.

—¡Sí, claro! ¡Lo mismo es! —se burlaba el guardia civil.

—Ginés, que no se entera, que la única diferencia entre ustedes y yo es que en su caso al menos es en la teoría. Lo que viene siendo la práctica, a mí ahora mismo, ni me va ni me viene. De eso ya se cuidan ustedes solos.

—¿Seguro que ha renunciado a todas, tunante? Mire, mire... —le anunciaba Ginés—. Lo que viene por ahí lleva su nombre, don Castito.

Y es que lo mejor de don Casto siempre venía a continuación. No fallaba.

—¿Cómo están los señores? —saludó Susita al entrar.

Susita era una joven confitera de labios de tocino de cielo y cuerpo de manga pastelera que a cualquiera le gustaría estrujar. La pobre estaba perdidamente enamorada del mosén hasta el punto de convertirse en su sombra camino de la peluquería. Ya no sabía cómo llamar su atención. Desde la dulcería de la esquina suspiraba por don Casto entre efluvios de merengue y, aunque era conocedora de sus votos y ligaduras, se había propuesto sí o sí arrebatarlo de las garras al Señor. Para ello siempre venía armada hasta los dientes.

—Estos dulces son para su madre, don Casto, que sé que le encantan las milhojas —le susurraba inclinando en sus narices lo mejor de su generosidad, sabedora como mujer instruida en la materia de a quién se tenía que ganar primero—. Y estas, las sultanas, para usted.

—Muchas gracias, Susita... —respondía nervioso el padrecito—. No tenía que haberse molestado, mujer.

—No es molestia, y menos después del sermón que ofreció el otro día. La hace usted a una llegar a rozar las nubes, Don Casto. ¡Qué boca tiene!

—Mujer... que no es para tanto —decía abochornado.

—Bueno, pues si le gustan las sultanas, ya sabe donde hay más. Y que no me entere yo que va a por otras.

—Descuide que no le haré esa ofensa.

Susita siempre desaparecía con aquella invitación y dejando en el aire un rastro del azúcar glas que su tía hacía con la leche en polvo que algunas

lactantes le vendían de estraperlo. A nadie le amarga un dulce, pero al curita eso le equivalía un rosario de más.

—¿Tiene usted algún problema en perpetuar la especie con ese bombón? —le preguntó el guardia civil.

—¡Ginés, coño, que soy un hombre de Dios, por favor! Además, en todo caso, ya vivo con una mujer, no creo que otra más sea bueno para la salud de uno.

Por supuesto, Carlines tenía otra versión: que Don Casto era más bien de pico refinado por los perfiles griegos. Según este, el mosén gustaba de observar desde su ventana a los efebos que andorreaban calle arriba y calle abajo.

—¡Se le salen los ojos, macho! —me decía mi amigo por lo bajini, escoba en mano—. Lo que yo te diga, ¡este cose pa la calle!

—Tú a lo tuyo, contrabandista —le cortó el rollo enseguida su padre.

—¡Pues vaya porvenir! —continuó el guardia civil—. Anda que estamos aviados entre pitopáusicos y polacos. Menos mal que siempre me queda Manolín. ¿Tú qué dices, Manolín?

Hasta que lo mencionó no me había fijado en él.

—Yo lo que usted diga, mi general.

Casi ni le había visto. Manolito era una piltrafilla de pocas luces que formaba parte del mobiliario del local, con todo el tiempo libre del mundo y el conocimiento suficiente para echar el día. Feo, esmirriado y muy pasado de moda, Manolito era el paradigma de una belleza primigenia oculta en el fondo de unas gafas de culo de vaso. Daba grima el pobre. Por hacer una obra de caridad, el padre de Carlines lo tenía de recadero personal a cambio de un capitalito con el que le hacía sentir un poco más útil de lo que era frente al espejo; eso sí, como cualquier ser viviente, Manolito no era tonto de cintura para abajo.

—Anda, dile a estos lo que tú le harías a la Susita —le animaba Ginés.

—Don Ginés, que uno es un caballero. Además, que la Susita es mucha

mujer, mi general. Yo en verdad me aviaba con una más modosita —se encogía de hombros—. Las mujeres guapas le complican la vida a uno.

—Tranquilo, Manolito —le saltaba Carlines—, que a ti te ha bendecido el cielo para que no tengas problemas con las mujeres.

Lo dicho, la clientela de *Casa Barba* era gente muy selecta.

—Bueno, que se me hace tarde. ¡Nos vemos!—me despedí.

Antes de salir, un gruñido surgió de las profundidades del sillón que ocupaba Don Gervasio, sobresaltando al propio maestro.

—Discúlpennme ustedes, jóvenes —se excusó el anciano—, pero ya uno está mayor para aguantarse.

Inmediatamente todos no llevamos las manos a la nariz. No era raro que el viejo se despertara asustado debido a los cambios que orquestaba su intestino.

—No te preocupes, abuelo —terció el Carlines—, la salud de uno es lo primero.

—Qué le voy a hacer, todos los presos piden libertad.

—Y usted que lo diga, maestro —le di la razón—. ¡Amnistía para todos!

* * *

Salí de allí tras una bocanada de aire fresco. En su lugar, el verano me lanzó una bofetada de aire caliente. Eran las dos de la tarde y a esa hora el verano se entretenía cociendo nubes en las azoteas. Los escaparates ya iban de recogida y en cuestión de minutos, si no andaba listo, mi camisa parecería un papel de churros. Busqué la sombra de la nave lateral del Mercado del Carmen, un túnel de pescado fresco y azulejo blanco que cruzaba hasta la otra calle

Y entonces la vi por primera vez.

Entre cajas de nieve derretida, un sueño de criatura se abrió paso en la penumbra. Llevaba el cabello trenzado a los hombros, rubio como espigas de

sol, una falda azul que insinuaba con precisión sus rodillas y una camisa blanca y vaporosa que dejaba entrever el boceto que en pocos años acabaría por modelarla. Era perfecta. Le di un año más que yo, dos a lo sumo. Cuando pasó por mi lado no me miró, ni falta que le hacía, en aquel momento yo era un besugo más de aquella atmósfera de escamas y salmuera. Y en cuestión de segundos, la chica se fundió en la luz que habitaba al final del túnel, dejando a su paso el rastro de una fragancia que creí perdida para siempre: azahar.

Raudo me asomé a la calle como si mi vida dependiera de ello. La vi desaparecer tras una esquina y de repente temí que mi incipiente deseo de una mañana de verano también se evaporara en el calor del asfalto. No me resistí a seguirla. A través del espejismo de fuego que doblaba el horizonte sobre los adoquines, me escurrí tras su perfume de azahar, allá donde continuaban los recuerdos de una vida que se amontonaba en el fondo de una caja de cartón, la brisa fresca que arrastraba consigo la fe en las segundas oportunidades.

Capítulo 2

Acompañado de una lámina de sudor por frente fui tras aquel espectro de luz que había comenzado a robarme el aliento. Tuve la extraña sensación de que sus pies no llegaban a tocar el suelo, como si anduviera dentro de un sueño. Durante el operativo comprobé la fascinación que le suscitaban aquellas fachadas de principios de siglo. Sus ojos se perdían con facilidad en sus relucientes azulejos, en la fundición de sus cierres de fantasía y en los remates regionalistas de balcones y pretilos. Una confusión de estilos y color con la que me llevaba a remolque de portal en portal. Cada vez que se paraba frente a uno, miraba atrás con recelo, como si hubiera detectado la presencia de un infatigable admirador. Por fortuna siempre había una galería abierta donde ocultarme, de ella y del sol.

Así me tuvo un buen rato, no sé si adrede, pues me esmeré lo mío, pero creo que al cabo de un rato ya me había descubierto, lo que no le impidió seguir con el jueguito. Ya debía estar muy acostumbrada, lo hacía de maravilla. No obstante la novedad era lo que tenía y quizás la idea de otro chico persiguiéndola se le antojaría romántico, algo casi mitológico teniendo en cuenta los tiempos que corrían.

Finalmente dejé crecer la distancia entre nosotros hasta que su sombra se dejó engullir por la corriente de luz que volaba a través de la Avenida de Italia. Rápidamente volví a salir en su busca. La localicé a punto de llegar a la siguiente esquina, donde un coche oscuro en marcha esperaba a un lado; del lado del volante, el chófer perfecto, con su traje, su gorra y sus guantes de cuero, sudaba un verdadero infierno con la mayor de las paciencias. Cuando la

chica estuvo cerca, el conductor se adelantó para abrirle la puerta. En los asientos traseros esperaba un rostro escondido entre páginas de periódico.

La chica se acercó a su compañero de viaje y le besó en la mejilla con la misma rapidez con la que se alejó de él. Supuse que sería su padre, aunque tanta efusividad me hizo dudar. Aquel beso era el epítome de la indiferencia; al llegar a su altura me atreví girar la cara para robarle una mirada. Sus ojos me cazaron al instante y sus labios dibujaron algo que todavía hoy sigue siendo un misterio. Después de seguirla por medio centro, con aquella expresión no sabía muy bien si me estaba diciendo «*hola*» o probablemente algo como «*eres tan tonto que aún no te has dado cuenta, chaval*», lo cual era más plausible.

El motor aulló entonces con la furia de una pantera y, en cuestión de segundos, escupió una estela de humo tras la que el coche se volatilizó en el infinito. Por un momento pensé que jamás volvería a verla. Sin embargo también se me ocurrió que en aquella misma esquina no debían subirse muchas quinceañeras rubias a un coche de lujo, allí donde hasta hacía dos años ondeaban dos banderas, una de ellas roja y amarilla, con el emblema del águila cruzando sus franjas, la otra, un círculo blanco sobre fondo rojo encerrando una esvástica. Se trataba del antiguo consulado alemán. Dudé si el azar tenía algo que ver en todo eso. Ya habría tiempo para averiguarlo. Para eso y para seguir conservando la fe en las segundas oportunidades.

* * *

Con las vacaciones en el bolsillo, la primera mitad del verano de 1947 pasó por mi vida a rastras como una muerte lenta y silenciosa. Los días se hacían eternos y las noches largas como serpientes. Con mi mejor amigo enclaustrado en el negocio familiar e Isabela y Doña Ana a lo suyo, bajar a la calle para nada era tan estúpido como quedarse en casa. Las mañanas las pasaba en su mayoría en la peluquería de Carlines, escuchando todo lo que no

convenía aprender fuera de colegios ni de reales academias; al atardecer, me convertía en un lobo solitario que vagaba sin rumbo por las calles del centro. Sin qué hacer ni dónde ir, mis días de calor languidecían a escondidas de un radiante cielo de zafiro y un sol vaporoso que regaba las calles con su reflejo. El tiempo se coagulaba a la misma temperatura que se derretían los termómetros y por más que mirase el reloj del salón, sus agujas se negaban colaborar, llegando a creer que también estas habían hecho las maletas.

La cosa no mejoraba los fines de semana. Entrados en tiempo de calor, los comercios echaban el cierre la tarde antes, bares y cafeterías recogían sus terrazas a media mañana y las calles se quedaban huérfanas bajo un sol de justicia. Una parte optaba por marcharse al pueblo y la otra a la playa. Pocos eran los valientes que se atrevían a abrir su negocio más allá de cines de verano o heladerías. A partir de junio, Huelva se convertía cada fin de semana en un cementerio de luz, una ciudad lapidada en el silencioso reflejo de sus adoquines.

De vez en cuando me acordaba del viejo Samper dejándome caer por el Brasil o por el Cinema Saltés en busca de pistas que no existían. El suyo era desde luego el crimen perfecto, sin huella ni rastro alguno. La tierra se había tragado a la única persona que podría tener la clave del misterio que encerraba el viejo disco de mi madre, algo que nunca me habría interesado de no aparecer Sebastián Morell, capaz de ofrecer toda una fortuna por los recuerdos de otro. Y luego estaba Víctor Durán, la leyenda negra de San Nicolás, el hombre que temía encontrarme a la vuelta de cualquier esquina. Ya nunca más volverían para atormentarme, estaba completamente seguro. Y sin embargo, tardaría algo menos de una eternidad en comprender lo equivocado que estaba.

No obstante, mi agonía llegó a su fin la última semana de julio. Una fría y nublada mañana, Isabela me acompañó a regañadientes al embarcadero de la Punta del Sebo. Al otro lado del río me esperaba la Playa del Vigía, un edén de arena blanca salpicado de pinares y chozas de pescadores. Se trataba de un

recodo de Mazagón conocido así por la casa acuartelada que la Autoridad Portuaria había levantado sobre sus dunas a principios de siglo para vigilar el tráfico fluvial de la zona. A mi tía no le hacía ni pizca de gracia que estuviese lejos de su campo de visión y menos con tanto tiempo libre para una mente ociosa sin descanso. La culpa de todo la tenían doña Ana y la Carmen quienes la habían convencido para dejarme ir a contagiarme de las bondades del yodo y el mar. En pleno verano seguía tan pálido como en invierno, un fantasma de carne y hueso según doña Ana. A mí el plan tampoco me sedujo mucho en un principio, pero la sola idea de despejarme del aburrimiento que me embargaba hizo que no me lo pensara ni dos veces.

Capítulo 3

Aquella mañana puse rumbo a mi balneario de verano a través de una serena lámina turquesa. Las nubes reptaban pesadas sobre el mar, como un telón de acero que apenas dejaba respirar a la luz. Ni si quiera yo podía. Un golpe de humo gobernaba la embarcación con nombre y apellidos, Nemesio Gómez, quien aparte de llevar el timón del vapor *Rábida*, obedecía a rajatabla los mandatos de su esposa y mi humilde anfitriona, la Carmen. El trabajo de Nemesio consistía, entre otros menesteres, en llevar y traer a los prácticos que trabajaban en la Casa del Vigía.

Serían las diez de la mañana cuando tiraba de un puro que ya casi le quemaba el bigote. El capitán del barco me dio la bienvenida sobre el rosario de lamparones que llevaba por camisa y enseguida me hizo sentir el estómago en los pies.

—¡Espero que disfrutes del viaje! —gritaba por encima del ruido del motor, mordisqueando sonriente el habano—. ¡Y cuidado con las gaviotas, no te vayas a manchar! Son como un reloj, ¡no fallan!

Se agradecía el consejo. No obstante tuve que arrimarme al borde de la popa para no dilapidar mi desayuno, rezando con llegar lo antes posible al muelle de madera vieja donde me esperaba la Carmen. Precisamente se instalaban allí cada verano, en aquella parte de la playa, para atender a un *yentelman* inglés que había llevado hasta esas dunas su retiro espiritual, un tal Matthew Thomas, el señor *Maziu*, decía la Carmen, la cual le hacía las veces de cocinera y asistenta mientras su marido iba con el barco de aquí para allá y sus hijos correteaban alrededor del chozo de juncos y madera que el cabeza de

familia había construido en la misma arena junto a otros tantos. Justo entre la casa del inglés y la de los prácticos del puerto.

Al cabo de un rato divisé la Playa del Vigía. Vista desde el mar apenas se diferenciaba del margen de una isla desierta. Un silencio áspero lijaba la superficie del mar. Inmediatamente un cosquilleo helado se apoderó de mi estómago como araña que busca la salida, y enseguida supe que estaba en una playa muy diferente a las conocidas. La playa del fin del mundo, un lugar donde la presencia del hombre era algo puramente anecdótico. Al menos eso parecería de no ser por la mujer que hacía aspavientos y gritaba mi nombre desde un muelle de madera tan gris como el capote de nubes que nos ponía techo. Era la Carmen. Iba acompañada de dos niños que debían ser sus hijos; tras ellos, al final del camino de tablones, se empinaba una enorme casa de dos alturas. En su punto más alto, sobre un castillete a modo de observatorio, ondeaba una bandera de insignias náuticas. Era la Casa del Vigía, un palafito de hormigón que se empinaba entre las dunas.

Tan pronto como puse un pie en el embarcadero, la Carmen me dio un abrazo que terminó por rematarme.

—¡Señorito Martín, qué blanco está y qué mala cara me trae! —dijo con la transparencia de costumbre—. ¡Diosla!, si se me parece a un muerto nimiente de esos. ¿A que me sa mareao en el barco?

—Es que no estoy acostumbrado a las colonias fuertes desde tan temprano.

Mi anfitriona miró con severidad a su marido.

—Bueno, no mese preocupe usted, que anca la Carmen ya verá lo bien que va a está. Ya verá, ya verá.

Casi había olvidado la habilidad que tenía la cocinera para darle patadas al diccionario cada vez que abría la boca.

—En cuantito me se dé un baño y me tome el solito en larena, se pone de dulce —continuó—. ¡Mire, estos son mis niños, Juanín y Nandito! ¿A que son guapos, señorito Martín?

Los chicos, de cinco y seis años respectivamente, vestían pantalón corto a modo de bañador y un par de polos que hacía semanas habían dejado de ser blancos. Muy morenos de piel y algo desaliñados por el día a día en la playa, a su edad ya lucían un mostacho como el de su madre.

—Se nota que han salido a ti, igual de guapos —convine.

—¡Ay, muchas gracias señorito Martín! Es usted to un caballere.

—Por favor, Carmen, no me llames de usted. Ni señorito, por favor.

—De eso na, mi niño, que usted es de mu buena rama y además que to lo que tenga que ve con doña Ana, pa mí, gloria pura. Y hora mismito le prepara la Carmen un bocadillo de los que echan patrás, ya va a ve lo bien que va a comé con nosotros, que no es lo mismo cociná pa sesenta que pa tres. Y aquí no se come lo mismo del mediodía a la noche. Ya lo verá.

«Eso espero», me dije entre dientes.

Camino de su residencia de verano, fui encontrando un malecón de chozas hechas de cañas, juncos y chapa y de todo lo demás que escupía el mar. Cerca de la orilla trabajaban en sus redes los moradores de aquellas casuchas, pescadores cuyas mujeres, más arriba, hacían la colada que después colgaban sobre cables tendidos entre los chamizos. A lo largo de la rompiente, un puñado de niños correteaban detrás de un balón hecho harapos. Aquella era la vida que se respiraba fuera de la ciudad, en un rincón desconocido del mundo, frente a un mar despintado por el reflejo de unas cuantas pateras.

—¿Y tu sobrina, Carmen, cómo está?

—¡No me hable usted de esa, señorito Martín! Se conoce que uno de los muchachos de San Nicolás la hecho un bombo, ¡y ahora está mi hermana y mi cuñado que echan chispas conmigo! Pero, es lo que yo digo, ¿qué culpa puedo tené yo si la niña es más caliente que una estufa? En fin, que cada perrito se lama su pitito.

—Amén.

Mi nuevo albergue era uno de aquellos chozos, con un pequeño porche donde me imaginé al capitán del *Rábida* echando a perder sus pulmones cada

puesta de sol. El suelo estaba hecho de finísimas cánulas a modo de esterilla y el interior quedaba distribuido en distintas zonas mediante sábanas que hacían las veces de tabique. A mí me tocaba dormir con Juanín y Nandito, los cuales camino de casa ya daban muestras de ser un par de machangones. A lo largo de la orilla se iban haciendo trastadas el uno al otro. Cuando no venía Juanín por detrás y le llenaba el culo de arena a Nando, era este el que lo salpicaba con el pie llenándonos a todos hasta la coronilla de fango.

—¡Su os voy a majá la cabeza a los dos! —les gritaba su madre.

Así debía ser un día tras otro hasta que el cansancio les vencía con el último soplo de luz. Pobre Carmen. No solo había aguantado trastadas fuera de casa sino que aún las soportaba bajo su propio techo. Ella más que nadie había sido la gran beneficiada del cierre de San Nicolás.

—Puede dejá sus cosas en esta cómoda, señorito Martín. Ahora vamos a ve al viejo Maziu, seguro que le gustará conocerlo.

—¿Quién es ese?

—El inglés pal que trabajo en verano, señorito. No mese entera usted de na.

—¡Ah, sí! —recordé de inmediato.

—Eso sí, le advierto que es un hombre un tanto peculiar.

—Querrás decir «peculiar».

—Pos claro, lo que yo he dicho.

Más que peculiar, Matthew Thomas era un tipo a contracorriente. Al contrario que sus paisanos, a él no le gustaba veranear en Punta Umbría, al otro lado del río, en el margen contrario del delta que nos separaba, allí donde los ingleses habían construido a principios de siglo sus conocidas casas de salud transformando toda la playa en una especie de balneario de verano, cosa que según la Carmen no era más que una bonita forma de decir que, en resumen, iban allí a quitarse las pelotillas. Nada que ver con eso, el viejo Thomas era más bien un hombre que huía de las multitudes y con cierta tendencia a la misantropía, a esconderse del mundo, lo que le había llevado a apartarse de toda presencia viviente, más si esta caminaba sobre dos piernas.

Una excepción era mi anfitriona, la Carmen, a quien ya se había acostumbrado a ver desde los tiempos en que le planchaba su ropa en la Casa Colón, la suya y la del resto de ingleses a los que ya estaba harto de ver a diario pululando por su despacho de la Compañía de Explosivos, estampa que en pantorrillas al aire, de imaginarse, le horrorizaba someramente, le producía un atroz sentimiento de vergüenza ajena que le removía todos sus órganos por dentro. ¿Qué era eso de ir en pantalón ceñido, pelambreras a la vista y con ridículos gorros de baño que les confería a todos ellos pinta de prepucio? Para el viejo Thomas, el traje de baño, lejos de ser un invento realmente innovador, era lo más cercano a perder la dignidad que tanto le había costado alcanzar al primate. Estaba seguro que de haber contemplado los pasillos de la Casa Colón en bañador, él mismo hubiese tenido que volar por los aires el complejo entero a fin de salvaguardar el honor y la imagen de su amada patria.

En resumidas cuentas, que le parecía ridículo y lo detestaba. De manera que un buen día, después de enviudar años atrás, se construyó cual robinsón una preciosa casa de madera en aquel oasis que naufragaba junto a la corriente del Tinto, un lugar olvidado por el resto de la civilización. Mejor, imposible.

—Eso sí, al igual que sus apatriotas, al viejo Maziu no le gustan un pelo los españoles, nos sigue considerando unos indígenes.

—Se dice «indígenas», Carmen, de indios. Diógenes era un filósofo que no se lavaba y que vivía en un tonel.

—¿Ve cómo no iba yo del to mal encaminá? Índigenas o Diógenes, como se diga, señorito Martín, usted deso sabe más que la Carmen, que pa algo estudia, digo yo. En difinitiva, que semos unos pordioseros pa ellos.

Intentar arreglarle la boca a la Carmen iba ser una tarea faraónica, de modo que opté por dejar el mundo como estaba.

—A lo que iba, que por mucho que no le guste estar con los suyos, el viejo Maziu aún sigue a gusto en el pellejo que llena, como al resto de yentelmanes que se creen que sus pedosidades les huele a Heno de Pravia. Eso sí, es un hombre mu educao, aunque con nosotros trata lo justito, pero sabe que

semos gente honrá. En invierno sigue viviendo en la Casa Colón, donde tenía su trabajo, y en verano se queda aquí hasta que empieza el frío.

—¿Y a qué se dedica ahora?

—Antes era ingeniero de esos, ahora se pasa las horas muertas en su barquito de vela. El resto del año no sé qué es lo que hace. ¡Mire, esa es su casa! —señaló.

El hogar del inglés se camuflaba entre las dunas como un perfecto camaleón de madera, con techumbre de tejas a cuatro aguas y un amplio voladizo a modo de porche cuya sombra abrazaba todo el perímetro. Dos accesos subían a la casa, una en su cara oriental, junto a una caseta que servía de retrete, y otra por la fachada que miraba al mar donde se encontraba el principal. La cabaña, empinada sobre fuertes estacas, era otro palafito, este de listones de madera, que el sol se había encargado de amarillear verano tras verano. Quizás por esa razón un par de botes grandes de pintura y unas cuantas brochas descansaban a la sombra de la puerta y a la espera de que alguien les diera uso.

—Es una casa preciosa, como usted verá, señorito Martín, muy parecida a las que la compañía del señor Maziu tiene en Punta Umbría, lo del banleario que le estaba contando.

—Carmen... —dije ya abrumado por la tortura fonética a la que me estaba sometiendo— se dice «balneario».

—Vamos a llevarno bien usted y yo —contestó la mujer como si me mirara por encima de unas gafas imaginarias—. Y ahora mismo se me va al agua mientras yo le hago el almuerzo al señó Maziu. ¡Hala!

Mientras Carmen preparaba la comida del inglés, aproveché para darme un baño en aquel mar que espoleaba chiribitas bajo el sol. Para entonces el cielo ya había abierto su telón de plomo y el agua entera parecía llena de diamantes de luz.

Con el primer chapuzón me embargó un inmenso alivio. No solo el sol picaba rabioso en lo más alto, la arena también ponía de su parte y a esas

alturas ya tenía los pies listos para freír huevos. Fue pensar en ello y de repente sentí un hambre voraz. Sorprendentemente había recuperado las riendas de mi estómago, arrebatadas un rato antes por el capitán del *Rábida*. Una calma sin igual dominaba toda la playa. El murmullo ahogado de alguna hélice amortiguaba la quietud a ras del agua. El mar, transparente, me enseñaba los tobillos sobre la tarima de fango duro, estriada como pila de lavar, al mismo tiempo que, con su vaivén efervescente, dibujaba curvas por toda la orilla. En una de esas cunetas un reducido pelotón de gaviotas, semejante un pequeño contubernio de golpistas, graznaba por lo bajini; un poco más cerca, otro pequeño ejército, este de cangrejos, me vigilaba desde su fortín de rocas y virutas de espuma, afilando sus pinzas y esperando quizás una oportunidad para brindarme un buen pellizco.

Al rato, con los dedos ya como garbanzos, salí a tumbarme en la orilla. Un silencio de fuego rozaba el aire. Era agradable. Atrás quedaba el oscuro y frío recuerdo de San Nicolás como el chantaje de un mal sueño que ahora se quemaba al sol. Quedaba toda una vida por delante y solo el tiempo sabía lo que quedaba tras el segundero de su reloj. Cuando noté el sol volver a las andadas sobre los hombros, alcé la vista al frente dispuesto a otra zambullida. Divisé entonces a lo lejos un fulgor blanco y radiante que despuntaba sobre el horizonte al igual que si lo hiciera sobre una acuarela de cristales de sol. En ese instante, el estómago volvió a dar un nuevo aviso que no pude ignorar. Conforme el recital iba en crescendo, el resplandor blanco se hacía más grande hasta convertirse en un velero fácilmente reconocible. Un nuevo mordisco bajo el ombligo me hizo recordar ese bocadillo prometido por mi anfitriona. Ni corto ni perezoso eché a correr en su busca.

Entré en la casa del inglés tras el rastro que dejaba el potaje de la Carmen, con el estómago redoblando en la barriga como si Machín se hubiera dejado un par de maracas dentro. Eso sí que eran lentejas y no lo que cocinaba sobre los fogones de San Nicolás. La casa entera olía a gloria.

—¡Eso es *bocati di cardinale*, Carmen! —me salió del alma.

—¡Ay, señorito Martín, yo le mato a usted! —dijo en cuanto vio las huellas de tierra mojada que estaba dejando en el suelo—. ¡Hay que ve cómo está poniendo la casa del señó Maziu! Rápido, váyase al cuarto de al lado y coja una toalla del armario, que el viejo tiene que está al caer. ¡Ay, Diosla!, que al finá el inglés este nos pega un tiro y to.

Obedecí de inmediato y fui a por esa toalla que llevaba mi nombre. Al abrir la puerta de la habitación contigua, una bofetada de aire recalentado me dio la bienvenida. No era de extrañar que el inglés se pasara todo el día fuera. Era insoportable. Mientras dejaba la toalla como las bragas de una vieja, me entretuve en echar una rápida visual al dormitorio: una cama, una mesita de noche y un pupitre donde imperaba el desorden velaban su silencio. Sobre este último descansaba una antigualla plateada con agujas, botones de frecuencia y un micrófono. Era un emisor-receptor de radio.

—¿Ha encontrao la toalla, señorito Martín? —gritó desde el otro lado del tabique la cocinera—. El señor Maziu debe estar al llegá, no tarde.

—¡Sí, no te preocupes, ya salgo!

Lejos de hacerlo, me entretuve en mirar las fotos que empapelaban las paredes del cuarto. En ellas siempre aparecía el mismo protagonista, un niño que a pesar del amarillento blanco y negro del tiempo se adivinaba pelirrojo, un niño que en cada retrato se hacía mayor bien junto a un perro, con una raqueta en la mano, fumando con los amigos en una escalera de la Casa Colón, o posando sonriente con una guapísima rubia colgando del brazo. En otra serie de imágenes distinta a la anterior el mismo chico joven y simpático aparecía vestido de oficial en un desfile militar, engalanado con diferentes méritos marciales. Una sonriente señora, ya mayor, se agarraba a él. Debía ser su madre; del otro lado, un hombre de semblante serio pero complacido, que parecía no caber en su chaqueta, le rodeaba los hombros con el brazo. Aquel debía ser Matthew Thomas. Una última instantánea mostraba al muchacho y a otros tantos soldados despidiéndose de sus familiares desde un enorme barco.

En todas las fotografías se le veía feliz, pero en esas tres últimas su

expresión había cambiado de manera considerable. Ahora era sombría y distante. Sus ojos no pudieron engañarme. En ellos se traslucía la ardua batalla que su alma y su corazón libraban en su interior entre el miedo, la angustia y el error. Pronto descubrí en su mirada las ganas de salir de allí corriendo, de escapar del marco de aquella foto, de huir de todo eso. Por desgracia la imagen ya había sido tomada y en ella se había quedado atrapado para siempre.

Aquello no era un simple dormitorio sin más, sino el santuario que custodiaba la memoria de aquel muchacho y su dolorosa ausencia, impoluta al polvo y al paso del tiempo; en el mismo pupitre, junto al emisor de radiofrecuencia y sobre una pila de papeles despeluchada, un soldadito de plomo me vigilaba con rostro severo. Lo cogí sin sospechar lo que tomaba en mis manos. El soldadito era una fiel reproducción de aquel muchacho pelirrojo, con su uniforme de gala, sus galones y su fusil en posición de descanso. En la peana rezaba una inscripción:

«Timothy»

De modo que ese era el nombre del soldadito valiente de Matthew Thomas. Timothy Thomas, supuse. No podía ser otro.

De repente una sombra alargada se deslizó rápida bajo mis piernas y, con ella, un feroz gruñido que me puso los pelos de punta.

—*Put that down, muchacho!* —me previno a mi espalda una voz agrietada, con un deje fácil de identificar—. Un paso en falso y no podrás utilizar nunca más tu culo para sentarte. *Never, never, never...*

Capítulo 4

La silueta de mi interlocutor se alargaba espigada sobre el armario que tenía enfrente. Intuí que llevaba sombrero y las manos ocupadas. En una de ellas agarraba algo muy alargado, tal que una lanza o un fusil. Recordé entonces eso que había dicho la Carmen de que al final el inglés nos iba a pegar un tiro. Decidí hacer cuanto me ordenara.

—Ahora y muy despacio vas a dejar donde estaba lo que has cogido. Luego pondrás las manos en el cuello y después te darás la vuelta lentamente, *ok?*

Obedecí y devolví a su sitio al pequeño Timothy de plomo.

—Señor hay un explicación para todo esto —dije nervioso.

Sentí el perro arrimarse a mi pierna y rugir con mayor ahínco.

—*Shut your mouth!*—me ordenó callar—. Seguro que tienes una explicación muy buena que darme, *boy*, pero no abras la boca, nadie te lo ha pedido. Aquí mi amigo Rip se asusta muy fácilmente, y te aseguro que no querrás que eso pase. Está preparado para afrontar cualquier situación de emergencia. Si se siente amenazado, actúa.

—Lo siento —fue lo que se me ocurrió decir.

—¿Lo sientes, *boy?* Eso debiste haberlo pensado antes de entrar en esta casa y coger ese soldado de plomo. Para mí tiene un valor incalculable. No me gustan los rateros, y menos los que se llevan los recuerdos de otros. No se puede caer más bajo.

—Señor, no iba a llevármelo. No soy ningún ladrón, solo soy un niño.

—*Yes*, pero a los niños se les quedan las cosas pegadas a las manos —

continuó con una risilla polvorienta—. Por cierto, creí haberte dicho que no abrieras la boca. Se nota que aún estás por domesticar, como el resto de tu especie. Ahora date la vuelta para que pueda ver esa carita que tienes, *mister*.

Con los brazos en alto giré sobre mí mejor de lo que lo hubiera hecho la bailarina principal de *El lago de los cisnes*; frente a mí, y a pesar del contraluz que me impidió distinguir sus facciones en un primer momento, encontré un rostro adusto y bronceado bajo un sombrero con forma de casco. Era de porte espigado, alto, y su piel contrastaba poderosamente con el blanco de pantalón y camisa, perfectamente almidonados a buen seguro por la Carmen. Tenía el pelo gris cano, abundante y muy fino, y una ancha frente de escalones que acababan en dos largas cejas como ciempiés. Su mirada azul y brillante. Torcía la boca con desagrado bajo el bigote y, aunque parecía salido de una cuadrilla de exploradores decimonónicos en busca de las minas del rey Salomón, de inmediato reconocí al orgulloso hombre que posaba a la derecha del joven soldado en una de las fotos.

—¿Y esa cicatriz en el pómulo, *boy*? De ser bueno, imagino —masculló irónico—. ¿Y tú qué dices Rip, qué hacemos con él? Podríamos usarlo de carnaza para los tiburones.

Por un momento me había olvidado de la bestia que lo acompañaba. Temí cruzar la mirada de aquel cancerbero que rugía tras mi pantorrilla, sin embargo lo que encontré a mis pies no era más que una mezcla de terrier de sonrisa afilada y cola revoltosa a la espera de una caricia.

—Ni lo intentes, *boy* —pareció leer mi pensamiento—, o te arrancará medio brazo de cuajo.

Debía estar tomándome el pelo. Llevaba un buen rato haciéndolo.

—¿Está seguro? —porfié.

Una de sus peludas cejas le empinó el casco de explorador. Le estaba tentando y no era una buena idea hacerlo con un hombre armado. Tenía ambas manos ocupadas, una con un arpón y otra con cierto material que solo había visto en las películas de guerra: dinamita.

—Es para pescar —dijo al verme mirarle los cartuchos.

—¿Ha pescado algo? —me aventuré a preguntar.

—Ya sabes lo que se dice: solo tienes un rato para pescar antes de tirar la dinamita.

—¿Y se divierte?

—Lo cierto es que ha sido una mañana muy aburrida... hasta que apareciste tú, *Scarface*. Dime, ¿qué prefieres? —contestó ofreciendo lo que llevaba a un lado u otro.

En estas, la Carmen entró en escena.

—¡Señor Maziu, qué temprano ha llegao usted hoy! Veo que ya conoce al zagal del que le hablé. Tiene muy buenas manos, señor Maziu, mire qué largas, y también es mu listo, se queda rápido con todo. Es muy buen muchacho, y a usted le va a vení de perillas un buen insistente como él —le explicaba a aquel hombre que se le había engarrotado la ceja—. ¡Señorito Martín, Diosla! Haga el favó de bajá las manos, hombre, y deje de jugar a las bailarinas.

Inmediatamente el viejo alzó el arpón contra mí y volví a tocarme los dedos por encima de la cabeza.

—Yo no necesito ningún «asistente», Carmen. Se dice así: asistente —resopló abatido, cansado de intentar enseñarle a aquella mujer a hablar su propio idioma—. Pero no le voy a discutir eso de que tiene las manos largas y que se queda con todo.

—Un momento, Carmen, ¿cómo que le serviré? —quise saber—. ¿A qué te refieres?

—Claro que sí, señorito Martín, su tía Isabela le dejó vení a cambio de no está holgazaneando todo el día y que hiciera algo de provecho. Al señor Maziu le vendrá bien que usted esté por aquí.

—Ya le he dicho, Carmen, que no necesito ayuda de nadie. Y menos de semejante espécimen.

—Claro que sí, señor Maziu, usted écheme cuenta a mí. Ahora me se asea, me come su potaje y se echa su siesta —comenzó a persuadirlo mientras le

conminaba a bajar el arpón—. Y después a la tarde, cuando esté mas relajaíto, con la fresca, el chico le viene a encalá la casa, ¿qué le parece?

¡Menuda encerrona! Los botes de pintura y las brochas de la entrada llevaban mi nombre.

—Un momento, Carmen—quise poner orden—, ¿qué es eso de que voy a ponerme a pintar? Eso es absurdo, ¡yo no sé pintar!

—Estoy convencido que no sabes hacer nada, *boy*—apuntilló el viejo lobo de mar, alzando una vez más el arpó contra mi pecho.

—Creo que no voy a guardar un buen recuerdo de este verano —aprecié enseguida.

La Carmen pareció a punto de entrar en erupción. Cuando eso pasaba, en San Nicolás las sartenes y los cazos volaban. En lugar de eso nos pasó el brazo por encima a cada uno.

—Vamo a llevano bien los tres: usté, señor Maziu, va a hacer lo que le digo y ya verá cómo salegra. Y usté, señorito Martín, me se cierra el buche, ¿oqueei? ¡Y baje el brazo de una vez, hombre ya!

Obedecí como si la vida me fuera en ello.

—Ahora venga conmigo, señor Maziu, que le tengo ya to sus cosas preparás. Y sin rechistá.

El viejo alzó una ceja y luego la siguió con aparente conformidad, con la experiencia de quien sabe sumar victorias en retirada. Con las mujeres siempre era mejor no discutir.

—Volveremos a vernos, *Scarface* —se despidió de mí.

Me dejó a solas con su terrier, el único que había mantenido la sonrisa en todo el tiempo y que aún parecía estar esperando esa caricia.

—No sé cómo puedes aguantar a ese viejo chocho.

El cánido gruñó con ferocidad como si me hubiese entendido y luego amagó con llevarle un trozo de mi mano a su amo.

Salí de allí a uña de caballo con el mal cuerpo de saber que todavía tendría que volver.

* * *

Aquella tarde que siguió fue el pistoletazo de salida a un intenso agosto de no vacaciones y otras catástrofes. Mientras Matthew Thomas se enfrascaba junto a su peludo amigo Rip en largas travesías a vela, yo me dejaba la muñeca y la cordura encalando su palafito quemado por el sol. Partía muy temprano, justo cuando las primeras luces de la aurora trenzaban su acuarela escarlata sobre agua salada: bordeaba toda la línea de la manga costera hasta que el horizonte se lo tragaba, unas veces por la esquina donde el día se desperezaba cada mañana, otras tantas por donde el sol se desangraba al anochecer, y regresaba justo cuando le esperaba un plato humeante sobre la mesa.

—Un día de estos, el señor Maziu se me pierde mar endentro. Tiempo al tiempo.

—No te preocupes, Carmen, que el mar siempre devuelve lo que le sobra.

Durante la primera semana el viejo Thomas se limitó a ignorarme. A partir del décimo día, cada vez que pasaba por mi lado, Matthew Thomas se dedicaba a mascullar palabrejas como «*escarfeis*» y otras lindezas en el idioma de *Chespir* —así lo habían pronunciado en cierta ocasión las Cianuro en San Nicolás—, quizás porque, interesante él, no quería compartir aquello que tanta gracia le hacía, con aquella risilla que sonaba a trapo viejo, o acaso porque esperaba a que en algún momento le preguntara si era a mí a quien se refería.

El «señor Maziu» —según la Carmen— había elegido la soledad. Pero incluso siendo así, algo voluntario, no quitaba que el viejo supiese perfectamente que estaba solo en el mundo y lo que eso significaba. Yo por mi parte iba a lo mío, esperando a que llegara la hora de mayor calor para terminar la faena y zambullirme en el mar. Pero hasta que ese glorioso momento llegaba yo seguía pintándole la casa al viejo Thomas. Menuda

invitación de verano la de la Carmen. Y por si fuera poco, mi trabajo no solo consistía en encalar listón tras listón hasta que todos quedasen iguales, sino también a echarles un ojo a Juanín y Nandito de vez en cuando. Su madre me los había puesto de peones, y en honor a la verdad, la cosa era que no lo hacían mal. Eso sí, en cuanto me despistaba, se les cruzaban los cables y metían las manos en el cubo de color. Para cuando me daba cuenta, a la vuelta de la fachada habían trazado una capilla Sixtina de monigotes y churretes de tal corte picassiano que hoy día, tal y como se mueve el mundo, habría encajado en una galería de arte moderno. Nunca debí haberlos tapado.

Y ese era el día a día. Cuando llegaba el ocaso, un fuego de poniente incendiaba la playa allá donde el mundo se partía en dos y, al final de todo, sobre su ecuador, se empinaba la Casa del Vigía, solitaria y silenciosa sobre un espejismo de bronce y vapor; a veces, en la distancia, a cualquier hora, podía distinguir la silueta de un hombre y una mujer con un niño pequeño en brazos saliendo y entrando en la casa. Debía ser el vigilante con su mujer y su hijo, pues según me había referido en más de una ocasión Nemesio, el capitán del *Rábida*, aquellos prácticos a los que llevaba de una lado a otro al cabo de una semana usaban la Casa del Vigía como residencia de verano, llevándose con ellos a sus mujeres y niños. Menuda suerte poder hacerlo en tamaña edificación, la cual, vencido el día, cuando el Faro del Picacho desmenuzaba la oscuridad con su guadaña de luz, nunca llegaba a rozar sus muros, imperturbables al devenir de las semanas. En esos momentos su turbadora simetría me recordaba a la de San Nicolás, como una mano sombría en mitad de la noche que quisiera atraparnos a todos en su tumba de silencio. Entonces me embargaba una profunda desazón que me arrastraba al interior del chozo. Y así, hasta el día siguiente.

Una buena mañana el viejo Thomas dio muestras de albergar vida inteligente tras su mirada azul. Sin venir a cuento me colocó a traición un sombrero de paja algo deshilachado.

—¿Y esto? ¿Un sombrero de paja?

—Es un *canotier*, muchacho. Un *canotier* —me corrigió enseguida, le encantaba hacerlo—. No es solo un sombrero de paja. Y por si no lo sabías, hubo un tiempo en que los chicos de tu edad lo llevaban, hace años cuando el mundo era un lugar mucho mejor del que es ahora.

—No me diga.

—¿Nunca has leído a Mark Twain, *mister*? Escribía sobre chicos de tu edad, chicos como tú, que vivían aventuras muy peligrosas a orillas del Mississippi. Y algunos llevaban sombreros como este.

—Ya, pero seguro que no se dedicaban a pintar en verano —presumí.

—No te creas —rió divertido.

—Bueno, ¿y a cuento de qué viene tanta amabilidad, señor Thomas?

—A que hace mucho sol. No quiero que seas la causa de que me deporten tan rápido. La explotación infantil es un delito; además, así no te dará el sol en esa cicatriz, *Scarface*.

—¿Va a decirme algún día qué es eso de *escarfeis*?

—«Cara cortada» —respondió sonriente—; por cierto, ¿no te aconsejó el médico que te cosió la cara que no te diera el sol?

—El que me cosió la cara ni era médico ni era bueno para dar consejos.

—Bueno, también es cierto que los consejos solo sirven para ignorarlos. Dime, ¿cómo te hiciste esa cicatriz?

—Jugando a fútbol. Cuando levanté la cabeza alguien había colocado un árbol en medio. La gente los va poniendo por ahí como si nada. Son un peligro.

—¿Acaso no sabes llevar la pelota sin mirarte el ombligo, *boy*?

—Señor Thomas, soy un hombre, no sé hacer dos cosas a la vez.

—Debió de dolerte lo tuyo.

—Tendría que haber visto como quedó el árbol. Ni su madre lo hubiera reconocido.

El viejo chasqueó entre dientes y comenzó a descender la escalera camino de su bote de vela. Antes de que se marchara bajé la guardia.

—Señor Thomas...

El hombre se giró y esperó a que terminara.

—Gracias —le sonreí.

El inglés asintió y luego bajó hasta la orilla. Dejé la faena por un momento y me paré a observarle, empujando el velero primero y ayudándose con el remo después, hasta que poco a poco la corriente se lo fue llevando mar adentro. Recordé las palabras de la Carmen y por primera vez en aquel verano temí que el viejo Thomas nunca fuera a volver para el almuerzo.

Capítulo 5

Cuando el sol llegó a mitad de su recorrido, en el punto más alto, decidí que ya me había ganado un chapuzón. Llegué al agua con la sombra a rastras, el cuello y los brazos gritando a pleno pulmón. Creí que no lo contaba. Con la primera zambullida vi las estrellas, y luego, tras unos cuantos revolcones más, me quedé alelado bajo el sol, panza arriba y soltando agua como una ballenácea. Durante un buen rato me abandoné a la deriva, pensando en que fácilmente podría llevarme así todo el día, toda la vida, sin agobios, sin ruido. No se escuchaba absolutamente nada. Todo era silencio, silencio y calor. Nada más. Tan solo el leve tintineo metálico de las boyas salpicaba la quietud de la marea sobre la línea de flotación.

Más allá, el eco de una bocina lejana llevaba las riendas del mar. Un carguero ponía rumbo al océano desde el Muelle de Levante, uno de esos mismos buques ingleses que hasta hacía dos años iban cargados hasta las trancas de pirita, pirita procedente de las minas que los propios ingleses nos habían «comprado» tiempo atrás a precio de risa, pirita con la que fabricaban la munición suficiente para rematar una guerra recién acabada... O no. Y eso si conseguían evitar los torpederos alemanes que dormitaban bajo nuestras aguas, aunque en su momento más difícil de sortear aún lo fue el diario *Odiel*. En la calle se le conocía como *el Tragabuques*. Era el único superviviente en Huelva de la quijotesca quema nacional de rotativos sospechosos con que el régimen se aseguraba la difusión del nuevo evangelio. Aquel panfleto, día sí, día también, se encargaba de hundirle su flota de acorazados a un tal *Eisenjagüer*, enemigo de los colegas alemanes del Caudillo. Aún recordaba

esa portada en la que a los plumillas del Tragabuques les dio por hundir quince mercantes americanos. Casi nada. Ahogar en tinta buques *aliados* era marca de la casa, y lo hacían con tanto entusiasmo que el concepto de hundir ya era para ellos un insignificante eufemismo de medio pelo.

Pensé entonces que en Huelva siempre se le sacaba un chiste a todo, la mayoría de las veces de mal gusto, lo que era especialidad de mi amigo Carlines. Echaba de menos sus ocurrencias y su verborrea, pero también esa mañana me hallaba cicatrizando heridas que nunca debí haber abierto. El nombre de Violeta aún se encendía en mi pecho como una herida abierta y, a pesar de la decepción, su recuerdo aún tenía cuerda para rato en mi cabeza. No había sido una buena idea enamorarse, ya me lo advirtió Carlines. Y cuando Carlines llevaba razón, la llevaba.

Un nuevo zumbido se abrió paso en el mar con la sutileza de un mosquito en mitad de la noche. Más allá de la cola donde se empinaba la Casa del Vigía, una lancha motora se elevaba por encima de la calma que embrujaba toda la playa. La embarcación tenía una longitud considerable, suficiente para transportar toda una tropa. En pocos segundos, una cohorte de sirvientes arribaba a la orilla para deshacer petates y montar una especie de pérgola en mitad del malecón de chabolas mientras otro par de siluetas aguardaba aún en la lancha. Debían ser gente importante, de dinero, supuse, a quienes les estaban montando el día de playa perfecto. Entorné los ojos un poco más y distinguí sus formas de mujer, a la espera de que sus lacayos terminaran y las ayudaran a bajar; una de ellas no aguantó más y se echó a la orilla a pesar de las advertencias de la otra. Era una chica, de más o menos mi edad, y vestía una especie de vaporoso camisón blanco que no le importó arrastrar por toda la orilla camino de la casa del inglés.

Y entonces los vi estropeándome la faena de toda una mañana.

—¡La madre que los...!

Salí a trompicones del agua hecho una furia. Tan pronto como Juanín y Nandito me vieron por la escalera, se plantaron de un brinco en la arena con la

brocha aún en la mano. La pared ofrecía un nuevo ejemplo del repertorio artístico de aquel par de íncubos. De repente habían abandonado sus inclinaciones por el cubismo en abstracto, abrazando un nuevo formato consistente en una visión angelical de las partes pudendas que durante siglos los maestros renacentistas se habían esmerado en ocultar entre hojas de parra. La versión de mis ilustres vecinos de alcoba cambiaba los testículos por alas de querubín al tiempo que goteaban una lluvia blanca sobre lo que parecía un bote de vela y un viejo fumando en pipa. Si Matthew Thomas veía aquello podía darme por muerto. Tenía que taparlo y para eso rescatar la brocha era fundamental.

—¡Devolvedme esa brocha, burraquillos! —les grité recibiendo a cambio burlas y carantoñas varias.

La carrera nos llevó a los tres por toda la orilla. Aprovechaban cualquier obstáculo del camino para zafarse de mí, una barca, una roca, lo que fuera. Con seis y cinco años Juanín y Nandito eran escurridizos como lagartijas. Yo era más rápido, y aunque podría haberles echado el guante metros atrás, en lugar de ello dejé que sus zancadas me llevaran hasta la chica que se mojaba los pies en nuestra dirección.

Con lo que nunca conté era con que la usarían de parapeto.

—¡Eh, cuidado! —rió la chica algo azorada, rodeada por aquel par de salvajes.

Cuando alcé la vista, sentí que algo en el pecho me daba una vuelta de campana. Delante de mí estaba la chica a la que había seguido semanas atrás por el Mercado del Carmen, calle tras calle hasta la esquina del consulado alemán. No me quedó otra que respirar hondo y dar un paso hacia delante.

—¿Te están molestando? —balbuceé sin nada mejor que decir.

—Todo lo contrario —dijo examinándome de arriba abajo—. Tú debes ser el maestro de obra.

—Bueno, tanto como maestro...

—Eso es lo que dicen ellos. También dicen que eres un negrero. Bueno,

eso no lo han dicho así, pero sí que les tienes desde hace días a pleno sol ayudándote a pintar esa casa de ahí y que quieres pegarles porque no han hecho bien su parte.

—¿Esos dos?, no son de fiar, te lo digo yo. Se están encargando de arruinarme todo el trabajo. Son unos salvajes.

—¿Y tú?, tienes una pinta de cateto que no puedes con ella. Pobrecillos.

Desde luego era para quitarse el sombrero. Apenas unos segundos les había bastado para hacerse amigos de ella. Lo que a simple vista era un juego de niños, para mí era un desafío de titanes, más con mis fachas de morenito albañil. Una mancha blanca por camiseta vestía mi desnudez. De repente deseé estar a kilómetros de allí.

—No te preocupes, lo del pecho se soluciona con un paño en la cabeza —rió la chica.

—¡Para eso tiene un sombrero de paja que se pone para pintar! —se burló Juanín.

—¡Bocazas! —les grité y salieron espantados entre carcajadas y saltos—. ¡Ya os cogeré a la noche!

Enseguida les eché de menos, me habían dejado solo ante el peligro. Ella aún mantenía su mirada desafiante.

—Anda, toma, «Miguel Ángel» —me entregó con sarcasmo la brocha—. No deberías ser tan duro con unos niños tan pequeños. Vaya hermano...

—De hermano nanai, guapa. Yo a esos dos no los conozco de nada. Su madre es la que me tiene haciéndoles de niñera mientras pinto.

—¿Y por eso tardas tanto en encalar una simple casa?

—Es que estoy haciendo la Capilla Sixtina.

—¿Ah, sí? —se mostró escéptica—. ¿Y de qué color la estás pintando?

Aguanté su mirada en silencio tan solo unos pocos segundos. Enfrentarme en un cuadrilátero a una manada de gorilas hubiera sido más fácil. Tiré de repertorio e intenté revertir la situación.

—Mira, me encantaría quedarme más tiempo contigo aquí abajo, sabes,

pero tengo que terminar lo que estaba haciendo —disimulé.

—¿Y...?

—Pues que si no arreglo ahora mismo el desaguisado que han organizado esos dos melendos, me voy a tener que pasar el resto de la mañana rascando. Y no es muy divertido.

—¿Y...?

Me quedé atascado en ese punto.

—No me vendría mal un poco de ayuda, oye —me salió de pronto.

—¡Vaya!, es una oferta tentadora, pero ahora estoy paseando —dijo con retintín.

No había venido a la playa a conocer a nadie y menos a uno a quien el sol le había regalado una camiseta blanca pegada al pecho.

—A mí también me gusta pasear —me precipité.

—No me digas.

—Claro, ¿a quién no?

La chica miró algo por encima de mi hombro.

—¿Y ese ancla de ahí?

—Es de... es de mi barco —dije sabiendo que había empezado a meterme en un lío—. Siempre lo aparco ahí mismo.

—Querrás decir fondearlo.

—Eso mismo. ¿Te gusta navegar?

—«Claro, ¿a quién no?» —subrayó mis palabras.

—No es un muy grande, pero es un bote de vela, y es muy, muy rápido.

—¿Ah, sí? —desconfió—. ¿Y dónde tienes tu bólido ahora?

—Pues ahora mismo lo que se dice a hora mismo... Pues no dispongo de él —improvisé algo atropellado—. Lo ha cogido... lo ha cogido mi abuelo. Sí, eso es, mi abuelo. Sí, lo tiene él. Le gusta ir a pescar y eso, ya sabes. Yo no voy con él porque me aburro mucho, así que se lo dejo. Al fin y al cabo fue él quien me enseñó a navegar, no sé si me entiendes.

—No mucho, pero bueno...

—Quizás otro día, quién sabe, a lo mejor podemos dar un paseo en barco, aunque, bueno, si me esperas un momento... Puedo acompañarte.

—Ya *estoy* de vuelta —subrayó—. Quizás otro día, Casanova.

La chica giró sobre sus tobillos y comenzó a alejarse. Quise seguirla, retenerla un poco más allí conmigo, pero supe de inmediato que era una equivocación. Una vocecilla me recordaba algo que ya me habían dicho antes: «lo poquito gusta y lo mucho empalaga». Era lo poco bueno que podía recordar de Sergio. Al menos, y después del disgusto, algo había sacado de él. Aún así, probé suerte por última vez.

—¡Yo de Casanova nada! ¡Me llamo Martín!

—¡Miguel Ángel te viene mejor, pintor de brocha gorda! —contestó son volverse.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —probé suerte por última vez.

La chica se giró negando con la cabeza y con una de esas muecas que le relegan a uno al grado de chinche.

—¡Buen intento, Casanova!

Antes de regalarme su espalda derramada de espigas de sol, me dejó su sonrisa como premio de consolación. Me quedé mirándola como un pasmarote, con mi bronceado de albañil y la brocha colgando de la mano, sin más munición que disparar por la boca.

Tenía quince años y a esa edad, como ella misma había dicho, se notaba que ya estaba de vuelta.

* * *

De regreso a casa, el viejo Thomas se encontró su comida servida y sus fachadas acabadas. ¡Por fin! Solo me quedaba por perfilar en verde los marcos de las ventanas y la baranda que trenzaba todo el porche. Atrás quedaba una semana convertida en fumadero de pintura. Cuando aquel día tocara a su fin, habría terminado definitivamente con la casa del inglés.

—Veo que me equivoqué contigo, muchacho. Has hecho un buen trabajo —me premió el viejo Thomas a su llegada al porche, acompañado de su inseparable Rip.

—Pos claro, señor Maziu, ya le dije a usted que el muchacho era listo —se adelantó la Carmen que había salido a recibirle—. La Carmen es muy disfísil que se esquivoque.

El viejo y yo nos miramos con malicia: ella era lo único en lo que estábamos totalmente de acuerdo. La cocinera le anunció entonces que ya podía sentarse a la mesa, pero antes de que lo hiciera le pegué el agarrón.

—Señor Thomas, ¿a dónde va tan temprano cada mañana?

—¿Y esa pregunta?

—Verá es que he estado pensando...

—Muchacho, no es bueno que los niños piensen, y menos aún que lo hagan las mujeres. Pero eso es algo que aprenderás con el tiempo. Continúa.

—Bueno, pues eso, que he estado pensando, en lo del arpón y los cartuchos de dinamita, no sé si me entiende. Cada mañana va y vuelve siempre con ellos. En fin, bueno, que es todo muy raro, ¿no? Me refiero a eso.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Bueno pues en definitiva, que he estado pensando que... lo que quiero decir es que, si la pesca no se le da tan bien, porque obviamente no termina usted de usar el material que se lleva, quiero decir, que si a usted no le importaría uno de estos días... no sé, enseñarme a navegar.

Con una ceja aplastó un ojo y con la otra estuvo a punto de engancharse con el techo. En lugar de contestarme se limitó a entrar en su casa, directo a la cocina. Tras la puerta comenzó a montarle la bulla a la Carmen. La cocinera se escapó como pudo y me sacó de allí del brazo.

—¡Ay que ve la que ma liado usted, señorito Martín! ¿Se puede sabé que la dicho al señor Maziu?

—¡Pero si yo no le he dicho nada!

—¡No me diga que ná porque ha empezao a gritarme y a decirme que si

yo me creía que él era una niñera pa tené que cuidá de usté!

—¡Carmen te juro que no le he dicho nada! Lo único, que si le importaría enseñarme a navegar, solo eso.

—Con que solo eso, eh. ¿Usté todavía no sa dao cuenta de que el viejo este está abombao perdió? ¡Ay, virgensita de la Cinta! ¡No se lo vuelva a preguntá más! ¿Ma entendió usté, señorito Martín? ¡Pues eso!, y si no aparece en lo que queda de mes por la casa, ¡po mejó toavía!

—¡Pero si aún me queda por terminarle las ventanas y las crucetas de la baranda! Además, tendré que devolverle el sombrero este.

—No se lo habrá quitao, ¿verdá?

—¡Claro que no! Me lo dio él mismo para que no cogiera una insolación.

—Bueno pos se lo devuelve cuando vaya a terminá de pintarle. Y por supuesto, hágalo cuando él no esté en la casa, ¿corresto?

—Oído cocina, Carmen.

La mujer meneó la cabeza a disgusto.

—Ay que ve lo raro que habla usté a veces pa sé un zagal, señorito Martín.

Al día siguiente me puse en camino a la casa del inglés sobre las diez de la mañana. A esa hora el viejo Thomas y su pequeño Rip ya debían andar haciendo la Copa América. Pero ese día no. No lo supe hasta que estuve cerca. La noche había dejado a su paso un rastro de niebla que burbujeaba como espuma en la orilla. Jirones de bruma al amanecer envolvían en su misteriosa esencia el bote de vela de Matthew Thomas. Aquello me pareció un tanto extraño. Con mucha discreción me fui acercando al palafito de madera suponiendo que al viejo se le habían pegado las sábanas esa mañana y que estaría a punto de meterse en su velero de un momento a otro. Como pude me encaramé al lateral de la casa y trepé al porche. En cuanto puse un pie en el entarimado el pequeño cancerbero alertó de mi presencia al inglés.

—¡Llegas tarde, *Scarface*! —me increpó Matthew Thomas desde la puerta—. Vienes todos los días a las nueve menos hoy. No me gusta que me

hagan esperar.

—Si he venido más tarde es para no incomodarle a usted con mi presencia —respondí altivo—. No me gusta despertar a ninguna «niñera».

—Vuelves a hablar como una mujercuela, *boy*, más de la cuenta —y en esas me lanzó algo amarillo a los brazos—. Póntelo.

—¿Qué demonios es esto?

—Un chaleco salvavidas. Ya me conoces, no quiero que me deporten antes de tiempo.

—¿Y qué diablos quiere que haga yo con esto?

—¿No querías aprender a navegar?

—Claro que quiero, pero...

—¡Pero nada! Andando y no preguntes más.

—Pero, señor Thomas...

—*Shut your mouth!* —ordenó con el dedo en la boca.

—Oiga, señor Thomas, déjese de juegos, si la Carmen no me ve por aquí se va a preocupar mucho y se va a enfadar todavía más. Y créame, no es bueno que la Carmen se enfade.

—Bobadas.

—Al menos déjeme ir a decirle dónde voy a estar.

—¿Acaso Cristóbal Colón le dijo a su mamá a dónde iba cuando fue a descubrir América? —argumentó con la facilidad de quien no tiene que dar explicaciones a nadie—. ¿Crees que el Doctor Livingstone dejó una nota sobre la mesa de su casa antes de marcharse a las minas del Rey Salomón? No les veo haciendo esas cosas. Además, ¿qué te hace pensar que esa mujer te va dejar meterte en un barco bajo su responsabilidad? O la mía, lo que es peor —consideró.

—Esto no está bien —lamenté poniéndome el chaleco—, pero nada bien.

—Si te sirve de consuelo, he dejado una nota sobre la mesa.

—No le creo una sola palabra —le espeté—. Pero vamos, no creo que sirviese de mucho. Me da a mí que la Carmen es más de ciencias.

—Pues ese sí que ya no es problema nuestro, ¿no crees?

Empujamos el bote hasta la orilla relamida por la niebla. El agua estaba tan helada que en cuestión de segundos dejé de sentir los tobillos y algo más. Por si acaso me palpé la entrepierna para ver si todo seguía en orden.

—No te preocupes, muchacho, el efecto es reversible.

El primero en subir al bote fue Rip, luego el viejo Thomas me ayudó a mí y después lo hizo él. Antes de que pudiera acomodarme me dio una pala para coger impulso hasta que la corriente nos arrastró por inercia.

—Bueno, ¿y se puede saber qué le ha dejado por escrito a la Carmen?

—¿Literalmente? «Nos vamos de pesca, punto, volveremos para el almuerzo, punto». ¿Te parece bien?

—Debería haber dicho la verdad, que me va a enseñar a navegar. Así de simple. Además, yo no sé pescar. No he cogido una caña en mi vida, es lo más aburrido del mundo.

—Mira por dónde estamos de acuerdo en algo. Yo por eso siempre voy preparado.

A nuestros pies descansaban su arpón y una mochila cargada de dinamita.

—Pues no debe funcionarle. Nunca pesca nada.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo voy de pesca?

No supe que decir a eso último. Con aires de misterio, el viejo me puso una mano en el hombro.

—Mira, *Scarface*, tú quieres aprender a navegar y yo no tengo ningún inconveniente en enseñarte, pero te advierto de antemano que acompañarme puede ser muy peligroso. Al otro lado de esta playa puede que nos esperen los peores enemigos que podamos conocer en nuestra vida, gente que solo creerías que existen en las películas. Y no será nada fácil. Aún estás a tiempo de volverte. Si decides hacerlo no podré culparte por ello. ¿Alguna pregunta?

Con la cabeza gacha empiné las cejas como tantas veces se lo había visto hacer.

—¿Nos vamos ya o qué? —me eché para adelante.

El viejo carraspeó su primera carcajada de trapo del día y en un par de minutos un silencio espectral nos remolcó mar adentro hasta que la casa del inglés y toda la playa desaparecieron tras la niebla.

Capítulo 6

En poco más de una hora me hice con las riendas del bote. Una vez salvado el primer escollo de timidez fue fácil. La embarcación era prácticamente una caja de cerillas con vela, apenas cabíamos dos personas sin hacer rodillitas, lo que incomodaba muchísimo a mi capitán cuando eso ocurría, ganándome entonces unas cuantas de sus miradas perdonavidas hasta que conseguí hacerme invisible. El bote era sensible a cualquier movimiento en falso y hasta su perro Rip lo hacía mejor que yo.

—No muevas un solo músculo, *boy*. Ni respires —me ordenaba.

En cuanto el aire se hizo más generoso, el bote se estabilizó y comenzó a ganar velocidad hasta plantarnos entre Torre Arenillas y Colón. Para entonces palabras como escota, orza, botavara o baluma ya eran prácticamente de la familia.

—No te fies del viento, utiliza tu cuerpo para amortiguar el impacto de las olas y nunca, nunca sueltes el timón —eran algunos de los consejos del inglés.

—¿A qué velocidad vamos, señor Thomas?

—Son días de viento muy suave. No creo que llegemos a los ocho nudos.

—¿Y eso cuanto es?

—Lo suficiente para ti.

Pronto sentí los pulmones cargados de espuma y sal. Desde luego aquello no era como cuando me subí al vapor Rábida para atravesar la ría. Nada de eso. Ahora respiraba aire puro, llevaba la cara mojada y una sonrisa por

bandera. Grité y cacareé a voz rota cabalgando a lomos del mar y a todo trapo. El rey del mundo. Y por un momento vi ablandar el rostro de piedra de mi capitán.

—Bueno, ya va siendo hora de parar un poco —me agué la fiesta.

—¿Ya, tan pronto? Me gusta ir rápido.

—Cuanto más rápido vayas antes se acaba la diversión, muchacho —sugirió con retintín—. Algún día lo sabrás.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—¿No querías saber lo que hago aquí todos los días? Te advierto que no es nada divertido. Me quedo aquí toda la mañana, tomando el sol y pensando en mis cosas. Mientras, espero.

—¿Espera a qué?

—Si tenemos suerte, lo sabrás.

Durante largo rato compartimos un incómodo silencio el perro, el inglés y yo. Recuerdo que fue muy aburrido. Matthew Thomas se entretenía acariciando a Rip, lo que no impidió que vez en cuando nuestras miradas se cruzaran. El mar centelleaba a ras de la calmosa brisa que siseaba corriente adentro.

—Bueno, *mister*, ¿por qué no me cuentas la razón por la que querías aprender a navegar?

—Siempre he querido tatuarme un ancla en el brazo —contesté.

—No me cuentes milongas o te tiro por la borda.

Me costaba decirle la verdad, era probable que mis argumentos le parecieran tan estúpidos como razonables, pero suficientes para arrojarme por la borda.

—A lo mejor se enfada o, lo que es peor, se ríe de mí.

—Eso suena a interesante.

Tomé aire y le contesté.

—Ayer conocí a una chica en la playa.

El viejo bajó la mirada y se lamentó enseguida.

—Lo que yo digo: un buen día cogeré toda esta dinamita y con ella prestaré a la humanidad el mejor servicio posible que se le pueda hacer. Nos volaré a todos por los aires. *Oh my God!*, millones de años de evolución y aún seguimos cometiendo las mismas tonterías —dijo meneando la cabeza—. A ver, continúa.

—Pues eso, que conocí una chica y estuve un rato hablando con ella, y no se me ocurrió otra cosa para llamar su atención que decirle que tenía un barco. Ya se imagina cuál. No pude hacer otra cosa. Vio el ancla y los amarres en la orilla, ella preguntó, yo contesté y de repente me escuché invitándola a navegar un día de estos. Ella no dijo que no y eso es todo. Así que ya puede enfadarse, o reírse, lo que usted quiera.

—Me has quitado las ganas.

—Ya sabía yo que no tendría que habérselo dicho.

—No te preocupes, forma parte de la estúpida historia de hacerse hombre. Bueno, al menos ella no dijo que no, *correctly*?

—Eso es.

El viejo Thomas meneó la cabeza y volvió a prestar atención a su pequeño amigo, pero no le di la oportunidad de ignorarme otra vez.

—Señor Thomas, ¿qué clase de nombre es «Rip»?

—Los perros necesitan un nombre, a poder ser corto y que lo entiendan bien. Rip me parece tan bueno como otro cualquiera.

—Pero aunque sea un nombre de perro significará algo.

—Puede ser.

Matthew Thomas perdió la mirada en el horizonte y Rip, que conocía al viejo mejor que nadie en el mundo, dejó escapar un gemido renqueante.

—Rip fue entrenado para salvar vidas en los bombardeos alemanes. Timothy lo adiestró, mi hijo. Cuando una ciudad se convertía en un cementerio, su unidad partía en busca de supervivientes bajo los escombros. Rip salvó muchas vidas, cientos de ellas, pero la única que no pudo salvar fue la de su maestro —me confesó—. Un batallón de alemanes los sorprendió en un

bosque en mitad de la noche, nadie quedó con vida, excepto Rip, pero eso no es culpa suya, ¿verdad pequeño? —le susurraba al cánido, gacho y alicaído entre sus piernas—. Eso fue lo que mató a su madre. Y desde entonces una parte de mí también murió. Ahora solo me queda tiempo, muchacho, tiempo y paciencia. Cada día que pasa es un día menos para vivir sin ellos.

—Lo siento, señor Thomas —musité.

El inglés levantó la barbilla y volvió a echar la vista en el mar. Así le resultaba más fácil.

—Después de que los alemanes los dejaran allí tirados como carroña, el perro veló a Timothy hasta que un comando americano dio con ellos. Lo encontraron en una cueva, tumbado a su lado, con el hocico sobre su pecho, y no pudieron hacer nada por separarle de su amo. El resto de la unidad había sido devorada por los lobos. Cuando repatriaron el cuerpo de Timothy para que su madre y yo pudiéramos enterrarlo, solicité quedarme con el perro. Tenía otro nombre, pero ya no me acuerdo cuál era. Le llamé Rip. En mi idioma significa «descanse en paz».

Ahora comprendía por qué Matthew Thomas no quería saber nada del mundo. El mundo se había comido a su hijo. De improviso, el sonido de una motora rompió el silencio y la congoja que me agarraba por el cuello. El viejo agarró sus prismáticos y sonrió.

—Hemos tenido suerte. La espera se ha acabado.

Su dedo me señaló el camino de burbujas que trenzaba la embarcación, una lancha de gran eslora con varias personas a bordo. Venían en nuestra dirección. A cierta distancia el motor calló y la inercia de la propia corriente meció la lancha a nuestro lado. Cinco hombres la sobrecargaban, uno de ellos iba al mando del motor, los otros cuatro se repartían a cada costado. Estos últimos vestían camisetas y polos sobre pantalón corto, ropa cómoda para pasar un largo día en el mar. A sus pies descansaban varias cañas de pescar y mochilas. El hombre que gobernaba la embarcación vestía una holgada camisa blanca y calzaba unas alpargatas de esparto azul marino bajo un pantalón de

lino a juego. A pesar de ir algo más formal que sus acompañantes, el hombre también había elegido para la jornada una indumentaria bastante confortable. Su rostro quedaba oculto bajo el panamá de paja que calaba.

—Buenos días, *Herr* Thomas, ¿cómo va esa pesca?

El hombre saludó cortésmente al inglés, con un acento que puso al pequeño terrier en guardia. Era alemán.

—Buenos días, *my friend* Schmidt. De momento se nos resisten — contestó el viejo, pasando revista uno a uno sus acompañantes y el equipaje de mano—. Van ustedes a intentarlo también, ¿verdad?

—Por supuesto. Ya sabe de mi pasión por la pesca. Aquí vengo con estos amigos míos, quieren pescar algo grande.

—Corvinas, ¿verdad? Tengo entendido que es todo un especialista, Mr. Schmidt.

—Veo que me conoce muy bien —admitió con sarcasmo.

El viejo no se amilanó y le recogió el guante.

—No tanto como ya me gustaría, no tanto...

El eco de una bocina retumbó a lo lejos, otro buque que salía del muelle. Su rugido se propagó sobre el balanceo metálico de las boyas. Entonces Schmidt se fijó en mí.

—¿Quién es su joven ayudante, *freund* Thomas?

—¡Oh, pero qué desconsiderado soy! Le presento Mr. Schmidt, este es mi buen amigo... —el viejo olvidó de repente mi nombre y al grupo de alemanes les hizo gracia.

—Martín —salí al rescate con tono severo.

—¡Sí, eso es! ¡Martín! —recordó—. Martín, te presento a Karl Schmidt.

Cuando el hombre se descubrió, me quedé helado. Su rostro era escalofriante. Parecía salido de una historia de terror: marchito y descarnado como el de un cadáver, despojado de cualquier expresión de vida, a Karl Schmidt era como si la muerte le hubiera pasado por encima, posándose como cuervo maldito sobre su hombro para convertirlo en su mayor heraldo,

consumiéndolo así hasta no dejar de él más que la calavera que ahora traslucía el sol como cáscara.

—Encantado, Martín —me saludó cortés.

Cuando abrió la boca creí que la piel se le resquebrajaría por los pómulos.

—Igualmente, señor —respondí con timidez.

Sus acompañantes cuchicheaban en alemán, entre risas. Schmidt volvió a calarse el sombrero y luego les mandó callar.

—¿Van a quedarse por aquí mucho tiempo? —quiso saber.

—Hasta que el chico aprenda —respondió el viejo Thomas—. Y la verdad es que me está costando. Me he comprometido con su tía, y no sé cómo vamos a solucionarlo porque es muy ansioso. Y ya sabe usted que la impaciencia es el peor enemigo para todo, sobre todo para la pesca.

—*Natürlich!* —exclamó—. Por supuesto.

—¿Van ustedes muy lejos, Mr. Schmidt?

—No mucho.

—Pues si quieren pescar corvinas tendrán que ir mar adentro. Creo que van en la dirección equivocada. Pero bueno, no quiero meterme donde no me llaman.

—Voy primero a por cebo, *Herr* Thomas —le aclaró—. Me gusta comprárselo a los pescadores de su playa. Lo cogen bien... ¡gordo!, como les gusta a las caballas. Iremos a pescar al banco que merodea siempre por los restos del *Sarastone* y después las usaremos para las corvinas.

—Conque al *Sarastone*, eh.

—Eso es.

—Ya veo que conoce bien la zona... —le dejó caer—. ¡Qué diablos, quédense con nosotros! Ya tendrán tiempo para las corvinas. Lo mismo puede echarme una mano y entre los dos hacemos de este muchacho un buen pescador.

—Le agradezco la invitación, querido amigo, pero no. Gracias, pero no.

El alemán echó un vistazo a nuestra embarcación y puso cara de extrañado.

—¿Dónde están sus cañas? No me diga que las olvidado.

—¿Tan bien como dice que me conoce y no sabe que las cañas me aburren soberanamente? Las cañas son para los niños, Mr. Schmidt. Yo prefiero algo más efectivo.

Ni corto ni perezoso, el viejo Thomas les enseñó el botín de dinamita que guardaba en la mochila. La tripulación del alemán se puso en alerta, nerviosa. A uno de ellos se le escapó un chillido ahogado. Schmidt les tranquilizó.

—¡Oh, no, por favor, no se asusten muchachos! ¡De ninguna manera era esa mi intención, Mr. Schmidt! —se disculpó entre risas el inglés—. ¡Vaya! No sabía que sus amigos fueran tan impresionables, cualquiera lo diría. Discúlpeme, lo siento mucho, de veras. Hágame el favor y dígales que esto solo es para los peces *gordos*.

—Creo que usted y yo ya hemos hablado suficiente por hoy, *Herr* Thomas.

—¡Oh, no se enfade, Mr. Schmidt! Por favor, no me considere una amenaza. Solo soy un simple viejo, nada más.

—Ha sido un placer volver a verle.

Schmidt volvió a poner en marcha el motor de su lancha y de esa manera dio por terminada la conversación. Luego se despidió de mí con una leve inclinación.

—Buena pesca, *freund* Martín —me deseó.

La lancha comenzó a alejarse de nuestro lado al ritmo del *Dios salve a la Reina*. El viejo Thomas no dejó de entonarlo hasta que estuvieron bien lejos. Cuando eso ocurrió se derrumbó sobre mí. Como pude mantuve el equilibrio por los dos y no acabamos en el agua. Luego le ayudé a sentarse. Las manos le temblaban.

—¿Se encuentra bien, señor Thomas?

—Pregúntame otra cosa.

—¿Y si le pregunto quién es ese hombre?

—¿Schmidt? Ahora no es nadie. Solo un fantasma, nada más.

—Creí que era usted el tipo de hombre al que no le asustan los fantasmas.
¿Por qué le ha intimidado?

—Esa palabra es más grande que tú, *boy*.

—Puede que lo sea, pero es lo que ha hecho. ¿Va a contármelo o no?

—Eso es secreto de estado. *Top secret* —acuñó—. Los secretos de estado tienen un precio muy alto, cuando se cuentan dejan de serlo y uno se convierte en un peligro para el resto.

—Bueno, yo soy de la opinión de que un secreto nunca lo es del todo si no tienes con quien compartirlo.

El inglés levantó la barbilla con una sonrisa.

—*Scarface*, estás hecho un embaucador. Tú no necesitas aprender a navegar para conquistar a una chavala, no tienes más que darle a la lengua. ¿Se puede saber quién te enseñó eso?

—Principalmente mi madre.

—¿Y quién es la santa que engendró a semejante trovador de la palabra?

—Más bien era —le aclaré—. Se llamaba Malena Quintero. Murió no hace mucho.

—No lo sabía. Lo siento, Martín.

—¿Vaya ha recordado mi nombre?

—No te salgas por la tangente, *my friend*, y sigue hablándome de esa santa.

—Pues eso, que mi madre era Malena Quintero, cantante, ¿no le suena su nombre? Grabó un disco.

—Siento decirte que no me suena de nada. No me lo tengas en cuenta.

—No se preocupe.

—¿Era buena?

—Creo que sí. Para grabar un disco debió serlo —certifiqué—, y también para codearse con gente como Norma Estrada. Yo no lo sabía hasta hace poco.

Cuando murió fui a recoger sus cosas a la casa en la que vivíamos. Hay varias fotos de ellas dos, aunque también aparece una tercera mujer, muy rubia y muy guapa. Tenía pinta de alemana.

Matthew Thomas esbozó una mueca.

—Muchacho, seguro que esa mujer a la que te refieres era Elsa Schmidt, la mujer de nuestro amigo de la cara picada. Ella también murió. Por lo que yo sé Norma Estrada y Elsa Schmidt eran muy cercanas. Karl Schmidt fue en su día su representante —me sorprendió—. Y sí, no me preguntes cómo puede ser eso que Schmidt tuviera mujer después de lo que has visto. No pienses que Schmidt siempre tuvo ese aspecto.

—¿Qué le pasó?

—Malaria —dijo—. La pilló en uno de sus safaris, al menos eso es lo que cree todo el mundo. Pero no es así. La verdad es que la cogió en el Congo durante unas maniobras militares. Karl Schmidt era un excelente estratega, *boy*, condecorado en varias ocasiones. Fue él quien entró en España en 1937 al frente de la Legión Cóndor para ayudar al frente nacional. Después se bajó hasta aquí para vigilar bien de cerca a la comunidad inglesa —el viejo aprovechó un momento para beber un sorbo de su cantimplora—. Sí, *my dear* Martín, Karl Schmidt es un espía alemán, y durante años estuvo saboteando nuestros barcos.

—Barcos como el *Sarastone*, ¿verdad?

El viejo sacó entre los dientes su risa de trapo.

—Vaya, veo que te conoces esa historia.

—Ya le dije el otro día que no me he criado en un verano como los pepinos.

—¡Pues sí!, como el *Sarastone*. Aunque más bien ese fue bombardeado por aviones, desde arriba. ¿Quieres saber cuál era realmente el estilo de Karl Schmidt? Al igual que hoy, se llevaba un grupo de amigos a pescar, pero ninguno de ellos era pescador. Tenían tanta pinta de pescador como yo de entrenador de circo de pulgas. Nada de eso: eran submarinistas. Les llevaba

hasta una distancia considerable y luego se sumergían para colocar cargas explosivas en el casco de los barcos. Posteriormente, ya en alta mar, explotaban.

No podía creer lo que me estaba contando.

—Pero eso ya se acabó, y aunque goce de cierta inmunidad al residir en suelo amigo, la comunidad internacional les mantiene vigilados a él y a toda su cuadrilla de germanófilos. Ahora simplemente se dedica a vivir de la renta de sus negocios y ayudar a otros alemanes a cruzar a Sudamérica a cambio de grandes sumas de dinero. Sí, *my friend*, Schmidt es un buitre que se alimenta de la carroña de los suyos.

—Pues que yo sepa no es el único que se dedica a eso —le dejé caer.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que yo también tengo mis secretos de estado, señor Thomas.

—Ya, ¿pero sabes qué? Un secreto nunca lo es del todo si no tienes con quien compartirlo.

Capítulo 7

De regreso a la playa hice cómplice a Matthew Thomas de mi humilde hoja de servicio. Le hablé de San Nicolás, de ese hogar para chicos huérfanos que el Auxilio Social había estado mangoneando durante años; de Rivas, alguien que debía ser más que un simple jardinero, y de un tipo que una noche se presentó allí para saludarle y contarle, entre otras cosas, que ahora se dedicaba a la fuga de alemanes.

—*Interesting!*—sopesó—. ¿Cómo te enteraste?

—Escuché la conversación detrás de una puerta —respondí—. Y que conste que no me siento orgulloso de ello.

—Ya, ya... —consideró con una sonrisa—. ¿Y quién era ese tipo?

—Aunque no pude verle bien, creo saber de quién se trata. Por lo que he podido averiguar, podría ser un tal Christian Samper, curiosamente, y aquí viene la gracia, el mismo pianista de la canción de mi madre.

—Menuda coincidencia.

—Las coincidencias en una ciudad tan pequeña no existen. El caso es que estoy buscándolo.

—¿Buscas a ese tal Samper?

—Sí. Y me gustaría encontrarlo antes de que lo haga otro tipo, Víctor Durán. Es un excombatiente, policía, de la brigada secreta. Y por alguna razón que desconozco también le anda buscando. Por cierto, fue él quien me cosió la cara.

—¡Vaya! Parecen gente peligrosa, *boy*. ¿Se puede saber por qué buscas a ese tal Christian Samper?

—Voy a contarle una historia, señor Thomas. *Mi historia.*

—Por favor, llámame Matt.

Por largo rato estuve hablándole de *El rastro de su voz*, de ese disco que era único y que tanto interesaba a alguien realmente interesante de verdad: Sebastián Morell, un tipo de voz cavernosa y metálica que ponía los pelos de punta y dispuesto a pagar una fortuna por aquella canción.

—Si no fuera por este último jamás me habría interesado conocer por qué ese disco es tan valioso.

—Creí que Morell no era más que un pararrayos, un nombre detrás del que se esconde alguien importante, en busca de tesoros por todo el mundo.

—De manera que usted también lo ha escuchado antes.

—Sí, pero nunca conocí a nadie que cerrara un trato con él.

—Creo que mi madre estuvo a punto. No lo sé, pero eso no es lo que importa. Quiero saber qué tiene ese disco de especial para que alguien sea capaz de ofrecer tanto dinero. Lo único que sé es que no existen más copias de ese disco. Solo eso.

—Resuelto el misterio: la exclusividad vale dinero.

—Eso está claro, ¿pero por qué? Quiero saber por qué razón no existen más copias. Antes de marcharme a San Nicolás mi madre me lo dio para que se lo guardase, para que nunca me olvidase de ella. Ahora también sé que quería esconderlo del tipo que vivía con nosotros, del tal Julián. Sabía que había leído la correspondencia enviada por Morell y temía que lo único que podía dejarle a su hijo se lo llevara otro por algo tan sucio como el dinero.

Rip se acercó hasta mí para darme su apoyo de un lametazo. Fue la primera vez que se dejó acariciar.

—¿Nunca se lo preguntaste a tu madre?

—Cuando me lo dio también me dijo que algún día sabría por qué ese disco es tan especial. Pero nada más. Creo que encontrando a Samper podré salir de dudas —deduje—. Hay algo que no me huele bien en todo esto, aunque... ¿qué podría hacer yo? Solo tengo casi catorce años y, al fin al cabo,

por más que maree este asunto, creo que no hay nada de malo en que un loco ricachón quiera ofrecerme dinero por el disco. Es un coleccionista, y los coleccionistas se dedican a eso, a despilfarrar su dinero en cosas innecesarias, ¿no es así? Usted lo ha dicho.

—¿Y qué más sabes de ese tal Samper?

—Lo que su padre me contó.

Por supuesto había un padre, un ciego pianista que se ganaba la vida poniéndole música a viejas latas de cine mudo, con un pasado terrible a las espaldas y al cual se lo había tragado la tierra el mismo día que lo conocí. Para cuando acabé la historia ya habíamos llegado a la orilla.

—Voy a darte un consejo, *my friend*.

—¿Está seguro? Usted me dijo que los consejos solo sirven para ignorarlos.

—Puedes hacer lo que quieras, es gratis. Tú escucha: tienes todo el tiempo del mundo por delante. Vive, disfruta lo que el mundo te ofrece, no persigas las respuestas. Tú descuida, un día vendrán a llamar a tu puerta. ¿Me has entendido?

Asentí conforme mientras le ayudaba a arrastrar el bote hasta la arena.

—Por cierto, este consejo también es extensible a esa chica que tanto te gusta, de modo que abre bien las orejas a lo que tengo que decirte, *dear* Martín, porque el viejo Matt sabe de esto un rato: a las mujeres no les van las historias cuyo final ya conocen. No les gustan los hombres que llevan escritas las prisas en la cara. Si te gusta de verdad, sé un libro de misterio para ella y que sea ella quien se encargue de pasar una página tras otra. Y por supuesto, no lo cuentes todo, que al final de cada capítulo siempre se quede con ganas de empezar el siguiente. Ese es el secreto.

—Es un buen consejo —contesté agradecido—, ¿pero cómo voy a ponerlo en marcha? La teoría es buena pero la práctica es otro cantar, Matt. Lo único que he podido sacar de ella es que le gusta navegar. Pero solo tenemos este bote y muy poca práctica. Me moriría de la vergüenza si hiciera algo mal.

—Pues no lo cojas hasta que tengas más práctica.

—¿Y qué hago mientras tanto?

—No queremos problemas, queremos soluciones —me reprimió meneando la cabeza a un lado y a otro como si no pudiera hacer carrera de mí.

El viejo Thomas resopló y buscó entre la arena una solución. Luego se quedó mirando su casa desde la distancia, perfecta y encalada como hacía años que no la veía. Y entonces se le encendió una bombilla.

—¿Qué tal se te da dibujar?

* * *

Desde esa misma tarde el viejo Thomas me tuvo practicando con un pequeño bloc que rescató de entre sus papeles. A partir de entonces llenó mi cabeza de volúmenes, perspectivas, puntos de fuga y otras locuras que bullían entre sus cejas. En un tiempo record de dos días, mis manos y mi imaginación, con una munición básica de cuadrados, círculos y demás geometrías, no encontraron obstáculo que se les resistiese sobre el papel. En ese tiempo tuve en vilo a la Carmen y los suyos dado que me pasaba el día entero junto al inglés. Llegaba a su casa con el primer soplo de la mañana y me marchaba justo cuando ya no quedaba luz para seguir dibujando.

—A ver si el viejo este se ha vuelto un satirón con tanta soledad —recelaba el marido de la Carmen durante la cena—. Así que ten cuidado, Martín.

—Tranquilo, Nemesio, no me gustan tan mayorcitos.

—Pues de toda la vida se ha dicho que gallina vieja da buen caldo. Díselo tú, Carmen.

—¡Come y calla, despuerconzao!

Cada noche, antes de que me venciese el sueño, aprovechaba la poca luz del duermevela para seguir practicando. Nandito y Juanín se convirtieron en mis principales modelos con vida propia. Hasta entonces la casa, el porche,

sus barandas y tejados habían sido objeto de mis primeros borradores. No fue hasta el tercer día de ensayo, cuando apoyado en una de las rocas, con la marea baja, comencé a esbozar el bote del viejo Thomas. En todo ese tiempo había olvidado la verdadera razón por la que hacía aquello, hasta que una mañana, de repente, me abordó a traición.

—¡Hola, Casanova! ¿Qué estás haciendo?

Rápidamente cerré la libreta. Lección número uno: mantener el misterio.

—¿Qué pasa, tienes algo que esconder?

—Eh... un pájaro —improvisé.

—¿Puedo verlo?

—Es que no está acabado.

—¿Y qué pájaro es?

—Pues... Un *martín* pescador —improvisé.

—Entonces que no se te olvide pintarte la caña —bromeó.

—¡Vaya, parece que esta mañana alguien ha desayunado tostadas con payaso!

La chica frunció el ceño.

—¿Qué escondes aparte de eso, artista? Algo tendrás hecho.

—Nada importante, solo garabatos y estudios de perspectiva. Nada divertido —contesté—. ¿Acabas de llegar?

—Sí, bueno, hace un rato, pero no soporto estar tanto tiempo a la sombra.

—Cuidado, ya sabes lo que me pasó a mí —bromeé mostrándole aún las marcas de mi bronceado a medias—. Las manos y los pies no cuentan, eh.

—Mira que eres tonto —sonrió—; bueno, ¿no me vas a enseñar lo que haces en ese bloc?

—Solo cuando esté acabado.

—Si tanta vergüenza te da enseñarlo es porque o eres muy malo o estás haciendo algo que no debes. A lo mejor estás dibujando alguna guarrada.

—A lo mejor te estoy dibujando a ti.

—¡Vaya, me siento halagada! —me ninguneó.

—Deberías, normalmente mis modelos suelen mejorar en el papel.
Eso ya no le hizo tanta gracia.

—¡Déjame ver! —exclamó abalanzándose sobre mí.

—¡Por favor, señorita! ¿Qué van a pensar de nosotros?

—Quiero verlo —exigió con la mano.

Protegí el portafolio bajo mi regazo y me escudé tras una sonrisa sibilina.

—He dicho que cuando esté acabado. Y punto.

Puso morros y pareció darse por vencida. Enseguida se fijó en el bote, varado más arriba en las dunas.

—¿Hoy no navegas, Casanova?

—No me apetece, ayer ya estuve todo el día en el bote. Hoy estoy algo cansado. Además no siempre es divertido navegar en solitario.

—Pues hazlo acompañado. Seguro que en esta playa hay mucha gente que aceptaría la invitación de subirse a tu barco.

—Ahora mismo no veo a nadie interesante —la tenté a ver si mordía el anzuelo.

Se me quedó mirando con ganas de estrangularme, y antes de que pudiera decir algo me adelanté.

—¡Oh, no me malinterpretes! —lamenté con disimulado cansancio, y le di otra sacudida—, no contaba contigo. Porque... estás paseando, ¿verdad?

—Tú también te has dado cuenta, eh —dijo fría.

—Y qué, ¿sigue la playa donde la dejaste el otro día?

La chica empezaba a cansarse de tanta insolencia.

—No me gusta que nadie me pinte sin mi permiso, ¿quién te has creído que eres?

—Vaya, creo que voy a necesitar unos azotes.

La chica negó con cansancio y decidió continuar su camino.

—Adiós, Miguel Ángel.

—*Ciao*, Monalisa.

—La Monalisa es de Da Vinci, para tu información.

—¿Estás segura? —me burlé—. Es el nombre que había decidido ponerle a mi obra maestra. No me sé otro.

—¡Buen intento, *Martinete!*

—¡Vaya, pero si te acuerdas de mi nombre y todo!

—¡No te hagas ilusiones! —alzó la voz, cada vez más lejos.

—¡Los retratos sin nombre traen mala suerte! —le grité.

Y finalmente, después de unos cuantos pasos más, mordió el anzuelo.

—¡Pues entonces ponle Sofia! —gritó usando las manos de altavoz—. ¡Y si no me gusta lo que has dibujado, te comerás tus lápices!

La chica asintió desde lejos con el aire haciendo suaves ondas en sus translúcida vestimenta. La vi alejarse como si formara parte de un cuadro impresionista que no pudiera comprar, el sueño de una mañana de verano a pies del mar. Me dejó saboreando su nombre sobre mis apuntes. Sofia... Eran las mieles del primer asalto, como así había predicho el viejo Thomas. Miré a la casa y vi al inglés asomado al porche, levantando el pulgar. Un tanto que se apuntaba.

Su risa de trapo estuvo todo el día sonando en mi cabeza.

Capítulo 8

En cuanto el nombre de Sofía se instaló en un rincón de mi pecho, la comida de la Carmen me supo mucho mejor, el aire parecía más dulce que salado y ya no me importaba que Juanín y Nandito tramaran diabluras en mi contra. Ni siquiera el sol escocía tanto tres días después, ya en el barco, y eso que aquella mañana fue realmente abrasador con Sofía al lado. El silencio de costumbre rizaba la superficie como suave terciopelo y, más allá, lejanas como de costumbre, las campanas del mar, tintineando en su continuo vaivén de canción de cuna. En cualquier otra circunstancia me habría hasta quedado dormido pero lo que tenía delante le quitaba el sueño a cualquiera.

—¿Cuándo vas a acabar? —me preguntaba cada cinco minutos.

Era la impaciencia personificada.

—No te impacientes, mujer —contesté—, ya estoy acabando. Y no te muevas tanto o tendremos que regresar a nado.

—No es fácil. Además, tengo la sensación de que igualmente iremos al agua de un momento a otro.

—Tú inténtalo y no desesperes.

Allí estábamos los dos con nuestros chalecos salvavidas casi en mitad de la nada y a una distancia desde la cual la Playa del Vigía me volvía a parecer más isla desierta que playa. Sofía había aceptado el reto, subirse a un bote con todo un novato lo era desde luego, aunque en su defensa ella no lo sabía. Lo había hecho con la condición de que acabase de una vez aquello que no quería enseñarle. O mejor dicho, lo que ella pensaba que tenía que terminar. Durante un buen rato estuve haciendo borradores de su cara hasta que por fin encontré

algo a lo que agarrarme. El resto fue sencillo. Una hora después solo quedaba acabarlo y ahora sí era de verdad.

—¿Dónde aprendiste a dibujar, en una escuela de tortugas?

—Por lo que veo tú fuiste a la de las liebres.

—¿Siempre eres tan insolente cuando no tienes qué responder?

—Algunas veces ni abro la boca, sobre todo cuando ya hay alguien que no para de moverla por los demás —me burlé.

—Te crees todo un hombrecito, ¿verdad?

—Solo cuando te oiga susurrar mi nombre al oído.

No hubo respuesta. En lugar de eso sentí su rubor en mis propias mejillas. Me la había jugado y, lo mejor de todo, que a ella no le había molestado. Eso sí, durante un rato no me dirigió la palabra. Yo disimulé lo mejor que pude y seguí como si nada, a lo mío, tenía algo importante entre manos. Su retrato estaba quedando fantástico, a cada mirada que echaba de Sofia al papel y del papel a Sofia iba mejorando, hasta me permití sentirme orgulloso de mí mismo. Mientras, Sofia, atragantada por su silencio, se perdía en el mar. Ni se atrevía a mirarme y eso que entreví un amago de sonrisa queriendo abrirse paso entre sus labios. Y justo cuando pensé que iba a tirarme por la borda, me pilló desprevenido.

—Dime, Martín, ¿eres de Huelva?

—Claro, de toda la vida: nací en Huelva, me he criado en Huelva y a día de hoy no creo que salga con vida de Huelva —bromeé.

—¿No tienes interés por ver qué hay fuera?

—¿Para qué? —pregunté.

—¿No quieres ver mundo, conocer otros lugares... Otra gente?

—La verdad es que nunca me he parado a pensarlo. Este es el mundo que conozco, Sofia, todo lo tengo aquí. Bueno, si puede llamarse todo a lo poco que tengo —sonreí—. Para marcharme habría de tener una buena razón. Y aun así, antes de hacerlo, tendría que solucionar cuentas pendientes.

—¿Cuentas pendientes?

«Mantén el misterio, *Scarface*», escuché susurrar desde dentro de mí. «Mantén el misterio». Mi conciencia había tomado la voz del viejo Thomas.

—Sí, cuentas pendientes, pero no quiero aburrirte con mis cosas — resolví—; dime, ¿a ti te gustaría irte?

—Cuando acabe el verano subiré a Madrid para continuar mis estudios. Empezaré una nueva vida y no creo que vuelva nunca más.

—¿Nunca más?

—Ni por vacaciones.

El lápiz se me escurrió de entre los dedos y cayó a la bañera. Ella se dio cuenta y yo no tuve más remedio que reaccionar rápido y comenzar a secarlo.

—¿Y eso por qué? —quise saber—. ¿Vas a estudiar algo que no puedas estudiar aquí?

—Por eso y por otras razones he decidido alejarme de esta ciudad para siempre. Pero yo tampoco quiero aburrirte con mis cosas.

—Hagamos un trato: tú me cuentas tus penas y yo te resumo las mías — dije—. ¿Por qué quieres marcharte?

Durante un minuto lo consultó con el mar, pensativa y ausente. Luego abrió los labios y susurró.

—No soporto la idea de ver a mi padre con otra mujer —confesó casi avergonzada—. Mi madre murió hace cosa de un año, Martín. Fue algo muy traumático, tremendamente doloroso, al menos para mí. Hoy sé que no lo fue tanto para él y menos aún para *ella*.

—Lo siento, Sofía. Pensaba que tu madre es esa mujer con la que vienes a la playa.

Sofía me miró herida. Le brillaban los ojos.

—Yo la llamo «la intrusa» —especificó—. Es como alguien que de repente se ha colado en tu vida así por las buenas, sin pedir permiso. Al menos a mí nadie me lo ha pedido.

—Creo que sé a lo que refieres —dije con conocimiento de causa.

—No, Martín, no tienes ni idea, de verdad —fue cortante—. ¿Sabes lo

patético que resultó el entierro de mi madre? Allí estaba ella junto a mi padre y a mí en el cementerio, despidiendo un ataúd en el que no parecía haber nadie que mereciera un poco de respeto. Creí que se estaban burlando de ella. Entre sollozos decía que se iba una de sus mejores amigas y se agarraba a mi padre hecha un mar de lágrimas, parecía que hubiera que consolarla a ella. Esa misma mañana lo comprendí todo, tantas horas fuera de casa, tantas idas y venidas de madrugada... ¡Qué tonta!, debí habérmelo imaginado antes.

Una lágrima rodó por su mejilla y yo noté la boca seca. Matthew Thomas no me había preparado para algo así.

—Te preguntarás entonces por qué vengo a la playa con esa mujer. En mi casa no puedo escapar de mi padre y aquí puedo escapar de los dos. Estoy con ellos lo justo, el resto del tiempo me escondo en mi cuarto, me pierdo por las calles... Pero no me preguntes por qué esta playa. A ella le gusta y a mí me da lo mismo una playa que otra. Tan solo me reconforta saber que puedo ser libre durante unas horas. En ese tiempo puedo escapar de este mundo, de la vida que me ha traicionado en suerte. Desde que murió mi madre siento un vacío enorme y sé que jamás lo llenaré. Siento el corazón hueco —y luego me miró a los ojos—. Todo es mentira, Martín. Por eso huyo, porque todo es mentira y porque no tengo a nadie en quien confiar.

Fue entonces cuando me atreví a acariciarle el hombro con la punta de los dedos.

—Bueno, si quieres me tienes a mí —musité.

Sofía me sonrió con tristeza.

—Sinceramente, creo que solo te cuento esto porque eres un desconocido al que no veré más, Martín. Pero gracias, seguro que bajo esa fachada de duro que llevas por delante hay un chico estupendo. Nunca me atrevería a contárselo a ninguna de mis amigas, aunque tampoco creo que haga falta. A estas alturas toda la ciudad debe saberlo, lo cual es peor aún. Es como ir con una diadema llena de cuernos por la calle.

—Sofía, huyendo no vas a solucionar nada.

De repente le cambió la cara, no le había gustado eso que había dicho.

—¿Quién dice que quiero solucionarlo? —preguntó furiosa—. No me conoces de nada, Martín, no tienes ni idea.

Ahora estaba enfadada y yo algo molesto. Debió darse cuenta.

—Creo que es mejor que regresemos, ya hemos hablado bastante —dijo con calma a pesar de las circunstancias—. Además, cuanto antes lo hagamos antes llegaré a casa y me taparé la cabeza hasta mañana.

—Como quieras —acepté y guardé el bloc en la mochila del viejo Thomas—. Anda, pásate a mi lado con cuidado, tengo que preparar la vela.

Sofía obedeció con el rostro apretado y se colocó a mi lado evitando el roce de mis rodillas. Luego manipulé la embarcación y ella me ignoró como si llevara toda una vida acostumbrada a hacerlo.

—Por mucho que lo intentes, sigo aquí. Siento tener un barco tan pequeño.

—Antes me precipité contigo, puedes llegar a ser realmente irritante.

—Sí, y por desgracia para ti esto no va a motor, por lo que vas a tener que escucharme de aquí a la orilla aunque tampoco tienes por qué hacerlo, claro, puedes ponerte el chaleco salvavidas e intentar llegar a nado a la playa. Eres libre de hacer lo que quieras porque como te habrás fijado este bote no tiene puertas —tomé carrerilla sin dejarle hablar—. Mira, Sofía, sé cómo te sientes, y lo sé porque yo he pasado por lo mismo. Y no pienses que esto que te digo ahora me sale sobre la marcha o que lo he estado pensando concienzudamente mientras maniobraba el bote para engatusarte, ni tampoco creas que vaya a gastar saliva en convencerte de que somos almas gemelas y de paso rogarte que no te vayas a Madrid porque no pueda vivir sin ti. Yo no valgo para eso, aunque en honor a la verdad, me importa que lo pienses como que escupas contra al viento.

Me estaba pasando, demasiado duro quizás. Pero en ese momento me lo pedía el cuerpo; ella se cruzó de brazos y puso morros como una niña pequeña.

—Nadie se atreve a hablarme de esa manera —dijo con frialdad.

—Tomo nota, encanto. Ahora escucha: este año ha sido muy complicado para mí. Hace dos mi madre enfermó de tuberculosis, a ella se la llevaron a un sanatorio y a mí a una casa de niños pobres, y puedo asegurarte que no ha sido muy divertido. Mi padre murió en la guerra cuando yo era pequeño y para mí su recuerdo por desgracia es tan real como una fotografía llena grietas y arrugas. A falta de él mi madre lo ha sido todo para mí y yo para ella, de hecho cuando parecía que se estaba curando tuvo una fuerte recaída que acabó por rematarla, a ella y a mí. Han sido los peores meses de mi vida, te lo aseguro —le informé por si no se había dado cuenta—. No puedo decir lo mismo del desgraciado que nos proporcionó un techo desde que murió mi padre y que creyó que algún día podría sustituirle. Difícilmente puede hacerlo un tipo que poco a poco fue ninguneando a mi madre porque estaba enferma y no podía darle hijos. A veces durante la noche le oía machacarla, diciéndole que no servía para nada, que solo era un lastre. Después el muy miserable regresaba a sus faldas arrepentido, llorándole y prometiéndole que no volvería a tratarla así nunca más. Sinceramente no puedo decir que fuera un mal tipo, después de todo no era más que un cobarde, un pobre desgraciado al que le faltó agallas para ser alguien más allá de las aperturas de su bragueta y estar a la altura. Aún así mi madre le perdonaba siempre, lo hacía por mí, para que tuviera un techo sobre mi cabeza y un plato de comida cada día. Sin embargo, en cuanto mi madre ingresó para curarse, él ya se lo estaba montado por su cuenta, ¿sabes cómo lo averigüé? El día que ella murió fui a recoger sus pocas pertenencias a la que también había sido nuestra casa durante años y baste con decirte que al poco apareció una mujer embarazada con un niño de la mano. Así que como podrás ver tengo el corazón demasiado encallecido, duro como el caparazón de una tortuga. Mira por donde prefiero ser una tortuga antes que una liebre. Y ahora si quieres puedes seguir compadeciéndote de ti misma.

—¡Eres injusto! —profirió más que molesta.

—La vida lo es, y cuando menos te lo esperas se acaba.

—Te odio.

—¿Y a mí qué? Total, quizás no vuelva a verte más...

Una brisa sibilina se levantó en cuanto arribamos a la orilla. El viejo Thomas aguardaba en su porche a nuestra llegada, seguramente intranquilo desde que partimos. Sofía ni siquiera me ayudó a subir la barca, dejó el chaleco salvavidas y salió pitando sin despedirse. Cuando levanté la vista el viejo Matt ya venía en mi ayuda para remolcar el bote hasta las dunas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada, las liebres, que no aguantan que una tortuga les pase de largo.

Capítulo 9

A la mañana siguiente Sofia no regresó a la playa. Tampoco lo hizo el día después, ni el otro, ni después del otro. Quien sí lo hizo fue la intrusa, la amiga de su padre. Llegó como siempre con su séquito de ayudantes: le montaban el tenderete, la ayudaban a salir del barco y luego se quedaban cerca por si le hacía falta algo. Al rato ella se levantaba y se iba a pasear. Se contoneaba con el gracejo de la llama de una vela, casi bailoteando, como esas mujeres que solo viven para su propio escaparate. Le gustaba hacerlo siempre en la misma dirección, hacia la Casa del Vigía. Se quedaba mirándola largo rato, desde la arena o desde el embarcadero. Luego, cuando se aburría de hacerlo a distancia, se acercaba y la rodeaba, subía incluso los peldaños que llevaban a la entrada. Algunas veces llamaba. En ocasiones le abrían la puerta y entraba, otras veces no, quizás no hubiera nadie. Y al final, cuando ya estaba cansada, regresaba a la sombra de su tienda campaña.

Esa mañana la curiosidad me pudo y me decidí a acercarme a ella. Quería saber quién era aquella mujer que según Sofia deseaba sustituir a su madre, al menos para su padre. Así lo pensaba ella. Me puse en marcha con el cuaderno de dibujos bajo el brazo y el retrato a medio acabar de Sofia como baza. Le preguntaría por ella y después me largaría. Ese era el plan. Y si quería verlo, se lo enseñaría. Y nada más. Aquella mañana el cielo estaba encapotado y el aire, caliente, se pegaba tanto al cuerpo que a mitad de camino ya vestía un traje de lunares por camiseta. De seguir la cosa así pensé que las nubes también comenzarían a sudar en breve.

Un ligero escalofrío me cruzó por dentro: conforme me acercaba a la

mujer, a cada paso que daba, supe que ya la conocía. La conocía de sobra, yo y todo el mundo. Aquella pelirroja ya la había visto antes, no era fácil de olvidar, más si aparecía en un puñado de viejas fotos de mi madre y en algún que otro cartel de cine despellejado.

Cuando Norma Estrada me tuvo delante no supe por dónde de empezar.

—¡Hola, guapo! —dijo.

Lucía la más perfecta sonrisa de plástico que había visto en mi vida, el resultado de años de práctica.

—Dime, ¿se te ha perdido algo?

No supe qué decir. En lugar de eso la miré como si nunca hubiese visto una mujer en toda mi vida. Llevaba el pelo recogido bajo un pañuelo de fantasía y unas gafas oscuras y grandes como alas de mariposa. Un largo pareo envolvía su figura, demasiado ceñido para poder respirar ahí dentro y demasiado fino para ser considerado ropa, atentando de camino contra unas cuantas normativas municipales sobre la convivencia y el recato en los espacios comunes.

—Es usted, ¿verdad? Usted es... no puede ser otra —balbucí.

—Por supuesto, guapo, claro que no puedo ser otra. Soy la que soy... ¿Y bien? —esperó a que yo mismo lo dijera.

—¿Norma Estrada?

—¿Me lo preguntas a mí? —se burló un poco más.

—No, claro que no, por supuesto que no.

—Pues sí, soy Norma Estrada, ¡la gran Norma Estrada! —subrayó.

Podría andar entre los cuarenta y tantos y aún así conservaba todavía parte del enorme atractivo que la había hecho tan popular, lo demostraba incluso respirando.

—¿Qué es eso, guapo? —preguntó señalando el bloc con sus uñas rojas.

—Nada, un cuaderno de dibujos.

Hizo un guiñapo con la boca.

—Pierdes el tiempo muchacho. A Norma Estrada no le hacen falta más

retratos, apenas tiene espacio en casa para otro más —dijo haciéndome aire con la mano, con la impunidad que solo poseen quienes hablaban sí mismos en tercera persona, como quien vive un cuento de hadas dentro de su propio ombligo—. Busca en otro lado de la playa.

Me hizo sentir unos peldaños por debajo suya y eso no se lo iba a consentir. Con bueno había topado.

—¡Pare el carro, guapa!, no he venido a hacerle ningún retrato —le bajé los humos como si fuera Carlines quien hablaba por mi boca.

Levantó las gafas y me enseñó su repertorio de pestañas de abanico bajo un ceño fruncido.

—¿Qué has querido decir con eso, chico? —preguntó molesta—. Insolente, ¿acaso desprecias a Norma Estrada?

—Nada de eso, señora, solo he venido a preguntarle por Sofia.

—¿Quién eres tú? —preguntó inclinando el labio superior.

—Me llamo Martín —contesté—. Soy amigo de Sofia.

Norma Estrada volvió a ponerse las gafas.

—¡Ajá!, ya sé quién eres. Tú debes ser el guapo con el que Sofia pretende castigar a Schmidt, ¿me equivoco? Ya decía yo que debías ser un tanto «especial».

De repente había dicho algo que creí no haber oído bien.

—Perdone, ¿ha dicho Schmidt?

—Claro, encanto: Karl Schmidt. Es mi representante —aclaró—. Sofia es su hija, ¿no lo sabías? Los tres somos muy buenos amigos.

Eso sí que no me lo esperaba. Nunca me hubiese imaginado que mi nuevo amor platónico fuese la hija de un espía alemán.

—Pero dime, tigre, tú eres muy joven, ¿cómo has reconocido a la gran Norma Estrada? —quiso volver la conversación sobre sí misma.

Estaba encantada de conocerse a sí misma, era lo único que le importaba.

—Por supuesto que sí —contesté—. Sé quién es, todo el mundo la conoce. La he visto en carteles y también la he oído cantar. Por la radio.

—Apuesto a que tus padres tienen algún disco mío en casa. ¿A que sí? — sugirió.

—Es posible —mentí con ganas de seguirle el juego.

—Por supuesto que es posible, corazón, eso seguro. A Norma Estrada le entusiasma encontrarse con sus fans. Es una alegría que un chico tan joven y tan guapo sepa reconocer a una vieja artista como yo. Ya hace mucho tiempo que Norma Estrada no hace ni cine ni graba canciones, muy pocos se acuerdan ya de ella —lamentó altiva y con excesivo dramatismo.

—De eso nada, lo que pasa es que ya no escriben canciones buenas — intenté metérmela en el bolsillo—. Además, usted de vieja nada.

La vedette me sonrió.

—¿Quieres un refresco? Anda siéntate aquí, guapo, coge un refresco de la nevera y tómatelo a mi lado, así podrás contar que Norma Estrada te invitó a uno.

Fui obediente y me enchufé un refresco de naranja que sabía a gloria. La mujer me examinó con detenimiento, parándose sobre todo en mi cicatriz.

—Ahora entiendo por qué Sofía te tiene de amigo... Los guapos con pinta de malo son los que más gustan. Esa cicatriz lo dice todo, debió costarte lo tuyo.

—No mucho, la pillé de saldo en el patio del colegio.

Una carcajada enorme salió de su garganta. La acompañé.

—Y dime, guapo, ¿qué dibujos llevas ahí?

—No son gran cosa, —confesé—. Bueno, excepto el de Sofía. Ese sí lo es.

—¿Me dejas verlo?

La mujer cogió el libreto y se puso a repasar página tras página. Cuando llegó al retrato de Sofía esbozó una enorme «O» en su boca. Me felicitó.

—Pero no le diga que lo ha visto, si se enterase se enfadaría conmigo.

—Creo que ya lo está. El otro día regresó muy enojada de vuestro paseo en barca y quería irse a casa antes de tiempo. ¿Se puede saber que le dijiste,

tigre?

—Nada grave. La gente se suele enfadar cuando se le dice la verdad.

La diva sonrió divertida.

—A veces decir la verdad no es una buena idea, Martín. Por eso la vida está llena de mentiras, porque se duerme mejor por las noches —me explicó—. De todas formas yo no me preocuparía. Sofía no está pasando por un buen momento. Su madre murió no hace ni un año y aún no lo ha superado. Tendrás que darle su tiempo. Hay cosas que todavía no ha aceptado.

—Lo sé, ya me lo contó.

—¿Y qué más que te contó? —quiso saber.

Su ceja, a punto de descosérsele de la cara, me decía que estaba tentando a la suerte. Lo mejor sería seguir hablando de la gran Norma Estrada que seguro le gustaba más.

—Sabe, ahora que lo pienso, usted me recuerda a alguien a quien una vez escuché cantar.

Tan pronto como acabé de hablar supe que no había hecho más que empeorar las cosas. Me acababa de caer con todo el equipo encima. Ella me miró por encima de las gafas

—¿Insinúas que Norma Estrada se parece a otra cantante?

Había metido la pata y hasta el fondo. La cosa se ponía fea por momentos. Si seguía un rato más al lado de aquella mujer queriendo parecer simpático me iba a especializar en apagar fuegos con gasolina.

—Bueno, yo...

—¡Norma Estrada es única, chiquillo! No hay nadie como ella, ¡nadie!— desde luego, no conocía a nadie que hablara tan bien de sí mismo en tercera persona. Algo me decía no tenían quien lo hiciera por ella—. ¿Se puede saber de dónde has sacado esa ridícula idea?

—Verá, una vez, en casa de un amigo, escuché un disco de su madre —improvisé—. Ella se llamaba Malena Quintero, ¿le suena?

Norma Estrada, la gran Norma Estrada, volvió a quitarse las gafas y me

miró con inquisición.

—No me suena de nada.

Estaba mintiendo. Lo que no sabía es que lo hacía de manera descarada. Norma Estrada aparecía en varias fotos junto a mi madre, ¿cómo podía decir que no la conocía? Había algo que no encajaba, y si ella quería esconderse yo jugaría también al escondite.

—Pues yo cuando la escuché me recordó enseguida a usted —insistí otra vez.

—Imposible —sentenció con sequedad.

—Recuerdo que era un disco pequeño, de una sola canción. No sé si era una colombiana o algo así. *El rastro de no sequé* creo que se llamaba el disco.

—¿Dónde está ese disco? Me gustaría escucharlo, ¿lo tienes tú? —se embaló.

—¿Le interesa?

—¡Curiosidad!, es la primera vez que me encuentro a alguien tan insolente como tú. Estaría dispuesta a pagar incluso por escucharlo. Dile a tu amigo que venga a verme, le compro el disco, ¡díselo! Que ponga un precio.

Norma Estrada me estaba retando, me miraba como si pudiese adivinar que aquel niño escondía algo. Pero yo también sabía hablar en tercera persona de mí mismo.

—No va a ser tan fácil. Le perdí la pista a mi amigo cuando ingresó en un hogar del Auxilio Social. Al menos hace casi tres años de eso.

—¿Y eso por qué?

—Su madre murió.

—¡Dios la tenga en su gloria! —concluyó con frivolidad.

Si hubiera podido despellejarla allí mismo no me habrían faltado las ganas, pero en lugar de eso la observé una vez más esconderse tras sus gafas de sol e ignorarme mirando el mar. Aquella mujer estaba desprovista de cualquier sensibilidad, su genética de escorpión no contemplaba la compasión en grado alguno. A pesar de eso no di muestras de estar afectado y la imité

mirando al frente con el refresco en la boca. De repente el cielo se ensombreció. El agua ya andaba algo revuelta esa mañana, la olas trezaban escalones de burbujas y la marea barría la orilla de espumarajos, algas y demás porquerías. Aquello me hizo pensar que siempre había suciedad que limpiar y verdades que esconder, y aunque la diva se estuviera tomando la molestia de intentar engañarme no podía porque mi gran ventaja era que aún no sabía quién era yo.

—¿Puedo preguntarle algo, señora Estrada?

—Si es otra insolencia más, puedes ahorrártela. La paciencia de Norma Estrada tiene un límite, muchacho. Una más y mando a que te echen a patadas de aquí.

—Nada de eso, de verdad —le aseguré—. Solo quería saber por qué solo grabó un disco. Una artista de su categoría podría haber hecho muchos más.

—Después de aquel disco me llovieron muchas ofertas pero yo prefería seguir haciendo cine. Además, después de eso estalló la guerra. Ahora en la industria musical solo hay rencorosos, lameculos y muertos de hambre. Nadie puede pagar mi caché. Por eso Norma Estrada cuando actúa lo hace lejos, en Sudamérica, donde saben apreciar a una artista de verdad.

—Sabe, aún no le he dicho que la vi en una película, *El ángel de medianoche*.

—¡Ah, sí! —recordó con desprecio—. Eso fue hace mucho tiempo, pero no me gustó como quedó. Fue por hacerle un favor a uno de esos directores que se creen alguien por estar sentado en una silla de tela con su nombre. Nunca me gustó esa película.

—Bueno, no se preocupe, tampoco sale mucho.

—Por eso mismo.

—¿Y cuándo volverá a actuar delante de las cámaras?

—¡Pronto!, más pronto que tarde —respondió enseguida—. Ahora solo me estoy tomando un descanso. Norma Estrada es una estrella, no conviene que se apague de tanto uso.

Había dicho su última palabra. Después de eso se levantó y yo me vi obligado a hacer lo mismo.

—Bueno, muchacho, creo que ya va siendo hora de que dejes a Norma descansar. Yo necesito un poco de soledad y tú seguro que tienes más gente a la que incordiar. Ha sido un placer.

—¿Me hará un favor, señora Estrada?

La vedette prefirió ignorarme otra vez.

—¿Le dirá a Sofía que he preguntado por ella?

—Ya te he dicho que el otro día estaba muy enfadada. No insistas, lo poquito gusta pero lo mucho empalaga.

—Sí, eso ya me lo habían dicho antes —recordé—. De todas formas dígame de mi parte que para el enfado el agua viene muy bien. Y aquí hay toda la que quiera —bromeé.

—Se lo diré. De todas formas, de venir, solo lo hará conmigo.

—Pero usted volverá, ¿verdad?

La mujer giró la cabeza al otro extremo de la playa, mirando la Casa del Vigía como si esta tuviera la respuesta.

—Puede ser —me contestó, sin apartar la mirada de la casa.

—Dígame que tengo que acabar su retrato, que necesito que venga, aunque lo mismo le importa un pimiento si todavía está enfadada —sopesé indeciso—. Mejor, dígame que ya lo he terminado, que venga a recogerlo... Y sí, ¿por qué no?, dígame también que usted lo ha visto y que ha quedado muy bien.

—Pero no está acabado.

—¿Me guardará el secreto?

—¿Tengo elección?

Negué con la cabeza.

—No te preocupes, Norma le dará el mensaje tal cual —amenazó.

—Ha sido un placer, señora Estrada.

—Norma siente no poder decir lo mismo —dijo—. *Ciao*, guapo.

Nada más volverme ya podía sentir sus uñas en mi espalda. Eso de que la

voz de una tal Malena Quintero y la suya eran idénticas la había matado. A mí también me habría molestado. De hecho lo estaba después de averiguar que Norma Estrada había repudiado en silencio el recuerdo de mi madre. ¿Pero por qué?

El cielo respondió entre una miasma de crujidos y las primeras gotas de lluvia comenzaron a apulgarar la arena.

Capítulo 10

La lluvia nos concedió una tregua hasta entrada la noche. De hecho no dejó de chispear en toda la tarde; a través de las ventanas del viejo Thomas, una jauría de nubes violáceas cabalgaba a toda prisa sobre un fondo de mercurio. El pequeño Rip gemía frente al cristal. Debían entristecerle los días así tanto como a cualquiera. Mientras, el inglés y yo repasábamos el retrato de Sofía, dándole a ciegas los últimos retoques. Aproveché para contarle mis últimos avances, en esta ocasión con la vedette.

—No sé cómo te las apañas para hacerlas enfadar a todas. Tienes un don especial, no lo pierdas —bromeaba.

—Quizás me falte práctica. ¿Qué sabe usted de la Estrada?

—Poco —contestó—. La recuerdo de dos o tres películas en las que actuaba. Eran simples apariciones, ya sabes, el típico numerito de copla en la taberna y poco más. Bueno, y que antes de eso hizo cine mudo.

—Eso ya lo sé —añadí—. Es raro que mi madre nunca me la nombrara. Y más raro aún que no tuviera los discos de una vieja amiga.

—¿No te ha dado por pensar que quizás se enfadaran?

—¿Y qué razón habría para ello?

—¿Para que dos amigas inseparables dejasen de hablarse para siempre? Quizás... ¿un hombre? —sembró una nueva sospecha—. ¿Tu padre tal vez?

—¿Tú crees?

El viejo Matt carraspeó su risa arenosa.

—¡Qué inocente eres, *dear* Martín! Las mujeres por un hombre son capaces de jurarse odio eterno. Entre ellas se conocen, la de cosas que son

capaces de decirse con solo mirarse... —se divertía explicando—. Nunca sabrás lo que una mujer piensa de otra, nunca. Ese es su poder. Y nunca llegaremos a conocerlas del todo, intentarlo es una pérdida de tiempo. Yo desistí de ello hace siglos.

Sopesé esa posibilidad, dos amigas enfadadas por un hombre: mi padre.

—Creo que esa es una parte de la historia que no me gustaría conocer.

—Rebuscar en el pasado es como abrir un cajón lleno de polvo que nadie ha limpiado en años. Te puedes atragantar. Si buscas la verdad, corres el riesgo de encontrar algo que no te guste. Por eso el diablo inventó la mentira, así todo es más fácil.

—Es curioso, la Estrada dijo algo parecido.

Miré el retrato casi terminado.

—¿Qué te parece cómo está quedando? Dime, Matt, ¿qué opinas?

—Que tienes un maestro que no te mereces.

Salí de casa del inglés sin una sola estrella que me alumbrase camino del chozo de la Carmen. En lo alto, la luna se envolvía en un capote sucio y andrajoso de nubes; una niebla sibilina comenzó a materializarse en mitad de la nada, mar adentro. Poco a poco fue reptando hacia la orilla y, conforme se fue haciendo más densa, las luces de la línea de flotación dejaron de parpadear. Tan solo su balanceo metálico seguía allí. Noté los tobillos helados, bajé la cabeza y los encontré barridos en el aliento etéreo del mar. Luego, cuando la levanté, la playa entera había desaparecido al otro lado de una tramoya de niebla.

Un haz de luz despuntó más allá del Muelle del Vigía. Se acercaba una embarcación. Desde que estaba allí era la primera vez que veía llegar una en mitad de la noche. Sentí curiosidad y continué adelante esperando dar con el final de aquella cortina de humo blanco. Tras ella se erguía la Casa del Vigía, silenciosa y amenazadora como de costumbre. Una hidra de cabezas de vapor se enredaba sibilina entre sus raíces de cemento mientras el resto del embarcadero parecía flotar entre fantasmas como pasarela tendida a otra

dimensión.

Las primeras gotas de lluvia trajeron consigo una sombra a la superficie. Se deslizaba por la pasarela a través de la niebla, deprisa. Era una mujer. Decidí ocultarme bajo el palafito y esperé con paciencia a que llegara. Parecía faltarle el aliento. Sus tacones, veloces por la madera, no encontraron piedad alguna entre las dunas. Cayó por dos veces y cuando por fin la tuve cerca me llevé una gran sorpresa. Era Norma Estrada. ¿Qué demonios hacía aquí a esta hora? Después de luchar contra la arena y la noche dio con la escalera y, sin tiempo que perder, la subió de golpe. Desde abajo la escuché dejarse los nudillos en la puerta, con insistencia. Al poco, la hoja de madera se abrió, sus tacones entraron para desgracia del entarimado y luego la puerta se volvió a cerrar.

Al principio no pude oír otra cosa, pero al rato mis oídos se acoplaron al murmullo de un par de voces. Pronto se unieron a estas unas cuantas pisadas más. Allí arriba había varias personas. Escuché a la Estrada decir que «no había tiempo que perder, que ya estaba todo arreglado y que en breve un buque saldría rumbo a Argentina». Argentina, musité. Algo gordo se cocía sobre mi cabeza. Después hubo un silencio; otra voz, mucho más sosegada, la de un hombre, se abrió paso alegando que era demasiado precipitado, que podría ser una trampa y costarle la vida a todos ellos, y que mientras estuviesen allí, en la casa, estarían a salvo. Nadie tenía por qué saber que se escondían allí. La vedette chilló furiosa y le recriminó que llevaba semanas esperando a que él apareciera, que él nunca se ponía en su lugar y que no era la primera vez que se la jugaba por él. «Él», ese hombre, debía ser alguien muy importante para ella. Su recompensa a tanta preocupación fue una carcajada, pero no una carcajada cualquiera, sino una que sonaba a cascabel y que inmediatamente me hizo retroceder en el tiempo hasta una noche lluviosa como aquella en San Nicolás.

Espoleado por la curiosidad me atreví a salir de mi escondite, tentado de gatear los primeros peldaños de la entrada y asomarme a la ventana. Sin

embargo, una intensa ráfaga de luz me detuvo. El haz no procedía del faro, sino del mar: una nueva embarcación anunciaba su llegada a través de la bruma, cerca ya del muelle. Los tacones correataron hasta la entrada. Otro par de zapatos les siguió.

—¡Estúpida zorra! —gritó «Él», enojado—. ¡Me has vendido!

—¡No lo sabía, te lo juro!

—Debiste haber usado el teléfono, idiota.

—¡Necesitaba verte, no podía esperar más! —se explicó la vedette—.

Dime, ¿qué puedo hacer?

—¡Rezar para que no salga vivo de esta! —la amenazó.

—¡No me pegues, por favor!

—Si lo hiciera con estas manos podría matarte. ¡Tú misma vas a arreglar esto!

Pero ya era tarde. A través de la cortina de agua que racheaba desde la otra punta del malecón, un grupo de cuatro hombres cruzaba la pasarela a toda velocidad. Una vez más me vi obligado a regresar a mi escondite y a esperar. Desde las sombras conseguí ver dos tipos enormes con traje y sombrero, dos perchas que no habrían desentonado para nada en una jaula para gorilas. Ya los había visto antes, juntos y por separado. Por separado, el día que seguí a Rivas hasta el Cinema Saltés. Juntos, cuando hicieron añicos la casa del viejo Samper. ¿Coincidencia? A esas alturas ya no creía en ellas.

Los gorilas escoltaban a su vez a otro hombre. Vestía ropa ligera, pantalón oscuro y camisa blanca. Un panamá coronaba su cabeza. Cuando le tuve encima volví a ver ese rostro de cadáver viviente bajo el sombrero: era Karl Schmidt, el hombre que durante años había espiado a los ingleses de Huelva, aquel que hacía explotar sus buques en alta mar, el mismo que ahora se dedicaba a traficar con sus propios paisanos. La cosa se ponía interesante. Demasiado para un crío de catorce años.

Pero aún quedaba un cuarto hombre.

Tras los dos orangutanes de circo venía el domador. Una ligera sospecha

me puso en alerta: gastaba traje y camisa de color blanco y una corbata oscura a juego con el cintillo de su sombrero. Y a su paso, una estela de humo que ya había saboreado antes. Vainilla, musité en la oscuridad, amedrentado. Noté cómo el pulso se me aceleraba, cómo me estrangulaba, con el regusto metálico del miedo en los labios. Al pasar por mi lado comprobé que incluso el tiempo le respetaba: no había cambiado lo más mínimo. Hacía más de un año y medio que no le veía y su aspecto era el de siempre, sereno, de rasgos afilados y ojos oscuros, de muñeca, como botones. Como los de un tiburón.

No cabía la menor duda. Era Víctor Durán.

* * *

Cuando regresé en mí, los cuatro visitantes ya se habían auto invitado a la fiesta. Con el corazón bombeándome en los oídos casi no podía escuchar el silencio que había detenido el tiempo allí arriba. El entarimado crujía en varias direcciones. Estaban rodeando la casa: unos pasos fueron al extremo opuesto de la entrada, otros tantos se acercaron hacia el lado que miraba a la playa. El último par de zapatos avanzó al centro de la sala.

—¡Al fin nos conocemos, *Herr* Samper! —exclamó el alemán.

Mis sospechas habían encontrado su razón de ser: Christian Samper, no podía ser otro. Salí a la tormenta sin reparar en las posibles consecuencias y subí hasta la puerta para ver con mis propios ojos al hombre que había decidido regresar de entre los muertos.

—Me ha ocasionado usted muchas molestias, *freund* Samper, más que cualquier otra persona. Llevo meses buscándole. ¡Años, diría incluso! —exclamó el alemán, de espaldas a la ventana principal.

Uno de los gorilas guardaba la entrada de espaldas a la ventana, dejándome ver lo suficiente de aquel vodevil; al fondo de la sala, el otro grandullón se había parapetado junto a la escalera. A un lado estaban Norma y un hombre que por su uniforme debía ser el vigía de turno. A Víctor Durán no

podía verlo. En el centro de la sala Schmidt tapaba al hombre que había reconocido como Christian Samper.

—Dígame, *Herr* Christian, ¿qué le he hecho yo para que me trate con tanta desconsideración? En su momento intentó robarme a mi esposa, ni corto ni perezoso me quita la exclusiva de la «fuga» de alemanes y ahora por lo que veo también se dedica a rellenarle el pavo a *frau* Estrada —se lo tomaba con calma, con tanta que levantó la risa de sus acompañantes, salvo la de Durán—. ¿Y tú, querida, qué tienes que decir en tu defensa?

—No es lo que parece, Karl —musitó, asustada.

—Parece lo que es.

Schmidt se apartó de Samper y fue hasta la mujer, tras aquella careta huesuda y macabra de la que salía su voz. Y entonces pude verle por fin: Christian Samper tenía el rostro duro, la tez bronceada y el cabello castaño. Vestía de negro y, curiosamente, llevaba guantes. Desde el cristal aprecié cierto parecido con el viejo pianista, sin embargo su expresión era muy distinta pues, a diferencia del aquel, este Samper ofrecía más bien la imagen de un hombre siniestro, alguien que no se despeinaba en situaciones como aquella, de esos que se divierten jugando con fuego por mucho que ya se hayan quemado las manos. Quizás por eso llevara guantes. Ni siquiera se molestó en impedir que el alemán quisiera castigar a la mujer. Le daba igual. Y no solo eso, sino que parecía divertirse. Una sonrisa cínica le cruzaba la cara. Sin duda aquel era el hombre que había visitado aquella noche a Rivas en San Nicolás.

En ese momento, uno de los grandullones desapareció escaleras arriba a una orden de Durán, todavía fuera de mi alcance. «¡López!», había dicho. Entre tanto, Schmidt continuó a lo suyo.

—Me has decepcionado, *liebe* Norma, había hecho planes para ti. Me entusiasmaba tanto empezar de cero, ayudarte a reflatar tu carrera, ¡no sabes cuánto! Pero ahora... Ahora ya no será posible, ya no puedo confiar en ti. En cuanto me he dado la vuelta, me has traicionado.

—¡No es como tú te piensas, Karl! ¡Por favor, escúchame! —le suplicó—. ¡Me llamó porque necesitaba ayuda, necesitaba dinero! Puedes comprobarlo tú mismo, le he traído un bolso lleno de dinero. ¡Solo quería dárselo para que desapareciera para siempre, Karl! Vino a mí, me pidió ayuda, y se la ofrecí. ¡Ese ha sido mi error! Necesita dinero y he venido a dárselo. No hay más, ¡te lo juro, Karl! —estaba desesperada por convencerlo—. Solo hay un hombre en mi vida, Karl, ¡eres tú! ¿No puedes creerme? Solo he venido a hacerle este último favor, solo eso, por los viejos tiempos. ¡Por favor, perdóname!

El hombre con rostro de cadáver parecía ahora reconsiderar un cambio de parecer. Una sonrisa que no era más que grieta le colgaba de los pómulos.

—Shhhh... Shhhh... —la serenó como a una niña pequeña—. Tranquila, tranquila... No llores más. Te creo, ¿me oyes?, te creo. Pero debiste venir a mí, *liebe* Norma. Este hombre siempre ha querido robarme todo cuánto tenía, lo sabes de sobra. No ha hecho otra cosa desde que llegó aquí.

—¡Solo quería ayudarle a que se marchara para siempre! No hay nada entre nosotros, Karl, te lo juro —lloraba agarrada a sus rodillas, implorando perdón—. Por favor, has de creerme. Solo te quiero a ti, no hay nadie más.

—Vamos, levanta *lieber*, ¿qué van a pensar de ti estos señores? Eres Norma Estrada, la más grande de todas —la consoló mientras la aupaba—. *Herr* Samper, le veo muy callado.

—Desde que usted ha entrado no ha parado de hablar —dijo indolente.

—¿No tiene nada que decir?

—Nunca me gustaron los debates estériles. Si va a hacer algo, hágalo ya. Me estoy aburriendo.

—Debería darle vergüenza, aprovecharse de alguien tan indefensa como *frau* Norma —reprochó, no sin sarcasmo.

—Estoy seguro que desde hoy no volverá a ocurrir —se burló.

Schmidt sacó una pistola de su pantalón y encañonó a la artista. Las presentaciones ya se habían acabado Aquello me superaba por completo.

Samper ni pestañeó.

—¿No lo estás viendo, *lieber*? Observa la indolencia con la que te mira. Este hombre nunca te ha querido. Solo sabe aprovecharse de las mujeres para sobrevivir. Nada más. Es un buscavidas. Te ha estado utilizando desde el principio, no le importas lo más mínimo. Podría matarte ahora mismo y ni siquiera haría nada por impedirlo.

—No es una novedad —habló Samper, sonriente—, siempre supo que me importó una mierda.

—¡Karl, por favor, no lo hagas! —gimoteó la mujer—. Te lo suplico.

—Has cometido una gran estupidez, *freund* Norma. Y esto es lo que ocurre cuando se juega a los tipos duros, sabes. Pasan cosas malas, muy malas.

—¡No me mates, Karl! ¡Por favor!

—¡Por supuesto que no! Si lo hiciera, nunca verías la cara que pondría.

Schmidt dejó de apuntar a Norma Estrada a la cabeza y, de repente, apretó el gatillo contra el vigilante de la casa. Así de fácil. La detonación sonó como un golpe frío, seco, como un globo al reventar. Así de sencillo. En una fracción de segundo la pared quedó empapada de sangre y de pequeños trozos de masa encefálica. Ni siquiera le dio tiempo a preguntar por qué. Fue rápido y extraño, sin destellos, ni explosión, ni nada parecido. Así de simple. Tan frío como el miedo que me laceraba por dentro.

Para entonces López ya se había reincorporado a la fiesta y Norma Estrada huía aterrorizada hasta un rincón fuera de mi campo de visión. Podía oírla gritar.

—Karl... ¡Lo has matado!

—Yo no, ha sido *Herr* Samper. Aquí hay tres caballeros que pueden atestiguarlo, ¿verdad, *meine Herren*? —Schmidt descargó el arma y luego se la lanzó al matón de la puerta—. Se ha metido usted en un gran lío, Samper. Ha matado a un hombre desarmado, ¿qué cree que hará la policía ahora? ¿Qué piensa contarles que hacía aquí de noche? ¿Cómo se lo va a explicar?

—Ya me inventaré algo —se encogió de hombros.

Tanta indolencia provocó de repente en mí un sentimiento de repulsión hacia Samper, de amargor, de decepción. La imagen que me había creado del hombre al que durante tanto tiempo había buscado se diluía ahora en aquella sonrisa luciferina que portaba. Nada de lo que estaba sucediendo allí dentro le sorprendía. Un hombre acababa de ser asesinado delante suya, a sangre fría, y a él no le importaba lo más mínimo, como si no fuera con él. Samper no debía ser muy distinto de Schmidt, un asesino.

El alemán fue a la esquina en la que debía estar encogida la vedette y luego se despidió del cuarteto.

—*Meine Freunde*, lo dejo todo en sus manos. Encantado de volver a verle, *Herr Durán. Herr López, herr Ortiz...* —luego se dirigió por última vez a Samper—. *Herr Samper*, espero que haya disfrutado de todos y cada uno de esos viajes a la frontera con mis amigos alemanes. Seguro que estará agotado. No se preocupe, ahora tendrá siglos para descansar.

Salí de la escalera como un resorte y aguardé nuevamente bajo la casa. Schmidt se alejó de allí con las manos manchadas de sangre y aquella mujer tan llamativa arrastrándose tras sus talones. Lo que fuera de ella era una incógnita.

—Bueno, ¿qué hacemos con él, jefe? Vamos a triturarlo, ¿no? —propuso antes de cerrar la puerta uno de los dos matones que acompañaban a Durán.

—No hay prisa, Ortiz, no hay prisa —dijo Durán—. Ya sabes que no es bueno para la úlcera de López.

Me escurrí nuevamente hasta la puerta paladeando los nombres López y Ortiz. De no ser por el collar nadie los distinguiría. El patrón apareció en el centro de la sala. Llevaba algo brillante en la mano, una pitillera. Sacó un par de cigarros y le ofreció uno a Samper. Este lo aceptó y esperó a que se lo encendiera. Durán se encendió el suyo y luego le ignoró guardándose el encendedor en el pantalón. Samper sonrió con el cigarrillo en la boca. La cosa prometía.

Fuera, la tormenta seguía a lo suyo.

Capítulo 11

Por un rato la cosa parecía haberse tranquilizado dentro de la casa. Pero solo lo parecía. En un extremo y otro de la casa, Ortiz y López esperaban su oportunidad, se lo pedía el cuerpo. De un momento a otro ocurriría. El que tenía delante de espaldas ya se frotaba las manos, imaginé con soniquete incluido de nudillos crujientes. Mientras tanto, yo me congelaba bajo la lluvia.

—Por un momento pensé que nunca se la llevarían. Esa mujer... solo sabe gritar. Y eso que grabó un disco precioso —sonrió Durán—. Además, esta es una fiesta para hombres, y yo tenía tantas ganas de conocerte, Samper... No sabes cuantas.

—No me diga. ¿Tanto?

—O más.

Durán le rodeó como un chacal a su presa mientras las otras dos alimañas esperaban impacientes las sobras que les dejaría.

—Verás, cuando alguien como tú se convierte en un estorbo para alguien como Schmidt, me llaman a mí. A partir de entonces pongo en curso un proceso de búsqueda y captura con todo tipo de cargos, tan simple como eso. Solo yo puedo hacerlo. Hace meses se me pagó para que tu nombre fuese incluido en una lista de sospechosos habituales, deberías ver tu hoja de servicio: deslealtad al régimen, sacrilegio, deserción, robo, asesinato, violación... Vamos, lo que viene siendo un rojo de mierda. Tal cual; eso sí, he de admitir que encontrarte no ha sido tarea fácil. Antes tuve que localizar a tu amigo Rivas y pasar unas cuantas semanas en una casa de niños huérfanos. Al final no fue tan fácil como pensaba, Samper. No fue tan fácil.

—Lamento haberle dado tanto trabajo.

—No tiene importancia, me pagaron muy bien. Se ve que se te aprecia.

—Me va a hacer sonrojar, señor...

—Durán, Víctor Durán —se presentó—. Y tú eres Christian Samper *hijo*, presumo. Bueno, al menos eso es lo que creen todos, ¿verdad?

¿Verdad...? ¿Qué diablos quería decir Durán con eso de «verdad»? De nuevo me había vuelto a perder. ¿Era o no era Christian Samper? La cosa ya no estaba tan clara como al principio. Ahora sí que necesitaba que me hicieran un croquis.

—Mira, muchacho —prosiguió Durán—, mi trabajo es muy monótono. Al frente de la jefatura solo hay papeles y más papeles. Nada más. Cada día es más de lo mismo. Ya no hay delincuentes como los de antes, solo estraperlistas de medio pelo. Una ciudad como esta se merece algo de más categoría. Así que, cuando aparece un encargo como tú, suelo cogerlo con ganas. Me tomo muchas molestias, sabes, me gusta informarme bien. Con la edad uno ya sabe lo que tiene que preguntar, dónde ha de buscar y con quién tiene que hablar. La gente habla mucho y a mí me gusta escuchar. La tuya es una historia fascinante: un chico que llega aquí en busca de su pasado, se enamora de quien no debe y se gana la vida como puede tocando el piano en los cabarets, en los teatros... Pero como cualquier otra historia, la tuya también tiene un poco de misterio. Sé lo de tus manos, sé lo que te pasó. Pero no te preocupes, tranquilo, tu secreto está a salvo.

Entonces se acercó y le habló al oído. A pesar de ello, todos le escucharon perfectamente. Incluso el vigía, que llevaba un rato muerto, podía oírle desde el más allá..

—Y te diré algo más: sé quién eres y sé quién no eres.

Durán se sentó a un lado para terminarse el pitillo con tranquilidad.

—¿Qué se ha propuesto hacer conmigo, señor Durán?

—Schmidt ya se ha quedado tranquilo y la vedette no hablará, así que vamos a divertirnos un rato. Ya te he dicho que esta es una fiesta de hombres.

—Los hombres de verdad no necesitan niñera. Usted se ha traído a dos.

—Me gusta que me lleven de paseo. Además, llevo mi mejor traje.

—¡Jefe, déjemelo a mí! —prorrumpió López.

Durán se sentó junto a una mesa y miró su reloj. Luego dio una profunda calada a su cigarrillo y después vació sus pulmones con total tranquilidad. No tenía prisas.

—¡Todo vuestro, chicos! Cinco minutos —contó Durán.

—Usted es de los que no se manchan, ¿verdad?

—Vamos, señor Samper, no se me queje. Sabe tan bien como yo que una buena pelea nunca es del todo limpia y yo tengo una cita cuando salga de aquí.

—Me gusta su estilo, Durán. Por eso acabaré con usted el último.

—Se agradece —dijo mirando su reloj—. Muchachos, se os acaba el tiempo. Y por cierto, ¡cuidado con sus manos! No queráis saber por qué.

El primer puñetazo, en la boca del estómago, no lo vio venir. Las rodillas se le doblaron y, enseguida, desde arriba, un segundo puñetazo, rápido como una ráfaga, le destrozó el tabique nasal. No era más que el principio. Una sinfonía de golpes comenzó a caerle encima, uno tras otro hasta el punto que su rostro se iba deformando por segundos. Ortiz y López lo estaban machacando a conciencia. Y Durán... Durán disfrutaba como si estuviera en un moderno circo romano, el suyo propio, y el espectáculo solo acabaría cuando él lo dispusiera, pulgar arriba o abajo, fumando y sonriendo.

—¡Vamos, señor Samper! —le animaba Durán—. ¡No se quede ahí parado!

Mientras Ortiz lo aguantaba por detrás, López le atizaba directamente a la cara. En pocos segundos su piel ya estaba amoratada y su boca era una burbuja de sangre, reventada. Samper se encogió en el suelo hecho un ovillo sin poder hacer más que encajar patadas y más patadas. Lo estaban destrozando; entre tanto, Durán sacó de su chaqueta una especie de intercomunicador.

—Guapo, ¿estás ahí?... —preguntó el inspector por el cacharro—. ¿Se han marchado ya?... Estupendo, vente para el fin de fiesta, ya estamos

acabando.

Durán tenía una nueva sorpresa preparada, hasta entonces podría disfrutar un poco más de su circo romano. Hubo un momento en que sus gladiadores se tomaron un respiro, estaban cansados de lo fácil que era. Samper no había tenido una sola oportunidad en todo el rato. Todos sus músculos debían estar dormidos. Tenía la cara llena de bollos y los ojos escondidos bajo bultos que minutos antes habían sido cejas y pómulos. De reaccionar nunca hubiese podido apuntar bien.

Ortiz quiso darle el golpe de gracia.

—¡López, vamos a arrancarle esas manos que esconde!

El grandullón le agarró una de las manos, dispuesto a retorcérsela. Durán tuvo intención de advertirle, pero la curiosidad lo contuvo. Quería ver qué pasaba a continuación. Solo él y Samper sabían al parecer lo que escondían las manos de este último.

Y entonces pasó.

Un grito desgarrador me puso los pelos de punta. A Ortiz se le torcieron las piernas y la boca. Prisionero de una mano, intentó con la otra zafarse de la garra que le aferraba mientras sus nudillos se quebraban con estrépito en la mano de Samper. López se quedó inmóvil, impasible ante lo que estaba viendo. Durán, curioso, se levantó para ver más de cerca.

—Eres una caja de sorpresas, muchacho —dijo maravillado—. ¡Ya les dije a estos que los debías de tener bien puestos!

Samper tuvo tiempo de sonreír antes de triturarle la mano a Ortiz. López no se atrevió a acercarse pues aún le quedaba la otra mano. Samper cerró con más fuerza su cepo sobre Ortiz y el coloso chilló como una niña histérica entre borbotones de sangre.

—¡Bravo! —aplaudió entusiasmado Durán—. ¡Bravo!

Cuando le soltó el brazo, Ortiz tenía los pantalones mojados y el extremo que colgaba de la muñeca no era más que una masa informe, rojiza y pulposa, licuada como un lingote de mantequilla en su envoltorio de plata. Como pudo,

Ortiz recogió con su otra mano los restos que colgaban. Era repulsivo. No pude seguir mirando. Aparté la vista de la ventana con una arcada a las puertas. Me arrodillé para apaciguar mi estómago y entonces descubrí otro silueta acercarse por la pasarela bajo la cortina de lluvia. Debía ser aquel con quien Durán había hablado a distancia.

No lo pensé más. Sin tiempo que perder, salté a la arena y fui en busca del inglés. Corrí entre las dunas todo lo rápido dieron las piernas de sí. El cuerpo apenas me respondía. Estaba entumecido. Demasiado tiempo engarrotado bajo la lluvia. Si no moría de una pulmonía era un milagro. Estaba cansado, pero peor aún lo tenía Samper, si es que ese era su nombre. Aún podíamos ayudarlo. Llegaría a la casa del viejo Matt y lo convencería para que me siguiera con su escopeta, su dinamita y lo que quisiera. Ese era el plan y estaba convencido de que funcionaría, pero no conté con la explosión que me sorprendió a mitad de camino.

El estruendo fue devastador. Una onda de luz roja se expandió hacia el cielo por encima de los chozos y por un momento todo quedó en silencio salvo ese pitido que me taladraba los oídos entre revolcones. Familias enteras salieron atemorizadas a la arena. Cuando miraron hacia la otra punta de la playa, la Casa del Vigía encendía la noche bajo la lluvia como una antorcha gigante. Su aliento abrasador llegaba a la misma orilla.

Una bocanada de fuego iluminó entonces el puente dibujando el puñado de sombras que lo cruzaba. Durán y los suyos lograban escapar mientras los cuerpos del pobre vigía y de Samper, o quien quiera que fuese, alimentaban la bola de fuego que devoraba la casa. Y junto a ellos se quemaba también la única oportunidad de averiguar si aquel hombre era el que andaba buscando.

Aquella duda tocaba a su fin y con ella también una etapa de mi vida: Samper, Durán, Schmidt, Norma Estrada... Y, por supuesto, Sofía. Solo entonces al mencionar su nombre descubrí que ya no tenía conmigo el bloc de dibujo. Lo había perdido bajo los cimientos de la casa. No me importó. Con suerte las llamas se lo llevarían consigo al igual que el recuerdo de Sofía y de

lo que pudo haber sido.

Para cuando me di cuenta tenía los ojos prendidos en lágrimas, insuficientes para ahogar la Casa del Vigía ardiendo para siempre en mi retina.

Capítulo 12

A la mañana siguiente la Casa del Vigía era un monumento a la derrota. El rastro de su mausoleo de vapor y ceniza se perdía en el horizonte como una hoguera recién apagada. Durante días estuvo supurando sus quemaduras al aire, a pleno sol; luego, por la noche, la bruma marina lo amortajaba en permanente agonía, como un moribundo que se negara a dejar de respirar.

Por fortuna la lluvia no paró aquella noche. Los cimientos y su forjado resistieron el envite de las llamas a tiempo de llegar los bomberos, y tanto su estructura de hormigón como el exterior lograron salvarse a tiempo. El incendio fue avistado por algunos barcos que enseguida dieron la voz de alarma al puerto. Uno de los inconvenientes de veranear al margen de la civilización era que ante cualquier infortunio estábamos vendidos. El único teléfono que existía en toda la playa había desaparecido junto con el interior de la casa. Nada se había salvado.

Días después los chicos de la playa se entretenían inspeccionando el lugar por la mañana. Luego Juanín y Nandito venían a contarme lo que habían visto. Yo por mi parte permanecí alejado de la Casa y de lo que allí había ocurrido. Solo yo lo sabía. Y el viejo Thomas, por supuesto, pues un secreto nunca lo es del todo si no tienes a quien contárselo. En ningún momento se apartó de mi lado después de haber oído cuanto había visto: íbamos y veníamos en su velero en largas jornadas de pesca que se traducían en cestas cargadas de peces —¡por fin el cascarrabias del inglés pescaba algo en su vida!—, paseábamos durante horas a lo largo de la orilla e incluso hacíamos senderismo a través de la extensa masa forestal que nos rodeaba, escalábamos

los médanos y luego coronábamos sus meandros de arcilla. En esos ratos el inglés me confesaba que los hechos habían cruzado el río aunque, evidentemente, la versión que ofrecía la prensa era otra.

Una tarde me ofreció un ejemplar de *Odiel* que había comprado tras el incendio.

—Echa un vistazo a lo que han escrito en el *Tragabuques*, dear Martín..

Nadie mejor que un inglés para escupir con insidia aquella palabra: «tragabuques». La nota aparecía escuetamente sin más importancia que la meramente testimonial. Era en la sección «*Huelva y sus Noticias*», que venía a ser el poco espacio que el diario dedicaba a las crónicas y reseñas locales. El viejo, conocedor de mi relato, me pasó la susodicha página para que leyera la literatura de marras que habían ideado los monosabios del diario:

RESUELTO EL MISTERIO DEL INCENDIO DE LA CASA DEL VIGÍA

Según han confirmado las autoridades policiales a este medio, el incendio producido en la ya consabida noche de autos habría sido provocado de manera accidental por el propio vigilante. En el interior de la Casa del Vigía fueron encontrados restos de varias botellas y bebidas de alta graduación etílica, por lo que se estima que el trabajador, en su delirio de soledad, y tras haber ingerido grandes cantidades de alcohol, prendió las cortinas del salón con el encendedor de gasolina hallado en el piso inferior, siendo este el origen del siniestro y posterior deflagración.

Los agentes del orden exponen que aquella noche esperó a que el fuego acabase con su vida y que posiblemente se quedó dormido mientras la casa ardía. Al parecer el sofocante calor de las llamas

podría haberlo despertado y en el último momento, aferrado a su instinto de supervivencia, quiso huir sin éxito. Demasiado tarde ya que las llamas acabaron finalmente con su vida o incluso la cantidad de monóxido de carbono inhalada durante el incendio que...

Deje de leer porque aquello no había por dónde cogerlo. La versión era infumable, cualquiera en su sano juicio se habría dado cuenta. Pero aún peor era la insistencia de la prensa de la época por querer tomarnos el pelo a cada momento. Precisamente del *Tragabuques* nadie se tragaba nada. Ya no y nada se podía hacer: las llamas lo habían borrado todo. Ni rastro de lo que allí había pasado, ni de Durán y sus secuaces, ni de Schmidt, ni de la vedette. El fuego se había comido la masa de vísceras y sangre del pobre vigía y, por supuesto, los restos de lo que una vez fue la mano que Ortiz se había dejado dentro.

La cosa no quedaba ahí. Al parecer, los bomberos encontraron otro cuerpo calcinado en la segunda planta. El trabajador de la Casa del Vigía no estaba solo. Se especulaba, según el informe del siniestro, que en esos momentos una persona más estaba durmiendo en el piso de arriba. Las llamas le habrían sorprendido en su máxima deflagración obstaculizando su salida en todas las direcciones. Una vez allí se vio rodeado por el fuego que crecía a pasos agigantados, alimentándose del entarimado del piso y de las paredes, y comiéndose su camino hasta devorarlo.

Y eso era todo.

Con toda esa prosa el caso quedaba resuelto de manera oficial y oficiosa. Nadie buscaría restos de una bala en el cráneo del vigía, ni se preguntaría por la identidad del otro interfecto. Si acaso, ya alguien le echaría en falta. Al final no habían matado a Samper, o como se llamase. Lo habían apalizado hasta la agonía con la esperanza puesta en una muerte lenta y dolorosa. Sin embargo no contaron con que encontraría fuerzas suficientes para asirse a la

vida y subir las escaleras en busca de una salida que no existía. El fuego lo quemó todo: sus secretos, su identidad, sus manos...

Y todas las respuestas.

* * *

Una fría mañana de finales de agosto la curiosidad me pudo. Los días comenzaban a menguar, cada tarde era más corta que la anterior y la noche un poco más larga y oscura. El cielo bostezaba gris al alba sobre un jardín de dunas y ceniza. El extraño verano entonaba las primeras líneas de su canto del cisne y con ellas se marchaban unas intensas semanas frente al mar cargadas de aventuras, tragedias y personajes que nunca pensé que fueran de carne y hueso.

Como digo, aquella mañana dejé mis huellas en la arena camino de la Casa del Vigía. Allí seguía en pie, paciente y a la espera de que algún día regresara a su tumba de polvo para exhumar el recuerdo de aquella noche. Al principio intenté ignorarla, rehuía su mirada, y por un rato, entre sus cimientos, anduve rebuscando lo que había dado por perdido. Con el paso de los días me había arrepentido de haber deseado que las llamas se llevaran la pinacoteca portátil que me acompañaba a todas partes como una mancha más bajo el brazo. El nombre de Sofía continuaba ardiendo en mi pecho. Era esa herida abierta que nunca sanaría si no dejaba de rascar en mi cabeza. Cavé aquí y allá, donde vagamente recordaba haberme escondido, revolví cuanto pude, pero no encontré nada. La playa se había tragado todos mis dibujos y con ellos mis esperanzas de volver a ver su rostro una última vez.

No hubo suerte.

Salí cabizbajo del foso de arena y solo entonces acepté el reto de entrar en la casa. De la puerta principal no quedaba nada, ni el hueco por donde lo vi todo. La arena entera estaba cubierta de carbón y cristales rotos. Y sospechaba que así seguiría pues nadie se había molestado aún en venir a limpiar aquel

desastre, no mientras la casa siguiera expectorando. Ya habría tiempo para mancharse las manos.

Una vez dentro de la casa, una primera bocanada me llenó los labios de un regusto ácido cargado de rabia. Todo estaba como había supuesto: destrozado. Deambulé de un lado a otro, recapitulando cada momento de aquella noche. Tras un primer vistazo escuché algo moverse sobre mi cabeza, en la planta de arriba. Lo hacía de un lado a otro, entre pequeñas zancadas, casi saltitos. Picado por la curiosidad me atreví a subir, allí donde según la nota del periódico habían encontrado el cuerpo calcinado de otro hombre, ese al que habían dejado medio muerto o lo suficientemente vivo para ver venir a la muerte; tomé la escalera con temor a que se deshiciera en el mismo polvo que la tapizaba, pues a cada paso, cada escalón que sobrevivía, cada vertebra que le quedaba, crujía con lacerante agonía bajo mis pies.

Una vez arriba me hallé ante un túnel oscuro y cegador, poblado de sombras que se revolvían y picoteaban al contraluz de una ventana rota al otro lado del pasillo por donde se colaba el sol. Enseguida se espantaron y salieron por allí volando. Solo un par de gaviotas expurgando entre las cenizas, allí donde solo ellas sabían que había algo que mereciera la pena picotear. Fue entonces cuando noté aquel miasma pegado al suelo, a las paredes, al aire, el olor a carne calcinada y su efluvio flotando a través de todo el corredor. Un golpe de fatiga me empujó en busca de aire limpio. Por suerte, junto a la escalera, pude sacar la cabeza por otra ventana sin vida y parte de mi estómago vacío se me escurrió entre los dientes con acidez.

Cuando me tranquilicé, noté un rechinar armónico bajo mis zapatos, un par de acordes quejumbrosos que sonaban a latón. Aparté la pierna y recogí del suelo un pequeño amasijo mecánico, el despojo de lo que un día debió ser una cajita de música. ¿Existían las casualidades? Por desgracia ya había aprendido que no. Le di cuerda con la esperanza de que todavía le quedara un último resuello. Y así fue. Aquella melodía mortecina, la que por primera vez oí en el órgano de San Nicolás en manos de Rivas, y por segunda en el Cinema

Saltés, estaba ahí mismo, manaba entre los despojos de un cachivache muy parecido al que el viejo Samper atesoraba en su vitrina del *Brasil*, antes de que López y Ortiz arrasaran con su casa, la misma cajita de música que minutos después rescaté de sus ruinas. No cabía la menor duda: era la misma.

Pero... ¿cuál era entonces su conexión con todo aquello?

La melodía tornó a su fin y, sin más, unos pasos me sobresaltaron a la espalda: del otro lado del pasillo, una silueta oscura, velada al abrigo del contraluz que relampagueaba, venía hacia mí. A pesar del calor se escondía bajo un atuendo largo que no supe identificar y agarraba un bastón de plata en el que parecía no necesitar apoyarse. Nunca lo parecía. Su respiración, metálica como de costumbre, se propagaba en el aire que respiraba como una maldición.

—¿Me lo enseñas? —pidió sin reservas.

Me quedé mirándole, disimulando como pude el miedo que me mordía la nuca.

—Creía que usted era ave nocturna... Señor Morell.

—Y es cierto —rió entre metales—: al igual que un vampiro, no valgo mucho durante el día.

—Será entonces de esos vampiros que aún no salen en las películas.

—Algún día te hablaré de cine si quieres, tengo experiencia en ello, en serio. ¿Me permites?

—Faltaría más.

Se lo lancé de lejos y lo cazó con la misma mano con que agarraba el bastón, sin soltarlo. La otra la mantenía oculta tras la espalda. Durante un largo minuto lo examinó con detenimiento.

—Es una pena —concluyó y me lo entregó—. Me fascinan las cosas que son *únicas*. Ya lo sabes, y me consta que lo que hacía ese hombre, lo era, como ese viejo disco que aún conservas de tu madre, ¿lo recuerdas?

Mis pies comenzaron a retroceder.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño —prometió sin hacer un

intento por seguirme—. Ya sabes lo que quiero. Solo tienes que dármelo.

—No puedo hacerlo —le contesté—, se lo prometí a mi madre.

—Lo sé, por eso voy a darte una nueva oportunidad. Pide lo que quieras.

Seguí retrocediendo hasta dar con el quicio de la ventana. Lamenté que no quedarán más metros de pasillo.

—Lo siento pero no está en venta —le aseguré con el poco valor que aún guardaba.

—Nada está en venta hasta que el precio es el adecuado, Martín.

—Imposible.

—Vamos, Martín... —quiso tentarme—, podrás venir a escucharlo cada vez que quieras, de veras. Sé lo especial que es para ti —intentaba engatusarme con la misma amabilidad que mostraba desde el principio—. Tengo una gran colección de discos antiguos y algunos son imposibles de conseguir como ese que te dejó tu madre. Todos los discos tienen una historia y la de ese es especial, una que muy pocos conocen.

—¿Y por qué no me la cuenta?

—¿Estás seguro de querer conocerla? Puede que no te guste.

—Menos me gusta usted y aquí lo tengo delante —repuse—. Lo único que quiero saber es la historia de ese disco.

—Hagamos un trato: tú me lo traes y yo te cuento su historia, ¿qué te parece?

Negué con la cabeza, eso me convencía menos que nada.

—Martín, me encantaría tener ese disco, el precio lo pones tú —lo intentó una vez más—. A mí nunca me ha preocupado el dinero. Solo sirve para gastarlo.

—Le he dicho que no.

El individuo pareció encogerse de hombros.

—No sé si eres tonto de remate o alguien realmente digno de admiración. Cualquiera otro en tu lugar ya habría vendido a su madre para guardar un fajo de billetes por el que rezar cada noche y no tener que usarlo nunca.

—Siento decepcionarle, pero no soy nada avaricioso. Nací con las neuronas justas para echar el resto del día.

—No sabes cuánto lo siento —lamentó.

—Además, yo no quiero su dinero.

—Cuando se tiene dinero que ofrecer a nadie le importa de *quién* venga, muchacho, pero en fin... —se dio por vencido—. ¡Ah, casi se me olvidaba! Tengo aquí algo para ti. Una muestra de mi buena voluntad.

Morell seguía con el brazo escondido tras la gabardina.

—¿Qué tiene ahí?

—Ven a cogerlo.

—Usted tiene mucho interés en dármelo y el camino es el mismo.

La sombra respondió a eso carraspeando una risa de metal a través del pasillo. A continuación dio un paso al frente y rogué que el suelo se desplomara bajo sus pies. Cuando estuvo lo suficientemente cerca me ofreció lo que guardaba a la espalda.

—Toma, sé que lo estabas buscando.

Era el bloc de dibujo que había perdido bajo las llamas. Lo agarré como si de repente me hubiese devuelto la vida y revisé cada hoja asegurándome de que no faltara ninguna. Estaban todos los dibujos y bocetos elucubrados bajo un sol abrasador, incluido el de Sofía. De repente sentí un inmenso agradecimiento hacia aquel extraño al que tanto temía.

—Tienes talento, Martín. Sería una pena que lo desperdiciaras —sostuvo—. Buena suerte, muchacho.

Y así, sin más, me dio la espalda, presto a desaparecer hasta nuevo aviso. Antes de que tomara la escalera le hablé.

—¡Gracias, señor Morell!

La sombra se paró en seco como si le hubieran apuñalado por la espalda, no debía estar acostumbrado a que nadie le diera las gracias.

—Presta atención: algún día necesitarás algo de mí, algo más importante que eso, no dudes que llegará ese momento. Y cuando lo haga, yo te estaré

esperando.

Los escalones crujieron dolorosamente uno a uno, toda la casa lo hizo hasta que desapareció. Después solo quedó el eco marchito del silencio. Una vez más revisé el álbum y algo cayó al suelo de entre las hojas. Recogí entre mis dedos una tarjeta.

Sebastián Morell
Coleccionista de Objetos Únicos

Al dorso encontré una vez más la silueta impresa de aquel dichoso diablo de las profundidades con el que aquel hombre gustaba sellar sus amenazas postales. Junto al tritón había una seña escrita a mano:

Calle Puerto, 37.

Me quedé clavado en el pasillo sin atreverme a dar un paso, ni a buscar por la ventana el camino de sus huellas, solo con la única compañía de su nombre y su última amenaza revoloteando en mi cabeza.

Capítulo 13

Al menos debió transcurrir una media hora cuando por fin me atreví a salir de la Casa del Vigía. Con mi cuaderno de bitácora recuperado, puse rumbo a la casa del inglés con el de nombre de Morell todavía revoloteando en mi pensamiento. Cuando llegué encontré al viejo Matt sentado y leyendo en su porche, no debía tener muchas ganas de gastar dinamita ese día.

—Te están esperando ahí dentro, *Scarface* —señaló con el pulgar la entrada por encima de su hombro, disimulando que leía—. Arréglate esas fachas y péinate bien, hombre. Y no metas la pata como de costumbre.

Después de tragar la poca saliva que me quedaba, atravesé nervioso el umbral hacia el dormitorio. No era para menos, allí estaba ella. Me la encontré sentada con aquella reproducción a pequeña escala del primogénito de los Thomas entre los dedos al tiempo que contemplaba la secuencia cronológica de la vida y obra del joven soldado.

—Se llama Timothy —dije a su espalda.

Sofía se echó una mano al pecho y luego resopló.

—¡Menudo susto me has dado!

—Eso debe ser porque no tienes la conciencia muy tranquila.

—Será eso.

Sofía me miró sin decidirse aún a esgrimir un gesto que dijera que se alegraba de verme. La suya era la actitud de quien prefiere esperar a que otro dé el primer paso. ¡Dios santo!, había echado de menos esos ojos, esa boca, ese rostro... Pero hasta ese momento no me hice una idea de cuánto. Ahora sentía el pulso acelerado bajo mi piel. Había soñado con ese reencuentro mil

veces, tanto que pensaba que aún estaba en la cama.

—Hola —empecé desde el principio.

—Hola —repitió sin darme opción a agarrarme a algo más.

—¿Cómo has venido? No he visto ninguna lancha en la playa.

—He venido en coche —me aclaró—. Verás, esta mañana me he levantado con un antojo: tenía ganas de *algo* dulce...

—Con que algo dulce, eh —le interrumpí colgando de una sonrisilla.

—No te hagas líos, ¿quieres? —repuso enseguida—. Bueno pues como te iba diciendo tenía ganas de un dulce, de modo que le pedí permiso a mi padre para llevarme a Chencho de la oreja, nuestro chófer. El pobre ya está algo mayor y aunque es demasiado pálido para un uniforme tan oscuro, no llega a deslucirlo del todo. Pero lo mejor de él es que, aparte de ser un encanto, es de un pueblo de aquí al lado donde según cuenta hacen las mejores milhojas del mundo. Y puesto que a mi padre le encantan no se ha opuesto a que tomásemos el trasbordador para cruzar el río. Luego hemos ido a comprar los dulces y a la vuelta le he dicho que me apetecía tomar un poco el sol. Míralo, está ahí —señaló a través de la ventana.

Allá arriba, en un camino de tierra que bordeaba la franja costera, estaba el chófer junto al coche asándose en su traje negro. Pobrecillo.

—¿Cómo estás? —quiso saber.

—Yo bien, vivo —contesté—. ¿Y tú?

—Te lo pregunto porque leí lo del incendio de la Casa del Vigía, debisteis llevaros un buen susto —añadió—. Dicen que se quemó por culpa del mismo vigilante, que se emborrachó o algo así. ¿Es verdad todo eso que cuentan?

—La verdad es que no vi nada, estaba durmiendo —le mentí.

Por un momento quise contarle la verdad y decirle de paso que su padre, Schmidt, era un asesino. En lugar de eso le hice otra pregunta.

—¿Dónde está la sustituta?

—Ni idea, llevo una semana sin verla. Lo mismo mi padre se ha aburrido

de ella. Es una buena noticia.

Lamentablemente para mí no lo era.

—Creí que solo venías a esta playa por ella.

—No podía esperar a que apareciese —confesó—. Ya estoy preparando las cosas para irme a Madrid, pero antes de hacerlo quería volver para despedirme... Ya sabes, del verano.

—Y de mí también.

—De ti no —musitó.

—¿Tanto me odias? —le recordé sus últimas palabras.

—Sabes de sobra que eso no es así, que aquel enfado solo fue un calentón del momento —se sinceró sin atreverse a mirarme a los ojos—. Este año, con todo lo que he vivido, he aprendido a conocerme más a mí misma. Ahora sé que no me gustan las despedidas. Bueno, si me pones a Norma Estrada por delante soy capaz de comprarle el billete con mis ahorros, pero...

—¿Pero qué? —quise saber cómo continuaba.

—Que tú tienes algo que contarme y que yo quiero saber.

Sus ojos se volvieron acusadores. Temí que me preguntara por algo que tuviera que ver con la fatídica noche de autos. Recé por tener una buena salida.

—¿Es un hábito eso de seguir a las chicas por la calle?

—Yo no he seguido a nadie en mi vida —me dio la risa, casi atragantándose.

—Mentiroso.

—¿No te habrás equivocado de sabueso?

—No conozco a nadie más con una cicatriz tan bonita en la cara.

—Ya te fijaste bien, eh —me delaté enseguida.

—No sabes cuánto.

Reímos como un par de tontos sin importarnos que alguien nos viera.

—Siento todo lo que te dije el otro día en el barco. ¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar. Además, yo también puse de mi parte.

—No sabes cuánto —le parafraseé.

Su mirada se desvió al portafolio y sonrió sin dejarme más escapatoria.

—¿Cómo va ese retrato, Da Vinci?

—Simplemente va. No es la Mona Lisa, pero va —me burlé.

—Eres cruel —sonrió sin más remedio—. ¿Nunca bajas la guardia?

—Solo contigo.

Bajamos a la orilla seguidos por el pequeño Rip. La sonrisa del viejo Matt no se quedó por detrás, estuvo dándome palmaditas en la espalda todo el tiempo. Una medalla más que se colgaba el muy bribón.

Un largo paseo bajo el sol, que ahora se abría a codazos entre las nubes, nos llevó hasta la altura del Faro del Picacho. En el camino nos confesamos media vida al tiempo que un puñado de gaviotas nos hacía de carabina picoteando nuestras huellas. En ese rato le hablé de mi madre, de mi padre, de Isabela y de doña Ana, y de San Nicolás, de los niños que se quedaron atrás, y por supuesto de Carlines, cómo no, de él y de Emilio, aquel niño tartamudo cuyo recuerdo aún nos partía el alma a los dos. Pero nada más, había cosas que de momento era mejor omitir. Me declaré un fanático de las películas de detectives y le confesé que era del Barça, a lo que ella dijo que no me preocupara, que aquello era una desgracia como otra cualquiera. También le revelé que solo había aprendido a navegar y a dibujar por ella, y en un tiempo record, lo que daba mayor mérito a mi heroicidad. Ya no me importaba que lo supiera, total, no la volvería a ver más...

Luego ella hizo lo propio. Primero me resumió un currículum que ya conocía a pinceladas y luego, durante un buen rato, me llenó los oídos de proyectos de futuro y otros disparates que amenazaba con poner en marcha. A mi lado caminaba una futura empresaria de la moda cuya mayor aportación a la economía nacional sería abaratar los costes de producción de una falda restando centímetros de tela por encima de las rodillas. Era la mayor majadería que había escuchado nunca, una herejía en toda regla. Y así se lo hice saber. No obstante le dije que si el alzamiento iba para adelante podría

encontrar munición de sobra en la futura mercería de Isabela y Doña Ana.

—¿Y tú qué quieres ser, Martín? —quiso saber de repente.

—Nunca lo he pensado, la verdad.

—Podrías ser detective privado, seguir a la gente parece tu fuerte, sobre todo a las chicas —bromeó a traición—. Aunque dibujar tampoco se te da mal.

—Por desgracia mis días de dibujante se han acabado —lamenté guiñándole el ojo.

Aquello le levantó una sonrisa, triste, pero a fin de cuentas una sonrisa.

—Tampoco creo que en una ciudad como Huelva se pague a alguien por seguir a nadie —continué—. Ser sabueso en la capital mundial de las habas con chocos tiene menos futuro que la ensaladilla rusa, te lo digo yo.

—Ese negocio funcionaría tan bien aquí como en otro lado. Estoy segura.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¡Ay, Martín, pero qué lerdo eres! Los detectives no se dedican a buscar halcones malteses o a pegarse tiros en los bajos fondos, eso solo pasa en las películas. ¡Mira que eres cortito! —me aduló otra vez—. Su principal negocio son las infidelidades, de toda la vida. Siempre habrá un marido celoso que quiera saber si su mujer le engaña o no. Y esas cosas se llevan con discreción. Ya sabes lo que dicen: lo malo no son los cuernos sino que lo sepa la gente. Y para eso están los detectives, se les paga muy bien para que guarden silencio y les digan la verdad.

—La verdad no siempre es un buen negocio, Sofía. Siempre hay alguien a quien no le interesa que se sepan las cosas —le referí con conocimiento de causa—. Y a todo esto, si Huelva te parece una ciudad como cualquier otra, no sé porque te vas.

—Porque si algún día necesito de un sabueso, en Madrid seguro que los tengo a puñados.

—¿Es esa una proposición?

—Si quisiera algo de ti ya lo habría conseguido.

—Estás muy segura de ti misma, ¿no crees?

—A mí no me engañas, Martín. Ve con el cuento a otra.

—Lo siento, pero ahora mismo no veo a nadie más.

Me paré a dos pasos de ella y miré a ambos lados para demostrárselo. Allí no había nadie más. Tan solo, al fondo, y como siempre, las campanas del mar, balanceándose en su canción de cuna entre olas. Una brisa cargada de fuego pasó entre nosotros con un silencio que me cortó el aliento a tan solo dos pasos de su boca. Dos pasos que eran todo un abismo. Los ojos le brillaban como el mar y una tímida sonrisa le colgaba de los labios.

—Un beso siempre encierra una promesa, Martín. No lo des si no crees que puedas cumplirla.

No había más que decir. Toda la iniciativa era para mí. De repente no había suficiente aire en toda la playa para que pudiéramos respirar los dos a la vez. El pecho me amenazaba con reventar. No me dejé intimidar y di un paso al frente. Ella dio otro y el resto lo hice con los ojos cerrados.

* * *

Esa noche no pude dormir. A través de eso que en casa de la Carmen llamaban ventanas, una lluvia de estrellas rozaba el retrato de Sofía. No podía dejar de mirarlo y de recordar. A mi lado Juanín y Nandito dormían como los dos benditos que no eran. No sabían la suerte que tenían de no haber llegado aún a mi edad. Y les envidiaba por ello. Sofía sobre el papel era como un puñal de recuerdos, de esos que dolían de tanto mirar, tan cercano y tan etéreo como el más cruel de los espejismos. Todavía tenía su sabor en la boca. Lo había ansiado tanto que ahora me preguntaba si acaso no había sido una ilusión más. Y sin embargo ahora me veía obligado a no poder olvidarla, espoleado por el temor de que un día el suyo se convirtiera en un recuerdo hecho de sueños.

De momento, mi único consuelo aquella noche era saber que había

pasado, aunque ya en el camino de vuelta tuviera mis dudas. Regresamos a la Playa del Vigía en completo silencio. Sobre todo yo. No podía dejar de pensar en lo sucedido un minuto antes y creí que no podría dejar de hacerlo hasta el día en que me muriera. De hecho ni siquiera me hubiera importado el que la muerte me hubiese cogido a traición entre sus brazos. Lo habría firmado, una muerte dulce como sus labios, calientes y húmedos, como su boca. Nunca había besado a nadie en toda mi vida y sin embargo en el momento de hacerlo supe que era como caminar, algo que se aprendía sobre la marcha. Y ya si el tiempo se hubiera quedado sin cuerda hubiera sido perfecto.

No podía parar de pensar en ello y, por mucho que lo intentara, mis pantalones apenas disimulaban que aún se alegraban de tenerla cerca. Fue en vano, lo sabía de sobra.

—¿En qué estás pensando? —preguntaba con maldad.

—En nada, en nada —decía yo.

—Ya veo, ya veo.

Yo no sabía dónde meterme y ella no dejaba de mirar con aquella sonrisa sibilina que le aflojaba los labios. Se sentía toda una mujer. Normal, para una chica de quince años burlarse de un chico al tiempo que lo hacía un hombre era una de esas grandes satisfacciones de la vida. Confieso que no habría estado mal probar un poco más, pero, a riesgo de recibir un bofetón, lo mejor era dejar el mundo como tal y como estaba.

—¿Cómo piensas acabar mi retrato?

—No lo sé —me hice el sueco—, ¿hay tiempo para una última sesión?

—Creo que no, quizás el año que viene.

—¿Volverás entonces?

—Es posible. Si Mahoma no va a la montaña...

—¿Otra nueva proposición, señorita Schmidt?

—Me debes un retrato.

—No creo que sea muy rentable subir hasta Madrid solo para entregar un dibujo.

—¿Solo por eso? —puso cara de perro pachón.

—¿Qué otra cosa puedo decirles a las dos mujeres con las que vivo? Y la verdad, con dos mujeres en mi vida, no sé si una tercera más...

—Bájate de las nubes, chaval, o te harás daño —repitió una vez más—. No seas tan cruel contigo mismo.

—No, si la crueldad está ahí arriba —señalé—. Viste traje negro, lleva gorra y suda como un pollo.

El pobre chófer debía llevar un buen rato acordándose de todo el árbol genealógico de Sofía.

—¡Dios mío, pobre Chencho!, debe estar asfixiado —dijo

—No te preocupes, todo el mundo tiene derecho a sudar en verano.

—Mira que eres malo —me recriminó.

—De vez en cuando tengo mis momentos —bromeé.

—Y por desgracia este ya se nos ha terminado —me miró con ojos tristes—. Lo siento, Martín, me tengo que ir ya.

Aquellas eran las palabras que ambos temíamos escuchar. Había llegado el momento de despedirse y no era fácil. La tomé por los brazos y la miré a los ojos sin saber si volvería a verla. Le pedí entonces que aguardase un momento, que no tardaba. Subí los escalones del viejo Matt y a los pocos segundos ya le estaba enseñando su retrato. Al final las ansias me pudieron.

—¡Vaya, es un dibujo increíble! —dijo impresionada—. ¿Tan guapa me ves?

—Ya te conté que los retratos siempre mejoran.

A cambio me lleve un golpe en el hombro, me lo merecía.

—Creía que no estaba acabado.

—La verdad es que pensé que si me lo quedaba al menos podría mirarte todos los días.

—Pues entonces quédatelo —decidió al final—. Pero el año que viene tendrás que darme uno tuyo, y lo quiero sin mejoras, tal cual.

—Eso está hecho.

Sus ojos brillaban como el mar pero con el sabor de la despedida.

—Así que no querías venir a despedirte de mí —le susurré.

—De ti no querría hacerlo, Martín —confesó—. Me ha gustado mucho conocerte.

—¿Nos vemos entonces el año que viene? —pregunté.

—Más te vale.

Antes de irse de mi lado la retuve unos segundos más entre mis brazos. No quería soltarla. Un último beso se llevó de mis labios el sabor de todo un verano y un minuto después, con el rugido de un motor, Chencho me la arrebató por toda una eternidad.

Capítulo 14

Me despedí de la Playa del Vigía una silenciosa mañana de septiembre. Los chozos habían sido abandonados poco a poco conforme los días iban refrescando. Solo quedábamos unos cuantos valientes en toda la playa, y presumiblemente la Carmen y los suyos aún aguantarían un poco más hasta el comienzo de las clases. Yo por mi parte debía regresar a casa y más después del recadito que Isabela me hizo llegar a través del marido de mi anfitriona. Nemesio Gómez se había licenciado ese verano como *correvedile* y por más que cambiara de taberna, al final Isabela lo encontraba y le daba la murga. Fue así como supo que no hubo que lamentar daños colaterales tras el incendio, lo que las había alarmado en exceso, pero más aún les sorprendía que no me decidiera a regresar.

—¡Que dicen que tienen muchas ganas de verte, que estás hecho un *descastao*, que te vas a enterar cuando llegues a casa, que te has olvidado de ellas dos y que cómo se te ocurre no aparecer todavía...! En fin... ¡Ah! —pareció recordar—, y que ni se te ocurra meterte en esa casa que se ha quemado, que te conocen como si te hubieran parido entre las dos, cada una un trozo.

Cuando acabó la perorata resoplé como una ballena.

—Muchacho, te compadezco —dijo—. ¡Vivir con dos mujeres! ¿A quién se le ocurre, criatura? Eso sí, tu tía está de muy buen ver, las cosas como son.

—Sí, eso dice todo el mundo, pero nadie se la lleva.

La mañana de mi partida quise despedirme del viejo Thomas. No podía tardar mucho, Nemesio esperaba impaciente en su nautilus de vapor. La

Carmen hizo el favor de acercarme la maleta al barco mientras yo daba una carrera hasta la casa del inglés. Nada más llegar me llevé una sorpresa: no había nadie. Estaba cerrada a cal y canto. Debí haberme dado cuenta al no ver el bote anclado en la arena. Me hubiese gustado poder decirle muchas cosas, tantas... Sin él, el Martín que regresaba a la ciudad habría sido el mismo que desembarcó en la Playa del Vigía un mes antes, el mismo que parecía atrapado aún entre los muros de San Nicolás, el mismo holgazán al que se lo daban todo hecho, el mismo que no habría sido capaz ni de decirle «¡hola!» a una chica como Sofía. Con Matthew Thomas había un antes y un después.

—Adiós, viejo. Nos vemos el verano que viene —susurré a su casa vacía.

Desde la otra punta de la playa, el capitán Nemo hizo sonar su sirena de humo. Rehíce el camino andado al galope y de vez en cuando iba echando la vista atrás. El palafito del viejo Thomas iba encogiéndose a la par que mi corazón, sin poder evitar unas pocas lágrimas contra el viento.

Me despedí de la Carmen, de Juanín y Nandito al final de lo que quedaba del Muelle del Vigía. De la casa nada se sabía, si la repararían o la echarían abajo era una incógnita. De momento el servicio se había trasladado a Torre Arenillas para no descuidar la zona de la barra, pero conforme avanzaban los días, entre los chozos de la playa fue tomando fuerza la idea de que la dejarían allí a la espera de ver si se caía sola.

—Güeno, señorito Martín, ya le vedo a usted a la vuelta un día que vaya a tomá un cafelito anca su tía y doña Ana.

—Cuando queráis, Carmen —le dije intentando librarme de ese bigotón que me pelaba la cara—. Muchas gracias por todo, han sido unas buenas vacaciones, posiblemente las mejores.

—¿Estaba el viejo Thomas en casa?

—No, debió olvidar que me marchaba hoy.

—No se lo tenga en cuenta, señorito Martín, bajo esa piel de inglés huraño y altivo se escuende un corazón de oro. Como a cualquier otro, al viejo

Thomas no le gustan las despedidas.

Abordé el vapor Rábida no sin antes revolverle los pelos a Juanín y Nandito. Ellos también habían hecho su parte. Si no hubieran intentado fastidiarme la peonada nunca me habría acercado a Sofía. Nunca les olvidaría tampoco. Entonces el vapor se puso en marcha y en cuestión de pocos minutos el embarcadero desapareció en la distancia, y tras este la pira funeraria de la Playa del Vigía.

* * *

Poco antes de divisar Torre Arenillas, un pequeño velero nos hizo señas a lo lejos. Nemesio aminoró la marcha hasta posarse muy cerca del pequeño bote. El pequeño Rip ladraba enfadado como si tuviera que recriminarle algo a alguien, a su lado, el viejo Thomas esperaba de pie. Antes de ponerme a su altura ya tenía un nudo en la garganta.

—Creí que no le gustaban las despedidas, señor Thomas —dije como pude.

—¿Quién te ha dicho semejante estupidez?

—Me lo ha dicho la Carmen. Es lo que piensa ella, ojo.

El viejo miró desafiante al capitán del vapor.

—Nemesio, ya te dije en su momento que ataras en corto a esa mujer tuya, que no la dejaras pensar tanto. Ya se ve quien lleva los bigotes en tu casa.

Nemesio asentía con una sonrisa, estaba totalmente de acuerdo.

—¿Va a echarme de menos, viejo gruñón? —pregunté.

—No seas engreído, estaba loco por que te fueras —dijo—. Te has propuesto desbaratar todos mis planes de no hacer nada en el verano y lo has conseguido: te he tenido que enseñar a navegar, a dibujar, incluso a ligar... Y encima te has ido sin pintar los marcos de las ventanas, eres un desastre, nunca tendría que haberme fiado de la mujer de este. Espero que el año que viene lo

hagas mejor.

—Puede estar seguro, señor Thomas.

—Eso espero, *my friend* —dijo—. O tendrás que vértelas con Rip, ya sabes que sería capaz de arrancarte el brazo de cuajo, no lo olvides.

—No lo haré, señor Thomas, descuide —le aseguré—. Tampoco le olvidaré a usted. Y estoy seguro que usted a mí tampoco.

—Ya te he dicho que no seas engreído.

Por un momento la voz se le había quebrado. Torcía su mueca de costumbre pero ahora no se atrevía a mirarme directamente a los ojos.

—Le echaré de menos, señor Thomas.

El viejo me tendió la mano, sin fuerzas para contestarme. De no ser por la altura del vapor y por la poca estabilidad de su bote me habría lanzado a darle un achuchón. En lugar de eso estreché su mano y vi en sus ojos el lagrimón que comenzaba a rodarme mejilla abajo.

—Sécate los ojos. No me obligues a subir y a darte unos azotes.

—Está bien —musité.

—Bueno, *dear* Martín, hasta aquí han llegado nuestras aventuras de verano, quién sabe lo que nos depara el futuro —dijo aguantándome la mirada como podía—. Y ahora marchaos, me estáis espantando la pesca y yo tengo aquí suficiente dinamita para jugar a los tragabuques.

El motor del Rábida rugió una vez más y el barco se puso en movimiento.

—Adiós, Matt —logré decir.

—Hasta la vista, *Scarface* —suspiró.

El vapor se fue alejando de su lado al son de los coros que el pequeño Rip le hacía a su amo mientras este entonaba el *Dios salve a la reina*. Y así, poco a poco, el viejo Thomas, Rip y su bote fueron encogiéndose hasta no ser más que un punto perdido en el infinito.

Solo he tenido dos amigos de verdad en mi vida. Matthew Thomas era uno de ellos.

HUELVA, 1954

—

Los RETORNADOS

Capítulo 1

Pasó el tiempo y Sofía Schmidt no regresó a Huelva. No lo hizo al verano siguiente como había prometido. Tampoco lo hizo el otro, ni el otro, ni el que vino después. Y así, poco a poco, Sofía se fue convirtiendo en eso que tanto me asustaba, en la nostalgia de lo que nunca había ocurrido. Su recuerdo se fue consumiendo día tras día, mes tras semana, en la vorágine de esa espiral que manda los sueños al desagüe de la memoria. Alguna vez, cuando ponía orden entre tanto jaleo en mi cuarto, su retrato regresaba a mis manos y automáticamente rescataba esa sensación perdida al instante que se evaporaba. Con los años la historia de su nombre quedó relegada al rango de leyenda, y de ahí pasó a una caja llena de trastos donde se acumulaban los mitos, al igual que el disco de mi madre, cuya voz para entonces ya se había perdido en el fragor de la indiferencia.

Siete años daban para mucho, lo suficiente para encontrar un buen trabajo, una mujer complaciente, una casa bonita, unos hijos maravillosos e incluso una lápida junto a la de mi madre. Pero yo no iba a tener tanta suerte. En lugar de todo eso encontré otra vocación: periodista. Al final sucumbí a esa idea romántica de buscar siempre la verdad, pero a punta de lápiz y a golpe de flash. Creo que solo lo hice por pura complacencia hacia esa desconocida de la que me había enamorado tiempo atrás. Pero lo cierto es que, una vez probé suerte, la cosa no se me daba mal del todo, tanto que en poco tiempo aprendí a enterrar mi falta de talento bajo renglones de tinta sin dejar un solo pegote.

Pero eso no sería hasta mucho después de abandonar el sótano del diario *La Luz*. Aquella nueva cabecera nació en 1950 como contrapartida al

Tragabuques. Hasta entonces el *Odiel* era el único medio del que disponíamos para ser ignorados por completo en la España del Caudillo. Aquel nuevo rotativo aspiraba a romper con esa tradición de no conocer lo que pasaba en nuestra ciudad, aparcar la rutina de tanta propaganda y limitarse a contar lo que pasaba, al menos lo que se pudiera. De repente entendí que aquella era mi mayor aspiración en la vida, amén de no perecer por inhalación en el sótano de la imprenta. De momento, en la redacción el cupo estaba cubierto y por algún lado debía empezar a la espera de poder demostrar mi valía.

La alternativa me llegaría después de año y medio aspirando tinta, y una vez más de manos de Isabela y Doña Ana, las cuales a finales del 48 abrían las puertas de *El buen desvestir*. Tras hacer las obras adecuadas en el principal del edificio, su amplio vestíbulo se convertía en santo y seña de mujeres que deseaban estar a la última a la hora de desnudarse. Allí dentro tejían ropa interior por encargo, y para las fámulas más adineradas y atrevidas confeccionaban diabluras en seda o piel de ángel. En resumen, toda una obscenidad. La lencería comenzaba a gozar de gran sensualidad entre corpiños y *culottes* que lucían famosos animalitos como Ava Gardner. Tal era así que en poco tiempo desembarcó en el local uno de los inventos del momento, la máquina Braun. Eso y la Merceditas, una aprendiz de sastre con pinta de mojigata tras la que se escondía una incendiaria del escote, capaz de copiar a la perfección las diabluras cónicas de aquellos sostenes con los que un francés estaba revolucionando la industria del picardías.

—¡Lo que yo les diga a ustedes, Dior y yo primos hermanos! —reía la Merceditas.

—Tú por si acaso no lo digas muy alto no vaya a ser que nos cierren el chiringuito por plagio —le bajaba los humos Isabela.

—¡Pues que se aguante! Lo que hay en España es de los españoles.

Pero como iba contando, mi oportunidad no me llegó hasta algo más tarde, en 1952. La culpa la tuvo una corista llamada Gilda. Resultaba que por entonces Rita Hayworth se encontraba haciendo las Españas, y no sé cómo fue

la cosa que acabó por Huelva de fiesta campera en una finca que el Litri tenía en San Juan del Puerto. En esa época se estilaba que las grandes actrices de Hollywood persiguieran toreros y matadores. Ahora bien, si Miguelito le puso las banderillas o no es harina de otro costal pues ya entonces el maestro disfrutaba de un primer retiro y que yo recuerde ese día no hubo cohete. Chupinazos al margen, la vedette se dejó caer por casa del diestro para conocer a la familia antes de ir al campo, no sin antes echarle un ojo a aquel escaparate que desafiaba a la gravedad de cintura para arriba. La Hayworth se había enamorado de aquellos delirios puntiagudos de la Merceditas, ideales para encaprichar a su príncipe Alí Kahn a la vuelta de sus taurinas vacaciones.

El resultado fue el desembolso de una escandalosa suma de dinero y un artículo en *La Luz* firmado por un servidor. No recuerdo haber sudado más en mi vida. En cuanto la vi, y aunque hubiera supuesto un atentado contra la razón en toda regla para un homínido de mi edad en plena efervescencia, me lancé a correr en sentido contrario sin apenas tocar el suelo. Y mereció la pena. Llegué como un rayo a la redacción y, en menos de lo que hubiese tardado en besar el suelo con la barbilla, regresé con el primer fotógrafo de la oreja que encontré, al cual por cierto hubo que sentarlo en una silla y darle agua con azúcar después de ver a la Hayworth pestañear. Y es que cuando Gilda le miraba a uno le hacía sentir el hombre más importante de su vida. Yo por mi parte no tuve calzones de contener el pulso en todo el rato que la tuve al lado, pero lo poco que se me había pegado del viejo Thomas sirvió para arrancarle una pequeña entrevista que agotó al día siguiente todos los ejemplares de *La luz* y las existencias de sujetadores en *El buen desvestir*. Todas querían lo mismo que se había llevado la diva y la avalancha fue tal que a Isabela no le quedó otra que para satisfacer la demanda hacerse con la exclusiva de Dior en la vieja Onuba. Y luego a vivir.

En cuanto a mí, dos días después abandonaba los bajos del periódico para dedicarme a la prosa. Comenzaba una nueva era. Los operarios de la imprenta me felicitaron por el ascenso, pero tan pronto como ocupé un sitio en

la redacción, mis nuevos compañeros me dieron el pésame, pues los mandamases del diario me hacían depositario de una gran confianza. De ahora en adelante desempeñaría una gran labor con vocación de servicio público: obituarios, o lo que era lo mismo, redactar la vida y obra de quienes se quitaban del tabaco el día antes a cada nueva edición de la mañana siguiente.

Y así fue durante dos años más hasta que un lunes a mediados de enero el gran jefe indio me mandó llamar.

—¡A ver, Vázquez, a mi despacho enseguida! —voceó Juan José Jiménez al pasar por mi lado como una exhalación—. ¡Ahora mismo!

—¡Enseguida, Jota Jota! —contesté.

J.J. Jiménez era editor, redactor jefe, director y Dios en *La Luz* y tenía la costumbre de dar sus órdenes atravesando a todo trapo la redacción con el brazo en alto y chasqueando los dedos. Parecía un coche eléctrico de feria, semejanza que le valía el título honorífico de *El Chispas*.

—¡Vázquez, está sordo o qué!

—¡Voooooy!

Una corriente de papeles voló a mi paso por el pasillo. Jiménez tenía su despacho en un pequeño habitáculo de tabiques de papel de fumar frente al que tecleaba su guapísima secretaria, Bea Gutiérrez. Solo por verla cada mañana ya merecía la pena inventar necrológicas. Era preciosa. Cada vez que pasaba por su lado siempre le sacaba una sonrisa, aunque era extraño porque con Bea nunca sabía cuándo era un simple gesto de cortesía o un coqueteo de «inténtalo y verás». Quizás por esa eterna estupidez que me perseguía de tenerle miedo a una chica guapa nunca me atreví a probar suerte. Aún así ella me deseó toda la del mundo. Era la primera vez que J.J. Jiménez me llamaba a su lado y por mi nombre, pues en anteriores ocasiones se refería a mí como *El Enterrador*. En cuanto abrí la puerta de su despacho un olor a puro pasado me golpeó primero en la nariz y luego en el estómago.

—¡Sit, Vázquez, sit!

Jiménez siempre se dirigía a sus empleados como si estuviera

amaestrando un lindo pulgoso. Era un tipo peculiar, digno de una caricatura. Tenía el pelo cortado a lo cepillo, como un militar, con su misma mala leche, y lucía siempre un bigote tachonado en amarillo. Ese hombre había nacido pegado a un puro.

—He tomado una decisión para con usted: voy a pasarle a una nueva sección de este periódico. ¡Y empieza mañana! —anunció—. Después de dos añitos sacándole brillo a los muertos creo que se lo ha ganado, más que nada porque sus necrológicas les aburren hasta a ellos. ¡Pero quite esa sonrisa de inepto y no haga que me arrepienta! ¡Ni tampoco me lo agradezca! Es algo que hago más que nada por pura higiene católica. Cada mañana le encuentro más pálido que el día anterior, y si no fuera porque respira creería que se ha escapado del cementerio. Pienso que si le dejo un día más ahí, sería usted capaz de escribir su propia esquela. Y a mí me gusta dormir tranquilo por las noches, ¿qué me dice, Vázquez?

—Lo que usted diga bien está, Jota Jota —contesté.

—Sé que bajo esa cara de paliducho, y como ya quedó patente hace un par de años, usted guarda algo que muy pocos tienen: don de gentes. Y puesto que se le da tan bien inventarse las cosas, he pensado que vamos a hacer una sección de perfiles de sociedad, qué le parece?, algo así como Ecos de Sociedad. Pero no me cante victoria, Vázquez, le pongo a prueba, ¿está claro?

—Claro como el agua, Jota Jota —le aseguré con cara de perro pachón—. ¿Y cuál será entonces mi cometido a partir de ahora?

El puro estuvo a punto de despegársele del bigote.

—¿Acaso no ha escuchado nada de lo que le he dicho?

—Solo quiero saber con qué voy a empezar.

—¡Está bien, está bien! —dijo—. Veo que es usted culo de mal asiento, Vázquez. Aún no puedo decirle nada en concreto, pero sepa que va a debutar por todo lo alto, se lo aseguro. Se rumorea algo que va a ser una auténtica revolución en este puñetero país desde que inventaran las *Juanolas*. Mañana mismo me lo confirmarán. Hasta entonces, redacte el último obituario y espero

por su bien que sea el último de su carrera porque si me falla le vuelvo a poner al frente de las necrológicas, pero en el averno ese de ahí abajo hasta que se consuma entre vapores de tinta, ¿comprendido?

—Desde luego, Jota Jota.

—Pues bien, eso es todo —concluyó mirándome de arriba abajo—. Oiga, Vázquez, ¿siempre ha sido tan pálido? Espero que no sea de esos que les gusta maquillarse con polvos de talco para resaltar el color de sus labios.

—¿Tanto se me nota, patrón?

—Ya me olía yo que usted es de los que van por la acera de enfrente.

—Está usted anticuado, jefe. ¿Para qué voy a ir por una sola acera pudiendo ir por todas? —abusé un poco más de su mal humor.

—Lo que me temía, un vicioso en mi plantilla. Debí imaginarlo antes. Me tiene babeando a la Bea esta que tengo ahí enfrente y ni siquiera hace lo propio por perpetuar la especie con ella. No le recomiendo al gremio de barrenderos porque esas dos santas con las que vive han hecho la mayor obra de caridad de toda Huelva. Pero usted... ¡Ande y salga de aquí rápido, no me vaya a pegar nada de eso!

—Como usted mande, Jota Jota.

—¡Y deje de llamarme Jota Jota!

—¡Lo que usted diga, Jota Jota!

* * *

Al acabar la jornada fui a mi segunda casa en busca de Carlines. Estaba como loco por contarle la buena nueva, eso y porque me llevara a celebrarlo, que para esas cosas Carlines era hombre versado. En cuanto abrí la puerta de *Casa Barba* el aroma a espuma y colonia de afeitarse vino a darme el encuentro, eso y el retablo de costumbre: en una esquina de la peluquería el abuelo de Carlines alternaba los ronquidos con los pedos mientras Manolito barría el suelo de pelárganos. Eso era lo único que había cambiado. Carlines había

dejado de ser el mozo de cuerdas del local para convertirse en el subalterno de don Ramiro, el actual maestro de Casa Barba.

—¡Qué vergüenza! —se quejó Carlines—. Si mis ancestros me vieran... ¡Cortarle las pelusas a un guardia civil! Esto no me lo perdonarán nunca.

—La bandolería ya no se lleva, hijo. Evolucionas o mueres —contestaba su padre—.

—Tu niño no sabe apreciar lo que se hace por él, Ramiro —dijo Ginés—. Al degenerar este me lo llevo un par de días a pensión completa a la cárcel y te lo traigo más suave que el culo de un viejo. Tengo allí un camastro bañado en orines que es una suite del *Palas* de Madrid comparado con el resto de celdas, niño. Cuando veas el pestazo a rojo de allí abajo y pruebes la comida, ya me dirás. Además, te voy a presentar al gitano que me queda, tiene menos dientes que una pava y amaestra ratas como si fueran cabras. ¡Vamos, que ibas a mandar a tus antepasados donde Cristo perdió el mechero!

—Diga usted que sí, Ginés, que este se queja mucho —aulló desde la entrada.

—¡Tú cállate, bocas, que eres un bocas! Si has venido para eso, ya sabes, ¡puerta!

Tan pronto como les dije que las esquelas habían pasado a mejor vida, me molieron el hombro a palmaditas. A Carlines le faltó tiempo decir que eso había que celebrarlo.

—¡Y por todo lo alto! —aulló.

En ese momento hizo aparición Arcadi en mitad del alboroto, bajo una nube de perfume, su chaqueta de pata de gallo y un pañuelito anudado al cuello.

—*Osti* tú, ¿se casa alguien? —preguntó deslizando su gracejo.

—Usted desde luego que no, Arcadi —disparó Ginés, quien ya estaba automatizado en cuanto veía al catalán.

—Vengo en son de paz, no empezemos.

—La paz para los cobardes y los catalanes, que ustedes solo quieren

salirse del mapa. Pues nada, háganlo, háganlo, a ver en qué liga se mete el *Farsa*.

—¡Ahhh! —ignoró pasando de largo.

Huelga decir que *Casa Barba* no solo era cantera de entrenadores cada lunes sino que además cuando estos dos coincidían, el noble arte del balompié se convertía en una cuestión de estado.

—Ya en serio, Arcadi, ¿cuándo se van a ir ustedes de nuestra liga? — siguió pinchándole Ginés—. ¿No dicen ustedes que no son españoles?

—El problema suyo, Ginés, es que *sempre* andan con la misma cantinela. Como llevan más de dieciocho años sin dar un palo a la Liga, nunca quieren hablar de fútbol —replicaba con sorna catalana—. Pero vamos, que ya le digo yo que el Barça es tan *espanyol* como el «Mandrill».

—Pero si a ustedes les fundó un suizo el equipo, por favor. No hay más que escucharles hablar, todo el santo día con el caramelo en la boca.

—Y a ustedes dos hermanos de Mataró, que se la *tenen ben* callao.

—¡Tráigamelos a esos dos y se los fusilo aquí mismo! —rugió furioso.

—¡Ginés, coño! ¡No se me mueva más, que al final le corto una oreja! — le reprendió Carlines.

El facha se mordió la lengua y decidió dejarlo ahí, en silencio, como mejor se llevan las derrotas. Aquello sí que no se lo esperaba. Sabía que el catalán era un rival duro pero no para tanto. El caso es que en cuanto Arcadi supo a qué era debido tanto revuelo me dijo que nada le haría más ilusión que estrenar aquella nueva sección de ecos de sociedad ya que sin ir más lejos la suya era una estampa digna de immortalizar en papel y tinta por su contribución a la industria del espectáculo en Huelva, sus correrías parisinas de juventud y unas cuantas razones más que olvidé al segundo. No quise chafarle la ilusión, de manera que le prometí una entrevista en cuanto fuera posible.

—Bueno, tú, ¿y cómo vamos a celebrarlo hoy? —me preguntó Carlines.

—Eso lo dejo en tus manos que ahí tú eres el erudito de la noche.

—Oye, espabilao, que mañana se abre temprano, eh —avisó Don Ramiro.

—¿Alguna vez te he fallado yo? —tentó a su padre—. No te preocupes, que llegaré temprano. Descuida.

—A mí me da igual que te recojas temprano a las once de la noche, o temprano a las 9 de la mañana. Aquí el horario de apertura es a las diez ‘o *clock* —le puso las cosas bien claritas—. Y cuidaíto a los dos con dar ningún escándalo por ahí, sobre todo tú, enterao, que ya me voy conociendo tus andanzas. Y ya has escuchado a Ginés, San Nicolás se te puede quedar pequeño.

El maestro no había concretado pero allí todos sabíamos de qué iba la película. Y es que Carlines se había convertido de la noche a la mañana en un vecino más del Barrio Chino. El pobre había cometido la estupidez de enamorarse de una trabajadora social que recibía sobre la taberna del Frasco. Ella se llamaba Linda, y por mucho que dijera que era sueca, de vikinga solo tenía el color del pelo pues el ceceo que arrastraba entre dientes se lo había traído a rastras de la zona del Condado. Eso sí, como buena valkiria postiza que era, poseía de dos razones de peso para tenerle todo el día pensando en un *valhalla* de cuarto y mitad.

—Macho, la mujer de tu vida tiene que quererte como la que te ha parido. Y para mí la Linda es eso mismo, he mamado más de su pecho que del de mi madre. ¡Fijo!

Por raro que pareciese, Carlines no la había conocido en una de sus esporádicas visitas a los lupanares, sino en el cine. Un sábado a la meretriz se le escapó el autobús que tomaba los fines de semana cuando se acercaba al pueblo a ver a la familia y a contarles la milonga de que el negocio en la inmobiliaria donde «trabajaba» marchaba bien. Ese día, tras quedarse en tierra, como no tenía nada mejor que hacer, se metió en el mismo cine al que Carlines había acudido para contemplar por enésima vez a aquel florero rubio del que tanto se hablaba últimamente. Y sin saberlo, fue allí precisamente viendo *Los caballeros las prefieren rubias* donde encontró a su Marilyn de carne, hueso y pechuga, enamorándose perdidamente de ella. Y aunque a mi

amigo solo le cobraba el mínimo por llevarse horas colgado de su pezón, mi amigo se estaba dejando los riñones cortando greñas a la espera de reunir lo suficiente para retirarla de aquel bendito oficio, soñaba.

—Anda que no tienes guasa tú —dije.

—Enamorado es lo que estoy —alegó.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en San Nicolás cuando nos conocimos, que eso de enamorarse era como morir de lepra?

—Tú por si acaso prométeme que si me muero no te liarás con ella.

—Descuida que mi falta de experiencia prefiero llevarla en secreto como las almorranas.

—Pues lo mismo esta noche te coronas —me sorprendió—. No he querido decirte nada, pero mira por donde que te tengo preparada una sorpresa, por los viejos tiempos. Y hasta ahí puedo decir.

Solo Carlines conseguía asustarme tan fácilmente. La noche se antojaba de picos pardos. De modo que, ya puestos, de perdidos al río. Enseguida me fui a casa a cantar bajo la lluvia y de paso aparcar la Vespa que doña Ana se había dado el capricho de regalarme aquellas navidades (después de enamorarse de Gregory Peck en *Vacaciones en Roma* y decidir que para entonces definitivamente Alfredo Mayo ya era historia). Así que después del lavado de rigor me vestí como un hombrecito, un poco de colonia, algo de dinero y luego, por último, el viejo encendedor Omega de mi padre que siempre me acompañaba a todas partes. Siempre había que estar preparado, en cualquier momento algún bellezón podría necesitar lumbre.

Quedé con Carlines en *La esquinita te espero*, nuestra oficina particular a la salida del trabajo. Sin duda era el mejor sitio para inflarse a chocos y pescaíto de todo el centro, amén de ser el único que nuestros bolsillos podían permitirse. Después de repasar la comanda Carlines pidió por los dos y como siempre se hizo de notar.

—¡Pero los chocos que sean de verdad, Pepín! —pinchaba Carlines—. Las potas te las guardas para los turistas, eh.

—¡Niño que aquí solo hay calidad! A ver cómo te enteras —le gritó.

—¡Ya, ya! ¡A mí por mucho que la cortes en tiras no me engañas! — insistía guiñándome el ojo.

—¡En tiras te voy a dejar yo un día de estos, pelabarbas!

—Mira que te gusta calentarlo —le reproché—. Un día de estos tendremos suerte de que solo escupan en nuestra comida. A la gente que te pone de comer hay que tratarlos igual de bien que a la que te lava las sábanas.

—¡Déjate de tontunas, cara cortada, y háblame de eso, de sábanas! A ver, la Bea esa, ¿te la metes en carne o no?

—Estás hecho todo un poeta.

—Soy un filósofo erótico, como Platón. ¿No decía que había que unir lo que estaba separado? Pues eso —argumentaba—. Bueno, al lío, ¿cómo va la cosa?

—Pues creo que va a estar difícil, querido amigo. Y todo por tu culpa.

—¡Eh! Para el carro que yo no he hablado con esa tía en mi vida.

—Escucha, Casanova de estraperlo —empecé a leerle la cartilla—. El otro día por fin hice un amago de echarle bemoles al asunto, le dije que a ver si me dejaba invitarla a tomar algo en el Café Oriente, ya sabes, un sitio exótico, a ver si entre arabescos y arcos morunos se me ponía flamenca y me enseñaba el ombligo. Bueno, ¿pues sabes qué me dijo?, me dijo que le extrañaba que aún me quedara tiempo para entrar en sitios decentes, que ya me habían visto por la Calle Gran Capitán con un amigote, a ver si adivinas quién, y desde luego no en ninguna taberna. Y eso es por tu culpa. Tengo una fama de putero que allá por donde voy que parezco que llevo colgada la campana de Elgorriaga, por no decir que a su madre no le haría ninguna gracia verla con un chico con una cicatriz en la cara.

—Mira lo de tu cara no lo puedo arreglar, eso para empezar —se defendió—. Pero en cuanto a lo otro lo tienes fácil. Dile que tú no entras en la habitación con nadie, que te quedas fuera, que solo vienes a acompañarme y punto, así de fácil.

—Claro, y de paso le cuento que mientras espero a que tú cortes oreja y rabo yo me pongo en la cocina de la casa a jugar al cinquillo con la moñarda de la madame y con el resto del personal en albornoz. Muy agudo, Carlines, muy agudo.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó.

—Morir virgen —respondí en seco—. ¿Te parece un buen plan?

—Hombre, si no tienes nada mejor que hacer... —se burló.

—Y es extraño porque cuando paso por su lado me sonrío, pero no sé si es porque le gusto o porque piensa que soy un cerdo y eso le hace gracia.

—Macho, entonces es que le va la marcha —dijo—. Mira, Martinito, las mujeres son como los hombres, la única diferencia es que pero saben guardar las apariencias mejor que nosotros. Saben sorberse las babas para dentro, por eso tienen más tragaderas que nosotros, a ver si me comprendes...

—Déjate de rollos y dime cuál es esa sorpresa que me tienes preparada.

—Ya la verás, hombre. Solo puedo decirte que es el mejor regalo de promoción que te podría hacer nadie.

—¿Un regalo tú a mí? En la vida me has regalado nada.

—Oye, enterao, sabes de sobra que yo por ti doy la vida.

—Mala vida es la que me estás dando desde que te conozco.

—¿Y lo que te ríes?

En cuestión de quince minutos dimos buena cuenta de lo que Pepín nos puso por delante y aún nos quedó tiempo y dinero para un café, un postre y un par de digestivos de muy respetable graduación. El bueno de Pepín tuvo incluso el detalle de invitarnos a unos puros, que a mí personalmente me sentó como un tiro. Al rato salimos de allí perfumados de fritanga y habanos, bien macerados en aguardiente y con ganas de seguir echando chispas. Cruzamos toda la carrera de la Concepción en busca de alguna taberna de guardia, lo que a las doce de la noche de un lunes difícil nos iba a resultar. El centro entero parpadeaba bajo una batería de faroles que tiritaban tanto como nosotros. Hacía un frío que pelaba. Por suerte pudimos colarnos en la Cafetería Viena

echando el cierre y en cuanto Carlines se arrancó por Paco Isidro nos regalaron un frasco de manguara para que siguiésemos desafinando en otro lado.

* * *

Para cuando llegamos al corazón oscuro de la ciudad ya no sabía ni el día en el que vivía. Estaba como una cuba. Carlines no tuvo que insistirme mucho en que le acompañara por enésima vez de nuevo más allá de los límites de la Huelva oficial. A esas alturas ya me movía por inercia, y en honor a la verdad lo estaba deseando pues Carlines me tenía intrigado.

—Una sorpresa —balbucía—, la mejor que te pueda dar nadie. Tu mejor amigo, tu compadre de tu alma.

—Más te vale —conseguí decir.

Presumiblemente se trataba de una mujer, pero andaba listo si creía que me iba a gastar un penaco en algo por lo que no estaba dispuesto a pagar, por mucho que insistiera en eso de que al pajarito había que darle más uso que el de cambiarle el agua. Aún así me dejé llevar al tapadillo mientras de camino íbamos arreglando el mundo entre sus berridos y mis flatulencias. Algo no me había caído del todo bien y ahora no paraba de dar vueltas en mi estómago. Esperé que al menos de ahí no saliera nada hasta que llegara a casa. La centrifugadora estaba en marcha y ya no había manera de pararla.

—Tienes mala cara, Martinito.

—No te preocupes, solo me estoy concentrando.

—Debe ser eso, que lo estás concentrando todo ahí abajo. Eres un monstruo.

El pisito se reducía a un par de ventanas que miraba a la Calle Gran Capitán sobre una taberna de moda. En el portal de al lado una angosta escalera que olía a gato subía hasta una de esas puertas que se podían echar abajo de un soplido. Fue llegar arriba y enseguida la Faemina salió a

recibirnos como si nos hubiese olido.

—¡Pero mira qué *surprais!* —dijo al vernos—. ¡Ya se os echaba de menos, guapos! ¡Vamos, vamos, pasad!

Antes de cerrar la puerta nos empujó a la salita para no interrumpir el paso de ningún cliente. Encontrarte a algún conocido allí podría ser algo verdaderamente desagradable, para ambas partes. Que me lo dijeran a mí, que sin haber tocado pelo ya tenía el sambenito colgado. Y eso que mi virginidad se estaba licenciando a prueba de bombas en una casa de putas.

En la salita aguardaban a la mesa la Mari y la Evita. Estaban en batín, aguantando el sueño tras la boca y los párpados mientras jugaban a las cartas a la espera de nuevos feligreses.

—¡Uyy, Martinito! Vaya carita traes —dijo la Evita en cuanto me vio—. ¿Qué le has dado a este?

—Nada, que no sabe beber —se eximió Carlines de toda culpa.

—¿Quieres una tacita de café, guapo? —me preguntó el sarasa.

—No te lo recomiendo. Este hace café con la zurrapa de la taberna de abajo —respondió Carlines por mí, yo no podía ni abrir la boca.

—Tú lo que pasa es que eres un poco delicaíto, nene —dijo el sarasa en su defensa.

—Te lo agradezco de todas formas, Faemino, pero ya hoy no me entra nada más.

—¿Seguro, guapo? —se aventuró—. Siempre se puede hacer algo...

—¡Mira que eres plasta, Faemino! —salió a mi rescate Carlines—. ¿No ves que este no es de los tuyos?

La Faemina era un mariposón flacucho y calvo que hacía las veces de madame, abrigando la esperanza de que algún día por esas escaleras subiera alguien tan desviado como él.

—Como sigas así molestando a los clientes, un día de estos te llevan a la cárcel —le reprendió Carlines.

—¡Qué más quisiera ella! —carcajeó la Mari.

—¡Tú calla, lagarta! Que estás bien servida todo el día.

En cuanto me senté allí, la habitación entera empezó a dar vueltas. El aguardiente me había dejado *k.o.* pero el puro me había reventado por completo. Necesitaba tumbarme y sin mediar permiso me tendí a lo largo del sofá.

—Carlina, te voy a matar —conseguí decir—. No debí haberme fumado ese puro.

Enseguida la Mari se vino a mi lado para mimarme entre sus rodillas.

—Pobrecito Martín, con lo buen muchacho que eres y cómo te dejas llevar por el pervertido este —decía la meretriz con su voz dulzona—. ¿Se puede saber qué le pasa?

—Nada, mujer, que se está sacando el carné de aviador —contestó Carlina—. Oye, ¿dónde anda la Linda?

—Está dándose un baño. Enseguida estará lista.

—¿Y la nueva? —le escuché decir a Carlina mientras naufragaba entre las manos de la María.

—¿La Silvia?, ya le tiene que quedar poco. Iba para media hora y de eso hace ya un rato —contestó y le echó una rápida ojeada—. ¿Qué pasa, hoy vienes con hambre?

—No es para mí, Faemino. Es para Martín.

Enseguida la Mari dejó de masajearme la cabeza.

—¡Martín, no me lo puedo creer! —exclamó dolida.

—¡Qué va, mujer! —le contesté—. No eches cuenta, que este es un majadero. Si no entro contigo no entro con nadie.

—¿Me lo juras?

—Palabrita —sonreí cruzando los dedos como un diablillo santurrón.

Del otro lado del pasillo chirrió una puerta y a continuación un juego de tacones acompañó otro par de suelas hasta la entrada. Y un abrir y cerrar después aquellos tacones se fueron acercando. Yo estaba tumbado boca arriba y lo único que podía ver era la barbilla de la Mari. No me atrevía a mover los

ojos más allá de ese perímetro. Escuché entonces a Carlines saludar a la recién llegada y luego llamarme a mí.

—Bueno chaval, te dije que te tenía una sorpresa preparada y aquí está.

—Carlines, te juro que ahora mismo no tengo calzones de moverme, así que déjate de rollos —dije—. Haz lo que hayas venido a hacer y vámonos a casa, por favor, me estoy muriendo.

—¡Oye, maleducado, levántate para saludar a una vieja amiga! —dijo enfadado.

—¡Dios santo, llevas media vida matándome!

Me incorporé con la casa entera dando vueltas y de repente todo volvió a su sitio. Delante de mí ondeaba una visión, un espejismo hecho de curvas que jamás pensé que volvería a ver. Y solo entonces supe que nunca la había olvidado del todo.

Carlines hizo de maestro de ceremonias sin necesidad.

—Martín, esta es Silvia —dijo—. Silvia, este es Martín, aunque, bueno, creo que sobran las presentaciones.

—Ya lo creo —dijo ella—. ¿Cómo estás, Martín? Cuánto tiempo.

Y tanto. Hacía años que le había perdido la pista, pero en cuanto la vi supe que la vida le trataba bien, al menos en apariencia. Ahora debía tener unos veintidós años según mis cuentas en ese momento. Seguía llevando la melena larga, oscura como sus ojos, misteriosos como sus labios, grandes y bien puestos como todo en ella era habitual. Ahora se llamaba Silvia, pero hubo un tiempo en que tuvo otro nombre, al menos siete años atrás, en San Nicolás.

—¡Míralo! —rió Faemino—, pero si se ha quedao sin lengua.

No era para menos.

—Hola, Violeta... —conseguí balbucir.

Ella me tendió la mano y yo se la cogí sin reparos, como un niño pequeño confiado. Luego me dejé llevar por un pasillo lleno de sombras hasta su habitación. Algo me decía que aquello no tenía que ver con eso de la fe en las

segundas oportunidades.

No, aquello era otra cosa.

Capítulo 2

Su cama aún estaba caliente cuando me senté. Caliente y mojada. No supe muy bien cómo encajar eso, ni qué decir ni qué hacer. Estaba paralizado. Lo único que sentía era envidia de aquel último diablo que se acababa de marchar, el mismo que había sudado sobre aquella y cama y que de regreso a casa aún no sabía lo afortunado que era. Había tocado el cielo con sus manos. Al menos así lo creía yo desde que tenía trece años, solo que hasta ese momento lo había olvidado por completo.

—Todavía recuerdo el día en que te la hiciste.

—¿Cómo? —pregunté totalmente desorientado.

—La cicatriz, Martín, me refiero a la cicatriz. Ese día el inspector Durán no quiso llamar a ningún practicante, ¿te acuerdas? Durán no quería que se te infectase y te la cosió enseguida. Y le quedó muy bien —decía mientras la acariciaba con el dedo—. Estás muy guapo.

—Gracias...

Durán... Si ella supiera. De repente un carrete de imágenes estrangulaba mi cerebro: Durán, San Nicolás, Schmidt, Sofía... ¿Por qué se apelotonaban ahora todas esas imágenes que nada tenían que ver entre sí? Ni una gota más de aguardiente en todos los días de mi vida, me dije. Prometido, palabrita del niño Jesús, como la última vez. Ojalá lo recordara al día siguiente.

—¿Te encuentras bien, Martín?

—Ahhh... Sí, sí, es que... He bebido un poco... Más de la cuenta. Carlines me ha embaucado como de costumbre. Él tiene la culpa de todo.

—No, la culpa la tienes tú. Ya eres grande para saber cuándo se termina

la fiesta —dijo—. No creo que seas tan angelito como quieres hacer parecer.

—Te sorprendería saber lo angelical que puedo llegar a ser.

—¿Y eso por qué?

En ese terreno no era conveniente entrar de momento, mejor aparcar el tema, como mi mirada entre sus pechos.

—Dejémoslo ahí —dije—. Violeta, ¿qué haces aquí?

—Trabajar —respondió.

Aún intentaba poner orden en mi cabeza y ella me saltaba con eso. Estaba petrificado de la impresión. No podía ser verdad. Ahí estaba la musa de mi niñez convertida en un delirio hecho carne y fantasía a cuenta del mejor postor. Imaginé una suerte de infelices peregrinando hasta allí a diario, dispuestos a dejarse el sueldo de todo un día a cambio de que ella les hiciese olvidar que el destino les tenía apuntados en su lista negra.

—También hay otros trabajos —insistí—, y seguro que mucho mejores que este.

—Sí, seguro que los hay, pero yo no los he encontrado.

—Por Dios, Violeta, pero si antes eras una niñera. ¿Qué tiene que ver todo esto contigo?

—Nada —dijo—, aunque... Bueno, si lo miras desde cierta perspectiva, ahora cuido de niños grandes.

—¿Ah, sí? —dije—. Y dime, ¿ahora quién le da el bibi a quién?

—¿Por qué no lo compruebas tú mismo?

Violeta se acercó sibilina a mi oído, como para decirme algo. En lugar de eso me rozó con su cálido aliento y me robó el poco juicio que me quedaba. Cerré los ojos y me tiré de cabeza al abismo, dispuesto a que me hiciera desaparecer a mí también del mundo el tiempo que fuera necesario. Puso su mano sobre mi pecho y me empujó hacia atrás, entre sábanas impregnadas de las miserias de otro. Ya no me importaba. Solo sentía mis dedos calientes y húmedos en su boca, sorbiendo cada uno de ellos hasta el principio que se confundía con el final. Solo entonces me di cuenta de que ya no tenía frío. Ella

solita se había encargado de quitármelo. Cuando volví a abrir los ojos la vi desnuda sobre mí, ardiendo en aquella segunda piel de lencería que ya me atravesaba la ropa.

—Martín, ¿no me deseas? —preguntó.

—Claro que sí, demasiado como para ser bueno —contesté.

—Pues a mí también me gusta que me toquen —dijo.

Agarró mis manos y las llevó hasta las copas de su sostén. Su tacto de encaje me atrapó como a una mosca, un recuerdo que me daría de comer durante días.

—¿A qué no adivinas dónde lo he comprado?

—Dios santo... —ya conocía la respuesta.

—Y no solo compré eso.

Llevó mis dedos por toda su espalda hasta donde se acababa esta. Tenía la piel tersa y fina como la lencería que usaba de segunda carne, una continuación de aquella fantasía de transparencias que vestía la noche y los sueños de los hombres. Sobre la marcha aprendí a acariciarla, a bajar con suavidad y precisión por sus caderas, y a arreglar con mis manos la desnudez que no cubrían sus medias. El paraíso perdido y olvidado. Y entonces me convencí de que nunca había desaparecido del todo, que, en lugar de eso, había estado aguardando con paciencia en un rincón de mi memoria a la espera de aprovechar su momento. Ahora lo notaba en el temblor de mi pecho y en el deseo que me apretaba el botón de mis pantalones. Había regresado a mí para darme lo que me negó entonces.

—No sabes la de veces que he soñado con esto —le confesé.

—Desde hoy no podrás decir que solo fue un sueño.

Apretó sus labios contra los míos y me redujo a una partícula más del universo. Fue maravilloso. Su lengua jugueteando en mi boca, elástica y salvaje, no áspera ni seca como la fama que corría de aquellas mujeres que gastaban su vida al mismo tiempo que sus rodillas. Violeta aún era joven y hermosa. Aún tenía una oportunidad para salir de aquello.

—Violeta...

—Shhhh... —me mandó callar—. Quítame lo que llevo.

Obedecí manso como un corderito. Mis dedos se perdieron con torpeza tras aquel galimatías de cierres que acorchaba su espalda. Siempre había una primera vez, incluso para sentirse el ser más ridículo del mundo. Antes de permitirlo por más tiempo, Violeta me ayudó a liberar el misterio que habitaba tras el sujetador. Me dijo que no me preocupara, pues aquella noche, yo y mi inexperiencia éramos lo mejor del día. Descargó sus encantos sobre mí y sentí la piel atravesar la camisa. Entre gemidos y roces me instó a desabrochármela, a dar un nuevo paseo ahora por su pelvis y a desnudarla con la suavidad y delicadeza con que se le arrancaban los pétalos a una carnosa orquídea salvaje.

—Despacito —ronroneó a mi oído—, hummmm, muy... Espacio...

—Violeta...

—Shhhh, calla...

Sobre la cama únicamente quedamos vestidos la mitad de sus piernas y yo. Comencé a recorrer con los labios cada centímetro de su cuerpo sin importarme el kilometraje que llevara de más. Todo era demasiado bonito. Lo único que necesitaba saber es que estaba con Violeta. Pero la verdad era otra.

—Violeta...

—Shhh, no me llames Violeta... Llámame Silvia.

—Me gusta llamarte Violeta —insistí mientras besaba su ombligo.

—Ahora solo existe Silvia, Martín. No pares...

—¿Qué quieres decir?

—Violeta no está en esta casa, no está en esta cama, solo Silvia.

—Pero...

—Shhh, no pares...

De pronto el perfume de su cuerpo dejó de ser dulce y todo se volvió sucio. El cuarto entero olía a mentira. Un golpe de estómago me lanzó a un pequeño retrete que había allí mismo y comencé a vomitar toda la cena.

Sobraban las explicaciones. Quería algo que no podía tener. A ella sí, a Silvia, pero no a Violeta. Después de aquello jamás le estaría lo suficientemente agradecido a Carlines por un momento de lucidez así. Esa noche la maldición de Violeta comenzaría por fin a desaparecer para siempre aunque aún notara los dedos llenos de espinas.

—Martín, ¿estás bien? —me preguntó mientras me arropaba con una manta que guardaba en el armario.

Cuando levanté la barbilla volví a ver a Violeta. Silvia había desaparecido. Ya no estaba desnuda, ni tenía el pelo suelto, ni me susurraba al oído. Se había vuelto a poner el batín y lucía la misma preocupación de aquel día siete años atrás al ver mi cara llena de sangre. Una herida tan fresca como la que ahora corría quemándome el pecho.

—Pobrecito... Ven aquí, anda.

Me llevó hasta la cama como si fuera un niño pequeño. Deformación profesional o querencia, quién sabe. Y aún se le daba bien. Me tendió a su lado bajo sábanas nuevas y comenzó a tararear algo a mi espalda. Enseguida supe que era una de esas canciones de cuna que le había escuchado cantar a los pequeños de San Nicolás. Cerré los ojos y me abandoné al recuerdo de aquella muchacha de la que me había enamorado perdidamente en la insensatez de la preadolescencia. Busqué fuerzas para resistirme a su canto de sirena, pero sin encontrar las que necesitaba para abandonar su lecho. Era un cobarde. Había estado a punto de cruzar un límite para el que no había vuelta atrás. De haber comprado una piel que no era la suya me habría perdido para siempre.

Y una vez más me apretujé en una esquina de mi cueva interior para aprender a olvidar.

Capítulo 3

Desperté con el corazón en la boca al hilo de un telefonazo que me lanzó al techo del susto. Desde luego había sido una mala idea instalar uno en casa, aún así no nos quedó otra. Doña Ana ya iba sumando más años de la cuenta y para cuando comenzó a aburrirse abajo en el local, hizo que la Telefónica le tirase el cable hasta la vivienda. De esa manera ella atendería desde arriba los encargos que entraban en *El buen desvestir* mientras escuchaba su radio tranquilita al pie de la mesa camilla, lo cual facilitaría en suma medida la tarea a Isabela y la Merceditas que ya no tendrían que estar interrumpiendo su trabajo, ya fuera atendiendo a la clientela o imaginando nuevas maldades como las que horas antes había tocado sobre el cuerpo de Violeta. Violeta... Su nombre aún daba vueltas en mi cabeza con la misma piedad que el taladro que llegaba del salón.

Y ya que no parecía haber nadie para silenciar aquel diablo inmundo, me arrastré hasta allí como pude para descolgar la alcachofa. Llegué a tiempo antes de que el cerebro se me saliera por las orejas.

—¿Diga?

—¡Vázquez! —rugió J.J. Jiménez al otro lado.

—Al aparato, Jota—Jota —dije con mi mejor voz de ultratumba.

—¿Qué te pasa, te estás muriendo o qué?

—Estaba en la cama, Jota Jota.

—Vázquez, es usted con diferencia el zoquete más grande que me he echado a la cara en 40 años de profesión alcahuetil. No le pago para que ande remoloneando a estas horas.

A duras penas conseguí enfocar las manecillas del reloj. Las nueve y media. Por supuesto que era tarde, y no solo para mí. A esa hora doña Ana ya debía estar levantada y pululando por la casa, a no ser que un día más estuviera haciendo de las suyas por el Mercado del Carmen inflándose de churros tal y como le tenía prohibido el médico. A medida que pasaba el tiempo se estaba convirtiendo en una niña pequeña con la que había que tener mil ojos.

—¿Vázquez, sigue ahí?! —aulló.

—¡Sí, sí, Jota Jota! Verá, jefe, es que anoche tomé algo que no me sentó bien...

—¡Vázquez! Me importa un bledo lo que estuviera haciendo anoche. ¡Escuche con atención! Lleve su culo en media hora a la cárcel y dé lo mejor de sí mismo. Le he concertado una entrevista con el director, ¿entendido? Le van a contar algo muy gordo, Vázquez.

—¿A la cárcel? —bostecé—. ¿No se encarga Rodríguez de ese tipo de reportajes?

—¡Vázquez, idiota, no le pago para que me pregunte por qué le mando a los sitios, pedazo de merluzo! —gruñó—. En primer lugar, no le quepa la menor duda de que Rodríguez está más capacitado que cualquiera de los panfletistas que tengo aquí para ir a un sitio semejante, pero ahora mismo lo tengo entusiasmado con otros menesteres que le superan a todos con creces, incluyéndole a usted por si no se había dado cuenta aún.

—¿Y en segundo lugar? —pregunté.

—¡Y en segundo lugar usted hace lo que a mí me da la santa gana! —chilló.

—¡Está bien, está bien! —le tranquilicé—. Dígame, ¿qué pasa en la cárcel, se han quedado sin pastillas de jabón?

—¡Dios mío, dame fuerzas para poder comprender a esta criatura hipócrita que a bien has tenido enviarme para expiar mis pecados! —exhortó a los cielos vía telefónica—. Vamos a ver Vázquez, me imagino que usted de

arquitectura estará tan puesto como de relojes de madera. ¡Y sí, lo sé, el símil quizás no sea el adecuado, pero me da a mí que usted es de los tontos que los hace y luego los echa a andar! Pues bien, el Valle de los Caídos le sonará de algo, ¿verdad?, aunque claro, usted no tiene las entendederas preparadas para estas cosas porque tiene la sensibilidad propia de un cacho de carne con ojos bautizada con agua del grifo.

—De eso nada, que en el colegio tuvimos que aprenderlo.

—Pero seguramente en el colegio lo que no le contaron es que la mano de obra proviene de las peores cárceles de España —dijo—. ¡Sí, Vázquez, no ponga esa cara que ya me estoy imaginando! Verá muchacho, las obras comenzaron una año después de acabada la contienda y a aquellos voluntarios que se les ofreció participar en este acto de redención y conciliación les prometieron una rebaja en su condena. Con lo que para cuando se acabe la obra, si es que acaba algún día, quizás recuperen su libertad.

—¡Vaya! Al final es cierto eso de que todos los días se aprende algo.

—¿Ve para lo que sirve levantarse de la cama, Vázquez? No hace falta que responda —dijo—. Ahora se me va para allá y me pone al alcaide más guapo de lo que es en verdad el pobrecito mío. ¡Ah, y otra cosa! Váyase de casa con todos los deberes bien hechos porque no quiero que se me cague en los pantalones con lo que vea allí.

—¿Qué quiere decir, jefe?

—Quiero decir que de paso le van a acompañar a las celdas, para que entreviste a algunos de esos pobres infelices que forman parte de la nueva hornada que va a dejar las manos y posiblemente la vida en nombre de la patria. ¿Irónico verdad? Hágame bien el trabajo, Vázquez. Va recomendado, no me falle.

—No se preocupe, patrón, que le voy a traer la mejor entrevista que se haya publicado nunca en su periódico. La de la Hayworth se va a quedar corta, se lo prometo.

—Si es capaz de eso, Vázquez, me lo llevo de cena con velas a la luz de

la luna.

—Perfecto, la Orquesta Molero corre por mi cuenta —reí.

—Vázquez, su tía Isabela es una santa hembra y a doña Ana habría que canonizarla... Pero como se me vuelva a quedar dormido, ¡lo pongo de patitas en la calle! ¿Entendido?

—Oído cocina, Jota Jota.

—¡Y no me llame Jota Jota!

Sin querer tentar más a la suerte fui a borrarle las legañas mientras me peleaba con los pantalones de la noche anterior, no había tiempo que perder. Busqué en el armario una camisa y un jersey limpios y desempolvé el resto del cuerpo escaleras abajo. Aquellas piernas parecían de otro, pero de momento no tenía otra cosa a mano. Como pude arrastré la Vespa a la calle al mismo tiempo que Doña Ana aterrizaba de extranjis en una nube que olía a gloria. Aún le quedaban unos cuantos churros en el cartucho, mi salvación. Sobre la moto le ayudé a eliminar el resto de pruebas y un par de besos de chupona después me puse en camino para llegar a la hora convenida.

* * *

Huelva tenía su jaula de hombres en la otra punta de la ciudad, camino del destierro. En mitad de la nada varaba su atolón de hierro y barro cocido, silencioso como una vieja fábrica de ladrillos abandonada. Pero no lo estaba. En su interior lo que se cocía era el miedo. Reclusos de izquierdas de todo el país se fosilizaban en su interior, en la mayoría de los casos como última parada antes de presentar sus respetos al pelotón de fusilamiento. Raro era el día que no llegaban nuevos peregrinos. Normalmente lo hacían a pie desde la comisaría de la Calle San José, bajo un sol de justicia o atrapados en mitad de una tormenta. Una pareja de grises les hacía atravesar toda la ciudad para escarnio público y luego, cuando la ciudad se acababa, les enseñaban el resto del camino a golpes. Quienes podían pagarse un taxi o un carruaje se

ahorraban la humillación, pero de la propina no les libraba ni el cielo.

Cuando llegué a la prisión dos guardias velaban su entrada a punta de metralleta.

—Usted debe ser el periodista —dijo uno de ellos.

—En efecto, buenos días. Mi nombre es...

—Su nombre no me interesa —dijo—. Llega tarde y eso es lo que importa. El director le está esperando. Puede dejar la Ducati aquí mismo, Lorenzo se la cuidará mientras tanto. Venga conmigo.

Me encogí de hombros y seguí al guardia por un lóbrego pasillo que serpenteaba entre diferentes dependencias administrativas. Noté el aire distinto, cargado, opresivo... Venenoso era la palabra.

—Es usted muy joven —consideró—. Esperábamos alguien mayor.

—Siento decepcionarle —dije.

—No sufra por ello. Aproveche ahora que sigue siéndolo.

—Gracias.

—No me las de aún —me recomendó.

Al final del túnel llegaba la cárcel de verdad, justo donde un ejército de tricornios guardaba los alrededores de su entrada como un campo de concentración. Era obvio que de allí no se salía tan fácilmente. Sobre una larga escalinata de mármol blanco se empinaba una fortaleza de cal y ladrillo con dos torres adosadas desde las que era fácil sentirse el rey del mundo con munición de sobra en las manos. Aquello era otro mundo. Desde fuera la prisión provincial parecía un simple polígono de naves industriales, pero todo el mundo sabía que al oscurecer, cuando las nubes se cerraban afiladas sobre su corona de teja vidriada, la noche se hacía añicos. Según contaban los tratantes de ganado que pasaban por allí tras el crepúsculo, allí dentro se entretenían torturando a los presos. Los gritos de piedad escapaban a las tinieblas como una jauría de murciélagos espantados del chapitel de un castillo embrujado. Era aterrador. Aseguraban que aquello no era una cárcel, sino una mazmorra que forjaba cada noche con lágrimas y sangre la leyenda

negra de su pedacito de infierno en la tierra.

—Venga por aquí. Ya estamos llegando —me animó a continuar.

Me llevó escaleras arriba hasta la última planta donde esperaba el despacho del director. Tras la puerta, la silueta de un hombre se recortaba al contraluz de las ventanas. Tenía los brazos recogidos como si portara algo entre las manos.

—¡Con permiso! —anunció nuestra llegada el guardia a pleno pulmón.

El hombre se volvió manoseando aquello que sostenía.

—Gutiérrez, hombre de Dios, ¿acaso no le tengo dicho que no pegue esas voces? Esto no es el ejército, solo es el infierno.

—Disculpe usted, señor director, la falta de costumbre.

En cuanto el hombre se aproximó un poco más pude ver una bola de piel retorcerse en su regazo. Era un gato.

—Señor director, aquí le traigo al periodista que mandan del periódico.

—¡Ah, sí! —pareció recordar—. ¡Pase, pase!, no se quede ahí. Llega tarde, pero aún se puede hacer algo. Usted, Gutiérrez, puede retirarse.

—¡A la orden, señor! —se despidió de un taconazo y dando un portazo.

El director dio un respingo y el gato saltó asustado de sus brazos.

—¡Bueno! —exclamó resignado—, usted debe ser... Martín, presumo.

—El mismo, en carne y hueso, señor...

—Alcaide, Samuel Alcaide —especificó.

El nombre le venía como anillo al dedo. Antes de invitarme a tomar asiento, Alcaide me lanzó una rápida visual de la cabeza a los pies.

—Es usted muy joven —confesó el hombre—. Esperaba alguien más...

—¿Mayor?

—Podría ser la palabra.

—Eso mismo me ha dicho su criado.

—Oh, no, se equivoca, joven, Gutiérrez no es mi criado.

—¿Ah, no? Pues se han ofrecido a cuidarme la Ducati él y su compañero. Creí que eso solo lo hacían los criados.

—¿Tan joven y ya maneja una Ducati? —preguntó asombrado.

—Bueno, en realidad es una Vespa, pero a su Gutiérrez le ha hecho más gracia subirle la cilindrada.

—No se lo tenga en cuenta, Martín. Son hombres de guerra en tiempos de paz. No saben con qué distraerse —les disculpó—. Por favor, siéntese o me va a llegar al techo.

A simple vista Alcaide parecía un hombre sereno. Tenía los ojos lánguidos y tristes, arrugados como su frente, de nariz aguileña, y una expresión indiferente propia de quienes se ven por encima de los demás. Era alto y caminaba ligeramente encorvado. Pensé en un buitre, un buitre que acariciaba su gatuno en las alturas de aquel despacho como quien tiene planes para el mundo. Era obvio que desde allí arriba debía sentirse en el último nivel de la cadena trófica.

El hombre se acercó a mí con un paquete de tabaco.

—¿Le apetece joven? —preguntó.

—Se lo agradezco, señor Alcaide, pero no fumo.

—Hace bien —dijo—. Yo tampoco fumo, solo lo tengo para las visitas.

Durante un rato se quedó en silencio, poniendo en orden papeles que no tenía pinta de haber tocado en todo el día. En su mesa todo estaba milimétricamente ordenado.

—¿Sabe por qué está usted aquí?

—De momento nadie me ha leído mis derechos —bromeé.

El hombre graznó una carcajada.

—Me gusta usted, joven. Es bueno tener sentido del humor. La vida se ríe de uno constantemente, hay que saber encontrarle la gracia a las cosas —me correspondió.

Luego se puso serio.

—Se lo vuelvo a preguntar: ¿sabe por qué está aquí?

—Lo único que sé es lo que me contó mi jefe: que el caudillo prepara otra revisión de expedientes en las cárceles del país. Necesitan mano de obra

nueva para el Valle de los Caídos. Mi jefe me dijo que usted quería dar detalle de ello a través de una entrevista.

—Eso es —luego suspiró largamente como si llevara tiempo queriendo hacerlo—. ¡Dios santo, esa obra va a acabar con todas las prisiones de este condenado país! ¿Sabe cuántos rojos han muerto ya? No sabría decirle una cifra exacta pero queda poco para que los siniestros se cuenten por miles. Por eso hace falta más gente. Bueno, por eso y porque el Valle de los Caídos va camino de convertirse en otra Sagrada Familia. A este paso el Caudillo la va a ver acabada desde el Cielo.

—¿Usted cree?

—Y tanto —Alcaide se arrimó un poco más a la mesa y cruzó los dedos entre sí—. Mire, Vázquez, la idea no solo es que yo hable en esa entrevista, sino que cada día en su periódico sea un preso distinto al anterior el que le cuente lo contento que está porque se lo llevan a poner ladrillos al borde del abismo. No tiene por qué venir todos los días, con que hable con un par de ellos bastará. El resto se lo puede inventar usted mismo. Yo le daré unos cuantos nombres, les hacen algunas fotos y listo. Además, tampoco quiero que los demás presos le vean por aquí. Hay mucho desviado en esas galerías y usted es carne fresca y jugosa para ellos, no quiero que alboroten en exceso. A mis chicos les duele ya la mano de llamarles al orden y bastante tenemos con las noches. Aquí no se duerme muy bien, se lo digo yo que mi casa está aquí mismo, en el muro occidental. Pero al menos, lo que es el resto del día, desde que llego al despacho hasta que me vuelvo no quiero que armen ruido. A mí me gusta el silencio, me ayuda a pensar, a relajarme. ¿Y a usted?

—Me hago cargo —contesté—. Vivo con dos mujeres. No paran de hablar en todo el día.

—Le compadezco, Martín.

El director accionó el interfono y mandó llamar escolta para bajar a la mazmorra de su castillo. Alcaide se puso en pie y yo hice lo propio. Camino de la puerta me entretuve en echar una ojeada a los méritos y títulos que

revestían sus paredes. Por supuesto no faltaba un retrato del Caudillo.

—Sí señor, este hombre es mi máxima inspiración, la de todo un país. Cuando estudié en Madrid tuve la oportunidad de charlar con él. Yo iba para algo más que esto, ¿pero sabe lo que me dijo un día, Martín? Me dijo: «haz como yo, no te metas en política». Y aquí me tiene usted, de labores humanitarias —rió como una hiena.

Sin embargo no era el único cuadro, la mayoría eran de reuniones con autoridades militares y altos mandos políticos. Pero había una fotografía distinta al resto, una que no tenía nada que ver con su ejercicio de cancerbero. En ella el director de la prisión posaba con una mujer preciosa, una que conocía todo el mundo y que le convertía en ese momento en la envidia de todos. Aquella fámula era Norma Estrada.

—Conque Norma Estrada... —dije con complicidad.

Las cejas de Alcaide se sorprendieron.

—Me impresiona usted, Martín. La mayoría de los jóvenes no sabe quién es Norma Estrada. Es difícil encontrar alguien de su edad que tenga buen gusto por el cine y la música de verdad, ¡y por una mujer de bandera!, de los pies a la cabeza —se deshizo en halagos—. Soy su fan número uno. Es una pena que ya no se la valore en este país. Ahora está constantemente de gira por Sudamérica —luego movió la cabeza y chasqueó con la lengua—. Lamento que no haya tenido la oportunidad de conocerla como yo.

—Eso es lo que no sabe usted, don Samuel—me aventuré.

—¡Sorpréndame!

—¿Y si le dijera que mi madre y la Estrada eran uña y carne?

—¡No me diga! Una amiga de la infancia, supongo.

—Algo así. Mi madre se llamaba Malena Quintero, ¿le suena?

—La verdad es que no.

Era lo peor que me podrían haber contestado. Y lo decía el del buen gusto por la música.

—¿A qué se dedicaba su madre, Martín?

—Ella también vendía discos, sabe —me inventé.

—O sea, que tenía una tienda —supuso el muy ignorante.

—Algo así —lo dejé ahí.

—Martín, es usted una caja de sorpresas. No sabe cuánto me alegro de que le hayan recomendado para este trabajo. Seguro que puede contarme alguna que otra historia de Norma Estrada.

—No lo sabe usted bien.

La escolta llegó enseguida y continuamos la conversación escaleras abajo. Por el camino me fue contando en *petit comité* la de veces que le había propuesto matrimonio a la vedette, a pesar de que sabía que su representante, un tal Schmidt, llevaba años trajinándosela. Hubo un tiempo en que le mandaba ramos de flores y notas de amor casi todas las semanas hasta el punto de plantearse dejarlo todo por ella.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio, Martín?

—Hará unos siete años. ¿Recuerda la noche en que se quemó la Casa del Vigía en Mazagón? Pues ese mismo día.

—Un feo asunto ese. Se dice que el vigía tenía un amiguito aquella noche calentándole la cama en la habitación de arriba —dijo—. A estos maricas les debe de fallar algo en el coco, los neurotransmisores dicen los especialistas. Hay que estar loco para hacer lo que hizo. En fin...

Después de atravesar un pasillo y un mural que rezaba «Caudillo de Dios y de la Patria» llegamos a los primeros barrotes del penal. Tras estos se abría un laberinto de celdas en diferentes niveles. De repente sentí en las tragaderas un puñetazo en el estómago. Una fatiga horrible quiso asomárseme a la boca. No era el recuerdo de la noche anterior, nada de eso. Era el olor al mundo que se pudría al otro lado de los barrotes, un olor intenso, agrio, a humanidad en descomposición.

—Usted irá a la planta de arriba, Martín. La de abajo es para los presos enfermos. No quiero que coja ninguna infección.

—Se agradece el detalle, señor director.

Alcaide dio un paso hacia mí con un pequeño salto, encorvado como un buitre leonado que se aproxima a su presa.

—Muchacho, confío en que no haga ninguna tontería aquí dentro. Es usted joven, lo que le convierte en alguien potencialmente peligroso. En todo momento estará acompañado por uno de mis hombres. Pero tenga cuidado, esos tipos de ahí son expertos en comerles la cabeza a cualquiera —me explicó, luego me agarró del brazo—. Martín, no meta la pata.

—Descuide —contesté, empujando abajo una bola de saliva.

—Bien, ahí le dejo con un amigo suyo. Él le recomendó para el trabajo. Cuando acabe venga a verme, querré ver sus anotaciones. No se vaya sin mostrármelas.

El director de la prisión dio media vuelta y se alejó de allí encorvado, dejándome a solas con su cuadrilla de guardias. Me quedé mirándolo en la distancia y lo imaginé como un carroñero caminando sobre un montón de cadáveres. Eso es lo que era. Escuché entonces a mi espalda la jaula abrirse y una voz conocida que me llamaba.

—¡Qué sorpresa, muchacho, no te esperaba tan temprano!

Cuando me di la vuelta me encontré de bruces con Ginés y una metralleta al calor de su regazo.

—De manera que el honor de venir aquí a fumar estos olores se lo debo a usted, Ginés.

—Pues sí, y espero que no me dejes en mal lugar —me advirtió.

Según me fue contando Ginés por el camino, unos días antes el director le mandó llamar para un asunto en particular. La cosa es que en el tiempo que estuvo allí le escuchó hablar por teléfono algo de unas entrevistas que iban a tener que hacer y enseguida cogió onda. Cuando Alcaide colgó, Ginés le dijo que disculpara el atrevimiento pero que él tenía un medio sobrino periodista al que le vendría muy bien hacer el artículo.

—Gracias por acordarse de mí, Ginés. Ha sido todo un detalle por su parte. En cuanto cobre mi primer sueldo le invito a comer donde usted diga.

—¡Para el carro y no me des las gracias todavía! Aquí tienes tajo para rato.

—Espero que esto no sea como los armarios. Dicen que quien entra en uno ya no sale.

—Si fuera tu amigo Carlines el que hubiese venido, otro gallo cantarí. Si te portas bien, para la hora de comer estarás en casa.

—Eso espero —suspiré.

Tomamos a la izquierda una escalera lateral y subimos al piso superior por encima de una garita central acristalada. Una vez arriba un largo corredor separaba dos líneas de barrotes de las que manaba aquel miasma enfermizo de sudor y podredumbre. Tras cada celda se hacinaban cuatro o cinco presos a la vez, cada uno respirando la enfermedad que estaba matando al otro. Un puñado de ojos se agolpaba a nuestro paso tras los barrotes para ver aquel joven desconocido que acompañaba al guardia.

—¿A dónde vas guapo? —dijo una voz agrietada.

—¿Quién es tu amiguita, Ginés? —quiso saber otra.

—¿Solo para ti y tu porrita? —se sumó una tercera.

Los presos más recatados solo me lanzaron besos, otros más atrevidos demostraron ser auténticos expertos en mímica amatoria, pero la mayoría tan solo se animó a rajarme de arriba abajo con los ojos. Me temblaban las piernas. A buen seguro una mujer lo habría llevado mucho mejor. Ellas ya estaban acostumbradas a los moscones y allí dentro había demasiada mierda.

—Estos cabrones huelen el miedo —me susurró Ginés—. No les des la satisfacción de verte asustado, les encanta torturar mentes nuevas. Cuando llega alguien lo exprimen al máximo. Y no es agradable de ver, no tienes más que echar un vistazo.

Había de todo: viejos, jóvenes, ladrones, asesinos, violadores... No importaban sus inclinaciones sexuales o políticas. Todos estaban condenados a entenderse allí abajo. Sus ropas eran harapos, papel de fumar, algunos estaban completamente desnudos, y el que tenía más suerte había conseguido

agenciarse la muda de algún compañero antes de que se lo llevaran al mortuario. Aquello no era una cárcel. Aquello era una cripta de muertos vivientes, y a todas luces, aunque allí poca había, el deseo del director era deshacerse de todos ellos. Pero no solo el suyo. El nuevo proceso de amnistía albañil iba a permitir a todos los «Alcaides» de este país devolverle a Franco lo peor que había metido en sus cárceles.

—Aquí tengo un listado de gente con la que puedes hablar, Martín. No te preocupes, los que hay, dentro de lo malo, son lo mejorcito que tenemos. Yo por si acaso ya te he sacado a uno que nos está esperando en mi «despacho».

La galería llegaba hasta un testero a cuya derecha continuaba otro camino. El nuestro terminaba allí. A un lado, antes del recodo que seguía, había una puerta chapada sin rendija y remachada por fuera, con varios cierres y apartada a muchos metros del resto de celdas. Aquel debía ser uno de esos calabozos especiales hechos para presos ejemplares. Justo al otro lado, enfrente, había otra tras la que se abría un cuarto de guardias, la garita donde Ginés decía tener su despacho.

—Ya hemos llegado —anunció Ginés—. Martín, te presento a Jacinto Izquierdo. Jacinto, este es mi amigo Martín.

Lo que quedaba del pobre Jacinto Izquierdo era apenas un pipiolo canoso y encanijado bajo una camisa llena de lamparones y un pantalón de felpa descolorido. Daba pena mirarlo. Hacerlo era como mirar a un niño lleno de arrugas.

—Encantado, muchacho —dijo el hombre—. Dichosos mis ojos por ver alguien del mundo exterior.

—El gusto es mío, don Jacinto —le saludé.

—Jacinto es uno de los que se van a beneficiar con esa medida de gracia —refirió Ginés—. Jacinto, Martín es el periodista del que te hablé, mi chaval. Trátamelo bien.

—Por supuesto, jefe —contestó.

Saqué libreta y lápiz de la chaqueta y me senté frente a él.

—Bueno don Jacinto, usted dirá, ¿por dónde le gustaría empezar?

Jacinto y Ginés compartieron a mi costa una mirada y una sonrisa a media asta.

—Le veo a usted un poco crudo, pimpollo —dijo el preso—. Mal empezamos si aparte de llamarme de don es usted el que me pide permiso a mí, señor periodista. Veo que España se ha convertido en un país de cangrejos. Tanta evolución para ir a peor. Aunque, bueno, usted es muy joven para saberlo.

—Sea benévolo conmigo, Jacinto, es mi primera entrevista.

—Pues a mal sitio ha venido usted a destetarse, joven.

—De eso nada que aquí el mozo fue el que le hizo la *entreviú* a la Rita Hayworth hace dos años, ya sabes Jacinto, la del guante.

—¡Venga ya! —exclamó incrédulo.

Pensó que le estábamos tomando el pelo.

—No sabe lo que se perdió, Jacinto —bromeé sin querer hacer más sangre.

—Yo es que estoy aquí muy a gusto, muchacho, por eso no salí a verla. El amigo Ginés me trata bien —arguyó risueño—. ¿Y cuánto tiempo estuvo la moza esa aquí?

—Iba de paso, de fiesta con el Litri y unos amigos a su finca.

—¿Pero ese no se había retirado?

—De tocar pelo no se retira nadie nunca, Jacinto. Deberías saberlo —le recordó el vigilante.

—¿Qué sabe usted de eso, joven? —quiso averiguar más—. ¿Cuántos capotazos le pegó a la vaquilla esa? Y usted... ¿No se la cargó, le tocó las domingas?, porque en el cine recuerdo que veía que las tenía bien grandes.

Le negué al pobre viejo muy a mi pesar.

—¡Valiente juventud! —dijo—. Estos son de granja, no como nosotros, Ginés.

—No te me embales Jacinto que ya nos conocemos, que luego lo pones

todo perdido —le mandó al orden—. Bueno no tengo ganas de hacer de niñera. Yo voy a sentarme ahí fuera en la puerta a echar un ojo al pasillo y a leer el *Marca*. Vosotros podéis empezar ya, cuanto antes mejor. Y cuidadito Jacinto con hacer ninguna tontería o te hago una revisión dental. Estás avisado, ¡los dos! —especificó.

Ginés cogió una silla y salió de allí para darnos intimidad a mí y a aquella piltrafa humana que apenas podría poner un ladrillo sobre otro.

—Mire muchacho, lo cierto es que yo estoy enfermo. Casi puedo notar ya los gusanos dándose el festín en mis pulmones, y estos cabrones antes de que me muera aquí prefieren mandarme a que lo haga fuera.

—¿Y usted, qué prefiere usted?

—Morirme de una puta vez. Si lo hago aquí mejor, así les doy trabajo. No encontrarás nada más en esta jaula, chico. Todos estamos muertos ya —dijo—. La condena va más allá de estos muros y esa cadena no nos la quita nadie.

—¿Le parece si empezamos por el principio?

—Aquí el que manda es usted.

Capítulo 4

En poco más de media hora Jacinto y yo entretejimos la historia de un hombre arrepentido. Jacinto era natural de un pueblo de Murcia al que, como a tantos presos políticos de este país, habían mandado a pudrirse a Huelva. Su familia tuvo que repudiarlo pero nunca le olvidó. En las cartas que a veces recibía era conocedor de que tanto su mujer como sus hijos le tenían a diario en sus oraciones para que ya fuera el cielo o una bala los que se lo llevaran por delante antes que la enfermedad que minaba su salud. Jacinto era un sindicalista del campo al que un día pillaron en una reunión ilegal, razón más que suficiente para meterlo entre rejas. Sin embargo, la historia que inventamos a renglón seguido no se le parecía ni en el blanco de los ojos.

En mi versión Jacinto era un asesino de niños y mujeres, un saqueador de iglesias de renombre y un capador de curitas de muy padre y señor mío que finalmente había hallado la redención tras aquellos barrotes. Todo un milagro del movimiento glorioso. Por supuesto aquel Jacinto de tinta y papel estaba agradecido por la oportunidad que se le brindaba desde Madrid. Ahora tenía la posibilidad de ver la luz del día y respirar aire puro más allá de los efluvios axiales y rectales que fumaban a pelo allí dentro.

Así llegamos al punto y final. Ese era más o menos el retrato decente y feliz que el patrón de aquella prisión quería vender de sus inquilinos. Ya solo quedaba el visto bueno del señor director. A punto de llamar a Ginés para decirle que ya habíamos acabado, quise saber un poco más de lo que un hombre como aquel podía contarme de un sitio como ese.

—Me imagino que usted tiene más compañeros, ¿verdad?

—¡Uy, sí, unos cuantos! —dijo—. La mayoría de estos se matan entre ellos, pero la verdad es que yo he tenido bastante suerte con los que me han tocado. Son casi de mi edad, menos Felipito.

—¿Felipito? —pregunté.

—Sí, Felipito —afirmó—. No es mucho mayor que usted y es buen muchacho.

—¿Y qué hace aquí entonces?

—Al pobre lo cogieron robando comida para sus niños en un almacén del régimen. Una cosa fea, se lo digo yo, joven —lamentó—. De vez en cuando le traen aceitunas y las comparte conmigo. Eso sí, luego no hay quien le aguante. Cuando Felipito las metaboliza amarga como Dios.

Aquel pobre diablo consiguió arrancarme una sonrisa.

—¿Se come bien aquí, Jacinto?

—¡Muchacho no me hagas reír que se me desmonta el cuerpo entero! —dijo—. Aquí la comida no merece ni llamarse así, da asco solo de pensar en ella. Y no le quiero ni contar cuando ponen col hervida, ¡qué pestazo! A Felipito no le gusta nada y a mi menos que se la den. Usted sabe.

—Oiga, Jacinto, ¿y esa puerta de ahí, la de enfrente?

—¿Qué pasa con esa puerta?

—Eso digo yo, ¿qué pasa, qué es?

Jacinto sonrió.

—Es una celda de aislamiento.

—Ya lo suponía —dije—. Pero no será la única, ¿verdad?

—En este ala sí, pero hay muchas más por toda la prisión —contestó—. Normalmente están todas vacías porque aquí la gente se porta muy bien. No nos merece la pena montar ningún escándalo, la verdad.

—¿Entonces nunca están ocupadas?

—Solo cuando están cerradas por fuera —contestó.

Me volví de cara al pasillo para certificar lo que ya sabía: aquella puerta estaba cerrada por fuera.

—En ese caso me imagino que el que esté ahí dentro no será un santo —contemplé—. Seguro que a ese también le pone un lacito el señor director.

—No, a *ese* no —rió Jacinto.

Lo hizo con misterio, como quien conoce una historia divertida que solo él sabe contar.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Porque ese de ahí es el secreto mejor guardado de esta prisión —dijo—. Nadie le ha visto nunca y nadie sabe por qué está ahí. Debe ser un bicho gordo, ya sabe, un peso pesado. Lleva años ahí dentro.

—Cuénteme más, por favor —me interesé.

Antes de desembuchar lo que sabía, desde la silla, Jacinto echó una ojeada más allá de la puerta, allí donde no alcanzaba la vista, justo en el lugar en el que Ginés estaba sentado vigilando el pasillo. Luego movió la cabeza de un lado a otro como si aquellas paredes pudiesen escuchar.

—Fue hace cosa de seis o siete años —susurró—. No me eche mucha cuenta, Martín, yo para el tiempo soy muy malo y aquí dentro se pasa muy lento, es muy aburrido. Hágame caso, joven, pórtese bien ahí fuera, haga lo que le digan y no cometa ninguna estupidez. Si le pegan una colleja, usted ni caso, siga adelante con su vida. No merece la pena.

En ese momento Jacinto comenzó a toser. Unas gotas de sangre asomaron a su boca pero enseguida se las llevó de vuelta.

Era cierto, Jacinto ya estaba muerto.

—A lo que iba, hummm... —rumió unos instantes—. Usted si ve que me ando por las ramas me pega el corte, eh, que a mí me llaman *El mono* no por guapo ni feo sino porque me reguicho de tema en tema. Así que ya sabe.

—Me hago cargo —le di mi aprobación—. Siga, por favor.

—Bueno, creo recordar que fue en verano, sí, agosto más o menos. Hacía un calor tremendo, de eso no me olvidaré porque ya en ese tiempo los días son más cortos y empieza a refrescar, ¿me sigue? —preguntó—. Bien, pues esa noche no. Esa noche sudaron hasta las nubes, lo que se dice una tormenta

tropical o algo así. Desde entonces no ha vuelto a haber otra.

—Continúe, por favor.

—Pues bien, serían las once o las doce de la noche, y me acuerdo bien porque Alcaide apareció con una cara de sueño que daba pena. Lo habían despertado en mitad de la noche para abrirles personalmente esa celda de ahí a unos señores que traían un nuevo paquete. Por eso digo que debe ser alguien gordo —dijo—. Lo que no sé es cómo sigue aún con vida porque lo traían medio muerto.

Una ligera sospecha comenzó a llenarme de hormigas por dentro.

—¿Quiénes eran? —pregunté.

—Me figuro que policías —respondió—. Eran tres en total. Uno de ellos vestía traje blanco y debía ser alguien importante porque Alcaide se dirigía a él casi entre reverencias. A este le acompañaban otro dos tipos, enormes, uno con la mano vendada o más bien lo que le quedaba de ella, toda cubierta de sangre. Traían consigo un bulto enorme del tamaño de una persona, envuelto en mantas o sábanas, ya no me acuerdo. Le soltaron ahí dentro a oscuras y hasta la fecha. Lo que sí recuerdo es que venían empapados y con los pies llenos de barro.

Una certeza como no había tenido antes salió por mi boca.

—No era barro, Jacinto, era arena de playa... —musité con los recuerdos de todo un verano agolpados de repente en mi retina.

—¿Cómo dices?

Un escalofrío me sacudió como una descarga eléctrica y me levanté de la silla de un salto.

—Muchacho, ¿te ha dado un tabardillo o qué?

Ignoré por completo a mi interlocutor y fui hasta la puerta de la garita.

—Muchacho, ¿dónde vas? —insistió Jacinto.

Le mandé callar como si lo conociera de toda la vida y me asomé con cuidado al pasillo. Fuera un silencio que olía a tumba reinaba en el corredor. Eso y una silla vacía. Ginés se había ausentado dejando huérfana la vigilancia

de aquel pasillo. Aquella era mi oportunidad, no tenía tiempo que perder, de modo que avancé con decisión hacia la puerta que tenía enfrente y cogí aire.

—¡Muchacho! —susurró Jacinto—. ¿Qué vas a hacer? ¡Regresa aquí enseguida!

Regresaría después de averiguar lo que tenía que saber, no podía desaprovechar una ocasión como esa. Fue entonces cuando una vez más comprendí, después de tantos años, que nunca hay que perder la fe en las segundas oportunidades. Nunca. De manera que volví a coger aire y a continuación coloqué las manos sobre los cierres, hecho un flan. Los dedos me sudaban.

Si Ginés o cualquier otro guardia irrumpiera allí de repente, no sabría qué ocurriría a continuación. Aun así, continué.

—¡Martín, no lo hagas! —rogó una última vez Jacinto.

Ni caso. Agarré los pestillos y con sumo cuidado los retiré de su prisión sin tener en cuenta las posibles consecuencias, lo que vendría después. Abrí la puerta y luego, sin darme tiempo a ver, a la luz del pasillo, lo que allí dentro se ocultaba, la cerré como pude a mi espalda y me quedé a solas con las tinieblas.

* * *

Jacinto no se había equivocado, al otro lado de la puerta había alguien. Una respiración cavernosa revoloteaba a través del pútrido olor que se revolvía allí dentro.

—¿Señor Samper? —me atreví a preguntar.

Un ligero roce metálico se desperezó en cuanto escuchó aquel nombre. Pero nada más. Necesitaba saber si era él o no. Con tanta oscuridad, y sin la posibilidad de abrir la puerta, solo podía hacer una cosa. Eché mano de aquel viejo encendedor que siempre viajaba en el bolsillo de mi pantalón como una estampa del niño Jesús y al momento un pequeño soplo de luz se desperezó

entre mis dedos.

Y allí estaba él.

Tenía la cara vendada como una momia, la ropa hecha harapos y los brazos encadenados a la pared. Al final de cada empuñadura brillaban sus manos. Al fulgor de la llama pude verlas afiladas, metálicas, un complejo mecanismo de prótesis hechas de carne, hueso y acero. Eran monstruosas, inhumanas, suficiente como para llevarlas escondidas bajo unos guantes.

—¿Es usted, señor Samper? —pregunté de nuevo.

Esta vez sí hubo respuesta, una carcajada apagada y polvorienta que me puso los pelos de punta. Nunca había llegado a olvidarla del todo. Era el destino que regresaba de entre los muertos para ajustar viejas cuentas pendientes.

Capítulo 5

El pequeño haz de luz me quemó los dedos y con los nervios el mechero se me escurrió en la oscuridad. De repente estábamos como al principio, entre tinieblas. Rápidamente me puse a palpar el suelo para recuperarlo. Aquello pareció hacerle gracia a mi anfitrión, pero no más que cuando agarré su pie desnudo en la confusión.

—Señor, ¿aún no me ha dicho su nombre y ya empieza a meterme mano?

Reía con aspereza, entre dientes. Allí dentro debía aburrirse muchísimo.

—Me sorprende saber que aún conserve el sentido del humor estando en su situación... Señor Samper.

—¿Y usted es...?

—Nadie... un simple periodista.

—Pues le sorprendería saber muchas más cosas, señor periodista. Podría escribir un libro entero con todo lo que no sabe de mí.

—No tengo tanto tiempo para eso ni tampoco quisiera pasar más del debido aquí dentro. Tengo entendido que es usted un hombre peligroso.

—Por favor, no siga, me va a hacer sonrojar.

Barrí el piso con los dedos hasta recuperar el encendedor y la luz se hizo de nuevo. El prisionero me observaba con paciencia tras su máscara de vendas.

—Vaya, me he precipitado con el «usted». No eres más que un niño.

—Pues de hecho llevo buscándole media vida, desde que era niño, señor Samper, si es que ese es su verdadero nombre —quise ponerle las cosas claras desde el principio—. El último que lo creyó así era alemán. Se llamaba

Karl Schmidt, ¿le recuerda? Estaba muy enfadado, pensaba que usted tenía un lío con una amiga suya. Pero a mí me da que usted la vio antes, ¿me equivoco? Aunque no sé yo si estaba más mosqueado por eso o por la cartera de clientes que usted le había robado.

—¿Y cómo un piojo como tú sabe todo eso?

—Porque yo estaba allí hace siete años, en la Playa del Vigía. Fue la noche en que Schmidt dio la orden de matarle, en aquella casa de la Autoridad Portuaria —le refresqué la memoria—. Yo estaba escondido tras la puerta. Vi a Schmidt matar a un pobre hombre cuyo único delito fue darle cobijo a usted. También vi la paliza que luego le dieron los amigos de Schmidt, Durán y los otros. Y por supuesto también vi después lo que le hizo a ese grandullón en la mano. Casi me hace vomitar. Luego la casa voló por los aires y yo le creí muerto. Hasta hoy.

Hubo un momento en que no aguanté más y solté la presión del encendedor. Me estaba quemando los dedos. Entonces las sombras aprovecharon y regresaron a su nido. Era como si estuvieran escondidas todo el tiempo, esperando su momento para caer sobre nosotros. Rápidamente me chupé los dedos de la otra mano y volví a accionar el viejo Omega de mi padre. La llama le descubrió sobre mí. Di un traspies y acabé sentado en el suelo.

—Fuiste un incauto, muchacho —me reprochó sin importarle demasiado—. Si te llegan a pillar, hoy no estarías aquí. ¿Qué te impulsó a hacerlo?

Me alejé a una distancia considerable pero sin perderle de vista. Por un momento le creí capaz de arrancar de cuajo esas anillas que le mantenían las manos unidas a la pared y retorcerme el cuello allí mismo.

—Ese verano estaba en la playa —comencé relatarle—, y digamos que esa noche yo estaba paseando por allí. Entonces vi a una mujer, una mujer que ya llevaba varios días rondando aquella zona. Y no el tipo de mujer que iría a una playa como esa, no una mujer cualquiera, sino una de esas que solo salen en viejos carteles de cine. Me llamó la atención ver a Norma Estrada esa

misma noche por allí y la seguí.

—¿Por qué hiciste eso?

—Curiosidad. Yo no conocía a Norma Estrada, en mi vida la había visto, yo soy de otra época. Pero mi madre sí la conocía y además era amiga suya, aunque ella lo negara. Esa mañana Norma Estrada me dijo que no conocía a mi madre de nada, pero lo cierto es que tengo una caja llena de fotos con ellas dos juntas y otra rubia más, muy guapa —expliqué—. El caso es que luego le vi a usted. Y a usted... A usted ya le había visto antes también. Fue en San Nicolás ese mismo invierno, en otra noche fea de mucha lluvia. Entonces yo tenía trece años. Me había hecho esta brecha tan bonita que tengo en el pómulo y me quemaba horrores. Bajé a por unas pastillas al botiquín pero estaba cerrado. Luego escuché el órgano de la capilla, fui hasta allí para pedirle la llave a Rivas y entonces les escuché hablar tras la puerta. A usted y a Rivas.

—Vaya, vaya, así que gusta escuchar detrás de las puertas.

—He de confesarle que no estoy muy orgulloso de ello. Me habría ahorrado unos cuantos disgustos.

—¡Qué se le va a hacer! —me disculpó—. Cosas de críos.

—Ya, claro... —le seguí la corriente.

Una vez más noté los dedos ardiendo. Antes de quedarnos sin luz, cambié de mano.

—Entonces yo no sabía quién era usted. Pero después apareció su padre.

—¿Mi padre? —rió extrañado.

—Sí, su padre, no se ría, el viejo Samper, el pianista del Cinema Saltés —le especificué—. No me diga que no le recuerda.

El prisionero volvió a reír.

—Sí, sí, sí, sí... El viejo pianista del Cinema Saltés —suspiró—. Hace años que no me hablaba con él. El viejo es... Un tanto testarudo. La edad no perdona.

—Me habló de usted.

—¿Ah, sí? —preguntó con curiosidad—. ¿Y qué más te contó de mí?

—Me habló de París, de Nueva York...

—Nueva York... —suspiró con nostalgia— lo que daría por volver a sus calles. ¿Has estado allí alguna vez?

—Qué más quisiera yo, solo soy un aprendiz de periodista.

—Lo que eres es el mayor cotilla del mundo.

—Eso intento, ¿y sabe qué?, que cuando me olvido de todo eso que le he contado y parece que por fin cojo las riendas de mi vida, de repente aparece usted de nuevo. Usted y todos esos cabos por resolver que le unen a mí.

—¿Por qué?

—Eso es lo que quiero saber.

El prisionero suspiró como si no diese abasto para tanto recuerdo adormecido en su memoria. Sentí su aliento ácido en mi cara.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Martín. Me llamo Martín Vázquez —contesté—. Y usted es Christian Samper... ¿O no lo es? Schmidt lo pensaba así, pero Durán... Durán parecía que tenía muy claro que no. Y él fue quien lo metió aquí. Dígame, ¿es usted Christian Samper?

Las sombras volvieron a cogerme desprevenido al cambiar de mano para no quemarme con la piedra del encendedor. Antes de que pudiera volver a encenderlo, la respuesta llegó de su boca como si lo hiciera del interior de la tierra.

—Sabes, hubo un tiempo en que lo fui... —contestó—. Ahora solo soy su sombra, una parte de lo que queda de Christian Samper. El resto se lo tragó el mundo hace años.

—Discúlpeme, soy un poco duro de mollera, pero aún no me ha quedado claro. ¿Lo es o no lo es?

El prisionero miró para un lado, como pensando en una nueva estrategia. Luego resopló.

—¿Por qué me buscas?

—Dígame si lo es o no lo es.

—Muchacho, ¿aún no te has dado cuenta de que estás encerrado aquí conmigo? —dijo con contundencia—. Ahora tú eres mi prisionero.

Sopesé sus palabras por un momento. Estaba en lo cierto.

—No estás en posición de pedir explicaciones. Ahora mismo podría ponerme a gritar y llamar la atención de quien esté ahí afuera. ¿Qué harán contigo si te descubren aquí dentro?

—Pero usted no lo hará.

—Yo no tengo nada que perder, muchacho.

—Un tipo como usted... seguro que tiene un plan.

—Martín, querido, ¿tengo pinta de tener un plan?

No pude aguantar más y el mechero me acabó quemando los dedos. Antes de volver a darle lumbre, el prisionero me amenazó.

—Si lo enciendes otra vez, daré la voz de alarma, ¿entendido?

Aquello no me gustó, pero no me quedaba otra. Tenía razón: era su prisionero.

—Entendido.

—Bien, ahora dime qué quieres de mí —dijo—. ¿Qué es eso que te une a mí?

Suspiré una vez más y volví a coger aire antes de responder.

—Mi madre grabó un disco hace mucho tiempo, antes de que yo naciera. Y usted tocó el piano en esa canción. Fue la única que grabó en toda su vida. Por desgracia ella ya no está viva para contármelo —le informé—. Quiero que me diga por qué ese disco es tan especial hasta el punto de que hay alguien que está dispuesto a pagar una fortuna por él. Y solo porque no existen más copias. Tengo esa espina clavada desde hace años y me gustaría quitármela de una vez. Así yo podré seguir con mi vida, y todos ustedes con sus triquiñuelas. ¿Qué le parece? —le propuse—. ¿Hay trato?

—¿Y eso por qué? ¿Porque eres un pobre huerfanito sin padre ni madre que ha tenido que pasar su infancia en una casa de niños pobres? Yo en tu lugar habría vendido ese disco.

—Le prometí a mi madre que no lo haría.

—Tonterías, las promesas son más fáciles de romper que de cumplir.

—Por lo que veo para usted significan mucho.

El prisionero se tomó su tiempo antes de volver a hablar.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Malena Quintero, ¿también ha olvidado eso?

—No, muchacho —rió triste—, hay gente a la que no se olvida tan fácilmente.

—Me lo tomaré como un cumplido. Al director de esta prisión no le sonaba de nada. Eso sí, tiene una pared con retratos de *su* Norma Estrada. Pero claro, ya sabe lo que se dice, las hay que nacen con estrella y otras que nacen estrelladas, ¿no es así?

—Tu madre nació con estrella, muchacho, esas cosas se ven a kilómetros. Pero se estrelló ella solita. No estaba preparada para ese mundo.

—¿Qué quiere decir?

De repente sentí su aliento ácido de nuevo en mi cara, podrido y repulsivo como si la muerte se lo estuviera llevando por dentro lentamente. Y entonces dijo algo que me puso los pelos de punta.

—¿Y si yo te dijera que no fue esa la única canción que grabó tu madre?

—¿Cómo dice?

La respuesta fue una vez más su carcajada ahogada y arenosa.

—Samper, ¿qué quiere decir con eso de que no fue el único disco que grabó? Hábleme de eso.

—¿No querías hacer un trato? Déjame pensar lo que quiero yo.

—De acuerdo, pero antes cuénteme lo otro.

—¡No, muchacho, de eso nada! —rió—. Primera lección: si tienes algo que los demás quieren, nunca lo regales.

Un latigazo de furia me hizo entrar en calor.

—¡Samper, déjese de bromas y dígame!

—Ha sido un placer conocerte, Martín. Espero que todo te vaya bien.

—¡Samper dígame lo de ese otro disco!

—Se acabó el horario de visitas, ¿acaso no lo oyes?

En ningún momento me había percatado de los pasos que se acercaban. Entonces la puerta se abrió y una mano me arrastró hasta fuera. Antes de cerrar la hoja de acero contemplé una última vez su sonrisa luciferina pudriéndose bajo la maraña de vendas que era su rostro.

Capítulo 6

Por suerte, en los pocos minutos que estuve dentro de la celda de Samper, nadie me echó en falta. Ni a mí ni a Ginés, el cual se había sentido indispuerto de repente y antes de dar entender que iba un momento a poner una conferencia con la cisterna y que dejaba sin vigilancia el pasillo, prefirió no decir nada. En cuanto llegó a la garita y vio solo al bueno de Jacinto se asustó, pero no más que cuando este le dijo que no se preocupara, que su chico andaba de visita en la celda de enfrente. Fue entonces cuando me sacó de allí por el cuello de la camisa y me lanzó al otro lado del pasillo. Luego cerró la puerta de la garita y me echó una bronca de mil demonios. Había abusado de su confianza y no quería volver a verme por allí, pero, claro, eso no estaba en su mano. Si aquello llegaba a instancias superiores ya podíamos despedirnos los dos por insubordinación. Dicho esto, la cosa quedaría entre los tres, pues Jacinto también se llevó una buena reprimenda por haberme contado la historia.

Después de que Ginés me leyera la cartilla, regresé al despacho del director para que le diera el visto bueno a mis apuntes. Alcaide se colocó las gafas y leyó atentamente lo que había escrito. Cinco minutos después me dijo que no quería que cambiara nada. Estaba encantado.

—¡Maravilloso, maravilloso! —clamaba satisfecho—. Con una entrevista mía y otra más de alguno de estos desgraciados creo que el encargo estará más que cumplido. No se lo tome a mal, pero tiene usted una pluma envidiable, y todo sea por engrandecer el espíritu redentor de nuestro movimiento glorioso. Así que dígales a sus jefes que mañana le espero otra vez por aquí. No me

falle.

—Como usted mande, señor director —contesté aún titubeante.

—¡Ah! Y a ver si me cuenta algo de nuestra Norma Estrada.

—Por supuesto, lo que usted quiera.

Salí de allí apretando más puño del que tenía a mano y regresé al periódico envuelto en una nube invisible que olía a goma quemada. Por el camino, la chicharra sobre la que iba sentado era música para mis oídos, todo lo contrario que aquello otro que me taladraba entre ceja y ceja, lo último que me había dicho Samper, si es que acaso ese era su verdadero nombre. ¿Otro disco? Había dicho que *El rastro de su voz* no era la única canción que ella, Malena Quintero, mi madre, había grabado... Imposible. No, de eso nada. Ni hablar. Aquel tipo solo quería jugar conmigo y mi error había sido darle más información de la debida. Había entrado en la celda de alguien de quien ya no estaba seguro saber quién era y le había contado mi vida y regalado parte de la suya. Tenía todas las cartas en su poder y en cambio yo no había conseguido sacarle nada en claro. Había sido un estúpido. Sin duda lo mejor era olvidarlo y quizás, ahora sí, para siempre. Sin duda. No obstante no podía dejar de martirizarme pensando en ello.

—¡Vázquez! —relinchó J.J. Jiménez en cuanto me vio aparecer—. ¡Llega tarde, como siempre!

Vino hacia mí apartando con la mano la borrasca con la que su puro contaminaba toda la redacción.

—¡Menuda cara me trae, parece haber visto un fantasma! Como usted, de carne y hueso —se burló—. Tiene que tomar más el sol, Vázquez.

—Yo también me alegro de verle, Jota Jota —dije «sobreexcitado».

—¿Qué, cómo le ha ido?

—Bueno, me han dejado salir que no es poco —contesté—. Podría haber sido peor.

—¡Tonterías! El director de la prisión me ha llamado para decirme que está encantado con usted —dijo con aquella sonrisa amarillo habano—. Como

se descuide, ese es capaz de ponerle una litera allí mismo, Vázquez. Fíjese, con lo que le gusta a usted ir por las dos aceras...

—De eso nada, que aquí Martín tiene muy buen gusto —dejó caer con malicia Bea, su secretaria, que pasaba por allí en ese momento.

—Usted póngase a trabajar, señorita Gutiérrez, no le pago para hacer comentarios. Eso se lo dejo aquí al enterrador —aclaró—; bueno, Vázquez, ¡al lío! A ver qué consigue sacarme.

Ocupé el sitio de costumbre pero con la cabeza en otro lado. Samper estaba ahí, el supuesto Samper, en un pequeño rincón de mi cerebro, dando saltitos. Como pude logré tumbarle por un rato y me puse a teclear como loco sin rumbo fijo. El rodillo de la máquina echaba humo, el papel entraba y salía de su tambor de manera endiablada. Estaba inseguro, contrariado con todo lo que iba poniendo. Un párrafo después, lo anterior dejaba de tener sentido, a cada paso que daba, sentía que retrocedía un par de ellos y con cada nueva idea que se me ocurría, rompía la página hecho una furia. Y así un folio tras otro hasta agotar todos mis recursos.

En ese tiempo un camarero del Astoria le subió a Jiménez, como de costumbre, una menta poleo. Era lo que solía tomar para aplacar su úlcera, a la que según él todos contribuíamos. Eso significaba que ya debían de ser la una, no fallaba, y que él se preparaba para la hora del almuerzo y que a mí no me quedaba tanto tiempo. Y así, sobre la bocina, en cuanto el chico salió de allí, le planté por delante al patrón una entrevista para chuparse los dedos. Jota Jota tomó la página de mala gana, le había interrumpido el bebedizo. Luego leyó cada línea con precaución. Acababa una frase y acto seguido me miraba de reojo. No parecía muy convencido, más bien a punto de envolverme en aquella hoja y darle lumbre. En todo el rato que estuvo leyendo el muy cascarrabias no dejó de vigilarme. «Siéntese», me decía. No quería verme de pie ni junto a la puerta ni junto a la ventana, como si desconociera que escapar de allí no me iba a ser tan fácil. Escalonaba su mirada bajo una frente llena de arrugas, su cara era un poema y su boca una raya torcida. Cinco minutos

después me dio su veredicto.

—Martín, sin duda usted debería dedicarse a los culebrones. Casi me meo de gusto en la parte donde la Virgen de la Cinta atraviesa los barrotes de la celda de Jacinto para convertirlo al nuevo orden. Es pura ascética y mística —suspiró chupeteando su habano—. Ciertamente los caminos del Señor son inescrutables, desde luego, pero siempre he dicho que de las mujeres no hay que fiarse y menos de las que van diciendo por ahí que son vírgenes. Menudo tipejo el tal Jacinto este. ¿Daba miedo?

—Ahora está en horas bajas.

—Esto tiene buena pinta, Martín. Si sigue así, un día de estos me dejará tirado y yo ya no tendré que limpiarle el culo.

—Oiga, patrón, ¿qué es eso tan importante que está haciendo Rodríguez que no ha podido ir a la cárcel?

Jiménez estiró el cuello y vigiló la redacción por encima de mi hombro.

—Eso es un asunto de *top secret*, muchacho, algo muy delicado y de muy mal gusto —susurró—. Según ha podido saber Rodríguez por un estibador del Muelle de Levante, cada cierto tiempo se están fletando de madrugada barcos con un montón de gente hacinada dentro de sus bodegas, como si fueran mercancía. ¿Sabe lo que es el tráfico de órganos?

—¿Tráfico de órganos? —repetí—. Ni idea, a mí eso me suena a ciencia ficción.

—A mí también, pero Rodríguez sospecha de una cosa así por algo que ha leído en una revista de investigación sobre gente que se dedica a coger a otra para rajarla y sacarle todo lo que se pueda vender en un mercado negro —explicó—. Dice que se hace por Estados Unidos y en esos sitios donde la gente rica ya está tan reventada por dentro que necesitan el hígado y los riñones de otros para seguir dándose la vida padre.

—No me diga —me quedé de piedra.

—Para que usted vea, Vázquez, no somos nadie... —dijo sombrío—. ¡Y ahora deje de entretenerme y váyase a comer algo, se lo ha ganado!

Me di la vuelta y a través del cristal le restregué a Bea una mueca triunfante. Al menos tenía una pequeña satisfacción aquella mañana. Pero no iba a ser la única. Cuando ya iba a salir de allí dentro, J.J. Jiménez me paró los pies.

—¡Vázquez, espere! Tengo un recadito para usted —dijo—. Es insultante hacerle de recadero al benjamín del periódico, casi podría ser mi nieto. Lo que yo le diga, en cuanto se vaya de aquí me va a dar una alegría.

El director del diario me puso en la mano una servilleta del *Bar Astoria*. Mi nombre estaba por un lado, el mensaje por otro. Todo escrito con carmín.

—Me la ha dado el camarero de ahí abajo. Dice que es cosa de una morena de rechupete. Tiene buen gusto para sus amistades, Martín, sobre todo si me invitan de paso a una menta poleo.

Sonreí extrañado y lo abrí:

*«Necesito hablar contigo.
Por favor, no me rechaces.*

Violeta»

En cuanto leí su nombre noté la cara abrírseme de oreja a oreja. Jota Jota me lanzó una sonrisa de granuja que para nada iba con él.

—De verdad, Vázquez, no sé cómo se las avía pero vaya potra que tiene.

* * *

Sin lugar a dudas la mujer que encontré esperándome en el *Astoria* era Violeta. Esta sí que lo era. Había dejado a la provocativa Silvia, su segunda piel, en el pisito de marras y en su lugar me encontré a una chica elegante, abrigada hasta la barbilla y sin dar razón a malentendidos. Pero por mucho que

se esforzara, el relieve de su cuerpo era una bendita maldición que la acompañaba allá donde iba. Parecía triste, apagada, incluso cansada. Quizás por eso se escondía tras unas gafas de sol. Estaba en una mesa apartada del público, eludiendo las miradas del respetable, atrincherada tras aquellas lentes oscuras. Una colección de garrulos y tratantes se amontonaban junto a la barra, sin quitarle el ojo de encima. En cuanto me vieron sentarme a su lado a punto estuvieron de hacerme la ola.

—Hola, Martín —se me adelantó antes de que pudiera abrir la boca.

Hizo por levantarse pero yo se lo impedí.

—Por favor, una señorita no tiene por qué levantarse —dije con cortesía.

—¿Aún te lo parezco? —me preguntó—. Dime la verdad.

—Hagas lo que haces no tienes por qué perder mi respeto, no soy quién para juzgarte, ni a ti ni a nadie.

—Eres todo un caballero.

—Yo de caballero nada, eso es para los que van en caballo —bromeé.

—Bueno, pues para cuando lo tengas —sonrió al fin.

El camarero se acercó entonces. Yo le pedí un *Godovy* de naranja y ella lo mismo.

—Bueno, cuéntame —dije.

—No sé por dónde empezar.

—Tú lo sabrás mejor que yo. Eres tú quien me ha citado aquí.

—Es que... —comenzó— parece que te debiera una explicación.

—Yo no te la he pedido, Violeta. Ya te he dicho que de juez y verdugo no tengo nada. Lo que sí puedo decirte es que desde luego lo de anoche para mí fue toda una sorpresa, no me lo esperaba.

Violeta se me quedó mirando, indecisa, luego se giró hacia la ventana tal si quisiera escapar de allí, como quien de repente observa su vida escabullirse con alivio entre el gentío. La vi nerviosa, mordiéndose los labios, a punto de decir algo que le costaba la misma vida hacerlo.

—Martín, tengo un niño —dijo sin mirarme.

Sinceramente, aquel era el menor de los sustos del día. La jornada había empezado bien y a esas alturas aún prometía. No supe qué decir más que lo primero que se me ocurrió.

—Vaya... ¡enhorabuena!

—Llegas un poco tarde —bromeó.

—¿Como cuánto?

—Casi siete años. Los cumple en enero.

Eché la vista atrás, siete años antes, y una vez más me topé con el recuerdo del nombre de San Nicolás sobre el fantasma de su verja.

—¿Lo sabe él?

—Siempre es más fácil mirar para otro lado, Martín.

—¿Puedo preguntar por qué?

Violeta no me contó nada que no supiera ya. Sergio, aquel aprendiz de abogado al que todos idolatraban en San Nicolás, se la había camelado bien y cuando le hizo lo que tenía que hacerle ahuecó el ala. Ya me lo imaginaba. A partir de entonces vino todo un calvario para ella. Tan solo tenía 17 años. Embarazada y sin un padre que se hiciera cargo de ella y del bebé, su familia la rechazó por completo. Le dijeron que se buscara la vida y que no volviera por allí. Durante semanas Violeta estuvo viviendo del Auxilio Social hasta que conoció a Faemino y las chicas en uno de los comedores. Le contaron a lo que se dedicaban, que tenían una casa de citas y que les iba tan bien que no tenían ni tiempo para poner los garbanzos en remojo y que por eso almorzaban en ese comedor. El sarasa le dijo que una mujer como ella no debía tener problemas en hacer dinero fácilmente y menos una chica guapa embarazada que siempre tenía su tirón. Le dijo que cuando quisiera tendría una habitación a su disposición para ella y para cuando naciera el bebé, hasta que quisiera. Y al final aceptó. Nunca se arrepintió de hacerlo pues fue allí donde alguien la encontró a ella, un tipo algo mayor, no mucho, pero sí lo suficiente para poder mantenerles a ambos. Se la llevó a su casa y comenzaron una nueva vida, los tres. Sin embargo la suerte no les duró y antes de que el bebé cumpliera el año

de vida, el hombre perdió la suya.

—Murió en el trabajo. Fue algo trágico, y aunque intento no pensar en ello, todavía hoy me pregunto cómo pudo pasar —dijo—. Martín, no lo he tenido nada fácil y puedo asegurarte que acostarme cada noche con varios hombres era lo último que quería hacer. Tan pronto como encontraba un nuevo trabajo lo volvía a perder, el dinero se me iba acabando y llegó un momento en que ni siquiera tenía para darle un vaso de leche a mi hijo. Siempre llevaba la misma ropa y siempre iba con el mismo peluche a todos lados. Cada vez que lo miraba se me rompía el alma, él se merecía mucho más que eso. De manera que una tarde me tragué la dignidad que aquel hombre me había devuelto y fui a pedirle trabajo a Faemino. Ese hombre es un santo, te lo puedo asegurar. No tuvo inconveniente alguno en abrirme de nuevo la puerta de su casa. Y entonces hice un pacto conmigo misma: jamás volvería a enamorarme de un cliente, por bueno que fuera. De manera que por la mañana sería Violeta y por la noche alguien totalmente distinta. Y eso es todo.

—¿Y hasta cuándo será así? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Más pronto que tarde, eso seguro —contestó—. Rezo todas las mañanas por ello, antes de quedarme dormida, pero después de dejar a mi hijo en el colegio. Por él haré lo que sea, Martín.

—Violeta, una mujer como tú puede encontrar al hombre que quiera, alguien que te ayude a salir de esa casa, de ese mundo.

—Los únicos hombres que pueden hacer eso son los que vienen a verme cada noche, Martín.

—Me refiero a un hombre que te quiera de verdad, alguien decente —subrayé.

—Martín, no existen los hombres decentes de esos que tú dices —aseguró.

—Bueno alguno sí que habrá.

—¿Quién me aceptaría sabiendo lo que hago, Martín, quién? Y con un

niño...

—Pues alguien que ya te conozca de antes... —me tiré a la piscina—, alguien que sabe que esa mujer que vende su piel cada noche no es la verdadera Violeta... Alguien que siempre haya sentido algo por ti.

—Y dime, Martín, ¿dónde está ese hombre?

La miré en silencio y no hizo falta decir más. Tenía la respuesta allí mismo, por delante, reflejada en sus gafas de sol, donde escondía sus ojos del mundo. Por un momento bajó la guardia y me acarició la cara con la sonrisa más triste del mundo.

—Martín, ya tendrás tiempo de jugar a ser un hombre —dijo—. Disfruta de tu juventud. Hazlo por mí.

Todavía me temblaban la garganta y el pecho cuando Violeta llamó al camarero. Aun así me adelanté a pagar la cuenta.

—Por favor, pago yo —le supliqué.

El camarero regresó a nuestra mesa, recogió los vasos y un par de monedas que le puse en la mano.

—Ha estado bien volver a verte, Martín. Me has recordado una bonita etapa de mi vida.

Se levantó y la acompañé a la puerta al tiempo que una panda de buitres del periódico llegaba para cotillear. Antes de que se marchara, quizás para siempre, quise saber de aquel hombre que se había convertido en su balsa de aceite.

—Violeta, ¿cómo murió? —pregunté.

—En un incendio, hace siete años.

—Lo siento. Debió ser horrible.

—Horrible y muy sonado. ¿Recuerdas el incendio de la Casa del Vigía?

De repente noté un hormigueo en la punta de los dedos y deseé que aquella mañana se acabase ya de una vez. Un sobresalto más...

—Sí... —balbucí de repente casi sin aliento—, claro que recuerdo el incendio.

—Pues él era el vigilante de guardia aquella noche.

Cuando lo dijo, sentí los cimientos de mi mundo tambalearse por completo. La primera había sido Violeta, después Samper, el disco de mi madre... y ahora Schmidt. Porque el hombre que la había sacado a ella de una casa de citas era ahora el mismo al que Karl Schmidt había matado a sangre fría esa misma noche delante de todos.

—Pareces impresionado —comentó.

—Sí, un poco —contesté—, es que ese verano pasé el mes de agosto en la Playa del Vigía y precisamente esa noche también estaba allí.

—Debiste llevarte un buen susto entonces —dijo.

—Y tanto —contesté.

—Bueno, tú y todos.

—Sí, todos los que estábamos allí mirando. *Todos*.

Antes de darme la espalda volvió a sonreírme y me dio un beso.

—Cuídate, Martín. Hasta la vista.

Me quedé un rato allí clavado en la puerta del *Astoria*, mirándola. Su figura sinuosa se fundía en el relámpago de luz que soplabá desde la Vieja Pescadería, allá donde se perdía la cola de balcones y cierres de la Calle Marina. Noté la boca seca y la garganta apretándose sin tregua. Era el pasado que no entendía de formalidades, se colaba por cualquier lado, sin avisar antes de entrar, como un golpe de viento a través de una ventana para dejarte helado hasta los huesos, corredizo como una soga. Y había empezado a estrechar su nudo.

Capítulo 7

El almuerzo de ese día me sentó como un tiro. Ya en cuanto tuve el plato por delante se me hizo cuesta arriba y no hice mucho por disimularlo. Por delante tenía un envite considerable: habas con choco. Millones de años de evolución en la industria gastronómica se fusionaban en mi plato, el perfecto maridaje entre el campo y la mar, aunque ese día yo más bien me había quedado en puerto. Doña Ana e Isabela lo sospechaban. Algo me pasaba. Durante años las había malacostumbrado a mis bromas y expresiones de mal gusto a la hora de un buen plato como el que ahora me miraba de reojo. Estaba serio y callado, anegado en mis propios pensamientos, y no me quitaban el ojo de encima. Al final solo conseguí preocuparlas y no era para menos. Era el niño de la casa.

—Muñeco, ¿qué te pasa? —preguntó la anciana—. Es tu comida favorita.

—Hoy no estoy yo muy choquero, Doña Ana. Lo siento mucho.

—Ya sabía yo que a este la pasaba algo —apuntó Isabela—, que por cierto, todavía estoy esperando a que nos cuentes que te han subido de categoría en el periódico. ¿Se lo puede creer, doña Ana? No ha dicho ni pío. ¡Vamos, que hay que comprar el periódico para enterarse!

—Lo siento, no tuve tiempo de decíroslo —me disculpé.

—Pero para irte de juerga con tu amigo sí que lo has tenido.

—No lo atosigues, mujer —medió Doña Ana.

—Claro que sí, y te diré más, ¿sabes quién me lo ha contado?

—¿Quién, quién? —se inmiscuyó impetuosa Doña Ana.

—Pues una chica muy guapa a la que hacía años que no veía y a la que al parecer te encontraste anoche por ahí.

Por si no había tenido suficiente por la mañana, ahora me tocaba contienda al mediodía.

—¡Mujer, no me dejes en ascuas! —dijo doña Ana.

—Se llama Violeta, usted la conoce. Fue la última cuidadora que tuvimos en San Nicolás, ¿no se acuerda, doña Ana? Pues hoy se ha acercado por la tienda y me lo ha dicho, que hacía tiempo que no sabía de nosotros, que le dio mucha alegría verte, y ya de paso me ha pedido cuarto y mitad de lencería fina. Y es que según dicen se ha montado su propia carnicería en un pisito de Gran Capitán, de esas en las que se hacen cola para agarrar un buen trozo de carne. Se pensaría que no lo sabía.

La miré con reproche, con más ganas que nunca de soltarle una fresca.

—¿Carnicerías en la Calle Gran Capitán? ¿Desde cuándo? —quiso seguir al hilo Doña—. Pero si allí solo hay putas.

—Pues sí, Doña Ana. ¡Putas! —exclamó—. Así que el resto ya se lo puede usted imaginar.

—Pues te estás equivocando de todas, todas —dije en mi defensa.

—¡Uy, qué vergüenza, Martin! —rió Doña Ana con las manos a la cara.

—¡Usted no se ría, mujer! —le recriminó Isabela.

—Parece mentira que no me conozcáis —dije.

—Mejor vamos a dejarlo ahí que no quiero amargarle la comida a Doña Ana.

—¡No, si yo encantada! —repuso antes de que se le acabara la diversión.

—Ya, ya, si eso ya lo sé —bufó Isabela.

Pero lejos de callarse la boca, doña Ana continuó.

—¿Es eso lo que te pasa, Martinito? ¿Estás triste porque te has enamorado de una putilla? —preguntó divertida y maliciosa la anciana, menuda lengua que se estaba gastando con la vejez—. No te preocupes, que eso como en las novelas. Al final el amor restituye el honor mancillado.

Dejé los cubiertos sobre el plato y puse las manos en la mesa con intención de salir de aquel atolladero.

—Vamos a ver —dije—, esta mañana me han mandado a la cárcel a hacer unas entrevistas. Y lo que me he encontrado allí no ha sido muy agradable. Punto, nada más. Lo de Violeta es otra cuestión que aquí nada tiene que ver. ¿Ahora puedo seguir ignorando mi plato en paz?

—Quiero saber qué hacías anoche en la calle Gran Capitán —dijo Isabela.

Si fuera solo anoche... Tuve que regresar al tema de Violeta sin dar más detalles de las correrías de Carlines por el barrio chino.

—Anoche Carlines se empeñó en celebrar mi ascenso y quiso invitarme a un par de copas en el *Cabaret Bahía* y allí me la encontré —expliqué—. La saludé, hablé un rato con ella y punto. Nada más, te lo juro por lo más sagrado.

—No jures tanto, que en el *Bahía* solo hay putas —me acusó.

—En el Bahía *no* solo hay putas, Isabela —le rectificué—. Además, puedes estar tranquila. Aún estoy por confirmar de cintura para abajo, ¿contenta?

—Eso a mí me da igual —dijo un tono por encima de mi voz—. Hemos cuidado de ti todos estos años, en esta casa se te ha dado una educación ejemplar. Doña Ana te ha dado un techo bajo el que vivir y lo que no quiero es que des un escándalo ni que nos pintes la cara a ninguna de las dos.

—Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Ahora, por favor, vamos a comer.

Durante un minuto se amansaron las aguas, pero solo en apariencia. Doña Ana tenía ganas de fiesta.

—Siempre he tenido interés en saber cómo es una cárcel —musitó.

—Pues cuando quiera, doña Ana —dije yo—. Es tan fácil como enarbolar el puño delante de la policía y gritar «¡Franco, Franco, que tienes el culo blanco!», como los rojos. Así de sencillo.

—Eso son tonterías —repuso Isabela.

—Pues mira hoy me lo ha contado un señor de Murcia que lleva más de diez años ahí dentro. Lo hizo en su lugar de trabajo y encima casi que tiene que dar las gracias.

—Me resulta difícil creer en eso, la verdad —insistió mi tía.

—Hace siete años no te lo habría parecido con un tipo como Durán en un internado lleno de niños a la hora de la cena —le recordé—. ¿Lo has olvidado? Yo desde luego no.

Fue un golpe bajo, lo admito. Sin embargo, lejos de enfadarse, Isabela cruzó los cubiertos sobre el plato y se secó la boca sin prisas por responder, con la paciencia que la caracterizaba. Isabela nunca perdía los estribos, siempre la admiré por eso.

—Estamos en 1954, Martín, las cosas están cambiando. Quizás no tan rápido como nos gustaría a todos —dijo mientras se levantaba—. Pero hay cosas que son mejor olvidar y cuanto antes lo hagamos mejor. Para todos.

—¿Y si yo no quiero olvidar pasa algo?

—Ahora eres tú el que se está equivocando como siempre —me acusó—. Con permiso, Doña Ana.

Isabela llevó su servicio a la cocina y luego se marchó al salón. Necesitaba un poco de paz. Desde la mesa la escuchamos jugar con el viejo transistor que andaba por allí mientras de paso soltaba algún taco al no dar con la tecla. Le llevó un buen rato hacerlo hasta sintonizar con Radio Nacional, la cual acababa de dar el parte y ahora comenzaba su sección de discos dedicados. Y entonces apareció la que faltaba. La voz de Norma Estrada envenenó el ambiente para rematar la faena, pero duró poco. Isabela dio un respingo en la butaca y a bote pronto la apagó. Después de eso la escuchamos salir de casa con muy malos humos.

—Buena la has hecho —me sermoneó la anciana.

—Usted tampoco ha puesto mucho de su parte.

—A ver si ahora tengo yo la culpa; bueno cuenta, ¿qué pasa con la putilla?

—Desde luego que vaya versaciones las tuyas —resoplé levantándome de la mesa.

—Las cabezas, hijo, las cabezas —dijo como si la cosa no fuera con ella.

* * *

Encontré a Isabela abajo en la trastienda. A través del cristal que separaba *El buen desvestir* de la escalera del rellano la vi inmersa en unos cuantos papeles, entretenida seguramente en engañar como podía a las matemáticas de fin de mes. Cogí aire y aporreé el cristal sin esperar a que me dejara pasar.

—¿Se puede?

—Ya has entrado —respondió sin levantar la cabeza del papel.

—No me había dado cuenta —tenté a la suerte.

—Hay tantas cosas que en estos años has hecho sin darte cuenta...

Isabela siguió a lo suyo, garabateando números y cuentas imposibles. Por una vez en la vida le eché valor. Puse mi mano sobre el papel y luego le pellizqué la barbilla para que dejara de ignorarme. Tenía los ojos enrojecidos. Apenas me salió un hilillo de voz.

—Perdóname, por favor —le rogué.

Isabela se quitó las gafas y me miró cansada y un poco harta.

—A veces eres muy dañino. No sé de quién has podido aprender eso.

Tenía toda la razón.

—Quizás sean esos recuerdos que tengo. En ocasiones cuando lo pienso se me revuelven en el estómago y suben y suben hasta agarrarme el pecho, y luego me aprietan tanto... Son cosas que nunca debí haber vivido, ni yo ni nadie. Pero están ahí.

—Por eso tienes que olvidarlas, Martín. Tienes que hacer ese esfuerzo, si no por ti por los demás. Por nosotras.

—Lo intento, Isabela, pero esta ciudad es muy pequeña y a cada paso que doy, en el escaparate de enfrente, en la barra de un bar o a la vuelta de cada esquina, siempre hay una cara que me recuerda todo eso —dije—. Por mucho que uno quiera enterrar el ayer, los recuerdos siempre te ponen una pala en la

mano para desenterrarlos.

Isabela me miró con preocupación.

—¿Todo fue tan malo?

—Todo no, eso ya lo sabes —dije—. Tú fuiste lo mejor. Tú y doña Ana, las dos.

Isabela se levantó y me abrazó como si llevara siglos necesitándolo. Le hacía más falta a ella que a mí. Había sido una madre durante estos años, pero como suele hacerse por rutina y cercanía pensé que siempre estaría ahí, que nunca enfermaría ni envejecería, y que por tanto podía tratarla y hablarle como me diera la gana, incluso tratarla con la punta del pie, como a veces un hijo a su madre con la descortesía que da la confianza del pecho materno.

—Lo siento —musité.

—No pasa nada —decía mientras se enjugaba dos lagrimones antes de que se los viera—. Es que me ha sentado muy mal enterarme de tantas cosas a la vez. Solo eso.

—Te he contado la verdad, Isabela. No hay más, de verdad. Perdóname.

—Claro que sí. Anda súbete y descansa.

Le di un beso en la frente y obedecí. Antes de salir de la trastienda me fijé en el otro aparato de radio que había allí. No todo el mundo podía permitirse tener una radio en casa, cuanto menos dos.

—¿Te le enciendo? Ya debe haber terminado —dije.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—A Norma Estrada —concreté—. Nunca te ha gustado. ¿Por qué?

—Las mujeres nos conocemos con solo mirarnos, Martín.

—¿Eso tiene que ver algo con mi madre?

Isabela levantó la vista como si yo supiera que ella tuviese algo que contarme.

—No, para nada —contestó—. ¿Por qué preguntas eso?

—No sé, es algo que se me ha venido a la cabeza.

Me quedé un rato allí de pie, dibujando figuras invisibles en el suelo con

la punta del zapato.

—¿En qué piensas, Martín?

No pude resistirme a decírselo.

—Isabela, conocías bien a mi madre, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Crees que mi madre grabó más discos aparte del que me dio?

Isabela me sonrió con ternura como si viera de nuevo al mismo niño que casi diez años atrás había entrado en San Nicolás bajo la nieve. Luego suspiró largamente por los viejos tiempos.

—¿Todavía estás con esas?

—Ya te lo he dicho, me es difícil enterrar el pasado.

—A tu madre solo le dio tiempo a grabar esa canción, pero eso ya lo sabes, te lo he contado muchas veces. Era como una prueba, el patrón de un disco que iba a grabar en Madrid. Luego se quedó embarazada y le dio miedo continuar, no quería perder el niño que llevaba dentro. Eran viajes muy largos los que tenían que hacer para seguir grabando canciones.

—¿*Tenían*? —apostillé—. Te refieres a la Estrada, ¿verdad?

Isabela asintió.

—Pero la Estrada siguió —dije.

—Sí, Norma continuó —asintió—. Norma Estrada siguió porque ese era su mundo. No cantaba igual de bien que Malena, o mejor dicho, no cantaba nada. Pero al final lo consiguió, grabó su disco y a continuación volvió al cine que era lo que quería realmente. Y tuvo suerte, que también es importante. Además, Norma Estrada es de esa clase de mujeres que saben compensar el exceso de estupidez con una falta absoluta de prejuicios, tú ya me entiendes. Una mujer tan espectacular como ella nunca tiene las puertas cerradas, al menos no creo que las tuviera entonces. Incluso cuando todavía no era famosa, recuerdo que allá donde iba siempre se formaba un alboroto. Los chicos se peleaban por estar con ella, era la reina de la fiesta y por donde pasara no había mirada que se le resistiera —recordó con una nostalgia que no era la

suya—. Norma Estrada siempre tuvo algo especial que no teníamos las demás, ni siquiera tu madre, Martín. Norma tenía lo que los hombres buscaban, y tu madre... Bueno, digamos que tu madre era una mujer mucho más convencional. Malena era una chica preciosa, no tenía nada que envidiarle a Norma, pero nunca le gustó llamar la atención en absoluto y, lo que es más importante, era una mujer decente.

Isabela se levantó de la mesa y comenzó a poner en orden algunas cajas amontonadas que en breve dejarían de rivalizar con la Torre de Pisa. Fui detrás de ella. Algo me decía que aún no había acabado.

—Imagino que alguien se dio cuenta de eso y vio que el negocio estaba en la mujer que los hombres deseaban y no en la que tenía el talento. Sin duda debió ser así —reflexionó—. En el fondo creo que tu madre prefirió no seguir, Martín. Se dio cuenta de que ese no era su sitio. Su sitio estaba aquí, junto a tu padre.

—¿Y de ahí tu antipatía por Norma Estrada?

Miró sin rumbo fijo, buscando una respuesta en la penumbra de la trastienda.

—A veces cuando pienso en ellos me doy cuenta de que todo lo que tengo en contra de esa mujer no es más que envidia. Pero no por mí, sino por tu madre. Envidia por la vida que podría haber tenido. Ella se lo merecía mucho más. Luego, al cabo de un rato, me doy cuenta que de haber sido así, a lo mejor, tú no habrías venido al mundo.

—Aunque se hubiera hecho famosa, mamá nunca habría dejado a papá, esas cosas se saben. Y si no hubiera sido yo, habría sido otro... U otra —bromeé—. ¿No dicen que en el vientre de la madre todos hemos tenido...? Ya sabes.

—No, no lo sé —se puso interesante—. A ver, dímelo tú, señor periodista.

—Pues etimológicamente hablando, y como reza el evangelio según San Carlines, un aguijón femenino.

Isabel casi se atraganta con su propia mueca.

—Me quedo muerta con vosotros dos —dijo—. ¿Se puede saber de dónde ha sacado eso tu amigo el catedrático de las barbas?

—De una revista que tiene en la peluquería.

—¡Ya! —exclamó con ridículo—. Esa peluquería es toda una real academia.

—Sí, algo así.

Por espacio de unos minutos la ayudé a ordenar el pequeño almacén, apilando cajas una encima de otra de manera que una montaña de bragas y ligeros no se le viniera encima en lo sucesivo.

—¿Y no tienes algo más que contarme? —volví a insistir por último.

—¿De Norma Estrada y tu madre?

—De Norma Estrada y mi madre —repetí.

Isabela se lo pensó mirando al suelo.

—Nada más.

Pero no podía ser así. Tenía que haber algo más, una razón por la cual Norma Estrada rehuía el nombre de Malena Quintero.

—¿De verdad que no sabes nada?

—¿Y tú, sabes algo?

—Yo he preguntado primero.

—Cariño, tu madre era una mujer muy discreta y muy prudente. Si había pasado algo entre ellas, si es eso lo que estás buscando, lo que fuera, se lo llevó a la tumba.

—¿Estás segura de que no sabes nada?

Isabela se mostró firme y rotunda.

—Tan segura como que si supiera algo que no debieras conocer por tu bien tampoco te lo diría —respondió no sin cierto aire misterioso—. Pero puedes estar tranquilo.

Por un momento la vi mintiéndome descaradamente, ocultándome algo, y me creí capaz de sospechar de ella. De repente me sentí tentado de bajar la

guardia y desembuchar todo lo que sabía y lo que mi mente era capaz de elucubrar. Habría querido contarle el episodio al completo de la cárcel, hablarle del hombre que sobrevivía en la oscuridad de una celda incomunicada, de su padre, un viejo pianista con una historia para echarse a llorar, hablarle de Sebastián Morell, el hombre que una vez llegó a ofrecerme una fortuna por aquel viejo disco, de igual manera que había intentado con mi madre, la mujer cuyo recuerdo había repudiado la mismísima Norma Estrada. Estuve tentado de contárselo todo.

—Isabela... —la tomé del brazo.

—¿Qué ocurre?

Supe reaccionar a tiempo y la cosa se quedó ahí. Aún no conocía qué alcance podía tener aquella historia. Solo lograría implicarla y preocuparla. Nada más. Lo mejor era llevar el asunto como hasta el momento, de puntillas. Contarle todo lo que sabía podía ser tan peligroso...

—Nada... bueno, sí. Quizás algún día nos topemos con alguien que nos cuente algo que no sepamos.

—Es posible.

—O quizás lo podamos averiguar nosotros mismos. Podríamos preguntarle a la misma Norma Estrada.

Eso no le pareció buena idea.

—Cariño, deja el mundo como está —me pidió—. Y a los muertos también. Escarbar en el pasado es como hacerlo dentro de una tumba, solo conseguirás llenarte las manos de tierra sucia y gusanos.

Asentí conforme y luego me echó de allí con un beso, obligándome a prometerle que no me metería en ningún lío y que dejaría en paz a Norma Estrada. Le di mi palabra de que así sería. Y por un momento casi que hasta yo mismo me lo creí.

Capítulo 8

Rompí mi promesa pasadas las siete de la tarde. Era mi primer día y a esa hora ya me estaba escapando del periódico mucho antes del cierre. Atravesé la redacción cargando a la espalda con un reguero de miradas acusadoras, como un criminal que llevara las manos manchadas de sangre. Y era agradable. Después de años sacándole lustre a los muertos, no había experimentado mayor satisfacción allí dentro que la de escaquearme de un trabajo de verdad.

Norma Estrada se escondía del mundo en el punto más alto de la vieja Calle Montrocal. Vivía sola, sin nadie que la echara de menos y olvidada por la luz del día. Habitaba en las sombras de una mansión aparentemente abandonada, entre ventanas cerradas y persianas corridas hasta abajo. Ni siquiera el sol tenía permiso para entrar en aquella casa. El edificio en cuestión era un chalet de corte victoriano, construido a principios de siglo, de techumbres puntiagudas, ventanas afiladas y un torreón cilíndrico que recogía las nubes en su chapitel. Llegué ante él con el último soplo del día, con el crepúsculo tatuando su decrepita simetría sobre una aurora violácea entre cabezos de arcilla. Era espectral. Y muy apropiado para una vieja estrella en el filo de su ocaso.

Dejé atrás una vieja cancela oxidada y me atreví a empujar mi Ducati de medio pelo hasta el final de un sendero escoltado por cipreses. Al final del camino me esperaba otro ejército. Un batallón de ángeles de piedra conducía hasta la casa. En ningún momento dejaron de mirarme con rostro sucio y ojos apulgarados, vacíos, los que la humedad les había dejado. Llegué a la puerta

sin perderles de vista de soslayo, no fueran a caer sobre mí a traición. Antes de llamar, un perfume dulzón, casi pestilente, captó mi atención. Provenía del otro lado del edificio de modo que la curiosidad me invitó a rodear la propiedad.

A la espalda de la mansión descubrí un invernadero. Al parecer era cierto lo que se decía de ella. Norma Estrada llevaba vida de murciélago. Pasaba el día entero encerrada a cal y canto, prisionera de la decrepitud de sus muros, y posteriormente, cuando la noche revoloteaba sobre la ciudad, cuando sus ventanas tenían permiso para abrir los ojos, se la veía a través de estas recorrer los pasillos de su mansión como un fantasma, en busca de una salida que la llevara a su jardín de cristal.

Al otro lado de la vidriera languidecía todo un laberinto de color: blancas, negras, amarillas... Eran orquídeas y estaban por todas partes. Sin duda alguna de ellas manaba la corriente embriagadora que envolvía todo el recinto. El olor era insoportable, tanto como la voz que suspiraba a través de su correcales. No la veía pero sí que podía oírla. Canturreaba una vieja canción, una que ya me sonaba de antes. Agucé un poco más el oído y cuando por fin dejé de oírme respirar escuché con claridad la canción de mi madre. De repente apareció en mitad del invernadero, de espaldas. Llevaba una bata blanca de fantasía y una pequeña cizalla en la mano. Mientras adecentaba a sus pequeñas les canturreaba *El Rastro de su Voz* como si fuera suya. Luego atravesó uno de los muros de orquídeas y desapareció.

Di un rodeo al invernadero en busca de una entrada, siguiendo su canto de sirena robado. Al fin encontré la puerta y entré en silencio sin importarme asustarla. Nada me hubiera gustado más. Pero la cosa no iba a ser tan fácil y de momento había cometido el error de no tener claro la salida en cuanto puse un pie dentro de aquel laberinto, un carrusel de calles que se penetraban unas en otras. En cuanto Norma cerrara la boca estaría perdido. Y sin embargo, lo peor de todo era la atmósfera que se respiraba allí dentro, húmeda y cargada. Era opresiva. Un calor aplastante y perfumado rayaba en la fatiga. No había

comido nada en toda la tarde y ahora, en el bochorno que exudaba aquella granja de orquídeas, las rodillas me daban mordiscos. Sentía el cuerpo flojo, pesado, cansado... Temí desmayarme de un momento a otro. Por su suerte su voz estaba allí, venía de una punta del invernadero... O quizás de la otra. A esas alturas ya no lo tenía tan claro, me estaba mareando.

Un minuto después, que me pareció toda una eternidad, logré darle alcance al final de un recodo. Estaba a punto de desplomarme, y justo cuando iba a tocarla en el hombro, me dieron el golpe de gracia que necesitaba.

* * *

Cuando abrí los ojos me descubrí recostado sobre un diván a la luz de un rosario de velas. La casa entera estaba llena de ellas sin más luz que esa. Me reincorporé rápido, de un tirón, y lo lamenté inmediatamente. La cabeza me dolía horrores, no paraba de darme vueltas. Sentí el cogote húmedo. Extraño. Me llevé los dedos atrás y encontré el pelo pegajoso. Era sangre.

—Será mejor que sigas tumbado —gruñó un tipo frente a mí.

Estaba sentado en un sillón, en el límite de la luz, donde el imperio de las sombras alargaba sus tentáculos para cincelarle la mandíbula y los pómulos de tipo duro. Se le veía bastante grande y fuerte, aunque no tanto como la última vez que le vi, siete años atrás. A pesar de ello no le habría aguantado ni dos asaltos. Llevaba una camisa blanca remangada y un pantalón gris. En una mano sostenía un cigarrillo y donde un día tuvo la otra ahora brillaba algo afilado, un garfio. Aquel hombre era Ortiz y aquello que relampagueaba en la oscuridad el arma del delito.

—¿Qué te proponías, muchacho? Eres algo joven para ir asustando a señoras maduras.

—¿Dónde está?

—La señora ahora llegará, antes responde.

Le dije lo primero que se me vino a la cabeza.

—Soy periodista del diario *La luz*. He venido a concertar una entrevista con la señora Estrada.

—¡Y una mierda! —exclamó sin perder la calma—. Prueba con otra, Norma ya te conocía de antes y no de eso. En cuanto te ha visto te ha reconocido.

—Vaya, es todo un detalle por su parte —dije.

—Y tanto, que una gran estrella como Norma Estrada se acuerde de una piltrafa como tú es todo un halago.

—Le advierto de que si sigue por ahí me van a salir los colores —sonreí.

—No te cueles, medio cuerpo, y dime quién cojones eres —gruñó.

Resoplé como una ballena y me agarré con fuerza el cogote, el corazón me bombeaba allí mismo.

—Me llamo Martín Vázquez. Puede telefonar a la redacción de mi periódico si lo desea. Ellos le darán mis credenciales.

Ortiz bufó divertido y luego abrió los brazos por si aún no me había dado cuenta de la escombrera de sombras en la que estábamos. Norma Estrada vivía en un mausoleo de velas.

—¿Traes tú el teléfono encima? —se burló.

—Por esa misma razón he tenido que acercarme sin cita previa. Lo he hecho en cuanto he podido. Además todo el mundo sabe que la señora Estrada no se deja ver tan fácilmente a plena luz del día.

—Muchacho, hace años que soy policía y sé reconocer un saco de mentiras. Apesta.

—No me diga —dije—. Debió de aprenderlo en un estercolero.

El grandullón apagó el cigarrillo en el cenicero que tenía a su lado y luego se me echó de encima. No me dio tiempo a reaccionar.

—Dime la verdad, ¿qué haces aquí, payaso? ¡Contesta!

—¡Ya le he dicho la verdad!

—¡Mientes! No me cuentes más mentiras... ¡O te abro una sonrisa de lado a lado!

El gigante levantó el garfio y automáticamente me despedí de mi cara.

—¡Basta! —ordenó una voz de mujer a su espalda.

Dejé de sentir la presión de su mano sobre mí, pesada como un ladrillo, y luego se retiró a su sitio. Antes de sentarse, la propia Norma Estrada le dio algo que hacer.

—Termina de podar las orquídeas, ¿quieres? El señor Vázquez y yo tenemos que hablar. En la entrada tienes la cizalla.

Ortiz se paró a su lado y le enseñó lo grande y afilado que tenía el garfio.

—No me hace falta ninguna *cizalla*.

—Tú mismo. Ahora déjanos, Norma Estrada quiere hablar con su invitado.

Ortiz salió de allí echando chispas. Yo habría acabado igual de tanto escucharla hablar de sí misma en tercera persona, aún conservaba esa fea costumbre. Mientras tanto, la Estrada aguardó un poco más en la penumbra. Desde la distancia podía sentir su recelo. Había irrumpido en su apacible existencia de repente, en mitad de la noche, sin avisar. ¿Qué podía querer de ella? Casi podía escuchar aquella pregunta revolotear entre las sombras. Luego se acercó a mí arrastrando un viejo vestido de gala, uno de cuantos habría llevado en sus grandes noches de triunfo.

—¡Querido muchacho, cuánto tiempo!

La luz de las velas me reveló un rostro pálido y cadavérico al estilo de las viejas estrellas de cine mudo. Norma Estrada tenía cara de susto. Llevaba los ojos y las cuencas extremadamente marcadas y tan oscuras como sus huesudos pómulos. Su expresión me produjo un cierto repelús. Parecía haberse quedado atrapada en una tira de celuloide de los años veinte. A pesar de ello el tono de su voz era conciliador.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien, gracias. Me alegra que todavía se acuerde de mí —le sonreí.

—Tan pronto como te vi me dije: yo conozco a este guapo de algo, seguro —rió—. Luego observé la cicatriz y todo encajó. A Norma Estrada no se le

escapa una, no se le escapa nadie.

—Me alegro de que sea así —dije—. ¿Y usted, cómo está usted, Norma? La veo un tanto... «apagada».

La vedette sonrió sibilina mi atrevimiento.

—Un fallo en el suministro, como siempre —disimuló con grandeza—. Norma lleva días esperando a que vengan los técnicos de la eléctrica. No sé con quiénes se creen que están tratando. Soy Norma Estrada, ya lo sabes, la más grande. Todos lo saben, o deberían. Esta ciudad es un desastre, Martín. Por Dios, llevo así casi una semana.

Años diría yo. Los pocos que sabían que vivía allí también estaban al corriente de que no tenía un duro. Se había casado con el anterior propietario de la mansión pensando que a su muerte le dejaría una fortuna. Ni los agujeros le había dejado. De su grandeza anterior solo le quedaban sus propias palabras, lo que tenía que decirse a sí misma. Norma Estrada era de esas personas a las que siempre les gustaba oírse hablar por encima de los demás, igual que si estuviera sola.

—¿Qué tal por Sudamérica? —quise tantear el terreno.

—Bien... bien... —disimuló con poca convicción, ni ella se lo creía—. Llegué hace una semana, ¡y fíjate como me encuentro la casa! Lo dicho, esta ciudad es un desastre.

—Y usted que lo diga.

La vedette sonrió tímidamente.

—Dime guapo, así que ahora eres periodista.

—Pues sí —respondí—. Si hay que morir de hambre que sea con clase, ¿usted qué dice?

—Norma no podría estar más de acuerdo, cariño —respondió.

Mientras me hablaba intenté calcular su edad. No me lo puso fácil. A simple vista no se notaba que tuviera cincuenta años, los que ya no volvería a cumplir, pero en cuanto movía la cara un poco más de la cuenta y la luz marcaba su rostro, se le veían todos esos kilómetros que su alma llevaba a

cuestas sobre su piel. Demasiados. Aún así seguía siendo terriblemente atractiva, el tipo de mujer que a cualquier hombre le gustaría llevarse a la cama.

—¿En qué puedo ayudarte, Martín?

—Verá, Norma, estamos haciendo una sección especial dentro del periódico sobre... *Ilustres onubenses*, eso es —me inventé—, y dado que hay una «amistad» de por medio, pensé que quizás... Bueno, no sé, pensé que le gustaría que la entrevistara. Estoy empezando en el oficio y la verdad, hacerle una entrevista a Norma Estrada me ayudaría muchísimo. ¿Querrá hacerme ese honor?

—¿Así, de sopetón? —preguntó sorprendida, casi asustada.

—Bueno, sí, había pensado que...

—¡Nada de eso! —me calló y desvió la mirada por encima de mí—. Tendrás que traer un fotógrafo para Norma, muchacho... Y un iluminador.... Y una buena asistente, por supuesto.

—¿Cómo dice?

—¡Calla! Escucha con atención.

Se levantó de su asiento y comenzó a vislumbrarlo todo, como en los viejos tiempos. Parecía que ya estaba sudando bajo los focos con un séquito de personajillos pululando a su alrededor, respirando por y para ella. A continuación enumeró todo lo que le haría falta: un buen peluquero, un gran vestido, el más caro por supuesto, y una puesta a punto que incluiría cutis, uñas y maquillaje. Estaba como ida. Decía que podía escuchar de nuevo el sonido de las candilejas, un teatro entero sonar otra vez para ella, como en los viejos tiempos. Los viejos buenos tiempos. Era su oportunidad de volver a ser Norma Estrada. Y tenía que ser a lo grande.

—También tendré que llamar al servicio para que ponga un poco de orden, ¡han dejado esto hecho un desastre! —fingió—. Acompáñame.

Me cogió de la mano rodeada de todas esas mentiras que le hacían dormir mejor y me llevó hasta la suntuosa escalera que abrazaba las alturas.

—Podríamos hacer unas cuantas tomas aquí mismo, apoyada en el brazo de la escalera, ¿qué te parece? —ya se lo estaba imaginando—. Y aquí también... ¡Y aquí...!

—Pero todo eso podemos hacerlo otro día, Norma —intenté convencerla—. Mientras tanto podemos ir empezando la entrevista.

—¿Sin fotos?

—De momento sí.

La sonrisa se le desbarató sobre la barbilla. Luego me miró con ferocidad, le estaba quitando el caramelo de la boca, no era para menos. Y eso no se le hacía a Norma Estrada.

—Bueno, ya hablaré yo con el director de ese periódico —amenazó con hacer las cosas a su manera—. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—*La luz*, el periódico *La luz* —le detallé—. Y el director se llama Juan José Jiménez. Seguro que le hará ilusión que lo llame.

—Descuida, lo haré. ¡Vamos a hacer una entrevista de categoría! ¡No sabes lo que me alegro que hayas venido a verme, Martín! ¡La alegría que me has dado!

Ahora estaba eufórica. Era el momento de aprovechar ese entusiasmo para ir preparando el terreno.

—Norma, ahora que recuerdo, por curiosidad, ¿qué fue de aquella chica que conocí en la playa?

—¿Qué chica, qué playa? —se hizo la interesante.

—Ya sabe a qué chica me refiero. Sea buena y no me haga sufrir.

—¡Claro que sí! —rió—. Te refieres a Sofía, la hija de Karl.

Sí, pensé para mí, la hija de Karl, Karl Schmidt. Por supuesto que lo sabía.

—Exacto, Sofía. Aunque, disculpe la torpeza, ¿quién es Karl Schmidt? —disimulé.

—¿Karl Schmidt...? Un hombre muy importante. Fuimos amigos durante mucho tiempo. Se portó bien conmigo hasta que...

—¿Hasta que qué?

Quería saber cómo salía de aquel aprieto, cuál era su final inventado para aquella noche a su salida de la Casa del Vigía.

—Bueno, ya sabes lo que pasa, Martín, lo de costumbre. Norma Estrada es una mujer muy ocupada, con muchos contratos por delante... Y muchos admiradores —se agarró a su arrogancia, nadie lo habría hecho mejor—. Después de la muerte de su esposa, Norma fue una buena amiga para él. Pero Karl quería más... quería una mujer dentro de su casa... quería a Norma Estrada para él solo. Nunca comprendió que ser una estrella supone muchos sacrificios, es el precio de la fama. Norma Estrada no es de nadie, sino de todos —subrayó.

A aquella mujer no le hacía falta que nadie le echara flores. Tenía su propio invernadero. El dulce veneno de sus orquídeas se le había subido a la cabeza.

—¿Entonces usted y el tal Schmidt ya no...?

—No querido, Norma y Schmidt no. Y no creas que no me dio pena. El pobre estaba enfermo. Tenía el rostro completamente desfigurado, marchito, consumido. Era como llevar una calavera sobre los hombros. A Norma siempre le dio mucha lástima porque en el fondo es un buen hombre y nunca encontrará a otra mujer como ella.

—¿Como a su difunta esposa se refiere?

—¡Como a Norma Estrada me refiero, muchacho! —contestó con rapidez—. Perdió su oportunidad. No jugó bien sus cartas y los trenes solo pasan una vez en la vida, a veces incluso dos. Pero este, Martín, este no.

—¿Qué fue de él?

—Aún vive aquí, en su hacienda del *Pozo Dulce*.

—¿Se refiere a la jungla esa que está arriba del Barrio Reina Victoria?

—Esa misma, justo enfrente del colegio de las Hermanas Teresianas. Allí mismo estudiaba Sofía.

—Creía que los alemanes eran protestantes, como sus amigos los

ingleses.

—Protestantes sí, pero amigos no sé yo...—sonrió—. Schmidt quería que su hija tuviese una formación religiosa, con valores. El credo le daba lo mismo, al fin y al cabo era un colegio de monjas. Además, la tenía enfrente de casa. Es lo que querría cualquier padre. Y Karl era un buen padre.

—¿Y Sofía? —volví al tema de apertura, ella también me interesaba—. ¿Qué pasó con Sofía?

Norma me guiñó el ojo tiernamente.

—¿Te gustaba mucho, verdad?

—Lo cierto es que sí, bastante —le confesé—. Siempre he querido saber qué fue de ella. De hecho quedamos en vernos otra vez al verano siguiente. Prometimos escribirnos, ¿sabe? Con la primera carta que me llegara de ella, ya sabría dónde tendría que mandar la siguiente, cosas de críos —no le di más importancia—. Pero esa carta nunca llegó. La estuve esperando en silencio un verano tras otro. Nunca se presentó.

—¡Oh, mi niño! —se apiadó de mí—. Aún duele, ¿verdad?

—Solo cuando me aburro, ya no tengo tanto tiempo como antes —contesté.

—Lo último que supe de ella es que estaba estudiando diseño y que había entrado a trabajar de aprendiz en Galerías Preciados. Creo que incluso su intención era marcharse a Londres a continuar los estudios. Pero eso no le hacía gracia a Karl. Después de los bombardeos de Londres, los alemanes no eran bien vistos allí. No sé en qué quedó la cosa.

Así que Londres... Bueno, al menos ya sabía algo, que no era poco.

—¿Y usted, Norma? ¿Volvió a ver a Schmidt después de romper...? me refiero a su amistad, claro.

—Te he entendido perfectamente, guapo —quiso dejar claro—, pero sí. He vuelto a verle, de lejos. Cuando Sofía se fue a estudiar a Madrid, Karl se marchó un tiempo fuera, pero luego, al tiempo, regresó. A veces le veo rondar por aquí. Temo que esté obsesionado. Por eso tengo cerca a Germán.

—¿Germán?

—Sí, Ortiz, el hombre que casi te cruza la otra parte de la cara.

—Eso es porque seguro que está enamorado de usted —la galanteé—. ¿Cómo se hizo lo de la mano, abriendo una lata de conservas?

—No seas cruel, Martín —me reprendió sonriente—. El pobre la perdió en una prensadora. Después de eso lo declararon nulo para su trabajo. Cobra una pensión por ello. Aparte se saca un dinerillo conmigo, me hace compañía.

Y seguro que también le hacía algo más, pero se hacía tarde para averiguarlo y por ese día ya tenía suficiente.

—Bueno, no quiero entretenerla más —dije levantando el campo.

—¿Tan pronto? —preguntó con angustia.

—Seguro que tiene usted cosas que hacer. Y yo también. Hay dos mujeres esperándome en casa. Y una de ellas ya está chocheando.

—No me digas que te casaste.

—Nada de eso. Vivo con una tía mía y una abuela postiza.

—¿No tienes padres?

—No, murieron en la guerra. Si no fuera por ellas dos habría acabado en un orfanato como ese amigo mío, ese del que le hablé en la playa, el que tenía un disco de su madre, la que cantaba igual que usted, Malena Quintero, ¿se acuerda?

Norma Estrada achicó la mirada y enarboló una sonrisa luciferina.

—Sí, ya recuerdo... Por un momento había olvidado lo insolente que fuiste con Norma aquella vez.

—No se enfade, por favor —le rogué—. Discúlpeme si le ha molestado, no era mi intención.

—Para nada —disimuló—. Es una pena que ese muchacho no volviese a aparecer. Ya te dije entonces que me hubiera gustado mucho comprobar eso que decías. Norma Estrada solo hay una. Hubiese estado dispuesta a comprarle el disco a tu amigo, lo que no sé es lo que habría hecho después de oírlo.

Solo por averiguarlo habría merecido la pena ponérselo por delante en bandeja. Norma Estrada debía ser una mujer muy envidiosa. ¿Y cuál no lo era?

—¿Sigue enfadada conmigo? No quiero que lo esté, me gustaría tanto hacerle esa entrevista...

—Por supuesto que no, tigre —fingió y cambio de tercio—. Y dime, ¿cómo es vivir con dos mujeres mayores?

—Estresante —contesté—. Si no viene un bellezón como usted y me saca de allí, creo que así será por los siglos de los siglos.

—No me tires los tejos que aunque seas un chico muy guapo, podría ser tu madre.

Una carcajada después Norma Estrada me acompañó a la salida. El rellano era un cañón de sombras que tiritaban al compás de las llamas.

—Espero que para cuando regreses ya hayan repuesto el suministro. Dame un par de días, ¿conforme?

—Trato hecho —sonreí, aunque quizás para cuando volviera ya no tendría ni velas—. Eso sí, si el oso salvaje anda suelto, me doy media vuelta.

—No te preocupes por Germán, es inofensivo. Cuando vuelvas le pongo la correa. Pero pasado mañana, no me falles.

—Jamás —le dejé contenta.

Me despidió bajo la puerta con dos besos de plástico y salí a la noche envuelta en su perfume de orquídeas. Antes de que cerrase la puerta le dejé un recado.

—Por cierto, hoy me han dado recuerdos para usted, para la más grande.

—¿Dónde ha sido eso?

—En la cárcel.

Al principio no pareció comprenderlo, luego sonrió con sarcasmo. Ya sabía de quién se trataba.

—¡Samuel Alcaide! —rió—. Sí, Samuel es todo un caballero, todo hay que decirlo. No sabes la de veces que me pidió en matrimonio, ¿te lo puedes creer?

—Me lo imagino. En su despacho tiene toda una pared dedicada a usted. Es su muro de las lamentaciones.

—¿Y qué te dijo de mí?

—Absolutamente nada.

—¿Pero entonces? —preguntó extrañada.

—No fue él quien me dio recuerdos para usted —contesté—. Fue otro viejo amigo que también tiene su casa allí.

Empujé el ciclomotor a través del camino que custodiaba el batallón de ángeles de granito, sabiendo que la había dejado petrificada bajo el dintel de su morada. Bajé el sendero de cipreses y puse en marcha aquella tostadora con ruedas con el gustazo de saber que esa noche le había robado el sueño a Norma Estrada.

Capítulo 9

En cuanto libré del periódico a la tarde siguiente, lo primero que hice fue visitar el consejo de sabios del Mercado del Carmen. A las nueve de la noche *Casa Barba* estaba prácticamente metida en capilla. Manolito se encargaba de poner a raya la alfombra de pelánganos que barría el piso mientras Carlines leía el periódico a pierna suelta y con la esperanza de que no cayera ningún cliente de última hora. Como era costumbre, en cuanto caía la noche, Don Ramiro ya había hecho mutis y se había llevado consigo la fábrica de metano que tenía por suegro, el maestro Gervasio.

—¡Míralo, Manolito, aquí llega el hombre del que habla la profecía, aquel que morirá virgen para redimir a sus semejantes! —se burló Carlines—. ¡Anda que vaya banquete se van a dar los gusanos contigo! ¡A tumba abierta!, nunca mejor dicho.

—A que me voy... —amenacé.

—No por favor, señor santo, pase, pase...

Me senté en la silla eléctrica y le pedí la garantía del último corte.

—Para tu información mañana tengo una cita con una mujer de verdad.
Norma Estrada.

—Coño, ¿pero esa no estaba por Sudamérica?

—Se ve que tenía ganas de volver —dije con sorna.

—Me hablas de la misma que decía no saber quién era tu madre, ¿no?, esa que en verdad era amiga suya.

—Tú lo has dicho: *era*.

—Menudo granuja que estás hecho. Ya sabía yo que la raza humana

estaba en buenas manos.

—Anda, déjate de humanidades y dame un repasillo por el cuello. ¡Pero con cuidado, que tengo una herida de guerra reciente! —le enseñé la postilla.

—Macho, ¿cómo te has hecho eso?

En el trascurso del operativo le relaté mi visita a la vedette, la caricia que me había dejado Ortiz y, por supuesto, también le hice partícipe de que aquella mañana me había licenciado con honores como allanador de celdas de aislamiento. Sin embargo, en el punto más interesante, la llegada de un nuevo cliente nos interrumpió la charleta.

—*Bona nit, amics!*

—¿Otra vez está usted por aquí, Arcadi? Voy a empezar a pensar que se está enamorando de mí.

—Ya quisieras tu, figaro de pacotilla —dijo—. A ver si te enteras, criatura, que no *magradaque* me dejes pelos detrás de las orejas.

—Estábamos cerrando ya, ¿no le importa pasarse mañana?

—Mañana a lo mejor me he muerto y si lo hago quiero estar presentable.

—Nadie va a soplarle la nuca muerto, Arcadi —rió Carlines.

—¡Mira, *nen*, yo *daquí* no me muevo, que *sempre* me andáis con el rollo de que vuestros pelaos están en garantía!

—Sí, pero no a esta hora, Arcadi.

—¡Pues me da igual, ya verás cómo después de hoy vas a aprender a pelarme bien de una vez!

—¿Y usted? —dijo Carlines—. ¿Cuándo va a aprender hablar nuestro idioma como Dios manda? Se cree que todavía está en el extranjero.

—*Carles, Carles*, no me toques los *cuyons*...

Carlines resopló y se dio por vencido.

—¡Bueno pues espérese ahí calladito que enseguida lo atiendo en cuanto termine con Martín!

Al catalán se le iluminó el rostro en cuanto me vio.

—Disculpa, Martín, no te he visto, ¿cómo estás? Oye, ¿qué hay de esa

interviú? —me pilló desprevenido.

—Pues... Cuando usted quiera Arcadi, un día de estos que coincidamos por aquí, ¿le parece? —se me ocurrió a bote pronto.

—¿Un día como hoy?

—Bueno yo me refería...

—¿Pues para qué esperar? ¡No *deixis* para mañana lo que puedas hacer hoy!

—Arcadi, no creo que hoy me entre nada más en la cabeza.

—Venga, no te hagas de rogar, Martín. Además, cuando *texplique* tantas cosas te vas a hasta alegrar. Desde mi etapa parisenca hasta ya por último la gerencia del *Cinema Saltés*.

—¿Cómo ha dicho? —pregunté sorprendido, pues si no le había oído mal, había dicho el *Cinema Saltés*. A punto estuvo Carlines de cortarme una oreja del bote que di—. Repita eso último.

—¿El qué?

—Eso de la gerencia del *Cinema Saltés*.

—¿Qué pasa con el *Saltés*?

—Pues eso, que resulta que llevo años entrando aquí y ahora me vengo a enterar que era usted el dueño. Nunca lo dijo.

—Bueno quizás sea porque nunca salió el tema.

Miré a Carlines buscando un culpable directo.

—¡Anda que tú también me ibas a decir algo, ya te vale!

—¡Coño, Martín, aquí se habla de todo y de nada, no puedo estar pendiente de tantas trocherías! Aquí todo el que entra cuenta sus pamplinas.

—¡*Escolti*, tú, sin faltar! —gruñó.

—¡Yo me pongo en piloto automático y no me entero de nada! —argumentó—. Así que a mí de tus historias me dejas...

Le miré con ganas de comérmelo allí mismo. Aún así me contuve.

—Bueno, Arcadi, cuénteme, ¿cuál es la historia del *Saltés*?

—¡Ohhh! —enfaticó con orgullo—. El *Cinema Saltés* fue una de mis

grandes *contributions* a la industria del espectáculo de esta ciudad. Lo de las putillas y el cabaret en la Calle Gran Capitán estaba bien, me daba mucho dinero, pero pronto vi que tenía que diversificar y ofrecer otro tipo de *entertainment*, como dicen los ingleses, a una clientela algo más decente por así decirlo. Y obviamente el *Saltés* era la mejor opción. Su anterior propietario ya estaba mayor y no hubo problema en traspasarme la gerencia. Solo me puso una condición: entrar siempre gratis. El muy canalla estaba allí todos los días, fuese a la hora que fuese para amortizar su privilegio. Hacerle eso a un catalán... —se lamentaba con comicidad—. Durante más de veinte años llené el *Saltés* de comediantes, cantantes, orquestas, magos, cine... ¡Ahhhh...! Fueron buenos tiempos.

—¿Qué pasó después? —le pregunté.

—Pues que arribó el cinema sonoro y todo eso desapareció. De un plumazo. Ya no hacían falta ni magos, ni cantantes, ni nada de eso. Los artistas de variedades fueron desapareciendo por todo el país. No los necesitábamos, ¿para qué? Todo eso podía encontrarse en una lata de celuloide. Pero eso sí, puedo asegurar que hasta hace unos años, la mía era la única sala que ofrecía películas mudas con música en vivo en este puñetero país. Como que *soc* Arcadi —puntualizó con soberbia.

—¡Ya! Y prueba de ello es que al final tuvo que cerrarlo, no te jode —le bajó los humos Carlines—. No se puede ir en contra del progreso, Arcadi.

—El *progrés* solo consiste en ir dejando gente atrás, *nen* —dijo con aire sombrío—. Fijaos en ese escaparte de ahí enfrente.

Al otro lado de la acera brillaba el luminoso de la casa Singer.

—¿Veis esas máquinas de coser? Hace un tiempo, cuando no existían, diez mujeres tenían trabajo. Ahora una sola hace diez vestidos en la mitad de tiempo. El *progrés* solo es bueno para el que paga las nóminas —argumentó—. Pues con el sonoro pasó lo mismo. Después de estrenarse *El cantor de jazz* a mitad de los veinte, y por mucho que Conchita Piquer diga que fue ella la primera que hizo una grabación sonora anterior con un tal Reverte, el cine

sonoro se lo cargó todo. Se acabaron los teatros, los números de variedades, la música en directo... ¡Todo!, lo que yo os diga. Muchas salas tuvieron que cerrar al no poder hacer frente a la reforma que suponía subirse al carro. Una lástima, una verdadera *vergonya*.

—¿Y por qué siguió ofreciendo películas mudas hasta hace tanto sabiendo lo que le suponía?

—Al contrario de lo que diga aquí tu *amic* el aprendiz, no fue eso lo que me obligó a cerrar el *negosi*. Otros cines fueron abriendo sus puertas alrededor del mío. Por mucho que me adaptara, la gente prefería ir a las nuevas salas. Y así, poco a poco, el *Saltés* se fue muriendo. Seguía viniendo la gente pero no tanta como para poderme permitir pagar a las distribuidoras por tantas latas de estreno. Solo podía hacerme cargo de una nueva cada quince días, a veces incluso al mes. Como teníamos otras películas en propiedad las seguíamos poniendo de tanto en tanto. Y las mudas también.

—Lo sé. Hace años vi una allí.

—¡Uy!, ¿y eso cómo fue, acaso te despistaste? —se sorprendió.

—Nada de eso, quería probar —disimulé—. Nunca había visto una película muda con música en directo. Me dio por ahí. Y luego conocí al señor que lo tocaba.

—¿Te refieres al viejo Samper?

Tan pronto como mencionó su nombre sentí arder el brillo en mis ojos.

—¿Qué sabe de él?

—*Poc*, muy *poc*. Solo que era un hombre un tanto... extraño. Un día apareció por allí y me pidió trabajo. Le dije que no podía permitírmelo, que no había una clientela fija como para eso ¿Y sabéis lo que me dijo?, que lo haría gratis.

Carlins sabía tan bien como yo la historia del viejo Samper. Estaba igual de asombrado que un servidor.

—No me preguntéis per qué, no lo sé. Le dije que sí, y volvimos a poner en marcha el programa de películas mudas. Yo creo que ese viejo chiflado era

un romántico, ojalá quedaran más como él. La verdad es que era un tipo bastante interesante.

—¿Qué le contó?

—¡Muchas historias!

—A mí también me contó alguna que otra. ¿Le habló de Nueva York?

—Por supuesto.

—¿También le contó que antes de todo eso estudió música en Barcelona y que de allí se subió a París? —comencé a embalarme.

Arcadi me escuchaba atónito, no quería cortarme.

—Lo hizo por amor. Se enamoró de una chica belga en su ciudad, Arcadi, una tal Helene y después se fue a buscarla a París.

—Pues eso no me lo contó.

—Entonces tampoco sabrá que después se dejó embaucar por una lagarta de un cabaret, una tal Edeline, una cabaretera de moda. Dejó escapar el amor de su vida por culpa de esa mujer. La dejó embarazada y después tuvo que apechugar. Sí, señor. Edeline Somier, hasta su apellido resulta cómico.

—¿Edeline Somier? —preguntó de repente—, ¿la misma Edeline Somier del *Folies de Soie*? ¿Estás *segur*, Martín?

Arcadi me ahora miraba extrañado con una mueca que le doblaba la barbilla hacia un lado.

—Completamente —le aseguré—, ¿la conoció usted?

—Un *moment*, Martín, un *moment*, ¿la misma Edeline Somier que llegó a aparecer en una película de Méliés, esa misma Edeline Somier?

—Esa misma.

—¿Y el viejo Samper te dijo que dejó embarazada a Edeline Somier?

—Exacto. Eso es lo que me contó él.

El viejo catalán se echó a reír.

—¡Menudo disparate!

Carlino y yo nos miramos sin entender nada. No le veíamos la gracia al asunto. Ambos conocíamos la misma historia y para nada era cosa de guasa.

Arcadi se partía de la risa, incluso Manolito. Aquel espantapájaros con gafas de culo de vaso y escoba en ristre se contagiaba de las carcajadas del catalán riendo por inercia como los locos. Y hubo un momento en que se hizo insoportable.

Fue entonces cuando la campanilla de la puerta volvió a sonar y a todos se nos cortó algo por dentro. A ellos dos la risa, a Carlines y a mí la respiración. Vestía de blanco, como de costumbre, con su expresión fría a juego y aquel par de ojos cosidos como botones, oscuros, de muñeca, sobre esa media sonrisa, sibilina y afilada. Se notaba que el olor a sangre le había llegado de lejos.

—Buenas noches, ¿aún está abierto?

Por supuesto que lo estaba.

Para el inspector de policía Víctor Durán nunca había una puerta cerrada.

Capítulo 10

Carlines no encontró objeción alguna en coger un cliente más y asintió con la cabeza. Y es que el Inspector Durán no era ningún cualquiera. Allí dentro todos sabían quién era, hasta Manolito que siguió barriendo el suelo sin más que arrastrar hasta la cubeta, cabizbajo. Arcadi se sentó a esperar y Carlines siguió a lo suyo conmigo.

—¡Vaya, veo que les he interrumpido! —dijo—. Discúlpenme, no era mi intención. ¿Celebraban algo? Si quieren vuelvo en otro momento...

—De ninguna manera —tomó fuerza Carlines—. Ahora mismo le atiendo, señor Durán. De hecho ya he terminado aquí.

—Perfecto. ¿Detrás de quién voy?

Carlines señaló a Arcadi. El catalán se arrugó enseguida.

—¡Oh, no por favor! —exclamó Arcadi—. Faltaría más, señor inspector, pase usted primero. No tengo prisa.

Lo había dicho en perfecto castellano, por si acaso.

—Se lo agradezco, amigo. Voy mal de tiempo y me esperan en otra parte. Pero prometo no robarle mucho tiempo a este manitas —consideró—. ¿Sabe que tuve este artista a mi cargo en San Nicolás? Estaba hecho un buen ejemplar, ¡y mírelo ahora! Conseguimos hacer de él un hombre hecho y derecho.

Carlines se congració con él apretando los labios en una afable sonrisa que pocas veces le había visto. Luego, al segundo de despachar a mi amigo, Durán buscó el reflejo de mis ojos en el espejo que tenía enfrente, hasta que la encontró.

—¡Vaya, pero si es el pequeño Martín! —exclamó—. ¿Muchacho cómo estás?

—Buenas noches, señor Durán —le saludé muy a mi pesar.

—¿Por qué estabas tan callado, hombre?

—Dispense usted, pero cuando me pela Carlines prefiero no decir ni *mu* —le explique amigable—. La última vez me dejó un trasquilón y dijo que yo tenía toda la culpa, que no paraba de hablar. Así que ya ve.

—Judas... —se quejó Carlines.

—¡Muchachos, no habéis cambiado nada! Como el perro y el gato.

Durán se volvió hacia Arcadi y Manolito.

—¡Dos joyas estos dos! —se dirigió a ellos con falsa familiaridad—. Lo que yo les diga. Se pasaban todo el día peleando, incordiando, pero inseparables, ¿verdad, chicos? Y tenían las peores ocurrencias de todo el internado: ¿saben que una noche atiborraron a un compañero suyo de lentejas en pleno comedor? ¡Todavía me acuerdo! —reía como si fuera una anécdota fácil de recordar con una sonrisa—. Los muy granujas no pararon hasta que el chico se puso a vomitar allí en medio. ¡Le salía la comida hasta por las orejas! ¿Lo recordáis, muchachos?

Por supuesto que nos acordábamos, aunque la historia no era tan divertida como había pasado. Los tres lo sabíamos.

—¿Cómo se llamaba ese chico...?

—Emilio —me atreví a responder, seco.

—¡Eso es, Emilio! —se alegró de recordar—. Pobrecillo... La teníais tomada con él, eso no lo he olvidado. Pasan los años y uno se olvida de muchas cosas, pero no de eso. También me acuerdo de una mañana en la que todos le abofeteasteis así por las buenas como si estuvierais en un bufé libre, sin importaros lo más mínimo. Fue darme la vuelta y os ensañasteis con él. Pero bueno, cosas de chavales.

El privilegio del narrador era contar la historia a su manera y Durán nos estaba dando un auténtico repaso. Podía hacerlo.

—La verdad es que no sé qué teníais en contra del chico —continuó—. Sí, era un poco tartaja, de acuerdo, algo más lento que los demás, un blandengue... Pero bueno, ¡nadie es perfecto!

—¡Cosas de críos, señor Durán! —participó Arcadi en la refriega, restando importancia—. Los niños, niños son. No saben dominarse.

—Cierto, los niños no saben dónde están los límites —le dio la razón al catalán—. No distinguen la crueldad del juego. Con suerte, si un día de estos os lo encontráis por la calle, no os volverá la cara. No se lo hicisteis pasar muy bien. En fin... —suspiró.

Durán se sentó en el otro sillón donde normalmente pelaba Carlines, a menos de cuatro baldosas de distancia, cruzado de brazos y piernas, meditabundo.

—A veces me pregunto qué habrá sido de todos esos chicos. Después de cerrar San Nicolás, la gran mayoría tuvo que ir a otro orfanato. No tenían otra elección, sin un padre, sin una madre... ¡Es una lástima! —lamentó con frivolidad—. Muchachos, sois afortunados por tener una familia. No sabéis cuánto.

Después de eso calló por un rato y el resto le secundamos. El único sonido era el de las tijeras de Carlines recortando el silencio alrededor de mi cabeza. A medida que pasaban los segundos la atmósfera se envenenaba de aquella tregua que rumiaba Durán, al igual que si una cuerda invisible se estuviera tensando a punto de romperse con estrépito de un momento a otro.

—¿Cómo están tu tía Isabela y doña Ana? —preguntó Durán.

Ahora me tocaba recibir a mí.

—Están bien, gracias. Están bien —me reiteré.

—He oído que no les va nada mal con esa tienda de lencería.

—Están muy contentas, no les falta trabajo.

—Y espero que sea así por mucho tiempo y que nunca pase nada, Dios no lo quiera. Un robo, un incendio... Mala cosa.

—Ya... —consideré.

Se quedó un rato con la mirada colgando de mí. Podía sentirlo como fuego cruzado.

—Esa tienda, la de tu tía, es esa en la que compró la Rita Hayworth, ¿no? —supuso con acierto—, la que salió en el periódico *La luz*.

—Sí, señor —dije—. La misma.

—Por cierto, creo que tú trabajas en ese periódico, ¿cómo está mi amigo Jiménez? ¿Sigue ahogando la úlcera en menta poleo?

—Sí, aunque al paso que va la úlcera se lo traga antes de que acabe con el suministro de infusiones del *Astoria* —bromeé—. ¿Cómo lo sabe?

—¿El qué?

—Que trabajo en *La luz*, ¿me ha leído acaso?

—Martín, no te lo tomes a mal, pero siempre he pensado que la prensa escrita es cosa de vagos, para los que no se atreven a leer un libro de verdad —expuso—. Los periódicos son el vertedero de la literatura. Sí, son entretenidos, pero no dejan de ser más que mentiras. Lo que cuentan solo sirve para llenarle los bolsillos a unos pocos y mancharles las manos al resto.

—Ahí le doy la razón a usted, inspector —saltó Arcadi—. La tinta es malísima.

El catalán intentaba congraciarse con el recién llegado para relajar el ambiente, pero en cuanto Durán le echó la vista encima le faltó tiempo para esconderse detrás de un periódico que intentaba leer del revés.

—Otra cosa —cambió de tercio—: un pajarito me ha contado hoy que un chico bien avenido y con una bonita cicatriz en el pómulos llamado Martín quería hacerle una entrevista a Norma Estrada.

—Entonces no sería un pajarito, sino un pajarraco —convine—. Y le van a tener que cortar las uñas, me dejó en la cabeza un recuerdo de bienvenida.

—Vamos, seguro que no es más que un rasguño —le quitó importancia al incidente—. No se lo tengas en cuenta, el pobre Ortiz se hace viejo y un poco más cascarrabias. Es ley de vida, ya te pasará a ti, si Dios quiere...

—Y usted que lo vea.

Durán se levantó del sillón y vino a por mí. Apartó a Carlines con la mirada y luego me tomó la cara por la barbilla. Se quedó un rato rebuscando en mis ojos, esperando encontrar algo escondido, algo que no le había contado aún, tras las pupilas.

—¿Qué tal la visita a la cárcel? ¿Te gustó? —me pilló desprevenido—. Tu jefe me ha puesto al día de tu trabajo: una sección para dar brillo y esplendor al proyecto de limpiar conciencias que tiene entre manos el Caudillo. Es agradable saber que quien nos gobierna aún confía en valores tan antipatrióticos como el perdón de los pecados y «amén», ¿no crees? Aunque sea poniendo ladrillos al borde del abismo.

Se lo confirmé como pude, asintiendo lo que me dejaba mover la cabeza.

—Jiménez dice que antes te dedicabas a las necrológicas... ¿Te gustan los muertos, Martín? En la cárcel se mueren a diario... Y hay muchos que ya llevan años muertos, algunos incluso ni saben que lo están.

Luego se inclinó sobre mí hasta que pude sentir su aliento a tabaco de vainilla en mi boca. Por un momento pensé que sabía algo más, algo que no debía haber pasado en la prisión. De repente sentí el pulso perdido bajo la ropa, Durán había conseguido asustarme. Entonces el inspector enarboló la más amigable de las sonrisas, tierna y paternalista como ninguna. Luego dejó de pellizcarme la barbilla y paseó un dedo por mi cicatriz.

—Hicimos un buen trabajo en ese pómulo, ¿verdad?

Sentí el cuerpo relajarse por completo, solo con fuerzas para mover la cabeza. A continuación Durán miró su reloj.

—¡Vaya, se me ha hecho tarde! —lamentó—. Me pongo a hablar y hablar y no paro... Bueno, ya vendré otro día para ese repaso, muchachos. Ha sido un placer volver a veros. Señores... —se despidió de Arcadi y Manolito.

La campanilla anunció su marcha por fin. Pero antes desaparecer en la calle, Durán dejó un último recado.

—Otra cosa, Martín, antes de que se me olvide —dijo—. No ha habido otra artista en Huelva como Norma Estrada. Soy uno de sus mayores

admiradores, esperaré con ansias esa entrevista.

La campanilla siguió meneando su badajo durante un rato después de que Durán cerrara la puerta por fuera, y cuando dejó de hacerlo yo aún seguía temblando bajo la chaqueta. Pasado el peligro, el resto de la parroquia recuperó el ritmo cardíaco de sus mejillas.

—Qué, ¿te doy papel ya o todavía estás empujando? —dijo Carlines.

—No creo que sea el único, hombretón —le espeté.

Arcadi se plantó en dos zancadas a mi lado.

—*Escolti, nen*, no sé qué te traes entre manos, pero si Durán anda cerca, no es buen *negosi*, tú.

—Cuidado, Martín, mucho cuidado... —se unió al pésame Manolito.

Hasta Manolito sabía que con alguien así era mejor no cruzárselo por la calle. Me eché las manos a la cara y me restregué los ojos como quien intenta aún despegarse del recuerdo de un mal sueño.

—Bueno, *xavals*, este que está aquí se va a casa a tener un ataque al corazón en condiciones —dijo el catalán.

—¿Ya no quiere usted la garantía, Arcadi? —preguntó asombrado mi amigo—. Que usted diga que no, ya es raro... Vamos, siéntese ahí, que ya termino yo luego a Martín.

—¡Uy, no! De eso nada, ¿ahí dónde se ha sentado Durán? ¡Lagarto, lagarto! —se santiguó—. Deja, deja... Ya otro día.

A punto de agarrar la puerta y marcharse, le llamé la atención.

—¡Un momento, Arcadi! Solo una cosa —dije—. Antes cuando estábamos hablando del pianista, del viejo Samper... Cuando le dije lo de que tuvo un hijo con la tal Edeline... ¿Por qué se reía usted tanto?

Desde la puerta Arcadi ya me llevaba una sonrisa de ventaja, con la satisfacción que da tener un as en la manga.

—Martín, Edeline Somier nunca se quedó embarazada —fue tajante.

—¿Qué pasa, Arcadi, también se disfrazó de ginecólogo en París? —se quejó inmediatamente Carlines.

—Nada de eso, *nen*. Pero siento decirlo que Edeline Somier no podía tener hijos.

—Arcadi, por favor, se lo ruego, no estoy para misterios —dije cansado—. ¿Por qué Edeline no podía tener hijos? Dígamelo.

Arcadi suspiró con nostalgia, la que le llevaba a otro lugar en otro tiempo.

—Muchachos: Edeline Somier era un hombre que se vestía de mujer —respondió.

Después de la visita de Durán estaba claro que no podría aguantar una sorpresa más y menos una como aquella. Eso sí que no me lo esperaba, tanto que me negué a creerlo.

—¡Imposible! —dije casi enfadado—. No puede ser.

—Claro que sí —sonrió.

—¡No, no y no! Él me lo contó. Samper. Él me lo dijo.

—Samper puede decir misa, Martín.

—¡Ah, sí? Y dígame, ¿cómo está tan seguro de que Edeline Somier era un hombre? ¿Lo conoció acaso?

—Por supuesto que sí.

Y entonces, Arcadi puso una mano en alto, otra sobre su cadera y enarboló su cuerpo como ya lo hiciera en la época dorada de los cabarets de París.

—Aquí delante le tienes: yo soy Edeline Somier.

Y de repente, en un oscuro rincón de mi cabeza descubrí al viejo Samper riéndose a mi costa. Todo lo que me había contado era mentira.

Y esa era toda la verdad.

Capítulo 11

Llegamos a casa de Arcadi al filo de las diez de la noche. A mitad de semana a esa hora la Huelva oficial ya estaba bajo palio. El catalán vivía al final de la *Calle de los Tumbaos*, allí donde los pescadores del Brasil Chico confeccionaban cada día sus redes sentados en el suelo. La calle entera hasta el corralón era un desfiladero de sombras sobre el que sobrevolaba una luna de guadaña. Antes de abrir la puerta de su hogar, nos puso sobre aviso.

—Mi mujer es un poco especial, incluso yo diría y todo que... primigenia, eh —le costó encontrar una palabra que no entendiéramos—. Y sí, Carlines, sí, aunque te parezca mentira, estoy *casat*.

En cuanto abrió la puerta, al otro lado del pasillo se transfiguró la colosal silueta de una mujer en *guatiné* —habría dicho doña Ana—. Desde lejos deduje que la señora de la casa no era otra que aquella taquillera del Saltés pegada a su verruga de siempre. Carlines se parapetó bajo la chaqueta para que no lo reconociese.

—¡Mi amor! —la saludó—. Vengo acá con un par de *amics* que...

No dijo absolutamente nada. Ni vino a saludarnos, ni nos ofreció un bebedizo, ni nada. Únicamente se limitó a hacer un extraño gorjeo con la boca cerrada, como una ballena estreñida desde las profundidades. Después de eso cerró la puerta del salón y hasta la fecha. Verdaderamente era un ser primitivo.

—Menudo recibimiento —soltó Carlines.

—No se lo tengáis en cuenta. Ya se hace mayor y la pobre está perdiendo todas sus habilidades sociales. Yo hasta ya me he acostumbrado a que me pegue de vez en cuando. Una vez al mes, como Dios manda.

—Le acompaño en el sentimiento, Arcadi —añadí yo.

Pasamos de largo el salón y fuimos directos a un pequeño cuarto donde el pobre Arcadi momificaba sus recuerdos. Una larga colmena de estanterías acariciaba el techo, donde archivadores y capas de polvo tenían su morada.

—¡*Voilà!* Aquí están mis memorias.

Arcadi sacó montones de periódicos escritos en el idioma del amor y a continuación comenzó a ofrecernos recortes que atestiguaban que ella era Edeline Somier. A pesar de todo el maquillaje, el parecido era más que razonable. Para más inri, aún llevaba en el brazo el recuerdo de una noche de amor con un marinero. La historia no tenía desperdicio. Ahí estaba esa ancla, a un lado en papel y tinta, y a otro lado, al mío, de pellejo y carne, con el nombre de un tal Valentín atravesándole el brazo. Ver para creer. El *Folies de Soie*, Edeline Somier, y alguna que otra puesta en escena más, al menos sí que habían sido de verdad. El resto de la historia del viejo pianista aún estaba por comprobar.

—Un día estuve de parla con el viejo Samper y le hablé de todo esto. Me dijo que *sempre* quiso visitar París, pero que ya era viejo y que no tenía fuerzas para nada. Fue entonces cuando me dijo que se lo contara *tot*. Después de escucharme atentamente le pregunté qué era lo que hacía aquí. Me dijo que solo buscaba un sitio tranquilo en el que morir en paz. Nada más. Después de eso desapareció.

—¿Cuándo fue exactamente?

—No lo sé, por abril del 47, no lo *record* exactamente. Lo que sí *record* es que cuando nos dimos cuenta de que se había marchado faltaban unas cuantas latas de película.

—¿Cuál?

—Esa de *El ángel de medianoche* —contestó—. Era suya.

—¿Esa en la que también aparecía Norma Estrada?

—¡*Correct!*

La recordaba perfectamente, era la que yo le había visto tocar.

—¿Quiere decir que antes de evaporarse para siempre pasó por el Cinema Saltés y se llevó su película?

—Eso es.

—¿Y cómo un ciego podía saber cuál era su película y cuál no? —observó Carlines.

—El viejo no era tonto —contestó—. Supongo que la lata tendría una marca o algo que solo él conociera.

Claro, pensé, todo era posible. Me había hasta engañado a mí. De repente se me iluminó una bombilla.

—Arcadi, ¿cuándo dice usted qué se vino a Huelva?

—¿Yo? Desde... —pensó— el treinta más o menos, ¿por qué?

—¿Por casualidad no guardará usted algún periódico de aquella época?

—Sí que los guardo, caballere. Llevar el control de la publicidad es parte esencial de este *negosi*. Hay mucho pirata suelto, y aquí la pela es la pela.

Arcadi fue a por tres grandes archivadores donde contenía las carteleras de cada día del año durante al menos dos décadas. Comencé a hojear una a una, día tras día, semana tras semana.

—¿Qué buscáis,?

—Cuando lo encontremos lo sabremos todos —contestó Carlines.

Meses y años de espectáculos en Huelva fueron pasando por mis manos con celeridad. Y de las mías pasaban a las de mi fiel escudero. Carlines y yo íbamos perfectamente sincronizados, y aunque aún sabíamos muy bien lo que nos podíamos encontrar al menos sí teníamos una idea sobre qué buscar. Aunque esto último no lo supe con certeza hasta darme de bruces con un nombre en un anuncio del diario *La Provincia* de un día de mayo de 1935:

TEATRO MORA

se complace en anunciarles un nuevo recital

*de la artista de moda Norma Estrada, acompañada
al piano por el joven maestro Christian Samper*

El anuncio tenía una antigüedad de casi veinte años. Tanto tiempo después era imposible que alguien recordara el nombre de Christian Samper.

—Ahí lo tiene —le dije a Arcadi—. Esto es lo que estaba buscando.

Arcadi tomó el recorte y enarcó una ceja.

—¿Y este quién es?

—El hijo de su pianista —le especificué—. ¿Quién es el gerente del Mora?

—¡Uy, un explotador, tú! —se escandalizó—. Gustavo Colmenero, lo más ruin del mundo entero. Pagaba mal y tarde, lo que yo os diga. Muchos de los artistas de fondo de *armari* que tenía venían a pedirme trabajo a mí... ¿Pero qué te vas a esperar de un empresario? Es lo que yo digo, estas cosas son como el fútbol: no se puede ser entrenador si uno no se ha vestido antes de corto. ¡Suerte tiene la taquillera si le paga!

Una vez más volví a echar mano de las fotos de Edeline Somier. Parecía mentira, cualquiera habría dicho que aquel hombre arrugado y bigotudo que tenía a mi lado había sido una cabaretera parisina del primer cuarto de siglo.

—Martín, ¿por qué te interesa tanto ese viejo? ¿Por qué después de tanto tiempo?

—Porque nunca terminó de contarme su historia. Y ya ve que usted, quiera o no, ha formado parte de esa mentira. Y sé que había mucho más.

—¿Como qué?

—El día que lo sepa, usted será el primero en saberlo —le prometí dejando los recortes sobre la mesa y sabiendo que ahora tenía más información ronroneando por mi cabeza—. Creo que ya va siendo hora de que este y yo le dejemos en paz, Arcadi. Gracias por abrirnos las puertas de su casa.

—De eso nada, gracias a vosotros. Me habéis hecho recordar la etapa más feliz de mi vida, ¡Ay...! —suspiró lacónico—, un día tendréis la mala suerte de descubrir que estáis envejeciendo y que tenéis poco de lo que arrepentiros.

—¿Se arrepiente entonces de todo esto que hizo en juventud?

—Yo no, pero mi mujer sí —rió—. Es la mejor *gratificació* que tengo.

—Está usted hecho un bicho —dijo Carlines.

Antes de abandonar su máquina del tiempo volví a echarle un último vistazo a las fotografías y recortes de periódico.

—Lo que tiene aquí es un tesoro, Arcadi, ¿qué piensa hacer usted con todo?

—Nada —se encogió de hombros—. Es más, mi mujer dice que el día que me muera, cerrará la porta con llave y meterá una cerilla por debajo.

—Tiene usted un problema de verdad con esa mujer —dijo Carlines.

—No, si el *problem* es suyo. Nunca soportó que tuviera mejor tipo que ella.

* * *

A la mañana siguiente ya tenía tarea por delante. Lo primero que hice fue mencionarle a Jota Jota el nombre de Norma Estrada. Era mi as en la manga. La idea de una entrevista como aquella le entusiasmaba, siempre y cuando no descuidara mis labores diarias y por supuesto que no me la inventara, o me tendría cambiando el pelikán de toda la redacción con la boca hasta el día en que él dejara de fumar. De manera que poco después del mediodía me planté en el Teatro Mora sin avisar. Si algo había aprendido en mi incipiente carrera como cotilla profesional era que de nada servía pedir por teléfono una cita previa. Solo conseguías que te dieran largas. Había que presentarse en el sitio de improviso, como un familiar pesado a la hora de la siesta o, en su defecto, lo que venía siendo un tonto a las tres.

El Teatro Mora dormía las mañanas a la espalda de la redacción, camino de la vieja Estación de Zafra. Serían la una y pico cuando la Calle Gravina respiraba el perfume a fritanga de *La Esquinita*; unos pasos más allá, un cartel de *Vacaciones en Roma* adornaba su fachada. Acababa de empezar el año, y aquella película seguía siendo de estreno. Bajo la misma cartelera logré interceptar a Gustavo Colmenero, el gerente del local. Le pillaba de casualidad, estaba a punto de irse a darles de comer a los bichos que tenía en un pequeño corralito cerca del Parque Moret. Sin embargo mi plan le gustó más: una retrospectiva sobre la historia de los teatros en Huelva donde el suyo jugaría un papel fundamental. «¡Qué demonios!», dijo, eso era publicidad gratuita.

—Total, los bichos se van a morir igualmente, de hambre o de un hachazo —dijo—. Y la cosa está más apretada que un muerto en una caja de cerillas.

Una brisa a menta fresca impregnaba el patio de butacas hasta su despacho. En cuanto llegamos pedí permiso para desplumarle su fondo documental, algún archivo de prensa y publicidad que guardara con objeto de hacerme una idea del faranduleo que por allí había pasado. En cuestión de minutos puso a mi disposición una amplia hemeroteca de imágenes y una fuente de Sugus.

En el tiempo que Gustavo Colmenero pasó a mi lado, hizo memoria de cuanto pudo. Por suerte aún recordaba a un tal Christian Samper, un nombre que me había llamado especialmente la atención al empezar a meterle mano al asunto en la biblioteca de Arcadi.

—Suerte tienes si no ha intentado meterte mano a ti él primero.

—No sea malo, don Gustavo, que el Arcadi me conoce desde que era un crío —le reproché—. Bueno, qué, ¿lo recuerda?

—¿A Samper?, por supuesto. Era un muchacho increíble. De lo mejorcito que pasó por aquí.

—Cuéntemelo todo.

Y así hizo. Y me dejó impresionado: Christian Samper era el secreto

mejor guardado de la casa. Sus habilidades no se remitían únicamente al piano acompañando a cantantes de moda. Al parecer su repertorio iba más allá de eso. Christian Samper era prestidigitador y escapista.

—¿Quiere decir que el tal Samper también era mago? —le interrumpí sorprendido.

—Muchacho, la magia como tal no existe, no está más que en los ojos del espectador. La trampa está en saber desviar la atención del público, nada más —dijo—. Es algo que he aprendido con el tiempo, por aquí ya han pasado muchos, muchos magos... Pero ninguno con trucos como los de aquel muchacho. Y no me refiero a sacar un conejo de una chistera, sabes, nada de eso. Samper era un auténtico ilusionista. Era capaz de encerrarse en una caja fuerte sobre el escenario ante la mirada de los presentes, ¡y al instante aparecer cruzando el patio de butacas desde la entrada! La gente ni se atrevía a aplaudir. Luego abría la caja fuerte, ¡y estaba vacía! Algunos hasta abandonaban la sala, pensaban que aquello era cosa del diablo. Idiotas... No eran más que trucos, muy buenos, pero solo trucos. Se lo vi hacer unas cuantas veces, pero solo cuando algún artista nos dejaba tirados. La verdad es que siempre podía contar con él. Era el mejor roto para un descosido.

—¿Alguna vez le contó cómo lo hacía?

—Muchacho, el día que un mago cuenta sus secretos deja de serlo para siempre —fue explícito—. Lo único que te puedo decir es que tenía un ayudante, un hombre mayor que él, algo canoso y barbudo, con gafas. Lo acompañaba en cada número y solo él podía estar entre bastidores —dijo con misterio—. Pero si te digo la verdad, no sé qué diablos hacía aquí ese muchacho, en una ciudad tan pequeña. Ese hombre a día de hoy sería rico.

—¿Y ahora? ¿Dónde está ahora?

—No tengo ni idea —contestó—. Muchos dicen que murió en la guerra, algunos que se fue a Portugal, pero otros cuentan que se lió con la mujer de un representante de artistas, un alemán, Schmidt. Recuerdo que ella se llamaba Elsa, Elsa Schmidt, una rubia increíble, preciosa. Al parecer la cosa llegó a

oídos de Schmidt y como era de esperar gracia no le hizo mucha, así que de ser cierto ya te puedes imaginar el resto.

De modo que era cierto. Así se llamaba la mujer de Karl Schmidt, Elsa, aquella a la que se refirió el alemán cuando tuvo enfrente a Samper la noche de autos en la Casa del Vigía, como así también lo sospechaba el viejo Thomas cuando yo me refería a esa belleza rubia y tercera en discordia que aparecía en aquellas fotos junto a mi madre y Norma Estrada. Las piezas encajaban, no podía ser otra. Elsa Schmidt, la madre de mi añorada Sofía Schmidt.

Pero al parecer la cosa no acababa en ese punto.

—También hay quien dice que durante años se le vio cruzar a Samper continuamente la frontera con más gente, me refiero a después de la guerra. Quizás acabara dedicándose al estraperlo, no lo sé. Lo cierto es que yo desde antes del treinta y seis no he vuelto a verlo jamás —dijo antes de señalar una serie de recortes—. Míralo, aquí lo tienes.

Interesante. El tipo que languidecía en una oscura celda estaba ahí mismo, en una foto tocando el piano, en otra encadenado junto a una caja fuerte e incluso doblando barrotes de hierro.

—No tengo ni idea de cómo lo hacía, y ahí sí que no sé dónde estaba el truco. Cuando acababa el número y él abandonaba el teatro, yo mismo me pasaba largo rato mirando aquellos barrotes, buscando la trampa, pero no había manera. Por mucho que yo mismo lo intentase, aquellos hierros eran imposibles de doblar. Solo un hombre con manos de acero podría haberlo hecho.

—Estoy de acuerdo con usted.

Y tanto que lo estaba. Con aquellas manos de fantasía había hecho papilla una de carne y hueso, la había triturado hasta no dejar más que un muñón. Pero un mago de verdad ya habría hallado la forma de escapar de una prisión.

—¿Sabía usted que el padre de este hombre estuvo hace años en Huelva? Ponía música a las latas de película muda del Cinema Saltés. Y lo hacía

gratis.

—¡Ah, no me sorprende que no le pagara! El polaco ese siempre fue más agarrado que una vieja en un columpio. Y encima maricón.

—Pues está casado y todo.

El gerente del Teatro Mora me miró con condescendencia.

—Muchacho, para sacar la manguera no hace falta ser bombero.

Le di la razón con la cabeza. Seguí ojeando los recortes y a vuelta de página me di de bruces con Norma Estrada.

—¡Vaya! —fingí sorpresa—. Esta es Norma Estrada.

—Me sorprende que la conozcas.

—¿Bromea? Mi madre tenía todos sus discos —dije a ver qué sacaba.

—¿Todos sus discos? —se mostró escéptico—. Querrás decir su único disco. Creo que te confundes entonces de cantante.

—Bueno, la verdad es que yo era pequeño para saber cuántos discos tenía de ella, no sé si tenía uno o mil, pero puedo asegurarle que Norma Estrada se escuchaba cada día en casa. Mi madre era... su fan número uno.

—Y mucha gente también. Hasta que vino aquí a cantar en directo —sonrió como un diablo—. Era horrible.

—No me diga —me sorprendí—. ¿Tanto?

—¡Pfff...! O más.

—Cuenta, cuenta —me mostré curioso.

—Norma Estrada no era cantante, eso lo sabe todo el mundo —dijo— ¡Actriz y de las malas! Punto, ¡y además con cojones, digan lo que digan, con perdón! Al menos eso en mi humilde opinión.

—No me diga —me mostré algo sorprendido.

—Mira, chaval, la Estrada lo que hacía era cine mudo y porque no se le escuchaba hablar. Según tengo entendido tuvo un amorío con un ayudante de Francisco Elías, ya sabes, el director de cien, y consiguió hacer unas cuantas películas con ellos. Pero amigo, después llegó el cine sonoro y para seguir en la brecha tenía que demostrar su valía en este género. El cine de folclóricas se

metía a codazos en la industria a principios del 1930, de manera que se puso a tomar lecciones de cante para no quedarse a atrás. Pero puedo asegurarte que lo hacía de pena. Al menos en directo.

—Cuesta creerlo, la verdad —le metí un poco más los dedos.

—Muchacho, puedo asegurarte que en esos estudios de Madrid hacen milagros. Si vas a uno de esos, sales hecho un Jorge Sepúlveda.

—¿Algo más?

—De la Estrada poco, como el cine que hizo después. Al tiempo desapareció. La versión oficial es que pasa largas temporadas dando recitales en Sudamérica, la otra que está encerrada en su casa. Fin de la historia.

Eso esperaba porque por el momento ya tenía suficiente.

—¿Puedo llevarme estos recortes de prensa? Son para ilustrar la entrevista.

—Pero que sean de vuelta.

—Por supuesto.

Busqué en la mirada del reloj la excusa perfecta para marcharme de allí. Ya tenía lo que había venido a buscar.

—Bueno, creo que por hoy ya le he robado su tiempo.

—¿No quieres ver el resto?

—Mejor lo dejamos para la siguiente visita. Se me hace tarde.

—¿De vuelta al curro?

—Nada de eso, me esperan en casa, y no les gusta que llegue tarde.

—No me digas que tan joven, ya con parienta y en pañales —se imaginó.

—Nada de eso. Hace años que me apadrinaron una tía paterna y una abuela postiza. Y le aseguro, don Gustavo, que eso es como vivir eternamente con la condicional.

—¡Muchacho, tú tienes el cielo ganado!

Capítulo 12

El resto del día se hizo largo y pesado como una digestión de duelos y quebrantos. A mitad de enero y enterrados en frío siempre era así. La cosa se llevaba bien por la mañana, cálida y soleada al abrigo de su polvo de luz, no tanto bajo el capote oscuro de sombras que congelaba cada atardecer. Sin nada entre manos solo podía dar vueltas sobre mi propia cabeza y siempre en la misma dirección.

—¡Vázquez, a mi despacho! —gritó Jiménez desde la otra punta de la redacción.

Por una vez su rugido salía a mi rescate aunque fuera para arrastrarme hasta su cubículo.

—Vázquez, ¿qué le pasa? Le veo desanimado, ¿tiene gases?

—Ojala fuera eso.

—¡Uy, me da a mí que eso son mal de amores lo que trae usted! —se imaginó de repente—. Seguro que tiene que ver con la morena esa de ayer, ¿qué pasa, le han dado un palo, Vázquez? Dicen por aquí que ayer lo dejaron a usted plantado en la puerta del Astoria.

—No, para nada —reí ante tamaña ridiculez—. Lo que pasa es que por aquí hay mucha gallina clueca que le da al pico más de la cuenta.

—Eso espero, Vázquez, tengo todas mis esperanzas puestas en usted, a ver si me lo hacen un hombre de una vez.

—Descuide que en cuanto pueda le dejo el pabellón bien alto, Jota Jota.

—Nada me haría más feliz, Vázquez, pero déjese de alturas a ver si le va entrar vértigo en el último momento —dijo—. Bueno, a lo que vamos: mañana

se me va a acercar usted otra vez a la cárcel. El director de la prisión le tiene preparado un ejemplar más del aguinaldo de Franco. ¿Tiene ganas o mando a otro?

—Para nada, iré encantado —dije sin mucho festejo.

—Pues cualquiera lo diría, tiene usted cara de empachado.

—No se preocupe, es solo el almuerzo, aún me da la lata.

—Bueno, pues váyase ya antes de que me deje un recuerdo. Yo no le aguanto los flatos ni a mi madre —me ordenó—. Otra cosa, ¿cómo va la entrevista con la Estrada?

—He quedado para mañana con ella.

—Muy bien, trátela como la señora que es. ¡Y un consejo!: no haga ascos, Vázquez, que la Estrada es un mujerón de los pies a la cabeza y quien tuvo retuvo. Y esa... —sonreía ahora como una hiena— esa le puede enseñar alguna otra cosa que todavía no sepa usted aparte de hacerle un ocho, ¿me explico?

—Demasiado bien, pero creo que está equivocado con respecto a esa mujer. No creo que vaya de ese palo.

—El que se equivoca es usted, Vázquez, que tiene los ojos y el gusto en el culo —dijo—. Ojalá estuviera yo en su lugar. La Estrada es una artista como la copa de un pino y de siempre ha tenido una fama de auténtica devora—hombres. Ni el tiburón blanco, fíjese.

—Por cierto, jefe, ¿cómo lleva el amigo Rodríguez el asunto ese del tráfico de órganos?

El patrón posó el dedo índice sobre sus labios y mi miró inquisitivamente.

—Lo lleva en silencio, como debería llevarlo usted, galápago —me reprendió—. No sé para qué le cuento nada el otro día, es usted más indiscreto que una verdulera. Así que no me pregunte más por el tema ese y no se lo cuente ni al niño Jesús por la noche, ¿me ha entendido? No más preguntas.

Conforme, no habría más preguntas. Sin embargo antes de marcharme le

hice una última por todo el día.

—Jota Jota, ¿estuvo ayer por aquí Víctor Durán?

—Correcto, aquí estuvo para dejarme un recado, y me consta que después fue a llevárselo a usted en persona —contestó enojado—. Manolito, el tonto de la peluquería de su amigo, es vecino mío, en el portal de abajo. Él me lo contó. ¿Sabe qué le digo, Vázquez? Lo primero que Dios le coja confesado si tiene algún problema con el tal Durán, y lo otro es que si vuelvo a ver al inspector ese otra vez por aquí preguntando por usted, le pongo de patitas en la calle. ¡Sí, sí, y no me ponga esa cara de estreñido! No me apetece que me chapen el negocio porque a usted le gusten los uniformes, ¿nos entendemos? Bien. En una ciudad tan pequeña nos conocemos más de lo que nos gustaría y a mí Víctor Durán no me gusta nada. Así que ya sabe.

Jiménez me agarró la mano y me dijo las cosas claras.

—Oiga, Vázquez, no se me cague encima con lo que le he dicho a ver si se me va a bloquear ahora y mañana no da el callo. Usted olvídense de momento de Durán, de la Estrada y de la morena esa de ayer. Céntrese en lo que se tiene que centrar y mañana en la cárcel me hace otro trabajo fino como el del otro día. Téngame contento al director de la prisión y le prometo que tendrá futuro en este oficio, ¿estamos?

—No se preocupe, jefe.

—¡Más le vale!, porque para Franco las cárceles son una institución tan importante como el sindicato del alzacuellos. Y ya sabe usted cuáles son los tres intocables de la prensa, porque lo sabe, ¿verdad, hijo? A ver, que yo le oiga: los curas, el ejército y... ¿Qué más, Vázquez? Ande, sorpréndame.

—¿Galerías Preciados, Jota Jota?

—¡Chupi!, sabía de más que podía confiarle esta misión —sonrió rechupeteando el culo de su puro apagado y maloliente—. Ahora, largo de aquí. ¡Y no me llame más Jota Jota!

* * *

A la mañana siguiente con las primeras luces del nuevo día me puse en marcha camino de la cárcel. Seguía allí mismo donde la dejé dos días antes, al borde del destierro. Como la vez anterior pasé por los filtros pertinentes, reí los chistes que los guardias hacían de mi moto y me presenté ante su excelencia como un corderito amaestrado. Alcaide estaba de espaldas mirando por la ventana, encorvado con aquella bola de pelo entre las manos. Cuando el guardia le avisó de un taconazo a nuestra llegada el gato volvió a saltar de su regazo.

—¡Gutiérrez, cuántas veces le he dicho que deje los tacones para el tablao, coño!

—Perdone, señor Alcaide —se disculpó el guardia.

—¡Espere fuera un momento, Gutiérrez! —dijo todavía recuperándose del susto—. Y usted, Martín, no me mire así que no me como a nadie. ¡Siéntese, hombre, siéntese!

Obedecí y pegué rápidamente el culo al asiento sin darle opción a que me lo tuviera que repetir. A simple vista Alcaide era un hombre apacible, pero algo me decía que no era conveniente llevarle la contraria ni mucho menos exasperarlo. Mientras lo pensaba, el director de la prisión me sonreía sin quitarme el ojo de encima, haciéndome sentir vulnerable, una presa fácil de devorar en ese momento. Y de repente tuve miedo. Le miré temiendo que de un momento a otro saltase por encima de la mesa y me preguntara en qué estaba pensando el día anterior para abrir una celda y meterme dentro a darle palique a uno de sus inquilinos. Por un momento me vi de uniforme durmiendo a la sombra con un montón de moscones podridos a mi alrededor esperando su turno. Nada más lejos.

—Bueno, ¿terminará hoy el trabajo? —quiso saber.

—¿Incluida su entrevista? —pregunté algo más relajado.

—La mía y la de un par de presos más, pero solo verá a uno, así que exprima su historia al máximo y saque las que pueda al estilo de la de Jacinto,

¿de acuerdo?

—Lo que usted mande, señor Alcaide.

—Perfecto, pero hoy lo haremos de otra manera, como debió ser en un principio —aclaró—. El otro día me permití la libertad de que viera de primera mano lo que es una institución penitenciaria, para que tomara conciencia del trabajo que hacemos librando a la sociedad de toda suerte de indeseables... Pero hoy no está su amigo Ginés y, la verdad, sé lo tedioso que es entrar y salir de la cárcel, no se puede abrir una puerta hasta que se cierra otra. No hay necesidad de retenerle aquí más de la cuenta, por lo que ya le tengo preparada la entrevista aquí mismo, en el salón de al lado. Además, este se ha presentado voluntario. El pobre diablo quiere salir en el periódico y ha pedido un ejemplar para mandárselo a la familia. Como no tiene mal aspecto, no me he negado a quitarle el capricho. Así que a este pueden hacerle también una foto si lo consideran necesario.

—Como usted mande.

—Pues no se hable más —concluyó—. Haga esa entrevista y después vuélvase por aquí. Hablaremos tranquilamente, largo y tendido. Hoy ha venido temprano, tendremos tiempo de sobra usted y yo.

Alcaide pegó una voz a Gutiérrez y el guardia se presentó a por mí para conducirme al sitio en cuestión. El espécimen que me esperaba allí dentro era paisano de Arcadi, un tal Oleguer al que apodaban «*el inglés*». Y es que Oleguer pertenecía a esa raza de catalanes *cerraos* que en contadas ocasiones daban uso al castellano, únicamente cuando querían que el resto les entendiesen, en su caso para insultar a los guardias. A pesar de ello, cuando me senté frente a él dijo que conmigo haría una excepción y que en principio solo le interesaba hablar de fútbol.

—Aquí dentro no nos enteramos de na, solo cuando termina la liga. ¿Cómo va el *campionat*? —preguntó—. ¿Y el Barça? ¿Lo gana todo este *any* también? Anda, *nen*, dame una alegría.

—Siento decirle que este año no pinta bien la cosa, Oleguer.

—No me digas...

—Pues sí, según la radio esta temporada el Madrid promete. Después de veintiún años dicen que esta liga es suya. Sería la tercera, ¿sabe?

—Cómo han cambiado las cosas en este país desde que *governa* el puto enano ese —lamentó.

—Y eso no es lo peor —dije—. ¿Se lo cuento?

—Pocas cosas me sorprenden a estas alturas.

—Pues nada, que este año tienen un crack en toda regla, un argentino que está metiendo todos los goles él solo y que al parecer ya lo había fichado el Barcelona antes.

—¿Y entonces que hace en el Madrid?

—Según cuentan en los mentideros radiofónicos, el avión del argentino hacía escala en Madrid, ¿y a que no sabe quién lo estaba esperando allí? El mismísimo Santiago Bernabéu —le revelé—. Vamos, que se ve que lo engañaron allí mismo y se lo llevaron a sus oficinas para que firmara con ellos y no con el Barça.

—*Escolti*, tú, ¡pero eso es un secuestro!

—Pues sí —afirmé—. Una pena, ¿no le parece?

El catalán agachó la cabeza y rumió por lo bajini.

—*Cago en seus morts*.

Pelotazos al margen, el tal Oleguer me confesó que lo habían metido allí por haber robado en unas cuantas iglesias. En cuanto me dijo eso, se me encendió la bombilla. Le propuse, pues, el perfil de un pirómano de iglesias y violador de conventos, otro transfigurado más a la fe del nacionalcatolicismo. Oleguer dio su consentimiento.

—¡A mí me da igual, *osti*! El escritor eres tú —me cedió todos los derechos—. Eso sí, ya que estamos, ponme colmillos y capa, ¡que acojone, tú!

—Me estima usted en demasía, Oleguer. Solo soy periodista y sin título.

—¿Qué *més* da? Un escritor escribe lo que a nadie le importa, ¿o no? Pues eso y lo otro lo mismo es.

Fue entonces cuando me agarró de la mano sin venir a cuento y me susurró por lo bajini con una mirada maliciosa.

—Por cierto, tengo un *recat* para ti.

—¿Un recado?

—Sí, *cuyons*, un *recat*.

—Un recado y de quién, si se puede saber.

El hombre miró al guardia junto a la puerta, vigilándonos. En ese momento se inclinó sobre mí desde el otro lado todo lo que pudo.

—El tipo de la cara vendada.

—¿Qué tipo de la cara vendada?

—No te hagas el loco conmigo y escucha *atentament* —dijo—. El otro día cuando te fuiste, por primera vez en siete *anys*, ese tipo, el de la celda de aislamiento, se puso a gritar como loco que se asfixiaba, que se iba a morir, que quería un sacerdote.

—Continúe —dije.

—Vino un guardia y abrió la *porta* para saber qué le pasaba. El tipo aullaba como loco, que por favor que le buscaran un médico, que se estaba muriendo, o que le trajeran un cura y que le diera la extremaunción de una vez, que estaba arrepentido de todo lo que había hecho en vida. El *vigilant* hizo lo que le pidió y fue en busca de ayuda médica dejándole la puerta entreabierta para que pudiera respirar. Menudo idiota. En cuanto salió de allí el tipo de ahí dentro aprovechó para hablarnos a *tots* los del pasillo. Nos dio un mensaje, una especie de *nom*, y dijo que el que se lo diera al periodista que había venido esa mañana saldría de allí con él.

El corazón me latía a mil.

—¿Y cuál es ese mensaje? —pregunté.

—Mencionó un nombre bastante raro —contestó—. Lo estuvo repitiendo hasta que vinieron a buscarlo. Creo que es un lugar, suena a guiri. Dijo que usted sabría de qué se trataba.

—Al grano, Oleguer —me puse serio—. ¿Qué fue lo que dijo?

—Dijo algo así como... «Jelsquichen» —respondió—. «Jelsquichen», nada más.

Lo que quería decir Oleguer era Hell's Kitchen, *La cocina del infierno*, y eso a mí me decía muchísimo.

—¿Significa algo para ti?

—Nada —disimulé—. ¿Está seguro que ese recado era para mí?

El preso resopló con una sonrisa cansada.

—Mira, *noi*, a mí me da *exactament* igual lo que te traigas con el tío ese de la cara vendada. Lo único que sé es que le trajeron aquí hace ya un tiempo y que lo tienen aislado del resto —explicó—. Solo lo sacan de vez en cuando para darle su ración de mamporros y asearlo un poco, nada más. Sé lo que ha visto *tot* el mundo y sé lo que *tots*, que por alguna razón le mantienen aún con vida. Pero si puedes sacarle de aquí, hazlo. Encuentra la manera aunque solo sea para que pueda agarrar a los tipejos que le hicieron eso. Nada me alegraría más.

—¿Solo por eso? —me mostré escéptico—. ¿Y usted, no quiere nada a cambio?

—Yo ya voy a salir, no gano nada con esto. Solo la satisfacción de que alguien se escape de aquí. Daría cualquier cosa por verlo con mis propios ojos antes de marcharme.

—Veremos lo que se puede hacer.

Llamé al guardia. La entrevista había terminado, al menos para mí.

—Aún no he terminado. Hay más —dijo mientras se acercaba el guardia—. Mencionó otro nombre, de santo, no lo recuerdo, *San nosequé*.

—¿San Nicolás? —pregunté.

—Eso es, sí, San Nicolás —recordó convencido ahora—. Sí, dijo «Jelsquichen» y luego «San Nicolás», y que tú lo entenderías. Y no paró de repetirlo una y otra vez hasta que lo metieron en el agujero.

—¿Dijo algo más?

—Nada más.

—¿Está seguro?

—Ahora sí.

El guardia lo cogió por detrás y lo levantó como si fuera un saco de patatas podridas. Antes de desaparecer de mi vista Oleguer me dedicó una última sonrisa y me dejó con la palabra en la boca.

—Dime, *noi*, ¿qué piensas hacer ahora?

Capítulo 13

La de Oleguer había sido una buena pregunta, sí señor, una que no dejé de rumiar en el camino de vuelta al despacho del señor director. Pero antes de averiguarlo tenía que resolver otra papeleta, la que liquidase de una vez por todas mi *affaire* con aquellos barrotes. Y efectivamente, un rato después mis deseos se verían cumplidos.

—¡Bueno, Martín, ha sido un placer! —se despidió mientras me estrechaba la mano y a partir de ahí se permitió tutearme—. Espero que todo vaya bien y especialmente a ti. Escribes muy bien, tienes futuro por delante. Cuando vea como ha quedado mi perfil, estoy seguro que te recomendaré a mi amigo Torcuato para su *ABC*. No tengo la menor duda.

—Gracias, señor Alcaide.

—Y recuerda, si algún día quieres venir a saludar a tu amigo Samuel Alcaide, ya sabes dónde estoy. ¡Pero espero que no sea para quedarte a dormir! —bromeó.

—Prometido. En cuanto pueda vendré a hacerle una visita —dije.

—No estaría mal —dijo—. Me gustaría que me contases algo que yo no sepa de nuestra Norma Estrada. ¡Ahh...! Qué mujer.

Y entonces mi mente elucubró la mejor de cuantas peores ocurrencias había tenido hasta el momento. Ahora sí que sabía lo que tenía que hacer, amigo Oleguer, pensé. Ahora sí.

—Le prometo que la próxima vez que venga a visitarlo lo haré con Norma Estrada colgada de mi brazo, ¿qué me dice?

—Que así sea.

* * *

Llegué a casa para la hora de comer casi a empujones. Poco antes de la una, un vendaval cargado de puntillas de agua espantaba las calles. El día se había arrugado sin previo aviso; metí la moto en la escalera y subí como un rayo antes de que el estómago empezara a devorarse así mismo. Como cada día nos sentamos a la mesa los tres sin más compañía que el rumor de la radio al fondo y nuestro repertorio de soniquetes. Ese día había sopa y tocaba concierto de metales. Entre sorbos busqué de manera furtiva la mirada de doña Ana. «Hell's Kitchen» y «San Nicolás»... ¿qué conexión podría haber entre ambas? ¿Acaso lo sabría ella? Doña Ana me sorprendió de repente mirándome en sus ojos. Salí al paso con una sonrisa que ella no dudó en devolver. Bajé la cabeza y seguí con el cuchareo. Tonterías, pensé, ¿qué sabría ella? Solo era una anciana entrañable, me dije, nada más.

—¿Otra vez tan callado? —insinuó doña Ana—. ¿Sigues pensando en esa chica?

—No, para nada, ya os dije que no hay nada entre ella y yo. Es solo que hoy he vuelto a la cárcel. Solo es eso. No paro de darle vueltas.

—Como sigas así te va a salir un coágulo —rió la anciana.

Le reí la gracia y por un rato seguimos sorbiendo la sopa en silencio, en silencio menos en mi cabeza. Pero... ¿Y si sí? ¿Y si me estaba equivocando con ella? Estuve tentado de preguntarle directamente qué sabía ella de todo ese asunto. Quizás mi error había sido subestimarla desde siempre, verla como siempre lo había hecho, como una vieja y nada más. Pero antes de hacerlo tenía que estar bien seguro.

—Doña Ana, nunca me ha contado la historia de San Nicolás.

—¿Y eso a qué viene hora? —se entrometió Isabela.

—Curiosidad —dejé caer.

—¿Aún sigues con lo del otro día?

Doña Ana la mandó callar con la mano.

—¿Y eso cuándo se te ha ocurrido, muñeco? —preguntó la anciana.

—Pues ha sido esta mañana, en la cárcel —sonreí—. No se lo tome a mal.

—Qué cosas tienes, Martín. Desde luego... —dijo Isabela.

Preferí ignorar a mi tía y seguir en mis trece.

—Siento decírselo, pero para todos los que estábamos allí, San Nicolás era como una cárcel. Al menos así lo veíamos entonces. Ahora sé que es lo mejor que nos podía haber pasado a todos, si no fuera, claro, por algunos inconvenientes con nombres y apellidos.

Doña Ana se mostró conforme.

—No tienes por qué preocuparte, Martín, te entiendo perfectamente. Y comprendo que todos esos niños vieran en esa gente a sus carceleros —empatizó conmigo—. Pero has de saber que tanto Isabela como yo siempre hicimos cuanto pudimos porque a ninguno de esos niños les faltara de nada. Por mucho que la casa fuera nuestra, la tutela de esos niños correspondía al estado. A pesar de eso, lo cierto es que el Gobierno Civil nos ayudó mucho a que la casa siguiera funcionando, pero a cambio teníamos que aguantarnos con la gente que nos mandaban. Isabela y yo estábamos atadas de pies y manos, no podíamos hacer nada, solo esperar a que la cosa fuera a mejor.

Asentí sin reproche, no podía hacerle ninguno a aquella mujer.

—Pues eso, que me he acordado hoy —finalicé.

Durante un rato seguimos cuchareando en silencio con las *Violetas imperiales* de Luis Mariano de fondo. Al otro lado de la ventana la ciudad se apulgaraba bajo la lluvia. En ese tiempo, mientras otras ciudades se vestían de escarcha y blanco, Huelva se teñía de gris gota a gota. Y así, poco a poco, empecé a notar la impaciencia desbordar mi vaso.

—Doña Ana, ¿por qué razón fundó San Nicolás? —insistí otra vez.

—«Sí, Doña Ana, por favor, ¿por qué razón fundó San Nicolás?» —fusiló Isabela mis palabras—. Por favor, cuénteles lo que sea para que se calle ya.

—¿Se puede saber por qué te molesta tanto que quiera saberlo?

—Porque eso es algo que ni te va ni te viene. Forma parte de su pasado —aclaró—. ¿No te ha dado por pensar que si no te lo ha contado antes es porque no le apetezca hacerlo?

Tenía toda la razón, me estaba dejando llevar por las prisas y quizás no estaba teniendo el tacto que mereciera Doña Ana.

—Haya paz —medió la anciana—, a ver si vamos a estar siempre de batalla a la misma hora de siempre; Martín, Isabela tiene razón, ese es un tema muy... delicado. Pero si no te he hablado de ello antes es porque nunca me lo has preguntado. Así de sencillo.

La anciana sonrió a Isabela como una madre a su hija y la acarició con dulzura.

—Tu tía es muy protectora conmigo, a veces creo que demasiado, pero es por el cariño que me profesa, no se lo lloves a mal —dijo—. Hay cosas de las que no nos gusta hablar a las mujeres, cosas íntimas y personales. Nada más.

Isabela le cogió la mano y se la besó. Se lo debía todo. Y yo también.

—Siento haber metido las narices dónde no me llaman, doña Ana. Usted sabe que la respeto mucho y que la quiero con locura. A las dos.

Al cabo de un rato doña Ana acabó su plato y fue a sentarse al salón. Mientras tanto yo ayudé a Isabela a fregar los cacharros al tiempo que ella aprovechaba una vez más para darme el rapapolvo que me merecía por cotilla. Luego, cuando fuimos al salón, nos la encontramos de pie frente a la ventana, contemplando la lluvia y la ciudad que se desplomaba al otro lado del cristal. Parecía no estar allí sino en otro lugar y en otro tiempo, sin importarle que estuviéramos a su lado.

De repente, un fogonazo de luz se dejó ver entre las nubes.

—Así que quieres saber cómo nació San Nicolás —mencionó de repente sin mirarme casi con aire lúgubre.

—Solo lo que usted quiera contarme.

El primer trueno de la tarde hizo crujir toda la casa. La anciana se volvió.

Miró primero a Isabela y luego volvió a atraparme en su mirada azul.

—De acuerdo. Yo te lo contaré.

Capítulo 14

Después de un rato bregando con la cerradura, la puerta del desván dio su brazo a torcer y su hoja de madera, henchida desde hacía eones, chirrió estrepitosamente unos cuantos milímetros para escupirnos su aliento fétido. Era la oscuridad que ahora bostezaba después un eterno letargo relegado al olvido. Y no debió de gustarle mucho lo que vio pues enseguida atrancó la puerta, exhalando su perfume asfixiante, una insoportable combinación agria y húmeda que apenas dejaba sitio para coger aire. El tiempo debía haberse podrido allí dentro.

—¡Joder, qué pestazo! —dije tapándome con la mano.

—¡Esa boca! —me reprochó Isabela.

—No empecéis otra vez y empujad, ¡coño! —nos ordenó doña Ana un tono por encima de lo habitual.

Por fin la puerta cedió y una pequeña lámpara de aceite en su mano nos guió por tinieblas estigias. Frente a nosotros la luz dibujó una harapienta cuadrilla de fantasmas de trapo que amortajaba muebles, cajas y otros enseres a la espera de que alguien acabara con su agonía. Al fondo, entre virutas de polvo y pelusa, distinguí lo que parecía una ventana. A la persiana aún le quedaba un último suspiro. Tiré de la cuerda y la tarde penetró en la buhardilla con un soplo de láminas de ceniza.

—Deben estar ahí —dijo señalando un bulto alargado—. Ten cuidado, pesan mucho.

Bajo la falda de uno de aquellos fantasmas, un deslucido aparador que había vivido tiempos mejores daba asilo a varios volúmenes llenos de polvo.

Eran viejos reportajes de fotografía, los recuerdos de toda una vida.

—Tráelos —dijo nerviosa, alentada por el regreso de lo olvidado.

Con cuidado de no perecer por ahogamiento en polvo, retiramos el sudario de un viejo sofá y nos apretujamos en torno a aquellos álbumes. En cuanto doña Ana abrió uno, los fantasmas del pasado vinieron a su encuentro.

La anciana comenzó a pasar las páginas una a una, sin rumbo, entre susurros, como si nadie más estuviera allí. Al principio parecía hablar con otra persona. Isabela y yo nos miramos en silencio. No quisimos sacarla de su trance pues pronto se dedujo que charlaba consigo misma. Recordaba todos y cada uno de esos momentos. Aún podía hacerlo. No había olvidado un solo detalle, ni a ninguno de aquellos personajes. Sus nombres y apellidos aún latían frescos en su memoria. Debían haber sido muy ricos. Cualquiera no podía permitirse aquellos fastuosos reportajes, auténticas crónicas de la alta sociedad de principios de siglo, de los días dorados. Su vida y la de muchos estaban documentadas en aquellas páginas. De repente volvió a acordarse de que estábamos allí también.

—¡Mirad, esta es de cuando nos casamos...! —dijo—, ¡y esta otra es de cuando comenzaron las obras!

—¿Eso es San Nicolás?

—Sí... bueno, lo que hasta hace poco era San Nicolás —aclaró con tristeza.

No me sorprendía. Desde aquella mañana en que decidió cerrar sus puertas para siempre ni su nombre había vuelto a mencionar. San Nicolás aún seguía en pie, pero para ella ya no era su casa.

—¿Y cuánto duró la obra?

—Dos años.

—¿Tanto? —pregunté sorprendido.

—El tiempo que hizo falta, era una casa única y lo sigue siendo. Ninguna otra construcción privada la ha superado a día de hoy —afirmó con orgullo—. Además, la diseñó una mujer y con mucho gusto.

—Bueeenooo... Así tardó tanto en hacerse —les busqué las cosquillas.

—No te cueles ni un pelo, listillo —avisó Isabela.

Doña Ana continuó a lo suyo mientras tanto, recordando, ajena a la colleja que mi tía me daba por detrás.

—Nicolás estaba entusiasmado con la idea de vivir a las fueras, ni muy lejos ni muy cerca de la ciudad —comenzó a relatar—. Un día reunió a varios arquitectos de renombre, quería algo diferente, algo que no se hubiese hecho antes, nada que ver con esas casas—palacio del centro de la ciudad. Quería algo único para su mujer, para su reina... Y para su princesa —sonrió con tristeza—. Estaba embarazada.

Doña Ana tomó aire y se enjugó un par de lágrimas. Luego comenzó a relatarnos la crónica de sus desgracias.

—Nicolás y yo nos casamos en 1902 —dijo saltando a otro álbum—. Mirad que guapos estábamos aquel día.

En efecto, doña Ana había sido una mujer guapísima. Era evidente que rezumaba elegancia por cada poro de su piel, y vestida de novia, aunque de manera sencilla, estaba impresionante. A su lado, don Nicolás Abreu, no desentonaba con ese porte de galán de cine mudo, bigote fino, cabello aceitoso y raya en medio. Sin duda alguna, debieron ser una pareja envidiable.

—En cuanto acabó el día de boda, nos pusimos el mono de trabajo. Tener un bebé era nuestra mayor ilusión —contó—. Nicolás quería un varón, lo tenía clarísimo, alguien que el día de mañana heredara su incipiente imperio mercante de ultramar, que perpetuara su nombre en el tiempo y su leyenda. Para él era todo un reto. Yo, por supuesto, deseaba una niña con todas mis fuerzas. Pero si había algo en lo que estábamos de acuerdo era que no teníamos tiempo para pensarlo. Nicolás pasaba largos periodos perdido en el mar gobernando su flota de tormenta en tormenta y forjando una fortuna sin parangón, pues era el único que tenía un buque mercante propio en toda la ciudad. El resto de mercantes que se paseaban por el Puerto de Huelva venían de todos lados, la mayoría ingleses llegados en busca del mismo mineral que

sus compatriotas arrancaban de las entrañas de esta tierra. Pero entonces apareció él y decidieron subcontratarlo en lugar de utilizar sus propios barcos. Una nueva guerra había estallado y de repente medio mundo estaba peleado, los barcos ya no eran tan frecuentes, nadie quería arriesgar su flota y fue ahí donde Nicolás encontró un filón. No le daba miedo de nada, así que se echó para adelante y comenzó a visitar los puertos más importantes: Londres, Estocolmo, Rotterdam, París, Nueva York... En sus bodegas no solo viajaba mineral sino también toneladas de aceite, verduras y carne, todo lo que no tenían en ninguno de esos sitios. Y así era como se llevaba meses y meses en alta mar. Cuando por fin regresaba a casa, nos encerrábamos durante días en el dormitorio, ignorando la puerta. Recuerdo que en esos días sus amigos se agolpaban a los pies de nuestra casa para verlo, y cómo los banqueros se acercaban a él para pedirle de rodillas cuidar de su dinero... Todos le adoraban, por una razón o por otra. Pero claro, el tiempo que estaba aquí era solo para mí, no podíamos perder ni un solo minuto.

Algunos de aquellos personajes a los que se refería Doña Ana estaban allí también. Posaban junto a don Nicolás en diferentes actos sociales tales como reuniones de amigos, almuerzos de empresa... Desde eminentes cirujanos y excelencias de sangre azul pasando a banqueros de pompa y salón e ilustres caballeros con alma de tinta. La flor y nata de la vetusta Onuba de principios de siglo.

—Pero algo no marchaba bien —continuó, ahora con aire sombrío—. Los años iban pasando, y de la cigüeña ni el pico se veía. Había algo que no cuadraba. Mientras nuestras amistades sumaban nuevos adeptos a su núcleo familiar, nosotros nos íbamos quedando atrás. No era algo fácil de asimilar. Poco a poco nos veíamos rodeados por una flota de carritos y coches de bebé que nos hundían en la más absoluta consternación —suspiró—. Hasta la más tonta se quedaba embarazada con tan solo que su marido le tirase los calzoncillos encima.

La anciana despegó los ojos del álbum de fotos y miró alrededor de

aquellos bultos y muebles tan cubiertos de polvo como sus propios recuerdos.

—Comenzaron los enfados en casa, las peleas. La razón era bien sencilla: le pedí ir a visitar un especialista, alguien que nos ayudara, que nos orientase. Nicolás se negó en redondo. Montó en cólera, dijo que estaba loca, que qué era eso de darle pelos y señales a nadie de sus cosas y mucho menos a alguien que le pudiera conocer. Le horrorizaba la idea de creer que no era lo suficiente hombre para dejar embarazada a su mujer, y mucho menos le apetecía que nadie fuera partícipe de su vida privada. Para él eso del secreto profesional era una pamplina y más en una ciudad de treinta mil habitantes. Él siempre decía que esta ciudad era como un pueblo grande, que donde todos se conocían, todo se sabía y lo que no se inventaba. Fue una época muy difícil.

—¿Y qué pasó entonces? —me atreví a preguntar.

Doña Ana me pellizcó con tristeza como si yo fuera una posible respuesta.

—La ilusión poco a poco fue desapareciendo, Martín. Los besos y las caricias se convirtieron en algo puramente mecánico, en los eslabones oxidados de una cadena que había dejado de moverse. Todo había dejado de tener sentido, y tanto era así que incluso temíamos quedarnos a solas en casa, cara a cara, de enfrentarnos a la tortura de buscar la felicidad que de repente había dejado de brillar en los ojos del otro. Pronto el poco interés que despertábamos entre sí quedó ahogado en una rutina que se repetía día tras días hasta que finalmente encontramos en los convencionalismos sociales el escudo perfecto con el que ignorarnos. Yo me afanaba en encontrar algo que hacer cuando Nicolás estaba en casa y él, cuando ya se había cansado de no hacer nada, se marchaba a la calle en busca de lo que no encontraba en su cama.

Según nos iba relatando doña Ana, Nicolás Abreu pasaba fuera de casa el poco tiempo que estaba en Huelva. Siempre tenía trabajo en los bancos, reuniones en el puerto y asuntos que le impedían volver a casa hasta altas horas de la noche. Luego empezaron los chismorreos: que si andaba con otras

mujeres, que si le habían visto en los cabarets, que si siempre iba bien abrigado de malas compañías... Incluso vulgares estibadores decían habérselo cruzado por el pasillo de alguna casa de alterne. Todo eso corrió por las calles como la pólvora.

—No fue fácil hacer oídos sordos a aquello, pero si os soy sincera, no podía culparle —confesó—. Yo misma le había dado de lado, le rehuía. El sexo se había convertido en algo tan decepcionante para mí que solo encontraba paz y alivio cuando se echaba nuevamente a la mar. Cuando lo hacía, me echaba a llorar, culpable por el inmenso consuelo que sentía al verle partir. Hubiera querido salir corriendo tras él, pedirle perdón, que nos diéramos una nueva oportunidad, pero nunca lo hice. Por eso no le culpo por lo que pudiera hacer en aquellos momentos de desesperación en los que no se sintió amado. Al menos no puedo culparlo por eso.

Doña Ana se levantó y dio un paseo por aquel desorden que vivía sobre nuestro techo. Temía que de un momento a otro, Isabela pusiera fin al recuerdo que atormentaba a nuestra anfitriona. Sin embargo mi tía estaba tan interesada como yo en conocer el resto de la historia.

—De repente, un día, todo cambió —dijo con una sonrisa—. Llevaba semanas indispuesta. Cada mañana al despertar, nada más despegarme de las sábanas, me invadían unas náuseas incontrolables. Todo lo que comía lo devolvía, el olor a colonia era insoportable, y tan pronto como el estómago aceptaba algo de comida, volvía a meterme en la cama. Sabía perfectamente cuáles eran esos síntomas. No me preguntéis por qué, pero estaba aterrada. Pasé días enteros encerrada en casa hasta que una mañana encontré el valor suficiente para visitar al Doctor Beltrán a su consulta de la *Clínica Sanz de Frutos* para que al rato de una larga inspección me diese la enhorabuena. De repente comencé a verle borroso, entre lágrimas. Caí abatida en sus brazos, muerta de miedo y sin consuelo. Me preguntó que cuál era la razón de mi desdicha pues un embarazo era motivo de alegría y más en una mujer de mi edad sin apuros económicos y casada con casi un magnate de ultramar. Tenía

al alcance de mi mano lo que cualquiera habría deseado para sí misma. Y era verdad. De repente todo volvía a tener sentido. En cuanto salí de allí cogí un taxi y me planté en el Puerto para ponerme en contacto con Nicolás y darle la noticia. Una semana después regresó a casa para rescatar nuestro matrimonio. Fue entonces cuando decidimos que debíamos volver a empezar de cero. Abandonaríamos esta casa, estos muebles y lo dejaríamos todo atrás.

Doña Ana tomó del aparador un volumen distinto al resto. Luego volvió a sentarse entre Isabela y yo con una carpeta en la mano.

—De entre todos los proyectos que llegaron a casa, este fue el que más nos gustó. Lo había diseñado la delineante de uno de aquellos arquitectos. Los planos que nos trajo la muchacha eran los de un palacio de cuento de hadas, un edificio que obligaría a los paseantes a pararse y mirar —recordaba mientras aún podía sentir el calor de aquel en sus manos como el primer día—. No sabría cómo definirlo, ni siquiera después de tantos años viviendo bajo su mismo techo. Aquel edificio tenía un poco de todo, era una mezcla de estilos, fruto de la experimentación de alguien tan joven y con una carrera tan prometedora por delante. Parecía el trabajo de fin de carrera de un arquitecto y era enorme: tenía pistas de tenis, salas de estudio, tres dormitorios enormes, enfermería, capilla... Como podréis comprender, el hechizo fue instantáneo. No necesitábamos ver más proyectos.

La anciana abrió con cuidado los pliegues acartonados del diseño. Allí estaba San Nicolás. Entre costuras, pellizcos y acotaciones, su refugio de sombras y maldades no daba tanto miedo sobre el papel. A simple vista su imagen se antojaba la de un lugar idílico, de ensueño, donde ver pasar los días y las noches durante años, nada que ver con el oscuro recuerdo que aún se agazapaba en un rincón de mi memoria. Aquellos planos eran los primeros cimientos de un futuro prometedor y, sin embargo, sin ninguno de ellos saberlo, los lápices de aquella muchacha habían calculado con exactitud las medidas de su propia maldición.

—Nicolás pensó que el mejor lugar para edificarlo sería camino de los

balcones del Conquero —nos explicó—. A espaldas de aquella larga carretera que se perdía en los cabezos de arcilla, dormía una parte de la ciudad ajena al ruido del casco urbano, libre de la nube de metal que a su paso dejaba el ferrocarril de las minas antes de aliviar su carga al final del Muelle del Tinto. Cada día Huelva se convertía en una ciudad más insalubre. Era el precio del progreso, pero nosotros nos negábamos a eso. Nuestro hijo crecería en un ambiente sano, rodeado de árboles, de naturaleza. Respiraría aire puro. Rápidamente Nicolás se puso en contacto con el ayuntamiento y con los propietarios de aquellas parcelas. Al parecer, había escuchado que en esa misma zona la diócesis quería construir su arzobispado. Con bueno había topado la Iglesia. Una mañana reunió a todas las partes implicadas en el ayuntamiento y puso sobre la mesa una cantidad de dinero tan indecorosa que nadie dijo que no. Es lo que tiene el dinero: si no escandaliza, nadie lo quiere limpiar. Y ese fue el principio de todo.

Antes de que doña Ana secuestrara de nuevo los planos eché un último vistazo al patrón de San Nicolás. Había algo que no me encajaba del todo. Recorrí palmo a palmo el diseño de su arquitecta, hoja por hoja todo el edificio: su estructura, su fachada, su alzado... Todo. Y estaba todo correcto, en su sitio. En el papel lo estaba, al menos ahí sí. Pero había algo que me decía que no, algo ahí mismo, delante de mis narices, que no recordaba haber visto antes: una ventana. Por más que lo comprobara una y otra vez no hallaba explicación. Donde el papel decía que había tres ventanas, yo solo recordaba dos. Quizás no fueran más que imaginaciones mías o quizás le faltara una hoja a aquellos planos, pero si de algo estaba convencido era que aquella parte de la fachada correspondía a los dos dormitorios donde fabricábamos nuestras pesadillas los niños de San Nicolás. Dos dormitorios con sus dos ventanales. No había más. Un detalle sin importancia... O a lo mejor no. De momento no quería interrumpir su historia.

—¿Y qué paso después? —le pregunté.

—¿Después? —se apoyó en mis palabras para poder seguir—. Después

se acabó todo.

La anciana continuó el resto de la historia con la voz volcada en un alambre. Entre susurros nos contó lo que a ninguna mujer le era fácil relatar. A los meses de iniciadas las obras, y después de averiguar que era una niña lo que crecía en su vientre, la cosa se complicó. Una mañana estando aún en la cama sintió las piernas frías, mojadas. Cuando sacó las manos de debajo las sábanas, vio sus dedos teñidos en rojo. Pasaron unos minutos antes de que encontrara el valor suficiente para quitarse la ropa de encima. Estaba muerta de miedo y además estaba sola. Don Nicolás se encontraba nuevamente en el mar, a dos semanas de regresar a casa y quedarse junto a ella el resto del embarazo. Pero aquello no podía significar otra cosa: no habría más embarazo. Apartó las sábanas y vio sus piernas enredadas en su propia sangre. Como pudo bajó de la casa y fue calle arriba hasta caer desmayada entre los transeúntes. Gracias a Dios la clínica quedaba a pocos metros. La llevaron allí y enseguida la atendieron.

Al cabo de un día, cuando abrió los ojos, doña Ana descubrió a su lado a una enfermera a la que empezó a hacerle preguntas. Rápidamente esta se levantó y fue a llamar a alguien, no le pagaban lo suficiente para dar malas noticias. Quien sí lo hizo fue el Dr. Beltrán. El aborto había sido de un carácter considerable y agresivo, le reveló en primera instancia. Doña Ana sintió que el mundo se desmoronaba bajo aquella cama de hospital, habían pasado casi seis meses desde que ese hombre le diera la enhorabuena y ahora lo que salía de su boca eran palabras de duelo y réquiem por aquella niña que habían perseguido en sueños y que ya nunca se asomaría al mundo.

La joven Ana buscó refugio en aquellas sábanas que olían a desinfectante. Preguntó por su marido. «Ya lo sabe», le informó el doctor, «nos hemos puesto en contacto con él, llegará pronto». Durante un tiempo permanecieron en silencio, ella dándole la espalda y él guardándosela, acompañándola. De repente, la joven Ana sintió algo por dentro, algo nuevo, fuerte, algo que le calentó el corazón. Quizás no fuera más que el olor a lejía o los sedantes que

todavía envenenaban su sangre y su cabeza, pero ella creyó en otra cosa. Creyó en la esperanza. «Lo seguiremos intentando», dijo ella, «sí, lo seguiremos intentando», se convencía así misma, sin saber que el médico aún estaba allí porque no había terminado de contarle el resto.

«Me temo que eso no será posible, Ana», fue lo que le escuchó decir al médico a renglón seguido. «Lo siento», volvió a decir antes de contarle lo que aún le quedaba por saber. El aborto se había complicado. Una gravísima infección había comenzado a devorar su útero y pronto llegaría al resto de su organismo. El buen doctor ya lo había visto antes en otras ocasiones y por suerte ya sabía lo que tenía que hacer en esos casos. Y lo hizo. Fueron varias horas las que le llevó la histerectomía pero al final consiguió salvarle la vida. Ahora la joven Ana estaba limpia por dentro, sin útero, sin matriz y sin capacidad de dar vida. Le habían arrebatado su don, uno que no había descubierto hasta hace poco.

«Lo siento, Ana, pero una vez hice un juramento», le confesó el buen doctor: «juré salvar la vida de mis pacientes, fuese al precio que fuese. Siento que haya tenido que ser así. Ahora descanse, seguro que mañana lo verá de otra manera». Y después de eso se marchó. Doña Ana sintió que odiaba a ese hombre con toda su alma. Si hubiera podido, se habría lanzado sobre él para sacarle los ojos allí mismo. Qué sabría él de todo eso.

—Pero no lo hice —susurró entre lágrimas—. En lugar de eso obedecí y me sumí en un largo y placentero sueño donde naufragaba en la niebla aquella casa que estábamos construyendo. En mi sueño ya estaba acabada. El sol entraba polvoriento por sus ventanales alumbrando los pasillos, llenos de niños, todos varones. No sé por qué, quizás porque era lo que hubiera deseado Nicolás, un niño y no una niña. Pero Nicolás no aparecía en el sueño. Me sentí consternada porque el impulsor de aquella fantasía no aparecía en ella. Yo recorría la casa de arriba abajo, buscándole, detrás de cada puerta, en cada habitación, en el torreón, en los jardines, en las pistas de tenis, en la cocina, en la capilla... Pero no le encontraba. Entonces fui a su despacho. La puerta

estaba cerrada por dentro. Alguien no quería que entrase allí. Nicolás y sus cosas, supuse. Pero con lo que no contaba él era que ese sueño era mío. Encontré una llave en mi bolsillo y entré. Estaba oscuro y frío allí dentro. El suelo estaba lleno de hojas, vestido de otoño, triste y moribundo como un cementerio. Una ráfaga de viento me arañó el oído. De repente vi un camino de cipreses alargarse hacia el fondo. Al final del sendero encontré una losa, una lápida, y en ella el nombre de Nicolás. Me eché las manos a la cara y comencé a llorar de manera desconsolada. Quería despertar pero no podía. Entonces a mi lado apareció un ataúd. En su interior yacía Nicolás. Parecía dormido, no muerto, respiraba. Lo hacía tan plácidamente que a pesar de querer abrazarlo no lo hice. Me dio miedo despertarlo. Entonces un niño cogió mi mano y me preguntó si ese hombre que dormía allí era San Nicolás. Yo le dije: «¿San Nicolás?», y él contestó, «sí, el hombre santo que nos ha dado esta casa». Cuando me di cuenta una treintena de niños rodeaba el féretro. Les dije que era hora de salir de allí, que Nicolás estaba cansado, que viajaba mucho y que no había que despertarlo. Salimos de allí y lo hice convencida de que jamás volvería a abrir esa puerta.

Doña Ana tenía un nudo en la garganta, el mismo que había tensado sobre mi cuello. Aún así le quedaba un último aliento.

—Nunca le conté ese sueño a Nicolás, pero el día que murió sabía lo que tenía que hacer con aquella casa. Decidí honrar su memoria convirtiéndolo en un hogar para niños desamparados, un lugar donde crecer y aprender. Y así fue durante años, pero esa parte ya la conoces.

Aquello iba por mí. Me sentí un estúpido, la había obligado a bucear en su pozo interno, allí abajo donde aún naufragaban recuerdos que la perseguirían hasta el último de sus días. Una mirada de reproche de Isabela me puso en guardia. Me lo había ganado.

Doña Ana se levantó sin avisar y fue hasta la puerta. Isabela la acompañó escaleras abajo no sin antes pedirme que cerrara aquella habitación para siempre y de paso mi boca. Me quedé un rato allí solo, ordenando

pensamientos en la penumbra. A mi lado descansaban los volúmenes que la anciana me había pedido sacar del aparador. Me levanté y volví a ponerlos en su sitio. El último de ellos era la carpeta que contenía los planos de San Nicolás. La tentación de llevármelos conmigo empezó a hormiguearme en los dedos. Levanté la vista y me encontré con la mirada acusadora de aquellos fantasmas de tela que agonizaban bajo capas de polvo y olvido.

—Vosotros no habéis visto nada —me despedí de ellos.

Cerré la puerta como pude, condenándoles a las tinieblas hasta nuevo aviso, y bajé las escaleras escondiendo bajo la camisa los planos que habían forjado las pesadillas de toda una infancia.

Capítulo 15

El último soplo de la tarde me dio la razón. Sabía que no estaba equivocado. La arquitecto había escrito el guión y San Nicolás era el resto de la historia. Allí estaba él, años después de abandonarlo al olvido, incólume e indiferente al tiempo bajo la antorcha carmesí que rascaba su horizonte de arcilla. Como siempre, la teoría había naufragado en aquella corriente de detalles banales que era el día a día y, de repente, de un plumazo, la práctica se había llevado una ventana por delante. Su fachada lo decía todo: a un lado los planos hablaban de tres ventanas, a otro, San Nicolás decía que no. De tres ventanas sobre el papel, la cosa había encogido en dos. A medio camino de ambos ventanales solo había fachada, una pared larga y lisa. Demasiada pared. ¿Por qué? Y en medio de todas las posibles respuestas estaba ella, doña Ana, con su entrañable sonrisa de siempre. Un chasquido de mi lengua lo lamentó. ¿Qué me estaría ocultando? Ojalá nada, deseé. Y sin embargo ahora tendría que averiguarlo.

Casi podría decirse que llevaba una eternidad esperándome. San Nicolás era lo que tenía, para él el tiempo era calderilla. Y esa era su ventaja. Podría vivir mil años y siempre estaría allí haciendo tiempo a que un día regresara. Empujé con fuerza la entrada principal y una letanía de quejidos me puso los pelos de punta. La mejor madera podrida de Transilvania, me dije. Pero ni eso me sirvió para serenarme. Estaba deseando darme la vuelta y salir de allí corriendo. Pero ya no podía. El reloj corría en mi contra y la luz se agotaba. No me apetecía para nada quedarme allí más tiempo del debido, ni por los viejos tiempos. Lo sentía mucho. Allí dentro aún quedaban demasiados

fantasmas.

Una vez dentro escuché corretear de aquí para allá, pequeñas pisadas que se perdían por los rincones. Ratas, pensé, o quizás algo peor. Al infierno, aquella no era mi casa, nunca lo había sido y desde luego no era asunto mío comprobar a qué se dedicaban sus nuevas inquilinas. Ahora ellas pagaban el alquiler y lo que hicieran era asunto suyo; fui al grano y subí directamente al primer piso. Al fondo quedaban los dormitorios, en cada uno de ellos un ventanal, y entre ambos, un triángulo de las Bermudas. Según el plano, allí mismo debería haber otra habitación, una más pequeña que las otras, pero una más. La lógica me decía que había desaparecido a mitad de obra. ¿Para qué una habitación más?, se habrían dicho. Demonios, la casa ya era lo suficientemente enorme para dos personas por desgracia, de modo que alguien decidió que lo mejor era dejarlo en dos habitaciones y punto. No había más, ya me podía marchar... Pero no era tan fácil. Ojalá. Una vocecilla siniestra y oscura no me dejaba en paz. Demasiado espacio entre las ventanas, me decía, demasiado espacio desperdiciado que rompía el ritmo de su composición.

—Martín... —comencé a sopesar en voz baja—, de haber sido así, la maestra de obras... habría equilibrado los espacios, ¿no te parece?

Y tanto. Había demasiada separación desde fuera entre las ventanas y demasiada por dentro entre los dormitorios. Y sobre todo porque cada puerta no abría más de noventa grados hacia dentro ya que a su espalda un tabique que no era precisamente de papel se lo impedía. Y en el otro lado igual. Conté seis pasos grandes de puerta a puerta, una distancia que no ganaban hacia el lado que abrían, la pared no les dejaba. Mi mente dibujó entonces en la oscuridad de la galería una ventana tapiada al fondo, al fondo de una habitación imaginaria, imaginaria de momento, una habitación que supuse emparedada de ladrillo, enlucida y pintada del mismo color que el resto del pasillo. Piensa mal y acertarás.

Hice la prueba con los nudillos y golpeé varias veces, primero en los tabiques de las habitaciones, después en aquella pared que separaba ambas

puertas y enseguida noté que me faltaba el aire. Aquello sonaba a hueco.

—Joder... —musité.

Fui a uno de los dormitorios y como pude logré desencajar el travesaño de una cama. Salí al pasillo nuevamente y me coloqué frente a la falsa pared. Había estado allí todo este tiempo y nadie lo había notado. Aquello me hizo hasta sonreír. Los engaños era lo que tenían, no se le veía la gracia hasta que los descubrías. Y aún así no tenía valor para hacerlo. Hubiese preferido salir corriendo y olvidarme de todo. Sin embargo ya no había marcha atrás. Agarré el trozo de hierro como si fuera un ariete y comencé el asedio. El primer estruendo espantó una flota, deseé, de palomas que anidaban en lo alto del torreón. El segundo hizo temblar los cristales del pasillo. El tercero abrió una grieta en la pared. Y al cuarto... Al cuarto sentí las rodillas flojas.

Cuando terminé de abrir el acceso me senté en el suelo a recuperar el aliento. Estaba sudando y hacía frío. Busqué en mi bolsillo un pañuelo para secarme la frente, pero en lugar de eso encontré de nuevo aquel encendedor que vivía dentro de mis pantalones. Entré de nuevo en la que años atrás había sido mi habitación y al poco desaparecí escaleras abajo con los despojos de una sabana en la mano.

Salí al umbral de la noche después de destripar un viejo pupitre en la antigua sala de estudios, cuatro nudos después lo hundí hasta el fondo del depósito de la moto y de vuelta al primer piso ya tenía mi antorcha. Saqué el viejo Omega de mi padre frente a la habitación secreta, y con la esperanza de no morir chamuscado a lo bonzo, le di a la piedra para romper una condena de más de cuarenta años sin luz.

* * *

Lo primero que vi al entrar fue un escritorio a que el tiempo se le había pegado como escarcha. Tenía la madera levantada, podrida, apenas cáscara. Sobre ella reposaba un pesado volumen rayado en polvo: una biblia; más

adelante, una silla cubierta de telarañas agonizaba patas arriba frente a una cama hecha harapos. Curioso, una silla tirada en el suelo y una cama desbaratada. Daba la sensación de que habían salido de allí con prisas y luego, simplemente, no habían tenido la intención de volver a entrar. Curioso, me volví a decir, cuanto menos curioso. La sábana bajera estaba enmohecida, llena de hongos, canosa, y un poco más abajo, un pequeño cerco, una mancha oscura y rígida, callosa. Sangre, supuse. Tenía toda la pinta. Alguien había sangrado en aquella cama. Un enfermo, supuse... Pero no estaría solo. A su lado otra persona debió ocupar aquella silla velándole los días y las noches. Esa debía ser la escena. Y era extraña, muy extraña. Algo debió pasar allí dentro y aquella mancha me decía que tenía mucho que ver con ello. Cuarenta años después todo seguía igual que entonces.

¿Qué podría haber pasado allí dentro? Debió ser algo demasiado traumático como para dejar la puerta abierta, eso seguro. Y no bastaba con haber echado la llave y punto. No, la habían tapiado. Unos cuantos ladrillos, un poco de mezcla, un enlucido y una capa de pintura. Y por fuera un tanto de lo mismo, ocultando aquella ventana que de repente se había convertido en la tercera en discordia. Y así era cómo habían decidido olvidarlo todo para siempre.

Fui hasta la otra punta de la habitación, al fondo, donde debía estar la ventana. Unos metros antes la antorcha me puso por delante un armario rozado en una pátina de astillas y carcoma. Menudo festín se estaban dando las termitas entre sus tripas, a tumba abierta. A simple vista el armario estaba cerrado, sin una llave que lo abriese colgando del ojo de la cerradura como era costumbre en todo dormitorio. Cuando eso ocurría era por alguna razón. Laforcé un poco para ver si abría pero nada, ya tenía tarea para entretenerme. Antes continué hasta la pared del fondo donde imaginé que me esperaba un hueco enladrillado y frío, uno al que muchos años atrás, antes de que un día llegara a San Nicolás, ya le habían tapado la boca. Me acerqué un poco más y ahí estaba la ventana. Seguí con el dedo la muesca hasta dibujar la misma

forma por la que se colaba el sol cada mañana en las otras dos habitaciones.

Fue entonces cuando vi aquellas marcas por primera vez. Al principio no le di importancia, pero después sí. Estaban por todas partes: eran cruces. Un sinfín de ellas arañaban las paredes de arriba abajo. Aquello no pintaba bien. Revolví la cola de la antorcha de aquí para allá sin dar crédito a lo que veía. Estaba completamente rodeado. Eso no era un dormitorio sino una cripta, un enorme sarcófago en el que habían dejado morir su recuerdo, algo horrible sobre lo que únicamente tenía poder el símbolo de la cruz: el mal. Y yo había entrado en sus dominios. Todas las paredes estaban cubiertas de cruces, como llagas y estigmas. Y luego estaba aquella biblia envuelta en un sudario de polvo, y la cama, y la silla... Era el *atrezzo* perfecto para una escena escalofriante. Y por supuesto también estaba aquel armario cerrado.

Fui de nuevo hasta él y forcé como pude la puerta con una sola mano, temiendo soltar la antorcha y quedar a ciegas. Fuera, la casa se había vuelto casi tan oscura como el propio cuarto. Durante un rato estuve tirando y golpeando sin éxito, no había manera. Parecía que hubiesen metido la llave hasta el fondo y luego la hubieran roto bloqueando su acceso. A punto de darme por vencido, algo sonó en el interior del armario, un quejido que se apagaba y se encendía, y cada vez con más fuerza. Agucé un poco más el oído y sentí la carne de gallina: era un llanto, el llanto de un niño pequeño. Un bebé.

—Dios santo... —susurré antes de perder la respiración.

Solté con cuidado la antorcha en el suelo y comencé a hacer palanca con los dedos. Apoyé la pierna contra los goznes para hacer mayor presión. No se abría, El estruendo del niño era aún mayor, tanto que por un momento escuché varios lamentos más. No estaba solo. Un inmenso escalofrío me recorría toda la espalda, sentí los pelos de punta, como puntillas que se me clavaban en la misma carne. Hice fuerza hasta llenarme los dedos de astillas, angustiado por aquella llantina que no cesaba. Desesperado recogí la antorcha del suelo, me eché a un lado y luego hice lo único que me quedaba: comencé a patear la

puerta del armario hasta hacer añicos la cerradura y cuando el agujero fue lo suficientemente grande, metí la mano y abrí la puerta. Y entonces fui presa del pánico.

Un ejército de pequeños cuerpos llorones se abalanzó sobre mí dándome un susto de muerte. Caí hacia atrás con el corazón en la boca, gritando, asustado. Casi me da un ataque. Debieron accionarse con el traqueteo constante del armario, no había otra explicación. Uno de ellos abriría los ojos por casualidad y enseguida despertó al resto, llevarían décadas esperando a poder hacerlo. Aún les quedaba una chispa de vida a aquellos olvidados engranajes que no paraban de moverse entre mis piernas, intentado trepar por mis rodillas con sus diminutas y podridas articulaciones, moviéndose entre espasmos como un nido de serpientes recién nacidas. Fue repulsivo sentirlos retorcerse sobre mí mientras aquellos mecanoides de goma me observaban con sus pupilas sin vida, tristes, y sus maullidos de metal que rayaban el alma.

—Solo son muñecos, Martín —dijo una voz a mi espalda.

Un nuevo susto se me escapó por la boca como si alguien me hubiese despertado con una mano helada en mitad de la noche. Alcé la antorcha en la dirección de la voz y la vi allí de pie al lado de la cama, tan tranquila como de costumbre.

—No tienes de qué asustarte. Soy yo —dijo doña Ana.

—Por supuesto que es usted —gruñí—. Ha estado a punto de matarme.

—Eres como tu tía, te enfadas por cualquier cosa —sonrió.

Claro que sí, no había de qué asustarse, tan solo me había caído encima una juguetería entera, grotesca y chillona, a oscuras, en un cuarto que nadie sabía que existía.

—¿Se puede saber qué demonios hace usted aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo —dijo sonriente—. Esta es mi casa.

No le faltaba razón, pero a esas alturas yo ya no estaba para cuentos y no pude resistirme a lanzarle la mirada más dura que le había dirigido en mi vida a aquella mujer. No obstante, no fui cruel. Duró pocos segundos pues

enseguida se derrumbó sobre la cama sin importarle la suciedad que la desvestía.

—Este era el cuarto de Helena —dijo con voz entrecortada—. Le encantaban los bebés, aunque fueran de mentira. Nicolás se los traía de todas partes: Londres, París, Nueva York... Cada vez que regresaba a casa, venía cargado de regalos para ambas. Aún me pregunto a cuál de las dos quería más.

La anciana bajó la cabeza, avergonzada. Aquel día estaba resultando uno de los más dolorosos de su vida. Desenterrar recuerdos no era tan fácil.

—Parece ser que no me lo contó todo —le reproché—. ¿Lo hará ahora?
Asintió como una niña pequeña sin fuerzas para aguantarme la mirada.

—Doña Ana, ¿quién era Helena?

La mujer levantó los ojos. Estaba llorando.

—La chica que secuestró Nicolás.

Capítulo 16

El aire se volvió aún más turbio y pesado allí dentro. Doña Ana aún tenía mucho que contar y daba la impresión que a cada nuevo paso que fuera dando para rellenar los agujeros de su historia, el oxígeno nos iría faltando un poco más. La suya no era una historia cualquiera. La suya era una confesión.

—Helena Terrados llegó a esta casa tras el verano de 1914 —comenzó a relatar, como si el recuerdo de aquella joven hubiese resistido el paso del tiempo como una losa sobre su conciencia—. Era una chica guapísima, Martín, no puedes hacerte una idea. Tenía dieciocho años, y aunque a esa edad todavía era una niña, su cuerpo de mujer hacía tiempo que ya la había condenado a ser el centro de todas las miradas. Era preciosa...

Doña Ana se tomaba su tiempo. Se intuía fácilmente que aquello le iba a costar. Pero sabía que tenía que hacerlo.

—Helena era la menor de dos hermanos. Hasta entonces había hecho toda su vida en un pueblecito de la sierra donde sus padres tenían un matadero. Las cosas no le iban nada mal a la familia. Helena contaba que surtían a diferentes poblaciones, incluida la ciudad, a través del mercancías que cruzaba toda la provincia desde las propias minas. Al parecer el negocio familiar era todo un éxito, y tanto era así que su hermano Miguel se había aventurado a exportar la franquicia de aquellas «*delicatessens ibéricas*», como a ella le gustaba decir, hasta el otro lado del Atlántico, a una ciudad que se perdía entre las nubes.

—Nueva York —me adelanté a decir.

—Sí, Nueva York —afirmó—. ¿Cómo lo has adivinado?

Me encogí de hombros.

—Llámelo intuición —disimulé.

Aquella historia venía de lejos y algo me decía que por primera vez en años, y en aquellos días oscuros, iba a ver un poco de luz al final del túnel. Lo mejor era no interrumpirla.

—Como te decía, a Helena no le faltaba de nada. Tenía dinero, vestidos y una buena formación. El contacto con los ingleses le permitió además aprender otro idioma. Lo tenía todo para triunfar en la vida. Sin embargo sus padres tenían otros planes para ella. Querían casarla con el hijo de un ganadero, gente rica, con poder, estrechar una alianza con una casa importante que permitiera al negocio familiar tener un seguro de vida y un futuro aún más prometedor. Pero aquello no iba con ella. Se consideraba una chica «cosmopolita», algo que había escuchado un día en la radio y que encajaba con su forma de ver la vida, una palabra que hacía enfurecer a su padre a la hora de comer. Pobrecilla... —susurró con piedad—. Un día en la mesa dijo que ella no era moneda de cambio de nadie, que no era ganado con el que se pudiese mercadear y que nadie más que ella tenía potestad sobre sí misma. Su recompensa a tanta valentía, aparte del guantazo que la dejó sorda durante semanas, fue pasear un cubo de cobre y un estropajo por todo el matadero cada día hasta dejarse las manos y las rodillas. Así entraría en razón.

Pero al parecer Helena era tozuda y, lo que era aún peor, paciente, era muy paciente. Según doña Ana, la chica dejó correr el tiempo hasta que este fuera a su favor y esperó a que se apaciguaran las aguas en casa antes de tomar la decisión correcta. En ese transcurso llegó incluso a contemplar la posibilidad de quedarse embarazada de cualquiera con tal de desbaratar los planes de su padre y castigarle por aquella humillación a la que la estaba sometiendo. Se lo había confesado hacía cuarenta años en aquella misma cama entre convulsiones y sudores a causa de la fiebre.

—Luego, al tiempo, pensó que no era una buena idea sino otra puntilla más que añadir al calvario de espinas que suponía el estigma de haber nacido mujer —continuó—. Sin el respaldo de su madre, y ante la proximidad de un

futuro nada halagüeño por delante, decidió seguir los pasos de su hermano y, al igual que él, marcharse a ver mundo. Su primer destino sería Londres. Helena sabía lo que tenía que saber del idioma de la páfida Albión, lo suficiente para embarcar y a continuación ganarse la vida haciendo lo mejor que sabía hacer: tocar el piano. Para Helena su experiencia de organista de parroquia tras haber aprendido a tocar junto a un tío suyo que era cura sería bagaje suficiente para dar el salto. Locuras de juventud. De manera que un buen día, después de recibir el encargo de llevar al tren un nuevo pedido para la ciudad, se subió a un sucio vagón que olía a azufre junto a la última dirección conocida de su hermano, una caja de embutidos y una maleta de cuerda. Y así desapareció para siempre.

A pesar del frío fui notando que poco a poco mi cuerpo iba entrando en caja. Aquel relato tomaba la forma de las piezas que el viejo Samper había dispuesto para su charada. Sin embargo el protagonista no era un hombre sino una mujer. Al parecer, el plan de Helena era bien sencillo: no esperaría siquiera a bajarse en la propia estación sino que lo haría lo más cerca posible del puerto, cuando el tren aminorase la marcha a su paso por la misma ciudad, y luego se colaría en el primer barco que subiera hasta la ciudad del Támesis.

—En más de una ocasión les había escuchado a los ingleses referirse a un vapor que tardaba menos de cuatro días en llegar a Londres. Sin duda alguna debía referirse al *Don Hugo*, un barco de vapor que transportaba pasajeros y mercancías y en el que más de uno se había visto obligado a regresar a las islas. Y es que había reglas que era mejor no transgredir. Los ingleses tenían prohibido relacionarse con mujeres autóctonas y en cuanto la Compañía de Minas era conocedora de un nuevo caso de embarazo, el progenitor en cuestión debía presentarse en las dependencias que la Compañía tenía en Huelva donde le esperaban el finiquito y un billete sin retorno, sin más explicaciones. Más que un castigo les hacían un favor —explicó—. En cuanto a Helena, su plan de viajar hasta Londres no iba a resultar tan sencillo como lo había imaginado.

Según la anciana, la muchacha averiguó que el día anterior a su llegada el *Don Hugo* ya se había hecho a la mar. No volvería a Huelva hasta al menos diez días después, le dijeron. La espera se antojaba bien larga y Helena no llevaba en sus bolsillos más dinero que para comer algo, pagar el billete de un barco y reservar un tanto más para el otro sin saber lo que le llevaría. Nada más. No tenía dónde ir y mucho menos la posibilidad de costearse un techo en la ciudad. O era eso o nada. De manera que a la desesperada se coló en un barco que llevaba días atracado a causa de una avería y allí esperó hasta que la encontraron.

—¿Qué ocurrió cuando eso pasó? —pregunté.

Doña Ana se agachó y recogió entre sus brazos uno de aquellos muñecos obsoletos que yacían en el suelo. Hacía un buen rato que habían dejado de moverse. Ahora solo eran simples cadáveres de goma picada.

—Una fría mañana de septiembre Nicolás la trajo a casa. Nunca podré olvidarlo. Aquel otoño había comenzado a congelar antes de tiempo y el mar escupía desde bien temprano una bocanada de niebla polvorienta que envenenaba las calles y las horas. Les vi llegar desde la ventana, a través de la bruma que remontaba los cabezos. Nicolás se la había encontrado en la sala de máquinas de su barco, muerta de frío, a la espera de que los días pasaran con rapidez. Al parecer llevaba una semana allí metida, el tiempo que había pasado desde que Nicolás despidiera al último mecánico y encontrase uno nuevo que diera con la solución a aquella avería que tanto tiempo y dinero le estaba costando. La vieron nada más entrar, en un rincón, tiritando, tartamudeando sinsentidos mientras agarraba una biblia contra su pecho... Esa biblia de ahí.

Doña Ana señaló el libro que yacía sobre la mesa.

—Durante días sufrió alucinaciones en esta misma cama, bajo paños de sudor en los que empapaba sus sueños. Fue terrible. Deliraba a cada momento a causa de la fiebre. Entre susurros me llamaba mamá, me pedía perdón por haberse marchado de casa sin avisar y me rogaba que la dejase regresar, que

nunca más volvería a hacerlo, que se portaría bien a partir de ahora, que haría lo que Padre le mandase y que cada tarde al regresar del colegio terminaría la tarea antes de la hora de la cena, y que nunca más dejaría al diablo entrar en su cama durante la noche. Nunca más, lo prometía.

El diablo en su cama. Aquello último había horrorizado a doña Ana. Según contaba aquella muchacha todas las noches tenía la misma pesadilla. Soñaba que un demonio iba hasta su almohada con dulces palabras, con promesas y grandes esperanzas mientras la desnudaba. Decía que era tan real que podía sentirlo todo como si lo fuese. Luego venía aquel primer dolor, aquella puñalada ardiente entre sus piernas, ese escozor húmedo y salvaje que la desgarraba por dentro, abrasador cómo solo ocurre cuando una niña deja de serlo para siempre. Y al mismo tiempo placentero. Cada mañana después de contárselo se echaba a llorar, sobre todo porque sentía que cada noche disfrutaba con ello un poco más; por su parte, Nicolás Abreu decía que aquello debía ser cosa de la fiebre, delirios de aquella pobre chiquilla enferma y que lo mejor era dejarla descansar, allí mismo, en ese dormitorio, el mismo que se había hecho para la niñera que nunca llegarían a tener.

—Después del aborto, Nicolás perdió la ilusión por tener un hijo —explicó—. Mi esterilidad suponía su mayor fracaso y no solo eso: ni siquiera concebía la posibilidad de adoptar. Y no fue porque no lo intenté. Más de una vez procuré hacerle entrar en razón, en abrirle los ojos a esa posibilidad, la de criar un niño como si fuera nuestro, un varón como aquel que siempre había deseado tener, el heredero de toda su fortuna. Intenté convencerlo, nadie tenía por qué enterarse de ello, podríamos buscarlo fuera, marcharnos durante un tiempo y después regresar y hacerlo pasar como nuestro. Solo conseguí enfurecerlo más. Me gritaba con rabia, me culpaba de su infelicidad y me decía que él no quería más hijos que los que nacieran de su simiente, que jamás podría hacer pasar como suyo al hijo de otro, y que nunca podría querer a un niño que no llevara su sangre. En el fondo estaba enfadado consigo mismo, se culpaba de todo. Solo estaba asustado. Nicolás lo tenía todo en la

vida: dinero, éxito, poder... menos aquello que tanto deseaba darme, lo que tanto deseábamos los dos, lo único que ya no se podía conseguir con amor ni con todo el dinero que tenía.

Doña Ana se tomó un momento y dio un largo suspiro.

—Un día descubrí que Nicolás había cambiado —reanudó—. El hombre del cual me enamoré años atrás se había perdido para siempre. Ya no era el hombre alegre y sonriente con el que una vez me casé, tan solo su sombra, un ser oscuro y huraño que con el tiempo había aprendido a despreciarme en silencio, a mí y a todos. Después del aborto, ni siquiera se atrevió volverse a mezclar con los suyos. Se encargó de silenciar el asunto y de pasar página. Sentía vergüenza, tanta que antes de acabar las obras de esta casa ya nos habíamos instalado en ella, lejos del mundo que un día fue nuestro. Y comenzó a abandonarse, a alejarse otra vez de mí, a perderse por estos pasillos cuando regresaba del mar y a vagar por los alrededores al igual que un fantasma que se negara abandonar sus ruinas...

En este punto doña Ana se quedó sin palabras, le faltaba el aire, necesitaba salir de aquel agujero. Me tomó de la mano y me pidió que la siguiera. Fuera, el pasillo estaba congelado y cubierto de cicatrices. Al otro lado, los árboles se abalanzaban contra las ventanas, arañando toda la galería bajo el foco de la luna. La anciana se acercó hasta una de las ventanas, buscando su redención a través de la noche.

—Y de repente apareció aquella muchacha, Helena, destinada a convertirse en el cemento que de nuevo uniera nuestras vidas. Esas fueron sus palabras, las de Nicolás —dijo—. ¡Qué ironía!, llevaba meses sin escuchar una sola palabra agradable salir de su boca y de buenas a primeras, una mañana, fue lo primero que me soltó durante el desayuno mientras hojeaba un periódico. Hasta entonces solo habían sido reproches y malos modos. Sin previo aviso, casi a traición, volvía a encontrarme frente a aquel hombre comunicativo y amable. Nicolás comenzó a desvivirse por aquella desconocida, no reparaba en gastos y hacía cuanto fuera porque no le faltara

ningún cuidado. Hizo venir a diferentes médicos para que reconociesen a aquella sobrina lejana suya que había venido a visitarles, la cual de repente había caído con fiebre y nos tenía muy preocupados. «Poco a poco irá remitiendo», nos decían los médicos, «no es nada grave». Luego, cuando él se marchaba al mar, me pedía que no la dejara sola, que la tuviese bien atendida mientras estuviese fuera —me ordenaba—. Y fue en ese momento cuando me di cuenta de lo tonta que había sido.

La miré extrañado.

—¿De qué se dio cuenta, doña Ana? —pregunté.

Doña Ana apartó los ojos de la ventana y los clavó en mí. De repente no parecía ella, era distinta. Nunca antes la había visto de aquella manera. Doña Ana estaba furiosa. Era la primera vez la veía así y, al parecer, cuarenta años después de aquello, lo seguía estando.

—¿Aún no te has preguntado por qué la trajo a casa en lugar de llevarla a un médico o dejarla en el hospital? —me retó a adivinar—. Te diré una cosa, Martín, desde el momento en que la vio, Nicolás supo lo que iba a hacer con ella.

No podía creer lo que me estaba contando.

—No... —dejé escapar con escepticismo—, no puede ser.

La anciana asintió con la cabeza. Sí, sí que podía ser.

—Supongo que lo haría mientras estaba delirando, cuando ella no se daba cuenta de nada. Ni siquiera yo. Aquel demonio al que se refería Helena en sueños, el que se acercaba cada noche hasta su almohada, el que entraba en su cuerpo y le arrancaba de cuajo su virginidad, no era otro que Nicolás. Había consumado una nueva traición y esta vez bajo nuestro mismo techo.

Para cuando Helena llevaba dos semanas junto a ellos, la fiebre comenzó a desaparecer. Al principio le llevó un tiempo hacerse a la idea de dónde y con quiénes estaba. En todo ese tiempo creía que había vuelto a casa. Le explicaron lo que había pasado y ella, a su vez, ordenó todos aquellos recuerdos y nombres que escupía en sus delirios y avergonzada les reveló su

historia y sus planes de fuga. En cuanto pudiera se marcharía de allí, pues ya había abusado demasiado de la hospitalidad de ambos. Doña Ana le suplicó que no lo hiciera y que regresara junto a su familia, que lo que estaba haciéndole a sus padres era terrible. Trató de convencerla, de hacerla entrar en razón, pero no había manera. Helena era muy tozuda y estaba dispuesta a seguir con su idea de coger aquel barco y ser una mujer libre. Solo necesitaba unos días más para reponerse y entonces se pondría en marcha.

—Pronto sintió las fuerzas suficientes para levantarse de la cama por sí sola —relataba—. La primera vez que bajó a desayunar con nosotros nos dejó sorprendidos. Tenía un apetito voraz, capaz de acabar con toda la despensa, desde que se levantaba hasta que se acostaba. Ni siquiera Nicolás comía tanto. Luego, cuando acababa, le invadía un sueño terrible y volvía a meterse en la cama. Aún necesitaba descansar. Era lo normal, después de dos semanas de intensa fiebre necesitaba seguir guardando cama hasta recuperarse del todo. Se cansaba muy rápido y enseguida necesitaba cerrar los ojos otra vez. Sin embargo, a los pocos días de recuperar la cordura llegaron los primeros síntomas. No soportaba el olor a colonia, tenía mareos constantes, los pechos le dolían y vomitaba a cada momento, incluso cuando no había probado ni bocado. Yo ya conocía esos síntomas de antes, me bastaba con haberlos sufrido una sola vez en mi vida como para saber de qué se trataba. De manera que para cuando me di cuenta era tarde. Helena ya estaba embarazada.

Capítulo 17

Doña Ana buscó apoyo en una pared y tomó aire. Apenas quedaba migaja limpia alguna que respirar en aquella casa, allí dentro no quedaban más que recuerdos turbios y sucios a los que darles la espalda. Lo único bueno que sacaría en claro de todo eso aquella noche sería la purga de conciencia que aún la acosaba.

—¿Qué hizo después? —le pregunté.

—Nada —contestó tajante—. No podía hacer nada. Simplemente esperé y recé. Rogué al cielo porque toda aquella locura que iba tomando forma en mi cabeza no fuera más que otra alucinación, una más producida a causa de la fiebre de la que me había contagiado Helena después de tantas horas sentada a su lado. Tuve que soportarlo en silencio, no me atrevía a contárselo a ella, ni siquiera encontraba la manera de hacerle frente a Nicolás —decía con la mirada perdida en el suelo—. Hasta que un día lo encontré.

—¿Qué encontró?

Doña Ana me ordenó seguirla de nuevo al cuarto. Fue hasta el pupitre donde descansaba la biblia que encontraron junto a Helena. Abrió un cajón y sacó un frasco oscuro y pringoso. Tenía una etiqueta enorme. *Gotas negras inglesas*, leí.

—Láudano —pronunció la anciana.

La miré aterrado.

—¿Láudano?

—Sí, Nicolás le estaba administrando láudano. Por esa razón Helena estaba siempre fatigosa y débil, por eso siempre estaba durmiendo y apenas

comprendía el cambio que se orquestaba en su interior. Fue muy listo. Y lo tenía todo medido de tal manera que para cuando yo me diera cuenta, él ya habría regresado.

—No tan listo —aduje—. Podría haberla matado.

—Podría, pero no lo hizo. Nicolás sabía lo que se hacía.

—¿Cómo podía estar tan seguro?

—Porque él también lo tomaba —contestó—. Verás, Martín, Nicolás padecía de gota. Durante años buscó el remedio para contrarrestar ese terrible dolor que lo aquejaba. Le dolían muchísimo los pies, le quemaban por dentro. Baste con decirte que cuando metía el pie en agua helada, salía humo del cubo. Y así fue durante años hasta que dio con la solución. Se la dio un médico inglés, lo probó y nunca más volvió a tener problemas, salvo en contadas ocasiones. Con unas cuantas gotas bastaba. Luego se quedaba adormilado y caía en un sueño profundo.

Láudano... Se lo había jugado todo a una sola carta.

—Durante semanas me armé de valor —continuó—, tomé conciencia de lo que estaba ocurriendo, de la atrocidad que Nicolás había cometido, de manera que para cuando él regresara, ya estaría preparada... O eso pensaba yo. Nicolás apareció por la puerta eufórico como antaño, lleno de regalos, de joyas y de los mejores diseños que había encontrado allí por donde había pasado. También traía presentes para Helena: muñecos, esos muñecos, muñecos modernos, de goma, que gateaban, con sonidos tan reales como los que acabas de oír, el no va más. Los traía de Norteamérica. Me pidió acompañarlo para verla y darle sus regalos. Helena los aceptó desde la cama con una sonrisa, como una niña pequeña, buena y obediente con su padre. Luego cerró la puerta y volvió a ser el hombre maravilloso de siempre.

Y entonces doña Ana no pudo evitarlo. Se dejó arrastrar junto aquella nueva vorágine de vida que traía consigo, lo necesitaba tanto como él. De repente todo el odio y el remordimiento que sentía hacía él quedaron sepultados ante la nueva oportunidad que ahora les brindaba el destino en

bandeja. Era como volver a nacer. En esos momentos en los que habían recuperado la complicidad de antaño, Nicolás Abreu le hablaba a su mujer de sus nuevos proyectos de expansión, tenía ilusión, esperanza y ganas de vivir. Durante esa primera semana la comida le supo mejor, el aire le parecía más limpio y la vida tomó otro color. Y así fue cómo durante días el renacer de aquello que habían perdido por el camino secuestró su alma hasta hacerla cómplice de los planes de Nicolás con el aval del silencio.

—Pero una mañana desperté del sueño —dijo—. Recuerdo que el dormitorio estaba completamente iluminado. Una luz cegadora entraba por la ventana, apenas podía abrir los ojos, me hacía daño. Y entonces tuve ese momento de lucidez que durante días esperó con anhelo regurgitar aquella voz que yo misma había decidido acallar. Me eché a llorar. Aquella luz era la verdad, la que durante una semana no quise tener en cuenta con la cobardía de quien no se atreve a mirarla a la cara. No era un sueño lo que vivía, sino una ilusión. Nadie en su sano juicio podría consentir tamaña inmoralidad. No podía seguir disimulando lo que estaba pasando delante de mis narices aunque eso supusiera un nuevo paso atrás. Así que me levanté de la cama enérgica, decidida, fui a por el frasco de láudano que Nicolás escondía en este mismo pupitre y luego le acorralé en su despacho. Le dije que lo sabía todo y que quería saber más. No supo qué contestar. Se me quedó mirando sin una respuesta convincente que explicase todo aquello. Y cuando se atrevió a hacerlo, antes de que pudiese decir nada, le abofeteé con todas mis fuerzas. Nicolás comenzó a llorar desesperado y nervioso. Era consciente de que había hecho algo malo, algo que ya no tenía remedio y para lo que no había vuelta atrás. Lloraba sin consuelo, como un niño pequeño. Sentí verdadera lástima, estaba hundido. A los pocos minutos, cuando pareció recuperarse, me explicó que había visto en Helena la posibilidad de tener ese hijo suyo que tanto ansiaba, uno de su sangre. «Todo será perfecto», decía, estaba plenamente convencido. Nadie conocía a Helena, ella no era de por aquí, y nadie más que nosotros sabía de su existencia. Ni el mecánico del barco ni el taxista que los

trajo iban a perder el sueño por una desconocida. Su llegada a nuestras vidas había sido providencial, como un milagro. «Helena es nuestro último billete a la felicidad», me dijo, refiriéndose a la criatura que llevaba en su vientre.

Una vez más, la anciana quiso salir al pasillo. Paseó en círculos mientras ordenaba sus pensamientos, cabizbaja. De momento se estaba concediendo una pequeña tregua de segundos, dando tiempo a sus recuerdos, a que pudiesen coger algo de oxígeno al tiempo que ella misma recuperaba el aliento, la vida que se le había extraviado entre aquellas paredes. Luego la seguí a uno de los dos dormitorios que quedaban a ambos lados de aquel cuarto de oscuros secretos. Aún seguían en pie las literas que un día sirvieron de descanso al puñado de niños sin hogar que crecimos en San Nicolás. No todo eran malos recuerdos para ella.

—Al principio le tomé por un loco —continuó—. Debía estarlo si pensaba que iba aceptarlo, pero después... después fui reconsiderando la idea. Yo no podía tener hijos y lo cierto es que Helena estaba alumbrando en su interior la semilla de Nicolás. ¿Qué podía hacer? En el fondo sentía pena por Nicolás, pero no más que por aquella muchacha que aún no sabía lo que le estaba pasando. Solo podía rezar, pedir fuerzas a Dios para querer a aquella criatura que se estaba formando en las entrañas de otra mujer y, a la par, deseando en lo más oscuro de mi corazón que nunca llegara a ver la luz del día. Y así se consumieron las semanas y los meses.

Eso significaba que al final se había resignado a ver feliz a su marido, resignada a verse fracasada en el reflejo de la mirada de aquel futuro hijo.

—Y entonces llegó el día de una nueva partida —prosiguió—. Nicolás había conseguido un nuevo contrato para realizar una ruta mucho más larga que en anteriores ocasiones. Se despidió de nosotras una vez más hasta la vuelta, sin arrestos para enmascarar la vergüenza que lo devoraba por dentro, con las manos aún teñidas de traición y sin redaños para aguantarme la mirada. Aquella fue la última vez que lo vi. Se marchó una lluviosa tarde de marzo, bajo las lágrimas de alquitrán que derramaba una atmósfera igual de sucia que

nuestras almas. Y nunca más regresó.

Para entonces la barriga de Helena estaba en su plenitud y, contra todo pronóstico, su embarazo totalmente asimilado. Lo había asumido con entereza, no sin antes haber vertido gotas de amargura por aquello que le había tocado en suerte. «Debió ser en el barco», suponía con ingenuidad. Sus conjeturas la llevaron hasta aquellos momentos que pasó escondida en la sala de máquinas, ¡allí fue donde aquel desalmado al que solo recordaba en sueños la había violado! Supuso que debió ser así, después de días sin comer, cuando comenzó a subirle la fiebre. Por eso no recordaba nada más. Y yo le ayudé a creerlo. Lo único que le quedaba de aquellos días eran sus pesadillas. Solo un monstruo, solo un demonio podría haber hecho aquello que le hizo.

—Obviamente no sabía la verdad: «ha sido mala suerte, solo eso, nada más», la consolaba yo, con la conciencia estrangulándome a cada palabra que salía de mi boca, a lo que ella asentía conforme aún bajo los efectos del láudano y de otras drogas que con seguridad le administraba Nicolás a mis espaldas.

A pesar de ello, Helena encontró en lo más hondo de su ser, allí donde una nueva vida comenzaba a desperezarse, la voluntad necesaria para tener la firme convicción de sacar el embarazo adelante. Fuera de quien fuera, aquel bebé menos que nadie tenía la culpa de venir al mundo. Aquella muchacha era especial. Por sus venas corría un valor tan escaso como la lealtad a uno mismo en tiempos de silencio. Cualquiera otra muchacha en su situación ya habría echado mano de la vecina más versada en la obstetricia de andar por casa para salir del envite. Pero ella no. Helena era el resultado de una educación puramente católica y de recogimiento, la herencia de años de celibato y capilla en un pueblo que vivía bajo el palio de su parroquia. La maldición de la cristiana ejemplar corría por sus venas.

—Su decisión estaba tomada: tendría aquel hijo, pero no se lo quedaría. Nos lo daría a nosotros como así se lo habíamos planteado. En esos días que pasé a su lado me permití el lujo de hacerla cómplice de aquello que nadie

sabía. Le confesé mi incapacidad para tener hijos, de tener lo único que no podía, lo único que podía salvar un matrimonio que agonizaba entre aquellas paredes. A nuestro lado su bebé tendría un futuro, «no le faltará de nada», le prometí. Y ella... ella podría continuar con su vida, olvidar para siempre aquel incidente que la había puesto en nuestro camino, olvidarlo todo y, quizás, con el tiempo, yo también.

—¿Y luego? —pregunté.

Doña Ana bajó la cabeza.

—Un mes antes de dar a luz nos llegó la noticia —dijo con aire sombrío—. El barco que gobernaba Nicolás y toda su carga se habían hundido en alta mar. A los pocos días de salir de puerto, un torpedero alemán lo había hundido a mitad de camino hacia las islas. No hubo supervivientes. Cuando lo supe, me enterré durante días bajo las sábanas y perdí la noción del tiempo. Dormí tan profundamente que apenas sabía dónde estaba al despertar, y por más que pensara en ello, en Nicolás y en su muerte, y en que no volvería a verlo, no encontraba la manera de derramar una sola lágrima por su desaparición. Hacía tiempo que ya lo había matado en secreto, había dejado de amarlo, de quererlo, de sentir el más mínimo cariño por él. No podía remediarlo... Me sentía liberada.

La anciana volvió a avanzar hacia los cristales del pasillo. A la luz de la luna su rostro parecía más ajado y castigado de lo que me pareció minutos antes. Esa noche, a medida que se liberaba, se iba haciendo más vieja.

—Helena debió echarme en falta el primer día —continuó—. Al segundo se presentó en mi dormitorio. Le conté todo lo que había pasado y le revelé de una vez la identidad del padre de la criatura que llevaba dentro. La pobre chica no daba crédito a lo que le estaba contando. «¿Cómo han podido engañarme?», me decía entre lágrimas, «¿cómo ha permitido esta farsa?». Su inocencia me había desarmado por completo. Sentía lástima por ella, pero yo ya había tomado una decisión para entonces, para ella y para el bebé que se gestaba en su vientre: debían marcharse de allí. Algo en mi interior me

empujaba a ello, algo que me obligaba a desentenderme de Helena y de unos problemas que ya no eran los míos. Le dije que no deseaba su bebé, que ya estaba harta de todo aquello y que no quería verla más en mi casa. Helena lloró aún más, la estaba echando de allí como un vulgar perro. Saqué dinero de la caja fuerte que Nicolás tenía en su despacho y le di suficiente como para que pudiesen vivir un año entero ella y el bebé, para que desaparecieran de mi vida para siempre.

Helena obedeció con el rostro hecho jirones y subió a hacer su maleta. No era más que una niña. Doña Ana la escuchó desde la cocina recoger sus cosas, escondida como una cobarde, sintiéndola ir de aquí para allá, presurosa, nerviosa, abrir y cerrar el armario, guardar su ropa, y, en el ajetreo, derribar una silla, la misma donde ella se había sentado a su lado cada día para velar sus sueños. Después la oyó bajar la escalera y desaparecer sin dar un portazo, lo que fue aún más doloroso.

—Nunca más volví a verla —dijo—. Después de eso decidí tapiar el dormitorio y borrarlos a ambos de mi memoria, sin ningún escrúpulo. Algo había cambiado en mí, una sombra se arremolinaba en mi interior, algo maligno que ya no me permitía confiar en nadie. Me escondí del mundo en estos muros, bajaba a la ciudad lo necesario, tan solo para atender algunos asuntos y vigilar de cerca la fortuna que Nicolás me había dejado. Hacía que me trajeran a casa cuanto necesitara, contraté a una mujer para que me hiciera la comida, y de la noche a la mañana me convertí en aquello mismo que Nicolás veía en mis ojos cuando me sorprendía observándolo. Me convertí en el fantasma de esta casa. Y así fue como mis días se perdieron en este páramo durante años.

Su relato era realmente sobrecogedor. Miré a la anciana y encontré su tímida sonrisa de costumbre, aquella que durante todos esos años me había regalado. La abracé con fuerza y noté que todo su cuerpo se aflojaba bajo mis brazos. Se había vaciado por completo. Doña Ana tomó asiento en uno de aquellos bancos que aún sobrevivían en el pasillo y respiró. Por fin respiraba

aire puro, por fin había soltado un gran lastre, una condena que llevaba arrastrando toda una eternidad, lo que duraba el silencio entre las costuras del tiempo.

—Usted nunca ha sido mala, doña Ana. Usted y mi tía son las personas más buenas y más honradas que he conocido en mi vida. Todo lo que he aprendido se lo debo a las dos. A usted. No es una mala persona.

—Ya, pero lo fui durante un tiempo. ¿Quién puede soportar vivir así? Yo pude y solo conseguí hacerme daño a mí misma. Era el castigo que me merecía.

La anciana guardó silencio y cerró los ojos. Ahora estaba tranquila. La dejé un rato reposar y luego volví a la carga. No tenía otra opción.

—¿Hasta cuándo, Doña Ana? ¿Cuánto tiempo duró ese castigo?

—Veinte largos años —contestó con la mirada perdida—. Y duró hasta el día en que aquel joven llamó a mi puerta.

La anciana se vino abajo de seguida. Rápidamente y sin piedad la agarré de la mano y le sonreí pidiéndole un último esfuerzo. Ella carraspeó y prosiguió.

—Yo estaba arriba, revisando los libros de contabilidad, administrando la herencia de Nicolás, estudiando qué debía vender y qué no. Sus rivales en el negocio querían hacerse con una parte de la empresa, de su agenda de contactos y con sus contratos. Y así fue como poco a poco fui desmantelando su imperio y su leyenda... Bien, pues como te digo, estaba ensimismada en aquellas cuentas cuando escuché la puerta aporrear. Al principio no hice caso y seguí a lo mío. Ya se cansarían de llamar y se marcharían, me dije, pero los golpes continuaron cada vez con más fuerza. Tanta insistencia me hizo bajar finalmente, furiosa, quería saber quién era aquel visitante que venía a quebrantar mi purgatorio de soledad. ¡Dios santo!, casi me muero del susto cuando abrí la puerta. Sentí el corazón encogido, apenas aire que respirar. Había ido al encuentro de un fantasma, un fantasma del pasado que regresaba a mi vida para atormentarme de nuevo. Era exactamente igual que él: sus rasgos,

su porte, su pelo... Pero su mirada era distinta, dulce y encantadora, limpia como la de su madre. Aún así, no pude evitar nombrarle: «Nicolás...», le llamé. El muchacho me sonrió y me dijo: «señora, sin duda me confunde con el hombre al que siempre he querido conocer. Pero yo no me llamo como él».

—¿Era el hijo de don Nicolás? —pregunté aun conociendo la respuesta.

—Sí, Martín, era el hijo de Nicolás. Y el de aquella muchacha, Helena —contestó—. Pero a diferencia de él, su madre no le había puesto su nombre.

Doña Ana bajó la cabeza y dejó que sus ojos buscaran el infinito en el suelo, abatida entre la duda y el deseo por acabar de una vez. Y yo, con el pulso cada vez más acelerado, la empujé a decir aquello que llevaba rato temiendo escuchar de sus labios.

—Doña Ana... ¿cómo se llamaba? —pregunté sin apenas saliva.

La anciana levantó la cabeza y mirándome perdida dejó que aquel nombre se le escurriese entre los dientes.

—Se llamaba Christian, Christian Samper.

Capítulo 18

Por desgracia ya estaba preparado para aquel nuevo envite, que no el último, y aunque todavía me seguía tocando callar y escuchar, sospechaba que el resto de aquella historia aún me deparaba una vuelta de tuerca más. De momento el nombre de Christian Samper aparecía de nuevo, pero nunca imaginé que lo haría en boca de la persona que menos esperaba.

—Christian Samper tocaba el piano como los ángeles, supongo que igual que su madre —suspiró—. Algunas veces, mucho antes de revelarle la verdad de todo, Helena se sentaba frente al órgano de la capilla, tocando una pieza detrás de otra. Era una maravilla. En ausencia de Nicolás, la música nos mantenía unidas y nos alejaba del silencio que aún hoy sigue embrujando esta casa. Cuando aquel muchacho apareció en mi puerta, supe que la luz había regresado a mi vida.

—¿Cómo averiguó dónde encontrarla, doña Ana?

—Supongo que se lo contaría su padre, un pianista llamado igual que él, Christian Samper.

—¿Ha dicho su padre? —pregunté quisquilloso.

Doña Ana me miró con una sonrisa lastimosa.

—Martín, un padre y una madre no son únicamente los que te traen al mundo. Un padre y una madre son los que te cuidan.

Lo comprendía perfectamente. No hacía falta decir más.

—A todos los efectos, ese hombre era su padre. Debió conocer a Helena ese mismo año cuando llegó a París e imagino que se encontraron y se enamoraron...

—Un momento —la interrumpí—. ¿París? Creí que dijo Londres.

—Sí, pero Helena acabó en París, no sé cómo o al menos ahora no lo recuerdo, pero fue allí donde nació ese muchacho. Él me lo dijo.

—¿Y por qué vino aquí? Es decir, tantos años después... ¿por qué? ¿Acaso vino porque creía que podía exigirle algo, lo que le pertenecía como hijo de don Nicolás?

—No, nada de eso —musitó con lástima—. Aquel muchacho era tan noble y honesto como los genes que le precedían, tanto que, en el rato que estuvo conmigo, incluso me reveló la verdadera razón por la que estaba aquí: una mujer, había cruzado todo un océano por una mujer. Sí, Martín, Christian había venido desde muy lejos solo por amor, se había enamorado de una alemana a la que el destino parecía haber puesto en su camino simplemente para retorcer un poco más las cosas y traerlo de vuelta al lugar donde se enraizaban sus orígenes. Cuando llegó aquí quiso saber quién era y por qué, simplemente eso: *¿por qué?* Me dijo que no había venido a arruinar mi vida, que únicamente quería comprender y conocer lo que le quedaba por saber de boca de quien cuidó a su madre durante el embarazo.

—¿Y usted se lo contó todo?

Doña Ana asintió con convencimiento.

—Todo, no me guardé nada, ni siquiera le oculté que yo misma fui quien la echó de casa. Fue uno de los días más amargos de mi vida. Pero también fue necesario, tanto como el de hoy —dijo recuperando la dulzura de su rostro—. Hablar contigo me está ayudando mucho, Martín, pero aún no sé por qué te interesa tanto toda esta historia, ni siquiera me has dicho qué haces aquí ni qué es lo que buscas.

Ahora fui yo quien sin rumbo fijo barrió el suelo con la mirada, intentando buscar una salida aún más convincente que la propia verdad que me quemaba la punta de la lengua.

—Se lo contaré, se lo prometo —le aseguré—. Pero antes acabe su historia, por favor. Dígame, ¿qué pasó después de contarle todo eso?

—Recuerdo que se levantó y fue hasta una de las ventanas. Contempló las pistas de tenis abandonadas al jaramago, dijo que no sabía jugar, que le hubiera gustado haber aprendido a hacerlo, a correr por aquellos pasillos, por los alrededores, a criarse en una casa así. Cada una de sus palabras era como una puñalada, pero no las pronunció con rabia, ni con odio, sino con lágrimas. Estaba llorando. Christian había crecido en una sucia calle de los arrabales de París pasando después al cabo de los años cuando aún era niño a un suburbio sombrío y gris de Nueva York. Nunca antes había visto una casa en mitad del campo como esta, la que le pertenecía por derecho. Luego me pidió poder ver el resto de la casa. No me negué a ello.

Doña Ana le enseñó cada rincón de San Nicolás, de punta a punta, excepto aquella habitación que ya no existía. Recorrieron toda la finca de fuera hacia dentro y por supuesto le enseñó el despacho de Nicolás, allí donde pudo comprobar por primera vez en el retrato de su verdadero padre un espejo en el que podía verse reflejado. Eran idénticos; luego, casi por último le llevó al mirador a contemplar la caída de la tarde sobre la ciudad. «Es hermoso», dijo, «sois muy afortunados». A esa hora el cielo rayaba una cúpula oscura que se fundía en un horizonte de vainilla entre nubes de espiral, rosadas como algodón de azúcar. Nunca había visto nada parecido.

—Después de eso bajamos y lo llevé a la capilla. Le emocionó saber que la última persona que había puesto sus manos en ese órgano fue su madre. Se sentó frente a él y tocó. Lo hizo hasta que los minutos y el tiempo dejaron de tener sentido. No había escuchado nada igual en toda mi vida, un sentimiento de nostalgia y abandono se deslizaba entre sus dedos como un llanto sin consuelo. Era hermoso y al mismo tiempo... terrible. Al cabo de un rato, cuando se cansó de tocar, guardó silencio. Luego dijo algo que me cambió la vida para siempre.

—¿Qué le dijo?

—«Aún está a tiempo, Ana», susurró, «aún puede arreglarlo» —recordó la anciana, voz trémula—. Me dijo que esta casa era demasiado grande para

una sola persona. Y luego... luego abrió la puerta para marcharse. Le pedí que no lo hiciera, le dije que podía quedarse el tiempo que quisiera, que esta era su casa. Me contestó que ya tenía donde dormir. Llevaba varios días en la ciudad, pernoctando en una pensión de mala muerte del Barrio Chino, aclimatándose al lugar y armándose de valor para enfrentarse a un pasado desconocido. Dijo que se quedaría durante un tiempo hasta reunir algo de dinero y que luego se marcharía.

—Y sin más... ¿se fue?

—Sí —contestó—. Pero antes me hizo una advertencia.

La mujer se llevó las manos a la boca. Un suspiro se escapó de entre sus dedos como la vida que empezaba a restar con los días.

—Antes de marcharse me preguntó si tenía una escopeta, un arma de fuego, algo con lo que defenderme, lo que fuera con lo que ahuyentar a alguien, un posible intruso. Es más, si cabía la posibilidad de tener alguien a mi lado, de estar acompañada, nunca sola, mejor aún. Pero ante todo, que nunca abandonase la casa. Aquello último me asustó.

—¿Por qué le dijo eso?

La mujer se lo pensó antes de contestarme, dudando como si alguien pudiera oírla y eso fuera su sentencia.

—Me dijo que no había venido solo —dijo con voz siniestra—. Me dijo... me dijo que después de él vendría alguien. Me dijo que vendría «el otro».

—¿El *otro*?

—Sí, eso dijo —recordó como si aún fuera ayer—. Al parecer no había podido separarse de él, le había sido imposible. Le había seguido desde Nueva York y estaba con él aquí, en la ciudad. Me dijo que este *otro* no era como él. Era despiadado, codicioso... Cruel. Esas fueron sus palabras. Me advirtió que no le creyese una sola palabra, que bajo ningún concepto le dejara entrar en la casa y que no me dejara engañar por las apariencias. Y para que no tuviese duda alguna, me lo puso aún más fácil: dijo que aquella visita

que me hacía sería la única, que nunca más volvería a esta casa porque aquí no había nada para él, tan solo el espejismo de lo que podría haber sido, únicamente dolor. Y solo así sabría que el siguiente que llamara a mi puerta no sería él.

—¿A quién se refería?

Doña Ana tragó saliva una vez más y me miró a los ojos.

—La muchacha, Helena, había fallecido durante el parto —balbució con remordimiento—. Pero no había muerto en el parto por azar, así sin más. No. Hubo... fue a causa de unas «complicaciones».

—¿Qué clase de complicaciones?

—La que se derivan de un embarazo múltiple.

Callé por un momento sopesando aquella posibilidad que nunca se me habría ocurrido contemplar. Sin duda alguna aquella era la vuelta de tuerca que estaba esperando.

—¿Qué quiere decir? —pregunté al fin.

—Quiero decir que Helena tuvo dos hijos —contestó sin más preámbulos—. Christian Samper tenía un hermano gemelo.

Un hermano gemelo... Por supuesto. ¡Dios santo, quién lo hubiera imaginado!

Una risa cascada dentro de mi pecho me hizo bajar la cabeza negando, resignado, con una nueva mueca que me dibujaba el final de aquella confesión.

—¿Por qué sonríes de esa manera?

—Porque ahora la cosa parece un poco más clara que antes —contesté—. Aunque nunca me hubiera imaginado que los fantasmas vinieran de dos en dos.

Doña Ana no se enteraba de nada.

—Ahora soy yo la que no te entiende a ti.

Tomé impulso y a continuación me liberé del único secreto que guardaba en casa como una llaga escondida en el cielo de la boca. Pero, claro, un secreto nunca lo es del todo si no tienes con quien compartirlo. Y eso fue lo que hice. Le conté a doña Ana que llevaba años siguiéndole en silencio la

pista a un tal Christian Samper, un pianista cuyo nombre estaba impreso en el disco que me dejó mi madre antes de peregrinar a la muerte. Aquella era la prueba fehaciente de que era él quien tocaba el piano en *El Rastro de su Voz* y quizás una de las dos personas conocidas que supiera por qué era único. La otra aún no lo tenía muy claro, y aunque pretendiera meterle los dedos en la boca hasta el fondo, escuchar la verdad de sus labios iba a resultar tan fácil como ayudar a un hombre a huir de su infierno de acero y oscuridad, el mismo hombre que me había dicho que aquel pequeño trozo de pizarra no era la única canción que había grabado mi madre. Y sin embargo ese no era el único misterio que quedaba por delante: ahora tocaba averiguar quién era uno y quién era el otro, cuál de los dos Samper era el hombre de las manos de carne y metal al que dos días antes había visitado en una celda oscura y maloliente.

Si Christian Samper era aquel muchacho dulce y comprensivo, no podía haber lugar a dudas para hacerse una idea de quién era el otro, en un porcentaje muy alto, aquel tipo frío y sin escrúpulos que vi por primera vez junto al desaparecido Rivas una noche de tormenta en San Nicolás. Pero no sería la única. La siguiente ocasión ocurriría en verano, en la Casa del Vigía, cuando comprobé que aquel hombre que ahora velaba el sueño de las sombras era lo suficientemente peligroso como para jugarse los cuartos con gente como Karl Schmidt y Víctor Durán a cambio de dinero, quizás mucho dinero, tanto como el que un día, siete años atrás, estuvo dispuesto a desembolsar la otra gran incógnita de aquella trama que tejía mi cabeza: Sebastián Morell, el coleccionista de objetos únicos.

—¿Quién es ese hombre?

—No lo sé, tan solo lo he visto dos veces en mi vida y algo me dice que ese hombre todavía ha de jugar un papel fundamental en toda esta historia — sospeché—. El día que enterramos a mi madre descubrí entre sus cosas una carta suya. En ella quedaba patente que había estado manteniendo una correspondencia con mi madre a cuenta del disco, pero que ella había rehusado siempre hacer ningún trato con él. Ese mismo día también averigüé

que Julián estaba enterado del tema y, por supuesto, quería su tajada. Desgraciado...

Doña Ana quiso saber entonces hasta qué punto estaba dispuesto a llegar. Ni yo mismo lo sabía. De momento me movía casi por inercia. A su manera de ver, había demasiada gente peligrosa involucrada y a simple vista ninguna relacionada directamente con *El Rastro de su Voz*, de todo ello, lo único que a mí me importaba. Sin embargo aquel disco era como un imán. Estaba atrayendo todo lo malo que se movía a su alrededor y de paso salpicándome a mí de historias que nada tenían que ver conmigo. Cómo iba a terminar todo aún no lo tenía nada claro, le dije; cuál era el siguiente paso, de momento, salir de allí, contesté. Tomé a Doña Ana del brazo y la saqué de San Nicolás con el deseo de que nunca más tuviese que volver a poner un pie allí dentro. No había nada que rescatar de lo que dejábamos atrás y lo mejor, para ella, era dejar que todo se pudriera junto con el tiempo estancado entre sus viejos muros.

Pero en mi cabeza sí que sabía lo que tenía que hacer. Antes de visitar al día siguiente a Norma Estrada y preguntarle de una vez qué tenía ella que ver con todo aquello, con Samper, con mi madre y con su disco, antes de eso, debía pasarme por casa de otra dama.

Capítulo 19

Aparte de doña Ana, Violeta era la única mujer que conocía en Huelva con dos casas. A diferencia de otras muchachas que iban rotando de tapado en tapado y que dormían en las mismas sábanas donde el mundo expiaba sus miserias, ella lo hacía en una cama que olía a limpio y decente. En un pequeño partido de la Vega Larga, Violeta se enterraba cada mañana en el sueño de los justos después de llevar a su hijo al colegio, pero no antes de dejar hecha la comida. Violeta tenía un trato con la vida: cada noche moría bajo la piel de una mujer que nunca existió y luego, al amanecer, recuperaba su nombre y su alma con las primeras luces del nuevo día.

Aquella mañana, cuando me abrió la puerta, aún tenía los ojos pegados en la almohada.

—Martín... ¿cómo me has...?

—Te recuerdo que soy periodista. No hay mucha diferencia entre eso y un sabueso.

Violeta miró su reloj y luego me suplicó con los ojos, amoratados.

—Oye, Martín, de verdad, no me viene bien, sabes, he tenido una mala noche, estoy cansada y...

—He venido a decirte que el hombre del que estabas enamorada no murió en ningún incendio hace siete años, sino que fue asesinado.

Violeta chistó cerrando los ojos hacia otro lado y resopló importunada.

—Puedo asegurarte que ni es el momento ni el lugar —dijo—. Ahora no, hoy no.

—Puedes apostar a que sí —insistí.

—¿Qué quieres de mí, Martín? —susurró enojada—. Hasta que apareciste esta semana para mí no existías. Han pasado siete largos años desde la última vez que te vi, entonces eras un niño y por lo poco que puedo ver ahora no has cambiado mucho. ¿Te crees un hombrecito, un caballero andante? Dime, Martín, ¿qué es lo que quieres?

—Contarte la verdad —respondí, justificándome—. Pensé que debías saberlo.

—Si sigues pensando de esa manera no solo conseguirás hacer daño a las personas, o incluso a ti mismo. Eso si no te sale antes un coágulo en la cabeza.

—¿Es que no quieres saber la verdad? —le presioné.

Violeta me observó a través del soplo de claridad que cortaba el canto de la puerta, sin saber si quería seguir escuchando o dejarme plantado en la escalera. Antes de que se decidiera, apoyé la mano sobre la hoja de madera.

—Yo estaba allí la noche que se quemó la Casa del Vigía. Y también vi cómo mataron al hombre que te dio la oportunidad de darle un padre a tu hijo y de paso sacarte de una casa de putas.

No dijo nada. Se limitó a bajar la cabeza, rendida, y a desaparecer detrás de la puerta. Solo tuve que empujarla y entrar. Antes de hacerlo escuché un crujido a mi espalda. La mirilla de la puerta vecina se cerraba de seguida. El nuestro desde siempre ha sido un mundo de paredes que escuchan y puertas que vigilan.

* * *

Cuando su hijo no estaba en casa Violeta vivía a oscuras, entre jirones de luz. La casa entera estaba sepultada a medio gas en la penumbra permanente que pestañeaban sus persianas. Un ligero aroma a tabaco flotaba en el ambiente, pero no a tabaco estancado, ese que una mañana de domingo impregna la ropa y el cuerpo después de un largo sábado noche. No, olía a un cigarrillo recién encendido.

—No sabía que fumaras —le dije.

—Y no fumo —contestó cansada pero desafiante.

Y era cierto. Aquel cigarrillo que supuse humeaba en algún punto de la casa ni estaba entre sus dedos ni aparcado en un cenicero. Aún así, como la cosa no había empezado muy bien entre nosotros, alcé la mano en son de paz y preferí pensar que quizás aquel olor solo estuviera en mi cabeza, o incluso en mi nariz. Demasiadas horas de fumador pasivo en la redacción de Jota Jota.

La casa era tan grande como una caja de cerillas, pero con una mujer como Violeta cualquier sitio era perfecto. Cuando la vi tras la puerta con aquellas ojeras, de repente se me vino a la cabeza la imagen de Sofía, varada en algún rincón perdido de mi memoria. Me pregunté si sería tan hermosa entre legañosas y bostezos. Violeta lo era, pero estaba seguro de que Sofía aún más. Cuando me senté frente a ella para contarle a lo que había venido a decirle, Sofía aún seguía dando vueltas en mi cabeza. Lo que nunca fue.

Antes de sentarse a escuchar lo que tenía que decirle, Violeta cerró la puerta del dormitorio que daba a lo que ella tenía por sala de estar. Luego me indicó la butaca que daba la espalda a esa puerta.

—Siéntate ahí, tienes un minuto —me concedió.

Me sobró la mitad. En ese tiempo le conté que su pareja fue asesinada por Karl Schmidt, un retirado espía alemán, si es que lo estaba, que se ganaba la vida cuando no representando a viejas estrellas de la industria del espectáculo sí ayudando a pasar a Sudamérica a sus compatriotas huidos de la guerra a cambio de, a buen seguro, grandes sumas de dinero. Y fue así hasta que otro tipo le robó la exclusiva, la novia y los clientes. Ese tipo se ocultaba en la Casa del Vigía y esa misma noche, la del incendio, se vieron las caras por fin. La fiesta acabó con un muerto y con fuegos artificiales. Su novio o lo que fuera murió para dar ejemplo a la única persona que lo vio todo. El resto eran unos asalariados. Si el testigo quedó con vida fue porque no era más que una simple mujer, una actriz venida a menos. Poco debía temer Schmidt de ella. Lo que nunca supieron es que había otro par de ojos viéndolo todo desde fuera.

Fin de la historia. No necesitaba saber más. Entonces ella, contrita, tragó saliva y empezó a hablar.

—Sabía que algo iba a pasar una de esas noches porque Román ya me había avisado... Se llamaba así, Román. —aclaró antes de proseguir—. Me dijo que me fuese, que había hecho un trato con alguien al que ya conocía de antes. Solo sería un par de noches, nada más. Le iban a dar bastante dinero por darle cobijo a ese hombre y a otro más, un alemán que llevaba semanas escondido en un pueblo cercano. Solo me dijo que era un hombre que ganaba mucho dinero ayudando a otras personas a cruzar la frontera. Así que me fui y esperé a que él me llamara. Como puedes deducir, nunca lo hizo.

Violeta agachó la cabeza, no tenía más para contarme. Segundos después me miró a los ojos. Su expresión era de enfado.

—¿Por qué? —preguntó.

—No te entiendo.

—¿Por qué has venido a contármelo?

—Porque creía que era lo más justo, que supieras la verdad —dije.

—¿Para que puedas dormir tranquilo por las noches?

Se estaba equivocando de todas, todas. Empezaba a pensar que no había sido una buena idea disfrazarme de buen samaritano.

—Ya duermo tranquilo por las noches, no necesito del sacramento de la confesión para seguir adelante con mi vida, quizás porque nunca me haya hecho falta —me defendí.

Un golpe bajo, lo admito, pero lo necesitaba para bajarle los humos.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo ahora? —preguntó—. ¿Qué harías tú, Martín? ¿Buscarías al tal Schmidt y le matarías? ¿Una por otra? Así estaríamos en paz, ¿no crees?

—No he venido a decirte que mates a nadie.

—Pues entonces no entiendo qué querías conseguir.

Me di por vencido. Convencer a una mujer siempre me había supuesto una pérdida de tiempo. Desde hacía años vivía con dos y aún me resultaba una

tarea de titanes.

—Creo que me he equivocado viniendo aquí —dije—. Siento haberte molestado.

—Desde luego. Ya te he dicho que no era el momento ni el lugar —dijo con aire sombrío—. Nunca debiste haber venido, Martín. Nunca.

Mala cosa. Hasta que no dijo eso no caí en la cuenta de que en el poco rato que estuvimos hablando la casa había dejado de oler a tabaco. Y sin embargo, aquel cigarrillo que había notado al entrar ahora lo tenía encima. En ningún momento sentí a mi espalda abrirse la puerta del dormitorio que ella había cerrado poco antes. Allí dentro era donde se ocultaba. De repente una voz, aquella que fumaba desde donde no podía verle, me congeló el corazón.

—Los problemas de otros no son buen negocio para uno, ¿no cree usted, *mein freund*?

No me atrevía ni siquiera a volverme. Tampoco hizo falta. Karl Schmidt pasó por mi lado y se sentó junto a ella, con aquella máscara de muerte que le acompañaba de por vida. La mía, en menos de un segundo, había comenzado a jugar a los equilibristas.

—A *Fräulein* Violeta no le gusta remover las cosas del pasado —continuó Schmidt—. Es mejor así. El mundo se sigue moviendo y nosotros subidos a él. Ya le costó hacer aquel esfuerzo, es mejor no recordárselo.

Y entonces comprendí, mientras evitaba mi mirada, que ella había tenido que ver en aquel asunto: Violeta había vendido al único hombre que le había dado la oportunidad de tener una nueva vida, de ponerle un techo sobre su cabeza y la posibilidad de darle un padre a su hijo. ¿Cómo había podido hacerlo?

—Dime una cosa, Violeta, ¿le vendiste antes o después de hacerte puta?

Violeta me miró iracunda, con la cara llena de grietas. Estaba llorando, en silencio, como siempre se han lavado mejor las vergüenzas. Intentó decir algo, pronunciar la palabra adecuada. Apenas tenía fuerzas para balbucir lo mínimamente comprensible.

—Creo que la palabra que buscas es «durante», Violeta. Durante —dije—. Ese pobre imbécil debió enamorarse de ti, pero eso no era suficiente, ¿verdad?

Violeta me respondió altiva, todavía le quedaba un resuello de orgullo bajo capas de remordimiento.

—Karl siempre fue mi mejor cliente.

—Ya veo —dije—. Debe serlo para traerte el trabajo a casa.

Violeta se levantó del sofá contrariada y desapareció fuera de mi vista. A Schmidt le divertía nuestro intercambio de golpes.

—Vamos, *freund*, no se lo tenga en cuenta. Violeta es una superviviente, y eso le supera a usted con creces. Una *dame* como *Fräulein* Violeta no tiene dueños, jamás podrá tenerlos —quiso dejar claro.

—¡Vaya!, eso mismo es lo que me contaba de usted Norma Estrada esta semana.

Aquello le hizo más gracia aún.

—No sé de qué se ríe —quise ponerme a su altura—. Cuando la tiene constantemente vigilada es porque no está muy tranquilo. ¿Le tiene usted miedo a una mujer que vive entre miserias y falsos recuerdos?

—*Frau* Norma es una mujer depresiva. Podría hacerse daño. Yo la aprecio mucho. Ortiz solo está allí para asegurarse de que no se hace ninguna tontería.

—Ya...

—En serio, ¿no me crees?

—¿Y qué más da eso? Ni seguirle el juego ni llevarle la contraria me va a sacar de aquí.

Yo mismo me sorprendí de lo que había dicho, era como si me hubieran atropellado mis propias palabras, pues lo cierto es que estaba tranquilo, demasiado tranquilo, y eso que mi visita solo había servido para llamarle asesino a la cara a un mafioso alemán. Pero no tenía miedo, no todo estaba perdido. Había tenido suficiente tiempo para medir la situación. Schmidt

llevaba la camisa abierta, por fortuna, el pantalón abrochado, iba descalzo, no iba armado y tampoco era rival para mí. Ya iba para viejo y era delgado, muy delgado. Cuerpo a cuerpo no debía suponerme problema alguno. Aún así no convenía subestimarle en exceso. Dejarle *K.O.* solo iba a servir para ganar tiempo y arrepentirme del lío en el que me había metido.

—No te me adelantes, *mein freund*. Lo estás haciendo muy bien, otros en tu lugar ya se habrían meado encima —dijo—. Tu único error ha sido enamorarte de la *frau* equivocada, pero eso es solo un pecado venial, sin mayores reproches. Es una pena que seas de los que se enamoran de una fulana.

—Tiene gracia que me diga usted eso, Schmidt. Pero no creo que a su hija le haga tanta saber que a su padre le ha gustado de siempre ir de putas, sobre todo mientras su madre agonizaba en una cama.

La sonrisa desapareció de su rostro decrepito y su calavera adquirió un rostro aún más sombrío.

—¿Y cómo un mierda como tú sabe esas cosas? —preguntó el alemán.

—Porque su hija me lo contó aquel verano —contesté—. Por cierto, ¿cómo está Sofía?

Su rostro de cadáver viviente aún colgaba de mis ojos cuando lo encajó todo.

—Así que tú eres la razón por la que quería volver cada verano. Vaya, vaya... ¡quién lo hubiera dicho, *mein freund!* —observó Schmidt—. Bueno, no es tan descabellado, se ve que los tienes bien puestos. Sofía es una mujer de raza, desde pequeña, nunca se habría fijado en un enclenque. Pero creo que tampoco me equivoqué en apartarla de aquí y los muchachos como tú. Al fin y al cabo no eres más que un pordiosero. Con cojones, eso sí, pero un pordiosero.

—Me tiene usted en demasiada estima, señor Schmidt —le vacilé—. Yo no tengo ni para remiendos.

Schmidt rió y una vez más pensé que se le rajaría la cara.

—¡Eres un muchacho muy simpático! Pero, sabes, llevo un rato mirándote y preguntándome de qué te conozco, *junge*. Y no es de eso, no tiene nada que ver con Sofía —no andaba mal encaminado—. Corrígeme si me equivoco: tú eres el amiguito de *Herr* Thomas.

El viejo Thomas. Me reconfortó oír su nombre y no me resistí a sonreír de oreja a oreja.

—¿Cómo está ese viejo chiflado inglés? —quiso saber.

—Mejor que usted y que yo seguro —contesté.

—Totalmente de acuerdo, pero no hay cosa que más me fastidie que un viejo pesado que no se quiere morir.

—A lo mejor se muere usted antes y nos hace un favor a todos.

De pronto Schmidt se acercó hasta mí rápido con suavidad, con la sinuosidad de una serpiente, lenta pero hipnótica. Fue entonces cuando sentí miedo porque Schmidt había dejado de ser un busto parlante, él también se movía.

—No seré yo el que se muera hoy, *mein freund* —me amenazó—. Nunca debiste meterte en corral ajeno.

—Haga lo que tenga que hacer, llevo ya un rato aburrido —le chuleé una vez más—. Pero deme antes un minuto, hay algo que le gustará saber.

Me quedaba un último cartucho y era el momento de usarlo. Con un ademán con la mano le invité a sentarse de nuevo. Schmidt aceptó el juego y se arrellanó en el sofá de nuevo.

—Te escucho.

—Su amigo, Víctor Durán... Creo que se la ha jugado, Schmidt.

El alemán frunció el ceño de su cáscara de huesos, escéptico.

—¿No quiere saberlo?

—Querido muchacho, Durán es un asalariado más de cuantos tengo y puedo asegurarte que no hay mayor fidelidad en un hombre que la que se puede comprar con dinero. Pierdes el tiempo con tonterías, no es muy inteligente por tu parte.

—No, si aquí el más listo de todos es él, Durán. Al final usted es tan tonto como yo —le dije con descaro—. ¿Nunca le ha dado por preguntarle por qué dejó con vida al hombre al que usted le mandó matar en la Casa del Vigía?

Por un momento creí que los ojos le resbalarían de sus cuencas al suelo. En esos segundos lo imaginé buscándolos por el suelo y yo aprovechando para hacer un saque de puerta con su cara. Eso no se lo esperaba, estaba atónito.

—¡Vaya...!, usted no lo sabía —abusé juguetón un poco más.

—No te creo, *junge* —susurró.

—Pregúntele, ¡ande, hágalo!, la comisaría no queda muy lejos. Vaya a verle, él le dirá. Eso sí, si va a matarme ahora, al menos deme una satisfacción: dígame que va de mi parte. Martín Vázquez, él sabrá.

—Conque Martín, ¿eh? —ya no estaba interesado en seguir intercambiando golpes tontos—. ¿Qué es eso que sabes, *lieber* Martín?

—Sé que no le mataron y no solo eso, también he visto dónde está. Y vivo, por si aún no lo había pillado, ¿me sigue?

Schmidt aparentaba la serenidad de un volcán.

—Vamos, Schmidt, no ponga esa cara, tampoco es la primera vez que le toman el pelo, no hay más que mirarle la calva —le tenté por enésima vez—. ¿No era ese el hombre con el que le engañaba su mujer? Porque... Por eso le mandó usted matar, ¿no? Una cosa son los negocios, pero otra muy distinta son las infidelidades. Usted tenía bastantes razones para darle matarile a Samper, pero creo que los cuernos pesaban más en su balanza, ¿o me equivoco? Dígame, Schmidt, ¿qué piensa hacer ahora que sabe esto?

—¿Dónde está Samper?

—A buen recaudo. Pero eso seguro que no se lo va a decir Durán; es más, estoy convencido de que si intenta pedirle explicaciones, mi amigo el inspector le fabricará un traje de plomo a medida. ¿A que tampoco sabía que también era amigo mío?, pues sepa que nos conocemos de toda la vida. Él era vigilante en el orfanato en el que me crié. Lo conozco muy bien y sé lo que le hará si le va con el cuento de Samper.

—¿Y por qué no me dices tú dónde está? Te lo habrá dicho alguien.

—Soy periodista, Schmidt. No suelo revelar mis fuentes.

—¡Claro! Y me imagino que querrás algo a cambio.

—Por supuesto: salir de aquí tal y como he entrado.

—Pues para ser un vulgar plumilla vende muy bien la información que tiene, *Herr Vázquez*. Pero dime, ¿qué harás después?, ¿dónde te esconderás? Durán y yo te buscaremos. Lo sabes, ¿verdad?

—No sufra por mí, eso es cosa mía. Usted solo déjeme salir de aquí y yo le llevaré con Samper para que hablen de sus cositas. ¿Hay trato?

Schmidt sopesó un momento mi propuesta. No tenía nada que perder. ¿A quién iba a irle yo con el cuento de que había matado a un hombre? Schmidt aún era alguien, a buen seguro políticos y policías velaban su suerte. Pero el tema de Samper era harina de otro costal.

—Bueno, ¿y bien?

No dijo nada. Seguía cavilando en silencio, con los ojos fuera de mí, cabizbajo, perdido en algún punto de su cabeza, dándole vueltas a todo eso que le había contado. Necesitaba pensarlo un poco más; al poco, levantó la cabeza y me miró.

—Dime, *junge*, ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho para diecinueve —contesté.

—*Nein, nein, nein* —negó expeditivo—. Para diecinueve no.

Schmidt sonrió mirando por encima de mi hombro y sentí un inmenso frío por dentro. Quise levantarme pero el golpe fue más rápido. Por la espalda siempre lo es.

—Dulces sueños, ladrón de princesas —le escuché decir por último.

El mundo dio una vuelta de campana y la casa se volvió mucho más oscura de lo que ya estaba.

Capítulo 20

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente hasta que oí los golpes en la puerta. La aporreaban desde fuera, con insistencia, y no sé por qué razón en ese momento pensé en las ánimas benditas. Nunca tuve la costumbre de rezarles y menos después de que una vez lo hiciera Carlines pues, según él, literalmente, casi lo echan de la litera de San Nicolás. Aquella otra mañana, siete años después, no me habría importado que hubieran sido ellas las que acudieran a mi rescate sin cita previa.

—¡Muchacho! —clamaba una voz de mujer al otro lado de la hoja de madera—. ¡Muchacho!, ¿me oyes?

Estaba bocarriba y como pude rodé hasta que pude poner los ojos en la puerta.

—¡Muchacho!, ¿me oyes? —insistió.

—¡Más o menos! —contesté mareado, mi cabeza todavía no se había bajado del loco tiovivo que la zarandeaba.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?, he oído gritos. ¿Dónde está Violeta?

Violeta, sin duda ella me había golpeado, con tanta puntería que había acertado de lleno a darme en el mismo sitio donde Ortiz me estampó la firma de su garfio días antes. La postilla se había abierto y ahora tenía frío el cogote. Ya era la segunda vez en una misma semana que me pillaban desprevenido. De seguir la cosa así iba a tener que considerar el salir de casa con un casco.

—¡Muchacho!, ¿me oyes? ¿Dónde está Violeta, te digo?

—¡Aquí no está! —aullé dolorido.

—¿Cómo que no está? Ábreme la puerta enseguida.

Fue entonces cuando descubrí el cuchillo en mi mano. Estaba manchado de sangre al igual que mis dedos. Lo dejé en el suelo sin más y me arrastré como pude hasta la puerta. Agarré el pomo e intenté girarlo sin éxito una vez tras otra.

—¡No puedo abrirla! —le informé—. Debe estar cerrada por fuera.

La mujer guardó silencio un momento. La sentí palpar la cerradura y luego lamentarse.

—¡Ese desgraciado ha cerrado con llave y después la ha roto en la misma cerradura! —dijo—. ¡Estáis encerrados!

—¡Mierda!

—Bueno, tranquilo, no lo estáis del todo —se corrigió—. Podéis saltar por la ventana del patio. Pero dime dónde está Violeta. La he oído gritar.

—Ya le he dicho que aquí no está.

—El alemán ha salido solo —dijo—. Tiene que estar ahí contigo, ¡búscala!

—Deme un minuto.

—¡Aprisa, muchacho! Me temo que te has metido en un buen lío —dijo por último.

—¡Está usted en todo, señora!

—El aburrimiento es una cosa mala, niño. ¡Venga, rápido!

Me ayudé de las paredes hasta llegar al dormitorio a través de aquella penumbra mortecina. La puerta estaba entornada, antes de empujarla ya tenía el pulso acelerado. Y entonces la escuché luchar por su vida

Una arcada me asomó a la boca y como pude la aguanté entre mis dedos. Violeta estaba tendida en la cama, ahogándose en su propia sangre. Tenía la cara cortada, de oreja a oreja. Toda su dentadura, sus encías y su mandíbula estaban ahí mismo, al aire. Era horrible. Ya no era Violeta, la chica de la que una vez me había enamorado. Ahora era un monstruo y la suya ya no era una boca, sino una espantosa y purulenta grieta por la que se desangraba.

—Dios santo... —susurré.

Violeta me miró con ojos varicosos, extraviados, inyectados en la misma sangre que la estaba estrangulando. Como pudo irguió unos pocos centímetros la cabeza, haciendo un último esfuerzo, queriendo aprovechar el último soplo de vida que le quedaba.

—Sch... Sch... Schmidt... —susurró como pudo.

Violeta tuvo tiempo para darme el nombre de su asesino. No podía ser otro. Había cogido un cuchillo de la cocina, la había rajado y luego me lo había puesto en la mano. Así se mataban dos pájaros de un tiro. No había sido muy sutil pero sí muy efectivo. Lo que quedaba de Violeta aferraba a su pecho un trozo de papel apergaminado. Me cogió la mano y me obligó a tomarlo. Era una foto de ella con su hijo. El mensaje estaba claro.

—No te preocupes, yo cuidaré de él —la consolé, buscando fuerzas para seguir mirándola—. Ahora tranquilízate, voy a pedir ayuda.

Violeta negó con la cabeza y luego tiró de mí. Quería decirme algo. Me arrimé a lo que quedaba de su cara y la escuché por última vez.

—... lo siento...

—Eso ahora no importa. Espera aquí, voy a...

La chica volvió a tirar de mí una vez más.

—... dime... ¿qué vas a... hacer ahora...?

Después de eso solo hubo silencio. Un último estertor y todo se acabó para Violeta. Una vez más la muerte había pasado de largo por mi lado para reclamar lo que era suyo. Caí rendido al suelo con su mano entre las mías, llorando sin lágrimas. Dios santo... no podía estar sucediendo.

Los golpes en la puerta me sacaron de mi trance y enseguida me arrastré hasta la puerta para contarle a la vecina que la había encontrado, que estaba en la cama, pero que ya no se levantaría más. A continuación la escuché gimotear al otro lado de la madera. Le dije que no había tiempo para eso, que fuera rápido al patio y que me abriese la puerta. Sus pisadas desaparecieron al otro lado del rellano y rápidamente me escurrí como pude a través de la ventana

que me había indicado. Caí en un patio iluminado de desconchones. Al otro lado de la puerta una señora con rulos me esperaba, de esas que mueven las mirillas de sus puertas cuando se aburren. Antes de que pudiera decir nada la abracé con fuerza.

—¿Qué le ha hecho ese diablo a Violeta? —preguntó entre lágrimas.

—Algo horrible —contesté—. No le recomiendo que vaya a verlo.

La mujer me miró como se suele mirar a un desconocido. Todavía estaba tratando de averiguar qué había pasado allí dentro y cuál era mi papel en todo aquello.

—Señora, le juro que yo no...

—Eso ya lo sé —dijo no sin lanzarme una mirada acusadora, abrasada en lágrimas—, pero si no hubieras venido, quizás ella seguiría viva.

Asentí con culpabilidad. Tenía razón. Yo era el culpable de su muerte, yo y solo yo. Hasta que no lo dijo no había pensado en ello. Todo estaba aconteciendo demasiado deprisa. Sentí el mundo desmoronarse entre mis dedos. Cuando me di cuenta estaba temblando.

—Lo siento... —gimoteé.

Me senté en una silla y me cubrí la cara con las manos. Nada de eso debía estar ocurriendo, pero estaba sucediendo. La mujer me pasó el brazo por encima para intentar serenarme.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, hijo?

—Vine... vine para decirle que Schmidt, el hombre al que usted vio salir, mató a un novio suyo hace años... El resto ya se lo puede imaginar —dije negando con la cabeza—. Ha sido muy astuto, dejarme encerrado ahí dentro con ella... A la policía le iba a dar igual encontrarse con una llave rota en la cerradura. Con un cadáver y un candidato ya tendrían cubierto el día.

—Nunca me gustó ese hombre. Siempre me ha dado miedo, con esa cara... Pero ella no podía hacer otra cosa —dijo—. Estás en un buen lío, chiquillo.

—Sí, y no me queda mucho tiempo. ¿Cuánto hace que lo vio salir de

aquí?

La mujer calculó.

—Diez minutos, quizás un poco más, pero no mucho.

Había que ponerse en marcha. Aún podía rebañarle algo de tiempo al reloj antes de que un par de uniformes fuesen a buscarme al periódico o a casa de doña Ana... ¡Dios santo...! Doña Ana e Isabela. En menudo lío yo solito nos estaba metiendo a todos. Tenía que pensar rápido.

—¿Qué es eso? —me interrumpió la mujer.

Se refería a la foto de Violeta y su hijo, en mi mano, engarrotada.

—Solo tiene seis años —dijo la mujer, angustiada.

—Lo sé. Le he prometido que me ocuparía de él.

—¿Cómo? Apenas eres un crío grande.

—Deje eso de mi parte —le dije—. De momento, dígame, ¿puede ocuparse de él mientras tanto? Solo un par de días, hágame ese favor.

—Claro... —respondió dubitativa— no voy a dejar a esa criatura en la calle. Iré a buscarlo al colegio al final de la mañana. Pero, dime tú: ¿y luego qué?

—Deje pasar un par de días como le digo y después vaya a esta dirección.

Saqué de la chaqueta mi libreta y le escribí en una hoja las señas de doña Ana e Isabela, y para que no hubiese despistes el nombre de *El buen desvestir*.

—Lo conozco —dijo la mujer.

—Por supuesto, quién no —suspiré—. Pues bien, vaya allí y pregunte por alguna de estas dos mujeres. Ellas se ocuparán del chico. Hace unos años llevaban el internado de San Nicolás, ¿le suena?, seguro que sí. Fue allí donde conocí a Violeta —le conté—. Pero por lo que más quiera: que este papel no caiga en otras manos que no sean las suyas. ¿Puedo confiar en usted?

—¿Y yo? —repuso—. ¿Puedo yo confiar en ti, muchacho?

La tomé por los brazos con suavidad y le miré a los ojos.

—Lo sabe tan bien como yo, y también sabe lo que soy como lo que no soy. Ustedes las mujeres saben ver esas cosas.

La vecina estaba hecha una magdalena. Yo habría estado igual si no fuera porque el instinto de supervivencia me empujaba a seguir respirando.

—Le aseguro que esto no se quedará así. Schmidt pagará por ello. Se lo prometo.

—Eso espero.

Antes de marcharme le di un abrazo. Estaba temblando de miedo, igual que yo. Cuando salí a la calle, la Vespa seguía esperándome junto al árbol al que la había encadenado. Tan pronto como me di la vuelta escuché las sirenas en mi dirección. Cambié el sentido de la marcha y, como si nada, pasé junto a la policía de vuelta al centro, muerto de miedo y perseguido por las huellas que había dejado atrás sobre el arma del crimen.

* * *

Llegué a casa diez minutos después. Corrí escaleras arriba a zancada viva, presa del miedo, a sabiendas de que Isabela me había visto a través de la cristalera de la tienda. Doña Ana se encontraba mirando por la ventana, quizás rumiando todavía el pasado que había puesto a mi disposición el día anterior. Pasé por su lado como un vendaval.

—Martín...

No tenía tiempo para pararme, ni de andarme con explicaciones. Y cuanto menos supieran mejor. Fui directo al cuarto, cogí mi vieja maleta y eché en ella lo indispensable. Después saqué el disco de mi madre y lo metí allí también. Aquel disco que no había hecho más que darme problemas ahora era mi única salida.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Isabela desde la puerta de mi cuarto.

Allí estaban las dos, clavadas bajo el marco de la puerta, esperando una

respuesta de aquel hombrecito a medio hacer al que habían visto pegar el estirón a su lado. De repente me vi en sus ojos como aquel niño pequeño que llegó a sus vidas junto a esa misma maleta y un par de mudas. Ni saliva tenía.

Me levanté del suelo y me derrumbé sobre ellas.

—Martín, nos estás asustando —dijo Isabela—. ¿Qué está pasando?

—Lo siento —fue primero que salió por mi boca.

Les dije que tenía que marcharme, que había pasado algo espantoso y que debía irme de allí cuanto antes. Y eso era cuanto no tenían que contarle a la policía si venían a preguntando por mí. Solo que me había ido, así, sin más.

—¿Qué has hecho, hijo? —preguntó la anciana.

—Nada, doña Ana. Nada —les aseguré—. Pero vendrán a por mí. Yo estaré bien, no os preocupéis. Ahora tengo que irme. Lo siento.

Corrí hasta la puerta perseguido por las dos. Isabela me agarraba del brazo por la escalera gritándome.

—¿Qué estás haciendo, Martín! —aullaba—. ¡No nos merecemos esto! ¡No nos dejes así!

La ignoré completamente entre lágrimas y las dejé con la palabra en la boca. Subí a la moto y salí de allí a sabiendas de que el universo entero conjuraba en mi contra, con la decisión tomada que acatar un camino que para nada hubiese deseado tomar nunca.

* * *

Cinco minutos después llegué a la Casa del Millón, un delirio modernista que parecía escapado de un cuento de hadas francés. Sus dos torreones sostenían aquel techo gris con el que se confundía el horizonte más allá de la Calle Puerto. En su presencia noté que el día se hacía más frío y extraño. Era casi media mañana cuando aún la niebla se volatilizaba en la atmósfera, igual que si el mundo entero se arrojara en una trasparente capa de cebolla, como si todo aquello no fuera más que el producto de un mal sueño. Curiosamente,

como un relámpago, una imagen lejana me golpeó de frente. Recordé aquella noche lejana en el Cinema Saltés y aquella vieja película de terror sobre la que el viejo Samper tocaba su música de ultratumba. Y entonces lo vi con claridad. Lo había sospechado entonces y lo sabía mejor ahora. Aquel mismo edificio era el que aparecía en *El ángel de medianoche*, la película que había desaparecido del Saltés después de que a Samper se lo tragara la tierra.

Empujé la moto hasta la entrada principal y llamé a la puerta con insistencia. Esperé un rato a que abrieran la puerta, contemplando la posibilidad de volverme atrás y buscar una solución mejor e inexistente. No había tiempo, ya no. El reloj iba en mi contra y algo me decía que aquel edificio era el rincón más seguro de toda la ciudad. A pesar de ello rebusqué en mi bolsillo lo que me había llevado hasta allí, con la esperanza de haber confundido la dirección. Pero no, ni siquiera eso iba a resultar tan fácil. La tarjeta que saqué del pantalón era bien clara. Al dorso, junto a aquel diabólico tritón que llevaba por firma, se podía leer a lápiz aquella misma dirección que quizás solo conocieran unos pocos privilegiados: *Calle Puerto, 37*.

Por delante de la tarjeta la tinta aún cargaba con la maldición de su nombre:

Sebastián Morell
Coleccionista de Objetos Únicos

Tener su nombre entre mis dedos me ponía los pelos de punta. Hacía siete años que la había puesto en mi mano, la última vez que nos vimos las caras, en la Casa del Vigía. Ya entonces, agorero, él mismo lo había presagiado, llegaría el día en que fuera yo quien le buscara a él... Y para cuando eso ocurriera Morell me estaría esperando.

De pronto la puerta se abrió hacia dentro y sentí un escalofrío. Un extraño hombrecillo abrigado en un misterio de sombras me habló desde dentro.

—Entre por su propia voluntad. Le están esperando.

—¿Cómo sabe que...?

—Él siempre está esperando.

—¿Sebastián Morell? —me arriesgué a decir.

La sombra asintió.

—Ahora le recibirá —contestó—. Pase y deje parte de la suerte que le ha traído hasta aquí.

Antes de hacerlo miré una última vez la ciudad que quedaba a mi espalda sin saber si quizás volvería a verla otra vez.

Capítulo 21

El hombrecillo cerró la puerta y me confinó junto a él a la oscuridad de un pozo de alquitrán. Una calma espectral amortajaba todo el edificio. Era como si de repente el mundo hubiese dejado de existir a nuestro alrededor. Estaba allí mismo, a tan solo dos pasos, tras la puerta, al alcance de mi mano. La muerte debía parecerse mucho a eso, sin vuelta atrás. Y fue entonces cuando comprendí que aquella no era una casa cualquiera.

—No se mueva —me ordenó en la oscuridad—. Podría tropezar.

La luz se hizo y me vi completamente rodeado. Tenía razón, hubiera sido muy fácil besar el suelo por culpa de cualquiera de aquellos bultos, estaban por todas partes: salían de las paredes, colgaban del techo, se empinaban desde el mismo suelo... Aquello no era una casa, era un museo, pero no uno cualquiera, sino un museo de fantasmas. Un ejército de sábanas blancas, que ocultaban las más insólitas formas, enredaba el interior de la casa como si aquello fuera una cripta hecha de trapo y silencio. A su lado, el altillo de doña Ana era *peccata minuta*.

Sentí un inmenso escalofrío y el sirviente pareció darse cuenta de ello. Por un instante creí verle sonreír, divertido. Una sonrisa blanca, tan blanca como sus guantes de mayordomo, pero aún más resplandeciente en aquel rostro oscuro como el carbón.

—Mi nombre es Luther, señor —se presentó el sirviente.

—Encantado, Luther... —paladeé su nombre—. Yo soy Martín.

Le miré intentando averiguar su procedencia, quizás de alguna colonia africana española, guineano tal vez, o incluso de las islas. No obstante su

perfecto español con un ligero toque foráneo me despistaba aún más. No eran muchos los negros que se veían por la ciudad en aquellos días, muy pocos, casi ninguno. La mayor parte vivía en La Ribera. Me extrañó no habérmelo cruzado antes por las calles del centro.

—Sígueme por aquí —ordenó.

Su dedo blanco tiró de mí a través de un corredor salpicado de espectros de tela blanca. Al fondo nos esperaban las escaleras. Pasé junto aquellos bultos intentando adivinar lo que contenían. Bajo cada sudario se ocultaban las formas más diversas: urnas, vitrinas, cuadros, estatuas... ¿Acaso era aquella la exclusiva colección de Sebastián Morell, el coleccionista de objetos únicos, las pertenencias de un hombre capaz de pagar una inmensa fortuna por un viejo disco de pizarra como el que había llevado conmigo hasta su casa? Una vocecilla en mi interior me decía que sí, la misma que también me acusaba de ser un miserable. Y estaba en lo cierto. Después de tantos años había llegado hasta allí con el único propósito de salvar el pellejo a cambio de romper la única promesa que había hecho en mi corta existencia. Y ello sin saber si viviría para contarlo. Pero eso daba igual, ya estaba condenado. El cielo no se había hecho para los traidores.

—Luther, ¿por qué...?

—¿Por qué las sábanas, señor? —acabó la frase él mismo—. Para preservar la colección de la luz, señor.

—¿Es una colección sensible a la luz, Luther?

—¿Acaso no lo son las tinieblas, señor?

Sentí un inmenso escalofrío al pensar en la respuesta que daría a mi siguiente pregunta.

—¿Qué es lo que colecciona su patrón, Luther?

El hombrecillo se giró y me miró como si pudiera escrutar al niño asustado que se escondía tras mis pupilas. Luego pisó el primer peldaño de la escalera y contestó.

—El mal que hacen los hombres, señor. El mal.

Su respuesta me cortó la respiración. ¿Qué clase de reliquias podía esconder aquellos espantajos bajo su falda? ¿Y qué clase de hombre se dedicaba a dilapidar su fortuna juntándolas todas? «El mal», había dicho Luther. El mal. Estaba claro que para ese tipo el dinero era lo que menos valor tenía en el mundo, en el de los vivos y en el de los muertos. Ese era Sebastián Morell, mi anfitrión y nuevo benefactor.

Cuando terminamos de ascender aquel largo delirio barroco de pasamanos y escalones, el sirviente empujó una enorme puerta blanca que se perdía en las alturas. Luego, el hombrecillo de color se apartó, extendió el brazo y me invitó a pasar.

—Buena suerte —me deseó Luther antes de cerrar la puerta a mi espalda—. Y bienvenido.

Un fogonazo de luz blanca me obligó a cerrar los ojos de inmediato. Penetraba sin piedad a través de la cristalera, vistiendo con su resplandor toda la estancia. Por un minuto aguardé con las manos en la cara hasta recuperar el control de mis ojos. Después de eso vi un interminable salón palaciego que me recibía con los brazos abiertos, el perfecto lugar para bailes y celebraciones que habían conocido tiempos mejores. No me fue difícil imaginar ante mí metros y metros de alfombras y arabescos, carruseles de espejos y una bóveda de arañas de cristal pendiendo del techo sobre una larguísima mesa isabelina a cuyos lados se sentaba la *crème de la crème*, la alta sociedad de la vetusta Onuba, comiendo y bailando al son de una orquesta con músicos de verdad. Aún se palpaba toda aquella energía en la atmósfera, la de una época de fama y fortuna. Pero la realidad era otra. Ahora solo quedaban marcas en las paredes, un suelo desnudo y cortinas de luz tejidas por el sol.

Al fondo de aquel paraninfo luminoso y vacío, sobre una lámina de escalones a modo de estrado, un hombre aguardaba sentado en una especie de trono como si llevara siglos esperándome. Era Sebastián Morell.

—Vaya... ¿eres quien creo que eres? —preguntó con su voz metálica, como aquella primera vez en las ruinas de La Milagrosa y, al igual que

entonces, sin saber qué responderle—. Adelántate, muchacho. Muéstrate.

Como el niño de años atrás crucé aquella galería fría y desnuda, desierta bajo el foco de la mañana. Mis pasos rebotaban entre las paredes, sentí el pulso acelerado de antaño, de entonces, cuando fui a su encuentro en la madrugada. Sin embargo, ahora era al revés: no era yo quien aceptaba su invitación sino quien solicitaba audiencia a Sebastián Morell, coleccionista de objetos únicos, el hombre que esperaba oculto tras el último velo de luz, como aquella otra lejana mañana en la Casa del Vigía.

Cuando lo tuve delante pude por fin ver su rostro sin forma. Mi interlocutor era un busto de trapo parlante. Ocultaba su identidad bajo una ceñida máscara de tela, sin ojos ni boca. El resto de mi anfitrión reposaba en un impecable traje oscuro de tres piezas.

—Has crecido, Martín —apreció enseguida—. Te has hecho todo un hombre. Tu madre estaría orgullosa de ti.

Una vez más se había atrevido a mentármela como si nada. Y un comerciante de recuerdos ajenos como él no podía hacerlo. A pesar de ello conservé la calma.

—Dime, ¿qué se te ofrece? —preguntó.

—He venido a... —no me salían las palabras, una promesa me anudaba la lengua—. He decidido reconsiderar la oferta que un día me hizo.

Por unos segundos guardó silencio, calibrando mis palabras, y luego, al poco, carraspeó de una sacudida aquella risa entrecortada y arenosa que finalmente había llegado a creer con los años que no era más que fruto de mi invención, de una pesadilla. Pero no, era real. Lo había sido siempre y ahora era mucho más que eso. Ahora era una carcajada empachada de satisfacción.

—¿Lo has traído contigo?

—Sí.

—¿Me lo muestras?

Agarré mi maleta como si me fuera la vida en ello.

—¿Qué garantías tengo de que no me va a dar boletto? —pregunté.

—Martín, ¿después de tanto tiempo por qué crees que ahora voy a quitártelo sin más? Podría haberlo hecho mucho antes. No hubiera sido difícil quitárselo a una mujer, cuanto menos a un niño.

—¿Y por qué no lo hizo entonces?

—Soy un coleccionista, no un ladrón.

—¿Qué diferencia hay entre un ladrón y un coleccionista? Ambos se llevan lo que no es suyo.

—Los ladrones nunca pagan —contestó—. Además, ¿cuántos ladrones has visto que vistan con traje y corbata?

—En los bancos hay muchos.

—Eso no voy a discutirte —volvió a reír—. Aunque al igual que los banqueros yo tengo mucho dinero, pero sobre todo tengo algo que no se puede pagar con él.

—¿El qué?

Morell, sin levantarse, se inclinó hacia mí.

—Tiempo.

El hombre sin rostro tendió una mano. Quería ver el disco. Me agaché un momento para abrir la maleta y se lo entregué para que lo examinara. Estaba impoluto como el primer día.

—¿Y respuestas? —pregunté—. ¿Tiene usted respuestas?

—Las tengo todas. Las que buscas y las que no quieres oír. Pero no creo que sea eso lo que has venido a buscar.

Durante un momento estuvo manoseando el disco. Por fin estaba en su poder después de tanto esperar, y era el de verdad, allí no había trampa ni cartón. Era *El rastro de su voz*, la canción que durante tantos años había intentado comprarnos a mi madre y a mí. Por un momento sentí una repulsión incontrolable. Verle toquetear aquel tesoro de aquella manera me estaba rompiendo en mil pedazos por dentro. Era como si estuviera manoseando a mi propia madre delante de mí. No podía seguir permitiéndolo. Sentí el impulso de arrebatárselo de sus manos, pero antes de atreverme a hacerlo me lo

devolvió.

—Es una lástima que ya no me interese —dijo sin más.

Aquello era lo último que esperaba escucharle decir. ¿Qué significaba eso de que ya no le interesaba? Ahora me veía sosteniendo aquel disco entre mis dedos sin saber qué podía hacer ahora con él más allá que para lo que en realidad servía. De repente había perdido todo su valor, el mismo que un día aquel misterioso hombre le había dado. Su desprecio me encendió.

—¡No creo haberle entendido, Morell! —aullé.

—Claro que sí, muchacho. Lo has entendido y de sobra. Ya no me sirve.

—¿Acaso quiere regatear conmigo?

—Nada de eso, para un hombre con dinero regatear es algo sumamente aburrido.

—¿Por qué?

—Hace siete años ya te advertí de ello —comenzó a recapitular—. Te dije que un día vendrías a mí, un día en que tú necesitarías algo y yo estaría esperando. Sin embargo hoy no estoy interesado en el disco de tu madre. Quizás mañana, pero hoy no.

—Y tiene razón. Si he venido a entregárselo es porque necesito su ayuda. No creo que nadie más en esta ciudad pueda hacerlo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque un hombre con dinero es un hombre con poder. Usted es ese hombre.

—Eso es cierto —asintió—. Pero no. Mi respuesta es no.

Avancé unos pasos hacia los ventanales y me derrumbé frente a la ciudad. Fuera la vida se exhibía a su cruel ritmo de costumbre: los coches seguían circulando, la gente caminando, los niños jugando... Siempre que las cosas salían mal el mundo continuaba iba a lo suyo. Cuando no te pasaba por encima, lo hacía por delante sin importarle nada en absoluto.

—Dígame, Morell —comencé a hablar, derrotado, con la mirada perdida entre el gentío—, ¿por qué solo colecciona objetos únicos? ¿Por qué solo el

mal? ¿Por qué le interesaba tanto el disco de mi madre?

Apenas había acabado de hablar y ya lo tenía encima. No le había escuchado caminar. Era silencioso como una sombra encadenada a los zapatos de otro. Luego señaló el mundo que se extendía tras la cristalera.

—Los ves, ¿verdad?, en su mundo, con sus vidas, ajenos a lo que les aguarda a la vuelta de la esquina... No es la vida lo que les hace respirar, ni la muerte la que mantiene aún la tregua. Es el mal lo que les mantiene con vida, Martín. El mal que hacen los hombres. Ese es el mecanismo que mueve el mundo —me reveló posando una mano en mi hombro y obligándome a mirarle de frente—. No he conocido en toda mi existencia una sola persona que fuera buena de verdad, Martín. El solo hecho de traer una persona a este mundo ya me parece el mayor crimen contra la humanidad que se pueda cometer, una muestra más de la soberbia del ser humano de creerse a la altura de los creadores solo porque pueden. Vivir para morir... ¿Acaso no es lo peor que le puede pasar a alguien? Y te diré más: el mal envenena el corazón de todo ser humano desde el momento en que anida en el vientre de su madre, tan innato como la sonrisa de un bebé. Es algo que ni se enseña ni se aprende, ni se crea ni se destruye. Simplemente es la maldición del que respira. Y yo soy un especialista en maldiciones.

El coleccionista volvió a soltar una silenciosa carcajada polvorienta que le acompañaba como escudero fiel por la sala. No me pude aguantarme más.

—¿Qué mal hizo mi madre para que usted quisiera arrebatarme su única herencia?

Mi interlocutor contestó sin volverse.

—Ella no hizo nada —contestó—. Lo hicieron los demás, puedes estar tranquilo.

—¿Entonces? ¿Qué tenía ese disco para usted?

—Una oscura historia de envidias y mentiras, la historia de un fraude y una traición —contestó—. La esencia del ser humano.

—Llevo media vida intentando averiguar qué historia hay detrás de ese

disco —le confesé—. Desde que usted apareció, no he hecho otra cosa que intentar comprender por qué le interesaba tanto.

—Porque es un engranaje más de ese mecanismo que hace funcionar nuestro mundo —argumentó—. Además, yo soy un coleccionista. No necesito más razones para querer tener una pieza única en el mundo.

—¿Pero por qué es único? ¿Por qué solo está ese disco?

—¿De qué serviría que te lo contara? —sentenció—. Estoy seguro que después de hacerlo estarías dispuesto a buscar venganza y seguir extendiendo el mismo mal que te ha traído hasta aquí, porque serías incluso capaz de matar y lo sé. He aprendido a leer en los ojos de las personas y en los tuyos veo el miedo, mucho miedo. Y el miedo puede transformar a las personas —explicó—. No, Martín, la verdad no te va a devolver a tu madre. Pero eso ya lo sabes. Solo te convertirá en un ser oscuro.

—Como usted —me atreví a decir.

—Puede que lo sea, Martín, pero al menos yo sé lo que soy. Pero... ¿y tú? —preguntó—. ¿En qué estás dispuesto a convertirte, Martín? Lo mejor que puedes hacer es darte media vuelta y regresar por dónde has venido. Elige la vida, Martín, elige olvidar para no tener que perdonar ni odiar. Vive el presente y deja morir el pasado. Ese es mi consejo y es gratis. Deberías darme las gracias.

—Darle las gracias no me va a servir de mucho. A esta hora ya le habrán puesto precio a mi cabeza, a la mía y a la de la gente que me importa. De mí sé cuidarme yo solito, pero de Isabela y doña Ana... No me lo perdonaría jamás.

En ese punto Morell dejó de darme la espalda y se volvió hacia mí. Había algo en mis palabras que le habían obligado a hacerlo.

—¿Eso es lo que quieres a cambio del disco, protección para tu familia? —preguntó sorprendido—. Vaya, eso sí que no me lo esperaba

Ahora era el coleccionista el que se acercaba a los ventanales intentando encajar aquello que no formaba parte ni con sus planes ni con su forma de entender un mundo que solo pensaba en su ombligo.

—¿Cuál es el problema, muchacho?

De repente vi algo de luz en mitad de tanta oscuridad y se lo conté.

—Van a colgarme el asesinato de una mujer a la que conocí hace años en San Nicolás, cuando era niño —contesté—. Quienes me conocen también saben de sobra que siempre estuve colado por ella. Obviamente el crimen pasional sería un buen móvil, eso por lo pronto. Y quizás también podrían acusarme de conspiración o algo parecido, quién sabe.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Por haberme ido de la lengua.

—¿Sobre qué? —insistió.

—Sobre lo que pasó aquella noche en la Casa del Vigía, la que se incendió, ¿recuerda?

El hombre sin rostro asintió, por supuesto que se acordaba. Allí tuvo lugar, ¿cómo decirlo?, nuestra última vez.

—El tipo que ha matado esta mañana a esa chica, llamémosle X, también estaba aquella noche en la Casa del Vigía, antes del incendio. Entonces también se le fue la mano: primero se cargó al vigilante de la casa y luego ordenó a sus chacales matar a otro hombre más que estaba allí. Y hasta hace unos días creí que así había sido, pero no. He averiguado que ese hombre aún sigue con vida y, lo que es mejor aún, que el Señor X no tenía ni idea de ello. En resumen: le estafaron. He utilizado esa baza para salvar el cuello esta mañana y desde luego que ha servido, que ya es mucho. Podría haberme matado allí mismo, pero en lugar de eso ha hecho algo mucho mejor: ha cogido un cuchillo y le ha rebanado la cara a la chica. Literalmente la ha dejado como un dispensador de caramelos Pez y de paso me ha cargado a mí con el mochuelo. El resto ya se lo puede imaginar.

—¿Quién era la chica? —preguntó.

—Para el mundo nadie importante, tan solo alguien que se prostituía en el Barrio Chino para sacar adelante a su niño. No puedo culparla por ello. Lo hizo lo mejor que pudo.

—¿Y para ti? —preguntó—. ¿Era importante para ti?

—Aún no lo he decidido —contesté—. Pero la cosa no se queda ahí, hay más.

—¿Qué más?

—Hay policías de por medio.

—Entonces estás en buen lío.

—Llega tarde para decírmelo, se le ha adelantado una señora con rulos —le informé—. Ahora dígame de una vez por todas por qué ya no le interesa el disco de mi madre, porque yo necesito de su ayuda, ¡y ya! No puede dejarme en la estacada, señor Morell. Ahora no, se lo imploro.

El coleccionista me miró y luego desvió sus ojos invisibles hacia otro lado. Se lo estaba pensando. Cuando por fin levantó la vista dijo algo que no me esperaba.

—Verás, muchacho, el disco de tu madre nunca me interesó lo más mínimo —dijo con absoluta frialdad después de tantos años—. Tan solo era una moneda de cambio.

—¿Moneda de cambio para qué?

—Para conseguir algo mucho más valioso para mí.

—No le entiendo.

—Sí que lo harás —afirmó tajante—. Acompáñame. Voy a enseñarte algo que nunca antes nadie ha visto. Quizás, solo entonces, puede que comprendas muchas cosas.

Capítulo 22

Morell me condujo hasta otra puerta alta y oscura en el extremo opuesto del pasillo. Antes de abrir la puerta supuse lo que ocultaba del mundo tras ella. Cuando accionó el interruptor no supe dónde poner primero los ojos.

—Bienvenido a mi cámara de los horrores —me invitó a pasar.

Allí dentro había de todo, desde una exposición de extrañas y diabólicas pinturas hasta una colección de armas de diferentes épocas, instrumentos musicales, una biblioteca de libros que de inmediato supuse nunca debieron ser escritos y un puñado de reliquias más. Todas ellas habitaban en la más completa oscuridad.

—¿Qué es todo esto? —pregunté.

—¿No te lo imaginas?

Lo primero que atrajo mi atención fue la lanza que aprisionaba en una de las vitrinas. Parecía sucia, como extraída directamente del campo de batalla, de una batalla perdida en el tiempo, nada que ver con lo que se usaba hoy día más allá de la trincheras. Ahora se estilaban las granadas de mano, las metralletas y la química. Las lanzas ya no servían más que de simple adorno, cual reliquias de un mundo olvidado. Estábamos en mitad del siglo veinte, una época en la que el progreso premiaba con el Nobel a los padres de la bomba atómica.

Me acerqué hasta la lanza. Una alargada mancha oscura resbalaba seca cubriendo su hoja.

—Sé lo que estás pensando: en efecto, es sangre —confirmó mi anfitrión—. Según mis cálculos esa mancha debe tener al menos mil novecientos

veintiún años de antigüedad. Ocurrió en el Monte Gólgota, a las afueras de Jerusalén. El hombre al que se la clavaron en el costado contaba entonces con treinta y tres años. Se le conocía como Jesús de Nazaret.

De repente sentí que había encogido dos tallas bajo mi ropa. Aquello me superaba con creces.

—La primera vez que la vi fue en Múnich, en el despacho de Hitler. Cuando las cosas se pusieron feas uno de sus hombres más leales me la vendió. Es curioso. Dicen que el hombre desciende del mono, más bien yo creo que es el eslabón perdido entre el gusano y la rata.

Aún preguntándome cómo era aquello posible, si lo era, mis pasos me llevaron sin rumbo fijo hasta un expositor donde languidecía un extraño libro. Su cubierta, pellejosa, era irregular y deslucida, diríase una especie de rostro aullante y desmigado. Debía ser muy, muy antiguo también.

—Curioso, ¿verdad? —se dio pie a una nueva explicación—. Fue hallado en el incendio de un convento de clausura en León. Pertenecía a las Marianitas Descalzas. Una noche hubo un fuego que se propagó de una manera accidental, por causas hasta ahora desconocidas. Todo quedó reducido a cenizas, excepto este libro. Ocurrió hace tres años. En su interior puedes encontrar los más extraños conjuros y delirios que un día salieron de la mente enferma de un árabe loco.

—¿Puedo? —pedí permiso para abrirlo.

—Bajo tu responsabilidad —me advirtió.

Aún así abrí el libro. Entre sus páginas encontré diferentes artículos escritos en un castellano hermético y antiguo, demasiado cursivo y tumbado como para leerlo con facilidad, en ocasiones rodeados de epigramas cuneiformes y de un sinfín de ilustraciones arquetípicas así como de diferentes trazados y esquemas que recordaban algún tipo de arquitectura moderna. En uno de los planos encontré un dibujo muy similar a aquello que aún estaban construyendo sobre un abismo: el Valle de los Caídos.

—Hay quien piensa que Franco fue quien escondió este libro en ese

convento —rió—. Yo no sé nada al respecto, lo único que sé es que es una traducción del original escrito por Abdul al-Azred. Hay quien lo llama el «Alacife», versión castellanizada del *Al-Azif*.

Entonces Morell se adelantó un par de pasos, abalanzándose sobre mí, y cerró el libro como si temiera que alguien o algo pudieran escucharle desde el fondo de aquellas páginas.

—Pero todos lo conocen el *Necronomicón* —dijo al final—. Y esta es la única copia que se conserva intacta.

Sin dejar de mirar al coleccionista, retrocedí intentando averiguar aún qué hacía en aquella casa. Mientras, él, me observaba divertido, invitándome a seguir mirando.

—Por favor...

La siguiente parada fue otra vitrina con varias latas redondas en su interior. Eran latas de celuloide. Formaban una pequeña torre de hojalata en cuya cúspide se leía de manera farragosa un título: *El ángel de medianoche*.

—¡Eh, yo he visto esta película antes! —señalé casi entusiasmado—. Fue hace años en el Cinema Saltés, un tiempo después de verle a usted. Sí...

Morell se acercó.

—Permíteme que te corrija, Martín: lo que tú viste fue el resto de la película.

—No, vi la película entera, de principio a fin.

—¿Ves esa lata de ahí? —señaló una de un color distinto al resto, ocre, casi oxidada—. Esta lata era la que le faltaba a la película que tú viste. El montaje nunca estuvo completo sin ella... Hasta hoy.

Algo me decía que el viejo Samper estaba detrás de todo eso, él era el único al que podía relacionar con aquella película en toda la ciudad. No obstante me guardé su nombre en la recámara

—¿Y por qué razón nunca estuvo completa? —pregunté.

—Porque alguien decidió que lo mejor era que esa bobina nunca viese la luz. O mejor dicho, que no la viese nadie.

—Menuda tontería.

—No, nada de eso —me corrigió—. Según cuentan, el productor y varios asistentes más murieron al ver esta parte del metraje en el pase previo a su comercialización. Obviamente no pasó la prueba, ¡ninguno la pasó!, de modo que enseguida se convirtió en una película maldita y comenzó a correr el rumor de que quien la viese moría al instante o al tiempo. Y se supone que fue el propio director, un antiguo ayudante de cámara de Francisco Elías, quien mandó destruirla por alguna razón, si no fue él mismo quien lo intentó. Ahora ya sabemos que no lo consiguió —rió.

—Eso y que usted todavía no se ha sentado a verla con un paquete de palomitas.

Mi anfitrión carraspeó una nueva y arenosa carcajada metálica. Sabía encajar los golpes como nadie.

—De modo que alguien decidió que no era una buena idea que esa parte saliera a la luz —susurré.

—Exacto. Igual pasó con el disco de tu madre. Alguien pensó que no era una buena idea que grabara más canciones o que ya había grabado demasiadas.

—No me diga.

A continuación se alejó unos pasos de mí. Caminaba en círculos, sin mirarme, al igual que quien habla a un auditorio que no le merece.

—Al parecer Malena Quintero tenía una voz... ¿cómo decirlo?... Apreciable. Sí, esa es la palabra. Apreciable. Y al parecer también era una chica muy guapa, muy fina, pero demasiado decente, la peor de sus virtudes.

Lo contaba sin importarle lo más mínimo que era a su hijo a quien se lo decía.

—Seamos claros, Martín, la industria del espectáculo necesita algo más que todo eso: el sacrificio, la entrega y una bonita voz no son suficientes en ese negocio. Se necesita algo más. Para eso ya hay otras personas, gente sin escrúpulos, con tragaderas, dejémoslo ahí. Y hasta donde yo sé, tu madre no era de esas. Deberías estar orgulloso.

—Todo el mundo estaba orgulloso de ella. Pero ya le he dicho que me cuente algo que yo no sepa. ¿Qué es lo que quería usted conseguir con el disco de mi madre?

—Ya te lo he dicho, una pieza de mayor valor.

—¿Y no le hubiera sido más fácil pagar por eso otro directamente? Me habría ahorrado muchas molestias, señor Morell. Seguramente ahora no estaría metido en ningún lío.

—Nada de eso, estás donde has querido estar. Nadie más que tú tiene la culpa de lo que te ha pasado y lo sabes de sobra —me reprochó—. Y en cuanto al modo de pago, solo podía conseguirlo de esa manera. La persona que tenía lo que yo buscaba solo admitía tu disco como pago. No quería dinero, sino únicamente tu disco. Nada más.

—¿Y no le diría acaso para que lo quería?

El coleccionista bajó la mirada al suelo.

—¿Va a decírmelo o no? —le insistí—. Morell, ¿para qué quería esa persona el disco de mi madre?

El coleccionista me sostuvo la mirada. No tenía otra salida.

—Para destruirlo.

Capítulo 23

El corazón me dio un vuelco en el pecho. El mayor crimen contra la memoria de una persona era destruir su recuerdo y sepultarlo en el olvido para siempre, como si te arrojaran a un agujero oscuro y frío y te cubrieran de tierra mientras aún respirabas. Pero, ¿quién era capaz de hacer eso? No solo no podía creer que mi madre fuera capaz de albergar en su corazón una pizca de odio hacia nadie en toda su vida y ni mucho menos imaginaba que pudiera tener un solo enemigo. Y todo por un disco. La cara B de esta historia tenía un verdugo, mi madre era la condenada y Morell el testigo de cargo. ¿Pero de quién?

—Eso no voy a decírtelo, Martín —pareció leerme el pensamiento.

—¿Tampoco me dirá cuál era el trato que tenía con esa otra persona? —le pedí—. ¿Merecía tanto la pena como para arrebatarse a un niño la única herencia de su madre y de paso poner en jaque las vidas de tanta gente? Esto no es más que un juego para usted, ¿verdad?

—Martín, Martín... —se lamentaba—, todo eso que mencionas no son más que daños colaterales. Yo estoy muy por encima de eso. Deberías saber que no se puede hacer una tortilla sin antes romper un par de huevos.

Una vez más su respiración metálica arañó un incómodo silencio, tenso como un cable sobre el abismo. Al poco volvió a dirigirse a su colección.

—Mira, muchacho, todo lo que hay aquí está hecho por la mano del hombre. Es el mal que fabrican los hombres —dijo—. ¿Ves ese violín?, no es un Stradivarius, ni mucho menos, pero lo fabricó con sus manos el mismo hombre que lo tocaba para el diablo, Niccoló Paganini, ¿le conoces?

Morell se dio la vuelta y señaló a otro lado.

—¿Ves esa pistola de ahí? Pertenece a un joven estudiante nacionalista serbio. La usó para matar a Francisco Fernando, heredero de la corona austro-húngara, y de paso para desencadenar la Primera Guerra Mundial. ¿Quieres que siga? —preguntó una vez más—. Todo lo que hay aquí lo ha fabricado el hombre para hacer el mal. Y sin embargo hay una pieza que le falta a mi colección.

El coleccionista fue hasta una vitrina enorme, de pie, en el otro extremo de la sala, una urna de cristal con forma capsular donde podría caber un hombre entero de una pieza. De su interior sacó algo y me lo trajo. Era un estuche alargado, labrado en un delirio de mil formas de fantasías y relieves. Al abrirlo para enseñarme su interior de terciopelo rojo descubrí una base con una forma muy definida, como un molde donde debía reposar aquello que tanto ansiaba poseer. «Debían», más bien, esa era la palabra. Lo que había allí dentro era un soporte para dos manos.

—Una vez escuché la historia de un tipo bastante peculiar —comenzó a relatar—, un tipo que mataba por dinero con sus propias manos. Pero las suyas no eran como las tuyas o las mías, eran muy distintas, una aleación de carne y acero a las que decidió darles ese uso. Aunque... no siempre fue así. Aquel muchacho era un genio. En una vida anterior se dedicaba a fabricar maravillas con sus dedos en la relojería del padre de un amigo suyo. Vivía en Nueva York, en los bajos fondos de Manhattan. ¿Has oído hablar alguna vez de La Cocina del Infierno? Apuesto a que sí.

—Me suena de algo —disimulé.

—Por lo que he podido saber, este muchacho del que te hablo era capaz desde pequeño de los más insólitos prodigios. Hacía de todo: relojes, cajitas de música, pequeños mecanoides que se movían solos... Era todo un espectáculo verle trabajar. Su padre era un pianista de barrio que se ganaba la vida en diferentes clubes de jazz y en cines donde se proyectaban películas mudas. El muchacho tenía otro hermano —Morell negó con la cabeza—, nada que ver con él. Mientras uno se dedicaba a seguir de un lado a otro al pianista,

el otro se pasaba horas y horas encerrado en la trastienda de la relojería del padre un amigo suyo italiano, recomponiendo piezas que ya no servían para nada. Como era de esperar, a medida que fueron creciendo, cada hermano tomó un camino distinto: uno se convirtió en un pianista excepcional y el otro en todo un maestro ingeniero que con el tiempo cambió sus labores de artesanía en el almacén de aquella relojería por las oficinas de una compañía llamada Rivasdelft, una empresa que se dedicaba a la fabricación de prótesis de implantación médica. El doctor Rivasdelft era quien estaba al frente del negocio, un científico que no dudó en darle una oportunidad a aquel joven que se había encontrado el día que pisó la trastienda de un relojero italiano. Rivasdelft iba en busca de algunas piezas que no podía esperar a que le fabricasen para cumplir el encargo de una pierna ortopédica, la cual permitiría a un joven soldado volver a caminar, ¡su mayor logro!, una compleja y diminuta circuitería con reacción a los estímulos eléctricos de la mitad de su pierna que accionaría una rodilla de acero unida a una tibia de madera. ¡Era el mayor logro del siglo! Pero, sin preverlo, aquel día algo más que la suerte iba a estar de su parte: el destino. Rivasdelft no solo encontró las piezas que necesitaba sino que también descubrió a un joven llamado Hugo Samper, el cual, mediante una pequeña batería, era capaz de administrar vida a una serie de objetos y figuras de metal hechos con sus propias manos. Rivasdelft no salía de su asombro. Se marchó de allí para acabar el encargo y regresó al día siguiente para llevarse al muchacho consigo de aprendiz. El buen doctor vio en el joven Samper a la persona que necesitaba a su lado. Todavía era joven, apenas un niño, un muchacho de la calle, pero con tiempo y dedicación haría de él su mejor obra. Y así fue como durante años trabajaron en ingeniosos inventos y artefactos que vendrían a revolucionar el campo de la ortopedia tras el boom experimentado con la Gran Guerra. Años atrás legiones enteras de jóvenes soldados habían marchado al frente en busca de fama, gloria y también de la muerte. Aquellos que no tuvieron éxito ni en una cosa ni en otra regresaron hechos pedazo para mayor honra de un mercado emergente —

consideró—. Así es, Martín, los países más poderosos no solo son los que fabrican bombas, sino también los que hacen piernas y brazos postizos. Ese es el mundo en el que vivimos.

Morell volvió a darme la espalda antes de continuar con su relato. Llevó el cofre de vuelta a su sitio y regresó sin prisas hasta mí.

—¿Cómo sabe toda esa historia? —le pregunté.

—El propio Rivasdelft me la contó hace pocos años.

—Y me imagino que para cuando lo hizo ya había acertado su nombre por el de Rivas, ¿verdad?

El hombre sin rostro rió complacido como un mago de barraca de feria al que le hubieran descubierto la grandeza de su artificio.

—Veo que no soy el único que sabe algo de esta historia.

—En realidad no sé nada de ella, solamente conozco sus figurantes —aclaré—. Pero continúe, por favor, quizás yo pueda ponerle el «*Fin*» a su historia.

Morell me miró de arriba abajo asintiendo, complacido. De pronto comprendía que se había pasado de frenada al subestimarme. Y una vez más sonrió satisfecho. No todo estaba perdido.

—Lo malo vino después, Martín —prosiguió—, cuando el joven ingeniero se enamoró. Conoció a una chica que pertenecía a la alta clase victoriana. Habían desembarcado en Nueva York tras conocer los avances de aquella firma que representaba Rivasdelft. Al parecer la muchacha había perdido la mitad de su mano en un accidente infantil en el campo, una trilladora mecánica era la responsable. Debió ser algo horrible... y muy doloroso, eso seguro —puntualizó—. Durante semanas estudiaron la posibilidad de cambiar las prótesis de látex que ocultaban su deformidad y volver a darle vida a aquella mano. Para cuando dieron con la clave, los muchachos ya se habían enamorado. Habían hecho incluso planes de boda. Los ingleses, que no eran muy partidarios de unir a su hija con un tipo que se dedicaba a fabricar manos y piernas de mentira, acordaron en no poner

reparos si había éxito en la operación. De lo contrario podrían despedirse para siempre. Y así fue como ocurrió. Algo no salió bien el día del operatorio, hubo una hemorragia fortísima para la que no estaban preparados. La vida de la chica se le escurrió entre las manos al joven Samper y el negocio de Rivasdelft se hundió para siempre.

En este punto el hombre sin rostro me dio la espalda y siguió haciéndome de cicerone por otros apartados de su colección.

—El joven Hugo cayó en un estado de apatía tal que solo era capaz de doblegar con litros de alcohol y las drogas más diversas. En sus delirios aseguraba al buen doctor que ya era hora de dar un paso más al frente. Había que experimentar con la propia carne, hacerla revivir. Aquello era todavía impensable para Rivasdelft. Ni siquiera la ciencia había evolucionado tanto para lo que ellos hacían, algo único en el mundo. El joven Samper no aceptó aquel «no» por respuesta. Discutieron acaloradamente en las siguientes semanas hasta que tomó la decisión de desaparecer de la Compañía para siempre. Sin duda alguna, la muerte de la muchacha había trastornado por completo al joven Hugo Samper. Aquello de lo que hablaba era pura fantasía, ciencia ficción, la que solo se podía encontrar en las páginas de la literatura gótica del siglo anterior. Rivasdelft temía que un día hiciera una locura que acabara con él para siempre e hizo que a menudo le siguieran. Todos temían que le ocurriese algo, incluso esa mujer de quien decía haberlo aprendido todo, una especie de curandera de La Cocina del Infierno. Poco sé al respecto, tan solo que muchísima gente la visitaba para solicitar todo tipo de ayuda y consejo. Las altas esferas siempre han necesitado cimentarse en los bajos fondos y al parecer esa tal Mamá Patrice era algo más que famosa. Lo último que averigüé de ella es que ahora vive en la torre más alta del distrito financiero de Manhattan. Mamá Patrice... —susurró—. ¿Te suena de algo?

—De nada.

—Mientes muy mal para ser periodista, Martín. Te falta oficio.

—Quizás me haya equivocado de empleo.

Morell volvió a emitir ese gorjeo arenoso típico de él y prosiguió con su relato.

—Una noche sus quimeras llevaron al joven Hugo hasta las alcantarillas. Fue una suerte que su hermano le siguiera hasta allá abajo. Por lo que confesó después del incidente, Hugo ya había estado experimentando con carne humana, la del cementerio. Necesitaba saber qué podría ocurrir con carne viva, si existiría la posibilidad de implantar la mano de un muerto a un brazo aún vivo. No sabía muy bien como lo haría, ni siquiera si llevaba el instrumental necesario. El alcohol y las drogas le calentaban la sangre y lo empujaban a continuar con sus planes entre tinieblas y aguas fecales. Allí abajo esperaba encontrar algún pobre indigente tan borracho que ni siquiera tuviese fuerzas para defenderse. Sin embargo fue otra cosa lo que le encontró a él.

—¿Qué encontró? —pregunté por inercia, casi conociendo la respuesta.

—Al parecer las leyendas son ciertas —dijo—. Las cloacas de Nueva York están infestadas de monstruosos leviatanes de mirada triste y armadura de escamas. Sí, muchacho, no fue un vagabundo el que le dio la bienvenida a Hugo Samper allí abajo, sino un cocodrilo. Y suerte tuvo que solo agarrase sus manos, pero más aún que su hermano Christian anduviese cerca. Para entonces el ya se había desmayado y sus manos apenas eran jirones de carne. Lo último que recordaba el muchacho antes de perder la consciencia era al cocodrilo hundirse en el fondo del canal con sus dedos entre flases de luz. Era la batería eléctrica que utilizaba para estimular los nervios muertos de aquellos miembros que llevaba consigo para sus experimentos. Hugo la había usado para defenderse y gracias a ella consiguió salvar la vida. Pero no toda. Cuando Hugo Samper abrió los ojos de nuevo ya estaba en una cama de hospital. A su lado le velaban su hermano Christian y el doctor Rivasdelft. Notaba el dolor y la quemazón palpitando en sus manos. Era la vida que intentaba abrirse paso a mordiscos a través de sus miembros destrozados. Hugo se horrorizó al imaginar la realidad que sus manos recompuestas

escondían bajo el vendaje. ¿Qué le habían hecho? Esa era la pregunta que rondaba por su cabeza. El doctor le aseguró que cuanto pudo y a la mayor velocidad posible, a tiempo de que aún los nervios pudieran reaccionar. Y a pesar de ello, contra todo pronóstico, había resultado un éxito. Al cabo de un par de semanas, cuando le retiraron los vendajes, Hugo contempló impasible sus manos deformadas, recompuestas con goma y acero fundidos a sus tendones y huesos. Algo inhumano a lo que con el tiempo conseguiría acostumbrarse y finalmente dominar a su antojo.

—Pero no solo fueron sus manos las que cambiaron, ¿verdad? —me aventuré.

—Desde luego que no —contestó Morell—. Hugo se convirtió en un ser oscuro. Abandonó sus investigaciones y se dedicó a mezclarse con toda clase de chusma, aprendió a existir entre las sombras y a ganarse la vida con ellas. Hugo dejó de ser una joven promesa de la medicina y pasó a convertirse en un matón de barrio. Me llevaría horas contarte las atrocidades que fue capaz de cometer con aquellas manos, el mal que llegó a hacer con ellas. Y como podrás imaginar por eso me interesan tanto.

—Sí, no creo que tenga que esforzarme mucho para comprenderlo —dije—. Además, estoy seguro de que un hombre también que se dedicaba a traficar con las vidas de otros era capaz de hacer cualquier cosa.

—¿Traficar con vidas? —preguntó.

—Claro, no me diga que eso no lo sabía.

Morell esperó en silencio a que continuará. Ahora era él quien quería escuchar.

—En los últimos tiempos su Hugo Samper ganaba mucho dinero ayudando a cruzar la frontera a los alemanes —le conté—, desde aquí hasta Sudamérica. ¡Menudo negocio tenía montado el pavo! Lo malo vino cuando quisieron quitárselo de en medio, y posiblemente por esa razón la persona que hizo el trato con usted ya no podía cumplir con su parte. Y usted... usted, Morell, decidió olvidar todo el asunto. Hasta hoy, claro.

Siguió callado, dejando que su respiración metálica arañase el aire, hasta que por fin abrió la boca, receloso.

—Martín, si tienes algo que decir hazlo ya. Si no, márchate por dónde has venido.

—No se preocupe, eso haré cuando usted acepte la propuesta que voy a hacerle, porque lo hará —le aseguré—. No lo tenía previsto así pero, en vista del interés suscitado, voy a tener que darle un capítulo inédito a su historia.

—Cuidado, muchacho, nunca me gustaron los folletines, de hecho siempre he considerado que la peor prosa que existe es la que se hace por entregas.

—Mire por dónde, usted sabe más de eso que yo, de frases originales. Pero hoy voy a demostrarle que no es el mal lo que mueve el mundo, sino la fe en las segundas oportunidades. Es una frase realmente bonita, usted mismo me la regaló la primera vez que nos vimos, ¿lo recuerda?

—Por supuesto, es una frase preciosa, de esas que solo salen en las películas baratas de cine de barrio —contestó—. Dime por qué he de creérmela ahora.

—Porque, básicamente, «en eso consiste la gran mentira de que nunca hay que perder la esperanza» —rubriqué sonriente—. No me diga que no le ha gustado.

Mi anfitrión no dijo nada más, sus propias palabras se le habían atragantado en el fondo de aquella garganta de metal que distorsionaba bajo la cara de trapo. Solo podía escuchar su respiración pausada y tranquila, nunca nerviosa. Morell jamás perdía la calma, sabía esperar. Y esperaría cual estatua muda e inmóvil hasta que yo quisiera.

—¿Y si le dijera que yo puedo ofrecerle esas manos?

El coleccionista dio un paso al frente, amenazante. Bajo aquel derroche de temeridad que me bombeaba por las venas sentí los pelos de punta.

—Martín, has de saber que estas cosas me las tomo muy en serio. Hace siete años no eras más que un niño. Ahora eres todo un hombre. De ser un engaño no tendrás el mismo trato de entonces.

—Puede estar seguro. Pero me extraña que alguien como usted no sepa que Hugo Samper sigue vivo —dijo—. Hasta que no mencionó su nombre no supe de cuál de los dos hermanos se trataba. Precisamente el que a mí siempre me interesó conocer es el otro, pero puesto que usted tiene algo que yo quiero y usted desea algo que yo le puedo conseguir, no hay razón para que me vaya de su casa con las manos vacías.

Morell volvió a reír meneando la cabeza. No se lo podía creer.

—Eso sí que es tener fe en las segundas oportunidades. ¡Sí, señor!

—¿Hay trato entonces? —pregunté yo.

—¿Qué deseas a cambio?

—Dinero y protección.

—No creo que te haga falta protección —dijo—. Y si es así, siempre puedes comprarla.

—La protección no es para mí sino para mi gente, ya se lo dije antes. El tiempo que esté fuera necesito que Isabela y doña Ana estén a salvo. Me imagino que un hombre como usted sabrá cómo tratar este asunto —le adulé—. No quiero que ni el viento las roce, no sé si me ha comprendido.

El coleccionista carraspeó una carcajada muda ante mi atrevimiento.

—Eso puedes darlo por hecho —me aseguró—. ¿Algo más?

—También quiero protección para Norma Estrada.

Mi interlocutor ladeó la cabeza, extrañado.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Mucho. En principio es la llave que abre la puerta —sonreí con misterio—. Además me debe una «*interviú*». Mándela buscar y dele asilo. Esta casa, si no me equivoco, es como un fortín, inexpugnable. Y yo en cuanto regrese tampoco podré acercarme a otro sitio que no sea este.

Morell se mostró conforme.

—Cuenta con ello —dijo—. Ahora dime qué cantidad de dinero necesitas.

—Lo suficiente para fletar una embarcación —dije—. Apuesto a que un

hombre como usted tiene recursos de sobra para llevar a cabo tal empresa.

—Para eso me hará falta un destino.

Sin perderle de vista, saqué del interior de mi chaqueta aquella libreta que me seguía a todas partes y le escribí todo lo que necesitaba saber. A continuación el coleccionista fue hasta una pared y presionó el botón de un intercomunicador. En pocos segundos su criado apareció en escena.

—Luther —dijo Morell dándole aquel papel—, póngase en contacto con las diferentes consignatarias de esta ciudad. Vamos a contratar una expedición y es muy urgente disponer de un barco enseguida. Ofrezca el doble de lo que le pidan, no repare en gastos.

—Me hago cargo señor.

—Puede retirarse.

Aquella facilidad para hacer y deshacer era pasmosa. ¿Cuánto dinero podría tener Sebastián Morell? ¿Quién era el hombre que se ocultaba tras la máscara? Seguramente algún excéntrico millonario que temía no poder gastar todo su dinero antes de morir.

—¿Algo más?

Ahora era el momento de seguir abusando de su protección.

—Necesitaré dinero suficiente para tres personas —me atreví a exigir—. Viajaré con dos amigos. Les necesito a mi lado y no es negociable.

—¿Qué vas a hacer?

—Traer a la única persona que nos puede ayudar a ambos.

—Está bien. Cuenta con el dinero.

La cuenta de gastos ya era desorbitada y a mí me daba muy mala espina.

—Todo esto es demasiado fácil —me quejé—. ¿Cómo sé que es verdad?, dígame, ¿cómo puedo fiarme de usted? ¿Cómo puedo marcharme sin saber si protegerá a Isabela y doña Ana?

Morell resopló cansado. Incluso él se cansaba.

—Soy un hombre de palabra, Martín. No tengo tiempo para prestarme a engaños.

—¿Cómo puedo fiarme de usted?

Se encogió de hombros.

—Tendrás que hacerlo.

Bajé la vista al suelo intentando buscar una buena razón por la que debía confiar en aquel rostro de trapo y voz metálica.

—Necesito hacer un par de llamadas.

El coleccionista extendió un brazo y me invitó a seguirle hasta la otra punta de la sala donde había un teléfono. Descolgó el auricular y me lo ofreció.

—Todo tuyo. Mientras haces tus gestiones yo estaré abajo disponiéndolo todo. Si necesitas algo puedes accionar ese botón que has visto y Luther vendrá. Si necesitas descansar, Luther te llevará a una de las habitaciones de la casa. Tenemos unas cuantas para invitados.

—Querrá decir para visitantes intempestivos.

Me miró una vez más y no hizo aprecio a aquel comentario. Luego se dio la vuelta.

—Suerte, Martín.

—Una última cosa, señor Morell —le dije antes de que se marchara.

Mi anfitrión se paró justo en la puerta.

—Quiero su garantía de que la persona que quería el disco de mi madre estará el día de la entrega —le solicité.

Mi interlocutor guardó silencio, se limitó a mover la cabeza una última vez.

—Aquí estará —aseveró.

—Eso espero —dije—. Y gracias.

—No me las des todavía. Si en quince días no cumples con tu parte, me deberás mucho más. Aún no sé lo que vas a hacer ni cómo, pero quince días es el tiempo que te doy para ir, volver y traerme lo que quiero. ¿Entendido? Quince días.

—Puede quedarse en prenda el disco de mi madre para mayor seguridad.

Volveré a por él.

—Por supuesto que lo haré —me aseguró—. Quince días, Martín. Ni uno más. No lo olvides.

Y así, desapareció.

* * *

El primer número que marqué cuando el coleccionista cerró la puerta fue el del teléfono de *La Marina*, la pastelería vecina de *Casa Barba*. Era el único teléfono en toda la Calle Tendaleras y solo en él podría localizar a Carlines sin tener que poner un pie fuera del *consulado* de Morell.

—Pastelería *La Marina*, buenos días —respondió sin ganas al aparato Susita.

No había más que escucharla suspirar para saber que a aquella muchacha la traían por la calle de la amargura, en su caso, un cura con dudas existenciales que le había robado el alma y el corazón.

—Hola, Susita, soy Martín.

—Martín, Martín... —paladeó mi nombre con vacilación—, ¿qué Martín?

—Acabas de romperme el corazón, Susita. Mira que no saber quién soy...

—¡Ay, chico! —me reconoció al instante—. Perdóname es que tengo un mal día, anoche me llevé un sofocón con don Casto que no te quiero ni contar. Aunque, bueno, eso de don como que ya se le ha caído del título.

Susita y sus amores. Habría dado cualquier cosa por estar en su pellejo y porque los suyos fueran mis problemas ahora.

—¿Y eso, mal de amores con *San Manuel Bueno, mártir*? —pregunté.

—Sí. Al parecer lo han echado del seminario porque se juntaba mucho con los mariquitas de la Calle Gran Capitán. La comunión decía él que les daba, que ellos también son hijos del Señor —resopló decaída—. Ya decía mi tía que hacía mal enamorándome de un cura, sobre todo de uno que tenía los

ojos tan lustrosos. Fíjate, Martín, que un día me invitó a tomar un café y me desapareció el lápiz de ojos del bolso. Mira que si...

—Tonterías, Susita, te lo digo yo. Un hombre que le gusta el vino hasta el punto de multiplicarlo jamás pierde aceite —le intenté consolar—. A otra cosa hermosa, necesito que llames a Carlines, tengo algo importante que decirle. ¿Me harás ese favor?

—Descuida guapo, ahora mismo. No cuelgues.

A los pocos minutos oí la voz de mi amigo.

—¡Carlines al aparato! —aulló—. ¿Se puede saber dónde andas?, tienes a tu tía y a doña Ana preocupadas. Se han presentado aquí hechas una furia preguntándome si yo sabía algo de lo que te traías entre manos. ¿Qué está pasando?

—Escúchame bien. Me he metido en un lío: Schmidt y Durán —les nombré—. Ya te puedes imaginar.

—Mira que te dije que dejaras el mundo tal y como estaba —me reprochó sombrío.

—¡Oye, Carlines, no tengo tiempo ahora mismo para sermones, y menos los tuyos! —le chillé—. Lo único que sé es que en cuanto no den conmigo, irán a por ti. Corres peligro, tanto como yo, ¡de manera que cierra el pico y escucha con atención!

No hizo falta que se lo dijera dos veces. De seguida se le cortó la respiración. Fui lo más breve posible. Se lo conté todo: las revelaciones de doña Ana, la habitación secreta en San Nicolás, el asesinato de aquella mañana y sin olvidar el recado que me habían dejado a mi regreso a la prisión. Solo había una salida: viajar hasta una ciudad esculpida entre las nubes.

—¿Pero qué se nos ha perdido a nosotros allí? —preguntó después de escucharme—. Allí no hay más que rascacielos, escaleras de incendio, y una tía verde jamona en batín con una antorcha en la mano. Si quieres fuego, nos vamos a Valencia, ¡ostia!, a las fallas; además, allí en América las calles no tienen ni nombre, Martín, son solo números, ¡si se ve hasta en las películas!,

que te crees tú que vas a encontrar tan fácilmente a la vieja bruja esa de la que te habló un pianista ciego hace más de siete años. Dime, ¿ese es tu plan?

—Exacto —contesté.

—¡Pero si allí se pierde todo el mundo, Martín! —lloriqueó—, si es que los americanos han estado perdidos toda su puñetera vida. Fíjate si lo estaban que hasta Colón tuvo que ir a descubrirlos, hombre.

—Lo único que descubrió Colón fue que se había perdido, mendrugo. Ahora deja de gimotear y ponte en marcha de una vez, ¡por tu bien! —le ordené—. Te espero aquí en media hora. Y no tardes más o sabré que la próxima vez que te vea será para llevarte flores al cementerio.

Sé que dijo algo más pero su voz se cortó en cuanto pulsé el interruptor. «Vendrá», me dije, estaba seguro. Carlines era tan valiente como cagón a partes iguales, pero de lo que no podía dudar era que estaría conmigo hasta el último momento. Hasta el final. Y sin embargo, no iba a ser suficiente. Aún me quedaba una llamada más. Jamás pensé que llegaría el día en que marcaría su número. Pero bueno, al fin y al cabo, tampoco creí que acabaría haciendo un trato con Sebastián Morell.

Metí el dedo en cada agujero de aquella rosca de marcación, tembloroso, sobresaltado cada vez que lo soltaba y el disco retrocedía, nervioso sintiendo el interruptor accionar el número de veces que correspondía a cada dígito. Y al poco, una voz agrietada saltó del otro lado del auricular. Lo primero que dijo era que estaba llamando al número tal de la calle tal. La vieja costumbre británica de siempre a la hora de coger el teléfono, me dije. Un perro ladraba, pequeño. Era el viejo Rip, tan viejo como su dueño.

—¿Matt...? —vacilé.

—¿Quién llama?

—Soy Martín.

El viejo Thomas guardó silencio. Había pasado mucho tiempo. Demasiado. Cuando por fin respondió aún me temblaba el teléfono en la mano.

—*Scarface*...

Aquella palabra me trasladó a otro tiempo y a otro lugar, un tiempo en el que no era más que un simple adolescente correteando tras una muchacha por una playa, la del Vigía. Todavía podía sentir la brisa corriendo de lado, escuchar la efervescencia de la marea relamiendo una orilla salpicada de conchas y el mundo entero haciendo su nido dentro de una caracola. «Escarfeis...» Su manera de pronunciarlo me hizo un nudo en la garganta y me apretó un par de lágrimas en los ojos.

—Matt estoy en un buen lío.

—Viejo amigo, desde que uno viene al mundo ya se ha metido en un buen lío.

Una vez más relaté lo que me había llevado hasta esa situación y la única forma que tenía de revertirla.

—Sé que te pido mucho, Matt, pero eres el único que me puede ayudar.

—Puedes contar conmigo.

Tapé el auricular con la mano para que no pudiera oírme. Un inmenso alivio se me escapó por la boca, sentía que aquella era la última oportunidad de seguir con vida. Nunca antes había sentido tanto aprecio por continuar respirando. Me sequé los ojos y apreté los machos en honor a los viejos tiempos.

—Bien, pero le advierto de antemano que acompañarme puede ser muy peligroso. Al otro lado del mar puede que nos esperen los peores enemigos que podamos conocer en nuestra vida. Y no será nada fácil. Aún está a tiempo de volverse. Si lo hace, no podré culparle por ello.

Aquella perorata era la misma que él me había soltado a mí años antes, el mismo día en que vi por primera vez el rostro de la muerte, el rostro de Karl Schmidt.

—Parece peligroso.

—¿Alguna pregunta?

Escuché al viejo Thomas respirar hondamente al otro lado del cable, en la oscuridad en la que revoloteaba a su voz.

—¿Cuándo nos vamos?

NUEVA YORK, 1954

—

El ALIENTO del DIABLO

Capítulo 1

La ciudad de Nueva York nos dio la bienvenida una fría mañana de tormenta y azufre. Ver para creer. Un enjambre de nubes negras cabalgaba a toda prisa entre puñales de fuego y torres de cristal. Era como si de repente el infierno escupiera sobre nuestras cabezas. Para cuando desembarcamos en el Muelle 45 del distrito financiero, Manhattan ya nos había metido el miedo en el cuerpo.

—Dijiste en la torre más alta de Wall Street, ¿verdad? —preguntó Matt.

—Eso es —contesté—. Según palabras de Sebastián Morell, sí.

—Entonces espero que te hayas traído un metro.

—Señor Thomas, no sea aguafiestas, por favor —le recriminó Carlines.

—Haberlos traído una animadora.

Matt y Carlines eran tal para cual. Me habían dado un viaje para olvidar. Eran los peores compañeros que me podría haber buscado. Por separado, únicos y excepcionales; juntos, un auténtico polvorín. Las chispas entre ellos habían saltado desde el principio, y en ningún momento pararon de regalarse reproches. Si uno abría la boca, el otro estaba encima para hacerle callar, y si alguno necesitaba salir a tomar el aire, el otro lo dejaba encerrado. Eran como niños. Pero a fin de cuentas, tal para cual.

De una bocana en mitad de la calle, que bajaba a un inframundo de carriles, surgió una marabunta de sombreros que nos atrapó en su corriente de maletines y paraguas. No había manera de salir de allí. Sin duda alguna se dirigían al corazón del centro financiero, lo hacían a toda prisa, como si apenas tuvieran tiempo para respirar.

—¡Mirad, ahí es! —gritó Carlines.

El rótulo de Wall Street rezaba en una estrecha calle entre dos gigantescas colmenas de volantes y cornisas. Al fondo, y bajo la lluvia de fuego, una aguja neogótica se alzaba sobre el *skyline* del bajo Manhattan como un faro en mitad de aquel rebaño perdido de adoradores del dinero. Aún había esperanza en el mundo. Eso y un agujero en mi estómago que se agravaba aún más en el aliento de la calle. Un poderoso olor a carne y especias desconocidas se deslizaba entre espirales de vapor que taladraban el asfalto bajo nuestros pies.

—Esperad aquí un momento, no os mováis —ordenó el inglés.

El viejo Thomas se acercó hasta un tipo que regentaba un carrito ambulante. Carlines aprovechó para ensuciarme el oído.

—No ha sido una buena idea traernos a ese viejo loco —dijo—. Vaya viajecito que nos está dando.

—¡No ha sido una buena idea traerte a ti, majadero! —le regañé—. Pero lo he hecho para salvarte el culo. Además, sin Matthew Thomas estaríamos perdidos. Le necesitamos para que sea él quien hable con la gente. Suerte que haya querido venir a hacernos de niñera.

—Desde luego que estás insoportable —me soltó sin más.

Cuando Matt regresó lo hizo con las manos cargadas de panecillos y salchichas empapados en sendos chorros de rojo y mostaza. Era aquello a lo que olía toda la calle.

—¿Qué pimientos es esto? —pregunté.

—Los llaman *hot dogs*, perritos calientes —rió—. ¡Estos americanos!

—Después dices que ando todo el día quejándome —me reprochó Carlines—. Él viene con carne de perro para darnos de comer y resulta que el majadero soy yo.

—Es una salchicha, Carlines —dije enfadado—. Y te juro por Dios que como no abras esa boca para decir algo constructivo seré yo y no Víctor Durán el que le dé de comer a los peces con tu lengua.

Carlines me miró con un pellizco en los labios, negando con la cabeza.

—Desde luego que estás insoportable.

Aquel manjar de la Gran Manzana sabía a rayos pero me quitó el hambre. Mientras los deglutíamos Matt señaló uno de los edificios.

—Según el vendedor, esa de ahí es la torre más alta de todo el distrito. Creo que es la que estábamos buscando, *boys*.

Giramos en redondo ciento ochenta grados donde apuntaba el dedo del inglés. Al otro lado de una carretera atestada de bólidos y otras fantasías mecánicas tenía su cepa el Partenón de Manhattan, antaño casa de leyes y ahora un templo de bandidos con traje y corbata. A su derecha, una hipnótica letanía de ventanas ensartaba el cielo cobrizo de Nueva York bajo su chapitel esmeralda.

Antes de que el cuello me diera un mordisco, tuve tiempo de contar al menos 70 pisos. Era increíble. Carlines silbó de la misma manera que habría hecho al ver pasar a una mujer.

—¿Y qué es? —preguntó mi amigo.

—Un banco, *my friends* —suspiró el inglés—. Un banco.

Tragué saliva.

—En marcha.

Cruzamos la marea de caminantes hasta el otro extremo de la calle mientras los ojos se nos perdían allá arriba, en el carrusel de nubes que ocultaban el sol como trapos sucios entre mordiscos de luz ambarina. El primer problema nos lo encontramos antes de entrar. Un amplio vestíbulo cálido y dorado reposaba mansamente tras la cristalera de sus puertas. Creo que al menos dimos tres vueltas seguidas en la puerta giratoria antes de que pudiésemos pisar la moqueta. Cuando por fin lo logramos nos encontramos ante un enorme retrato que vigilaba la misma entrada. Un hombre de mediana edad, con un puro en la boca y un fajo de billetes en la mano, sonreía del mismo modo que quien está encantado de exhibir su soberbia al mundo. En la parte baja del retrato rezaba un nombre: «Walter Kane». Debía ser el dueño de todo aquello. Con tanto dinero en la mano no podía ser otra cosa.

—Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Eso déjalo de mi parte —me tranquilizó Matt—. Esperadme aquí sentados, no tardaré mucho. Y mientras tanto dile a este que deje de mirar a las chicas de la oficina como si fueran chuletas de ternera.

El viejo Thomas se acercó hasta un mostrador. A continuación preguntó lo que fuera a la mujer que estaba allí y esta a su vez señaló un pequeño conglomerado de despachos de cristal al otro lado del vestíbulo. Matt cruzó todo el pasillo y penetró una de aquellas cristaleras donde se sentaba un chupatintas. Parecía hecho en serie con aquel traje a rayas, su pelo aceitoso y su sonrisa de plástico. Era lo que mejor enseñaban en las universidades de ladrones.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Carlines sin perder de vista al viejo inglés.

—Vamos a esperar, a ver qué pasa.

Desde aquella distancia les vimos hablar. Matthew Thomas llevaba el peso de la conversación. El hombre que tenía enfrente sonreía al tiempo que negaba con la cabeza. Algo no iba a ser posible. Ver al gran jefe, supuse. La conversación empezaba a alargarse. Estaba poniéndome nervioso. Entonces Matt se levantó y abrió la chaqueta para enseñarle algo. Las sonrisas se evaporaron por completo y el hombre empalideció. Dejó de hacer lo que fuera que tuviera entre manos y acompañó a Matt fuera de la cristalera.

Cuando llegaron a nosotros, el oficinista nos sonrió con un tembleque nervioso. A un gesto de su cabeza le seguimos hasta un ascensor.

—¿Quién es este pollo? —preguntó Carlines.

—El señor McCluskey —respondió Matt.

—¿Y quién es el señor *Maclaski*? —volvió a preguntar.

—Uno que tiene una llave —respondió el inglés.

—¿Una llave para qué? —insistió Carlines.

—Ahora lo veremos.

—¿Y usted, Matt? —quise saber—. ¿Se puede saber lo que tiene usted

bajo la gabardina?

Matt abrió la chaqueta. No era un fajo de bonos del tesoro o un puñado de diamantes que guardar en la cámara acorazada de algún sótano hecho para ataques antiaéreos. Lo que guardaba en su chaqueta era un racimo de cartuchos de dinamita.

—¡Ay, Dios mío, este tío está loco perdido! —se santiguó Carlines.

Verle persignarse me hizo gracia. La sola idea de tratarse de la misma dinamita vieja de hacia años me dibujaba una sonrisa en la cara. Posiblemente ni funcionaría. Pero eso Carlines no lo sabía y mejor que fuera así. De momento estaba dando el pego.

Cuando las puertas se abrieron, el encargado de la oficina mandó salir al ascensorista. Nadie más subió. El hombre sacó una llave y la insertó en una cerradura a la altura de la planta 70. Después de eso sentí el estómago en la boca. El ascensor subía a una velocidad endiablada. Mientras tanto, el viejo Matt no paraba de susurrarle lindezas en la lengua de *Chéspir* al americano. El hombre, aterrado, se limitaba a mover la cabeza.

—Ahora nos os asustéis, no deis muestras de miedo. Y eso va por ti, bocazas —señaló a Carlines—. Nuestro amigo dice que nadie nos hará daño. Y más le vale...

En menos de un minuto llegamos a nuestro destino. Nuevamente, las puertas se abrieron y casi nos da un infarto: un pasillo cubierto de humo y tipos duros con metralletas al cuadril se abría ante nosotros. El dueño de aquel edificio estaba bien protegido.

El americano nos hizo ademán de seguirlo. Con una mano saludaba a la tropa y con la otra les hacía ver que la cosa iba bien. Muertos de miedo atravesamos la bóveda de plomo hasta llegar a una puerta chapada en oro y ribetes de plata. Nuestro guía golpeó la hoja y esta se abrió hacia dentro. Tras aquella compuerta de lujo se escondía un salón oval tallado en una madera oscura y selvática. Un cierto olor exótico impregnaba la atmósfera. Las paredes parecían esculpidas por las manos de un violinista, haciendo roscas y

fantasías, todo un ejemplo del más delicado virtuosismo. Unos cuantos lienzos que ya conocía de antes colgaban de la madera. Los había visto hacía años en los libros de texto. Los sillones y sofás estaban hechos de cuero. Cuero de verdad. Y toda la sala olía a él. No me hubiera importado quedarme allí a vivir para siempre. Era muy agradable, mucho más que su morador.

—De modo que así es como las cucalachas entran en mi torre —dijo una voz tirada y con acento latino desde el otro lado de la butaca que nos daba la espalda.

Nos sorprendió que de repente alguien en esa ciudad hablara nuestro idioma. Matthew Thomas avanzó hasta la mesa y dejó su tarjeta de visita encima, así sabría con quién se jugaba los cuartos. El individuo se giró y tomó el cartucho de dinamita. Era negro, pero no del todo, más bien mulato, «despintado», que estaría pensando Carlines. Lo conocía mejor que su madre; el tipo vestía una especie de bata de seda salvaje que le venía un par de tallas grande. Parecía que estaba disfrazado del dueño de todo aquello, y es que a todas luces aquel no era el hombre del retrato de la entrada, y muy posiblemente, atendiendo al historial que tenía en mente, era puertorriqueño.

—Usted es un impostor —dijo el viejo Thomas—. No es Mr. Kane. ¿Dónde está?

—Bravo, compadre, selebro que se haya dao cuenta —rió con el cartucho aún en la mano—. Pero yo también soy muy bueno jugando a las adivinanzas. Y usted no es americano. Suena demasiao fino.

—Soy de un poco más arriba, a mano derecha.

—Ya: inglés —acertó a decir.

—No: «inglés» —pronunció correctamente.

—Po eso he dicho, broder: «inglé» —convino—. Y bueno, con dinamita en los bolsillos, ¿a qué se dedica, amigo?

—Usted lo ha dicho, soy inglés. No necesito dedicarme a nada.

El mulato rió a carcajada abierta.

—Bueno, po díganme al menos en qué pueo ayudarles. ¿Han venío a

venderme petardos o es que acaso quieren otra cosa? Si vienen por dinero, les diré que aquí no hay ná de eso. El dinero está en otlo lao, mi hijo.

—Hemos venido a ver a la señora —le informó nuestro portavoz—. A Mamá Patrice.

Las palabras del viejo le borraron la sonrisa al mulato.

—Aquí no hay ninguna señora —dijo con seriedad.

Matthew Thomas chasqueó la lengua con desgana. Abrió la chaqueta y le enseñó el resto de su arsenal.

—No nos haga perder el tiempo. Hemos hecho un viaje muy largo para ver a Mamá Patrice —fue claro—. Nosotros ya nos damos por muertos, pero si quiere pueden acompañarnos, usted y la pasarela de las metralletas.

La amenaza pareció atragantársele a nuestro anfitrión. Pero como siempre, Carlines tuvo que dar su opinión.

—¡Señor Thomas, no fastidie! —susurró asustado—. Guarde eso y vayámonos de aquí cagando leches.

—¡Cállate la boca! —le recriminé.

El mulato ladeó la cabeza al escucharnos.

—Ustede no son ingleses, ni tampoco son de por aquí, blanquitos —resolvió—. Ustede son españolitos. ¿Qué se les ha perdío por aquí, tan lejo de la madre patria?

El inglés sacó un encendedor y amenazó con jugar a los fuegos artificiales.

—No voy a repetírselo otra vez.

—¡Vamo, vamo, señore, no hase falta llegá a esos extremo! —le tranquilizó el mulato—. Hablemos, dialoguemos. Yo es lo que siempre le digo a los míos. La vía no es tan difisil, como nosotros los que la hasemos así de complicá. Seamos más humildes, hombre.

—Y me lo dice un tipo que vive entre las nubes —insinuó Matt.

El mulato se acercó hasta él con gesto serio.

—¡Yo me limpio el culo con las nubes, broder! —gritó enojado—.

¿Quiénes puñeta se han creído que son pa vení a mi casa y a preguntá por la dama negra? Digan, ¡a ve!

Nadie dijo nada. En ese momento el mulato volvió a ladear la cabeza hasta clavar la mirada en nuestro guía.

—Y ustedé, señó Maclaski, ¿qué puede desí en su defensa? —preguntó.

El oficinista también iba a recibir su rapapolvo. El pobre no entendía papa, pero en cuanto oyó pronunciar su nombre de boca del mulato y en tono y forma, encogió unos cuantos centímetros.

—Yo le pongo de mandamás después de toa la vida harto de aguantá al viejo cabrón ese del cuadro de abajo... ¿y ustedé me lo paga así? —dijo indignado—. ¿Le parese bonico? Con lo bien que me portao y va ustedé y me sube a los come mielta estos —le leyó la cartilla—. Ya hablaremos ustedé y yo del país, señó Maclaski. Bai, Bai.

El mulato le despidió a mano vuelta al tiempo que el inglés le daba al chupatintas una palmadita en el hombro.

—No sea duro con Mr. McCluskey. El pobre ya se ha llevado lo suyo —le quitó hierro al asunto el inglés—. Y ahora vaya de una vez a decirle a Mamá Patrice que tenemos un mensaje de Hugo Samper, su protegido.

El mulato pareció pensárselo por un momento. Ese nombre le sonaba de algo. De mucho. Nos miró no sin cierto recelo, con desconfianza, pero manteniendo su sonrisa. Luego suspiró con negación y fue hasta un lado de la sala. Tiró de un mango y casi por arte de magia una puerta se dibujó en el enmoquetado de la pared. El mulato nos invitó a seguirle.

—Conque Mamá Patriss, eh... «Hugo Samper»... —pronunció con censura—. Voy a enseñarles algo que tal ves les haga cambiá de idea.

Fuimos tras él hasta una recámara contigua. Una penumbra mortecina se desplomaba como polvo de tinieblas sobre una cama envuelta en gasas. El hedor a podredumbre dominaba la atmósfera. Era el olor de la muerte. Mis sospechas se confirmaron cuando vimos al ocupante de aquel enfermizo lecho. Era Walter Kane, el propietario de aquella sonrisa a la entrada, de aquel puro,

de aquellos billetes y de todo el edificio. Posiblemente hasta de la mitad de Nueva York. Y sin embargo allí estaba, pálido y varicoso como una medusa muerta en la orilla, con los ojos abiertos, grises, sin vida, y una respiración lijosa que escapaba entre sus dientes con la agonía de un lamento arañando las paredes del infierno.

—Saluden al señó Kein —rió el mulato—. Hola, señó Kein.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el viejo sin perder la compostura.

—¿No querían ve a Mamá Patriss? —preguntó divertido el mulato—. Hase mucho tiempo el señó Kein también quiso conoserla. Y lo hiso. Fue a pedile un favó, y ella se lo consedió. Luego consiguió hasé este imperio. Pero el señó Kein despué se olvidó de Mamá Patriss y no cumplió con su palte. Y por eso está aquí. Porque el señó Kein fue un niño maaa-lo. Pero hora está tranquilito, ¿veldá?

La escena me recordó la historia del viejo Samper y su hermano. Era verdad, al menos esa parte lo era.

—¿Qué es lo que le pasa? —me atreví a preguntar.

El mulato se acercó a mí. Podía sentir en mi boca su aliento a licores de rico.

—El señó Kein es ahora... Un muerto viviente. Y todo lo que ganó gracias a Mamá Patriss ahora es nuestro —respondió mirándome a los ojos como si me estuviera perdonando la vida—. ¡Ahora váyanse de aquí! ¡Rápido! ¡Váyanse si no quieren andarse toa la eternidá vagando como muertos en vida! Olvídense de nosotros y vuélvase por donde hayan venido.

Ahora sí que había llegado el momento de poner pies en polvorosa. Sin embargo, el viejo no se amilanó tan fácilmente.

—De manera que al final ustedes no son más que ladrones. Es una pena. De todas formas dele nuestro recado. He oído que esa mujer es una de esas «clarividentes». Si adivina que usted no le ha mencionado nuestra visita, posiblemente deje de llevar esa bata tan bonita.

El tipo de la bata no dijo nada. Se limitó a mantener su arrogancia bajo su

sonrisa resplandeciente.

—Hágase un favor y dígale que hemos venido a buscarla. La vida de Mr. Samper corre peligro. Solo ella puede ayudarlo. Good morning!

Capítulo 2

Al salir del ascensor un extraño hombrecillo nos cortó el paso en el vestíbulo principal. Dibujaba su cara una sonrisa tan falsa como la peluca que coronaba su cabeza, pero también era portador de buenas noticias. Se las transmitía a nuestro traductor al tiempo que este me guiñaba un ojo. Eso me hizo sentir alivio. Al parecer alguien había cambiado de parecer allá arriba, de modo que después de todo la cosa no había salido tan mal.

Mientras ellos dos hablaban y Carlines se entretenía en ligar con una azafata en un idioma que se iba inventando sobre la marcha, me fijé que fuera había parado de llover. El sol iluminaba toda la avenida y ahora le quedaba una larga tarea por delante. Secar las calles no era tarea fácil para nadie. De repente me pregunté si en Huelva seguiría lloviendo como el día en que le di la espalda. Y no solo eso: ¿qué estarían haciendo las personas que conocía? Seguramente Jota Jota estuviera acordándose de mí y de todo mi árbol genealógico. Era muy probable; por supuesto, en *Casa Barba* también nos estaría echando de menos. Pero sobre todo me preguntaba por Isabela y doña Ana, si estarían en casa o si estarían en la tienda. Ni siquiera sabía qué hora era allí, posiblemente de noche. Pero sobre todo me pregunté si estarían a salvo y si Sebastián Morell cumpliría su palabra... «¡Maldito seas, Martín!», me grité a mí mismo. Maldito seas por siempre.

La risa de cascabel del viejo inglés me sacó de aquellos pensamientos. Cuando volví en mí, el hombre se alejaba y Matt tenía una tarjeta en la mano. En mitad del pellizco pude leer lo que debía ser una dirección:

The Plaza
768 5th Ave, New York

—Vamos —ordenó.

Al otro lado de la puerta giratoria la avenida arrastraba una mezcla a comida y gasolina. Por unos segundos, y sin mediar palabra alguna, Matt cerró los ojos y se quedó allí clavado a pleno sol. Para entonces Carlines ya se había cansado de la recepcionista y regresaba a nuestro lado.

—Nada, que no hay manera —dijo—. Cualquiera entiende a estas americanas.

Ignoré a mi amigo y me centré en el viejo Matt, refugiado en su fuero interno.

—¿Matt? —pregunté—. ¡Eh, Matt!

—Todo va bien —gruñó, no quería que le molestáramos.

—Matt... Matt, ¿qué te ha dicho ese hombre?

—Shhh... *Shut your mouth* —me mandó callar como antaño.

—Déjale, está haciendo la fotosíntesis —sugirió Carlines—. Los viejos son como las plantas. Si no la hacen, ¡*caput!*

En estas, un coche largo y oscuro como un carruaje fúnebre aulló frenético por una esquina de la calle. Cuando estuvo a nuestra altura paró en seco crujendo por entero.

—*Let's go, boys!* —dijo—. Voy a enseñaros mundo.

Carlines y yo le miramos incrédulos. Debía estar de guasa. Al momento un chófer igual de oscuro que la carrocería salió del coche. Su rostro era duro y distante y debía medir al menos dos metros. A su lado éramos los amigos de Blancanieves. El grandullón abrió la puerta sin pestañear siquiera y, sin esperar un «no» por respuesta, nos mandó dentro.

Una vez acomodados, el viejo Matt le pasó la tarjeta.

—Matt, ¿qué es todo esto? —pregunté angustiado.

—*Gentlemen*, a partir de ahora considérense de la alta sociedad.

—¿Se puede saber a dónde vamos?

El viejo bribón inglés me miró con vanidad.

—Vamos al Hotel Plaza, señores —dijo orgulloso como si de repente hubiera engordado dos tallas—. Al Hotel Plaza...

El monstruo de metal se puso en marcha y en cuestión de segundos nos sacó de allí con el rugido de un renqueante dragón de acero.

* * *

En la otra punta de la ciudad esperaba nuestro hospedaje en una esquina de Central Park, el pulmón verde que una ciudad como aquella necesitaba para purgar sus pecados de hormigón y cristal. El chófer señaló al frente un enorme edificio de techumbres verdes y puntiagudas y luego masticó su nombre con el entusiasmo de un funcionario que está acostumbrado a ver castillos del Renacimiento francés en mitad de la calle.

—*Plasa* —rumió.

El coche nos dejó justamente bajo aquel nicho de ventanas y mansardas. Nada más apearnos, un ejército de botones nos recibió con honores de reyes. «Clientes especiales, amigos del señor Walter Kane», nos traducía Matt al tiempo que nos empujaban al ascensor. De nuevo dentro de uno comprobé que lo que había en Nueva York no eran ascensores sino cohetes, tardaban en llegar a su destino antes de lo que Carlines terminaba de mover los muebles dentro de su nariz. En cuestión de segundos llegamos a la puerta de nuestra *suite*. Se me cayeron dos lagrimones. Al otro lado del tirador no había ninguna habitación, ni dos, ni tres. Allí dentro cabía la casa de Doña Ana y todo un palacio.

Lo primero que hice fue asomarme al carrusel de ventanas que ribeteaba la estancia. Desde allí arriba Manhattan entera tendía a un lado su triunfo de asfalto y acero, a otro Central Park. Más allá de aquella jungla quedaba el

Harlem, un lugar donde no se nos había perdido nada. Y punto. Era una orden del viejo Thomas; en la dirección opuesta, un desfiladero de cornisas y banderas se perdía en fuga bajo la sombra de los rascacielos. Era la Quinta Avenida. El eco de los coches cruzando la calle más cara del mundo se filtraba por las ventanas.

—Bueno, *boys*, ha sido un viaje muy largo y este viejo se ha ganado una cabezadita —se despidió entrando en una de las alcobas—. No os metáis en ningún lío.

Estaba cansado, se le notaba. Para un hombre como Matthew Thomas que llevaba toda la vida acostumbrado a pescar besugos con dinamita, lo de media hora antes había sido moco de pavo, pero aún así no era menos cierto que necesitaba reponer fuerzas. El viaje había sido largo; Carlines se desplomó sobre una butaca isabelina como si estuviera en el bar de la esquina. Miraba para otro lado, me ignoraba. Estaba molesto y tenía sus razones.

—¿Te vienes a dar una vuelta? —quise reconciliarme con él.

—Hombre, creí que ibas a buscarte nuevos amigos.

—De camino he lanzado un par de globos sonda. Habrá que esperar —me burlé.

—Ya les daré el pésame —me ladró.

—Anda, vamos, te invito a otro perrito que sé que te han gustado.

—¿Con qué dinero?

—Con este —le enseñé un fajo de billetes—. Invita Sebastián Morell.

—La verdad, no entiendo qué tienes en contra de ese hombre. Hay que ponerle un monumento.

Con todo ese dinero en el bolsillo la ciudad entera nos esperaba a tumba abierta. Cuando bajamos a la calle, la avenida entera vestía de gris y vapor. Hacía mucho frío y a su paso la marea de caminantes agujijoneaba el aire con su aliento de chimenea. Nuestra ropa de abrigo se quedaba corta en Nueva York, de manera que, entre risas y empujones, nos mezclamos en la multitud de bufandas para entrar en calor avenida abajo. De vez en cuando entrábamos en

alguna tienda para sacudirnos el invierno de encima. La acera entera estaba llena de escaparates, la mayoría a reventar de diseños de alta costura. Vestidos y joyas era lo que realmente les importaba a los ricos más ricos del mundo. Los «palabra de honor» y los escotes redondeados a lo Balenciaga creaban furor en las aceras, algunos modelos parecían pintados por Sorolla, otros, auténticas obras de ingeniería arquitectónica que desafiaban la gravedad. Encajes, pedrería, botonaduras y faldas globo invadían las boutiques de la milla de oro de Manhattan. Aquello les habría disparado la bilirrubina a Isabela y doña Ana. Su sueño más oculto hecho realidad. A simple vista eran el epítome de la humildad, pero una vez metidas en harina no las reconocería ni su padre. Y a mí más me valdría no presentarme en casa de vacío después de haberme largado sin dar explicaciones. Y eso contando con regresar.

De momento lo primero era lo primero. En una esquina de la calle interceptamos un carrito de perritos calientes. Gracias al idioma internacional de los dedos logramos ponernos de acuerdo con el vendedor y en pocos minutos dimos buena cuenta de una caja llena de aquellas ambrosías con sabor a rayos. Ni Zeus guardaba tantos en el bolsillo. Lo hicimos frente a un escaparate lleno de brillantes. Carlines estaba de revista. Bajo un rótulo que rezaba algo así como *Tiffany & Co.* luchaba con aquella salchicha peleona que le salpicaba los zapatos de amarillo.

—Estás de cine, cateto —le dije.

—Con un café y gafas de sol habría quedado más fino —reía con toda la cara llena de churretes—. ¡Demonios! Mira que están malos, pero no puedo dejar de comerlos.

Unos metros más abajo continuaba la interminable Nueva York. Aquello era más de lo mismo. Decidimos entonces probar suerte en otra dirección y empezamos a recortar el mapa con la primera calle que encontramos a la derecha. Aún así el laberinto de torres y agujas seguía por delante, sus riscos de cristal no se acababan nunca. Prácticamente caminábamos por inercia. Ni

nos importaba. Poco a poco el estruendo de la calle fue creciendo más y más, lo que de por sí ya nos parecía imposible, y a la vuelta de la esquina, dos avenidas después, llegábamos a lo que debía ser el ombligo de Manhattan y por ende del mundo.

—Macho, esto es impresionante —balbuceó mi amigo.

Dos larguísimas avenidas en forma de aspa se cruzaban en mitad de un baluarte de vallas publicitarias y luminosos durmientes. *Chevrolet*, *Pepsi-Cola* o Televisores *Admiral* voceaban su nombre con gigantescos rótulos entre teatros y pancartas de cine que ocupaban fachadas enteras. Era Times Square, el cruce de caminos más famoso del universo conocido.

—Aquí es donde se acaba el mundo, macho —dijo Carlines.

—O donde empieza —añadí yo.

Taxis y autobuses fluían en todas las direcciones con el goteo constante de una procesión de tortugas. Caminar era mucho más rápido que ir sobre cuatro o más ruedas. Oleadas de peregrinos cruzaban por delante de los coches casi con recochineo mientras una sinfonía de bocinas marcaba el ritmo de Nueva York. Allí todo iba más deprisa de lo que giraba el mundo, o más despacio, según se mirara; de repente nos encontrábamos más perdidos que un pato mareado. Ese no era nuestro sitio y nunca lo sería. Jamás llegaríamos a acostumbrarnos a aquello. En el rostro de Carlines leí el miedo de quien llegaba de novato a una gran ciudad y no sabía qué camino debía tomar. Pero por desgracia para él, yo sí lo sabía.

Me acerqué a un policía y me la jugué en mi mejor romano paladino.

—*Esquius mi, ¿güear is jels quichen?*

—¡Pero qué haces, loco, que nos van a empapelar encima! —aulló Carlines por lo tremendo.

El policía dio paso a una verborrea sin pies ni cabeza.

—*Esquius mi, mister* —le interrumpí encogiéndome de hombros— *mai inglis is not veri güel.*

El agente rió y lo hizo más fácil. Se giró hacia el oeste señalando

cualquier calle que siguiera de frente.

—¡*Jiar, Jiar!* —pronunció en inglés masticado, todo el mundo parecía hacerlo.

Noté un intenso hormigueo en la punta de los dedos. Estaba cerca. Muy, muy cerca. Podía percibirlo. A la espalda de todo aquel repertorio que nos rodeaba se encontraba el infierno, aquel que había vivido y me había referido el viejo pianista una noche de lluvia, donde se habían criado los pequeños Christian y Hugo, en el que habían crecido y se habían hecho, primero hombres y después monstruos. Y sintiendo el impulso de su poderos magnetismo, al contrario de lo que hubiese hecho otro en mi lugar, no pude resistir la tentación de seguir andando.

—¿Se puede saber dónde vas?

—Adonde empezó todo —contesté—. Quizás encuentre algo.

—Lo que puedes encontrarte es un navajazo en el culo.

—Tú haz lo que quieras pero yo sigo adelante. Si te da miedo puedes volverte al hotel —le busqué las cosquillas.

—¿Me estás llamando cagón?

—El camino de vuelta es fácil —le ignoré—. Nos vemos en un rato, *chao*.

Carlines me cogió del brazo.

—¡Estás *abombao* si crees que voy a dejarte solo por aquí! —rugió—. Andando.

—Ya sabía yo que podía contar contigo.

—Tú sí que sabes calentarle el pico a un hombre.

Carlines podía ser una cagueta pero cuando se le hacía entrar en calor era como gato panza arriba.

Durante un rato estiramos hacia adelante la calle 43 hasta que las torres y las mansiones desaparecieron para siempre. A medida que avanzábamos, las calles se convirtieron en cañones oscuros de escaleras de incendio y depósitos de agua. En esa zona la ciudad se oxidaba por momentos y todo adquiría un

color más sucio e industrial. Las planchas de cristal y los armazones de aluminio habían dado paso a viejas paredes ladrillo vista. Esa era la ciudad que respiraba a la sombra de la Gran Manzana. La que el viejo Samper me había descrito en su telaraña de mentiras.

—¿Hasta dónde tenemos que seguir andando?

—No tengo ni idea.

A pesar del cambio que se había operado al cruzar la esquina, aquella zona iba pareciéndose más al mundo que nosotros conocíamos. A ambos lados de la calle los postes de luz tendían una colección de zapatillas como arcos del triunfo, los coches invadían la acera y las mujeres transitaban por ella en bata. Iban de aquí para allá, entraban y salían, igual que si anduvieran por su casa. La calle entera lo era. Y seguramente como ocurría en otros sitios, allí donde se quitaban el «guatiné» era donde acababa su barrio. Y nosotros, sus forasteros. En ningún momento pasamos desapercibidos. Nos miraban desde las ventanas, por encima de los mostradores, a través de los portales. Dos turistas en Hell's Kitchen eran igual de escandalosos que gritar en mitad de una biblioteca.

En el rótulo de una esquina rezaba en rojo algo así como Barber Shop y a continuación un nombre en español, «*Don Julián*». Del otro lado del cristal un par de oficiales con bata blanca hojeaban lo que debía ser la prensa del día mientras esperaban nuevas víctimas. Sin duda aquello era el *Casa Barba* de la Cocina del Infierno. Y puesto que el nombre iba en español me asomé a la puerta y probé suerte.

—Buenos días, ¿se puede?

Los dos hombres se volvieron sorprendidos al escucharme.

—Asere, ¿de dónde ere tú? —preguntó uno de ellos.

—Español —contesté.

—¡Virgensita, Fermín! —le gritó al otro—. ¿Has escuchao? Nuestros broders españoles.

—¡La madre patria, Julián! —dijo el tal Fermín— Pasen muyayos, pasen,

no se queden ahí. ¡Están en su casa!

En cuestión de segundos, la pareja de peluqueros desplegaron en torno a nosotros todo tipo de comodidades. Nos ofrecieron tabaco, dulces y refrescos. Carlines estaba tan impresionado que parecía incómodo, ninguno de los dos estábamos acostumbrados a tales honores. Por segunda vez aquella mañana había escuchado eso de «broder» y «la madre patria», sin embargo ahora sonaba mucho mejor. En aquella peluquería éramos todos hermanos. Ni en mi propia ciudad me habían tratado así de bien nunca. Daba la impresión de que a veces uno tenía que marcharse del sitio de donde era para que le hicieran sentir como en casa.

—Y bien, muyayos, ¿qué volá por aquí?

—¿Perdón? —pregunté.

—Que digo que qué se les ha perdío a ustedede aquí, en la Gran Mansana.

Miré a Carlines intentando buscar una respuesta en su expresión de memo. No me ayudó mucho, la verdad.

—Pues... ¡Estamos de visita! Sí, eso es. He venido a ver unos parientes míos —improvisé—. Mi amigo me acompaña. ¡Y es peluquero también, saben! —le pasé la bola enseguida a Carlines.

—¡Hombre, uno del sindicato! —celebraron los peluqueros.

—Bueno, sí... o sea, todavía soy un aprendiz —contestó mi amigo al tiempo que me acuchillaba con los ojos—. Ahora mismo estoy con los exámenes finales.

—Vaya, compadre, no me diga que pa ser peluquero en España hay que estudiá.

—Sí, señor. Y en la universidad además —empezó a fanfarronear Carlines—. Hay facultades enteras dedicadas al noble arte de la peluquería. Fíjense que ya Miguel de Cervantes se refería a ellas en su obra, y es que hasta hace muy poco la sociedad giraba en torno al cura y al barbero, que eran los más versados en el pueblo. Pero eso ya lo sabrán ustedes que pertenecen al gremio. Y para serlo hay que estudiar mucho.

Los dos peluqueros asentían con interés a la disertación de Carlines. Por fin mi amigo comenzaba a desempolvar su engranaje de sabiduría y otras maldades.

—Y cuando termine de estudiá, ¿qué? ¿Ya tiene local? —preguntó el otro, Fermín.

—Cuando acabe el estado me monta una peluquería para que haga mi trabajo. En España cortar el pelo es un servicio público, señores —se inventó—. ¡Ah! Y también me regalan un diploma con la firma de Franco.

—¿De quién?

—De Franco.

—¿Y ese quién es, el rey de España?

—Algo así —respondió Carlines—. Allí prácticamente es Dios.

El tal Julián echó una mirada a su compadre Fermín. Asentía con los labios apretados como un san bernardo.

—¡Po sí que se lo montan bien esta gente en su país, compadre! —dijo—. Que te monten una peluquería es todo un avance. Eso sí que es caerse pa'riba.

—Diiiiigo —añadió Carlines.

—Eso está muy bien, pero yo hace unos años estuve en Madrid y allí no hay televisores. Al menos yo no vi ninguno, primo. Así que tampoco están muy avansaos.

Carlines carraspeó y salió al rescate.

—No los vio porque los televisores ya se han quedado antiguos en España, don Fermín. Nuestros científicos han averiguado que mirar demasiado tiempo una pantalla le engarrota a uno la mente y el espíritu —volvió a la carga—. Son millones de años de evolución desde el primate, hasta ahí todo cierto, pero como que el hombre aún no está preparado para quedarse quieto como los búhos frente al tele. Eso sí les digo, ahora están inventando unos prototipos de teléfonos con pantalla. Y dicen que en el futuro podría caber en un bolsillo. Fíjense, ¡qué sibaritas!

Los peluqueros no habían parado de asentir con los morros apretados en

ningún momento de su parrafada. Estaban alucinando. Ya tuve que darle un toque a Carlines para que no se desbocara, lo que era habitual. Una más y nos echarían de allí a patadas. Cuando mi amigo cogía carrerilla era para echarse a temblar.

—Bueno, ¿y dise, compadre, que han venido a ver a la family? —preguntó el tal Julián.

—Sí, señor, a los Samper, ¿les suena de algo?

Los hombres negaron con la cabeza.

—Son familia mía, del pueblo —improvisé—. Hace muchos años vinieron aquí y fundaron un emporio de chorizos y jamones en la Cocina del Infierno. ¿Tampoco les suena?

—¡Ah, sí!, ahí hasían unos bocadillos que tiraban pa'trás —recordó de repente Julián—. Pero el nombre ese de Samper no lo recuerdo yo en ningún rótulo de la tienda. De todas formas, de eso hase ya mucho tiempo, joven, antes de que nasieran ustedes.

—¿Y saben más o menos por dónde quedaba el negocio? —pregunté.

—Podría pero no estoy muy seguro, la verdá. Solo conseguiría hacer que se perdieran y esta zona no es como para eso —contestó—. ¿Por qué no se lo preguntan a ellos?

—Pues porque todavía no les hemos encontrado —dije.

—Vaya, entendí que estaban con ellos, muyayo —confundió.

—No, yo no dije eso —le aclaré—. Dije que había venido a ver a unos parientes.

—Disculpe a Julián, mozo —se entrometió el otro peluquero—, pero es que el pobre ya está chocheando y se inventa las cosas.

—¡Yo no me invento ná! —rugió furioso.

—Sí, señó, te inventas las cosas.

—¡Que no! —protestó una vez más.

El tal Fermín le ignoró dando una palmada al aire. Se comportaban como un matrimonio de viejos, demasiados años soportándose.

—El otro día, sin ir más lejos, dijo que Joe Louis le ganó a Rocky Marsiano el campeonato del mundo de los pesos pesaos. ¡Valiente majadería!

—Sí, señor, y es verdá. Pero tú eres iguá que el resto de porteras que vienen aquí a sentá el culo pa que yo les corte el pelo —le recriminó y luego vino a por mí—. Te diré una cosa, muyayo. Un día Joe Louis vino aquí a pelarse, ¡sí, señó! El mismísimo Joe Louis. Y en confianza me dijo que se había dejao ganá por Rocky Marsiano, que ya estaba mayó, pero también me dijo que un año antes casi lo deja medio muerto.

—Rocky Marsiano no ha perdido un combate en cinco años, majadero —le discutió su colega—. Y no te inventes las cosas, aquí nunca ha venío a cortarse el pelo Joe Louis.

—¡Claro que sí! Fue un día que tú no viniste a trabajá.

—¡Qué casualidad! —rió.

—Bueno, señores no se enfaden —medié entre ambos—. Guantazos al margen, ¿de verdad que no recuerdan dónde estaba exactamente la tienda de mi familia? Le recuerdo una vez más el nombre: Samper.

—Chacho, ya te he dicho que con ese nombre no me suena ná. Pero ya te digo que sí recuerdo una vieja tienda de embutidos de españoles, pero no con ese nombre. Hace mucho tiempo de eso. El dueño murió de una cosa mala, una apoplejía o algo así. Llevaba años metío en cama.

Eso ya me iba sonando.

—Se refiere a Miguel Samper, ¿verdad?

Don Julián se encogió de hombros.

—¡Sí, se llamaba Miguel! —recordó el otro peluquero—. Pero no era Samper. De eso sí me acuerdo. Se casó con una puertorriqueña. ¿No te acuerdas de esa, Julián?, la tetas guapas le decíamos. ¡Ay, madresita, qué rebuena que estaba mi negra!

La expresión de don Julián cambió de repente. Ahora sí.

—¡Ah, sí, compadre! Menuda mujé. Era como un potrillo salvaje en mitad de una pradera de mulas. Habría dao lo que fuera por darme un refregón con

una hembra así. Y me consta que ese tipo lo hiso —recapacitó—. Lo malo es que después vino su hermano y se la cameló. Ya me acuerdo má o meno, compadre. Era el pianista ese de los mellizos.

Bingo, pensé. Carlines y yo intercambiamos una mirada cómplice. Aún así les dejamos largar un poco más.

—¡Ese, ese! —recordó también el otro—. Pero no eran mellizos, eran gemelos. Como dos gotas de agua, muyayo; luego el pavo ese, el pianista, voló igual que Matías Pérez como desimo allá en la Isla. Vamos, ¡que desapareció!

—Sí, ya me acuerdo —volvió a decir Julián.

—¿Y de qué más se acuerdan?

—Pué...

Los dos se miraron y luego bajaron la cabeza. No se atrevían a más.

—La verdad, hase mucho ya—se encogió de hombros uno de ellos finalmente.

Y así, de buenas a primeras, nos hicimos invisibles para ellos. El tal Julián volvió a su periódico y el otro, Fermín, se puso a limpiar navajas y tijeras. Miré a Carlines que negaba con la cabeza. Punto muerto. Allí ya no había más que hacer.

Nos levantamos del sillón y les dimos las gracias por todo.

—Espero que tengan suerte y que encuentren a sus parientes, muyayo.

—Eso espero —dije—. Aunque lo mismo una señora de por aquí puede decirme por dónde andan. Se llama Mamá Patrice, ¿les suena?

Don Julián dejó su periódico y posó un dedo en sus labios.

—Muyayo, aquí ese nombre no se pronuncia. Ni se te ocurra volvé a haserlo, ¡a ninguno de los dos! —nos advirtió—. Seáis quienes seáis lo mejor es que deis media vuelta y no sigáis metiendo la cuchareta en ese asunto.

—Pero... —repuse.

—¡Chitón! Ese es mi consejo. Así que ya van echándola de aquí y no vuelvan nunca más.

Capítulo 3

De vuelta al hotel hicimos el camino con el ánimo a rastras. Habíamos confirmado lo que ya sabíamos pero poco más. Ahora tocaba esperar. En realidad la pelota siempre había estado en el tejado verde del mulato de Wall Street. Era él quien debía mover ficha. Y el único que sabía cómo quitársela era el viejo Thomas. Quizás por eso estaría aún tan tranquilo en su cama moviendo a ronquidos las cortinas de la suite.

Debía ser mediodía cuando regresamos a la Quinta Avenida. A esa hora hacía menos frío. Las calles se quemaban bajo un paño de luz blanca que volaba raudo por toda la avenida. No dijimos ni *mu* en todo el rato. Carlines se devanaba los sesos al mismo tiempo que yo. La historia encajaba y sus personajes también, aunque con alguna ligera variación. El viejo Samper siempre me había contado que era su hermano el dueño de aquella franquicia de ibéricos. La realidad pintaba bien distinta ahora. Desde el relato de doña Ana en San Nicolás la cosa había cambiado. El nombre de Helena era la clave en todo este asunto y a buen seguro el Miguel de la historia del pianista era su hermano, Miguel Terrados. Nadie recordaba el apellido Samper porque nadie que tuviera un negocio de ibéricos se apellidaba así. Los peluqueros no recordaban ese nombre. Pero sí el de Mamá Patrice, aquello era una realidad. Tan real como que Samper no me había mentado en ese punto.

Christian Samper había hecho de padre de dos pequeños que no eran suyos: les había dado su apellido, un lugar en el mundo, una oportunidad en la vida, más de lo que cualquiera habría hecho de estar en su pellejo, más de lo que pudo su pobre madre, Helena Terrados, mucho más que su propio padre,

el rico Nicolás Abreu, por no hablar de la imaginaria Edeline Somier. Ya había quedado claro que Edeline Somier y Arcadi eran la misma persona, una oveja descarriada que se divertía en los cabarets de París disfrazándose de mujer, una historia que el viejo pianista había usado a su conveniencia. Había sido muy listo. La mejor forma de borrar sus huellas había sido regresando sobre las mismas con el paso cambiado. Lo tenía todo estudiado. ¿Pero por qué razón? ¿De qué huía el viejo Samper? ¿De quién?

Con lo que nunca contó fue con la perseverancia de aquel niño con el disco de su madre a cuestas, un niño que solo quería saber la verdad. Y con la verdad siempre se corría el riesgo de encontrarla. El resto de conjeturas que explotaban en mi cabeza solo eran probabilidades. Y más allá no había más que tinieblas.

En ese momento Carlines mencionó algo de adelantar el paso. Al parecer no era el único con explosiones en su interior. Aunque las suyas eran distintas.

—Me va a tener que disculpar usted, don Martín, pero es preciso y urgente que vaya ya a poner una conferencia *ipso facto* —alertó—. Vamos, que me cago vivo.

—Por favor, faltaría más.

Carlines se marchó corriendo avenida arriba con una mano agarrándose el cinturón y la otra enarbolando un pañuelo blanco. Era una emergencia en toda regla. Más valía no estar cerca en el momento. Rogué al cielo que para cuando llegase al hotel, todo el mal del que era capaz de fabricar su barriga se hubiese extinguido ya. Por si acaso decidí hacer turismo de escaparate, dejando crecer una distancia prudencial de por medio. Además todavía tenía en mente hacer unos cuantos regalos a doña Ana e Isabela si no quería vivir bajo el Puente de la Nicoba a mi regreso. Y eso contando con que viviría lo suficiente para volver a verlas.

Comencé un largo peregrinaje de tienda en tienda sin encontrar el valor suficiente para cruzar el umbral de ninguna. A todo esto, ni siquiera sabía el dinero que tenía en el bolsillo. Tampoco me atrevía a contarle en mitad de la

calle temiendo portar en mis pantalones toda una fortuna. ¿Cómo era posible que Sebastián Morell tuviera a mano tal cantidad de dólares? Sin duda alguna aquel hombre estaba preparado para cualquier contratiempo y a buen seguro almacenaba todo tipo de divisas en algún lugar de su casa. ¿Cuánto dinero podía tener aquel coleccionista, un tipo capaz de fletar un barco y movilizar una tripulación entera para tres personas? La respuesta era todo un misterio.

—¿Quién demonios eres, Morell? —me escuché susurrar ajeno.

A medida que las nubes correteaban, la avenida iba mudando de color. Por un rato el sol puso la mano por delante y toda la calle quedó silenciada en sombras. De repente, bajo un rótulo que ponía *Blue* encontré el reflejo de un muchacho terriblemente cansado. Tenía mal aspecto. Bueno, en realidad no tanto, podría tenerlo mejor. El peso de las ojeras estaba ahí mismo, colgando bajo unas pupilas soñolientas, y bajo la ropa, sentía un cuerpo molido y oxidado. Lo cierto es que estaba tan cansado como Carlines y Matt. O quizás más. Lo que llevaba por dentro estaba acabando conmigo. Además ya iba necesitando una ducha y también un afeitado. En cuanto llegara lo discutiría con el espejo.

Al otro lado del cristal una colección de maniqués con forma de mujer me rehuía la mirada. No se lo tuve en cuenta. Con este aspecto era lo más normal. Los muñecos portaban las últimas tendencias y los mejores complementos de temporada. Mangas cortas y amplios vestidos de cintura alta y falda voladiza se adelantaban a la primavera en mitad del invierno. Los escaparates comenzaban a tomarle la delantera al tiempo. Me fijé en un par de bolsos y unos broches y los imaginé acompañando a Isabela y doña Ana al cine, al teatro... Bueno, quizás también pudiera llevarle algo a Merceditas, a fin de cuentas ella era parte de la clave del éxito en *El buen desvestir*. Y también estaba Beatriz, la secretaria de Jota Jota. Quizás era el momento de echarse para adelante con ella. Me prometí en ese instante que así sería de sobrevivir a lo que viniese por delante, ya iba necesitando una mujer, no quería pasarme el resto de mi juventud visitando pisitos como Carlines,

aunque él lo hiciera por amor. Eso sí, si quería conquistar a una princesa tenía que contar antes con el beneplácito del rey. Y ahí era donde entraba en juego Jota Jota. Menos mal que dos calles más abajo ya le había echado el ojo a un estanco. Al menos podía fantasear en conservar mi trabajo a base de cajas de puros.

El sol volvió a hacer pantalla y de repente dejó ciego el cristal. No había manera posible de ver los precios. A punto estuve de entrar pero me quedé en el primer escalón. No me atreví a hacerlo, con esas pintas no y menos con un inglés tan vulgar. Miré al sol y esperé un poco más a que una nueva nube se posara allí mismo. Cuando desapareciera su reflejo comprobaría los precios y luego me iría al hotel. Allí contaría tranquilamente el dinero que me hiciera falta, me daría una ducha, un buen afeitado y luego volvería con el viejo Thomas para que me ayudase a gastar una cantidad indecente de dinero. En cuanto la sombra volvió a cubrir el escaparate, los maniqués regresaron a mis ojos por arte de magia. Me apoyé en el cristal y busqué tras él las dichas etiquetas. Me daba miedo incluso mirar los precios. Aquello no iba a ser *El Barato* ni Almacenes *El Siglo*. Estábamos hablando de la Alta Costura, del *Prêt-à - porter* ese al que se refería Isabela cada dos por cuatro. Pero nada, por más que buscara, ni etiquetas, ni precios. Había que entrar.

De entre los maniqués apareció de repente una chica rubia con el pelo recogido. Era joven, demasiado joven para llevar esa bata blanca de sastre que la cubría de la cabeza a los pies. Debía tener más o menos mi edad. A buen seguro era la benjamín del enjambre de empleados que correteaban de un lado para otro en el local, procedente de algún taller de costura contiguo al establecimiento. En ese momento su cometido era asegurarse de que todo estaba en orden. Sus muñecas debían ser únicas en la Quinta Avenida. La vi coger entonces uno de los bolsos que tanto me había llamado la atención. Todavía no sé cómo mis nudillos se lanzaron solos a golpear el cristal y a llamar su atención. Ahora sé que si no lo hubiese hecho nada de lo que vino después habría sucedido. La chica se volvió para mirarme. Mis dedos

hablaron por mí. *¿Cuánto?*, quisieron saber. No hubo respuesta. En lugar de eso la chica se me quedó mirando, muda. Y entonces ocurrió.

El bolso cayó con estrépito a sus pies y enseguida la vi llevarse las manos a la boca, mirándome. Se quedó allí clavada frente al mendrugo que tenía delante. Fue cuestión de un par de segundos, los más largos de toda mi vida. De repente pensé que si en ese instante la muerte me encontraba, lo último que pasaría por mis ojos no sería un carrusel de imágenes o de recuerdos. Nada de eso. Sería todo lo que aún me quedaba por vivir; la chica había visto un fantasma, uno de carne y hueso, de los de verdad. Bajo esas fachas de provinciano supo reconocer aquel muchacho de catorce años, su mirada y su cicatriz bajo el ojo. Y yo a ella. Tan solo me hizo falta saber que sus ojos seguían siendo igual de verdes y almendrados que aquel verano que los vi brillar por primera vez en la Playa del Vigía. Así era como el destino escribía en su libro la vida de cada persona. A traición.

Y de esa manera, siete años y un océano de por medio después, la fe en las segundas oportunidades me había devuelto a Sofia Schmidt.

Capítulo 4

Lo primero que hizo Sofía al verme fue salir corriendo al interior de la tienda. Pasó como un vendaval entre los dependientes sin importarle derribar carpetas y muestras de tela en su huida. Alguien se dio cuenta de mi presencia y supo enseguida que yo debía ser el responsable de aquello. Un empleado fue hasta la puerta para gritarme algo que no entendía, le faltó escupirme a la cara y darme las buenas tardes. Después de eso me cerró la puerta en las narices. Otro que masticaba palabras. Allí todo el mundo tenía hambre. Pero nada de eso me importaba en absoluto. El mundo entero había dado una vuelta de ciento ochenta grados sobre mí y esta vez me había pillado con los ojos abiertos. Al instante otros cuantos dependientes se agolparon al cristal de la puerta y me espantaron de allí con la mano. No quise llamar más la atención y me aparté hasta quedar fuera de su línea de tiro. Crucé a la otra acera y esperé.

Durante algo así como un par de horas me estuve armando de paciencia. No me atreví a moverme de allí en todo el rato, llevaba años haciendo cola para volver a verla y ahora no se me escaparía. Después de tanto tiempo no me importaba esperar un poco más.

—Siete años... ¡Siete años! —pensé en voz alta.

Me hubiese gustado dar un salto al hotel, ducharme, afeitarme y colgarme mi mejor chaqueta de dandy que indudablemente allí sería un ejemplo de mal gusto. Pero no podía arriesgarme a perderla de nuevo. No, otra vez no.

Cuando la lluvia regresó para hacer de las suyas, los empleados de la tienda comenzaron a salir a la calle. Yo me encontraba al otro lado del arcén, había encontrado refugio bajo el periódico que alguien había tirado a la

basura, con el estoicismo de un francotirador que solo llevara una bala. Y así esperé y esperé hasta que llegó mi oportunidad. Entonces el último de los empleados cerró la puerta y bajó una malla metálica armada de candados hasta los dientes. Ni rastro de Sofía. Conté hasta un total de once personas pero ninguna era ella.

¿Y si se había olvidado de mí para siempre? Era lo más seguro. «Vamos, Martín, han pasado más de siete años», me dije a mí mismo, «estas cosas no duran toda la vida». Y tenía toda la razón. Solo había sido un instante, nada más. Un verano, acaso un par de días que duraban en la memoria lo que una gota en un vaso de agua. Ni se acordaría de hecho. «Estás haciendo el tonto, Martín», volví a increparme. Al menos podría haber dicho *Hola, Martín, ¿cuánto tiempo?*, y después como una buena chica rechazarme con la excusa de que tenía mucho trabajo y que no se podía parar, decirme de quedar para tomar algo y luego dejarme tirado. Así de simple. «Anda, vete a la cama de tu hotel y tápate la cabeza y no te despiertes hasta el año que viene». Ojalá tuviera tanta suerte.

Minutos después, un grupo de seis mujeres apareció por la misma esquina. Se despidieron entre ellas y luego cada una se fue por su lado. Todas excepto Sofía. Allí estaba, viva y hermosa bajo la lluvia, mirando a todos lados, buscándome. No había otra razón para quedarse allí parada. Al poco me localizó justo enfrente, a través de la manada de coches amarillos. La saludé tímidamente como si la mano me colgara de la muñeca. Ella agarraba con una mano un paraguas y con la otra era como si preguntara «y ahora qué». Aguardé impaciente a que el semáforo estuviera en rojo. Morir atropellado justo cuando el amor de tu vida espera enfrente habría sido el peor final posible. Romántico pero al mismo tiempo patético.

Cuando por fin crucé, toda la avenida enmudeció. Ya no había ruido ni nada de eso. No había coches, no había bocinas, no había gente gritando, ni música, ni nada por el estilo. Era como si solo fuéramos los dos únicos habitantes en toda la calle. Ella y yo. El mundo una vez más se había parado

para nosotros. No me lo podía creer. Estaba entrando bajo su paraguas y aún no me lo podía creer. Sus ojos revoloteaban nerviosos sobre mi cara, sus labios dibujaron una tímida expresión de asombro, de no saber si realmente aquello era de verdad, y a través de su boca entreabierta pude ver aquel diente ligeramente ladeado que formaba parte de su encanto personal. Sofía Schmidt, al fin te tenía de nuevo.

Una sonrisa se me escapó de entre los dientes y cuando finalmente estuvo a punto de hacer lo mismo, a ella lo que se le escapó fue la mano, directa a mi cara. Así, sin anestesia. Y entonces el mundo volvió a girar de nuevo.

—¡Te escribí cinco cartas y no me contestaste a ninguna de ellas! —dijo furiosa mientras aún me estaba recuperando del tortazo—. Martín Vázquez, eres un ser despreciable. Solo quería decirte eso. ¡Hasta nunca!

Sofía dio media vuelta con estudiada astucia y marchó avenida abajo.

—¡Sofía! —corrí tras de ella—. ¡Sofía, por favor!

Un rastro de paraguas agujoneaba el olor a comida que tenía por techo la Quinta Avenida, sin duda debía ser la hora de comer. Imaginé a los grandes chefs de la zona poniendo ventiladores delante del menú del día para captar el mayor número de adeptos. El que tuviera el ventilador más grande ganaba la partida. Y es que en Nueva York no bastaba más que mirar hacia arriba para saber que el tamaño allí sí que importaba. Choqué con un par de personas en pos de Sofía y de camino me gané algún que otro piropo de dudoso calado. Dos calles más abajo conseguí darle alcance.

—¡Sofía...! —dije ahogado— ¡Por favor, no corras! Hoy no estoy para olimpiadas, de verdad.

—Me da igual.

—¡Por favor, escúchame, te lo suplico! —le pedí mientras aún recuperaba el aliento—. Hemos llegado esta misma mañana y estoy destrozado. Llevo días sin dormir, comiendo mal... Por favor, no hagas esto.

—¿Qué no haga qué? —dijo enfadada—. ¿Y lo que me hiciste tú?

—¿Qué hice yo? —pregunté.

—¡Nada! No hiciste nada. ¿Te parece poco? —me recriminó—. Cinco cartas, ¡cinco! Y no contestaste a ninguna. Pero bueno, no hay mal que por bien no venga.

—¿A qué viene eso ahora?

—Viene a que nunca sabes cómo son las personas hasta que te fallan. Creí que eras distinto, Martín. Al final eres como cualquier otro, un niño jugando a ser un hombre.

—Sofía, yo no recibí ninguna carta, de verdad —me excusé.

—Martín, ya sé que el servicio de Correos no es precisamente el paradigma de la comunicación en España, pero todas no se van a perder por el camino.

—¡Te lo juro! —le aseguré—. Sofía, por favor, ¡créeme! Nunca recibí ninguna carta. ¿Por qué no me crees?

—Porque ya no me importa.

Sofía al fin se paró. Me llevaba a un ritmo endiablado.

—¿Qué quieres decir con eso?

No quería contestarme. Ni siquiera quería mirarme. Antes prefería entretenerse con el suelo.

—¿Qué es lo que ya no te importa, Sofía? —repetí.

—Mira, Martín, no tengo tiempo para niñerías —dijo—. Necesito ir a casa a comer algo y descansar un poco. Dentro de un rato tengo que volver a entrar. Hay unos cuantos encargos que tienen que estar terminados esta noche antes del cierre.

La miré de arriba abajo con una sonrisa a media asta.

—Al final conseguiste lo que querías —dije—. Eres modista.

—Sí... Bueno no, aquí soy solo sastre —respondió cansada—. ¡Ahora tengo que irme!

—¡De acuerdo, pero antes dime por qué ya no te importa! Hace un momento me has abofeteado ahí arriba y ahora te da igual. ¡No lo entiendo!

—Por favor, tengo prisa. Además te estás empapando y la gente está

mirando.

—¡Me da igual! ¿Qué quieres decir con eso de que ya no te importa? — insistí.

—Martín, por favor... —rogó.

—Dímelo y desapareceré, aunque sea con el corazón roto —dije.

Sofía resopló.

—Dime: ¿por qué ya no te importa?

—Porque solo éramos unos niños, porque fue cuestión de unos días y porque ya ha pasado mucho tiempo desde entonces. Ni siquiera sé ya cuánto tiempo...

—Han pasado siete años —le interrumpí—. Es el mismo tiempo que llevo esperando saber de ti. Te he esperado cada verano, Sofía. He ido cada día de cada verano hasta Colón para cruzar juntos a la Playa del Vigía. ¿Lo recuerdas? Quedamos en eso. Yo aún me acuerdo.

No sabía que decir. Se había quedado sin palabras.

—A veces llegaba hasta allí andando, otras veces iba en el tren del Paseo —dije para su información—. Este último verano ha sido más fácil. Tengo una moto, sabes. Me la regalaron entre doña Ana e Isabela, que por cierto montaron una tienda, de moda también. Bueno, de moda interior —corregí—. *El buen desvestir*. El nombre se me ocurrió a mí.

Todo aquello sonaba muy bien, tanto que me miraba con recelo, frenando cualquier amago de reconciliación. La tomé del brazo y me acerqué un paso más aún bajo la lluvia.

—Sofía, he mirado cada día del año el retrato que hice de ti, cada trazo, cada línea de expresión. No he querido olvidarte nunca. Y créeme, ha sido lo más tortuoso que he hecho en mi vida, puedes apostar a que sí —confesé—. Aunque bueno, hablando de cosas duras, también puedo decirte que estuve una buena temporada fumando tinta en la imprenta del periódico en el que trabajé. Luego me dediqué a hacer esquelas, pero ahora soy periodista. Bueno, a día de hoy no sé si lo sigo siendo porque me vine hasta aquí sin avisar. Me da miedo

pensar lo que me pueda encontrar cuando vuelva. Pero bueno, siempre habrá algún marido que quiera saber si su mujer le pone los cuernos. Quién sabe. Nunca deseché del todo tu idea de ser detective privado.

A esas alturas, Sofía negaba con la cabeza y su boca ya no era una línea dura.

—Incluso puede que necesite una secretaria —sonreí—. A poder ser rubia y guapa.

—Eres un idiota —sonrió por fin.

—Es cierto. Pero lo que no soy es ningún mentiroso —le aseguré—. Te juro por Dios que nunca he recibido ninguna carta, Sofía. Llevo años esperando al menos una para saber dónde mandar la siguiente. Tienes que creerme, por favor.

Aún no estaba muy convencida del todo.

—¿Y qué ha podido pasar? Yo misma las metía en el buzón. No me fiaba de dárselas al cartero que venía a entregar y recoger cartas al internado. Allí dentro eran muy estrictos. Si descubrían que manteníamos algún tipo de contacto con un chico, les informaban a nuestros padres de ello... Aunque ya sabes que eso a mí me daba igual. Aún así, por si acaso, cuando salíamos a la calle, lo primero que hacía era ir a un buzón, el que estuviera más lejos del internado. Nunca quise que interceptaran ninguna de mis cartas.

—¿Estaba bien escrita la dirección?

—«Martín Vázquez, Calle Rico 20, Huelva» —recordó de carretilla.

—¿Iba con remite?

—Claro, iba a mi nombre: Sofía Schmidt.

—¿Y dices que fueron cinco?

—Sí, como los lobitos y los deditos —se burló.

Como un chispazo, en mi cabeza fue tomando forma una ligera idea de lo que había podido pasar.

—Es posible que esas cartas se traspapelaran con la correspondencia de la tienda. Es la misma dirección. Está justo debajo de casa. Y además durante

el primer año fue un auténtico jaleo. Isabela y doña Ana me ponían de los nervios.

—Sí, pero puede traspapelarse alguna, no todas —insistió.

Y era verdad. Pero no iba a decirle que también tenía en mi cabeza a una sospechosa habitual. Isabela debía andar detrás de todo eso. Ella y sus miedos a perderme de vista desde y para siempre. Seguramente se echó a temblar en cuanto vio el nombre una chica alemana escribiéndole cartas a su sobrino desde Madrid. El sobrino que había criado como su propio hijo. Isabela... ¿Qué iba a hacer con ella?

—Lo sé y es algo que me gustaría averiguar en cuanto llegue —dije después de pensarlo—. Pero ahora lo importante es que te he encontrado. ¡Nos hemos encontrado!

De repente el tabique invisible que nos separaba desapareció. Sofía, agarrando con una mano el paraguas, viajaba con la otra por mi cara. Cerré los ojos. Nos imaginé en la playa del vigía, una mañana junto al mar, la brisa corriendo de lado, el mar haciendo espuma en la orilla y el mundo entero su nido dentro de una caracola. Parecía haberme leído el pensamiento. Estaba sonriendo. Nunca antes nadie me había acariciado como lo hacía ella.

Cuando sus dedos se pincharon con mi barba, torció el gesto.

—Estás hecho un asco, Martín.

—Lo sé —reí.

—Antes has dijiste «hemos». ¿Quiénes habéis llegado esta mañana? —preguntó curiosa.

Las mujeres nunca se dejaban nada por el camino.

—Mi amigo Carlines, el viejo Matthew Thomas y yo.

—¿El viejo Thomas, el inglés de la playa? —preguntó torciendo el gesto—. ¿Ese?

—El mismo que viste y calza.

—¿Y tu amigo Carlines, ese amigo Carlines del que me hablaste? ¿Tu mejor amigo? —quiso saber.

—También.

—¿Y dónde están ahora?

—Al señor Thomas lo dejamos hace unas horas en el hotel mirándose por dentro. Carlines hace un rato ya que salió pitando en la misma dirección. Tenía una urgencia.

—¿Y eso?

—Digamos que tenía que hacer algo que nadie puede hacer por él, no sé si me entiendes.

—¿Y se puede saber qué hacéis los tres aquí, en Nueva York?

Ahí me había pillado. A ver qué le contaba ahora. No iba a decirle que venía a buscar a la única persona que podía sacar de la cárcel al hombre al que mandó matar su padre. Porque Karl Schmidt era su padre, un hombre con las manos manchadas de sangre. Por dos veces. Pero ella no tenía nada que ver con él. Y eso saltaba a la vista.

—¿Me está interrogando usted, señorita Schmidt?

—¿Se ha quedado sin coartadas, señor Vázquez?

Me escabullí de su mirada y miré al cielo esperando a que sonara alguna campana que me salvase. En lugar de eso encontré el vórtice de la tormenta sobre mi cabeza. Hasta entonces no me di cuenta de lo empapado que estaba. Acabaría cogiendo una pulmonía. Mientras tanto Sofia continuaba bajo su paraguas.

—¿Puedo? —le pedí permiso.

Sofia me hizo un hueco junto a ella.

—Siento haberte abofeteado —se disculpó.

—Eso no importa ahora —le quité importancia—. Ojalá pudieras darme una bofetada cada día.

Permanecimos así un largo rato en silencio. Sobraban las palabras. Por un momento me vi reflejado en sus ojos y sentí que mi alma se me escurría de entre los dedos para siempre. Ya no querría despertar cada mañana en otra prisión que no fueran sus ojos.

—¿Y tú, qué haces tú aquí en Nueva York? —pregunté—. Te hacía en Madrid o en Londres.

—¿Cómo sabes tú eso? —quiso saber.

—Me lo dijo Norma Estrada.

—Ah, esa bruja... —soltó con desprecio.

—Bueno, señora modista, ¿cómo has acabado aquí, en la ciudad de los rascacielos, en la calle más cara del mundo?

—Yo he preguntado primero —se adelantó.

Contesté la primera tontería que se me vino a la cabeza. Lo que fuera con tal de verla sonreír de nuevo y de escaquearme de la verdad.

—No te lo vas a creer: estamos de despedida de soltero —se me ocurrió decir.

—Estarás de guasa, ¿verdad?

—No, nada de eso. Celebramos un funeral por todo lo alto.

—¿Y a quién hay que darle el pésame, a tu amigo Carlines?

—No —respondí entre risas.

—No será a ti, ¿verdad?

—Dios me libre.

Sofía enarcó una ceja.

—¿El viejo Thomas?

—Sí, señorita —contesté—. El viejo Thomas.

—Pero si es muy mayor. ¿Qué edad debe tener?

—Las últimas pruebas del Carbono 14 han revelado que anda cerca del pleistoceno, posiblemente se quedó congelado entonces y ahora parece que solo tiene ochenta años.

—¿Ochenta años? Entonces es por amor —rió—. Anda, tómale el pelo a otra.

—Tú es que no te has visto la cara.

—Eres un idiota.

—No te enfades que estás muy guapa.

—Déjate de rollos, cuentista.

—Mira, hagamos una cosa. Esta noche te recojo, te invito a cenar donde tú quieras y te cuento la verdad.

—¿Por qué no me la cuentas ahora? —preguntó.

—Porque tienes que comer algo y descansar —contesté—. Además es una historia muy larga. No me daría tiempo a contártela toda en un momento.

—Sí, claro, así tienes toda la tarde para inventarte otra majadería —sonrió sin aprobarlo.

Una vez más la risa se me escapaba por la nariz.

—Bueno, ¿hay trato o no?

Se tomó la libertad de pensarlo con una sonrisa maliciosa que era toda una delicia.

—Lo pensaré mientras tanto.

—¿A qué hora pues?

—A las ocho —fijó la cita—. Si a las ocho no estás aquí me iré.

—Aquí estaré —dije.

—¿Dónde está tu hotel?

—Un poco más arriba.

—Vale, ¿pero cuál es?

—El Plaza.

Sofía volvió a sacar las cejas fuera del mapa.

—De verdad, no estoy de broma —le aseguré.

—Martín...

—Ya te he dicho que es una larga historia. Y prometo contártela toda esta noche. Tienes mi palabra.

—Espero que así sea. No me gusta perder el tiempo —quiso dejar claro.

—Eso no pasará —le aseguré—. Pero tú también tienes que contarme tu historia. Quiero saberlo todo.

—¿Todo, todo? ¿Estás seguro? —me previno.

—Asumiré el riesgo —contesté.

—Pues a las ocho —convino.

—A las ocho.

Había llegado el momento de despedirse, pero solo hasta la noche. Sabía que la espera duraría siglos, pero eso era mejor que nada. De momento tocaba decir adiós o hasta luego. Y no sabía cómo hacerlo. Tenía tantas ganas de besarla... Pero no quería meter la pata. Ahora no. Después de tanto tiempo ni se me ocurriría. Y aún así, quizás era precisamente eso lo que ella estaba esperando. En lugar de eso la abracé.

—Solo voy a soltarte por esta vez —le susurré al oído—. No voy a dejar que te me vuelvas a ir otra vez.

Después de mi amenaza le di un beso en la cara y salí de su paraguas sin mirar atrás. Cuando llevaba unos metros me llamó.

—¡Martín! —gritó.

Me volví. Estaba sonriendo.

—¿Qué pasa?

—¡Haznos un favor a los dos!

—¿Cuál?

—¡Aféitate!

Quedaba claro que las mujeres siempre tenían que decir la última palabra. Se dio media vuelta y cruzó la carretera bajo su paraguas. Me quedé un rato mirándola al abrigo de la lluvia hasta que se perdió en el horizonte de la Quinta Avenida.

Capítulo 5

Llegué al Plaza prácticamente hecho un charco. Un vagabundo y yo, primos hermanos. Lamentable. No obstante, a pesar de las pintas, no encontré reparo en subir a la habitación, mayormente porque en cuanto entré, el jefe de la recepción dio el aviso a un par de tanques con traje a rayas que me llevaron en volandas con la punta del dedo hasta el ascensor. Fueron tan amables que ni dejaron al ascensorista darle al botón, como para discutirse. Solo sus mandíbulas ya daban miedo. Otros que masticaban palabras, de plomo, las que se les habían quedado duras del día anterior.

La habitación de nuestro palacio real estaba abierta. Un ejército entero de malas caras y trajes abultados esperaba dentro. Al fondo, en el sofá isabelino, estaban sentados Carlines y Matthew Thomas, amordazados como dos niños buenos. La cosa se ponía fea. Junto a ellos el mulato de la torre de Wall Street se alegró mucho al verme.

—¡Hombre, Martinito! ¡Por fin llegó el compadre! —gritó con una enorme sonrisa que cogía todo el salón—. ¡La persona que todos estaban esperando, broder!

El mulato me miró de arriba abajo y silbó con el ceño fruncido.

—Chacho, ¿tas pasao antes de subí por la piscina del hotel o qué?

—No, sus niñeras no me han dejado hacerlo.

El mulato rió como si aquel fuese el chiste más gracioso que había escuchado en su vida. Su sonrisa de caballo contagió a todo el mundo excepto a nosotros tres. A pesar de ello nos tuvimos que aguantar. Por un minuto las carcajadas se adueñaron de la suite. No era buena señal. El mulato dejó de

reír de repente y le cortó la respiración hasta al aire. Dio unos cuantos pasos y se colocó a un palmo de mí. Hasta entonces no me di cuenta de que estaba sudando, tanto como yo. Debía hacer calor allí dentro, pero yo estaba demasiado mojado para darme cuenta.

—Ete de aquí —señaló a Carlines— me ha dicho que eres tú quien quiere hablá con Mamá Patriss. Eres tú el portador del mensaje. Dime, ¿cuál es?

—Solo hablaré con ella.

Había pasado demasiados percances como para dejarme avasallar ahora por un mono sonriente.

—¿Tú tas creío que pués negosiá conmigo, blanquito? Aquí las normas las pongo yo. Tú me dises lo que ta traío hasta aquí y yo se lo transmito a ella. Y luego, la doña deside.

Antes de responder contemplé la escena. Matthew Thomas permanecía firme como de costumbre, impasible. A su lado, Carlines aún no se decidía a estar asustado o enfadado. Si salíamos de esa me leería la cartilla, ¡encima! Pero mejor eso que nada, había que salvar el cuello como fuera. Empero, me mantuve en mi sitio.

—No hay trato —contesté.

El mulato resopló por la nariz. Su paciencia estaba llegando al borde del vaso.

—A ve si comprendes, broder. A mí no me cuesta na daros matarile aquí mismo. El hotel es nuestro —quiso dejar claro por si quedaba algún rezagado allí dentro que no se hubiera enterado—. ¿Lo entiendes ya, caricato? Mis muchachos pueden haserlo ahora mismo. Y lo mejor de todo, sin ruido.

A una orden de su mano, el ejército descubrió sus armas. Todas estaban adornadas con un canuto al final del cañón. Tragué saliva.

—Bueno qué, ¿me lo cuentas, primo?

—He dicho que solo hablaré con ella —continué firme—. Así que ya pueden preparar al servicio de limpieza. Tenemos la sangre muy espesa.

Tras él, Matthew Thomas asentía orgulloso; a su lado, Carlines me

despellejaba con la mirada. El mulato dio una vuelta en círculos mirando al suelo. No debía estar muy acostumbrado a que se le resistieran.

—Bueno, también es verdá que se puén da asidentes en las habitaciones de hotel —dijo como alternativa a las pistolas al tiempo que chasqueaba con los dedos—. Basta con inclinarse un poco por la ventana y... ¡Adiós y muy buenas!

Dos de sus hombres cogieron al viejo Thomas y lo arrimaron hasta a la ventana más cercana. El mulato se acercó y le quitó la mordaza de la boca.

—¿Una última petisión, abuelo?

El viejo Thomas me miró con angustia. Jamás se le había pasado por la cabeza que así terminaría todo. Como una tortilla en mitad de la calle. Aún así, tenía más huevos que todos los que estábamos allí dentro.

—*Scarface*, mientras tú te apañas con el mono este yo voy a tomar el aire.

—Dicho y hecho, broder —sentenció el mulato.

Sus matones abrieron la ventana y sacaron la mitad de Matthew Thomas a pasear entre las nubes.

—¡Sí, señó, a eso lo llamo yo salí a tomá el aire! —bromeó el mulato—. Bueno, Martinito, tú dirás.

Miré a Carlines. Estaba colorado. Dos lagrimones le cortaban la cara. Sabía que el siguiente era él y eso no le hacía nada de gracia, todo lo contrario que el viejo Thomas que reía y aullaba desde fuera como loco a pleno pulmón el *Dios salve a la reina*. Aquello era de locos. Me abalancé sobre los gorilas al tiempo que unos cuantos me placaban por atrás. Sentí las costillas y el alma prensadas bajo toneladas de músculo y metal. Desde el suelo solo podía verle los talones al viejo Thomas, escurriéndose entre los brazos. El final estaba cerca. Lo tenían colgando a cien metros de altura, ahí se acababa todo. Grité su nombre.

Y entonces pasó algo.

La puerta de uno de los dormitorios emitió un chirrido a nuestras

espaldas. Todo el mundo se quedó quieto. Automáticamente, los matones dejaron de usarme de alfombra y se levantaron enseguida. El mulato entonces dio la orden de meter al viejo para dentro. Cuando lo hicieron el inglés aún canturreaba el himno de su país. Alguien le dijo que se callara y obedeció.

El mulato me sonrió y me tendió la mano ahora con amabilidad.

—Anda, levántate, chacho.

Por el camino sentí un par de «cracks» gritando dentro de mí, estaba roto, lo normal después de que una manada de elefantes se me hubiera sentado a tomar el té sobre el lomo. Ahora, como si aquello fuera un tablero de ajedrez, las piezas recuperaron su sitio en el salón como al principio. El mulato me ayudó a ponerme de pie y de paso a quitarme el abrigo de encima. Estaba empapado. Luego me colocó el cuello de la camisa en su sitio y me puso la raya al lado en la cabeza. Me miró como una madre resuelta después de arreglar a su niño y me sonrió con expresión condescendiente.

—Estás hecho un asco, broder —me dijo con presunta familiaridad.

—Ya lo sé. Hace un rato me lo ha dicho una chica —le contesté sin pararme a pensar lo que le decía.

—Será guapa, ¿verdá? —se interesó.

—Para mí es única en el mundo, no he visto nunca una igual —dije como si le conociera de toda la vida—. Y he quedado con ella para cenar, esta noche. No puedo llegar tarde, no puedo volver a perderla.

La vida de mucha gente se decidía allí mismo y de repente a mí me preocupaba llegar puntual a una cita con una chica.

—No te preocupes —sonrió—. Si llegas, lo harás a tiempo, compadre.

Su respuesta no me convencía del todo.

—Sí, eso espero. Porque es toda una dama.

—Po ahí dentro te espera otra. Y esa es la que me importa a mí —me dijo para que no hubiese ningún tipo de malentendidos—. Si no le gusta lo que tienes que desirle, posiblemente sea la muerte lo mejor que te pueda pasar, *¿of corse?*

Asentí preparado para ver por fin a Mamá Patrice.

—Po no la hagas esperar. Andando.

Tomé aire y luego giré sobre mis talones. El viejo Thomas cerró el puño con fuerza y asintió con la cabeza. Carlines aún con la mordaza en la boca me miró como si lo hiciera por última vez. Quienes no lo hicieron fueron los matones, no les apetecía ver andar a un muerto viviente. Antes de cruzar el umbral, el mulato me llamó.

—Buena suerte, Martinito. Te va a hasé falta.

En cuanto puse un pie más allá de la puerta noté los pelos de punta. Allí dentro olía diferente. Era como si de repente hubiese entrado en un sitio totalmente ajeno del que había salido. Pero no estaba solo. Sentí una presencia a mi espalda. Una respiración achacosa. Estaba asustado. Me hubiera encantado salir corriendo de allí, pero no podía. Estaba paralizado, el miedo se abría camino por mis venas. Ni me atreví a darme la vuelta.

—¿Mamá Patrice? —me atreví a probar suerte.

La puerta se cerró a mis espaldas de un golpe y el mundo entero se fundió en un soplo de oscuridad.

Capítulo 6

Algo me rozó el brazo. Cuando miré a mi lado vi una mano emerger de la oscuridad, una mano alargada, huesuda y afilada. Apuntaba a la cama con la convicción de quien está acostumbrado a ser obedecido sin más. Y así hice. Sin mirar atrás caminé hasta la cama y me senté en ella. Junto a la almohada, sobre una mesilla de noche, una llama se mecía tímidamente dentro de su cánula de cristal. Era curioso. Alguien había preferido encender un candelabro en lugar de la lámpara de corriente que dibujaba la llama. Quizás para que no me sintiera solo allí dentro. Y funcionó. Me consoló saber que no era el único prisionero en aquella habitación. Ella en su cárcel de cristal y yo en la mía de oscuridad.

—¿Quién *egues*? —dijo una voz agrietada frente a mí.

Era la voz de una mujer, una voz con un ligero acento francés, criollo francés, el que mezclaban las capas bajas haitianas. No cabía la menor duda. Era ella.

—¿Mamá Patrice? —volví a preguntar.

—¿Porqué preguntás lo que es evidente?

—No lo sé... ¿Quizás porque tenga miedo? —ni de eso estaba seguro.

—¿Y aún preguntás si lo tienes? —preguntó enigmática—. Deberías teneglo. ¿No es acaso eso lo que aún te mantiene con vida, *garçon*?

—No lo sé. Ya no sé nada.

—*Magtín*... —pronunció mi nombre—, ¿por qué me persigues?

Dos puntos blancos comenzaron a materializarse frente a mí, dos esferas que poco a poco se iban agrandando. Las tenía justo delante. Cuando

estuvieron lo suficientemente cerca descubrí que eran sus ojos. El resto de sus facciones quedaron ocultas.

—Esta mañana habéis mencionado un *nom* que hasta hoy había olvidado, un *nom* que me había prometido no volver a recoger. Y no es fácil. Cuando se trata de un hijo nunca lo es. Pero has tenido que aparecer tú para que este viejo corazón volviese a latir en su *nom*. Ahora sé que nunca he podido olvidarle del todo... Y no creas que no lo he intentado, Dios y el Diablo bien lo saben.

—¿Qué le pasó a Hugo Samper? —me atreví a saber.

—Se convirtió en un *démon* —respondió con reproche—. Aquello de las manos le afectó muchísimo. Aún le recuerdo en la cama del hospital, entre delirios, gritando cosas sobre un dragón del mar, un dragón que le había robado las manos, la *vie* y el alma. Así de sencillo. Aseguraba escucharlo en sueños, que le decía que tenía que hacer cosas malas. «¡Mata!», le susurraba, «¡solo así calmarás el dolor!» Y estaba completamente seguro de que solo de ese modo lo sería —recordó—. Las medicinas de Rivasdelft no eran suficientes, ni siquiera mi *science* lo fue. Se le había metido en la cabeza que haciendo el mal pagaría aquello que le correspondía retribuir a aquel monstruo demoniaco para seguir viviendo. ¿Lo entiendes?

Asentí sin querer perder detalle de su historia.

—Pero eso no fue más que el principio —prosiguió—. Para cuando se convenció de que no fueron más que fantasías, Hugo ya había cometido su primer crimen. Y la única manera de taparlo era cometiendo otro. Y *autre*, y *autre*... Sus enemigos, los que se iba creando, fueron cayendo como piezas de dominó. Sabía que estaba mal, que era horrible lo que estaba haciendo, pero disfrutaba con ello. No lo podía remediar. Un día llegó a mis oídos que trabajaba para unos irlandeses que se dedicaban al contrabando de licor, a la prostitución y al juego. Eran unos carniceros. Le metieron en su negocio para que les cuidara las espaldas y le hicieran algún que otro trabajito. Cuando había que mandar un *message*, Hugo era su heraldo, su matón de *confiance*. Y

durante años fue así hasta que llegaron los italianos y se lo quitaron todo. Acabaron con cada uno de ellos, quemaron sus casas, se quedaron con sus negocios y pusieron precio a la cabeza de Hugo. Por supuesto no iba a consentir que nada le pasara. Lo había criado como a mi propio hijo y los italianos sabían que les convenía llevarse bien conmigo. Pactamos un acuerdo: si Hugo quería seguir con vida, tenía que marcharse. No había otra salida. Y así hizo. Fue una suerte que ese hermano suyo, Christian, se enamorara de una *étranger*, una alemana. El *garçon* había perdido la cabeza por aquella mujer y estaba dispuesto a seguirla donde fuera. Y así ocurrió. Pero no lo hizo solo.

La narradora guardó silencio y ordenó sus ideas antes de seguir. Por más que intentara ver su rostro, no podía ver más que aquellos globos oculares blancos que se agitaban como la vela que tenía a mi lado.

—No fue fácil convencer a Christian de que se llevara a su hermano consigo. Tuve que insistir, e incluso amenazarle. Pero era terco como una mula, igualito que su padre, ese *pianiste* francés que los había criado en París —dijo—. Al paguecer la madre había muerto durante el parto. Se llamaba Helena. Cuando llegó a París ya estaba embarazada. Y por suerte le encontró a él, pero no tuvo tanta cuando dio a luz. Murió durante el parto. Aún así, antes de cerrar los ojos para siempre, le hizo prometer a aquel pianista, a Samper, que cuidaría de ellos como si fueran suyos. Y el *pianiste* cumplió con su palabra. Él solo crió a los pequeños, podría haberse desentendido de ellos, olvidado la promesa que le hizo a aquella moribunda y ser un hombre libre. Sin duda habría sido lo más fácil. Pero no, aquel hombre era distinto. Siempre le admiré por ello y sin embargo ambos estábamos condenados a ser enemigos desde el momento en que cruzamos nuestras miradas.

—¿Qué sabe usted de ellos, qué fue lo que les impulsó a venir hasta aquí?
—pregunté, necesitaba saberlo de ella.

—A medida que sus hijos fueron creciendo, los problemas también lo hicieron —continuó—. Diez años después de su nacimiento, el *pianiste* decidió darles una *famille* de verdad, la que él no tenía la oportunidad de

fundar en París. Samper era un simple músico de bar, lo poco que ganaba era para poder darles de comer. Casi que vivían de la mendicidad y de la buena voluntad de alguna que otra viuda bien establecida. Aún así, nunca se olvidó de aquel hermano que Helena tenía en Nueva York, Miguel. Sabía que era un hombre de éxito, que llevaba muchísimos años afincado aquí, con una estabilidad económica y familiar, el marco más adecuado para que sus hijos se criasen, especialmente Christian, quien ya había dado muestras de ser un niño profundamente sensible. Enterarse de que su madre había muerto mientras les daba a luz, le marcó profundamente.

—¿Solo a él? —quise saber.

—Hugo y Christian eran la noche y el día. Hugo era un *garçon* mundano, cercano, de la calle, alegre y extrovertido. Todo un pícaro; en cambio, Christian era más bien solitario, sensible, inseguro, con tendencia a encerrarse en sí mismo y a seguir al *pianiste* allá donde fuera. Sin embargo tenían algo en común, un don: el de la creación. Christian heredó la sensibilidad de su madre y el gusto por la música de quien lo había criado desde pequeño. Tenía claro lo que quería ser en la vida. Quería seguir los pasos de su padre; por su parte, Hugo, que también se defendía con el piano, era en realidad un inventor en potencia. Todo aquello que ya no servía cobraba vida nuevamente después de pasar por sus manos. La primera vez que lo tuve en mis rodillas me di cuenta de lo *spécial* que era. Pero Samper quiso alejarlos de mí, a los dos... No lo consiguió.

—¿Por qué?

—En cuanto descubrió quién era y lo que era, no quiso que tuvieran contacto conmigo —contestó—. Y no puedo recriminárselo. De haber estado en su pellejo yo habría hecho lo mismo. Un *père* siempre busca lo mejor para sus hijos, o al menos lo que cree que es mejor. Y le respetaba por eso. Sé que después de enterarse de que el *petit* Hugo iba a escondidas a mi casa para practicar con el piano de mi difunto esposo, Samper montó en cólera. Aún así fue listo. Sabía que conmigo no podría. Ya había visto lo que había hecho con

Miguel, el hermano de Helena. Miguel no se había portado bien con su mujer y estaba dispuesto a abandonarla, a ella y a sus hijos. Pero yo no se lo permití. Seguro que ya sabes cómo, después de haber visto hoy lo que queda de *Monsieur Kane*.

Lo sabía bastante bien. Aquella historia me la sabía de carretilla. Haber visto unas horas antes al señor Kane postrado de aquella manera en su cama no hizo sino darme una idea de lo que el viejo Samper me había contado siete años antes. A esas alturas no me importó decírselo.

—Todo eso ya lo sabía. El mismo Samper me lo contó hace tiempo. Lo sé todo sobre usted, señora. Al menos lo que hay que saber.

—¿Y qué es eso que tú sabes, *garçon*?

—Sé que hizo cuanto pudo por castigar la infidelidad de Miguel, como así se lo habían solicitado. Sé cuánto le hizo sufrir. Sé cómo lo hizo. Y también sé qué es usted.

—Una *sorcière*, una bruja, ¿verdad? Eso es lo que te contó Christian, ¿me equivoco? —rió con malicia—. No puedo culparle. Es lo que pensaba su *père de moi*.

—Exacto —convine—. Precisamente fue su padre quien me lo contó todo.

La bruja calló y desvió la mirada, como desconcertada. A los pocos segundos volvió a hablar.

—¿Dices que fue su *père* quien te lo contó todo? —preguntó extrañada.

—Sí.

—Vaya, vaya... —susurró con una sonrisa que me pareció demasiado misteriosa—. Y dime, ¿cómo está ese viejo?

—Viejo, ciego y desaparecido —contesté—. Solo hablé con él una vez, luego le perdí la pista para siempre.

—¿Puedo preguntag cómo diste con él?

—En un viejo cine. Proyectaban una película muda, él se encargaba de poner la música. En realidad buscaba a su hijo, al joven Christian Samper.

Pero es muy largo de contar y yo aún no le he dicho por qué razón estoy aquí.

—Tienes razón. Habla.

—Hugo Samper está preso en una cárcel. Si no le saca de allí, morirá. Usted es la única persona que puede hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él me lo dijo.

Mamá Patrice se acercó entonces hasta mí y su rostro despojado de toda oscuridad. Estaba llena de marcas y cicatrices, de costuras. Era horrible. Pensé en la edad que podrían tener aquellos ojos blancos, sin pupila, refulgentes como dos faros. Jamás acertaría.

—Cuéntamelo todo.

—Solo sé que al principio creí que Christian y él eran la misma persona. Hasta hace poco he descubierto que no. Y la razón por la que se está pudriendo en una celda a oscuras solo la conoce la misma persona que lo encerró allí dentro, Víctor Durán, un policía. Y ahí es donde todo se complica: anteriormente Durán había recibido la orden de matarlo pero no lo hizo. Hugo Samper debería estar muerto. Un hombre lo mandó matar hace siete años, Karl Schmidt, un alemán al que le había quitado su negocio. Pero no solo por eso. También había mujeres de por medio. Una de ellas era su propia esposa, la del alemán, a buen seguro la misma chica de la que se enamoró Christian. Y ahí está la gracia, porque Schmidt siempre creyó que el hombre al que había mandado matar era Christian Samper. Schmidt desconocía la existencia de un hermano gemelo. No sabía quién era Hugo Samper, nadie lo sabía, a excepción de Durán que, dicho sea de paso, no sé cómo lo averiguó. Lo cierto es que siete años después de todo eso yo ya le había dado por muerto, pues la noche en que Schmidt dio la orden de matarlo yo estaba allí. Lo vi todo a través de una ventana. Pero como le digo no ocurrió. Hace una semana lo encontré en la cárcel y por eso hoy estoy yo aquí.

—¿Y qué ganas tú con todo eso? —preguntó.

—He hecho un trato con él —contesté.

—¿Qué clase de trato?

—Yo le saco de la cárcel y él me cuenta una historia.

—¿Has cruzado todo un *océan* para eso?

—Algo así.

—¿Y qué historia es esa?

—Una que no conozco y cuya premisa a simple vista puede parecer ridícula —confesé—. Pero para mí lo es todo.

—Quisiera escucharla.

Se me escapó un bufido por la nariz. Me hizo gracia que Mamá Patrice quisiera conocerla y yo ya estaba cansado de repetirla. A pesar de ello volví a contar aquella historia por enésima vez.

—Es la historia de un viejo disco de música que grabó una mujer hace mucho tiempo, un disco del que no existen más copias aparte de la que yo poseo. Es único, razón por la cual un extraño individuo siempre ha estado dispuesto a pagarme una fortuna, un coleccionista de objetos únicos. Siempre ha estado ahí y, la verdad, me parece tan ridículo pagar tanto dinero por algo tan pequeño... Y sin embargo solo yo puedo darle tanto valor.

—¿Y eso por qué?

—Porque la mujer que grabó esa vieja canción era mi madre. Y eso fue lo único que me dejó al morir. La memoria de su voz. *El rastro de su voz*, así se llama su canción. Nada más me queda de ella, señora.

—Me paguece una buena razón.

—Para mí lo es. Y es lo único que me importa —aclaré—. La pista del disco me llevó hasta Christian Samper, su nombre aparece junto al de mi madre en la portada del disco. Christian Samper tocó el piano para mi madre en aquella canción. Pensé entonces que solo él podría darme norte sobre la razón de ser de aquel disco, pero nunca lo encontré, tan solo a ese viejo pianista, su padre. Él me dijo que posiblemente ya estaría muerto. El viejo le cree muerto.

—Su *père* le cree muerto... —repitió mis palabras con cierta duda—.

Pero él también desapareció, ¿verdad?

—Eso es —contesté—. Lo realmente gracioso viene ahora: su querido Hugo Samper me dijo algo que no esperaba oír en la celda donde lo encontré. Me dijo que mi madre no había grabado solamente ese disco. Así que ya lo ve. Ahora Hugo es el único que me puede ayudar a arrojar un poco más de luz sobre este asunto. Eso y quizás también salvarme la vida.

—Del policía y del alemán —conjeturó.

—Exacto —le confirmé—. ¿Me ayudará?

La anciana reflexionó durante un buen rato. Cerró los ojos y de repente desapareció de mi vista. Por un momento me creí solo. Al poco su voz hizo brecha en la penumbra.

—¿Y dices que todo eso te lo contó el viejo Samper?

—Todo.

Su carcajada sucia y quejumbrosa arañó la oscuridad como una jauría de murciélagos chillones. De pronto sentí más frío del que tenía encima.

—Hagamos una cosa: demos un paseo —propuso—. *Je sais* un sitio donde podremos estar tranquilos, al aire libre, el lugar ideal para contarte una historia. Yo también tengo una historia, una que te va a gustar mucho, una historia del pasado.

—¿Sobre Samper? —pregunté.

—*Oui*, sobre Samper —repitió divertida.

Su risa volvió a ponerme los pelos de punta.

—¿Por qué le hace tanta gracia?

—Lo siento, no puedo evitarlo. Es una buena historia —aseguró—. Además, el *finale* es lo mejor de todo. No te dejará indiferente.

—¿Tan segura está?

—Créeme, es la única parte de la historia que no te hará gracia.

Capítulo 7

La torre de la Iglesia de la Trinidad se alzaba al sur de Manhattan afilada como un puñal. En el vértice de su chapitel, una cruz dorada ondeaba como una carta esférica abierta a los cuatro vientos. Hasta que no nos bajamos del coche no supe donde estábamos realmente. Aquella no era una capilla cualquiera. Allí mismo, entre los rascacielos, un jardín de lápidas tenía su hogar. Mamá Patrice me llevaba de paseo a un cementerio.

—*Jamais* antes he venido por aquí —confesó—. Como ya sabrás mi fe no tiene su base en un Dios magnánimo y débil. Todo lo contrario; sin embargo, la historia que te voy a contar tiene mucho que ver con este lugar. Al menos su *finale*.

La bruja que tanto temía el viejo Samper se agarró a mi brazo como habría hecho doña Ana y me condujo por un sendero salpicado de mármoles y tumbas. No sé por qué razón en ese momento paseando entre lápidas me sentí el hombre más afortunado del mundo, quizás por esa idea preconcebida que nos persigue de por vida de que todo día que uno no pasa bajo tierra siempre es un buen día. Sin embargo allí dentro era distinto. La gente paseaba, conversaba sentada en un banco o leía un libro como si estuviera en el parque. Era agradable estar allí. Quizás fuera por su esplendor verde cortado al milímetro, por el canturreo de los pájaros serpenteando entre las lápidas o incluso por sus cadavéricos almendros que alzando las manos hacia un cielo revuelto y plomizo resultaban hasta artísticos. Fuera por lo que fuese era un sitio especial.

—Cuando llegué a Nueva York tenía dieciséis años. Pero en aquel tiempo

y a esa edad ya era una *femme* —rememoró—. Desde hacía siglos era así con las *femmes* de mi *famille*, una dinastía de esclavos arrancados de raíz de su tierra como simples tubérculos que poder replantar en otro país. Ese lugar era Haití, pero eso creo que ya lo sabes —sonrió con malicia—. Antes de alcanzar yo la mayoría de edad, la servidumbre quedó abolida. Se formaron reyertas, hubo represalias... Fue un infierno. Quienes se quedaron consiguieron imponer su libertad y vivir en paz con sus conquistadores. El resto que se marchó, llegó a Norteamérica con su *famille*, sus costumbres y sus dioses.

—Y usted fue de esos últimos —puse de coletilla.

—*Oui*, pero yo lo hice sola. Mi *famille* decidió quedarse en Haití, yo preferí arriesgarme. Llegué a la Isla de Ellis junto a una pequeña comunidad criolla al mismo tiempo que lo hacían miles de europeos. Todos habían oído decir que la *Amérique* era la tierra de las oportunidades, «el sueño americano». Puedo decirte que no existe tal sueño, pues en mi caso fue una continua pesadilla desde el principio. Lo primero que vi cuando desembarqué en los Muelles de Chelsea fueron oscuros túneles de ventanas y una *ville* a medio construir bajo un horizonte de grúas.

—¿Y a partir de ahí?

—A partir de ahí, cada uno se buscó la vida como mejor pudo. Las *femmes* encontramos trabajo limpiando escaleras y los *hommes* en la construcción. Y fue en casa de una vieja viuda holandesa donde encontré mi primer y último trabajo, sería el único después de conocer allí a Luis Degó, un puertorriqueño nacido y criado en La Cocina del Infierno. Era el chico para todo de la casa: arreglaba lo que se estropeaba, hacía recados, acompañaba a la señora de la casa a pasear y tocaba el piano como los ángeles. Llegaba muy temprano y se marchaba muy tarde. No paraba en todo el día. Fue entonces cuando descubrí que en la tierra de las oportunidades también eran necesarios los esclavos.

—De manera que no había avanzado nada —dije—. ¿No pensó en

volver?

—Al principio, *oui*, pero después cambié de idea —confesó.

—Querrá decir que se enamoró —me adelanté.

—Pegdidamente. Me enamoré de Luis y de sus planes —concretó—. Él llevaba años calentándole la cama a la señora de la casa para poder mantener a sus hermanos. Tenía cinco y todos eran más pequeños que él. Su padre había muerto apuñalado en una pelea callejera y su madre apenas se prostituía lo suficiente para dables de comer a todos ellos. De manera que de la noche a la mañana se vio haciendo lo mismo que ella para poder sobrevivir. Pero él no había nacido para ser esclavo. Cuando nos quedábamos a solas me abría su corazón y me contaba lo que quería hacer en la *vie*. Él había nacido para otra cosa, decía. Quería ser músico. Le encantaba el piano, adoraba ese armatoste y la vida de quien lo llevaba por montera. Pero también sabía que nunca un *noir*, un negro como él lo conseguiría. Para eso hacía falta dinero, me decía. Mucho dinero. Y para eso último me necesitaba a *moi*.

—Y la engatusó —me adelanté.

—No hizo falta que hiciera mucho. Luis Degó era un *garçon* apuesto, habría conseguido a cualquier otra. Pero como ya he dicho me necesitaba a *moi* —afirmó nuevamente—. Había llegado a sus oídos que aquella muchacha que limpiaba la casa de su ama era una mujer mambo, una dama negra. A pesar de mi juventud, llegado el viernes de cada semana yo misma oficiaba el rito de nuestra pequeña comunidad para pedirles a los dioses y espíritus de nuestros ancestros protección en los días venideros. Luis Degó sabía que aquello era *vaudou*, vudú, magia pura, y que lo mismo que servía para hacer el bien, también podía utilizarse para otros fines. La ciencia nunca ha existido sin el poder de la fe y viceversa, y él sabía que ambas en mí eran muy poderosas. Él ya había escuchado aquellas historias de los zombis de Haití. Se las contaba su padre para metegle miedo, cuando se portaban mal él y sus hermanos. Les hablaba de muertos vivientes que cruzaban el mar hasta Puerto Rico para comerse a los niños que se negaban a irse a la cama. Nada como un cuento

infantil para instalar en el corazón del ser humano el horror más atávico y ancestral: «pórtate mal y los zombis tu alma se comerán».

Dicho así me resultó incluso tierno, pero más allá de aquella fábula sin moraleja se escondía una leyenda muchísimo más oscura.

—¿Qué hicieron con la vieja? O mejor dicho, ¿cómo lo hicieron?

—Con el aliento del diablo —contestó.

La miré sin saber aún qué debía sentir después de lo que había dicho, si mostrarme escéptico o aterrorizado. En cualquier caso no dije nada.

—No te asustes, *garçon*, es solo un *nom*, nada más —se burló como cascabel.

—El aliento del diablo... —paladeé—. ¿Y para qué sirve?

—Para crear esclavos.

La bruja rió en silencio. Parecía disfrutar enseñándole sus secretos a aquel joven que no conocía de nada.

—¿Es eso mismo lo que utilizó contra Miguel, el hermano de Helena?

—Exacto.

—¿Lo mismo que tiene postrado a ese magnate de las finanzas en el último piso de esa torre?

Señalé el número 40 de Wall Street despuntando sobre el cementerio a un tiro de piedra. La bruja me miró y abrió la boca para enseñarme sus dientes, afilados como las garras que entrelazaba en torno a mi brazo.

—*Oui* —respondió—, el mismo que una eternidad ha usé con Luis Degó.

De repente vi anudada a mí aquella arácnida gigante y oscura que habitaba en las pesadillas del viejo Samper, aquella misma que lo perseguía por las calles bajo la telaraña de nubes de alquitrán que tejía entre los rascacielos de Nueva York. Una araña oscura y cruel. Una viuda negra.

—*Oui*, Martín, él también —se reiteró—. Después de utilizag el aliento del diablo con aquella viuda acomodada para casarlo con él, Luis Degó heredó su dinero y su propiedad cuando esta falleció. Ocurrió a la semana de casarlos. Fue de un ataque al corazón, algo «casual» dijeron los médicos. Era

evidente que la vieja no podía seguir el ritmo de aquel joven —rió—. Después de eso, Luis Degó me tomó en matrimonio. No podía negarme, estaba enamorada. Yo no era más que una *filles* y él un apuesto hombre del que toda mujer le hubiese gustado colgar como un simple llavero. Debías haber visto cómo vestía, como un príncipe, y a mí me tenía como su princesa. «Contigo a mi lado, no habrá puerta que se me resista», me decía. Quería verle feliz, sonreír. Casi respiraba para él. Conseguir aquel sueño y olvidar su pasado de chico pobre era su objetivo. Y yo le ayudé a intentarlo. Sin embargo, al tiempo, Luis cambió. Al principio no quería verlo porque seguía enamorada de él. El amor me cegaba. Pero el tiempo me abrió los ojos. Eso y muchas heridas.

—¿Qué pasó?

—Comenzó a pegarme.

Mamá Patrice se volvió para que pudiese ver con detenimiento todas aquellas cicatrices que le habían dejado la cara como un mapa.

—¿Por qué?

—Porque era *noir*, Martín —contestó—. Porque por ser negro nadie le dejaría triunfar.

—Pero usted hizo lo que pudo.

—Él creía que no. Pensaba que podía hacer más y que no lo hacía para retenerle a mi lado. Durante días se perdía en la *rue*, borracho de un lado a otro. Cuando regresaba a casa, me daba una paliza detrás de otra. Me gritaba, me decía que le había engañado. Cogía los cuchillos y me rajaba la cara y luego me decía que si era una bruja de verdad, que le pidiera al *démon* que me la arreglase o que me mandara al infierno. Me hizo mucho mal y a pesar de eso no fui capaz de levantar un brazo contra él.

—¿Y por qué no hizo nada en el momento?

—Por que le quería y porque sentía muchísima lástima. Al día siguiente venía llorando hasta mí y me suplicaba *pardon*, que jamás volvería a hacerlo, que volvería a ser el de antes. Pero yo sabía que ya no sería así. A pesar de

ello le una oportunidad tras otra, y cuando parecía que no había solución, me quedé embarazada de mi *filie*. Era el último rayo de esperanza que le quedaba a lo nuestro. La llamé Marianne.

—Marianne...

Conocía aquel nombre de sobra, la famosa puertorriqueña que se había camelado a Samper para retenerlo en Nueva York, la mujer de Miguel Terrados.

—*Oui*, Marianne era mi *filie*. Y cuando descubrí que aquel cerdo de Miguel planeaba dejarla en la estacada, a ella y a los niños, decidí poner en práctica todo lo que sabía. No estaba dispuesta a que hiciera daño a Marianne. No, yo ya había pasado por eso antes y no estaba dispuesta a que volviese a ocurrir... Pero esa es otra historia —explicó—. En el tiempo que estuve embarazada de Marianne soporté las peores torturas que una *femme* puede sufrir. Humillaciones, vejaciones... De todo. A veces Luis, el muy puerco, se traía a las fulanas a nuestra propia casa. Decía que eran las *femmes* de famosos potentados que podrían ayudarnos a seguir adelante. No podía hacer nada. Era su prisionera. Se había encargado de apartarme de los míos y estaba embarazada. Tenía miedo de perderla ante cualquier nuevo arrebato que le diera. Cuando venía borracho y no había podido embaucag a nadie, la pagaba conmigo. Cogía su cinturón y me perseguía por toda la casa. Con el tiempo aprendí a espera durante horas por la ventana, era la única manera que tenía de saber si venía sobrio o no. Y cuando llegaba, me escondía donde podía, pero finalmente me acababa encontrando. «¡Ni para esto vales, perra haitiana, ni para esconderte!», me gritaba.

Su relato era desgarrador y al mismo tiempo familiar. El viejo Samper había unido sus vivencias y la de otros conocidos para dar factura al relato que me había soltado aquella noche en el corral del Brasil. Poco a poco, las diferentes historias iban tomando su sitio y todo iba quedando más claro. Más que una mentira, lo que había hecho el viejo Samper había sido desviar la atención, jugar al despiste conmigo.

—¿Y qué pasó después?

—La niña nació y yo tomé cartas en el asunto. No estaba dispuesta a permitir que aquello siguiera. Sabía que la siguiente víctima sería el bebé —asintió—. Mis amigos de Haití, aquellos con los que llegué a Nueva York, no tardaron en presentarse en casa cuando se enteraron de que había dado a luz a una niña preciosa. Querían conocerla. En el momento, Luis no se atrevió a echarlos de allí, pero con el tiempo dejó bien claro que no eran bienvenidos en su casa. Para entonces ya era *tard*. En el transcurso de aquellas visitas, cuando él no estaba cerca, les daba cuenta de lo que me estaba pasando. La última vez que me visitaron, me regalaron una maceta de mandrágoras. No necesitaba más. Para cuando las echó definitivamente de casa, yo ya tenía la cantidad suficiente que necesitaba.

—El aliento del diablo —presumí—. Entonces, el aliento del diablo es...

—Una droga, *oui* —acabó la frase—. Un remedio ancestral cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, extraído de plantas como la mandrágora o la belladona, las plantas del sueño. Yo en lugar de sueños, fabricaba pesadillas. Y no tardaría en llegar el día en que Luis también las tendría. Una mañana escuché a la niña llorar sin consuelo. Pensé que había que cambiarla o que tendría hambre. Cuando llegué a la cuna descubrí su cuerpo lleno de moratones. Le había pegado. Supe entonces que había llegado la hora de actuar —en este punto paró unos segundos y tomó aire antes de seguir—. Era temprano y Luis aún estaba en la cama. Cogí un puñado de aquel polvo en una mano y en la otra la correa con la que acostumbraba a pegarme. Lo desperté a latigazos y le grité que abriera los ojos. Estaba furioso, intentó abalanzarse contra mí pero no pudo. En cuanto me vio la mano manchada de polvo blanco comenzó a gritar. Le dije que no cerrara los ojos, que quería que viera lo que le iba a pasar. Se dobló de rodillas y me suplicó piedad. En lugar de eso le azoté hasta que me sangró la mano y su cuerpo y su rostro quedaron desfigurados. Luego le ordené que se mirase en el espejo para que viera los cortes, para que supiese las cicatrices que le quedarían por delante. El

maravilloso Luis Degó ya era historia. Ahora estaríamos en paz. Entonces se derrumbó sobre mis pies pidiendo *pardon*, rogando que no continuara, diciendo que se marcharía de allí y que nunca más volvería. No le creí. Le ordené que se levantara y que me mirase. Tenía los ojos cerrados, no se atrevía a abrirlos. Un último latigazo le obligó a hacerlo. Luego extendí mi mano y soplé todo el polvo en su cara. El efecto fue inmediato.

Luego calló durante unos pasos.

—¿Qué es lo que sienten al principio? —pregunté.

Mamá Patrice me enseñó los dientes una vez más. Mi curiosidad la satisfacía.

—Quienes han vuelto del otro lado dicen que angustia, frío, vértigo... Miedo. Una caída al vacío, un vacío oscuro, largo, muy largo... Eterno. Y un pequeño agujero de luz al fondo, al otro lado del oscuro túnel desde el que solo pudieran ver la vida pasar, sin poder participar ni hacer nada, igual que alguien que despertara de repente en el interior de su ataúd y lo escuchara todo a su alrededor, lejano, muy lejano, sin poder salir de allí —describió—. Eso es lo poco que recuerdan quienes han caído en ese trance que ni es *vie* ni *mort*. En Haití los terratenientes tenían sus propios brujos. Les pagaban bien a cambio de tener un ejército de sirvientes y esclavos para explotar sus haciendas. Algunos conseguían escapar después de haber sido embrujados por el aliento del diablo. Otros no.

—¿Qué le pasó a Luis Degó?

—Entró en un estado catatónico, *garçon*. Antes tuvo una reacción espasmódica que le hizo perder el dominio de su cuerpo y su mente. Las convulsiones le hicieron perder la noción del tiempo. Su sangre se enfrió, la piel empalideció, su cabello se enterró en canas y después de eso dejó de ser Luis Degó para siempre. Solo era un recipiente vacío, un cuerpo vivo sin voluntad —explicó—. Aquella mañana, a una orden mía, salió a la calle desnudo y le hice dar vueltas por toda la Cocina del Infierno para escarnio público. Las *femmes* y sus *filles* corrían asustados al verlo, los hombres

empuñaron armas contra él, pero nadie hizo nada porque todos sabían quién era y lo que ahora era. Pero sobre todo sabían quién se lo había hecho. *Jamais* nadie osó nunca a meterse con Mamá Patrice, ni hacerle daño a ninguno de los suyos.

La suya era una historia de venganza, una historia espeluznante. Pero como toda historia tenía una segunda parte o al menos un epílogo. Y este aún no se había cerrado.

—¿Qué pasó después?

—Me quedé a vivir entre los que me temían y odiaban. *Oui*, aquello me volvía más poderosa aún. Luego, al tiempo, todos comprendieron que aquel había sido el precio que Luis Degó había tenido que pagar por ser un hombre malvado. A partir de entonces los hombres y mujeres se acercaron a mí. Me traían ofrendas de todo tipo. Dinego, comida, ropa... Era su manera de estar en paz conmigo. Con el paso de los años comenzaron a venir en busca de consejo y de algún remedio casero. Venían de todas partes de la *ville*, de todo el país. Pero nadie se atrevió jamás a hacerme afrenta alguna. Tan solo el idiota de Miguel, pero eso ya lo sabes.

Mamá Patrice se paró entonces junto a un almendro raquíptico y huesudo. El frío lo había dejado así, sin flores ni abrigo alguno en lo más crudo del invierno. Casi parecía un espantapájaros al que daba grima mirar.

—Y eso es todo —concluyó—. De momento.

—¿Y ya está?

—Ya está.

—¿Dónde está la gracia de todo? —le pregunté.

—Ya te dije que no la tenía, *cher* Martín. No soy una gran narradora.

—Hace un rato dijo algo así de que el final era la mejor parte, que no me dejaría indiferente.

—¡Claro! —rió como recordando algo que de repente parecía haber olvidado—. ¡Ya sabía yo que me dejaba algo por detrás! Discúlpame, no soy más que una vieja, Martín. A veces yo misma me pierdo en las batallas que

cuento.

Mamá Patrice se acercó a un par de lápidas apulgaradas en verde que dormitaban a la sombra de aquel espantajo de ramas.

—Aquí termina todo —dijo—. Sacude y verás un *nom*.

Me agaché y obedecí. Retiré con los dedos el musgo que vivía incrustado entre la grafía de la piedra. Al poco apareció un nombre:

Luis Degó

—

1870 - 1892

No pude evitar un escalofrío al leer el nombre. Luis Degó, el marido de Mamá Patrice era el ocupante de aquella tumba que naufragaba en un sueño eterno bajo mis pies.

—Luis era católico —*dijo*—. Marianne me pidió que lo enterrara en tierra santa. Al fin y al cabo, si no fuera por él, ella nunca habría nacido. Yo pagué los oficios y me quedé en casa hasta que regresaron. Nunca he venido a verlo. Hasta hoy.

—¿Quiere decir que lo tuvo zombificado durante años hasta que su hija fue mayor?

—*Oui*, ya te lo he dicho. Al fin y al cabo era su padre.

Una locura es lo que era todo aquello. Me levanté enfadado.

—¿Se puede saber entonces para qué diablos me ha traído hasta aquí?

—Te dije que te contaría una historia.

—Dijo que me contaría una historia sobre el viejo Samper —le corregí.

—Bueno... —sonrió divertida— Samper solo aparece al final. Y ya hemos llegado.

Mamá Patrice apretó sus escuálidas garras sobre mi brazo. Aún había fuerza en aquel cuerpo marchito de odio. Luego me miró con aquellos ojos blancos y refulgentes. Y por un momento pensé que ahí se acababa todo

también para mí.

—*Se il vous plaît*, —pronunció—. Haz los honores.

La bruja enarboló su dedo más largo y con la punta de la uña, acaso hueso, señaló la lápida que reposaba junto a los restos que un día fueron Luis Degó. Me agaché apenas sin respiración. Por más que insistiera, por más que jadeara, el aire no entraba en los pulmones. No podía. Estaban cargados de miedo. El horror se fue apoderando de mí a medida que escarbaba y daba forma a las primeras letras. Y entonces sentí que el mundo me volvía a poner bocabajo. Era la gran verdad que se asomaba al filo de una gran mentira, tejida con la habilidad de quien disfruta jugando al engaño sobre el mismo precipicio, allí donde comenzaba el vértigo.

No podía ser. Era imposible. Y sin embargo no había lugar a dudas:

Christian Samper

—
1890 - 1930

El cielo rugió cruel sobre mi cabeza y la lluvia volvió a helarme los huesos. Esta vez lo hizo con el frío amargo de la derrota. Allí se acababa todo. En un instante el jardín de piedra parecía hecho de puntillas de agua. Levanté la vista y me encontré a Mamá Patrice a mi lado, de pie, clavada en mis ojos, con patetismo, y quizás arrepentida de no haberme defraudado.

—Ya te dije que el final no te haría ninguna gracia.

Capítulo 8

De vuelta al *Plaza*, Mamá Patrice secuestró mis palabras con su silencio. Miraba por la ventana, ausente, perdida en sus pensamientos. En ningún momento me atreví a abrir la boca. No habría nada que ella quisiera escuchar y ya no quedaban más preguntas por contestar. Cada uno sabíamos lo suficiente del otro y con eso nos bastaba. Cuando el botones del hotel abrió la puerta, ella aún estaba en su mundo. Durante unos segundos esperé sentado a su lado con la puerta abierta. Quería darle la oportunidad de que al menos me despreciara con su mirada. Ni se molestó en hacerlo. Me bajé del coche hecho polvo y en cuanto el botones cerró la puerta, el coche desapareció de mi vista con una parte de mí aún dentro de él.

El resto del día lo pasé durmiendo sin saber lo que ocurriría a la mañana siguiente. Después de contarles lo que había pasado a Carlines y Matt, ambos se quitaron de en medio y me dejaron a solas. Los buenos amigos estaban para eso, para acompañarte en los malos momentos y para dejarte tranquilo en los peores. Y por espacio de unas cuantas horas caí en un sueño tan profundo que cuando desperté parecía mentira que aún siguiera con vida.

* * *

En cuanto desembarcamos en Huelva encontré sus calles sepultadas por la bruma. Se movía de manera artificiosa, entre espasmos, como una película a la que le faltaran fotogramas y fuese dando tumbos en la pantalla, pero al contrario de lo que era natural, no parecía proceder del

mar sino del corazón de la misma ciudad.

En un par de pasos el mundo se escurrió con demasiada prisa. De repente sentí que no tocaba el suelo, algo así como si no caminara por mi cuenta, igual que si alguien me llevara en una especie de carrito. Una sensación de vértigo me invadía a la vez. Era la misma impresión que había sufrido en Nueva York en días anteriores y que, como si de una extraña enfermedad se tratase, me hubiera seguido hasta aquí a través del océano. Todo era confuso y rápido. El carrusel estaba en marcha y ya no me podía bajar. Estaba en casa. Lo sabía, estaba seguro. Pero por alguna razón no la reconocía del todo. A través de la niebla divisé el luminoso del Cine Saltés haciendo girones el ectoplasma gris y azul que vomitaba la noche como gelatina. La fachada entera estaba envuelta en una lluvia de chispas de neón. Su fulgor era una herida abierta en mitad de la oscuridad, un faro para extraños personajes que amontonaban a ambos lados del callejón. En mitad del arcén una pileta abierta escupía una fétida columna de vapor que se perdía purulenta en la oscuridad.

La primera cara que encontré fue la de Violeta, rajada de oreja a oreja como un muñeco de ventrílocuo que mostrara sus encías. Estaba envuelta en una bolsa de plástico transparente a modo de sudario. Era una bolsa de cadáveres. «Tú serás el siguiente», me advertía al tiempo que una secreción sanguinolenta brotaba entre sus mandíbulas abiertas, goteante sobre su mortaja. Era horrible. No pude seguir mirando.

Al otro lado del callejón una pareja de mujeres echaban el cierre a una tienda. Me volví a ellas con intención de cambiar el rumbo de mi trazado y poder abrazarlas. Eran Isabela y doña Ana. Ambas llevaban un brazalete negro. No me vieron venir y siguieron su camino. Intenté llamar su atención, gritar a pleno pulmón, pero las palabras no salían de mi boca. Al final del callejón tres figuras esperaban. Dos gigantones y un hombre de mediana estatura vestido con su habitual traje blanco. Durán y sus gorilas, López y Ortiz. Por suerte el itinerario no seguía por allí y enseguida aquella fuerza

invisible que me llevaba en volandas me empujó dentro del local.

Un pasillo angosto y lóbrego como un túnel tenía su salida en el patio de butacas del Saltés. Conté unas cinco o seis personas asistiendo al espectáculo. Una de ellas era Schmidt. Tenía un cuchillo en la mano. Jugaba con él del mismo modo que si fuera un cepillo con el que peinarse el poco pelo que vestía su cadavérico semblante. Cuando se dio cuenta de mi presencia me invitó a seguir el recital a su lado. «No, gracias», contesté; más abajo, sobre el escenario, un hombre tocaba el piano de espaldas al público. Era el viejo Samper, pensé. No podía ser otro. Unas filas antes Sebastián Morell seguía el ritmo del pianista contra el respaldo que tenía delante tal que si fuera un teclado, y lo hacía golpeándolo con las manos de otra persona, unas manos hechas de hueso, carne y acero. Eran las manos de Hugo Samper. Al final se había salido con la suya. Pero yo no tenía nada que ver.

De repente un cañón de luz alumbró el escenario. Junto al pianista, una mujer con un traje de lentejuelas doradas cantaba El Rastro de su Voz. Era mi madre, Malena Quintero. Estaba ahí, tan cerca y tan real que casi la rozaba con los dedos. Al ver que no podía, ella alargó sus brazos y por fin, después de tantos años, conseguí abrazarla. Habían transcurrido nueve largos años desde la última vez que nos tuvimos el uno al otro. Una eternidad. Sentí las lágrimas en la cara y un nudo en la garganta mientras ella me consolaba. Después cerré los ojos y me dejé llevar como si me estuviera al calor de su canción de cuna.

Pero algo no iba bien. Para cuando me di cuenta del cambio que se había orquestado, ya no era El Rastro de su Voz lo que cantaba. Era su voz pero no su canción. Abrí los ojos y tuve que levantar la vista para encontrarla, pues de repente había encogido en su regazo. Ahora tenía la estatura de un niño de diez años, como aquel niño al que se había visto obligada a dejar marchar a San Nicolás aquella tarde lejana de 1945. Y entonces descubrí que, más allá de su voz, más allá de aquella otra canción

que vagamente recordaba haber escuchado en otro lado, ahora era el rostro de Norma Estrada el que me sonreía, pálido y oscuro como la vieja muñeca sucia de porcelana que era, una de otra época. Me sentí presa del pánico e intenté zafarme de su abrazo de todas las maneras posibles sin conseguirlo en el momento. Gracias a Dios la tortura no duró mucho. Su cuerpo comenzó a marchitarse plástico como un trozo de celuloide al que se le aplica un poco de fuego, y así fue llenándose de agujeros quemados hasta que no quedaron más que briznas y cenizas volando a mi alrededor.

La sala entera se quedó a oscuras y el pianista dejó de tocar. Ahora estaba junto a él. Llevaba la ropa del viejo Samper. Era él. Después de tanto tiempo ahí estaba, a lo suyo, tocando el piano como acostumbraba hacer en aquel viejo cine. Estaba de espaldas. Me acerqué y le tomé por el hombro para que se volviera. Ni se inmutó. Insistí un poco más. Le zarandeeé durante un rato hasta que cayó al suelo como un peso muerto. Allí no había nadie. Solo eran sus ropas, vacías y arrugadas sobre la tarima. Me fijé entonces en unas finas hebras atadas a los puños de su chaqueta. El rastro del hilillo llegaba hasta el techo. Al principio no la vi bien pero bastó con ver sus ojos blancos y refulgentes para saber de quién se trataba. Una enorme araña oscura y peluda colgaba entre las columnas del escenario. Una viuda negra. Era ella quien tocaba el piano y quien manejaba las ropas del viejo pianista a su antojo. No había sido más que una pantomima. Todo menos ella. Estaba allí y ahora me miraba.

Cuando me di cuenta ya estaba atrapado en una especie de capullo, colgando bocabajo del techo. Pero no era el único. Una persona más había caído en su trampa de algodón pegajoso. Era Sofía. De repente abrió los ojos y gritó mi nombre.

* * *

Escapé de aquel sueño bajo una mortaja de sudor con el corazón a mil.

Un pellizco de ansiedad me tiraba del pecho. La mera presencia de Sofía al final de aquel delirio me había sido más que suficiente. ¡Sofía!, recordé en seguida. Diablos, ¿qué hora podría ser? Fui rápido hasta la ventana, descorrí persianas y cortinas, y descubrí que la ciudad entera salpicaba de cuadritos de luz la noche que le ponía techo. Ya era demasiado tarde. Volví a la cama derrotado y me llevé las manos a la cara. Había perdido por completo la fe en las segundas oportunidades.

Alguien llamó a la puerta desde el otro lado. Cuando alcé la vista, Carlines ya estaba entrando.

—Oye, ya sé que hemos tenido un mal día pero hay que comer —dijo con desconcierto.

—Querrás decir que yo he tenido un mal día.

—Lo hemos tenido todos: tú con Mamá Patrice, el viejo Thomas limpiando las ventanas...

—¿Y a ti qué te ha pasado?

—Yo me he cagado dos veces en los pantalones. Una vez de manera figurada, la otra literal.

Solo Carlines sabía cómo levantarme el ánimo. Para eso y la escatología de la palabra era único.

—Dime —reí cansado—, esa última fue antes o después de llegar al hotel.

—En el ascensor.

El estruendo de nuestras bocas debió escucharse por todo el pasillo. De hecho, el viejo Thomas, entró en el dormitorio y preguntó qué era aquello que tanta gracia nos hacía. No hubo respuesta, la risa no nos dejaba, y cuando se cansó de mirarnos como el par de idiotas que éramos, regresó al salón para seguir viendo la televisión. De los tres que estábamos allí solo él entendía lo que contaba aquel trasto infernal. Y así, una docena de carcajadas después, a cada uno se nos escapó un suspiro. Por un instante, aunque fuera de mentira, la vida nos pareció como siempre fue.

—Estás hecho un asco, tío. Anda, date una ducha —me aconsejó—. Hay que darse prisa. Por lo visto la cocina cierra a las ocho. Aquí la gente cena muy pronto, ¿te lo puedes creer? Están locos estos americanos. A esta hora yo todavía estaría con una tijera en un mano y un peine en la otra, los zapatos llenos de caracolillos y a Susita la pastelera rechazándome por enésima vez en el día. A las ocho...

Las ocho. Había dicho que la cocina cerraba a las ocho.

—¿Qué hora es? —pregunté obviando todo lo demás que había dicho.

—Casi las siete y media.

Sentí un golpe en el pecho. Ahora sí que me faltaba el aliento.

—¡Rápido, Carlines, prepárame un poco de jabón y la cuchilla de afeitar! —le di instrucciones—. ¡Luego sácame algo de ropa de la maleta, el pantalón azul y la cazadora amarilla... O mejor la roja! Decide tú. ¡Ah!, y un jersey, el oscuro mismo... ¡Bueno, el que te dé la gana!

Carlines me miró extrañado.

—¡Ey! Ese es tu modelito de cacería —luego calló y reflexionó—. No me digas que estás pensando...

—¡En eso mismo, sí!

—No me lo puedo creer.

—Pues créelo, no voy a desperdiciar esta oportunidad. Con ella no.

—¿Entonces?

—¡Entonces va en serio! —le ladré metiéndole prisa—. ¡Quieres moverte!

A Carlines no le quedó otra que echarme un cable y poner la maleta sobre la cama. Mientras tanto yo me iba desnudando. Solo entonces descubrí que olía a humanidad, a esa clase de humanidad que se refriega entre cebollas podridas.

Observé a Carlines más afanado de la cuenta con el cierre. Parecía encasquillado. Lo que me faltaba. Por un rato lo intentamos de todas las maneras posibles. Pero nada. Incluso estuve tentado de pedirle un cartucho de

dinamita al viejo Thomas. Al final, Carlines optó por lo más fácil. Cogió la maleta en volandas desde la cama y la tiró contra el suelo. Un escaparate de calzoncillos y camisetas de interior quedó desparramada por el suelo. Aquello parecía un puesto del mercadillo. El resto de la ropa estaba intacta. Los muelles del compartimento habían impedido que camisas y pantalones volaran también. Y aún seguían perfectamente doblados. La manía de hacerlo bien desde pequeño. Vivir entre dos mujeres también tenía sus cosas buenas.

—Anda que... —lamentaba aún mi escudero.

—No me estás ayudando mucho, Carlines.

—¡Eres un caliente! —me felicitó.

—¡Mira quién fue a hablar!

—Desde luego el mundo se nos viene encima y tú solo pensando en comer caracoles —me recriminó.

—Y tú eres un malpensado —dije sin darle mayor importancia.

—Los juglares y rapsodas entonarán canciones sobre ti.

—Y espero que sean buenas. ¿Algo más que añadir?

—Eres mi héroe.

Capítulo 9

A las ocho en punto me presenté con mis mejores galas a los pies de la boutique *Blue*, perfectamente afeitado, marinado en una fragancia que olía a maderas y con el pelo y la piel brillantes como una patena. Y sin importarme que se notara. Por cierto, no iba solo. Esta vez había tomado la precaución de llevarme un paraguas, uno que había pedido prestado en la recepción, uno bien grande donde dar asilo a una bella moza bajo la lluvia. Había que estar preparado. Dejarlo todo de su cuenta no era buen negocio. Al menos para una mujer.

En cuanto balanceé el palmito por delante del escaparate, una riada de dependientas se agolpó tras los maniqués. Sin duda alguna debía ser el perfume. Me tenía tan mareado que podía olerse a un kilómetro de distancia. Estaba seguro. Esa noche era la mofeta más limpia y olorosa de toda Nueva York.

Cinco minutos después echaron el cierre y apareció Sofía. El rostro se le iluminó por completo. Luego movió la nariz como una ardilla.

—¿A qué hueles? —preguntó.

—A algo caro.

—Vaya con el señor Vázquez...

—Dijiste a las ocho en punto —cambié de tema—. No me gusta que me hagan perder mi tiempo, señorita Schmidt.

—Eso ya lo dije yo.

—Hay que cumplir con lo que se dice...

—¿Y qué vas a hacer, te vas a volver a casa?

—¿A nado? —reí.

—¿Se te ocurre otra manera?

—Pensémoslo mientras cenamos.

Sofía me llevó a uno de los sitios de moda de la Gran Manzana. Bajo un luminoso de esquina, nos sentamos al otro lado de una cristalera que daba a la calle. El sitio en cuestión era un lugar donde despachaban hamburguesas y batidos de helado por igual. Una multitud de jóvenes, que parecían salidos de una película de Marlon Brando, se agolpaba en la barra entre mesas y sillas sin orden alguno. Todos parecían haber salido del mismo molde: pantalones vaqueros, chaquetas de cuero, gorras de motorista, y miradas de tipo duro que cargaban entre ceja y ceja horas de ensayo frente al espejo.

—Los chicos americanos son muy poco originales —dijo Sofía—. En cuanto ven una película no salen de ella.

—Eso en mi pueblo es «culo veo, culo quiero».

Eso le hizo gracia.

—Y tú, ¿has visto algún culo últimamente? —preguntó.

—Alguno que otro —dije sin reparos.

—¿No te da vergüenza decirme eso después de tantos años?

—Eres tú quien ha preguntado. Yo me limito a responder. Soy... «Cristalino».

—Cristalino... ¡Ay, Martín, eres es más simple que un cubo de agua! —dijo—. Cuando una chica te pregunta esas cosas no se puede ser tan *cristalino*. Así no llegarás muy lejos.

—Bueno, y eso que aún no te he dicho de quién era el culo. Lo mismo te sorprende.

Sofía sacó de su bolso una pitillera metálica.

—¿Fumas? —pregunté sorprendido.

—Solo cuando estoy a gusto —contestó.

—Eso suena bien.

Sofía me ofreció un cigarrillo.

—No, gracias.

—Vaya pues eso sí que es raro en un chico. Todos fuman, se sienten importantes.

—Sí, los deportes de riesgo es lo que tienen —bromeé—. De todas formas, para tu información, no hace mucho me fumé un puro con Carlines y apunto estuve de recoger los pulmones en una carretilla. No sabes lo mal que lo pasé.

—Pobrecito —mencionó con ternura.

No fumaba, era cierto, pero no obstante siempre iba armado. Antes de que ella lo hiciera yo ya le tendía un poco de lumbre. Sofía aspiró levemente y un pequeño hilillo de humo salió de sus labios. Luego tomó el viejo Omega de mi padre.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó—. Es muy bonito.

—Era de mi padre, de cuando la guerra —contesté—. Siempre lo llevo encima.

—¿Crees en la suerte?

—Para nada.

—¿Entonces por qué lo llevas?

—Es lo único que tengo de él. Tenerlo conmigo es como tenerle a él a mi lado. Así parece que nunca voy solo —le expliqué—. Además, nunca se sabe cuándo una chica guapa necesita un poco de fuego.

Sofía sonrió.

—Es algo muy valioso, lo podrías perder en cualquier sitio. ¿No te da miedo?

—Hay otras cosas que me dan mucho más miedo.

—¿Cómo qué? —preguntó.

—Tú, por ejemplo —respondí.

Por cuestión de segundos el silencio se hizo muy denso entre los dos a pesar del estruendo del gentío que graznaba por encima de una gramola. Sofía me miraba como lo hizo aquella mañana en la playa antes de besarme. Entonces era preciosa. Ahora lo era aún más.

—Estás muy guapo —se le escapó de repente.

Luego miró a la calle, como arrepentida de lo que había dicho. Hasta yo sentí un cierto rubor en las mejillas, no tenía por costumbre ser objeto de lisonjas y por tanto para eso nunca estaba preparado. Pasaba que te lo dijera cualquier otra persona, pero no la chica de tus sueños. A pesar de ello eché más leña al fuego.

—Nunca antes he visto a nadie como tú —dije—. Y después de conocerte nunca tuve mucho interés en otras.

Sofia frunció el ceño.

—No seas mentiroso —dijo con languidez—. Lo estabas haciendo muy bien.

—Va en serio —me defendí—. Te lo dije esta mañana, te lo estoy diciendo ahora. Llevo años esperándote.

—Y yo creo que esta mañana quedó bien claro que no me gustan los mentirosos.

Sofia aún llevaba el cigarrillo por la mitad cuando decidió aplastarlo contra el cenicero.

—Martín, ¿qué haces en Nueva York? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —dije como si pudiera ganar tiempo.

—Quiero decir que estoy enfadada. No sé si contigo o conmigo misma —confesó—. Hace siete años te escribí un montón de cartas y nunca recibí respuesta. ¿Qué esperas ahora de mí?

—Ya te expliqué esta mañana que no sé nada de ninguna carta —contesté.

—Muy bien, de acuerdo, ¿y qué crees que va a pasar ahora? —quiso saber—. Antes de esas cartas solo hubo un beso, nada más. Un beso no es nada, Martín. Bueno, sí, ese sí lo era, pero fue hace mucho tiempo. Solo éramos unos críos. Yo tengo mi vida hecha. Es decir, no cuento con nadie, estoy sola y ya me he acostumbrado a ello. No es algo que se elija así por las buenas, sino que simplemente ocurre y al final te acostumbras. Y ahora de repente vas y apareces tú. Dime, ¿cómo encajas tú en todo esto?

Tenía razón. Estaba enfadada y no conmigo, sino con ella misma. Estaba enfadada porque no estaba preparada. Aún así, como cualquier otra chica, tenía que patalear.

—Hace siete años, cuando me diste ese beso, me dijiste algo —le puse los puntos sobre las íes—. Yo aún lo recuerdo, ¿y tú?

—Yo también lo recuerdo —dijo sin mirarme.

—Me dijiste que un beso siempre encierra una promesa. «No lo des si crees que no puedes cumplirla», me dijiste. Yo la he cumplido. Nunca te he olvidado.

Le estaba echando encima sus propios argumentos. No tenía salida, ni ganas de mirarme. Aun así cacé su mano sobre la mesa y la agarré con fuerza. Estaba helada. La miré fijamente y ella aceptó aguantar el peso de mis ojos. Una tímida sonrisa se le dibujó sobre la barbilla y entonces sentí sus dedos anudarse con fuerza al calor de los míos.

—¿Qué estás haciendo en Nueva York, Sofia? —le pregunté serio—. Este no es el reino de la moda. Los trajes que a ti te gustan se hacen en los talleres de París. Aquí solo se venden.

De repente tenía la mirada apagada.

—Llegué hace un par de meses —contestó—. Solo estoy de paso. Que nos hayamos encontrado hoy ha sido fruto de la casualidad, Martín.

—Sí, pero algo me dice que tú no estás aquí por casualidad —predije.

—Nada de eso. He venido a buscar la verdad.

De repente no era el único que buscaba la verdad, su parte.

—¿Qué verdad? —pregunté.

—La verdad sobre mí.

—No entiendo —disimulé.

De alguna manera ella también lo sabía. Lo mismo que sabía yo y lo mismo que había descubierto Schmidt hacía mucho tiempo.

—Mi madre conoció a un hombre aquí, en Nueva York —me reveló—. He venido a averiguar si él era mi padre. Se llamaba Christian Samper.

Capítulo 10

La única dirección que tenía Sofía era la de una vieja mansarda en el West Side. Así lo había reflejado en su diario Elsa Schmidt, su madre, el mismo diario que pidió a su hija que le guardara. «Secretos inconfesables», decía Sofía. Y ella podría ser el resultado de uno de esos secretos que nunca se comparten. Hasta hacía meses nunca se había atrevido a leer los pensamientos de su madre. Sabía que podría encontrarse con algo que siempre había sospechado, la certeza que desde siempre intentaba silenciar en un rincón de su pecho. Y ahora, bajo esa premisa, desembarcaba en la ciudad que nunca duerme.

El edificio en cuestión parecía abandonado. Pero solo apariencia. Su propietario lo tenía arrendado a modo de almacén a un variado número de empresas muy dispares que operaban en el ámbito metropolitano. Cada noche varios camiones cargaban y descargaban su contenido en el callejón del edificio. Uno de aquellos furgones pertenecía a la firma comercial para la que trabajaba Sofía, quien aparte de llevar en su bolso una pitillera y todo un cajón desastre, también guardaba una llave.

—Llevo semanas merodeando alrededor del edificio sin atreverme a entrar —explicó—. Cuando descubrí que lo utilizaban a modo de almacén, me interesé en conocer quiénes eran sus arrendatarios. Fue una suerte averiguar que entre todos esos nombres estaba *Blue*, una casa de moda. Enseguida me presenté allí pidiendo trabajo y en cuanto me aceptaron esperé el momento oportuno para hacerme con la manera de entrar. Conseguí la copia de la llave hace dos días. Llevo todo este tiempo armándome de valor para cuando

llegara la hora. Ha sido una suerte que nos encontremos, Martín. Si no hubieses aparecido, quizás nunca me hubiera atrevido a entrar sola.

—Total, que me vas a usar de guardaespaldas —lamenté.

—Algo así.

Cuando el último de los camiones hizo el cierre del día nos colamos por un agujero de la valla hasta la puerta de entrada al almacén. Nada más poner un pie allí dentro, un silencio espectral me puso la piel de gallina. Pequeñas briznas de luz aceitosa penetraban a través de las ventanas revelando un santuario de cajones y embalajes de enorme factura. Algunos de ellos llevaban impreso el sello de la boutique *Blue*. Otros cajones llevaban el logo de compañías y actividades tan diversas como la cosmética, la farmacéutica o la industria juguetera. Allí dentro había de todo, pero no estarían allí eternamente. En cuestión de horas, los mismos camiones que minutos antes habían depositado la carga allí volverían para recogerla y trasladarla a la trastienda de cada negocio.

Pero aún había más. Al otro lado del recinto, un pasaje conducía a una especie de laboratorio disecado en telarañas. Sobre las mesas estantes vacíos y herramientas oxidadas yacían boca arriba, entre tornos y piezas cuyas formas no me eran del todo desconocidas. Aquello era un taller, pero no un taller cualquiera. Una suerte de manos de piel artificial casi podrida, afilados arpones engarzados en arneses con forma de brazo, piernas largas como botas de agua y dedos de pega, se esparcían por doquier.

—Esto es lo que ellos llaman La Cámara de los Horrores —susurró.

—¿Quiénes son *ellos*? —pregunté.

—Los empleados de la tienda —concretó—. Dicen que esto era un antiguo taller de prótesis bastante conocido.

Y tanto que lo era. Sobre la mesa aún quedaban papeles con el nombre de la empresa, albaranes de encargo que a esas alturas ya eran legajos a causa de la mugre y el polvo que los embalsamaban. La tinta aún era legible: *Rivasdelft Co*. Casi nada.

—Vamos —me empujó Sofía sin darme tiempo a asimilar todo aquello—. Debe ser por aquí.

No estaba equivocada. Una escalera de servicio ascendía entre las sombras a lo que debía ser la entrada al vestíbulo principal. Tras varios empujones y un par de moratones que florecerían al día siguiente, la puerta cedió hacia dentro. Mientras tanto yo seguía poniendo en orden mi cabeza después de haber visto lo que dejábamos atrás. En el mismo edificio en el que operaba el taller de la compañía de Rivasdelft debían haber vivido también los hermanos Samper después de que el buen doctor los acogiera a la muerte de su padre. Un trabajo y un lugar en el que vivir. Allí abajo fue donde Hugo Samper perdió a la mujer de la que se había enamorado y arriba, a donde me llevaba Sofía, fue posiblemente donde su madre y Christian Samper la habrían concebido.

—Sabes, no creo que sea buena idea hacer esto —intenté convencerla—. Deberíamos marcharnos, si nos pillaran...

A decir verdad, lo que me rondaba por la cabeza era dejarla en su casa y volver solo. Allí seguro que hallaría respuestas que de momento eran mejor no compartir. Aún así, Sofía tiró de mí a través de una escalera que se enroscaba hasta el último piso.

—¿Qué esperas encontrar ahí arriba? —pregunté.

—Aún no lo sé —respondió.

—Claro que lo sabes. Lo sabes perfectamente. Otra cosa es que realmente lo quieras encontrar —dije.

—¿Y cómo es que sabes tanto?

—Ni siquiera te atreves a decirlo.

El eco de nuestras pisadas se revolvía por el hueco de la escalera como algo que hubiera sido arrojado desde lo más alto y fuera golpeando las paredes de un pozo sin fondo. Y así, durante un rato, perseguidos por el rumor de nuestros talones, llegamos al último piso. Al fondo del pasillo esperaba una sola puerta, una puerta que a simple vista llevaba décadas sin abrirse.

—Es esta —anunció—. Lo pone en su diario.

—Muy bien, ¿y qué se supone que toca ahora? —pregunté.

—No creo que te sea difícil adivinarlo, guaperas.

Sofía se apartó y me invitó a abrir la puerta como más me gustara.

—Seguro que aprendiste cosas muy útiles en tus tiempos de niñez —dijo.

—Oye, no sé qué idea tienes de las casas de niños pobres de la Vieja Onuba, pero en ellas no se crían maleantes en potencia —me defendí.

—Pues no tienes ni idea de cómo se las gastan en los colegios menores para chicas de Madrid.

—Lo tendré en cuenta.

Noté que la cerradura estaba algo suelta, pero atrancada en su interior. Su mecanismo debía haberse bloqueado dentro del tabique. Retrocedí un par de pasos y rogando no quedar en mal lugar, tres patadas después la puerta se abrió y el perfume del pasado nos envolvió. Desde la misma entrada olía demasiado a polvo. Me recordó a aquella tarde en la buhardilla de doña Ana donde ni siquiera el aire tenía sitio para respirar. Por suerte llevaba un pañuelo en el bolsillo. Se lo ofrecí a Sofía para que se tapase la boca y entramos en busca de una ventana que pudiéramos abrir.

Fuera la lluvia salía de nuevo a patrullar las calles. A lo lejos la noche se encendía a cuadros a través de la tormenta que azotaba la megalópolis. Manhattan, la isla de las luces, siempre tenía problemas de insomnio. Abrimos todos los postigos que nos encontramos y la luna cosió a balazos el pequeño apartamento. Sin una linterna con la que ayudarse, Sofía iba a ciegas de un lado a otro, palpando y buscando algo.

—Muy bien —dije aparentemente cansado—, ¿y ahora qué?

—Te lo diré cuando encuentre algo.

Di un paso atrás y tropecé con un pequeño aparador enredado en telarañas. Sobre su tapiz de polvo una colección de retratos dormía boca abajo. Si no hubiese movido el mueble no los hubiese distinguido de la capa de mugre. Uno a uno los fui levantando. No fue ninguna sorpresa lo que

encontré en ellos: los hermanos Samper aparecían en la mayoría de las fotos, cada uno un calco del otro, dos gotas de agua. En un par de ellas les acompañaba un hombre. No tenía un rostro reconocible. Entre ambos retratos la diferencia en edad era evidente. Aquel par de gemelos se hacían grandes y el hombre más viejo. Deduje entonces que aquel que sonreía a la cámara debía ser el pianista, Christian Samper, el de verdad.

—¿Qué has encontrado? —me preguntó Sofía.

Le enseñé las fotografías.

—¿Gemelos? —observó—. ¿Quiénes son?

—No lo sé —mentí.

Cuando respondí aún no tenía claro qué debía hacer, si contarle toda la verdad, a medias o simplemente nada. Sin pensarlo dos veces mi lengua se me adelantó para probar suerte.

—¿Puede ser uno de estos el que buscas? —disimulé.

Sofía miró los retratos extrañada.

—Mi madre nunca habló en su diario de dos hermanos gemelos —pasó de largo—. Hay que seguir buscando en otra dirección.

—¿Estás segura? —pregunté.

—¡No lo sé! —contestó—. Debe haber alguna prueba más evidente por aquí.

No había prueba más evidente que esa, pero ella aún no lo sabía. Quizás fuera el momento de dárselo a conocer.

—Oye, creo que tengo que contarte algo —le comenté sin tenerlo todavía claro.

—¿El qué? —preguntó.

—Aún no te he dicho por qué estoy en Nueva York.

—¿Puedes hacerlo mientras seguimos buscando? —preguntó con malicia—. Yo creo que no. Eso de hacer dos cosas a la vez aún no lo tenéis dominado.

—Ya hago dos cosas a la vez: estar contigo y aguantar tus impertinencias

—dije.

—Eres un milagro de la evolución —ignoró.

—Lo cierto es que es una historia larga —seguí en mis trece.

—Pues entonces déjala para más tarde. Te concedo una prórroga. Ahora ayúdame.

Los peores goles siempre llegaban con el descuento, mas así confié que en este caso no lo fuera. Sofía se alejó por un pasillo y luego fue de habitación en habitación. Escruté por última vez los retratos de la familia Samper y luego volví a ponerlos boca abajo. Alguien había decidido que estuvieran así. Lo menos que podía hacer era dejarlos como estaban.

—¡Vaya, quienes fueran no iban a la peluquería! —exclamó desde el pasillo—. Eran más bien de remedios caseros.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

La silueta de Sofía emergió en mitad del pasillo con unos cuantos botes de diferentes tamaños en las manos.

—¿Tinte para el pelo? —advertí con desaprobación.

—Sí, Sherlock—dijo—. Seguro que tu amigo el peluquero está más familiarizado que tú. No pongas esa cara.

—Mi amigo el peluquero con suerte te corta el pelo sin llevarse una oreja por delante —le informé—. ¡Por favor, deja eso y vámonos de aquí!

—¡Eh, gallito, cuidado que por las noches es cuando mejor abofeteo a los chicos guapos! —me advirtió—. Por cierto, creo que he encontrado algo...

Antes de ir a su encuentro me fijé en la mesa que continuaba al aparador. Estaba cubierta de restos de periódicos. Descubrí páginas enteras recortadas, masacradas, mutiladas por alguna tijera. Sentí el vello erizarse bajo mi ropa. ¿Serían acaso aquellas páginas de donde procedían los recortes que años atrás guardaba Rivas en su carpeta junto a todas aquellas fotografías de ancianos decrepitos? Mi piel me decía que sí. ¿Cómo era aquel nombre que aparecía en la carpeta...? ¿Werner? Sí, lo recordaba perfectamente. Werner...

—¡Martín! —exclamó desde la otra punta del pasillo.

Salí de aquella orgía de sospechas y fui en su busca. Cuando llegué al cuarto me la vi de rodillas junto a una cama. En las manos tenía por fin su preciado botín, lo que había venido a buscar: un manojo de cartas. No sé cuánto tiempo transcurrió desde que me había enseñado los botes de tinte en el pasillo hasta que llegué a su lado. Supongo que lo suficiente para empezar a leer una de las cartas. La escuché respirar de manera entrecortada, nerviosa, al tiempo que se peleaba con su nariz.

—Sofía, ¿estás bien? —pregunté.

No hubo respuesta.

Me senté entre ella y una ventana abuhardillada y esperé a que acabase de leer. Al otro lado del cristal continuaba la lluvia, triste y pasajera para acompañarla en aquel viaje de autodescubrimientos, de secretos revelados y de verdades encontradas. Al cabo de un rato se atrevió a mirarme. Tenía los ojos enrojecidos y dos carreras de lágrimas cruzándole el rostro.

—Son de mi madre.

A día de hoy sigo sin saber qué ponía en aquella carta o en cualquiera de las que Christian Samper había atesorado bajo su cama. Nunca he querido preguntárselo. Supongo que hay cosas que son mejor suponer que averiguar. El silencio se encarga del resto.

—¿Es lo que querías encontrar?

—No —lamentó.

Estaba arrepentida. Lo malo de buscar la verdad era encontrártela de frente. Pero claro, a ella nadie se lo había dicho. A poca gente le gusta así. Por eso se inventaron las mentiras, para poder dormir mejor por la noche. Y con toda la razón. A fin de cuentas era lo que realmente importaba cuando se acababa el día.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le pregunté.

Con la verdad todavía quemándole los ojos se abalanzó contra mis labios como si le fuera la vida en ello. Apenas me dio tiempo a saborearlo. Fue prácticamente un estrujón. Luego salió de allí, huyó. Corrí tras ella temiendo

que hiciera alguna locura.

—¡Sofía! —grité.

Al salir del piso encontré el rellano vacío. Me asomé al hueco de la escalera pero no escuché pisada alguna. Miré hacia arriba y encontré la puerta de la azotea abierta.

Una galería de chimeneas de hojalata sin vida flanqueaba un enorme depósito de agua bajo la lluvia. Al refugio de su panza, Sofía observaba la ciudad como si de repente fuera distinta. Y ciertamente de alguna manera lo era. Estaba sonriendo y llorando a la vez, pero también estaba empapada. En ese momento no supe cuáles eran lágrimas y cuáles gotas de lluvia. Aquella estampa me recordó a mi madre aquella fría y última tarde a su lado antes de entrar a San Nicolás, bajo la ventana, salpicándome los labios. Entonces no pude hacerlo, de modo que tomé a Sofía entre mis brazos y sentí su pecho bombear con fuerza contra el mío.

—¿A que es preciosa? —preguntó—. Nunca imaginé que fuera así.

El centro de Manhattan se derretía a lo lejos entre chorros de neón. Tan cerca y tan lejos a la vez. Más allá de las torres que custodiaban su secreto, infinitos látigos de luz colgaban entre el Hudson y el mundo como luciérnagas que tiritaban bajo un manto de lágrimas, el mismo en el que Sofía secaba las suyas.

—¿No te parece que sea de juguete? —dijo.

—Dicho así debe ser un juguete muy caro —dije.

Sofía me miró con gratitud.

—Me alegro de que estés a mi lado —dijo de repente.

—¿Seguro que estás bien? —pregunté.

—A tu lado es difícil no estarlo.

Había deseado tanto ese momento que ahora no sabía qué venía a continuación. Estaba hecho un flan bajo la ropa. No me habría venido nada mal algún manual que describiera en sencillos y cómodos pasos lo que se hacía en aquellos casos. Y no era el único con ese problema en el mundo. El

primero que escribiera ese manual tendría el resto de su vida resuelta.

—¿En qué piensas? —preguntó Sofía.

—En nada. Bueno sí —respondí.

—¿En qué si puede saberse?

—En la pulmonía que vamos a pillar de seguir aquí fuera. Es la tercera vez que me mojo hoy y algo me dice que no habrá una cuarta, así que andando.

—Usted manda, señor Vázquez.

La tomé bajo mi brazo y me la llevé rápido dentro como a una niña pequeña. Estaba completamente empapada. El agua le había rizado el pelo y las lágrimas tendían restos de lápiz de ojos en sus mejillas. Parecía que un camión le hubiera pasado por encima en plena calle. Y aún así estaba preciosa. Si alguien me hubiese preguntado en ese momento quién era esa chica, simplemente habría contestado que era mía.

Entramos de nuevo en el piso y cerré la puerta a nuestra espalda. Tal y como estaba la noche, con el viento soplando la lluvia contra todo aquel que pasara por delante, lo mejor era quedarse. En algún momento tendría que parar. Ella no dijo que no. Y entonces ocurrió. La cubrí con mi cazadora para que entrara en calor a sabiendas de que no iba a ser suficiente. Busqué por los muebles y encontré un par de velas viejas que con suerte nos darían algo de luz. Ya lo había intentado con los interruptores cuando entramos, pero las eléctricas no regalan ni el papel de las facturas. De modo que me puse manos a la obra frente a la ventana, agachado, con el encendedor de mi padre en la mano, de espaldas a Sofía.

—¿En qué estabas pensando cuando saliste ahí fuera? —le pregunté sin esperar nada convincente a cambio—. Estarás calada hasta los huesos.

—Subí a la azotea para mojarme —respondió—. ¿Te parece buena respuesta?

—Estarás satisfecha, lo conseguiste —reí—. ¿Y se puede saber para qué?

Algo cayó a mi lado, un trapo o algo así, no lo vi muy bien. Lo que fuera había apagado las llamas que tanto me estaba costando hacer respirar. Una

gracia, pensé. Cuando me volví para recriminárselo la encontré de pie frente a mí, desnuda y tapándose con las manos con el falso convencimiento de que serviría de algo.

—La respuesta es para que me tapes.

No supe qué decir. Ni siquiera Carlines, un asiduo en lides amorosas de alquiler habría acertado contestar qué y cómo hacerlo. Me sentía el tipo más idiota del mundo. De repente no podía dejar de mirarla, como si fuera la primera vez que veía los pechos de una mujer y no pudiera disimularlo. Y prácticamente era así. Lo de Violeta no contaba, nunca contaría. Aquello era distinto, aquello no se pagaba con dinero sino con el alma. Y ya que me había ahorrado la vergüenza de hacer el ridículo desnudándola, fui hacia ella. No tenía otra elección.

Le brillaban los ojos y los labios. En los primeros, el deseo, y en los segundos una promesa que debía cerrarse aquella misma noche. De esa primera vez poco más recuerdo aparte de lo que me dijo.

—Martín, tengo frío.

Ya en ese momento supe que jamás regresaría a aquella buhardilla perdida de Nueva York. Estaba sucediendo y nunca más se volvería a repetir. Cosas de las segundas oportunidades, que solo pasan una vez en la vida. Sofía se tendió en el suelo con el pulso acelerado y respirando por los dos. Yo apenas podía. Y es que lo que venía a continuación no lo enseñaban en ningún lado. Aquello había que inventárselo sobre la marcha y más valía inventárselo bien. Aún me temblaban las manos cuando comencé a recorrer su cuerpo centímetro a centímetro, al igual que un niño pequeño con ganas de aprender un poco más de esa parte de la vida que nadie le había contado cómo era. Tuve una sensación extraña. A la misma vez que me consideraba el tipo más afortunado del mundo ya empezaba a sentirme algo desgraciado, pues a cada segundo que pasaba sobre su piel la magia del milagro se me escapaba entre los dedos. Era perfecta. Su madre había hecho un gran trabajo. Y posiblemente Christian Samper también había puesto de su parte.

Al otro lado del cristal la ciudad varaba testigo silencioso bajo la lluvia. Lo último que se me cruzó por la cabeza fue el deseo de bajarme del mundo y rogué al destino que dejase escrito mi nombre en el libro de Sofia Schmidt para siempre. Ahora sé que los besos que nunca olvidaré fueron los que dejamos de darnos aquella primera vez.

Capítulo 11

Cuando abrí los ojos ya había escampado. En el reloj de Sofía, las agujas de la esfera pinchaban las cinco y pico de la mañana. Aún era de noche, pero a esa hora y en esa ciudad no sabía si aún era pronto o si ya era tarde para ser demasiado temprano. Apenas llevaba un día en Nueva York para saberlo. Miré a Sofía revuelta bajo mi chaqueta, desnuda y sonriente. Quedaba claro que a ella le sentaba mejor que a mí, al contrario que su ropa, como en el suelo que yo pisara en ninguna parte.

Me acerqué a ella para besarla. Sus mejillas aún estaban encendidas. Luego, como si recordara algo, se inclinó hacia la ventana.

—En su diario, mi madre decía que había venido a acompañar a una buena amiga suya a Nueva York. Bueno, ella creía que lo era. Ya en aquellas páginas sospechaba que había algo entre *ella* y mi padre.

La miré sin querer perderme una sola parte de aquella historia.

—Norma Estrada vino hasta aquí en busca de Francisco Elías, un reputado director de cine que había logrado filmar con éxito la primera película sonora en España.

—Sí, señora —asentí—. Y choquero por los cuatro costados.

Sofía se volvió y me regaló una sonrisa afectuosa.

—Norma Estrada había encontrado la fama de una manera que no estaba muy clara del todo. Y no porque lo diga yo, al parecer era *vox populi* —consideró—. Había hecho un buen puñado de películas mudas hasta el momento, pero la cosa iba a cambiar a partir de ahora. Ella no era tonta, sabía de más que sus días estaban contados, de manera que se vino hasta Nueva

York para convencer a Francisco Elías de que la ayudara. Según cuenta mi madre, director y actriz ya se conocían de antes, de una vez en la que el cineasta la requirió para acabar una secuencia con la que terminaría de completar una película que al parecer no era ni suya. Supongo que por entonces Francisco Elías ignoraba las consecuencias de aquello, seguro que jamás imaginó que algún día Norma Estrada cruzaría el Atlántico para pedirle un papel en su próxima película como aval para el cine sonoro. Así todos sabrían que podrían contar con ella para futuras producciones —explicó—. Y mi padre la acompañaría, pues era su representante. En Alemania había sido productor y cuando llegó a España continuó con esa labor. Así fue como hizo mucho dinero.

Así y haciendo otras cosas, pensé.

—Lo malo para él es que por aquel entonces mi madre ya tenía la mosca detrás de la oreja, lo deja bien claro en su diario. Al parecer un día encontró en una chaqueta de mi padre una factura bastante suculenta. Era a cuenta de unos brillantes de Cartier. Brillantes que nunca le regaló y que sin embargo vio colgando en innumerables ocasiones de los lóbulos de Norma Estrada —asumió con dolor—. Nunca dijo nada. Ella sola se lo comió. Prefirió hacer eso antes que montar un escándalo, pero cuando se enteró del plan de Norma, ella también se apuntó al viaje. No quería dejarles solos. Al final mi padre no viajó y puso como excusa otros asuntos que reclamaban su atención. Aún así redactó un documento para que le fuera entregado en su nombre a Francisco Elías y puso a disposición de ambas una cuadrilla de hombres de su confianza que no las dejarían a solas en ningún momento.

—¿Y qué pasó?

—Pues lo que tenía que pasar —rió—. Según mi madre fue todo un fracaso. Francisco Elías acabó cansado y horrorizado. Al parecer las reuniones fueron largas y extensas, y aunque ya sabían desde el principio que Norma Estrada había hecho el viaje en balde, el director se tomó la molestia de concertarle durante toda una semana un sinfín de audiciones y lecciones de

cante. Lo hizo por educación y por no hacerle el feo a mi padre, a pesar que él estaba tan convencido como todos de que aquella mujer no tenía madera de actriz, al menos para el sonoro. Norma necesitaba mucho más que toda una cohorte de profesores para seguir siendo la estrella que ella creía ser. Necesitaría un milagro y los estudios nunca estarían dispuestos a gastarse una fortuna por alguien de su edad. Ya andaba cerca de los treinta y si no había triunfado ya, no lo haría jamás. Estaba además demasiado viciada del cine mudo. No era un buen negocio.

—Tu madre debió disfrutar con aquello —consideré.

—No te creas. Literalmente dice que sintió vergüenza ajena. No sabía dónde meterse —dijo—. Mi madre escribió en su diario que jamás había escuchado a alguien desafinar de aquella manera. Norma Estrada no tenía oído ninguno.

—Yo en su lugar habría salido corriendo.

—Nada de eso —dijo con misterio—. Tuvo que quedarse, no le quedaba otra. Ella iba en representación de mi padre. ¡Qué irónico! Había viajado para fastidiarles su *affaire* y al final resultó que le hizo el favor de ahorrarle un gran bochorno. La gente que estaba allí delante era gente importante.

—Bueno, al menos no se volvió de vacío —dije—. Conoció al tal Samper, ¿no?

—Eso es —afirmó—. Para las lecciones de canto habían mandado traer a un pianista de acompañamiento. Al principio no se fijó en él, era un chico corriente, como cualquier otro, nadie importante. Solo un cruce de miradas, nada a lo que no estuviera ya acostumbrada una mujer como ella. Antes de aparecer mi padre en su vida, Elsa Schmidt ya se había profesionalizado en ignorar moscones.

—¿Y entonces?

—Entonces pasó que a mitad de semana ella decidió tomarse un descanso, ya estaba harta de pasar vergüenza —dijo—. En uno de los almuerzos junto a Elías y los suyos supo que el director era un gran enamorado

del cine alemán. Hablaron del expresionismo, de Lang, de Wiene, de Pabst, de Murnau... Elías era un enamorado del cine de Murnau al igual que mi madre, y fue entonces cuando este le dijo que años atrás había tenido que completar una filmación que un subalterno suyo había dejado a medias por determinados «problemas técnicos» y cuyo precedente más inmediato era el *Nosferatu* de Murnau, la cual a su vez no era sino una versión libre pero muy cercana al *Drácula* de Stoker. Aquello de los problemas técnicos tal y como lo pronunció el cineasta la intrigaron.

No hacía falta que dijera nada más. Sabía de sobra de qué película se trataba, ya la había visto antes, y a Norma Estrada en ella, aunque según Sebastián Morell no en su versión completa, la que sí que guardaba a buen recaudo en su cámara de los horrores.

—Se llamaba *El ángel de medianoche* o algo así, y casualmente la película en la que Norma Estrada había hecho aquella breve aparición. Francisco Elías le comentó que tenía la posibilidad de verla en una sala cercana a sus oficinas, un pequeño cine de barrio donde aún programaban ciclos de películas silentes —dijo—. Mi madre cuenta en su diario que Elías renegaba de aquella cinta porque no era suya y que por esa razón su nombre no aparecía en los títulos de crédito. Sin embargo había tenido que acabarla por la amistad que le unía con aquel hombre, el cual de repente había desaparecido sin dejar rastro. Había un encargo que cumplir y Elías la finalizó por él. Así que mi madre decidió tomarse una tarde libre y se fue al cine. Y fue allí donde vio por primera vez *El ángel de medianoche*.

—Y de camino se enamoró de Samper —volví a adelantarme.

Sofía me miró extrañada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque antiguamente las proyecciones de cine se acompañaban de música en directo, normalmente con un piano. Y según el rumbo que toma tu historia, todo conduce a que el tal Samper era el pianista de la sala.

—Bueno, ella no lo cuenta así, pero sí, ese debió ser el inicio —asumió

convencida—. Dice que cuando le oyó tocar sus propias piezas sobre aquellas tétricas imágenes, quedó fascinada. El hechizo fue instantáneo. Su sinfonía era tan condenadamente atractiva como triste, hipnotizante. La había embaucado por completo. Cuando acabó la proyección quiso conocerlo en persona y bajó al escenario. Hasta que no lo tuvo cerca no se dio cuenta ni de que era aquel mismo muchacho de las audiciones de Norma ni de su enorme magnetismo. Quizás fuera el aura de nostalgia y soledad que lo envolvía lo que la había hechizado por completo, o lo maravilloso y encantador que le pareció en ese momento. De lo único que estaba segura era de que se había enamorado de él. Así fue como se conocieron, flirtearon y acabaron aquí, como nosotros dos. Eso fue un año antes de yo nacer, en 1933. Después de eso no hay nada más escrito. El resto son estas cartas que he encontrado que no dicen nada claro. Estoy como al principio. O peor.

Después de eso se quedó callada. El rumor de la calle se llevó sus palabras tierra dentro con el nuevo día. Aún era de noche cuando Manhattan comenzaba a desperezarse, pero en poco tiempo el rugido de los camiones infestarían sus avenidas y el hechizo se rompería para siempre. Sentí la necesidad de abrazarla y de no soltarla nunca. Me encadené a ella frente a la ventana y juntos compartimos el silencio hasta que volvió a despegar los labios.

—¿Qué haces aquí, Martín?

De pronto recordé aquella vez en la playa cuando le dije que esa casa que pintaba y ese barco que navegaba eran míos, y cómo días después no me importó contarle la verdad porque algo me decía que jamás volvería a verla. A diferencia de entonces aún no había tenido tiempo de contarle ninguna milonga y sin embargo ahora era mi turno. Sospechaba que en cuanto contestase podría volverla a perder otra vez.

—Christian Samper —murmuré con un nudo en la garganta.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Christian Samper —repetí—. Él tiene parte de culpa. Él y más gente.

Sofía se volvió extrañada, no comprendía.

—¿Qué tienes tú que ver con Christian Samper?

—Todo.

No sabía cuántas veces había contado esa historia pero sin duda mejoraba cada vez que la volvía a recordar en voz alta. Se lo conté casi todo, de cabo a rabo. Le hablé de Víctor Durán y de su particular método para educar niños y encerrar reclusos; de Hugo Samper y de sus manos de acero, de Rivas y su taller de prótesis innovadoras sobre el que acabábamos de hacer el amor... Le hablé de Mamá Patrice y de sus fuerzas oscuras. Y, cómo no, de Sebastián Morell y del pacto que ahora me unía a él. Y con eso era suficiente. No le dije nada de lo que sabía de Karl Schmidt, su padre, un asesino. Aún no debía aparecer en mi relato, al menos de momento. Quizás no fuera su progenitor, lo que aún estaba por demostrar, pero sí era su padre y eso no se borraba tan fácilmente. Ella nunca me lo habría perdonado.

—¿Y ahora? —quiso saber.

—No lo sé —me sinceré con tristeza—. Simplemente no lo sé.

Sofía recogió mi mirada del suelo y me enfrentó a sus ojos.

—¿Tienes que volver?

—Eso me temo.

—Mi pregunta es si *tienes* que volver —insistió

—Hice un trato —contesté—. Lo menos es dar la cara.

—Ese coleccionista debe ser un tipo peligroso, Martín. Un hombre así...

—Seguro que lo es, pero lo que no puedo hacer es esconderme en Nueva York. Sé que me encontraría. A mí y a quien estuviera conmigo. Puedes apostar a que sí. Si te pasara algo no me lo perdonaría nunca —dije—. Y si no es él aquí, ya será Durán allí, así que tanto me da. Pero en ese caso puede que aún tenga una opción.

—No creo que tú solo puedas sacar a ese hombre de la cárcel.

—Debo intentarlo.

—En cuanto pongas un pie en Huelva te estarán esperando.

—Todavía tengo un as en la manga.

Sofía apartó las manos de mi cara y retrocedió unos cuantos pasos.

—¿Para eso has venido, para marcharte?

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien —dijo furiosa—. Dime, Martín: ¿entras y sales de las vidas de las personas así como así?

—Nunca he hecho eso.

—Es lo que estás haciendo ahora —me recriminó—. Lo sabías muy bien desde el principio, desde el momento en que nos vimos esta mañana. Sabías que esto pasaría, y aún así seguiste adelante.

Y tenía razón.

—Nunca esperé que las cosas salieran así.

—Yo menos que tú y sin embargo aquí estoy también.

Sofía recogió mi cazadora del suelo y se vistió con ella. Miré su ropa, en el suelo. Aún estaba empapada.

—Abajo debe haber algo que me pueda poner —dijo—. Está a punto de amanecer y pronto llegará el camión de reparto. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Me vestí tan rápido como pude, como un imbécil que ni siquiera se merecía el aire que respiraba mientras ella me daba la espalda. Así se acababa todo. Los cuentos de hadas no eran para siempre. Nada es para siempre. Cuando recogí su ropa me dijo que no la quería, que lo mejor era que se quedara allí para siempre. No soportaría volver a ponérsela otra vez. Después de esa noche no.

Cerramos la puerta y tanto su ropa como el recuerdo de aquella noche se quedaron allí con la esperanza de que algún día se pudrieran en su memoria.

* * *

A la luz de las farolas, el susurro de la aurora trajo prácticamente en

volandas la mañana. Me alegré incluso de que así fuera. Atrás quedaba una noche para no olvidar, una noche donde las llamas alumbraron una promesa cargada de segundas oportunidades. Y sin embargo después del fuego lo mejor que se podía hacer era retirar los restos. Las cenizas solo servían para mancharle a uno las manos. Había que pasar página. De manera que después de encontrarse algo de ropa en el almacén, Sofía me devolvió la cazadora, y así, sin más, salimos a la calle. Fuera el mundo había comenzado a girar otra vez. Los transportistas y mensajeros eran los primeros en poner las calles, las persianas se arriaban, los pájaros se aclaraban la garganta y un ligero olor a café recién hecho barría las aceras con la promesa de un nuevo día.

No nos dijimos nada en todo el camino. Los minutos se me escapaban, los últimos a su lado, y ni siquiera tenía valor para abrir la boca. Ella había dicho que no quería escuchar más y sin embargo era probablemente lo que estaba esperando, que abriera la boca para ofrecerme a cambio un último reproche. Las mujeres siempre esperan lo contrario de lo que hacen creerle a uno, no obstante en esa ocasión a mí me pudo más el miedo a un nuevo rechazo.

Iba tan ensimismado en aquello y Sofía tan concentrada en preparar lo que me diría al respecto, que ninguno de los dos se dio cuenta cuando el coche pasó a nuestro lado. Fue cosa de segundos. Dos enormes gorilas se bajaron sin darme más tiempo que para apartarla con el brazo y a ponerme por delante. Tarde. Por más que forcé contra ellos nos cogieron como si fuéramos un paquete de pipas y nos metieron dentro. Luego el coche se puso en marcha.

Frente a nosotros se sentaba Mamá Patrice como un fantasma que vistiera de luto. Sofía me agarró la mano con fuerza en cuanto la vio.

—¿Dónde te habías metido? Llevamos horas preocupados por ti —dijo la anciana con aquella mezcla de francés y español.

—¿Preocupados quiénes? ¿Usted? —ironicé.

Uno de los gorilas quiso enseñarme modales. Mamá Patrice alzó una mano. El gigantón se paró a medio camino y luego volvió a acomodarse en el asiento. Era ella quien mandaba, allí dentro y fuera, que a nadie se le olvidase.

—Te espegan todos —reanudó la conversación—. Incluidos el viejo y tu amigo el bocazas.

—¿Dónde están? —pregunté asustado.

—En el barco.

—¿Qué barco?

—El que nos llevará de vuelta a tu mundo —respondió y luego miró a Sofía—. A todos.

Luego se inclinó hacia nosotros hasta que Sofía pudo verse reflejada en sus grandes ojos blancos.

—Te quedaste cogto al decir que era muy guapa.

Y así, las calles de Nueva York desaparecieron para siempre.

HUELVA, 1954

—

El RASTRO de su VOZ

Capítulo 1

El Muelle de Levante vestía de gris y vapor la madrugada del primero de febrero de 1954. Hacía frío, muchísimo frío, demasiado para Huelva, tanto que el aliento de la marea parecía a punto de cuajar en espuma al paso que cepillaba los escalones del embarcadero; más arriba, la bruma reptaba como perro fiel a los pies de un vigilante y un práctico. Nadie más nos esperaba. Sin duda era la mejor noticia, eso y que por fin estaba en casa. Había llegado, sano y salvo, al igual que el resto, que Matt y Carlines, al igual que Sofía. Cuando llegamos a la superficie tuve la sensación de que la ciudad llevaba una eternidad conteniendo el aliento a mi llegada. Una horda de grúas vigilantes se perdía en fuga en el silencio de la noche y más allá de la entrada al muelle, fuera, en la carretera, unos cuantos taxis probaban suerte.

Nos dividimos en dos coches y rápidamente comenzamos la ruta. Un par de matones de la bruja del West Side nos acompañaron mientras el resto del fuerte esperaba en el barco. Mamá Patrice se bastaba con solo dos de ellos para aquella ciudad; uno subió al taxi en el que íbamos la anciana, Sofía y yo; el segundo se metió en el otro para hacerles de carabina a Matthew Thomas y Carlines. A una orden mía nuestro coche se puso en marcha y abrió la avanzadilla. Antes de nada, lo primero era pasar por casa. Quería comprobar que todo iba bien. Habían transcurrido dos semanas desde mi marcha y mi plazo con Morell se agotaba a falta de un día. En todo ese tiempo, una vocecilla que se parecía a la de Isabela apenas había dejado de insistir a la puerta de mi conciencia para recalcar me mi conducta. El mundo se había tambaleado bajo mis pies y de paso bajo los de mi tía y doña Ana. Y todo era

por mi culpa.

En cuanto enfilamos la Calle Rico por la Avenida del Eje supe que no me haría falta bajar del coche para comprobar que todo estaba en su sitio. Un coche de la secreta y un par de sombreros en su interior hacían noche frente al piso de doña Ana. Aquello era buena señal. Significaba que todo andaba igual, a la espera de poder echarme el guante. Eso sí, en cuanto vi a Ortiz y su garfio asomados a la ventanilla tuve que escurrirme entre los asientos. Sentí el corazón en la boca. A una orden mía el taxi siguió calle arriba como si nada. Cuando llegamos a la Plaza de las Monjas varié nuestro destino.

—Usted dirá, jefe —dijo el taxista.

—Vaya al Hotel Granada, necesitamos descansar.

—*Non* —me interrumpió Mamá Patrice—. No hemos venido a descansar. Hemos venido a hacer lo que hemos venido a hacer.

—Está bien —resoplé—. Vaya entonces al número 37 de la Calle Puerto.

—Jefe, que aquí uno es de letras, los números para la calculadora —protestó el taxista—. A mí dígame qué taberna hay al lado del sitio al que quiere ir y yo le llevo. Pero déjese de cuentas a estas horas.

—¿Le viene mejor la Casa del Millón? —fui más explícito.

—Me viene de maravilla.

—Pues andando.

Mamá Patrice me miró extrañada.

—¿*Pourquoi* la Casa del Millón? —preguntó la bruja de Hell's Kitchen.

—Porque en Huelva la gente que tiene dinero no se conforma solo con refregártelo por la cara —sonreí—. También tienen que hacer obras de arte para recordártelo.

Debían ser alrededor de las dos de la madrugada cuando el coche aparcó a la vera de la mansión de Sebastián Morell. A esa hora la Calle Puerto parpadeaba sepultada bajo un aura mortecina. En lo más alto una luna llena languidecía a medio gas.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Mamá Patrice.

—Hemos venido a recoger un paquete —contesté.

Salí del coche dibujando fantasmas con el aliento. La noche entera se abrigaba en escarcha. Desde fuera tendí la mano a Sofía para que me acompañara, pero Mamá Patrice se interpuso.

—*Elle* no va a ninguna parte —repuso Mamá Patrice.

—Ella se queda aquí y a cambio sale la persona que necesitamos.

—¿Quién es?

—Nuestro salvoconducto: Norma Estrada.

—No la necesitamos.

—Créame, la necesitamos. Vamos a la cárcel, hay un ejército entero allí dentro y usted no lleva consigo suficiente aliento del diablo para tumbarlos a todos. Las cosas hay que hacerlas bien. Primero a mi manera, y luego a la suya. ¿Le parece o no?

Mamá Patrice lo pensó un momento. Miró al matón que esperaba una orden suya y a un movimiento de cabeza este nos siguió fuera del coche.

La puerta de Sebastián Morell estaba tan fría como la noche que entumecía sus ventanas. Llamé con insistencia durante un rato hasta dejarme los nudillos en la madera. Nadie acudía. Por un momento un sinfín de incógnitas me hizo sentir el alma por los tobillos. ¿Acaso no había nadie allí dentro? Era muy posible. Huelva era una ciudad demasiado pequeña para guardar secretos. ¿Y si alguien hubiese descubierto nuestra tapadera? ¿Y si mi benefactor hubiese tenido que huir? No, me dije, eso no podía ser. Un hombre como Morell no necesitaba salir corriendo de ninguna parte. Pero... ¿Y si fuera precisamente él quien estuviese detrás de todo el asunto desde el principio y Durán y Schmidt no fueran más que simples peones? No, intenté convencerme, eso no iba a pasar. No, ahora no. Pero lo cierto era que con Morell todo podía ocurrir.

Un complejo mecanismo de seguridad hizo estremecer la puerta desde dentro. ¡Por fin!, respiré. Media tonelada de cerrojos después, el hombre al que su patrón llamaba Luther apareció tras la hoja.

—Buenas noches, señor Vázquez —saludó—. Celebro verle de nuevo sano y salvo.

—Yo también me alegro de verlo, Luther, pero será por poco tiempo si no nos damos prisa.

—El señor Morell no se encuentra en casa.

—¿Dónde está?

—De negocios, señor Vázquez. El amo es una persona muy ocupada —me informó—. No obstante, me dio instrucciones para cuando usted apareciera. Nunca dudó de que regresara. Así me lo hizo saber.

Un punto a mi favor. Sebastián Morell confiaba en mí y sin embargo, muy a mi pesar, yo no podía dejar de hacerlo en él, pues en ese punto tuve la sensación de que algo extraño pasaba. Desde la puerta pude ver el cambio que se había orquestado en el interior de la casa. El hall estaba vacío. Las reliquias que Morell amontonaba a la entrada bajo fantasmales sábanas habían desaparecido por completo.

—¿Están de mudanza, Luther?

—Al señor Morell le apetece cambiar de aires, señor Vázquez. Después de usted, ya no tendrá nada que le retenga en esta ciudad.

Una ligera sospecha me heló el corazón.

—Luther, Morell no irá ahora a...

—No se preocupe, señor Vázquez, el señor Morell es un hombre de palabra.

Asentí conforme, no me quedaba otra.

—¿Dónde está Norma Estrada? —pregunté.

—Arriba, durmiendo. Al menos eso espero —dijo un tanto abatido—. Es una mujer insoportable.

—Pues vaya y dígame a la Reina de Saba que se quite las legañas —le pedí—. Ha llegado la hora de actuar. Va a representar el papel más importante de toda su carrera.

—Así se hará —asintió—. Por favor, pasen, no se queden ahí. Hace

mucho frío.

—No se preocupe, Luther, ya estamos congelados.

—Me alegro por ustedes, pero lo decía por mí —aclaró—. No me apetece resfriarme. Entren.

No se podía ser más sincero, más aún cuando la hospitalidad de Sebastián Morell rozaba temperaturas tropicales en pleno invierno. Allí dentro nos vimos obligados a quitarnos los abrigos. Luther nos ayudó en esta última tarea menos al tipo duro que nos acompañaba. El grandullón prefirió quedarse como estaba, abrigado y a un lado, vigilante.

—Intuyo que su amigo la Torre Eiffel no viene a tocarles el violín, ¿me equivoco, señor Vázquez? —preguntó Luther.

—Para nada —contesté—. Por favor, Luther, ya sé que no soy quién para darle ninguna orden, pero nos haría un gran favor si la señorita Schmidt pudiera establecerse aquí durante un tiempo hasta que terminemos.

—Un momento —se revolvió Sofía—. ¿Qué es eso de quedarme aquí?

—Es lo más seguro, Sofía. Ya lo hemos discutido.

—Pero...

—No hay ningún problema, señor Vázquez —se entremetió el criado—, el señor Morell dijo que atendiese todas sus necesidades. Por cierto, ¿ha dicho la señorita Schmidt?

—Sí —respondió Sofía—. Sofía Schmidt.

Luther enarcó una ceja.

—Vaya, no lo sabía —dijo—. Permítame entonces que le transmita mi más sincero pésame, señorita Schmidt. Ha sido todo un escándalo y entiendo que debe estar usted muy afectada.

Sofía miró al criado sin comprender a qué se refería, ni siquiera yo lo sabía. Nos había cogido en fuera de juego.

—No le entendemos, Luther ¿a qué se refiere? —pregunté.

—¿No han leído los periódicos? —respondió a cambio.

—Acabamos de desembarcar, Luther —dije yo—. No sabemos nada,

¿qué ha ocurrido? ¡Conteste!

—Bueno... creo que he metido la pata —lamentó Luther algo turbado—. En cualquier caso pueden verlo ustedes mismos.

Allí, en la misma entrada, había una pequeña mesa cubierta de periódicos. Luther nos alcanzó un ejemplar de hacía dos días del rotativo *La luz*. El titular que la cabecera de Jota Jota ofrecía en primera plana era bastante claro:

«Muere Karl Schmidt»

Acompañaba un amplio texto donde se daba buena cuenta de la vida y obra del empresario alemán, un magnate de la industria del espectáculo, valedor de figuras tan notables como Norma Estrada, entre otras, el cual había sido hallado en su despacho con un tiro en la sien y una pistola en la mano.

Sofía quiso decir algo pero se le atragantó a medio camino de la garganta. Las lágrimas no se lo permitían. Sin mencionar la palabra de marras para estos casos, la escena que planteaba el periódico era la de un suicidio perfecto. Según relataron los criados a la policía, el señor Schmidt trabajaba en su despacho cuando a las doce de la noche le preguntaron si deseaba algo más antes de poder retirarse. El señor Schmidt les dio las buenas noches y ellos hicieron lo propio camino a sus dormitorios. A la mañana siguiente, cuando abrieron la puerta del despacho, hallaron su cadáver sobre el suelo en las circunstancias anteriormente descritas.

Y aún había más. A renglón seguido se afirmaba que sobre la mesa de su despacho la policía había encontrado una confesión firmada de puño y letra del propio Schmidt. En el citado documento, Karl Schmidt revelaba haber sido durante años un agente infiltrado de la Abwehr, del servicio secreto militar alemán, teniendo por principales cometidos sabotear la salida de barcos ingleses desde Huelva e interceptar cualquier información que pudiera ser útil al bando alemán durante la guerra. Igualmente, de paso, confesaba haber sido

autor de una serie de crímenes, el más cercano el de una joven prostituta. Allí mismo, sobre el papel, los agentes habían encontrado un cuchillo con restos de sangre seca. Según el diario, las correspondientes indagaciones habían llevado a la policía a concluir que efectivamente Schmidt habría sido el autor material del crimen y que esa había sido el arma utilizada, toda vez que la vecina de la víctima había hallado su cuerpo en semejante estado después de haber visto salir momentos antes del domicilio de la finada al propio Schmidt.

La coletilla del texto, firmado por el propio Jota Jota, concluía que por el momento continuaban las investigaciones.

—¿Qué es toda esta basura? —preguntó Sofía.

—¿Acaso no está claro?

La voz llegó por detrás, a traición, como era costumbre en ella, sibilina como una corriente de aire frío. Cuando nos volvimos observamos a su propietaria bajar la escalera.

—Es toda la verdad —apuntilló Norma Estrada.

La vedette se acercó a nosotros con la estudiada agonía de quien goza la plenitud de su crepúsculo, arrastrando un harapiento y largo vestido de noche que parecía salido de una vieja película de terror. La languidez de su silueta, unida al juego de sombras que acentuaba sus pómulos y rellenaba los huecos de su rostro, le confería un aspecto decrepito y fantasmal cual vieja reliquia de un mundo largo tiempo olvidado.

—¡Querida, siento mucho lo que ha pasado! —dijo con falsa compasión—. Y también siento que te hayas tenido que enterar así. Pero es cierto. Mejor dicho, *era*. Karl Schmidt, tu padre, era un asesino y...

—¡Norma! —le grité—. Ahora no.

—¿Qué pasa, aún no se lo has contado? —soltó sin más—. A Morell se lo dijiste todo, ¿no?

—¡Le he dicho que se calle!

Sofía se volvió hacia mí sin comprender, desorientada. En cuestión de segundos comenzó a encajar las piezas.

—¡Oh, vaya...! *Ella* no lo sabía —apuntilló de nuevo la vedette con una sonrisa lastimosa—. Mi pobre niña... Engañada por todos.

Sofía me miró como si le hubiese asestado una puñalada.

—Martín... ¿Es eso cierto? —quiso saber.

—Si te sirve de consuelo, todos los hombres son iguales —se entrometió una vez más la actriz, con despecho.

—¿Es verdad? —preguntó de nuevo—. ¿Lo sabías? ¿Sabías que mi padre era...?

Le puse una mano sobre los labios para que no continuara. A pesar de ello se zafó de mis dedos. Había intentado evitar ese momento a sabiendas de que llegaría y de que nunca estaría preparado para entonces. Es una tendencia natural de la cobardía.

—¡Contesta! —me gritó ahora ella a mí.

—Sí —le confirmé.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—Desde hace años —confesé—. Desde que te conozco.

—Mentira —susurró.

—Ojalá lo fuera, pero por desgracia no es así. Lo habría dado todo por no saber tantas cosas.

—¿Qué es lo que sabes?

—No solo es lo que sé, es lo que también he visto.

—¿Qué has visto? —quiso saber casi despellejando las palabras.

—A tu padre matar a un hombre a sangre fría —respondí—. Y no me siento orgulloso de ello. Yo entonces era un niño. Y tú una niña. Lo hizo la noche del incendio del Vigía, ¿recuerdas? Yo nunca podré olvidarlo. Allí mismo también mandó matar al hombre que hemos venido a buscar. Y no solo eso: el día que mató a aquella prostituta, hace dos semanas, yo estaba allí, inconsciente, en el suelo, pero estaba allí. En cuanto desperté supe que su plan era colgarme su crimen. Por eso tuve que huir a Nueva York, para que no me encontraran, para ir en busca de la única persona que podría ayudarnos a

todos.

—¿Cómo has podido ocultármelo todo este tiempo? —preguntó confundida—. Aquella noche tuviste la oportunidad de contármelo. Yo lo hice, y sin embargo tú has permitido que lleve años viviendo una mentira, incluso entonces. Todos estos días que me has tenido a tu lado en el barco.... ¿Por qué?

—Porque no quise hacerte daño entonces y tampoco quería hacértelo ahora —me excusé—. Por eso te lo oculté, porque sé que te mataría saberlo. Porque sé que una verdad como esta te destrozaría y porque no quiero volverte a perder. Por eso.

Sofía me cruzó la cara y me gritó que era un egoísta. Después de eso quiso salir de la casa. A una orden mía el grandullón se lo impidió, forcejeó con él y luego cayó en redondo al suelo. Se había desmayado. Demasiadas impresiones en tan poco tiempo. Cuando el grandullón fue a levantarla del suelo lo aparté con una mirada desafiante. No quería que nadie la tocara. A cambio el matón me sonrió con la misma importancia que se le da a un insecto al que pudiera espachurrar en cualquier momento. No me importó lo más mínimo. Tomé a Sofía entre mis brazos y seguí a Luther escaleras arriba.

* * *

Dejamos a Sofía respirando plácidamente entre algodones, bajo sábanas que parecían recién compradas. Todo el dormitorio olía a nuevo. Qué extraño. Aquel dormitorio era tan encantadoramente familiar y agradable como la más ruin de las mentiras. Y por eso me daba miedo dejarla allí. Me aterraba. En aquella casa museo de los horrores, habitaciones de huéspedes como esa no parecían encajar con la idiosincrasia de su morador. Sebastián Morell no era más que un fantasma del que muy pocos habían oído nombrar alguna vez, menos aún eran los que se conocía que habían tratado con él. Siempre dudé que pudiera tener algún tipo de amistad con el género humano, la más vil de

las creaciones del mundo según el patrón de Luther.

—Si me lo permite el señor, me atrevo a considerar que usted es ahora un hombre libre —dijo abiertamente—. Schmidt ha cargado con todos los crímenes perpetrados por su propia mano. Usted ya no tiene nada que temer.

—¿Sabe lo que me parece todo eso del suicidio, Luther? Una pantomima.

—No le entiendo, señor.

—Verá, todo suena demasiado fácil: una pistola que nadie escucha disparar en la noche, un examen de conciencia demasiado detallado y extenso, un cuchillo que yo mismo dejé en la escena del crimen y ahora aparece... Nada es tan fácil como parece y menos todavía después de haber visto un par de polizontes pelando la pava frente a la puerta de mi casa, que esa es otra. Veremos si cuando acabe todo, y con suerte para bien, me dejan entrar.

—¿Entonces?

—Entonces significa que Víctor Durán está esperando a que asome el cogote por algún lado para echarme el lazo —razoné—. Quiere que me descuide, que crea que todo ha terminado. No, tarde o temprano vendrá a por mí.

—¿Y qué se ha propuesto hacer usted entonces? —preguntó—. ¿Cuál es su plan?

Sonreí amistosamente al lacayo de Morell como a un buen amigo que se preocupa por los suyos.

—De momento tengo que cumplir con su patrón. Después Dios dirá.

—Mala cosa —observó—. No deje las cosas en manos de Dios, últimamente no se le ve mucho el pelo.

—Nunca hay que perder la esperanza, Luther. Nunca.

Antes de cerrar la puerta eché la vista atrás. Sofía reposaba profundamente. Su respiración honda y sosegada me tranquilizó. Por un momento dudé en dejarla atrás y sin embargo no me quedaban más opciones. A pesar de ello no pude evitar enmarcar una sonrisa en mi rostro. Sofía parecía una niña pequeña ajena a todo y por un momento tuve el desliz, la tentación, de

desear que no volviera a abrir los ojos nunca más.

—Por favor, Luther, cuídemela.

—Así lo haré, señor Vázquez. Puede marcharse tranquilo —me prometió—. Pero antes, si me lo permite, tengo algo para usted.

—¿De qué se trata, Luther?

—Bueno, el señor Morell me dijo que se lo entregara, que esto era suyo y que quizás pudiera hacerle falta.

Luther se sacó de la chaqueta una pistola, una que de repente recordaba haber cogido de un cajón de San Nicolás siete años atrás antes de ir al encuentro de Sebastián Morell en una iglesia en ruinas, aquella que me había arrebatado de mis propias manos y tomado en prenda, una pistola que como su dueño había dicho en una ocasión solo servía para espantar hienas. Otra broma de mal gusto. A pesar de ello, supe verle la gracia.

—Creo que de momento no voy a tener que utilizarla, Luther. Guárdela para otro momento.

—Como usted mande —obedeció—, pero... ¿Quién sabe?

—Sí, ¿quién sabe?

—Una última cosa, señor Vázquez, y disculpe el atrevimiento. ¿Puedo pedirle un favor?

—Lo que necesite, Luther.

—Es sobre Norma Estrada...

—Usted dirá.

—Por favor, llévensela ya. Es insoportable.

* * *

Antes de cumplir los deseos del bueno de Luther, cogí al fantasma de Norma Estrada del brazo y la arrastré igual que si arrastrara un saco de huesos hasta el teléfono que el criado puso a nuestra disposición. Marqué un número y de seguido le entregué el auricular a la vedette.

—Ahora mismo está llamando a uno de sus grandes fans —le dije.

—¿Quién es?

—Samuel Alcaide, director de la prisión provincial. Dígale quién es, que está de paso y que le apetecería mucho volver a verlo. Haga lo que le digo o ese armario empotrado que me he traído de la oreja le retorcerá el cuello.

—¿Y qué más se le ofrece al señor?

—¿Cuánto tarda usted en arreglarse?

—Media hora.

—Dígale que estaremos allí en diez minutos —le impuse.

Luego la agarré del brazo de nuevo, esta vez con ganas de dejárselo morado y observó con miedo el fuego en mis ojos.

—Y no se le ocurra jugármela, Norma —le advertí con un tono que era más bien amenaza—. Usted y yo aún tenemos una conversación pendiente.

Estaba asustada, la voz le temblaba. Aún así consiguió responder a la voz soñolienta que preguntaba al otro lado del teléfono.

—Buenas noches, Samuel... —comenzó a decir— ¿qué quién soy?

Me miró sin saber qué decir. Mis cejas le dieron una idea.

—Vaya, vaya, Samuel Alcaide, ¿acaso has olvidado la voz de Norma Estrada? —preguntó al tiempo que podía escuchar al director de la prisión eufórico al otro lado del hilo—. ¡Sí, cariño, sí, cuánto tiempo!... No, ¿cómo no iba recordarte? Todas esas flores y todas esas cartas... Sí, estoy en Huelva, sí... Bueno, es que hace un poco de frío. Estoy temblando...

De miedo, temblaba de miedo. Se notaba que tenía madera de actriz, pero de las malas. Tan mala como ya sabía que lo era.

—Me preguntaba si me invitarías a tomar un café... Sí, acabo de llegar de Sevilla y... —Norma Estrada rió como estaba acostumbrada a reír los chistes que no tenían gracia— ¡Qué gracioso eres! Tú tan bromista como siempre... Perfecto... ¡No!, en la venta no. Prefiero ahí en tu casa, en la prisión... Sí, hombre... No me da miedo, además siempre he tenido curiosidad por conocerla... Muy bien... En breve estaremos por allí... Muy

bien... Con Dios, Samuel, con Dios...

La Estrada me tendió el teléfono con una mirada cargada de odio.

—¿Contento?

—Casi. Aún estoy a muchos kilómetros de estarlo. Ahora cámbiese.

—¿Qué te has propuesto hacer conmigo?

Le sonreí con maldad. Aquella mujer había conseguido despertar la peor parte de mí, la que nunca supe que existía. Ni Víctor Durán ni Schmidt lo habían logrado antes, porque para entonces ya había comprendido quién era Norma Estrada y qué había hecho antes de convertirse en un ángel caído.

—¿Usted no quería actuar? —le pregunté—. Pues no se me distraiga porque hoy va a tener la audición de su vida.

Capítulo 2

Quince minutos después, la prisión provincial se revolvía bajo un enjambre de nubes harapientas, tal que si un carrusel de fantasmas correteara alrededor de la luna. Aquello me dio mala espina. Me pregunté de repente si acaso no habíamos hecho mal en anunciar nuestra visita a Samuel Alcaide en lugar de dejarnos caer por allí de improviso. Ahora lo comprobaríamos. Pero eso sería después de abrir los ojos. De camino al destierro de la ciudad me quedé dormido, cosa de pocos minutos. Cuando el taxi se paró, sentí una mano afilada y huesuda que me azuzaba. «Despierta, despierta», me decía su voz agrietada con acento francés. Lo primero que encontré al hacerlo fue mi propio reflejo en la mirada blanca y refulgente de Mamá Patrice.

—Abre los ojos, aún es pronto —me soltó a modo de premonición—. La vida es para vivirla, *garçon*. Ya tendrás siglos para dormir.

A mi lado estaba sentada Norma Estrada. Tenía el rostro desencajado. Miré entonces de nuevo a Mamá Patrice. La vieja se encogió de hombros.

—No me quedó otro remedio —dijo—. Por el camino se puso inquieta y tuve que darle una pequeña dosis.

Le miré las manos a la bruja. Las tenía blancas. Tragué saliva.

—¿Y a mí también? —temí.

—*Non* —sonrió—, a ti no querido, a ti nunca podría castigarte, aún conservas la mirada limpia.

—¿Le queda más? —le pregunté.

Mamá Patrice me devolvió a cambio una sonrisa.

—¿Te gustaría probar? —preguntó—. Se siente uno poderoso, capaz de

dominag a los hombres como si fueran bestias. No es difícil.

—De momento creo que no. Nunca se me dio bien el ganado —contesté.

—Buen muchacho —dijo—. Ahora salgamos.

—Un momento —la retuve—. ¿Ha pensado cómo lo va a hacer?

—Creí que eso estaba clago.

—Lo único claro es que entraremos. Pero, ¿por dónde vamos a salir?

—Por donde mismo entraguemos —dijo sin reservas—. Tú límitate a la prosa, el resto déjalo de mi parte.

Norma Estrada se quedó dentro del coche junto con el matón de Mamá Patrice. A una orden suya, la vedette bajó del taxi.

—Ahora cierra la boquita, *ma chérie*. Sonríe —le susurró de cerca—. Nos espera gente muy importante dentro, alguien al que conoces bien de antes y que siempre ha sentido una gran admiración por ti. Compórtate como la estrella que eres y dentro de muy poco todo esto habrá terminado. ¿Me has comprendido?

—Sí, Mamá Patrice... —respondió mecánica.

—*Très bien*.

El otro taxi aparcó justo detrás de nosotros. Dentro, Matthew Thomas y Carlines tenían los ojos cerrados. Me asomé al cristal asustado.

—Solo están dogmidos, nada más.

—¿Cómo puedo confiar en usted?

—No puedes, simplemente debes —sentenció—. Ahora entremos.

Samuel Alcaide, como cualquier otro director de una cárcel de su época, y al contrario del resto de los mortales, se llevaba su casa al trabajo. Alcaide vivía en la misma prisión, en un gran departamento al que se accedía por el muro oeste de la cárcel. Después de llamar varias veces a la hoja de acero, un guardia civil con cara de pocos amigos y mucho sueño nos dio las buenas noches con el mejor tino que uno podía encontrar dentro de sí a esas horas de la noche. A este no lo conocía, ni él a mí. Mucho mejor.

—El señor director les está esperando dentro, pasen —dijo malhumorado

—. Vaya unas horas...

—Disculpe usted, pero acabamos de concluir un largo viaje —dije—. Estamos cansados, pero aún así esta dama ha tenido la deferencia de pasarse a saludar al señor Alcaide. Por si no se ha dado cuenta esta señora es Norma Estrada.

—Por mí como si es la virgen María —añadió sin importarle lo más mínimo.

—Está usted despreciando a una de las actrices de cine más relevante de los últimos años en este nuestro imperio —abusé un poco más—. Ella sola es responsable de los mayores éxitos comerciales de la filmoteca nacional de los años treinta.

—Déjate de rollos, chaval, la sesión golfa acabó hace horas —gruñó—. Andando.

Después de un largo corredor, el guripa nos dejó en brazos de Samuel Alcaide. El hombre en cuanto me vio torció el gesto.

—¡Martín, muchacho! —saludó sorprendido—. ¿Qué haces tú aquí?

—Le prometí hace dos semanas que le traería a Norma Estrada y lo prometido es deuda.

Me aparté a un lado como quien esconde un regalo a su espalda. Y allí estaba Norma Estrada algo adormilada. Alcaide cambió la cara.

—¡Norma Estrada, qué honor tan grande! —dijo besándole la mano sin intención de devolvérsela.

La actriz sonrió totalmente ida, sin saber con certeza dónde se encontraba. No creo que aquella sensación le fuera del todo desconocida.

—Norma, ¿qué le pasa? —preguntó.

La Estrada intentó balbucir algo y enseguida salí al rescate.

—Discúlpela, está demasiado cansada —respondí—. Ya le habrá comentado ella por teléfono.

—Sí, lo ha hecho.

—Señor Alcaide, permítame que le presente a la mentora y asesora

espiritual de la señora Estrada, Mamá Patrice.

—Mucho gusto, señora.

Mamá Patrice hizo una leve inclinación al tiempo que observé cierta aprensión en la boca del señor director.

—Por favor, pasen, no se queden ahí —nos invitó a entrar.

Samuel Alcaide vivía en una señora casa: muebles de cerezo, paredes tapizadas y una larga lista de reconocimientos enmarcados a la altura de alguien que no había agachado el lomo en su vida. Cualquiera que pasara por aquella carretera habría supuesto jamás que semejantes lujos tuvieran su residencia en una cárcel, no había más que ver el recibidor para imaginarse el resto de su humilde morada. Desde luego las paredes que daban techo al señor director nada tenían que ver con los cuatro pasos por seis donde hacinaba a sus huéspedes de honor, que no eran pocos.

—Disculpen ustedes, a estas horas el servicio no está disponible —dijo—. ¿Me permiten que yo mismo les ofrezca una copa?

Norma Estrada no dijo nada, solo temblaba. Miraba al frente sin rumbo fijo. A Mamá Patrice se le había ido la mano. «Una pequeña dosis», había dicho, por supuesto que sí. Más valía pensar en un plan b cuanto antes.

—¿Seguro que está bien, Norma? —volvió a preguntar el director de la prisión.

—Descuide, señor Alcaide, suele ponerse así después de tanto estrés. Ya se sabe, en cuanto uno baja la guardia...

Samuel Alcaide se levantó y al poco regresó con una bandeja cargada con cuatro copas y una botella de Luis Felipe. Aquel hombre rezumaba ostentación en mitad de la miseria, no existía mayor ejercicio de onanismo. Tener una botella de ese brebaje en una cárcel llena de muertos vivientes era uno de los crímenes más deliciosos que se podía cometer contra la humanidad. Y él lo sabía. Alcaide llenó las copas y por un momento se olvidó de su añorada actriz para centrarse en mí. Tenía el ceño fruncido.

—Martín, tengo que confesar que no me agrada para nada verte. Si

hubieras sido tú quien llamó por teléfono hace un rato, otro gallo cantaría — dijo enfadado—. Todavía estoy esperando a que finalices tu trabajo sobre la prisión. No estoy muy contento como podrás apreciar, ni yo ni nadie. A pesar de eso, sé que no eres mala persona, tan solo algo inestable y demasiado joven, pero bueno, nada que no sea irreversible.

—Seguro que en cuanto me haga viejo se me cura.

Alcaide enarboló un dedo acusador contra mí.

—¡No te hagas el listo conmigo, muchacho! —advirtió—. No solo no has cumplido con tu trabajo sino que además has desaparecido sin dar explicaciones a nadie, ni a tu familia ni al periódico. Estoy al corriente de ellos. Tu jefe, Jiménez, está hecho una furia contigo. Llamé para preguntar un día y me dijo que solo te dejaría entrar allí si era para escribir tu propia esquila. Yo que tú no me acercaría. ¿Se puede saber dónde te has metido?

—Con ella —señalé a Norma Estrada—. Me invitó a seguirla de ruta y no podía negarme.

Samuel Alcaide volvió a fijarse en Norma Estrada, la cual continuaba mirando al frente como un vegetal. Noté que el director de la prisión empezaba a sospechar algo. Me estaba poniendo nervioso.

—¿Se puede saber qué le pasa, Norma? —insistió dirigiéndose a ella una vez más—. Hace un rato por teléfono estaba perfecta.

—Ya le he dicho, es normal —disimulé—. Se queda en trance. Debería estar al tanto de cómo son estos famosos cuando se van de fiesta, se meten de todo sin mirar el prospecto.

Alcaide le pasó una mano por delante sin encontrar reacción alguna. Mamá Patrice permanecía igual de impasible.

—Está aquí pero no lo está. ¡Mala suerte! Con las ganas que tenía de saludarlo —lamenté—. Mamá Patrice, ¿por qué no la anima a que se tome la copa? Lo mismo así se despierta un poco.

La bruja me echó una mirada encima que cortaba el aire. Por supuesto no sabía dónde me estaba metiendo. Lo mejor era cerrar la boca.

—Sí, eso —dijo Alcaide—. Tómese la copa, Norma, ya verá lo bien que le viene.

La vieja le susurró algo al oído y el cerebro ausente de Norma Estrada obedeció. La actriz cogió la copa como un autómatas, se la colocó entre los labios y después derramó parte del brebaje sobre su vestido. Samuel Alcaide se quedó perplejo. Debió pensar que aquella mujer no debía estar bien, que algo pasaba. Y ese algo le olía mal. Y sin embargo, lo que vino a continuación fue peor: la actriz entró en un estado de epilepsia y comenzó a temblar violentamente sin freno. De repente sus ojos se fundieron en blanco y la boca se le llenó de una especie de papilla amarilla. Ni siquiera yo me lo había esperado así. Me aparté horrorizado y caí al suelo.

El director de la prisión se levantó espantado.

—¡Dios Santo! —murmuró asustado—. ¡Norma, Norma, tranquilícese!

El hombre intentó doblegarla sobre su alfombra mientras ella se retorció entre vómitos y convulsiones.

—¡Esta mujer es epiléptica! —gritó—. ¡Rápido, Martín, llama al guardia y dile que haga venir al médico de la prisión! ¡Rápido!

Pero no podía mover un músculo. El miedo me había paralizado por completo y sin embargo no podía dejar de mirar. La piel de Norma Estrada se volvió amoratada y varicosa, un cúmulo de palabras extrañas, oscuras e ininteligibles, se le escapaban entre los dientes como un murmullo en fuga del vientre de una gruta. Pensé entonces que así era cómo empezaba todo... O cómo acababa, al igual que en otros casos: Luis Degó, Miguel Terrados, Walter Kane... Y ahora Norma Estrada.

—¡Martín, levanta de ahí y ayúdala! —gritó Alcaide.

Salí de mis pensamientos y observé aterrado, a él y a la silueta que empezaba a materializarse a su espalda. No pude evitar sentir lástima. Era su turno. Alcaide, aún sin entender por qué no me movía ni ayudaba, siguió mis ojos por encima de sus hombros hasta encontrar la mirada ominosa de Mamá Patrice. Y después, todo se tornó en silencio para él. Primero blanco y

después oscuro.

* * *

Cinco minutos después ayudé a Mamá Patrice a sentar al director de la prisión frente a la escribanía que tenía en el salón. Mientras tanto, Norma Estrada recuperaba su pulso normal envuelta en una manta sobre el sofá.

—Ahora te toca a ti, *garçon* —me indicó Mamá Patrice—. Ve a buscar a ese mismo guardia que nos ha recibido. Dile que lo llama el director. Él sabrá qué decirle.

—¿Está segura?

Mamá Patrice ignoró mi pregunta y comenzó a susurrarle cosas al oído al recipiente en el que se había convertido Alcaide. El hombre que habitaba en su interior se había marchado. Estaba vacío. Tan solo una mínima consciencia de su recuerdo planeaba entre sus ojos, sin rumbo. Ahora necesitaba que alguien lo guiase y para eso estaba Mamá Patrice mientras su alma permaneciera encadenada en algún oscuro rincón de su ser.

Antes de salir de allí en busca del vigilante me volví para mirar la escena. Su voz arenosa me puso los pelos de punta.

—Y ahoga escuche con atención, Samuel. Esto es lo que tiene que decir...

* * *

Diez minutos después, un rastro parpadeante de bombillas nos abría camino a través de una galería tatuada por la sombra de sus barrotes. Junto a mí caminaba una pareja de guardias, y alrededor nuestro ese intenso y agrio olor a inmundicia, a sudor, a excrementos y orina, esa terrible miasma de que se filtraba entre las celdas. Era insoportable. Al otro lado de los hierros sus moradores dormían plácidamente, posiblemente soñando con que al día siguiente serían libres. Me prometía a mí mismo que aquella sería la última

vez que recorrería esos pasillos. Antes muerto.

El recorrido se me hizo interminable hasta llegar a la celda de aislamiento de Hugo Samper. Cuando llegamos a su puerta di orden de abrirla. Antes de acatarla, los dos guardias se miraron indecisos, confusos. No era habitual que un joven funcionario del gobierno civil llegase en mitad de la madrugada para hacer cumplir un expediente especial de traslado. Pero así se lo había hecho saber el propio director de la prisión. Mamá Patrice había hecho un buen trabajo.

Una vez más, me vi obligado a repetir las instrucciones. Los guardias obedecieron de inmediato. Las barras de la plancha de acero escaparon de su confinamiento en el hormigón y la puerta desgarró el sueño de todo el pasillo. Cuando las tinieblas huyeron del interior de su celda, Hugo Samper desempolvó sus ojos entre la maraña de vendas que era su rostro sin saber en qué mundo se encontraba, si en el de los vivos o en el de los muertos.

—Quítenle las esposas y arrópenlo bien —les ordené—. Fuera hace demasiado frío. Este hombre debe llegar sano y salvo a su nuevo destino.

Cuando lo levantaron descubrí que Hugo Samper tan solo era una sombra de sí mismo, apenas un esqueleto. Me costaba creer que hubiera aguantado tantos años con vida allí dentro y en aquellas condiciones, cualquier otro hubiera perecido al poco. Sin embargo él tenía una fuerza interior distinta al resto. Se llamaba venganza y esta no iba a permitirle morir así por las buenas.

—Ahora con cuidado llévenlo de camino a la salida.

Apenas podía mantenerse en pie. Samper me miró y por un momento vi en sus ojos el brillo que hacía años le había abandonado. Me había reconocido. Sonrió silenciosamente con agradecimiento y luego arrastró los pies camino de la libertad como si no me conociera de nada.

Fuera de la prisión Samuel Alcaide y Mamá Patrice nos esperaban bajo la lluvia. Para entonces Norma Estrada dormía plácidamente en el asiento de uno de los taxis y los conductores en sus respectivos maleteros. Su sitio al volante lo ocupaban ahora los dos matones de la bruja del West Side. Aquella

ciudad no entrañaba dificultad para ellos y menos para conducir, no tenían más que rehacer el camino en línea recta y llegarían nuevamente al embarcadero; Mamá Patrice susurró algo al oído del director de la prisión y a una orden de este, los dos guardias se retiraron. No se entretuvieron en hacerlo, nada se les había perdido fuera de sus camas.

—Ha sido un *plaseg*, Samuel Alcaide —se despidió Mamá Patrice—. Y recuerde que aún le queda una cosa más por *haseg*. Pero eso será por la mañana. Cuando el sol salga. No olvide, Samuel. No olvide...

—Sí, Mamá Patrice... —respondió.

Alcaide se quedó atrás despidiéndonos con la mano y tuve la sensación de que podría quedarse allí toda la noche a la intemperie sin bajar el brazo; de camino a los coches, la anciana miró al preso con censura. Samper no dijo nada. Ninguno de los dos lo hizo. Era obvio que estaba enfadada con él. Entendí que Isabela reaccionaría de la misma manera cuando me viese aparecer por la puerta después de quince días en paradero desconocido. Mamá Patrice llevaba años así. Y de esa manera se lo hizo saber, bajo un silencio que llenaba el asfalto de espejos de agua.

Aquella noche la penitenciaría provincial encontró su redención bajo la lluvia, y lo hizo a través del único hombre que merecía más que nadie pudrirse entre sus muros; esa misma noche, a medio camino entre su presidio y la libertad, el prisionero sin nombre recordó lo que era volver a nacer, y llevándose las manos a la cara, se hincó de rodillas en la carretera, enarbolando aquellas garras de carne y metal al cielo que le escupía, gritando y riendo sin freno a través de la telaraña de vendas que le ponía rostro.

Aquella noche, una vez más, Hugo Samper había regresado de entre los muertos.

Capítulo 3

Al abrir los ojos una columna de láminas de luz me cubría por encima de las sábanas. No recordaba absolutamente nada. Debí haberme quedado dormido en el taxi y de repente la mañana me sorprendía ahora en aquella cama. Me desperecé como si estuviera solo en el mundo y lo primero que encontré al cerrar la boca fue un niño de seis años sentado en una silla y mirándome fijamente. Ni sabía quién era ni tampoco dónde estaba. El chico en cambio sí. En cuanto me vio despertar salió zumbando de allí y gritó el nombre de Isabela y doña Ana. Estaba en casa. Ahora sí que lo estaba. Escuché una cabalgada de pasos tronar en mi dirección. Me eché a temblar.

—¡Martín! —gritó mi tía al verme.

Isabela me estrujó entre sus brazos con fuerza como si no tuviese intención de soltarme. Estaba llorando, riendo y llorando a la vez. Tras ella estaba doña Ana igual de excitada. El hijo pródigo había vuelto.

A continuación, y sin mediar palabra, me prepararon un desayuno cargado de huevos, tocino, pan... Un auténtico banquete de colesterol. La ocasión lo merecía. Durante el rato que estuve devorando mi plato y el resto de la despensa, me miraron como si fuera la primera vez que veían a alguien comer. Mientras tanto el chico jugaba con un avión de madera, correteando por toda la casa y ausente a las tonterías que tenían que decirse los mayores. Doña Ana me contó que había llegado de la mano de una señora a la que yo mismo le había dado nuestras señas, la cual por cierto aseguraba que se le había prometido que allí se harían cargo del muchacho. Era el hijo de Violeta, cómo no, y se llamaba Daniel. Gracias a Dios su madre le había ahorrado la

vergüenza de ir cargando de por vida con el nombre del padre que lo había repudiado.

—Creo que nos debes alguna explicación —dijo Isabela—. Esa mujer nos contó que tú estabas en la casa cuando la mataron.

—¿Qué es lo que sabe el chico? —pregunté antes que nada.

—Que su madre está en el cielo. El resto sobra, ¿no crees?

Asentí conforme con la explicación. Me habían ahorrado una más, al menos de momento.

—Bueno, ¿vas a contarnos algo? —preguntó.

—Ya sabéis que fue Schmidt quien lo hizo. Lo dice en el periódico.

—Eso ya lo sé. Lo que queremos saber es qué hacías allí.

Para hacerlo tenía que echar la vista atrás y hacer una larga retrospectiva. Me di cuenta que aquel nudo que había sentido al marcharme regresaba ahora para apretarme la garganta un poco más. El mundo real no estaba en ese plato a medio acabar sobre la mesa. La verdad estaba al otro lado de la puerta y me estaba esperando. Nada había acabado.

—Os prometo que cuando todo termine, os lo explicaré.

Isabela bajó el tono de voz un poco más.

—Puedes hacerlo ahora. Estás en casa, Martín.

—Sí, pero... Esto aún no ha acabado, lo siento.

—¿De qué estás hablando?

—¡De todo! —contesté—. ¡Hablo de Durán, de Schmidt, de los hermanos Samper, de Norma Estrada, de mi madre, de su disco!

—¿Qué tienen que ver tu madre y su disco en todo eso, por Dios? —preguntó.

—Todo.

Miré el reloj del salón y de súbito se me cortó el cuerpo. No era temprano, era mediodía. Ya decía yo que aquello era demasiado para ser un desayuno.

—¿Cómo habéis permitido que duerma tanto?

—Estabas cansado —respondió doña Ana—. Carlines y el señor Thomas dijeron que te dejáramos dormir lo que hiciera falta. Ellos se ocuparían de tus cosas.

Carlines y Matt, me había olvidado de ellos por completo. Pero todavía había alguien más.

—¡Sofía! —exclamé en voz baja.

—¿Quién es Sofía? —preguntó Isabela.

Mencionó su nombre como si fuera el de una intrusa que había venido a colarse en nuestras vidas.

—La chica que me escribía desde Madrid, ¿o ya no te acuerdas?

Isabela se quedó en blanco, enmudeció.

—Sí, no pongas esa cara, son las cartas que tú nunca me dejaste leer. Las cartas de Sofía Schmidt.

Me había lanzado a acusarla sin más argumentos que hicieran falta. Su silencio la delataba, su mirada cabizbaja la condenaba. Había sido ella.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Y qué más da eso ahora? Lo único que importa es que ella no es como su padre, el cual posiblemente ni lo sea —le aclaré—. ¿Cómo pudiste, Isabela?

—Nunca me pusiste las cosas fáciles, no quería que hicieras nada de lo que después te arrepintieras.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿No estás arrepentida ahora? Llevas media vida ocultándomelo. ¿Hasta cuándo, Isabela, hasta cuándo?

—Solo lo hice por tu bien.

—No, lo hiciste por *tu* bien, para que no me fuera de tu lado.

Me levanté sin tiempo que perder y fui en busca de una prenda de abrigo. La casa estaba fría y fuera el mundo se estaba congelando. Mi primera intención fue la de cambiarme de ropa también, pero no tenía tiempo. Cogí las llaves de la moto y me las metí en los bolsillos camino de la escalera.

—¿A dónde vas? —preguntó Isabela casi encima.

—A buscar a Sofía. Tengo que encontrarla antes de que...

—¡De modo que vas a marcharte otra vez!

—¡Tengo que hacerlo!

—¿Por qué? ¡Dímelo! —gritó.

Isabela me dio un guantazo como nunca había recibido en mi vida. Ni el que cinco días antes me había regalado Sofía en mitad de la Quinta Avenida se le acercaba. Ni siquiera mi madre me había cruzado la cara de esa manera. Era la primera vez que mi tía me ponía la mano encima. Mi madre nunca había estado allí para hacerlo y sin embargo ella llevaba años aguantando todos los que me merecía. La abracé mientras lloraba desconsolada y luego la besé en las mejillas.

—Gracias por haberme cuidado todos estos años, Isabela —le dije—. Y a usted también doña Ana, ha sido otra madre para mí. Ahora puede contarle a Isabela todo lo que usted ya sabe, así comprenderá.

Isabela la miró como si fuera la única tonta que no se enteraba de nada. Doña Ana suspiró ante sus ojos y luego me agarró la mano con fuerza. Ella mejor que nadie sabía que me tenía que marchar.

Cuando me volví a la puerta, el muchacho estaba allí delante mirando a esos locos que no dejaban de llorar y abrazarse. Me agaché y le hablé.

—Ahora tengo que irme, Daniel —le dije—. Ha sido un placer. Me hubiera gustado quedarme a jugar contigo.

—¿Te vas? —preguntó.

—Sí, tengo que hacerlo.

—¿Eres tú mi padre? —preguntó a traición.

Suspiré. Bajo el pecho sentí que así me hubiera gustado, ningún niño se merecía una vida sin un padre ni una madre. Ninguno tenía la culpa de cómo funcionaba aquel mundo tan solo pendiente de sí mismo, girando y girando sobre su propio ombligo.

—No, solo soy un amigo de tu mamá —le expliqué—. Hace años que nos conocemos. Pero no soy tu padre.

—¿Es verdad que ella está en el cielo?

Asentí con mi mejor sonrisa de mentiroso. Nadie sabía dónde se acababa al morir.

—¿Vas a ir a verla? —volvió a preguntar.

—Es posible.

—Me gustaría ir contigo.

—No, Daniel —sonreí con lástima—. Aún es pronto para ti.

Abrí la puerta y de repente sentí su mano cálida agarrarme por detrás. Fue como un escalofrío, reconfortante y agradable que venía para brindarme una última oportunidad. Me giré y lo contemplé como si nunca más volviera a verlo.

—¿Vas a volver?

Apenas podía hablar. Tenía un nudo en la garganta y estaba muerto de miedo, pero no me quedó otra que afirmar con la cabeza.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

* * *

Cuando llegué abajo supe que era el mayor mentiroso del mundo. No iba a poder cumplir mi promesa. Al otro lado de la calle me esperaban Carlines y Matthew Thomas. Estaban dentro del mismo coche que guardaba la madrugada de la Calle Rico con un revólver bajo el brazo. Por supuesto no estaban solos. Fuera del coche, con la puerta abierta para que pudiese entrar esperaba Ortiz con su garfio y su sonrisa triunfante. Por fin iba a tener la oportunidad de despellejarme. Al volante se sentaba López y a su lado alguien más.

—Vamos, sin escándalos, no me hagas ir a buscarte —dijo Ortiz.

Dentro Carlines y Matt Thomas me recibieron con el rostro lleno de moratones. Apenas se les veían los ojos.

—Lo siento, Martín —dijo Carlines—. No hemos podido hacer nada.

Antes de que pudiera decir algo, Ortiz me mandó de un puntapié al fondo del coche. Luego entró él y cerró la puerta.

—Tus amigos son duros de roer. No han querido decir ni pio. Es una lástima que ayer no estuviéramos aquí cuando dicen que te trajeron de vuelta. A estas horas ya estarías criando malvas. Ahora os queda un rato por delante.

—No hagas caso, *Scarface*, aquí el Capitán Garfio no tiene hoy el día. Él y su maridito aún no se ponen de acuerdo en el color de las cortinas...

Ortiz le cerró la boca al viejo Thomas de un sopapo. Reía como una hiena. Quise lanzarme sobre él pero un brazo desconocido me agarró por detrás mientras la lluvia de golpes se hacía contra el viejo Thomas.

—Tranquilo, Martín, tranquilo —me intentó tranquilizar una voz conocida.

Levanté la vista y me encontré con el rostro de Ginés.

—Colabora y todo se solucionará —dijo.

—Dios santo, ¿qué es todo esto? —pregunté asustado.

—¿Aún no te has dado cuenta? —rió López, señalando con la cabeza a Ginés—. Hoy toca revisión dental.

El motor rugió y en cuestión de segundos una estela de humo negro cruzó toda la calle bajo la lluvia de mercurio.

Capítulo 4

Cuando el coche paró, la lluvia ya llevaba rato picoteándole la chapa. A un lado de las ventanillas quedaba el río, turquesa y furioso en la acuarela plomiza que se deshacía tras el cristal. Del otro lado, Colón se alzaba impasible como a quien no le importara más que lo que pasara por delante de sus ojos; justo debajo, otro coche del mismo color de nuestro porvenir nos esperaba envuelto bajo el fulgor eléctrico de la lluvia.

Ortiz se apeó y fue con un paraguas hasta el otro automóvil. Tras el parabrisas de ese coche se sentaba un hombre que vestía de blanco. Víctor Durán. Detrás de su nombre se acababa todo. El inspector Durán salió y vino hasta nosotros después de quitarle el paraguas a Ortiz. Antes de entrar le pidió algo. Este metió la mano en la chaqueta y lo que sacó se lo entregó. Luego se quedó en el otro coche montando guardia.

—Buenas tardes, caballeros —nos saludó a todos al entrar en el habitáculo—. En primer lugar disculpen la hora, el modo y el lugar, pero creo que de esta manera tendremos más «intimidad». Por otro lado, espero que hayan tenido más suerte que yo y hayan comido algo. Hoy gracias a ustedes he estado más entretenido que de costumbre y apenas he tenido momento de probar bocado.

Hablaba tranquilo y sosegado, mirándonos con la indolencia y la desidia de quien observa la vida sin prisas, como un tiburón entre los arrecifes.

—Podemos hacer esto por las buenas o podemos hacerlo por las malas, Martín —me dijo—. El bueno de Ortiz está loco por meterte mano, le caíste muy bien el día que visitaste a Norma Estrada; por el contrario, aquí tenemos

al amigo López, él no tiene especial predilección por ti, no te conoce de nada, pero sé que una vez metido en faena le da igual ocho que ochenta. Así que tú verás.

—¿Qué es lo que quiere, Durán? —pregunté.

—«Inspector Durán», por favor —me corrigió.

Deseé matarlo allí mismo con mis propias manos. Nada me hubiera gustado más.

—Dígame, inspector Durán —reformulé la pregunta para su gusto—, ¿qué es lo que quiere?

—¿Dónde está?

—¿Dónde está *qué*?

Durán meneó la cabeza y negó chasqueando la lengua tras los dientes.

—Error, no es *qué*, sino *quién* —dijo—. ¿Dónde está *mi* prisionero?

—¿De qué me está hablando? —disimulé con poca convicción.

Durán resopló.

—Tres personas entraron hoy en la prisión pasada la medianoche. Casi una hora después salieron cinco. Uno de ellos se quedó toda la noche fuera, despidiendo con la mano al horizonte. Posteriormente, al amanecer, se volvió a su despacho y se desparramó los sesos sobre el desayuno. Hermoso, ¿verdad? Uno menos, quedan cuatro. Las cuentas no fallan —convino—. Antes de todo eso dos guardias sacaron a un prisionero de una celda especial de confinamiento por imperativo de un joven funcionario del ministerio. Dicen que el muchacho era moreno, delgado, ojos castaños y con una bonita cicatriz en el pómulos. Y resulta que hoy tengo un alcaide menos, un preso menos y una cicatriz de más. ¿Algo que declarar?

—Durán, le aseguro que no sé de qué me está hablando.

El policía se lamentó una vez más cabizbajo.

—Me aburres, Martín, me aburres... Ginés...

Lo que venía ahora estaba en el guión: Durán y Ginés salieron del coche al mismo tiempo; mientras, López abandonaba el lugar que había ocupado todo

el tiempo a nuestro lado para tomar el asiento de conductor, Ginés el suyo atrás y Durán la tribuna de copiloto. Ni Carlines ni Matt abrieron la boca, estaban tan asustados como yo. Una vez hechas las permutas, el inspector Durán nos relató lo que iba a suceder.

—Señores, esto va de la siguiente manera: Ginés siempre ha estado muy puesto en el arte de arreglar las caries atajando por lo sano, tiene una fama que le precede —dijo—. No ha habido nadie en toda Huelva que sacara las confesiones como él, a golpe de alicates. Pero eso ya lo saben. Así que ustedes verán, o comienzan a hablar o se van a quedar para sorber los callos con pajita.

Ginés abrió entonces un viejo maletín y de su interior sacó unas cuantas herramientas aparte de una pequeña escupidera plateada. Luego me miró y se encogió de hombros. No podía culparlo.

—Me sorprendió mucho saber lo que Schmidt me dijo lo que le contaste. He de admitir que me hizo hasta gracia, pues recuerdo que dos días antes fui a haceros la visita de rigor y ni prenda que soltasteis. Jamás hubiera imaginado que la mañana anterior hubiera pasado todo eso. Debisteis reiros mucho cuando me marché. No os culpo, yo habría hecho lo mismo —confesó—. Y por esa razón está hoy Ginés aquí, para compensar el error de descuidar la celda de mi prisionero, ¿verdad Ginés?

—¿Por quién empiezo? —preguntó tembloroso Ginés.

Durán miró a un lado y a otro. Se detuvo en Carlines.

—Vamos a dejar al viejo de momento. Empieza por el chico. Es joven y seguro que tiene buenas piezas —dijo—. Además, este es gitano, tus mejores clientes siempre fueron gitanos, ¿verdad?

Ginés asintió.

—Bien, pues que empiece la consulta.

Ginés le puso la escupidera en las manos a Carlines y le indicó que la colocara bajo la boca.

—Durán, esto no es necesario —le pedí.

—Solo tienes que decirme lo que quiero saber y todo se acabará — aseguró.

No podía porque lo cierto era que no lo sabía. Posiblemente, incluso, a estas horas Hugo Samper ya andaría lejos de allí, a muchas millas de distancia, junto a los suyos, junto a Mamá Patrice. Era un hombre libre. Al final, de nada había servido tanto esfuerzo. Samper se había marchado y de camino había roto su trato conmigo. Pero tampoco me sorprendía. Me lo había jugado todo a una carta y esta se había mojado por el camino. Pero ante todo no podía decirle a Durán nada de eso. Ahora debía ganar tiempo. Para qué aún estaba por ver.

—Martín —dijo Carlines— si dices una sola palabra, te corto los huevos.

López rió como una hiena y Durán dio la orden a Ginés para que comenzaran.

—¡Martín, por lo que más quieras, di algo, y nos iremos todos! —farfulló Ginés.

—Tú cállate la boca y no distraigas a mi amigo Martín, que tiene que pensar en nuestras esquelas de mañana —le achuchó Carlines—. Venga, a ver qué es lo que sabes hacer.

Ginés le metió los alicates en la boca y empezó a buscar la mejor pieza.

—¡No! —me desgañité.

López me cerró la boca de un puñetazo y a partir de ahí nadie dijo nada. Lo único que podía hacer era mirar. La respiración entrecortada y jadeante de Carlines se revolvía mientras sostenía la escupidera. Estaba aterrado y aún así nos estaba dando una lección a todos. El viejo Thomas le asía del hombro con fuerza. No estaba solo.

De pronto el brazo de Ginés dejó de moverse y a Carlines se le encendieron los ojos. La había encontrado.

—Aguanta muchacho —jadeó Ginés.

Un alarido de dolor me rompió los oídos. La boca se llenó de sangre y

Carlínes empezó a gritar y a mover la cabeza de un lado a otro. Estaba como loco. Un golpe de frío me atenazó desde dentro como un estacazo. No pude seguir mirando. Cerré los ojos. Fuera la lluvia seguía a lo suyo, chapoteando con furia sobre el coche, y el mundo a lo suyo, girando, pendiente de sus cosas, sin importarle lo que pasaba dentro de aquel coche. Me armé de valor y abrí los ojos. La boca de Carlínes estaba hecha de escarlata y espumarajos, dos lagrimones le corrían por los ojos, a punto de reventar como el brazo de Ginés, hinchado y rojo mientras hacía palanca, retorciéndole la boca y la cabeza de un lado a otro. López reía igual que una bestia, Durán observaba impasible. Carlínes aullaba retorcido en su asiento mientras el viejo Thomas le agarraba. Casi podía sentir como estaba desgarrándole la encía desde la raíz. Carlínes tosió y me manchó de sangre la chaqueta. Tenía la barbilla hecha jirones de sangre y la escupidera rebosante.

Al poco Ginés sacó los alicates de su boca.

—¡Joder, jefe, vaya raíces tiene el puto gitano! —bramó entusiasmado López.

Carlínes gemía y escupía como una bestia en el matadero; a su lado, el inglés mostraba la cara de horror que no le vi en Nueva York cuando lo sacaron por la ventana. Aquello no tenía nada que ver esto otro. Aquellos solamente eran gánsteres, estos eran monstruos. Durán tomó en un pañuelo la pieza que Ginés había extraído de la boca de mi amigo y la examinó con una sonrisa silenciosa.

—¡Vamos, jefe, dígale a este que le saque otra! —le pidió López—. Aún le quedan muchas más. No tenemos prisa.

Durán ignoró a su compinche.

—Bueno, Martín ya lo has visto, tú decides —dijo—. Podemos continuar.

—¡Le prometo que no sé dónde está ese hombre, Durán! —balbucí tembloroso—. ¡Se lo juro por lo más sagrado!

—No metas a Dios en esto, Martín, déjalo tranquilo que bastante trabajo tiene ya por delante el hombre —dijo con sosiego—. Y no digas que no lo

sabes. No me gustan los mentirosos. Claro que lo sabes, muchacho, sabes muchas cosas, demasiadas. Pero lo hiciste mal desde el momento en que se lo contaste a Schmidt. Solo te sirvió para ganar tiempo, nada más. No es bueno que los demás sepan lo que sabes. Te equivocaste.

—¡Vamos, jefe, una más! —insistió frenético López—. ¡Y después al viejo!

Fue terminar de hablar y la cara se le llenó de sangre. Carlines le escupió los restos de aquel agujero sangriento que ahora tenía por boca.

—¡Dejad al viejo en paz, el pobre tiene menos dientes que una pava y a mí me quedan muchos! —dijo—. Y ya que el pobre Ginés está cansado, ¿por qué no vienes tú aquí y me lo sacas, gordinflón?

López se puso furioso y sacó la pistola. Durán sacó otra y encañonó a su compinche. Allí dentro mandaba él, solo él. Nadie más.

—Dame la pipa —le ordenó su patrón.

—Jefe... —se quejó infantilmente.

—López...

—¿Para qué la quiere, jefe? Ya tiene la de Ortiz.

Y así era. Antes de entrar en el coche, Durán no solo le había quitado el paraguas a Ortiz, también su pistola. Y ahora tenía dos.

—No quiero que os hagáis pupa —respondió Durán.

—Un día de estos le voy a regalar una —dijo entregándosela de la mala gana.

—¿Para qué? Siempre llevo las vuestras, ya sabes que no me gusta ir cargado. Soy un tipo más bien afilado, ¿verdad Martín? —dijo tocándose el pómulo.

Y era verdad. Todavía recordaba aquella vez en el botiquín de San Nicolás cuando me cosió la cara. Durán se manejaba bien con todo aquello que servía para pinchar, seguramente aún guardaba en algún bolsillo de su chaqueta el cuchillo que nos enseñó aquella mañana después de hacerle saber a Rivas que había descubierto la pistola que guardaba en un cajón, el mismo

cuchillo con el que pelaba la fruta que comía durante el almuerzo en San Nicolás. Ahora sonreía mientras López le ponía morros. Le encantaba.

—¿Está cansado, Ginés? —preguntó—. ¿Puede seguir?

—Sí, pero me llevará un buen rato. Tiene piezas muy grandes y posiblemente me haga falta un poco más de...

Apenas le dio tiempo a terminar la frase. Su cabeza se hizo papilla sobre el rostro de Carlines y toda la parte de atrás quedó bañada en sangre y trocitos de cerebro. Sentí que el corazón se me paraba. La pistola de Ortiz humeaba entre los dedos de Durán, mezclando en uno solo el olor a plomo y carne quemada que viciaban el aire. Me entraron ganas de devolver lo que un rato antes había comido. A todos nos dieron ganas de hacerlo. Carlines comenzó a gritar con media cabeza agujereada entre sus manos. El viejo Thomas chillaba también. No podía parar. Intenté escapar de allí como pude con medio cuerpo de Ginés sobre mis piernas. Fue en vano. Las puertas estaban bloqueadas. Además, en la refriega, López me tenía trincado por el cuello y ahora me lanzaba contra la otra esquina del coche. Me quedé encogido allí mismo, gritando y llorando. No podía hacer más. Solo gritar y llorar.

—¿Por qué lo ha hecho? —grité.

—Porque no tengo tanto tiempo, Martín. En esta ciudad ser inspector de policía es como ser funcionario. A estas horas ya debería estar en mi casa tranquilamente con los pies en alto —dijo pausadamente—. Tu silencio le ha costado la vida a este hombre. Dime, ¿tanto vale la vida de un desconocido para ti?

—Ginés era un buen hombre... Dios santo, ¿por qué lo ha hecho?

—Porque puedo.

Aquella era su respuesta para todo, incluso para comenzar y terminar una carnicería. Y sabía que saliera lo que saliera de mi boca, estaba claro que ninguno de los tres abandonaríamos aquel coche con vida. Y de repente, entre tanta muerte y tanta sangre, comprendí que no había mayor motivación que el despecho, nada más estimulante que sentirse abandonado por la esperanza.

—¿Qué cojones quiere de nosotros, Durán? —me descubrí chillando, mi voz haciéndose hueco a codazos entre el horror y la desesperación—. ¿Por qué quiere a Hugo Samper? ¿Por qué coño no le mató cuando pudo hacerlo, cuando se lo dijo Schmidt? ¿Por qué le tuvo encerrado tanto tiempo en esa celda? ¿Por qué, hijo de puta, por qué?

Por primera vez desde que lo conocía, sus ojos sin vida, negros como los de una muñeca, se volvieron profundamente rojos en el reflejo de mi rostro cubierto de sangre. Y entonces lo comprendí todo.

—Porque yo también tengo un trato con Sebastián Morell.

Capítulo 5

Hubo un momento en que todo el mundo se tranquilizó y los gritos cesaron. El rumor de la lluvia se los llevó lejos, muy lejos, más allá del cristal tras el que se escondía el mundo. Una funda de agua centelleante amortajaba el coche. Lo que no se llevó la tempestad fue el hedor a pólvora y sangre que empezaba a abrasarnos los pulmones. Mientras tanto, la tormenta redoblaba furiosa contra el techo, como si alguien desde allá arriba, en las nubes, sacudiese una caja de herramientas sobre nosotros. Y en esos segundos que sucedieron al pánico, la cabeza fue asimilando lo que había ocurrido. Dicen que el cerebro está perfectamente programado para el momento de la muerte. Estaba pasando.

—Repita eso —conseguí decir.

Durán sonrió.

—Qué curioso... —sopesó por unos segundos—. Sabes, siempre me he preguntado por qué razón al final de la película el villano revela todos sus planes a su víctima. Normalmente suponía que era porque, en la euforia del momento, el malo espera encontrar con cinismo la admiración de su presa. Todo un ejercicio de vanidad; sin embargo, ahora sé que, a menos que tengas un batallón de ángeles rezando por ti, es porque no saldrás de este coche como no sea con los pies por delante. ¿Lo entiendes?, porque espero que seas plenamente consciente de que este es el final.

No tenía fuerzas para decir nada, tan solo para asentir con la cabeza.

—He dicho que yo también tengo un trato con Sebastián Morell —repitió—. Fue Norma Estrada quien me habló de él por primera vez. Había hecho un trato con Morell y me necesitaba a mí para cumplirlo —reveló—. Por eso no

maté a Hugo Samper aquella noche, porque había mucho dinero de por medio, mucho más de lo que podría ofrecerme Schmidt. Pero claro, él nunca supo que había dos Samper y lo mejor, por su bien, era que nunca lo supiera. Desde luego aquella noche Norma Estrada estuvo pletórica. Hasta yo me lo creí.

Durán rió como un cosaco.

—¿Entonces...? —susurré— ¿lo que pasó en la Casa del Vigía...?

—Lo organizó Norma Estrada, ella se encargó de todo —resumió—. Iba cada dos por tres hasta allí a pasar el día, rodeada de criados y gente de mi confianza, suficientes ojos y bocas que podían asegurar que la veían entrar y salir de la casa como si tuviera un amiguito allí dentro. Eran los testigos que necesitaba Schmidt para morder el anzuelo. Se llevaba incluso a su hija. Ella, la hija de Schmidt era el señuelo, la excusa para ir a la playa. La muy zorra lo tenía perfectamente planeado. Fue dejando miguitas y Schmidt se las tragó todas juntas, una detrás de otra.

—¿Y cómo hizo lo de la casa?

—Norma Estrada compró al vigilante —explicó—. Le metió dinero en el bolsillo a cambio de dar techo a un par de amigos que querían cruzar la frontera.

—¿Con qué dinero? Norma Estrada no tenía un duro.

—Entonces sí, cuando hacía de enlace para Samper y sus clientes. Con un poco de ese dinero le calló la boca al vigilante y le prometió una parte más para cuando sus amigos abandonaran la casa.

Por primera vez en mucho tiempo empezaba a escuchar campanas. Ahora lo comprendía todo. Norma Estrada no era la prisionera de Schmidt en aquella destartalada casa de la Calle Montrocal, sino de Durán. Era su única conexión con Sebastián Morell.

—Antes ha dicho que Norma Estrada tenía un par de amigos. Uno era Samper, ¿pero quién era el otro? —pregunté

—El cliente de Samper, un alemán que estaba escondido en la parte de arriba —contestó—. Pero claro, Schmidt no lo sabía. Estaba tan cegado en

cargarse a Samper que ni siquiera reparó en la posibilidad de que hubiera alguien más en la casa. Su única obsesión era eliminarlo de la ecuación, le estaba costando mucho dinero.

—Ese es el otro cuerpo que encontraron calcinado, del que hablaban los periódicos. Con ese cadáver fue con el que engañaron a Schmidt —deduje—. ¿Cómo lo hizo?

Durán miró a López y este emitió su carcajada de carroñero.

—Aquí López es un especialista con las pistolas y las almohadas. Apenas hace ruido. Por eso le mandé registrar la parte de arriba antes de que se le ocurriera hacerlo a Schmidt.

—¿Y Violeta?

—¿La putita de Schmidt? Ella fue la que le dio el soplo al viejo. El único error que cometió fue abrirte la puerta el mismo día que Schmidt estaba allí. Al parecer era su mejor cliente —convino—. ¿Recuerdas lo guapa que era cuando llegó a San Nicolás? Yo me acuerdo y seguro que tú también. No era más que una chiquilla pero ya entonces levantaba pasiones y a ti te gustaba tanto... Pero tu amigo el aprendiz de abogado se la folló y bien follada, ¿o lo has olvidado? Claro que no. Esas cosas duelen, ¿verdad, Martín? Sé que estabas enamorado, yo a tu edad también lo habría estado, seguro, no tienes por qué avergonzarte de ello. Te gustaba entonces y te gustaba también ahora, ¿a que sí? No era mala chica, pero Violeta nunca no te habría dejado sitio dentro de sus bragas sin antes pasar por taquilla, Martín, no te engañes. Nadie guardará luto por una puta menos en el mundo.

Aquello era tan real como aquel cráter gelatinoso que humeaba en el cráneo de Ginés.

—De manera que un par de días antes, tu querida Violeta hizo las maletas y se volvió a la ciudad. Primero porque su amorcito, el vigilante de la casa, le dijo que había cerrado un trato por mucho dinero a cambio de dar cobijo a un amigo de Norma Estrada, y no era bueno que ella y el niño estuvieran por medio; pero en segundo lugar, y esto es lo mejor de todo, ella ya tenía

decidido contárselo todo a Schmidt. Tu querida Violeta prefirió ganarse antes el favor de su antiguo benefactor que seguir al lado de un vulgar guardaboyas. ¡Ya ves!, así se las gastaba tu amiga. No obstante, para nosotros fue una sorpresa con la que nunca contamos y que sin embargo nos ayudó a afianzar aún más nuestra charada. El propio Schmidt me lo reveló esa misma noche cuando fuimos a decirle que ya habíamos averiguado el paradero de Samper y que Norma Estrada podría estar ayudándolo. El viejo montó en cólera cuando supo una cosa por un lado y «creyó» lo que estaba pasando por otro. Tenía pruebas por todas partes, estaba furioso. Me pidió que lo acompañara y yo acepté a cambio de dinero y de que Norma Estrada no muriera aquella noche. Sin ella no habría trato con Morell. Así que le dimos ventaja y después salimos tras ella. El resto ya lo sabes.

—Usted la protegía en todo momento —dije.

—Por supuesto.

—Y sin embargo, inspector, a usted también le engañó —sentencié.

Durán congeló su sonrisa para más tarde y López dejó de berrear. Aquello último no lo habían comprendido del todo.

—¿Qué quieres decir?

—¿De verdad quiere que se lo diga?

La cosa ya no les hacía tanta gracia y sin embargo yo no podía parar de reír. Allí dentro, bajo la lluvia, con el viejo Thomas y Carlines hechos polvo y el cadáver humeante de Ginés sobre mis piernas, al fin había terminado de encajar el rompecabezas.

—¿Qué es eso de que Norma Estrada me engañó también? —preguntó.

—Bueno, en realidad les engañó a los tres: a Schmidt, a Samper... Y a usted. A ellos dos les traicionó y a usted le tomó el pelo. Ha sido usted un estúpido, Durán, le creí más listo —reí como un cosaco—. Así que ya está todo dicho, cuando quiera puede rematar la faena.

Aquella fue la única vez que vi sus ojos rebosar de incertidumbre. Su mirada había dejado de ser inexpresiva, hierática, indiferente. Eso último le

había cogido desprevenido. A los dos. Ninguno se esperaba que de repente me fuera a tirar un farol como un tahúr que disfrutara repartiendo cartas al borde del precipicio.

—Explícate —exigió.

—¿Quiere que le haga un croquis, Durán? —reí—. Es muy fácil. Usted ha hablado de un trato de dinero con Sebastián Morell, pero lo cierto es que nunca hubo tal dinero. Usted mismo lo ha dicho, Norma Estrada no estaba desatendida entonces, no le hacía falta. El acuerdo era otro, ella no quería dinero —le expliqué—. Norma Estrada quería lo único que podía dar al traste con su carrera, la prueba fehaciente de que ella era un fraude. Norma Estrada nunca grabó un disco en su vida. Ahora lo sé. Fue otra mujer la que lo hizo en su lugar, Malena Quintero. Es la voz de mi madre la que suena en el disco de Norma Estrada, el vinilo que a ella le permitió seguir trabajando en el cine, ¿lo entiende ahora? Y ella quería el disco que grabó mi madre, porque solo destruyéndolo podría respirar tranquila, viviendo su mentira. Porque las mentiras se inventaron para poder ser feliz y dormir mejor por las noches. No me diga que no lo sabía.

Durán aflojó entonces una sonrisa. Estaba disfrutando con aquella historia que parecía reescribirse sola sobre la marcha.

—Y por eso Morell quería comprarle a mi madre su disco —contemplé—. Llevaba años intentándolo, al mismo tiempo que Norma Estrada se forjaba una carrera de dudosa reputación dentro y fuera de los estudios. De alguna manera supo que Malena Quintero tenía la única copia que existía de ese disco, *El rastro de su voz*, el único que grabó en vida —concreté—. Supongo que a partir de entonces la Estrada debió obsesionarse con él porque a pesar de que su carrera iba menguando, ella insistía en hacerse con él, tanto que ha acabado trastornándola. El hecho es que durante años Morell le escribió a mi madre al respecto de ese dichoso disco, ella me lo dijo antes de marcharme a San Nicolás. Pero nunca contestó a ninguna de aquellas cartas, nunca vendería su disco fuera por la cantidad que fuera. Ignoro si también sabía que Norma

Estrada estaba detrás de aquella artimaña, nunca me habló de ella. Antes de irme me lo dio para que se lo guardase mientras ella se curaba de la neumonía que la estaba matando. Aquel disco era todo su legado y me hizo prometerle que nunca, nunca, me desprendería de él. La última vez que la vi me dijo que solo somos lo que se recuerda de nosotros. Cuando ella ya no existiera, aún seguiría viviendo porque precisamente era en aquel pequeño disco de pizarra en el que años antes de yo nacer ella ya había burlado la maldición del tiempo para siempre.

Durán asentía satisfecho, como un emperador que asistiera a la historia que le narraba su juglar antes de marcharse a dormir.

—Y después apareciste tú —razonó.

—Exacto. Pero con lo que no contaba Sebastián Morell era con que el hijo de Malena Quintero podía ser tan tozudo como su madre.

Durán comenzó a aplaudir como un profesor aplaude a su alumno más aventajado.

—¿Qué está pasando aquí, jefe? —preguntó López mosqueado.

—Pasa que este muchacho es más listo que todos nosotros juntos. Eso es lo que pasa, ¿o acaso ese cerebro tan pequeño que tienes no te alumbró lo suficiente?

—Jefe, explíquese —farfulló López—. No me estoy enterando una mierda de nada.

—Yo te lo explico para que lo entiendas, López: nuestro amigo Martín nos tiene cogido por los huevos. Sin Samper no hay dinero y al parecer dinero tampoco lo hubo en ningún momento. Tanto tiempo esperando a que Morell apareciera de nuevo en escena para nada.

—Eso parece —contesté—. Sin embargo hay un par de puntos en los que aún me pierdo, *inspector*. No estaría mal saberlo antes de morir.

—Tú dirás.

—¿Por qué no mató igualmente a Samper? A ustedes solo les interesaban sus manos. Al menos así me lo hizo saber el propio Morell. Me enseñó el sitio

donde encajarían dentro de su colección de excentricidades.

—Había un requisito indispensable en la entrega.

—¿Cuál?

—Samper tenía que estar de una sola pieza. Vivo o muerto, eso daba igual. Pero de una sola pieza —contestó—. Los cadáveres huelen mal y se pudren, y no es nada fácil esconderlos, Martín. Por eso le mantuve con vida todo este tiempo.

—Si solo quería las manos, ¿para qué necesitaba el resto del cuerpo?

—Eso solo lo sabe el propio Morell.

Y yo empezaba a sospechar para qué. Ahora ya sabía para qué y para quién tenía destinada aquella enorme vitrina a modo de urna donde podía caber una persona en su cámara de los horrores. De repente me hallaba manejando una teoría con argumentos suficientes como para considerar que Hugo Samper iba a ostentar el dudoso honor de ser la pieza más codiciada de la colección de Sebastián Morell.

—Jefe, ¿qué vamos a hacer con ellos? —preguntó López.

—No tengo ni idea —insinuó.

—¡Pues yo sí! —bramó el policía—. Podemos matarles y nos olvidamos de todo este asunto. ¡O podemos obligarles a que nos lleven hasta Samper, luego buscamos a ese otro fulano del que hablan y le pedimos lo que es nuestro! ¿Qué le parece?

—¿Así de sencillo, López? —se dirigió a su subalterno con ironía.

—¡Pues claro, pongámonos en marcha! —aulló.

—¡No tengas prisa, grandullón! —le interrumpí—. Lo mismo quieres escuchar la otra pregunta que tengo para tu jefe. O mejor aún, ¿por qué no se lo preguntas tu mismo? ¡Anda!, pregúntale en cuántas partes tenía intención de repartir el botín. Lo mismo te sorprende y todo.

A juzgar por la expresión de su rostro, López nunca se había parado a pensarlo. Miró a Durán y comprendió que no solo nunca vería ningún dinero, sino que ya había empezado a echar de menos su pistola.

—Jefe...

El patrón le enseñó los dientes y el grandullón se asustó. Antes de verle poner la mano en la puerta en busca de Ortiz, cerré los ojos, creo que todos lo hicimos. Luego vinieron las detonaciones y ese pitido ensordecedor en los oídos.

—Uno menos —dijo con tranquilidad.

Un sutil hilillo de pólvora manaba del cañón de la pistola de Ortiz. Resultaba irónico, le había matado con el arma de a quien había querido ir en busca de auxilio. Posé lo ojos en Durán, afanado ahora en borrar sus huellas del arma con su pañuelo, y le observé con el respeto y la repulsión que siempre sentí hacia un carnicero en plena faena. Pero no, Durán no era ningún matarife de tres al cuarto sino un superviviente, el de un sistema que hacía aguas por culpa de la misma gente que lo había creado, gente como él. Y Durán mataba para sobrevivirles a todos ellos.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Igual que siempre, cara cortada, todo depende de ti. De momento vas cargando con tres muertos: Violeta, Ginés y ahora López. Y todavía se puede ampliar —contestó señalando con la pistola a Matt y Carlines. Solo me quedaba una salida.

—Muy bien, hagamos un trato: yo le busco a Samper y usted los libera a ellos dos, ahora.

Durán bajó la pistola mientras se lo pensaba. Me miró primero a mí y luego a los dos. Después miró un cadáver y otro.

—Me parece bien, pero vamos a invertir el orden: tú me traes a Samper, me dices cómo encontrar a Morell y yo suelto a tus amigos. O eso, o nada.

—No es un trato justo, Durán.

—Es el que es.

Una mancha grande y oscura cruzó por delante del cristal para luego aporrear la ventanilla de Durán con algo metálico. Era Ortiz. Durán bajó la ventanilla.

—¡Jefe, han localizado a la chica! —rió excitado—. ¡Es la hija de Schmidt! Por la radio dicen que está en su casa del Pozo Dulce.

Durán se volvió hacia mí. Le brillaban los ojos como nunca.

—Así que la chica que bajó contigo del barco era la hija de Schmidt —sonrió—. Canalla...

Sentí el pecho congelado, las manos entumecidas.

—No la meta en esto, Durán, ella no tiene nada que ver.

—Sí que tiene. Es el ángel de la guarda que necesitábamos los dos: tú para salir de aquí y yo para que me des lo que quiero —aclaró mientras se dirigía ahora a su subalterno—. Ortiz, ordene por radio que la detengan, ¡rápido!

—Jefe...

—¡Vamos, Ortiz, no se quede ahí parado!

El grandullón, con cara de circunstancias, señalaba a su compañero muerto.

—¿Qué le ha pasado a López, jefe?

—¡Haga lo que le digo, Ortiz!

—Pero, jefe...

El patrón chasqueó una vez más con la lengua, negando con la cabeza.

—No hay mejor mandado que el que yo me hago —masculló.

Esta vez si me tapé los oídos, pero aún así, el disparo me estremeció igualmente. A este le vació el cargador entero. Imaginé el cuerpo de Ortiz sin cara, hecho un colador, cayendo como una torre al suelo.

—Está claro que hay cosas que tiene que hacer uno mismo —se quejó.

Ahora tenía otra pistola en la mano, la de López, y sin embargo, hasta entonces, no lo vi del todo claro: dos armas, dos muertos. Durán había sido muy listo, demasiado para López y Ortiz, demasiado para cualquiera. En su poder obraban dos pistolas, ninguna suya, y con cada una, había muerto al dueño de la otra. Ningún informe de balística podría desmentir que se habían matado entre ellos por algún motivo, el que fuera, eso daba igual. Durán

siempre tendría la última palabra. Y mientras pensaba en todo ello, casi con admiración, le observé nuevamente con el mismo pañuelo, ahora limpiando la segunda pistola, el cañón, el gatillo, la culata. Y luego, con minuciosidad, se las devolvió a sus respectivos dueños. Lo tenía todo pensado. Durán siempre iba por delante.

—No os vayáis, enseguida vuelvo —dijo.

Durán fue a su coche y en menos de un minuto regresó con su sonrisa de tiburón.

—Bueno, Martín, ya he dado la orden de coger a tu amiguita. Voy a ir a darle el encuentro y en un rato te veo. No me falles o no volverás a verla —amenazó—. Regresa con Samper y seréis libres. Te doy un par de horas. Y como muestra de mi buena voluntad puedes quedarte con el viejo y el gitano. ¿Conforme?

Contemplé impotente a Durán sin otra respuesta que poder darle.

—Conforme —repetí.

—Bien —sonrió—. Por cierto, será mejor que no mováis el coche. Ahora mismo es algo más que una prueba: es la escena de un crimen. Poneos en marcha, en breve anochece.

—¡Durán! —le retuve antes de que se marchara—. ¿Dónde tengo que ir?

—Al sitio donde empezó todo —sonrió—. ¿Qué te parece? Allí nadie nos molestará.

Asentí conforme y Durán desapareció. Ahora solo podía pensar en una cosa: Sofía. Al final la había puesto en peligro. Cerré los ojos y me maldije por ello una vez más. Lo último que oí antes de abrirlos fue el coche de Durán marchar en su busca.

* * *

No fue hasta un rato después cuando alguien por fin abrió la boca.

—Bien, muchacho, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó el viejo Thomas.

—No lo sé —contesté.

Intenté levantarme pero tenía las piernas dormidas. Un ejército de hormigas con puntillas en lugar de patas me recorría todo el cuerpo. Miré hacia abajo y una vez más volví a encontrarme la cabeza abierta de Ginés. Había dejado de humear pero su cuerpo seguía allí atrás, encima de mí. Ginés ya no era Ginés, había dejado de ser una persona. Ahora no era más que un cadáver, un cuerpo sin vida, frío y pesado como una roca.

—Dios santo... —musité.

—Ginés... —gimoteó Carlines.

La angustia me pilló con la guardia baja y empecé a llorar como un niño pequeño. Estaba pasando, no era un sueño, aquello era de verdad. Miré a Carlines hecho polvo, con la boca llena de sangre y la cara como un saco de boxear. «Deja el mundo como está», me había dicho. Y no le hice caso. Por mi culpa Ginés ahora estaba muerto, al viejo Thomas lo habían colgado de un rascacielos, a él le habían destrozado la cara y Sofía estaba en peligro. Ese era el resultado de mis aventuras. «Deja el mundo como está», volví a fustigarme mientras me miraba las manos cubiertas de sangre. Y era ese mundo el que se desmoronaba sobre nosotros.

—Martín, no es momento para lamentarse, hay que pensar.

Me lo quedé mirando, extrañado. Tenía un cadáver entre mis piernas y yo solo podía pensar en que hasta entonces no recordaba haberle escuchado pronunciar nunca mi nombre. Siempre *Scarface*, nunca Martín.

—Lo siento, Matt, lo siento. Jamás pensé que nada de esto pudiera ocurrir. Todo es culpa mía.

—Eso no sirve de nada ahora —dijo Carlines—. Hay que ir a por Sofía y rápido. Lo primero es localizar a Hugo Samper.

—Samper debe estar ahora mismo haciendo las Américas —asumí.

—Pues entonces tendremos que hacerlo sin él —repuso el inglés.

—¡Así que quita esa cara de lelo y busca las llaves de las putas esposas!
—chilló Carlines.

A pesar de lo lamentable de la situación no pude alegrarme de tener los mejores amigos del mundo. No pensaban dejarme ni un segundo solo ante el peligro. Pero no podía permitirlo otra vez. No, otra vez no. Hice un nuevo esfuerzo por recuperar mis piernas y a continuación me arrojé sobre los asientos delanteros. Hasta entonces no me di cuenta de que había parado de llover; en su lugar observé la escarcha que cubría el parabrisas, noté la bajada de la temperatura y advertí que incluso allí dentro la respiración se cuajaba por momentos. Fuera la ciudad debía estar fabricando cubitos de hielo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Carlines.

—Lo mejor que puedo hacer ahora mismo —contesté.

Agarré las llaves del coche y como pude me arrastré hasta fuera. A un lado, en el suelo, Ortiz me miraba con un tercer y humeante ojo abierto en la frente. Aparté la mirada y seguí adelante. La marea estaba llena ese día. Tomé impulso y arrojé las llaves al fondo del río.

—¡Maldito imbécil! —escuché gritar con furia a Carlines desde el coche —. ¡Estás loco, gilipollas!

Caí al suelo en redondo y me quedé un rato allí tendido boca arriba, absorto en la tormenta que removía el cielo, con la sensación de que el suelo se hundía bajo mi espalda poco a poco, como si pudiera ver el mundo desde un ataúd tierra adentro. Hacía frío, mucho frío. Jamás había hecho tanto en Huelva, hasta Colón lo sabía. Llevaba años apoyado en su mastodóntica cruz mirando al infinito bajo su sudario de piedra sin sentir ni padecer. Cerré los ojos y recordé los días dorados en que mis padres me llevaban hasta allí en verano, en un trenecito que salía del mismo muelle. Escuché a Carlines y Matt llamarme desde el coche, pero enseguida sus voces quedaron en un segundo plano, lejanas, sepultadas bajo el suave rumor y la candidez del pasado. Aún podía sentirlo, aún podía verlo: los destellos del sol sobre el agua, los niños jugando, chapoteando y riendo, a mis padres de la mano, por la orilla, y a mí corriendo alrededor suya. Y todos esos recuerdos juntos, a la vez, atrapados para siempre en mis oídos, igual que si el mundo entero hiciera su nido dentro

de una caracola. Y entonces la escuché a ella:

«Martín... Martín...»

—Sofía... —susurré.

Algo me rozó la cara, algo áspero y helado. Abrí los ojos y descubrí el cielo entero infestado de bolas blancas. No pude evitar sonreír: estaba nevando. Los copos caían mansamente como plumas que mudara el invierno, tendiendo una telaraña de polvo que atrapaba la ciudad en un puño de hielo. Me quedé un rato allí sentado en el suelo, fascinado, ensimismado con la alfombra de escarcha que tejía el frío a mi alrededor y entonces entendí que los milagros solo ocurrían una vez en la vida.

Me puse en pie y eché a correr por la bóveda de eucaliptos blancos camino de la ciudad. Atrás dejaba a Carlines y Matt llamándome a gritos, el siguiente paso debía darlo yo solo, era lo menos que podía hacer por ellos. Corrí todo lo rápido que pude, hasta que las lágrimas me empañaron los ojos, hasta que el aire quedó salpicado de pequeñas gotas de cristal.

Y seguí corriendo antes de que la noche blanca de 1945 volviera a cogerme a traición nueve años después a las puertas de San Nicolás.

Capítulo 6

Cuando llegué a San Nicolás, la casa entera jadeaba como un moribundo bajo la nieve. La tormenta blanca batía de poniente contra sus muros, hinchando sus paredes, susurrando entre sus grietas. Para entonces la noche ya estrechaba su lazo oscuro sobre el caserón, allí mismo donde el círculo se cerraba y donde debía acabar su propia maldición; antes de entrar me acerqué al coche de Durán. El capó estaba caliente, no hacía mucho que había llegado. Con toda seguridad no lo habría hecho solo. Por desgracia yo sí, pero tenía un plan. No sabía si realmente funcionaría, pero al menos tenía un plan.

Entré en la casa y busqué la escalera central. Subí a la primera planta. Desde fuera una sombra en el minarete había llamado mi atención. Seguro que estaba allí, vigilante y al acecho, y probablemente decepcionado también al verme entrar solo en la casa; los escalones se quejaron bajo mis pies hasta llegar al rellano. Al fondo del pasillo quedaban las habitaciones de los olvidados de aquel antiguo orfanato, y entre ambas, el agujero donde largo tiempo ha una muchacha fue violada por el dueño de la casa. En ese hueco, en mitad del corredor, estaba el origen de los hermanos Samper y, por ende, el de la maldición de San Nicolás.

Rápidamente atravesé el corredor hacia el minarete. La noche enjabonaba con su aliento mortecino los escalones que llevaban a él, pero en cuanto pisé el primer peldaño, la voz de Durán salió a mi encuentro.

—¡Quédate ahí! —ordenó.

Obedecí y retrocedí unos cuantos pasos.

—Llegas tarde —dijo Durán—. Y también vienes solo. Ese no era el trato

—Antes me he pasado a ver a nuestro amigo en común, Sebastián Morell —dije—. Le he contado que un amigo mío estaba interesado en hacer tratos con él. Le he hablado bien de usted, inspector. Le he dicho que tiene algo para él.

—Eso está muy bien, Martín, pero... ¿Dónde está la mercancía?

—Está a buen recaudo, descuide.

—Me decepcionas, Martín... Nos decepcionas. A los dos —concretó.

Dos sombras aparecieron al final de la escalera. Un resplandor afilado me permitió ver el rostro de Sofía, asustada.

—¡Martín! —gritó Sofía.

—¡Tranquila, en un momento todo habrá acabado! —le aseguré.

—¡Martín...! —gimoteó.

—¡Shhhhhh! —la sosegó Durán—. Shhhh... No desesperes, tranquila. Lo estás haciendo muy bien.

—No le haga daño, Durán, por favor —le pedí—. No es necesario.

—Por supuesto que no lo es. Rajar una cara tan bonita como esta es un atentado contra el buen gusto, ¿verdad querida? —le habló—. Pero no siempre podemos elegir. Estoy seguro de que a Schmidt tampoco le gustó hacérselo a tu querida Violeta. No le quedó otra, pero tenía que castigarla. Le dibujó una sonrisa de oreja a oreja, perfecta, tal y como yo le enseñé. ¡Hay que ver la de cosas que se aprenden en la guerra cuando uno se aburre!

—Por favor, Durán, suéltela. Esto es entre usted y yo —insistí una vez más—. Libérela y le daré lo que quiere.

—Tú no puedes darme lo que yo quiero —repuso—. Habíamos hecho un trato y tú lo has roto de manera unilateral.

—¡Está bien! —me rendí—. ¡No sé donde está Hugo Samper, no tengo ni idea, se lo juro! Debió marcharse en el mismo barco que nos trajo de regreso a Huelva, en el que también viajaba la mujer que lo sacó de la prisión. Lo sacamos entre todos.

Sus ojos refulgieron en la oscuridad.

—Es una lástima —dijo—. Sofía había puesto muchas esperanzas en ti. Y tú vas y la fastidias. Ahora tendré que castigarte con ella.

—No se atreverá —le amenacé.

—¿Por qué? —rió.

Saqué la pistola que guardaba en el pantalón y le encañoné en la oscuridad a cinco metros de distancia. Jamás había disparado un arma en mi vida.

—¡Vaya...! De modo que quieres jugar a los tipos duros, ¿eh?

—Por favor, Durán, no me obligue a usar el arma —le rogué.

—Sí, sería una lástima que erraras el disparo y la mataras a ella —consideró.

—Usted sabe de más que a esta distancia es muy difícil fallar.

—Si quieres probamos —me retó.

—Como usted quiera —musité.

Amartillé el revólver con decisión y la casa volvió a sumirse en un silencio jadeante y enfermizo. Durán emitió una carcajada apagada que parecía reptar entre nosotros como una cascabel venenosa.

—Muchacho, antes de que te atrevas a disparar yo ya le habré metido este cuchillo a tu novia hasta el fondo de la yugular —me previno.

—Déjela marchar y me tendrá para usted —le ofrecía cambio.

—No llegará muy lejos, Martín, te lo aseguro.

—Durán, por favor... —rogué una última vez— no me obligue a matarle.

Di un paso más para demostrarle que iba en serio y Durán agarró con fuerza a Sofía contra su pecho. Casi podía sentir su cuchillo en mi propio cuello.

—No te acerques, Martín.

—Durán, si lo hace, le mataré.

—¡Quédate dónde estás y tira la pistola al suelo!

Durán apretó el cuchillo en el cuello de Sofía y esta chilló.

—¡Por favor, Martín, haz lo que te dice! —exclamó asustada.

—Te matará igualmente, Sofía —dije.

—Si lo haces, te prometo que a ella la dejaré marchar y te tomaré a ti —me aseguré—. Al fin y al cabo esto es entre tú y yo, ¿verdad?

Bajé el brazo sin más discusión y el inspector Víctor Durán sonrió triunfante.

—Está bien, usted gana. ¡Ahora suéltela!

—Primero la pistola —señaló—. Déjala en el suelo lentamente y luego empújala hasta mí.

Acaté la orden y puse la pistola en el suelo. Después, con la punta del pie la deslicé hacia ellos. El inspector Durán, sin soltar a Sofía dejó el cuchillo en el suelo y tomó el revólver en su lugar.

—Ahora suéltela, Durán —le exigí.

—No creo que estés en disposición de dar órdenes, Martín —rió.

—¡Yo he cumplido, ahora déjela marchar!

—De ninguna manera.

—Me prometió que lo haría.

—¿Realmente pensabas que iba a hacerlo? —dijo sin más—. Yo no dejo testigos, Martín. Ahora despídete de tu amiguita.

Antes de que Durán apretara el gatillo, el órgano de San Nicolás hizo temblar el suelo bajo nuestros pies.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Durán.

Por un momento dejamos de escuchar martillar nuestros propios latidos. La casa entera parecía estremecerse como un cascarón marchito al golpe de aquel viejo teclado. Sinuosa y lacerante, la sinfonía nos llenó los oídos con el lamento estrepitoso de una danza burlesca, una que sin duda llevaba la marca del hombre al que un día conocí como el maestro Samper.

Durán fue el primero en abrir la boca.

—Andando —nos ordenó.

Abrí la comitiva escaleras abajo seguido de Durán y su prisionera. Una vez en el hall me indicó que siguiera el rastro de la música, temblorosa y

renqueante a ratos, otras veces afilada, como si aquellos dedos caminaran de puntillas sobre las teclas, juguetones y crueles a la par; al fondo quedaba la capilla. La puerta estaba entreabierta, y tras ella, intuí entre las sombras una silueta sobre el órgano. Empujé la puerta y, a codazos, Durán me hizo atravesar la hilera de bancos en dirección al altar. Caí al suelo. A pesar del jaleo ocasionado, el pianista disimuló advertir nuestra presencia. Recuerdo la luna respirar lánguida a través de las ventanas, barriendo el camino de astillas que llevaba al órgano. Y entonces, cuando estuvimos lo suficientemente cerca de él, la música cesó de golpe. Un paño de luz manchaba el teclado y de repente los dedos del organista brillaron metálicos. Aquel no era el hombre que esperaba encontrar. Era Hugo Samper.

El inspector Víctor Durán empujó a Sofía contra mí y encañonó al hombre de las manos de acero.

—Muy bien, amigo, levántate muy despacio, con las manos arriba, y date la vuelta —le ordenó—. Vosotros dos, sentaos ahí mismo, en primera fila.

Sofía se agarró a mí desesperada y hundió su cara en mi pecho. No quería seguir mirando. Yo sin embargo no podía dejar de mirar. Hugo Samper se giró y le mostró a Durán su rostro desfigurado, injertado en vendas manchadas de sangre seca. El inspector se mostró muy contento de volver a verlo, casi aliviado.

—Señor Samper, no es de buena educación marcharse de los sitios sin avisar. ¿Tan mal me he portado con usted después de darle techo y comida todos estos años? —preguntó.

—Después de siete años me apetecía salir a tomar el aire —respondió.

—Pues espero que le haya cundido. Ahora tendrá que acompañarme, un amigo en común desea verle. Nuestro querido Martín nos llevará —le informó—. Por cierto, tenía al pobre chico preocupado, pensó que nos había dejado para siempre.

—Perdí mi barco en el último momento —contestó girando la cara en mi dirección.

—Seguro que es una buena historia, cuéntenosla de camino.

—Nadie irá a ninguna parte, inspector —dijo Samper.

—Por supuesto que sí, hijo de puta. Que lo hagas vivo o muerto a mí me da igual. Con llevarte de una sola pieza me basta. Tú mismo.

Samper le contestó con sonrisa purulenta hecha de encías vacías y labios rotos.

—Veo que ya ha tomado una decisión —suspiró Durán—. Lo lamento.

Luego amortilló la pistola y encañonó Samper.

—Nos veremos en el infierno —dijo el policía.

Durán apretó el gatillo. Un chasquido siguió al percutor y el martillo chocó de manera extraña contra el tambor de la pistola. No ocurrió nada. Rápidamente amortilló otra vez el arma y apretó el gatillo. Volvió a fallar. Estuvo por intentarlo nuevamente, pero en lugar de eso me miró con el rostro desencajado.

—No ponga esa cara, Durán —me tembló la voz—. No me diga que no la ha reconocido.

Seguramente había visto y usado muchas pistolas a lo largo de su vida, tantas como para olvidarlas a todas, y sin embargo, en ese momento, de repente, Víctor Durán reconoció aquella pistola estropeada que una eternidad atrás Rivas había guardado en un cajón de su laboratorio, concretamente siete años atrás, esa misma que no funcionaba y que solo servía para una cosa.

—Como verá, la pistola de Rivas ahora sirve para algo más que para espantar hienas, *inspector* —dije.

Antes de que Samper le echara las manos encima, Durán tuvo tiempo de mirarme a los ojos y de encontrarle la gracia al asunto.

—Joder, Martín... —musitó.

Y no dijo más. Después de eso comenzó a gritar de manera espantosa. Fue horrible. Hugo Samper tomó la cabeza de Durán y empezó a estrujársela. Me llevé a Sofía de allí por piedad, sin embargo no pude dejar de mirar: el cráneo crujió entre sus dedos como rama seca, un líquido viscoso y oscuro le brotó de

los oídos, las piernas se le quebraron. A pesar de ello, Durán encontró fuerzas para golpear al aire con la pistola mientras Hugo Samper se abría paso a través de sus ojos. Cuando acabó de hundírseles y el metal salió de ellos, pude ver al inspector con las cuencas vacías y la cabeza aplastada revolviéndose como un muñeco de trapo de un lado a otro. Después de eso, Samper se le echó encima y comenzó a triturarle cada hueso del cuerpo. Y eso fue lo último que vi.

Dejamos la muerte atrás y huimos de la capilla en busca de la vida. Estaba allí fuera, congelándose bajo cero, radiante como el páramo blanco. Jamás me pareció tan hermoso. A lo lejos su color era una luz al final del túnel. Cuando salimos de la casa el aire cortaba la respiración de tal manera que nunca antes me había sentido tan vivo como entonces. El bosque entero vestía de blanco y vapor y una alfombra nívica tapizaba el sendero que más allá de las rejas oxidadas de San Nicolás llevaba al mundo.

Miré a Sofía aún con el corazón en la boca.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Dame un minuto más y te lo diré —susurró.

—Te daré algo mucho mejor.

Besé a Sofía sin querer pasar un solo minuto más de mi vida lejos de ella. Nunca más volvería a perderla.

—Sofía, no voy a permitir que te vayas otra vez de mi lado.

—Más te vale —gimió.

La abracé tembloroso bajo la lluvia con los gritos de Durán en mi cabeza. Desde allí podíamos oír su muerte lenta y agónica desgarrando la noche blanca de 1954.

—Adiós, inspector Durán, adiós —susurré.

* * *

Al poco Hugo Samper salió de la casa envuelto en un charco de sangre.

Tenía la mirada perdida a través de su máscara de trapo y las manos engarrotadas. Junto a él arrastraba consigo el perfume de los despojos de Durán. Sin mediar palabra se sentó junto a nosotros en la escalinata de la entrada. Cogió un poco de nieve y comenzó a limpiarse las manos. Luego me miró a los ojos.

—No te he dado las gracias.

—Lo acaba de hacer ahí dentro —musité, abrazando a Sofía—. Ahora estamos en paz.

Durante un rato permanecimos los tres en silencio, escuchando los grillos cantar entre la nieve. Hugo Samper se inclinó para mirar a Sofía y esta se escondió en mi regazo.

—Mamá Patrice tenía razón. Es mucho más guapa de lo que le contaste.

—Sí, pasa como con los retratos. Siempre se quedan cortos.

Sofía levantó la cabeza y me sonrió.

—¿Por qué no se fue? —pregunté a Samper.

—Hace años que no puedo volver a Nueva York, deberías saberlo. Además, yo siempre cumplo mis deudas.

—Tengo entendido que hubo un tiempo en que usted era distinto. Se encargaba de ajustar las cuentas a su manera, como hace un momento.

—Nunca antes he estado en deuda con nadie.

—¿Qué tal ha sido la experiencia?

—Inolvidable.

Una risa ahogada se me escapó por la nariz.

—¿Qué va a hacer ahora? —pregunté.

—No lo sé. ¿Y tú, qué vas a hacer ahora?

—¿A qué se refiere?

—Aún tienes una deuda pendiente con Morell.

Tenía razón. La tenía y además lo sabía, que era todavía peor.

—Pero no te preocupes, Martín, no pienso dejar que me cortes las manos.

—¿Va a matarme?

—¿Debería?

No me atreví a responderle ni siquiera a aguantarle la mirada.

—No te preocupes, chico, no hace falta que contestes ya.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Norma Estrada me lo dijo.

—¿Norma Estrada?

—Ella me acompañó hasta aquí.

—¿Norma Estrada? —pregunté sorprendido—. ¿Dónde está?

Una detonación sonó a nuestra espalda y el pecho de Hugo Samper reventó. Su cuerpo cayó escalones abajo como jarrón roto con el eco del disparo perdiéndose en el fondo del páramo. Me volví y contemplé a Norma Estrada fundida en el aliento de la pólvora.

—Estoy aquí.

Me levanté de la escalinata y refugié a Sofía a mi espalda. Norma Estrada me apuntaba con su pistola.

—Como podrás observar yo no me he traído una pistola de agua —dijo—. Ahora coge a Hugo y mételo en el coche. Norma Estrada tiene un trato que cerrar con Sebastián Morell.

Capítulo 7

A nuestro regreso, la Casa del Millón se recortaba oscura y silenciosa sobre la luna. Su atmósfera amenazadora nada tenía que ver con el resto de fachadas y cornisas blancas que parecían escapadas de un cuento de hadas; bajo su terrible simetría, un ejército de niños revoloteaba por toda la calle. En cuestión de segundos su camarilla de estrategas y gerifaltes llenos de mocos darían la orden y una guerra de bolas de nieve tendría lugar allí mismo. Los vecinos salían a la puerta de casa para admirar el espectáculo que alfombraba sus aceras y algún curioso ya se apostaba frente al Monumento de Mora Claros con su cámara de fotos para firmar una estampa que le sobreviviría en el tiempo.

Con tanto revuelo nadie se percató de aquellas tres sombras que bajaban de un coche, dos de ellas ayudaban a una cuarta a llegar a la puerta de la casa. Cuando llamamos al timbre, el lacayo de Morell surgió una vez tras la puerta.

—El señor les está esperando —dijo con aire sombrío—, aunque no puedo decir que me alegre de verlos... A todos.

Eso último iba por Norma Estrada.

—Siento no haber cumplido con sus expectativas, Luther —me disculpé ante el mayordomo—. No me lo lleve a mal.

—Mira que se lo dije —lamentó.

Escortados por el mayordomo, llegamos a una biblioteca forrada de estantes vacíos. Al fondo de espaldas, frente a una ventana, Morell, absorto en la batalla infantil de bolas de nieve.

—Después de millones de jóvenes muertos en el campo de batalla, a los

niños de hoy se les sigue educando en el juego y la divertida disciplina de matar al prójimo. Es enternecedor —concluyó con su voz metálica.

Sofía me miró aterrorizada. Era el efecto normal que causaba la primera vez que uno le escuchaba. El coleccionista de objetos únicos giró su rostro sin forma hacia nosotros como si la hubiera escuchado temblar en silencio.

—Veo que me traen lo mío.

Morell fue a nuestro encuentro al tiempo que Luther nos ayudaba a descargar sobre un diván el saco de huesos que era el cadáver de Hugo Samper.

—Señora Estrada, puede guardar esa pistola, en esta casa no le será necesaria —dijo el coleccionista.

—No hasta que me dé lo que vine a buscar —repuso—. Quiero el disco, rápido.

A una orden de su patrón, Luther se retiró.

—Bueno, ahora toca ponerse de acuerdo —dije—. ¿Cómo nos repartimos el botín?

Norma Estrada me miró con extrañeza.

—¿De qué estás hablando? —preguntó alterada.

—Lo que está escuchando, Norma —contesté.

—¿De qué está hablando, Morell? —chilló ahora al coleccionista—. ¡Conteste!

El hombre sin rostro dio un nuevo paso al frente.

—Aquí el señor Vázquez hizo un trato conmigo a cambio de traerme las manos de Hugo Samper —dijo—. Al final me lo ha traído entero.

—Víctor Durán me dijo que pagaba más por entregarle el trofeo de una sola pieza —añadí.

—¡No entiendo nada! —dijo enfurecida la vedette—. Pero eso da igual ahora. Usted hizo antes el trato conmigo.

—¡Ah, ah, ah...! —me entrometí—. En teoría no, Norma. Usted hizo un trato con él hace años, cuando yo solo era un crío. Pero cuando Morell no

pudo conseguir lo que usted quería, él desapareció y su acuerdo también —le expliqué—. Ahora con quien tiene un trato es conmigo. Además soy yo quien ha traído el coche y quien ha cargado con el cadáver hasta aquí, no se ponga las medallas ahora.

Morell rió entre metales.

—Los grandes comandantes siempre surgen al final de la batalla, Martín, deberías saberlo.

Norma tenía el rostro desencajado y por un momento estuvo a punto de apretar el gatillo en todas las direcciones. En ese instante apareció Luther con el disco de mi madre entre sus manos y pareció tranquilizarse.

—Aquí tiene el señor —ofreció a su llegada.

Luther le dio el disco a su patrón y este a su vez me lo entregó a mí.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo, Martín —dijo.

—Quizás dentro de un tiempo yo pueda decir lo mismo —fui sincero—. Además, usted no ha cumplido con parte del trato. Tenía que entregarme a la persona que andaba detrás del disco y al final también he tenido que traerla yo.

—Bueno, al menos te aseguré que aquí estaría —siguió riendo.

Morell y yo nos giramos al unísono hacia la vedette como si lleváramos años representando el mismo vodevil. Norma amartilló la pistola contra mí y contra el coleccionista, nerviosa. Había algo que se le estaba escapando de las manos.

—¿Qué es toda esta comedia? —preguntó furiosa.

Di un paso hacia Norma Estrada con *El rastro de su voz* en la mano.

—¿Quiere saber por qué Morell nunca consiguió este disco?

—¡Lo sé de sobra! Tu amigo nunca se lo quiso dar, ese del que me hablaste en la playa aquel día, el hijo de Malena Quintero, el que entró en un orfanato y del que nunca más se supo. Maldito crío... ¡Norma lleva años buscándolo, a él y al disco de su madre!

—Pues aquí me tiene.

Norma Estrada enmudeció. Tenía la boca entreabierta y los como platos, la pistola temblándole en la mano. Por fin empezaba a comprender.

—No me diga que todavía no me ha reconocido, Norma: soy el hijo de Malena Quintero.

La actriz retrocedió un par de pasos, asustada. Era como si hubiera visto un fantasma. La pistola cayó de sus dedos y rápidamente Luther la apartó de su camino.

—No puede ser... —musitó.

—Claro que sí, Norma, claro que sí —dije—. Y además hoy he venido a traerle un mensaje de mi madre: el disco no está en venta

Avancé hacia ella con paso firme.

—Me engañaste —retrocedió entre balbuceos—. Nunca me lo dijiste. ¿Por qué?

—No hizo falta —dije—. Usted solita se encargó de contarme cosas que de haber sabido quién era yo nunca habría dicho. Y desde entonces siempre sospeché que la gran Norma Estrada tenía algo que ver con el misterio que orbitaba alrededor de la canción de mi madre. Pero fue Durán quien terminó de confirmármelo hoy. Norma Estrada es un fraude y ahora lo sabrá todo el mundo. Yo me encargaré de ello.

—¡No, por favor! —suplicó echándose a mis pies.

—¡Vamos, Norma, ya no le hará daño! Usted no es nadie, nunca lo fue. Ya nadie le recuerda, lo sabe de sobra, siempre lo ha sabido. Es una pésima actriz incluso para llorar —la desprecié.

Desde el suelo la vedette levantó la cara. No había lágrimas en sus ojos. Ni para eso valía.

—Mírese, siempre le gustó dar el espectáculo y nunca supo cómo hacerlo —la humillé un poco más—. Está usted loca, Norma; dígame, ¿qué va a hacer ahora?

No me dio tiempo a reaccionar. Norma Estrada fue más rápida. No la vi venir, estaba agotado, tremendamente agitado. Se lo puse fácil. La actriz

agarró el disco y salió corriendo de allí. Luther quiso salir tras ella pero le retuve.

—Déjela marchar, no llegará muy lejos. No tiene dónde esconderse,

De pronto sentí un leve desvanecimiento y Sofia evitó que cayera al suelo. Ayudada por Luther me llevaron hasta una silla mientras Morell continuaba inmóvil en su sitio admirando el resto de la escena.

—¿Estás bien? —me preguntó Sofia.

—A tu lado es difícil no estarlo —sonreí.

Eran sus propias palabras, las que me había soltado en aquella azotea de Nueva York bajo la lluvia. Había agradecimiento en sus ojos. La estreché en mis brazos y suspiré con fuerza como si acabara de resucitar. Al final tanto sufrimiento había merecido la pena. Estábamos juntos de nuevo y ya nunca más ni el tiempo ni las circunstancias volverían a poner un océano de por medio entre nosotros.

De repente el chillido de la goma contra el asfalto quebró la noche al otro lado de las ventanas. Luther fue el primero en asomarse.

—Dios santo... ¡Vengan en seguida!

Sofia me ayudó a llegar hasta la cristalera. Lo que vimos no fue muy agradable: el cuerpo de Norma Estrada se desparramaba en la carretera bajo el morro hundido de un coche. No pude evitar sentir lástima. El golpe la había destrozado por completo de una manera totalmente antinatural, el torso se quebraba en una dirección y las piernas en la contraria. Fue una muerte horrible pero también espectacular, pues enseguida se formó un corro de gente alrededor suya. Al final Norma Estrada se había salido con la suya. En su última función había conseguido levantar de la butaca a una audiencia tumultuosa.

Antes de que las cabezas taparan el cuerpo sin vida de Norma Estrada pude ver una sombra recogiendo algo del suelo y desapareciendo con ello a través de un pasaje lleno de sombras.

—Se llevan el disco, señor Vázquez —apreció Luther.

—Espero que le guste tanto como a mí —contesté—. Además, ya no me importa. Demasiada gente ha muerto por culpa de ese trozo de plástico. No creo que ni siquiera mi madre pueda soportar ese peso por toda la eternidad. Y yo estoy muy cansado para echar a correr detrás de nadie.

No pude seguir mirando. Me volví y encontré al coleccionista inmóvil en el centro de la sala. Era hora de ajustar cuentas.

—Ahora sé por qué nunca le conté que no había podido conseguir el disco —dije—. De haberlo hecho ella no habría seguido adelante con su plan, ¿verdad? Y usted no tendría la pieza que ahora completa su colección, la que llenará esa urna vacía que tiene en su cámara de los horrores. Es usted demasiado macabro para mi gusto.

—Se agradece el detalle —dijo el coleccionista.

Miré hacia abajo y negué con la cabeza.

—Y sin embargo hoy también he comprendido que de no seguir adelante, Durán nunca habría aparecido y nos habríamos ahorrado muchos cadáveres. Por su culpa ha muerto gente que conocía, gente inocente. ¿Tan poco vale una vida para usted?

Se encogió de hombros sin importarle mucho. Él estaba por encima de todo eso.

—Todo hubiera sido más fácil delatándome —reflexioné—. ¿Por qué no lo hizo?

—Porque solo eras un niño, un niño terco y cabezón con un sentido del honor y con unos principios dignos de admirar. Eres un espécimen único, Martín. *Único* —subrayó.

—Cualquiera que le escuche dirá que me quiere en su colección.

—Desde luego serías una de mis mejores piezas.

—¿Siempre se lo toma todo como un juego? —pregunté.

—Casi nunca —contestó.

—Espero que hoy haya disfrutado.

—Puedes estar seguro de ello.

Me derrumbé de nuevo sobre la silla como quien busca un poco de consuelo y tranquilidad al final del día tras una agotadora jornada de trabajo. Estaba hecho polvo. Pero algo me decía que todavía no se había acabado del todo.

Mientras Luther cargaba con el cuerpo de Hugo Samper, el hombre sin rostro se aproximó a mí con una llave en la mano.

—Mi trabajo aquí ha terminado, cuando salgáis, cerrad bien la puerta. No me gustan los ladrones y mucho menos los curiosos —dijo—. Y por cierto, si algún día recuperas ese disco, estaré encantado de hacerte una oferta. ¿Qué me dices?

Con Sebastián Morell nunca había una despedida definitiva. El suyo era un largo adiós que prendía el mismo aire con una nueva amenaza de regreso.

—Ahora estoy demasiado cansado para contestarle a eso.

—¿Tan cansado para una última vuelta de tuerca? —preguntó.

—Sorpréndame —le reté con poca convicción.

A lo lejos, desde el otro extremo del pasillo, comenzó a desperezarse casi imperceptible el rumor de un piano perdido en el tiempo, uno que había escuchado una vez siete años atrás, en una noche aciaga en la que *El rastro de su voz* me llevó hasta el Cinema Saltés. De repente noté los ojos vidriosos y una mano fría e invisible agarrándome del cuello. Miré a Morell con recelo sin saber qué sentir, debatiéndome entre el miedo y la emoción que me embargaban.

—Eres un caso especial, Martín, y yo sé recompensar a quienes son como tú. No sois muchos en el mundo —dijo—. Y ya sabes lo que mueve el mundo.

Asentí conforme a sus palabras con la mirada borrosa y la voz en un alambre.

—La fe en las segundas oportunidades... —musité.

—Hasta otra, Martín —se despidió el coleccionista de objetos únicos.

Y tras esas palabras, Sebastián Morell desapareció.

Todavía hoy me pregunto si algún día volveré a verle y a oír aquella voz

metálica que arrastraba consigo la promesa de una maldición.

—La fe en las segundas oportunidades —me sorprende a veces repitiendo, entre susurros.

Y precisamente eso también era lo que traía consigo el murmullo de aquella sinfonía triste y mortecina que solía tocar el viejo Samper.

* * *

Después de aquella aciaga noche en que le conocí por primera vez —sí, por primera vez—, no había parado de buscarlo un solo instante. Una eternidad después Mamá Patrice me había enseñado su tumba y ahora por fin comprendía quién era el hombre que tocaba en mi cabeza aquel arrebatado de soledad y muerte en el piano del Cinema Saltés.

Agarré de la mano a Sofía y la llevé conmigo a través del corredor tras la estela trémula de aquel lamento que serpenteaba con el imán de un canto de sirena. Al final del pasillo, una puerta abierta a medio gas daba acceso a una sala vacía, vacía a excepción del piano y del hombre que lo tocaba. Entramos con sumo cuidado de no interrumpirle hasta tenerle enfrente. Estaba igual que la última vez que lo vi, arrugado, ciego y canoso. Pero no había envejecido un solo ápice desde entonces. Al final, las investigaciones de Rivas habían servido de algo. De mucho.

De repente sus manos se pararon y giró la cabeza en nuestra dirección.

—Encantado de volver a verlo, señor Samper —dije con la voz hecha un nudo.

—Querido Martín —sonrió triste—, discúlpame que no pueda decir lo mismo.

—No se lo tendré en cuenta —bromeé.

El viejo Samper miró en mi dirección como si pudiera verme de verdad, como si el aire que respiraba o el silencio que nos rodeara pudieran dar forma en su cabeza al muchacho que tenía delante.

—Te noto distinto, Martín... Diferente. Has crecido, tu voz te delata, y por lo que me ha contado Morell, eres todo un hombre —dijo el viejo—. Y gracias a Dios que has cambiado de colonia.

El pianista me hizo reír y una lágrima rodó por mi mejilla. Sofía me la secó entre sus dedos al igual que habría hecho mi madre.

—No cabe duda, has cambiado —repitió.

—Al contrario de usted, está igual que la última vez.

—Viejo, Martín —se lamentó—. Viejo...

—Yo le veo hecho un toro —sonreí—. Se ve que Rivas hizo un buen trabajo. Tarde, pero lo hizo.

—Sí, al menos ha conseguido paralizarlo. Dime, ¿cuándo lo supiste? —preguntó el pianista—. ¿Antes o después de Nueva York?

Me tomé un par de segundos para estar seguro qué decir.

—Antes —le revelé—. Pero no hasta después de que se trajera la lata de película que proyectaba en el Cinema Saltés, la misma que vio Elsa Schmidt cuando se enamoró de usted. La misma película que después le vendió a Morell a cambio de protección.

—Es un tipo extraordinario el tal Morell, Martín —dijo con admiración—. ¿Sabías que este edificio es el que aparece en esa misma película? Cuando vi por primera vez *El ángel de medianoche* supe que algún día querría conocer esta casa. ¿Sabes lo que se dice de ella?

Negué con la cabeza. Tampoco me importaba mucho.

—Cuentan que quedó embrujada para siempre después del rodaje. Algo feo debió pasar entre estas paredes... Algo que debió salir mal. Por eso siempre permaneció cerrada a cal y canto. Morell la quería solo para él, al igual que el resto de su colección —explicó—. Pero como suele decirse, esa es otra historia.

—Usted lo ha dicho, señor Samper, esa es otra historia —asentí—. Y que yo sepa, todavía me debe una: la de verdad.

El pianista se apresuró a sonreír.

—Es cierto, todavía tenemos una conversación pendiente —dijo—. ¿Dónde la dejamos?

—De eso nada, Christian. Ya le he dicho que quiero la verdadera —dije—. Y la quiero oír de su boca.

—¿Estás seguro? Tengo un final precioso que contar, se me ocurrió el otro día. Uno en el que él y ella escapan juntos, él se recupera de su enfermedad y ella es feliz para siempre. ¿No queréis escucharlo? —preguntó de repente—. Porque sé que no vienes solo. En esta sala hay un corazón que late más fuerte que el tuyo y el mío, Martín. Late como lo hacía el corazón de su madre a mi lado. Eres un tipo con suerte.

Sofía no podía hablar, tan solo contener las lágrimas y la respiración.

—Me temo que eso no será posible, Christian, lo sabe tan bien como yo. Y sé que a ella también le gustaría oír de su boca toda la verdad. Se llama Sofía, Sofía Schmidt. Pero eso ya lo sabe.

El pianista tragó saliva.

—¿Qué le parece si empezamos de cero? —propuse.

—Sí, aunque lo mejor será comenzar por el final que en este caso es el principio —aceptó.

Nunca olvidaré la segunda vez que conocí a Christian Samper, porque ya entonces supe que aquel era el hombre al que había estado buscando toda mi vida.

Capítulo 8

Cuando Christian Samper conoció a Elsa Schmidt ya había comenzado a envejecer. Ocurrió al poco de cumplir los veinticinco. Al principio encontró fácilmente el remedio en botes de tinte en los que ahogaba las canas; más adelante notó que se iba cansando, cada día le resultaba más difícil levantarse de la cama, sentarse delante del piano, pero no le quedaba otro remedio. Y cuando comenzó a notar que algo le pasaba en la vista, le comentó su problema al jefe de su hermano Hugo, el doctor Rivasdelft, un biólogo aficionado a la botánica en cuyas manos había recaído el imperio de prótesis que llevaba el nombre de su familia.

—Rivasdelft no sabía nada de prótesis —explicó Samper—. La suya era una incipiente carrera de biólogo que quedó frustrada por la muerte de sus padres, los creadores de aquella franquicia. Fue una suerte para él conocer a Hugo cuando este contaba con apenas quince años. Entre ambos reflataron la empresa consiguiendo éxitos en el campo de la ortopedia hasta entonces nunca vistos. Fue una pena que aquella chica muriera en sus manos. Eso fue lo que destruyó a mi hermano. Y también su negocio.

—¿Y qué se suponía que Rivasdelft podía hacer por usted? —pregunté.

—Mucho —contestó Samper—. Me dio más tiempo del que me quedaba.

Rivasdelft descubrió que el de Samper no era el único caso en el mundo. Al parecer un oftalmólogo alemán llamado Otto Werner ya había descubierto a principios de siglo la existencia de un raro síndrome que se manifestaba en determinados pacientes con cataratas, los cuales, además de presentar entre ellos rasgos similares de esclerodermia tales como atrofia muscular, manchas

y úlcera en la piel, se caracterizaban por experimentar un encanecimiento precoz y una alopecia progresiva. En resumidas cuentas, habían comenzado a envejecer de manera prematura.

—Rivasdelft solicitó entonces a la Universidad de Medicina de Nueva York una reproducción en inglés de la tesis doctoral del tal Werner así como una copia de todos los casos aparecidos hasta el momento en el mundo, los cuales ya habían sido catalogados con el «Síndrome de Werner» —explicó—. Según contaba el alemán en su informe, aquella extraña enfermedad era de un fuerte carácter hereditario «autosómico recesivo» cuya mayor incidencia se encontraba en casos de alto índice de consanguinidad.

—¿Y qué demonios significa eso último? —pregunté.

—Significa que es una enfermedad transmitida de padres a hijos por la presencia de un gen o un cromosoma de carácter defectuoso en los padres y que sus hijos pueden compartir o no entre ellos —dijo—. La incidencia es de uno a cuatro entre hermanos. Es un caso entre un millón, Martín. Es más fácil pincharse con una aguja en un pajar.

—Y fue usted el que se pinchó.

—Exacto, y ahí fue donde entró en juego Mamá Patrice —dijo—. Rivasdelft, como cualquier otro, era conocedor de la leyenda que precedía a la bruja de Hell's Kitchen, pero él era un hombre de ciencia, no creía en la superchería y sospechaba que lejos de aquella pantomima, Mamá Patrice no era más que una química de andar por casa. De manera que después de exponerle el problema, Rivasdelft consiguió que Mamá Patrice le dijera de dónde sacaba aquel polvillo blanco del que solo se conocían sus efectos: psicosis, parálisis y muerte en apariencia. Ella puso a su disposición grandes cantidades de belladona y mandrágora, asegurándole que ese era el origen del aliento del diablo, una droga ancestral cuya receta se perdía en el abismo del tiempo, hecha para fabricar muertos vivientes. Lo que no le dijo era qué utilizaba para sintetizar el veneno y hacerlo tan peligroso. Ese era su secreto y su poder, el resto tendría que averiguarlo él por su cuenta. Rivasdelft estuvo

fabricando durante semanas su propio aliento del diablo sintetizando el metabolismo de aquellas plantas en un alcaloide tropánico de efectos terapéuticos, en una droga para sanar. ¡Y lo consiguió! ¡No sé cómo lo hizo, pero Rivasdelft lo consiguió! Logró revertir el compuesto de aquella esencia de ultratumba y elaboró un compuesto que retrasara el avance de aquella maldición que me precedía en la cuna.

Y así parecía ser. La mala suerte se había cebado con Samper desde el momento de su concepción, cuando Nicolás Abreu fecundó a Helena Terrados en aquella misteriosa habitación que doña Ana había decidido olvidar para siempre tras una capa de cemento y ladrillo. Después de eso, Christian Samper y su hermano solo supieron lo que aquel pianista de París les había contado. De él tomaron el apellido, y en el caso de Christian también el nombre.

—¿Por qué Hugo? —preguntó Sofía.

—Por el nombre del vapor que sacó a mi madre de esta ciudad con nosotros dos a bordo de su vientre. Estaba agradecida incluso de la casualidad, del puro azar. Por lo que he podido averiguar, antaño ese vapor servía de puente a la Río Tinto Company entre esta ciudad e Inglaterra; sin embargo, aquella vez en mitad del trayecto tuvo que variar el rumbo de su destino por culpa de una avería y acabó arribando en los astilleros de París. Así de fácil.

El resto de la historia me la conocía a pincelada suelta, lo que no fue impedimento para volver a escucharla —ahora sí— a dos bandas en lugar de a una, la historia de dos hermanos criados en los arrabales de París.

—Aún hoy me sigo preguntando por qué aquel hombre asumió nuestra carga y se convirtió en nuestro padre —dijo—. Mi padre no era Nicolás Abreu, aquello no fue más que un accidente del destino, de la casualidad. No, Martín, un padre y una madre no son únicamente los que te traen al mundo, de esos hay muchos. Un padre y una madre son los que te cuidan, te crían y te quieren. Y ese fue Christian Samper, el pianista que después de hacerle una promesa a la pobre moribunda de la que se había enamorado, se convirtió en

nuestro padre y en nuestra madre durante veinte años hasta que enfermó y murió.

Años después de morir el viejo pianista, Christian Samper conoció a Elsa Schmidt, su única razón para seguir viviendo. Se enamoraron, se separaron y después Christian fue en su busca. Pero no lo hizo solo. Por entonces ya cargaba con el lastre del malhechor en el que se había convertido su hermano Hugo, con aquellas terribles manos de acero que a ambos les ayudaría a ganarse el pan en números de magia circense. Cuando Hugo se sumergía encadenado en un tanque lleno de agua, a los segundos era Christian el que aparecía entre las butacas mojado y soltando las cadenas de su supuesto presidio ante la expectación del respetable. Nadie tenía conocimiento de la existencia del otro, lo que a ellos les sirvió para seguir explotando y alternar sus espectáculos de escapismo con recitales de música clásica. De manera que cuando no era Hugo el que se dedicaba a doblar barrotes de acero en el escenario, era Christian quien tocaba el piano bajo una pantalla deslucida ante aquel rollo de película que tanto le gustaba a él y a su padre. Y así fue hasta que Schmidt descubrió el juego que se traía entre manos con su mujer.

—Realmente no sé si llegó a descubrirlo del todo o si fue Norma Estrada quien se lo contó. Lo único que sé es que para entonces Hugo ya había encontrado la manera de llevársela a la cama a cambio de ayudarla a quemar un almacén lleno de discos. ¿Te suena de algo? —preguntó.

—Mucho —lamenté.

—Según me contó Hugo, una noche Norma Estrada le llevó al Liceo del Círculo Mercantil a escuchar cantar a una joven amiga suya. Después se la presentó. La chica se llamaba Malena Quintero —dijo—. Él se presentó como Christian Samper, un pianista de quien Norma ya le había hablado en alguna ocasión. Al parecer, la Estrada llevaba años siguiendo a tu madre desde la butaca y en ocasiones acompañada de su amiga Elsa Schmidt. Pero lo que no sabía Elsa ni nadie era que Norma ya tenía un plan: se llevaría a Malena Quintero a un estudio fonográfico de Madrid cuyo dueño conocía con la

promesa de grabarle su primera canción. Así sin más, sin pedirle nada a cambio. Norma le repetía hasta la saciedad a Malena que se veía reflejada en ella misma cuando comenzó a actuar y que de alguna manera se veía obligada a ayudarla a triunfar. Así que para empezar grabarían varias canciones y luego elegirían una para el mercado de pizarra al que todavía estaban adaptados los reproductores de la época —explicó Samper—. Pero lo que no le contó Norma Estrada a Malena Quintero era lo que harían después con todas esas canciones que se quedarían fuera de la criba.

Según fue contando Samper, por aquel entonces ya se había comenzado a experimentar con vinilos y multipistas en nuestro país de cara a un nuevo y emergente mercado de tocadiscos. No obstante la pizarra se seguía trabajando en el estudio a modo de matriz para futuras reconversiones y porque aún eran muchas las casas con gramófonos tradicionales. De manera que una semana después, Norma Estrada se presentó en el estudio de grabación con Malena Quintero y con su propio pianista. No quería ningún músico de estudio, quería el suyo, y nadie iba a llevarle la contraria pues por aquel entonces ella todavía era Norma Estrada, la Norma Estrada de antes y no la Norma Estrada de después. Era alguien importante. Además, el dueño del estudio ya sabía de lo que iba la historia. No era nuevo que un afamado artista le robara la voz a un joven principiante para seguir vendiendo discos, y aquel que se grabara con la voz de Malena Quintero pero con el nombre de la gran Norma Estrada en la portada se vendería solo. Sería todo un éxito.

—Y de paso aquel disco le abriría a ella la puerta del cine sonoro —dijo—. Así lo tenía planeado, Norma Estrada era perra vieja, todo lo contrario que tu madre, Martín, una chica joven e ingenua. Según Hugo, tu madre era un encanto de mujer, puro candor, demasiado ingenua para una industria tan sucia como aquella. Si lo piensas bien, Norma Estrada hasta le hizo un favor.

—Eso me suena a premio de consolación, a mentira piadosa. Y en su momento ya me contó unas cuantas —contesté.

—Hay una cosa en la que nunca te engañé: no fui yo quien tocó el piano

en *El rastro de su voz*. Fue Hugo —me reveló—. Los dos sabíamos tocarlo igual de bien y los dos habíamos aprendido a hacerlo al mismo tiempo. Yo lo hice por devoción a mi padre y él para deleitar a Mamá Patrice en su casa, en el piano de Luis Degó. Pero bueno, seguro que a estas alturas no hará falta que te diga cuál de los dos era el niño obediente de papá.

—Aún así era su nombre el que aparecía junto al de mi madre.

—Ya te he dicho que nadie sabía de la existencia de Hugo Samper, solo Norma Estrada. Hugo usaba mi nombre como *alter ego* dentro y fuera del escenario. Y ella le necesitaba a su lado, necesitaba a alguien de confianza que le ayudara a destruir las pruebas de aquel disco, *El rastro de su voz*. Y la única manera de justificar la presencia de Hugo Samper junto a ellas dos era haciéndose pasar por mí, por un pianista. Al cabo del tiempo todo se supo. Para cuando eso ocurrió, Norma Estrada ya estaba lejos y tu madre no era más que una chiquilla que se había quedado embarazada.

—Nada de eso me sorprende —dije—. Lo que no me encaja del todo es que solo Norma Estrada supiera de la existencia de dos Samper. Estaban usted y su hermano, pero imagino que en el escenario ambos necesitaban de un cómplice, ¿verdad? El gerente del Teatro Mora me contó que siempre hubo un hombre mayor entre bastidores.

—Exacto —asintió—: Rivasdelft. Después de perderlo todo, solo supo aferrarse a lo único que podía darle sentido a su vida: salvarme. Ya lo había hecho con Hugo al ponerle aquellas manos con las que habían estado experimentando desde hacía tiempo, y tanto a él como a mí ya nos había salvado la vida hacía mucho. A la muerte de nuestro padre él se convirtió en nuestro principal benefactor. Nos permitió seguir viviendo en aquella buhardilla de ladrillera roja sobre sus talleres y laboratorios, y nos ayudó a mirar el futuro con la cabeza bien alta. Rivasdelft fue otro padre para nosotros y nos siguió allá donde fuésemos. De hecho vino hasta aquí, para seguir fabricando el suero con el que retardar los efectos de mi enfermedad y, después, cuando las cosas se pusieron feas, se hizo cargo de mí. Al enterarse

Schmidt de lo mío con Elsa, Hugo tuvo que desaparecer por su lado y nosotros dos por el nuestro. Ambos habíamos jugado con fuego, yo enamorándome de la mujer de un espía alemán y Hugo con mi nombre. Al final mi hermano acabó quemándose también.

—¿Y entonces por qué regresó al cabo de los años?

—Supe que Elsa había enfermado —contestó—. Ella misma me lo contó en una carta, la única que recibí después de tantos años. Habían pasado quince desde nuestra última vez y yo no la había olvidado. Supe entonces que ella tampoco a mí —suspiró—. Cuando sus palabras llegaron a mis manos sentí la imperiosa necesidad de regresar, de reencontrarnos, de verla una vez más antes de dejarla partir. No fue fácil. Llegué el mismo día que la enterraron. El resto de la historia ya os lo podéis imaginar.

El resto de la historia éramos nosotros y nuestra búsqueda infatigable de la verdad. Llegados a ese punto, Sofía se atrevió a mover los labios por primera vez.

—Cuando mi madre murió yo tenía quince años...

El pianista se encogió de hombros y la sonrió con lástima.

—Todo es posible, Sofía, pero eso nunca lo sabremos —dijo con sinceridad—. Tu madre se llevó todas las respuestas consigo.

—¿Pero entonces...? —su pregunta quedó en el aire.

—Entonces tu padre era Schmidt, Sofía, el que te cuidó, el que te crió —recordó—. Y posiblemente también el que te engendró. Desde luego, a todos los efectos siempre lo fue.

—Eso significa también que mi padre era un asesino. Ayer lo supe.

—Lo siento, Sofía —lamentó Samper—. La familia es lo único que no se elige en esta vida.

Sofía ahogó la derrota entre sus manos y Samper hundió la mirada en el suelo. Ahí se acababa el camino. La búsqueda de la verdad nos había llevado hasta ese palacete vacío y silencioso sin mayor recompensa que el dolor y el tiempo perdido. Y cuando parecía que aquel era el final de todo, Samper

respiró profundamente y avanzó hasta donde latía el corazón de Sofía. Lo hizo con las manos por delante. Cuando llegó a su rostro le enjugó las lágrimas entre sus dedos y comenzó a recorrer su cara como si pudiera leer en un mapa del tiempo.

—Eres preciosa, la viva imagen de tu madre —dijo—. No sabes cuánto la echo de menos.

—Yo también —musitó Sofía.

—Hemos sido dos personas muy afortunadas, Sofía —dijo con la voz rota—. Tu madre era una gran mujer. Nunca la olvidaré.

Sofía cayó derrumbada entre sus brazos y hundió parte de sus lágrimas en el pecho del pianista. Samper giró la cabeza a mi lado y me sonrió.

—Y tú eres ahora el hombre más afortunado del mundo, ¿te lo he dicho ya?

Asentí con una sonrisa. Podía decirlo cuantas veces hiciera falta.

—¿Dónde está Rivadelft? —le pregunté.

—Esperándome —contestó—. Aún sigue fabricando ese maravilloso suero. Por eso entró de jardinero en San Nicolás, era el lugar idóneo donde podría seguir investigando, cultivar esas plantas que trasplantaba de un lado a otro y donde nadie haría preguntas. Pero claro, nunca contamos con gente como Víctor Durán, es la parte que menos me gusta de esta historia.

—Pues entonces le alegrará saber que Durán y sus amigos ya *son* historia.

—No puedo decir que no.

—¿Qué va a hacer ahora? —quise saber.

—De momento voy a quedarme aquí abrazando a esta señorita y a responder cuantas preguntas quiera hacerme —dijo—. Pero para eso necesitaremos un poco de intimidad, ¿no te parece, querida?

Sofía asintió como una niña pequeña.

—Prométeme que cuidarás de ella como no pude yo hacer por su madre —me dijo.

—Eso puede darlo por hecho —le prometí.

—Más te vale que sea verdad, de lo contrario podría contarle ahora mismo alguna que otra cosa de ti que no te dejaría en muy buen lugar.

Sofía empinó las orejas en ese momento.

—¿Cómo qué? —preguntó.

—¿Seguro que quieres saberlo? —dijo el pianista con misterio.

—Si voy a quedármelo, quiero saberlo todo —sonrió—. Ya sé lo que me ha contado él, ahora quiero oír lo que tienen que decir los demás.

—¿Por dónde te gustaría empezar, encanto?

De repente me había hecho invisible. Estaban hablando de mí como si no estuviera delante, así que salí de allí para que pudieran ponerse al día y de paso despellejarme a gusto. Antes de cerrar la puerta, el estómago se me llenó de cristales.

—¡No será para tanto! —rió Sofía.

—¿Bromeas? Apeataba a Varón Dandy.

Capítulo 9

A la mañana siguiente Huelva parecía enterrada en azúcar. Cosa de los milagros, que solo ocurren una vez en la vida. Sin embargo, cuando poco antes de las ocho nos poníamos en ruta hacia la estación de tren, ya no nevaba. Había dejado de hacerlo durante la noche, lo que no impidió que la ciudad entera dibujara el frío con su aliento un par de días más arropada bajo una dulce manta de nieve. Y por primera vez, la única, Huelva me pareció realmente bonita.

Cuando nos despedimos de Christian Samper, la estampa de raíles en blanca fuga era impresionante bajo un amanecer de nubes oscuras mordisqueadas en cobre.

—Tengo esto para usted —dije—. Seguro que la habrá echado en falta.

En mi mano tenía aquella pequeña cajita de música que era todo su legado. En cuanto la tuvo en su poder una lágrima le rodó por la mejilla.

—Mi hermano Hugo era un encanto de criatura —musitó—. Fue una lástima todo lo que le ocurrió y más doloroso aún fue verle convertirse poco a poco en el villano en que acabó. Tenía una habilidad increíble en aquellas manos...

Christian Samper la apretó con fuerza entre sus dedos como si por un instante pudiera cambiar el mundo. Luego en lugar de llevársela consigo me la devolvió.

—Tómala, tuya es —dijo—. Guárdala a buen recaudo, Martín, hazlo en el último lugar en el que se te ocurriría encontrar algo así, donde puedas olvidarla durante años sin echarla en falta, de manera que el día menos

pensado, uno de esos que se consagran en cada casa a una limpieza a fondo que incluye muebles y cajones, os toparéis con ella y de paso podréis recordar a este viejo.

—Adiós, Christian... —farfullé.

Antes de partir bajo la corona de bronce y vapor que derramaba la mañana, el pianista abrazó a Sofía como si le debiera la vida entera. Luego me estrechó la mano deseándome suerte. Después de aquello le vimos partir sin saber si algún día regresaría a nuestras vidas.

* * *

Cuando nos dimos la vuelta, una pareja de policías nos esperaba en el mismo andén con el pequeño Daniel cogido de la mano.

—¿Martín Vázquez? —preguntó el policía.

—El mismo que viste y calza —contesté.

El chico de Violeta se soltó de la mano del agente y vino hasta mí para que le cogiera en volandas.

—Lo siento, no ha habido manera de convencerle de que se quedara en casa. Insistía en acompañarnos —dijo el otro policía—. Su tía Isabela dice que es igual de cabezota que usted.

—Si pasa tanto tiempo a su lado es lo más normal que ocurra —contesté.

—Ya, pero yo lo que quiero saber es si usted va a poner algún impedimento en acompañarnos —le adelantó el policía—. El comisario quiere verlo.

—Está bien —dije—. ¿Y ellos...?

—Pueden venir con nosotros, hay sitio de sobra en el coche.

La comisaría de la Calle San José no era muy grande, aún así le encontraron a Sofía y al niño un sitio donde sentarse fuera del despacho del comisario mientras este me desollaba vivo. El comisario era un hombre que debía rozar los sesenta y tantos, con aspecto de ser de esos a los que no les

gustaba la fiesta desde tan temprano. En cuanto entré por la puerta puso mala cara y me invitó a sentarme frente a él.

—Mire, hijo, tengo una úlcera en el estómago que me está matando y desde esta noche no ha parado de darme mordiscos. Me duele hasta la cabeza. Y según tengo entendido la culpa de todo la tiene usted, joven.

A continuación pusieron dos sillas a mi lado. Ya me imaginaba de qué iba la cosa.

—Verá, ayer tarde uno de mis coches salió a patrullar por eso de la nieve, no fuera a haber algún problema por ahí y después tuviéramos que lamentar alguna desgracia —comenzó a relatar—. Llegaron hasta Colón y allí se encontraron un espectáculo realmente dantesco: dos policías muertos con múltiples heridas de bala. No sé cómo lo hicieron, pero les dio tiempo a descargar sus pistolas el uno contra el otro antes de darse el tiro de gracia. Y qué puntería.

Aquello pareció hacerle incluso gracia. Torcí el gesto, para mí no la tenía.

—Por si fuera poco no eran los únicos cadáveres. Había un tercero, un guardia civil a punto de jubilarse que era celador en la prisión provincial, Ginés González. Lo conocía de hace mucho tiempo, de cuando estaba en activo. Nuestras mujeres también se conocen. Es una lástima, la verdad, porque esta ciudad siempre ha sido muy tranquila —observó—. Pero lo más esperpéntico de todo fue que mis dos hombres encontraron maniatados junto a su cadáver a un inglés de la Casa Colón y a un gitanito que no corta el pelo del todo mal a la espalda del Mercado del Carmen.

El comisario se inclinó hacia mí y me cogió de la mano.

—Ellos le han nombrado a usted y me han contado una historia rara sobre un disco de coplas o qué sé yo que es de lo más absurdo —dijo—. Le he mandado llamar para que ponga un poco de orden en todo esto y me cuente qué cojones está ocurriendo en mi ciudad y de paso me diga si también tengo que meterle en cintura.

—Lo más lamentable de todo esto, señor comisario, es que lo que le han contado es la verdad —le confirmé—. Siento no tener otra historia con la que engañarle, pero es la que hay. Lo toma o lo deja, son lentejas. Y sinceramente, a mí ya me da igual. Nadie más que nosotros tres va a sentir tanto la muerte de Ginés como su esposa. Era un habitual de nuestra tertulia en la peluquería de mi amigo Carlines y por tanto una pérdida irreparable. Pero como le digo, estoy demasiado cansado y no voy a convencerle con otra historia que no sea esa, aunque ello me suponga perder la oportunidad de estar con esa chica de ahí fuera a la que llevo buscando media vida y me prive de darle un techo al crío que la acompaña y que hasta hace poco tenía una madre. Pero ya le digo, usted decide.

—Y dígame, ¿qué es lo que tengo que decidir cuando me han quitado de encima a dos policías que estaban llenos de mierda hasta el cuello? —preguntó—. Por no mencionar a su jefe, el inspector Víctor Durán, al cual lo encontraron un rato después en ese antiguo hogar del Auxilio Social, San Nicolás. Según mis hombres estaba hecho una pena. Le habían sacado los ojos y triturado todos los huesos del cuerpo incluido el cráneo. Dígame, Martín, ¿qué debo hacer?

Me encogí de hombros. En ese momento la puerta de su despacho se abrió y aparecieron esposados y escoltados mis amigos. Me salté todo protocolo preestablecido por la ley y el orden en una comisaría de policía y me fundí en un abrazo con ellos. Luego de que el comisario les dijera a sus hombres que se podían retirar, el viejo Thomas y Carlines se sentaron a mi lado.

—En cuanto mis agentes dieron con aquí sus colegas, ellos les contaron que era cuestión de vida o muerte, que el inspector Durán lo había preparado todo y que le esperaba a usted junto a una chica, que supongo es esa hermosura de ahí fuera, a la cual tenía retenida en San Nicolás. Lo que pasa es que para cuando mis chicos llegaron, ustedes ya se habían ido —dijo—. Ahora me gustaría saber el resto de su boca y sobre todo cómo lo hizo.

—¿Cómo hice el qué? —pregunté.

—Matar a Durán —respondió.

—Yo no maté a Durán.

—¿Entonces quién lo hizo?

—Un hombre con manos de acero al que Durán tenía encarcelado de manera ilegal en la prisión provincial...

—Y al que quería vender a un coleccionista de objetos únicos, ¿verdad? —suspiró—. ¡Ya estoy harto de la misma historia! Aquí sus ilustrísimos compinches llevan toda la noche contando la misma milonga, ¡parece que se hayan puesto de acuerdo con usted por telepatía o cómo diablos se diga! Y yo la verdad es que ni me creo ni me entero un carajo de lo que me están contando.

El comisario se levantó con cansancio de su mesa y se fue hasta la ventana.

—Es la mentira más buena que me han contado nunca, eso no se lo puedo discutir.

—¿Y entonces?

El comisario resopló como una ballena.

—Entonces voy a dejarles en libertad porque me han hecho un gran favor —respondió—. Llevo años detrás de Durán y de sus dos colegialas, pero nunca he podido cogerles con el carrito de los helados. Ninguno de ellos merecía llevar la placa que lucían, cualquiera de los tres habría hecho vomitar a un policía de verdad. Estaban metidos en asuntos muy sucios que no les voy a detallar ahora porque ni les va ni les viene. Además, soy de los que creen que cuanto menos sepa uno mejor le irá en la vida. Les hago incluso un favor de más.

El viejo comisario se nos quedó mirando sin saber aún si meternos en el trullo o cubrirnos de flores. En lugar de eso fue hasta la puerta, la abrió e hizo entrar a Sofía y Daniel.

—Señorita... —le saludó el hombre.

—Señor comisario... —ofreció ella a cambio.

Luego el policía se agachó y saludó al niño.

—¿Y tú quien eres?

—Me llamo Daniel.

—¿Dónde está tu mamá? —preguntó.

—En el cielo —contestó el niño.

—¿Y tu papá?

—No sé, a ese no lo conozco —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y a estos señores? —quiso saber—. ¿Les conoces a ellos?

—Solo a él —me señaló.

—¿Y quién es él?

—Un amigo de mamá —respondió—. Ahora vivo con él, con su tita y su
yaya.

El comisario se dio por vencido.

—Pues que siga siendo así —contestó—. ¡Váyanse de aquí! No quiero
volver a verles nunca más.

El primero que puso los pies en polvorosa fue Carlines. Eso de estar en
una comisaría no iba con él, cosa de la genética. El resto fuimos detrás de él.
Antes de cruzare el umbral de salida, el comisario me agarró del brazo como
si de repente hubiese recordado algo importante.

—Un momento, tengo algo para usted, joven.

El hombre regresó a su mesa y sacó algo del cajón. Al contraluz no pude
verlo bien del todo hasta que no lo tuve en mi mano.

—Hablando de discos, ¿es suyo? —preguntó.

Y tanto, era el disco de mi madre, *El rastro de su voz*.

—Dios santo... —musité.

—Un muchacho tartamudo lo encontró anoche en la calle —dijo—.
Bueno, al disco y a Norma Estrada atropellada. Vino corriendo para decirnos
que se la habían llevado por delante y de paso dejó el disco aquí. Dijo que le
sonaba de algo, que posiblemente fuera de un chico al que conoció hace
muchísimos años en un hogar de niños pobres. Apuesto mi viejo culo a que se

refería a San Nicolás. Por cierto, creo que dijo que se llamaba Emilio.

De repente el corazón me dio un vuelco en el pecho. No fui el único que lo sintió así. Carlines había aparecido de repente como un resorte por la puerta.

—¿Ha dicho Emilio, verdad? —preguntó.

—¡Sí, señor! Emilio. Además dijo algo así de que ya un día de estos se acercaría a saludarles a su dichosa peluquería —dijo—. No tienen ni idea de cuántas cosas se va dejando la gente por la calle. Voy a tener que ir pensando en poner uno de esos departamentos de objetos perdidos que salen en las comisarías de las películas.

—O de objetos únicos... —dije ensimismado en el disco.

—¿Cómo dice?

—Nada, cosas mías —sonreí—. No me haga caso.

Posé los ojos en el viejo disco de mi madre y comencé a reconsiderar si realmente aquel trozo de plástico no estaba maldito. Había vuelto a mí, de la nada, y algo me decía que jamás me libraría de él. Y todo gracias a aquel niño tartamudo al que creíamos perdido para siempre en el recuerdo silencioso de los pasillos de San Nicolás.

Cuando levanté la vista y miré al comisario ya tenía los ojos prendidos en lágrimas.

—Gracias —susurré.

El comisario me sonrió y me dio una afectuosa palmadita en el hombro.

—Si no es mucho preguntar, señor comisario, ¿qué va a pasar ahora con todos esos cadáveres?

—Ya se me ocurrirá algo, descuide.

—¿Y Schmidt? —quise saber.

—Encontraré la manera de relacionarlo con Durán —contestó—. Si veo que me quedo atascado, le doy un telefonazo.

—¿Y Samuel Alcaide, el director de la prisión? —pregunté.

—Bueno, ese sí que se suicidó, ¿verdad? —confió.

Asentí.

—No debes preocuparte por él, Martín, ese era otro pájaro bueno —dijo—. Al parecer estaba metido en un asunto feo: tráfico de órganos, ¿se lo puede creer?

Al final resultaba y todo que lo que me había contado Jota Jota era verdad. Aquella pista que seguía Rodríguez, mi compañero de redacción, no iba del todo desencaminada. De inmediato sentí un escalofrío.

—Por lo que se ve, Alcaide le vendió a un periódico de esta ciudad la milonga de que Franco necesitaba nueva mano de obra para el Valle de los Caídos. ¡Valiente gilipollez! —rió—. Se ve que de alguna manera tenía que buscar una coartada para justificar que se le estaban quedando vacías más celdas de la cuenta. En su despachito se ha encontrado numerosa documentación que revela que ya llevaba tiempo fletando embarcaciones de madrugada con destino a Estados Unidos, a buen seguro llenas de piezas de repuesto que sacaba de sus calabozos. Los pobres no sabían dónde los mandaban, y por supuesto, el periodista que enviaron del periódico picó como un pardillo.

Una sonrisa me cruzó la cara al tiempo que se me escurría por la nariz. «Como un pardillo». Su modo de decirlo me resultó hasta cariñoso.

—Tráfico de órganos... —repitió—. Dios santo, ¿hasta dónde vamos a llegar?

—Cualquiera sabe —añadí—. Comisario, ha sido un placer.

El hombre me estrechó la mano y antes de dejarme marchar me hizo una última pregunta que me puso en guardia.

—Sus amigos mencionaron un nombre que ya había escuchado antes, así que dígame la verdad, muchacho —me dijo con una sonrisa misteriosa—: ¿Sebastián Morell es real?

Aquella preguntaba confirmaba la idea que durante todos esos años me había creado en torno a la misteriosa figura del coleccionista de objetos únicos, y era que nadie que hubiese oído hablar de él jamás se lo había

encontrado. O casi nadie...

—Comisario, Sebastián Morell es tan real como que usted y yo moriremos algún día —contesté—. Lo que no puedo asegurarle es si lo hará él... Si no está muerto ya.

* * *

Sin parar el motor, el taxi que nos sacó de la comisaría aparcó a un lado de la tapia de la Casa Colón y esperó allí a que pudiéramos despedirnos del viejo Thomas; de improviso, como si nos hubiera olido, el pequeño Rip salió a nuestro encuentro. Rápidamente se lanzó hacia su amo deshaciéndose en lametones al tiempo que hacía de vejiga sobre nuestros zapatos.

—El pobre con la edad ya no controla —le excusó su dueño—. Está tan viejo como su amo, pero todavía le queda algo de mala leche, ¿verdad Rip?

—Va a tener que ponerle pañales, viejo —dijo Carlines—. Pero compre de sobra para cuando se los tenga poner usted también.

—Cuando eso ocurra te llamaré para que me ayudes, ¿te parece?

—Será un placer.

El gitano y el inglés se dieron un abrazo que me puso otra vez el corazón colgando de la campanilla. Al final Sancho y don Quijote se habían hecho amigos. Otros dos que ya habían hecho migas eran Daniel y Rip, tanto era así que el muchacho ya me estaba amenazando con la pregunta de si podíamos llevárnoslo a casa por un día. Le dije que para eso antes habría que hablar con las jefas de la casa, entre las que ya se encontraba Sofía, la cual a su vez le pasó la pelota al viejo Matt.

—Eso depende del señor Thomas, Daniel.

—Si me lo pide una preciosa chica alemana como usted, *fräulein Schmidt*, estaré encantado de complacerla —contestó mientras le tomaba la mano para besársela—. Siempre a su servicio, mi *lady*.

—Es usted todo un caballero —le sonrió.

—Lo sé, soy inglés —rió.

Sofía se inclinó hacia el viejo y con un beso rubricó la paz entre ingleses y alemanes, un momento *único* por el que Morell habría pagado. Y luego de toda esa efusividad, me tocaba el turno a mí.

—Nunca lo habría conseguido sin, Matt —dije.

—Ni se te ocurra darme las gracias, caracortada, o tendré que incluirte en mi lista negra —gruñó.

—Me gusta más de la otra manera, eso de «*escarfeis*» me da más caché.

—Ya sabía que dirías alguna chorrada antes de irte.

Seguía haciéndose el duro, pero ambos sabíamos que conmigo ya no tenía cuartel.

—Nunca podré olvidar lo que has hecho por mí.

—Ni yo tampoco, muchacho —se vino abajo—. He vivido una auténtica aventura, posiblemente la última de mi vida y lo mejor de todo es que aún respiro para contarlo. Soy yo quien le debe más al otro.

—Entonces lo dejamos en tablas.

—Ya buscaremos el desempate en otra ocasión.

—¿Pescando?

—Pero sin dinamita —rió—. Es muy ruidosa, nunca me gustó.

—¿Qué le parece el próximo verano?

—Me parece perfecto.

Abracé a Matthew Thomas como si fuese la última vez que volvería a hacerlo en toda mi vida, de hecho, mientras ocurría, noté que le temblaban las manos, los ojos y la voz. De repente una ligera sospecha me agarró desde dentro y a traición: no habría próximo verano. Él lo supo en ese momento y yo también. No hizo falta decir nada más. Luego, sin mediar palabra, me dio un golpe en el hombro y me mandó al taxi de un empujón. Lo único que pude hacer entonces fue retener las lágrimas junto a la ventanilla del coche mientras jugueteaba con su perro y nos despedía bajo el viejo drago de la Casa Colón. Aún tengo ese instante tatuado en mi retina.

Mil veces he pasado por allí a lo largo de todos estos años y mil veces le he visto en el mismo sitio sentado con su viejo Rip, saludándome y desapareciendo poco a poco hasta evanescerse en una simple gota de aire.

Solo he tenido dos amigos de verdad en toda mi vida. Matthew Thomas era uno de ellos. Nunca he podido olvidarle.

Capítulo 10

A pesar de todo, aún habría tiempo para que Matthew Thomas asistiera a la boda de mi otro amigo de verdad. Porque sí, al final, Carlines se casó. Pero no con su vikinga sino con Susita. Y es que la dulce pastelera terminó por abandonar toda esperanza después de que su mosén del alma acabara comprándose su propio lápiz de ojos y marchándose a vivir con Arcadi cuando a este le abandonó su mujer. Entre los dos reflataron el viejo Cinema Saltés con el nombre de Don Ginés, un sitio que acabaría convirtiéndose en punto de encuentro para amantes de la cultura y templo del buen fútbol.

Resultó que una tarde Carlines se acercó hasta la pastelería para hacer una llamada al pisito de la Calle Gran Capitán. Llevaba días sin saber de su valquiria y ya empezaba a sospechar que esta se había dado el piro sin más. Allí mismo junto al teléfono se encontró en horas bajas a la dulce pastelera, llorando a mares porque ya se había enterado del *affaire* entre don Casto y el catalán. Carlines, que era donante de placer sin pedir nada a cambio, y que andaba muy sensible después de lo vivido semanas atrás, fue a su rescate para consolarla. Y entre lágrimas, algún chiste malo y una sonrisa fugaz, se encontraron, se enamoraron y encargaron el primer chiquillo.

Dos meses después el bodorrio se ofició en la Concepción y a la media hora continuó por todo lo alto con un desayuno con churros y dulces en el Café Central. Allí estábamos todos acompañando a un Carlines distinto, más maduro, más responsable y con un diente menos. Ni doña Ana ni mi tía se lo quisieron perder.

—Al final conseguimos hacer de él todo un hombre, ¿verdad? —le dijo la

anciana a don Ramiro.

—Sí, señora —le sonrió el padre de Carlines—. ¡Pero mire que le dije que me devolviera otro para cuando llegaran las vacaciones!

—Ya será menos, don Ramiro, su hijo muy buen muchacho —disimuló Isabela—. Y si no pregúntele a mi Martín.

—¡A mí que me registren! —me lavé las manos.

En ese momento un objeto volador no identificado me pasó por encima sin darme tiempo a ver lo que era. Cuando me di la vuelta descubría a Sofía con el ramo de la novia entre las manos.

—¡Bueeeeno...! —exclamó enseguida Carlines—. ¡Mi más sentido pésame!

—Te acompaño en el sentimiento, *Scarface* —se sumó a la fiesta el inglés.

—Se agradece el gesto, Matt —repuse.

Sofía me abordó en ese momento con rostro severo.

—¿Es usted acaso alérgico a las flores de novia, señor Vázquez?

—Dios me libre.

—¡Pues sí, más te vale!

—¡Dura con él, que este me ha costado lo suyo! —le dijo Isabela.

—¡Eso, eso! —terció de por medio doña Ana.

Entre risas, Susita cogió de la mano a su recién estrenado maridito y se lo llevó al centro de la cafetería para bailar con él. Inmediatamente aproveché para colarme de un salto por detrás de la barra y manejar el gramófono a mi antojo.

—¡A este baile invita Malena Quintero! —aullé.

La guajira de mi madre comenzó a temblar en el tocadiscos y enseguida Carlines nos dio una clase magistral de cómo no se debe bailar nunca en público. Y creo que hablo en nombre todos los que estuvieron allí cuando lo digo. Yo por mi parte fui siguiendo cada una de sus piruetas entre carcajadas hasta que me fijé en un personaje gris que no paraba de mirarme con cierto

aire de reproche. Lo hacía desde el otro lado de la barra. Me cortó la risa de inmediato. Llevaba años sin verlo, pero con aquel uniforme manchado de grasa y aceite era difícil confundirle. Allí estaba el hombre que por un tiempo había suspirado por mi madre y después durante mucho más la había despreciado. Podría haberle dicho muchas cosas entonces, pero ni era el momento ni el lugar. De todas formas tampoco me hubiese dado tiempo pues enseguida se levantó de su taburete y salió de allí pitando.

Mientras los novios bailaban y el resto lloraba de la risa, seguí la pista de Julián hasta la puerta del local. Le vi perderse entre el gentío sin dejar de mirar hacia atrás como si de repente el fantasma de su conciencia hubiera despertado en él una vez más para volver a atormentarle. Y justamente entonces, cuando dobló la esquina de la Calle de Las Bocas, vi otro fantasma observándome desde el zaguán de aquel mismo recodo, como siempre, en su impecable gabardina, bajo aquel sombrero que le hacía invisible a los demás y con ese bastón de cabeza de tritón en el que nunca le vi apoyarse.

—¿Quién es ese hombre? —me sacó de repente de aquella ensoñación el pequeño Daniel.

Hasta que no abrió la boca no me di cuenta de que había dejado de revolotear en la calle con un par de críos más y que ahora me tenía cogido de la mano.

—No lo sé, uno al que no le gustan las canciones antiguas —disimulé.

—No, me refiero a ese otro hombre de enfrente. Antes me dijo que te diera esto.

Daniel sostenía entre los dedos una tarjeta vacía y sin nombre a cuyo dorso, como de costumbre, sonreía aquel pez diabólico y carmesí que tomaba por firma. Aún me pregunto si acaso no fue más que una ilusión o un sueño que tuve a la postre de aquella celebración. Dicen que las cosas nunca son como se cuentan, sino como se recuerdan, y a menudo los recuerdos están hechos de sueños, cuando no de pesadillas. Lo único que sé es que para cuando levanté la vista, Morell ya había desaparecido y que antes de hacerlo, se había

encargado una vez más de dejarme su tarjeta de visita. ¿Para qué? Algún día el tiempo me daría la respuesta. Y por supuesto, lo que era aún peor, los niños, que siempre se daban cuenta de todo. Podían ser cualquier cosa menos tontos.

—¿Cómo se llama? —me sorprendió la pregunta.

—¿Cómo? —trastabillé.

—La canción.

—¿La canción?

—¡Sí, la canción! Me dijo que esa canción que suena tiene una historia increíble, y que tú me la contarías —dijo metiéndome en todo un aprieto.

—¡Ah, sí! —sonreí disimulando—. Se llama *El rastro de su voz*.

—Pues parece un poco triste, ¿no?

—Bueno, puede serlo. Si quieres ponemos ahora otra.

—No, me gusta —me sorprendió—. Háblame de esa canción, ese hombre dijo que era de tu madre. ¿Dónde está tu madre, Martín?

Solo había una respuesta válida, la que necesitaba entender en ese momento.

—En el cielo, Daniel. En el cielo.

—Entonces estará con mi madre.

—Claro que sí, campeón.

Le pellizqué la mejilla con el mismo cariño con el que hubiera hecho mi padre ante un hijo tan preguntón, y aunque aquel no era el mío, me prometí a mí mismo que Daniel no tendría a su lado un remiendo postizo como aquel que me había tocado en suerte y que había salido corriendo a uña de caballo un par de minutos antes.

—Bueno, ¿me cuentas la historia del disco o no? —insistió.

—La verdad, no sé por dónde empezar.

—Pues empieza por el principio.

—Vaya, eso mismo me dijo hace mucho tiempo ese que está ahí bailando como un mono —señalé a Carlines.

—¿Y qué le contaste a él?

—Que la culpa de todo la tenía una promesa, la primera que recuerdo haber hecho en toda mi vida —contesté—. Pero si no recuerdo mal, esta historia comenzó dos años después, una noche de mucha niebla, en una iglesia abandonada, donde me esperaba un individuo muy extraño con una voz que ponía los pelos de punta.

Daniel puso los ojos como platos y dibujó una enorme «O» con la boca. Me agaché un poco más y me puse a su altura para comenzar a contarle lo primero que se me ocurriera.

—Y créeme si te digo, Daniel, que el mundo es un lugar extraño lleno de gente a la que antes de conocer es mejor olvidar para siempre.

Y mientras comenzaba a relatarle los días más extraños de mi vida, me acerqué hasta el gramófono para poner de nuevo en marcha la canción de mi madre desde el principio. Subí el volumen hasta que las calles de la vieja Onuba naufragaron a rebufo del canto de Malena Quintero, la mujer a la que un misterioso coleccionista de objetos únicos llamado Sebastián Morell ofreció toda una fortuna a cambio de aquel disco, un pequeño trozo de pizarra en el que, años antes de yo nacer, ella ya había burlado la maldición del tiempo para siempre, para que nadie la olvidara y para que nunca se perdiera el rastro de su voz.

En memoria de Mariano Villoslada Carnero (1940-2014)

*que vivió esa época y disfruto de este libro hasta donde pudo llegar.
El recuerdo de su voz sigue vivo entre nosotros.*

Sígueme en:

www.antoniojsanchez.com
[facebook.com/El Rastro de su Voz](https://facebook.com/ElRastrodeSuVoz)
twitter.com/anjesanz